LAS HIJAS SIN MADRE

BIBLIOTECA ILUSTRADA

DE

AMENA INSTRUCCIÓN

ALVARO CARRILLO

LAS

HIJAS SIN MADRE

NOVELA DE COSTUMBRES

ILUSTRADA CON CROMOS POR D. EUSEBIO PLANAS
Y OTROS ARTISTAS

TOMO PRIMERO

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO EDITORIAL DE RAFAEL TORRENS
297—Consejo de Ciento—297

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17, Barcelona.

LIBRO PRIMERO

LAS HUÉRFANAS

CAPITULO PRIMERO

Sudario de nieve

Sobre las tres de la tarde de uno de esos días horribles del mes de Diciembre, más horribles todavía en determinadas localidades donde la inclemencia de la estación se deja sentir con mayor violencia, un caballero de unos cincuenta años, pero robusto y fuerte, vistiendo traje de caza en armonía con el país en que se hallaba, abandonaba la carretera que desde Arévalo conduce á Avila y se internaba por un camino de travesía, dirigiéndose hacia un bosque que se distinguía á la derecha.

Aquel caballero revelaba en su rostro, más que las injurias de los años, las huellas de profundos dolores.

Su barba gris, lo mismo que su bigote, las profundas arrugas de su frente, ese círculo que alrededor de los ojos extiende la inflexible mano del pesar, hacían que al

contemplarle, se sintiera involuntaria impresión de respeto y de simpatía.

En sus mejillas advertíase la frescura de la edad que no se avenía por cierto ni con el color de su cabello y barba, ni con los surcos de su frente.

Hacía diez años que había ido á establecerse en el país en una hermosa posesión que perteneció en pasados tiempos á los duques del Solar.

Puesta en venta aquella posesión, aquel caballero llamado don Andrés del Campo, presentóse en Arévalo, pagó sin regatear el precio de la finca y se instaló en ella inmediatamente en compañía de un criado de su misma edad, la mujer de éste, un hijo de ambos y tres hermosos perros de caza.

No se trataba con nadie, apenas si salía de la posesión ni se preocupaba de la cuestión política para nada, á pesar de ser uno de los contribuyentes más importantes de la comarca.

Suponíasele rico, porque su puerta siempre estaba abierta para los pobres. Creíasele instruido, porque había habilitado en su casa un laboratorio donde se pasaba largas horas haciendo experimentos de química y de física, y porque casi todas las semanas recibía por el correo libros y periódicos así extranjeros como nacionales que iban á aumentar su ya por demás rica biblioteca; y se le juzgaba católico porque todos los domingos y fiestas de guardar, asistía á la primera misa que se celebraba en la iglesia parroquial de Arévalo.

Muchos decían que era un gran médico porque á veces había entrado en la choza de algún pastor ó en la humilde morada de algún jornalero, en ocasión de hallarse estos gravemente enfermos, y él mismo les había

facilitado medicinas hechas por él, merced á las cuales habían recobrado la salud.

Esto dió lugar á reclamaciones por parte de los médicos de Arévalo; había tenido que intervenir el delegado de medicina, pero entonces había exhibido don Andrés no sólo el título expedido por la facultad de Madrid, sino otros de Viena, Londres, París y los Estados Unidos, que probaban su capacidad legal para ejercer.

Pero á pesar de esto, no facilitaba á nadie sus servicios más que en las circunstancias que acabamos de indicar

Su única distracción era la caza.

En invierno y en verano, sin temor al calor ni al frío; y más especialmente en aquellos días que la nieve cubría campos y montes, don Andrés, con su escopeta de dos cañones, perfectamente abrigado y seguido de dos de sus perros, lanzábase al campo y más de una vez algunos infelices, sorprendidos por la nieve en medio de aquellas inmensas soledades, debieron su salvación á la poderosa ayuda del buen caballero.

Excesivamente cortés, contestaba al saludo que le dirigían todas las personas que encontraba en su camino; pero profundamente reservado, evitaba discretamente contestar á las preguntas que se le hacían, y sostener largas conversaciones.

Nadie le había conocido visitas en su casa, porque él tampoco se las hacía á nadie, y la curiosidad y las murmuraciones á que había dado lugar en los primeros meses de su estancia en el país, fueron poco á poco calmándose hasta que finalmente todo el mundo se acostumbró á la manera de vivir del «hurón,» como dieron en llamarle las gentes de aquellos contornos.

El día en que vamos hablando, don Andrés, seguido de un solo perro, internóse, como hemos dicho, por el camino de travesía cubierto completamente de nieve.

—Difícil será,—murmuraba mirando atentamente el camino,—que hoy encuentre las huellas de ningún conejo; tres días nevando, han sido suficientes para dar buena cuenta de ellos. ¿No te parece lo mismo, Leal?—prosiguió volviéndose al perro que había pasado delante de él.

El animal se detuvo, volvió la cabeza como si hubiera escuchado la interrogación de su amo, y después la sacudió á uno y otro lado moviendo la cola, como queriendo decir: «lo que es hoy si que hacemos un expedición inútil.»

Pero de pronto el animal levantó la cabeza, enderezó las orejas y comenzó á olfatear.

Después echó á correr, y á unos cien pasos se detuvo y comenzó á dar vueltas á uno y otro lado.

—¿Qué tienes, Leal?—exclamó don Andrés sorprendido por los movimientos del perro.—Ven aquí,—gritó después.

El perro miró á su amo, movió la cola, pero permaneció en el sitio en que estaba.

Y su agitación aumentaba por momentos.

Parecía que había olfateado algo, pero que no podía adivinar de que parte procedían las emanaciones que la finura de su olfato había percibido.

Don Andrés, cada vez más sorprendido, se acercó al perro y volvió á decirle:

—¿Qué tienes, que olfateas?

El perro miró á su amo, bajó la cabeza hacia el suelo, la levantó después moviéndola á todos lados, é hizo

con las patas un movimiento como si quisiera expresar que no sabía á qué lado dirigirse.

—¿Qué es eso, no encuentras la pista?—le dijo su amo.—Pues busca, busca, que ya darás con ella.

Y el cazador apoyó la culata de la escopeta en el suelo y se detuvo allí esperando á ver que hacía el perro.

Este se dirigió primero hacia la derecha y en medio de un matorral se puso á escarbar furiosamente.

Pero al cabo de algunos segundos abandonó aquel sitio y se dirigió á otra parte.

Pero tampoco le dió el resultado que pretendía.

De pronto levantó la cabeza, dió un ladrido y saltando hacia la izquierda penetró resueltamente por entre unos espinos, llegó á una especie de plazoleta rodeada de maleza y se puso á escarbar ladrando y olfateando cada vez con mayor fuerza.

—¿Pero qué diablos es esto?—dijo su amo que estaba mirándole sorprendido.—Cuando Leal está así, algo importante presiente.

Y á su vez abandonó el camino que seguía y fué á reunirse con el perro.

Este seguía escarbando cada vez con más violencia.

Y en breve espacio separó la espesa capa de nieve y comenzó á hundir sus patas en el suelo, haciendo un agujero.

—Cualquiera diría que esta tierra había sido removida hace poco,—exclamó el cazador.

Y excitada su curiosidad, con la culata de la escopeta, separó un poco la nieve, y dijo después:

—No tengo duda, esta tierra está removida.

Y dejando la escopeta apoyada en el tronco de una encina, sacó el cuchillo de monte y se puso á ayudar al perro en su tarea de separar aquella tierra que, como había dicho muy bien, estaba removida y apenas si ofrecía resistencia al introducir en ella el arma.

Al cabo de algunos momentos, las patas del perro pareció como que resbalaban sobre un cuerpo duro.

El cazador hundió á su vez el cuchillo y tropezó igualmente con algo.

El sonido producido por aquel choque, hizo exclamar á don Andrés:

—¡Esto parece una caja!

Y comenzó á separar la tierra.

De pronto un grito de horror se exhaló de sus labios.

Acababa de ver un trozo de un ataud.

—¡Dios mío!—exclamó,—¿qué significa esto? ¿quién ha traído este ataud aquí y por qué le han dejado en este sitio?

Y cual si lo que acababa de ver hubiese aumentado más su curiosidad, siguió separando la tierra, en cuya tarea le ayudaba el perro con esa inteligencia peculiar en los de su raza.

El ataud no se hallaba á mucha profundidad.

Se conocía que estaba allí desde fecha muy reciente, porque ni las asas, ni la cerradura, ni una gran chapa que se veía encima de la tapa estaban oxidadas, ni la rica madera de la caja había perdido todavía su brillo.

—Es verdaderamente extraño esto,—murmuraba el caballero, á la par que separaba algunos granos de tierra que había sobre la placa, á fin de poder ver á quién pertenecía aquel féretro.—No acierto á comprender que

idea pueden haberse llevado los que han traído aquí esta caja.

Toda la parte superior de ella había quedado descubierta.

Entonces don Andrés fijó sus ojos en la plancha de metal, que, como hemos dicho, había sobre el ataud.

Demudósele el semblante, agitáronse convulsivamente sus miembros, é inclinado como estaba sobre el ataud para leer lo que decía en aquella plancha, cayó sobre él, perdido el conocimiento, murmurando con voz sorda:

—¡Qué veo! *¡El duque del Solar!*... ¡Dios mío!... ¡Mi hermano!...

. . . .

A la misma hora próximamente en que tenía lugar el extraño encuentro, por la carretera que desde Avila conduce á Burgos y como á una legua de aquella ciudad, veíase un grupo formado por tres personas, que avanzaban trabajosamente luchando con la nieve que cubría el suelo y con la que en gruesos copos se desprendía de las nubes.

Aquellas tres personas eran una mujer y dos niñas.

Muy enferma y muy abatida debía estar la primera, porque tenía que apoyarse en las niñas para andar, deteniéndose cada tres ó cuatro pasos para lanzar una exclamación, para enjugarse una lágrima y para dirigir una mirada al cielo, protesta muda contra la inclemencia de un castigo no merecido.

Las dos niñas fijaban la afanosa mirada en su compañera, y la mayor de ellas la decía:

—¡Por Dios, mamá! ten un poco de valor, ya no falta mucho para llegar á la ciudad; allí encontraremos calor y abrigo.

—¡Ay, hija de mi alma!—respondía la madre con voz que participaba del sollozo de la desesperación y de la queja del dolor,—tu pobre madre no llegará á la ciudad, Dios no quiere tener piedad de mí y os vais á quedar solas, hijas mías, solas aquí, en medio de este desierto. ¡Pobres hijas de mi vida! ¡Qué va á ser de vosotras!

Y la pobre madre se detenía, abrazaba á sus hijas y por un momento las lágrimas de aquellos tres seres, se confundían y sus respiraciones iban á unirse en un prolongado beso.

Pero la niña mayor, en cuyo semblante, á pesar de no contar más que algunos diez años, se advertía más resolución y más energía que en el de su hermana, volvía á decir:

—No digas eso, mamá, ten un poquito de ánimo, que pronto encontraremos un sitio donde descansar.

—Si ánimo tengo, hija mía; si lo que me faltan son fuerzas. Hace dos horas que ando porque vosotras, pobres ángeles míos, me lleváis. Y pensar que estoy tan cerca de la casa de vuestro padre y que voy á morirme sin haber podido llegar hasta ella.

—Pero, mamá.

—Sí, hija mía, sí, tienes razón en reconvenirme. ¡Ay! quizás dentro de muy poco me reconvendréis también, por haberos dejado aquí solas; pero yo no os oiré, hijas mías, vuestra pobre madre habrá muerto.

—¿Por qué hablas tanto de morir, mamá?—decía la más pequeña,—¿qué es eso de la muerte?

—La muerte es un sueño eterno, hija mía, es el no volveros á ver más, es el no poder escuchar vuestras queridas voces, es el no poder estrecharos entre mis brazos... ¡Dios mío, si no puedo más!

Y la pobre mujer habría caído al suelo, á no sostenerla como pudo la niña mayor, que dijo á su hermana:

—Ayúdame, Clarita, ayúdame á sostener á mamá.

Y reuniendo sus fuerzas las dos criaturas, condujeron á la pobre mujer hasta una piedra que se alzaba en la cuneta del camino al pié de un árbol, cuyas secas ramas estaban cubiertas de nieve también.

—Ven aquí, mamá,—decía la niña,—aquí descansarás un momento para que podamos después seguir el camino. Tal vez pase algún carro y rogaremos al conductor que te lleve en él.

—¿Quién ha de pasar con este tiempo? hasta el cielo se ha mostrado implacable con nosotras.

Y la pobre mujer se dejó caer sobre la piedra, y atrayendo junto á sí las cabecitas de las dos niñas, las unió á la suya y alzando los ojos al cielo, exclamó:

—¡Pero Dios mío! ¿qué daño te han hecho estos dos ángeles, que apenas comienzan á vivir, para que con tanto rigor los castigues? Hiéreme en buen hora á mí que fuí la culpable. Pero si ellas son inocentes, ¿por qué las envuelves en la misma pena?

—Aquí hace mucho frío, mamá,—decía Clara apretándose contra su madre.—¿No es verdad, Emilia?

—Sí,—respondía ésta,—pero ahora se levantará mamá y volveremos á emprender el camino. Vamos,—proseguía dirigiéndose á su madre,—ya has descansado un poquito y pronto estaremos en la ciudad. Anda, mamá, apóyate en nosotras.

Y Emilia trataba de incorporar á su madre.

Pero empeño inútil.

Ni la pobre criatura tenía fuerza para conseguirlo, ni su pobre madre se encontraba con ánimo de proseguir.

Con la cabeza apoyada sobre el tronco del árbol, sentía que la vida se le acababa por instantes.

El frío de la atmósfera unido al frío de la muerte, iban helando su sangre, y sin perder el conocimiento, sufría el más horrible de los martirios, viéndose morir y pensando que se dejaba aquellos dos pedazos de su alma, abandonados en aquella espantosa soledad.

—¡Hijas mías,—decía, reuniendo sus postreras fuerzas,—me muero! Tú, Emilia mía, tú que eres la mayor, recuerda bien mis palabras.

—Ya sabes, mamá, que yo me acuerdo mucho de todo lo que me dices. Pero no hables de morir, ¿no ves que estoy llorando lo mismo que mi hermana?

—¡Pobres hijas mías! ¡qué triste entrada habéis hecho en la vida! Cerca de aquí, hija mía, vive vuestro padre, recuérdalo bien, es el duque del Solar. Cuando yo me muera, recoges ese pañuelo donde hay unos papeles que nunca se han separado de mí, y esos papeles servirán para que os reconozca vuestro padre. Además, acuérdate bien, hija mía, en Burgos tienes una tía que á mí me ha querido mucho, es la marquesa de Velasco; si vuestro padre,—lo que no quiero creer,—os rechazara, id, aunque sea pidiendo limosna como hemos venido hasta aquí, á buscar el amparo de la marquesa. Mi prima Elena, que así se llama, no os abandonará jamás. ¿Te acuerdas de todo lo que te he dicho, hija mía?

—Sí, mamá; pero no sé para qué me haces esos encargos, si tú has de venir con nosotras.

—No, hija, tu pobre madre no se levantará más de este sitio.

—Pero, mamá,—dijo Clara,—¿no ves que está nevando tanto?

—Dentro de algunas horas, hija mía, esa misma nieve me servirá de sudario. Quizás su pureza redimirá mi culpa. ¡Emilia, hija mía, apenas puedo hablarte, apenas os veo, venid aquí, junto á mí!

Y la pobre mujer hizo un esfuerzo queriendo estrechar más aquellos seres queridos, de quienes iba á separarse para siempre.

Clara, al unir su rostro al de su madre, no pudo reprimir la impresión que le causó, y con acento tembloroso, exclamó:

—¡Estás muy fría, mamá!

—Sí, hija, sí, — balbuceaba la pobre moribunda. — Emilia, — prosiguió, — recuerda bien: tu padre, el duque del Solar; mi prima, la marquesa de Velasco; y el autor implacable de todas mis desdichas, el verdugo de mi existencia... ese... ese, es el marqués del Pino.

—¿Pero para qué me dices todo eso?—preguntaba Emilia que no podía darse cuenta del verdadero estado de su madre.

—Para que podáis encontrar amparo, cuando yo no pueda prestárosle ya, que va á ser muy pronto. ¡Si al menos con mi muerte pudiera salvaros!...

Y una lágrima, expresión del inmenso dolor que aquella pobre mujer sentía, brilló en sus ojos, tembló un instante entre sus párpados y resbaló por su semblante donde se congeló al punto por efecto del frío de la atmósfera y del de la muerte.

—Mamá,—gritó Emilia aterrorizada por un estremecimiento de su madre.

—¡Hijas... hijas de mi alma!... ¡Dios mío... vela por ellas!

Y reuniendo las postreras fuerzas, cogió las dos lindas cabezas de sus hijas y las acercó á sus labios.

Sólo un débil soplo llegó ya á las mejillas de las dos niñas.

—¡Mamá!—exclamaron las dos al mismo tiempo,—¡mamá! ¿no respondes?

La pobre madre no las oía ya.

Tras una breve agonía, un ligero movimiento fué la señal de que acababa de espirar.

Las pobres criaturas esforzábanse en vano llamando á su madre y moviéndola, como si pretendieran que les contestase.

—¡Mamá duerme!—decía Clara.

—¡Mamá ha muerto!—dijo Emilia llorando amargamente.

—¿Y no vendrá con nosotras?—decía Clara arrimándose á su hermana, cual si comprendiera que en lo sucesivo de ella únicamente había de esperar protección y amparo.

—No, hermana mía.

Y Emilia abrazó á Clara, permaneciendo así durante algunos segundos.

Después alzó la cabeza, miró á todos lados, y dijo:

—No podemos dejar á mamá así, es necesario pedir socorro para ella.

—¿Quieres que gritemos?—dijo Clara creyendo que aquello sería bastante para que alguien llegara en su auxilio.

—Sí,—dijo Emilia.

Y las dos niñas se pusieron á gritar.

Pero ninguna voz respondió á la suya.

La nieve seguía cayendo copiosamente y nadie se

aventuraba á cruzar por aquellos intransitables y resbaladizos caminos.

—No viene nadie,—dijo Clara.

—Pues mira, hermana,—dijo de repente Emilia,—puesto que nadie viene, vamos nosotras á buscar quien venga.

—¿Dónde?—preguntó Clara.

—A cualquier parte, no lo sé; pero Dios, como decía mamá, nos guiará.

—Pues vamos.

Y Clara tiraba de la mano á su hermana.

Pero ésta la dijo:

—No, démosle un beso á mamá antes de separarnos de ella.

Y las dos niñas pusieron sus labios sobre el helado rostro de su madre.

Después cogió el pañuelo que ésta la había dicho, y dando la mano á su hermana, echaron á correr camino adelante, en dirección á Avila.

CAPITULO II

Un hombre sin corazón

Pobres hijas sin madre! ¡Pobres huérfanas abandonadas á su suerte en medio de un camino real, sobre un suelo cubierto de nieve, bajo el plomizo dosel del firmamento, cuyas tintas á cada instante se formaban más oscuras, pues es sabida la rapidez con que el crepúsculo vespertino se torna en noche tenebrosa al finalizar el año!

¡Qué sería de ellas!

¿Encontrarían algún sér compasivo que se apiadase de su desdicha, y se conmoviera al ver sus angelicales cabecitas rodeadas de la doble aureola de la pureza y de la desgracia?

¿Serían, por el contrario, víctimas de las asechanzas de algún hombre degradado ó de la horriblé indiferencia de esas personas sin corazón que se juzgan honra-

das, porque no deben un céntimo á nadie, pero que son capaces de dejar morir de hambre á un mendigo, antes de darle un céntimo, por más que lleven el bolsillo lleno de oro?

Todo era posible.

Inexcrutables los designios de la Providencia, lo mismo podía entrar en ellos, hacer brotar la miel de la boca del león, convertir en germen de felicidad una espantosa desgracia, que agravar ésta más y más, llevándola hasta el último límite.

Emilia, la mayor de las dos tiernas criaturas, á pesar de ser, por esta circunstancia, la que con mayor fuerza experimentaba el dolor, por la pérdida que acababa de sufrir, y de la cual su hermana apenas si acertaba á darse cuenta, supo sobreponerse á su pesar para ocuparse tan sólo en dar ánimos á Clarita, y alentarla á que prosiguiesen sin tregua su camino, hasta dar con alguien que, sobre prestarlas los necesarios socorros, pudiera ir también en busca del inanimado cuerpo de su madre.

A decir verdad, ni aun la niña mayor tenía idea clara y precisa de lo que era y significaba la muerte.

Pero á su infantil inteligencia había acudido la idea de que, para sacar á su madre de la situación en que se hallaba, se necesitaban medios que sólo podían estar al alcance de personas mayores, y en busca de ellas corría desolada, arrastrando en pos de sí á su hermanita y diciendo para animarla:

—¡Corre! ¡Corre! ¡No te detengas! Ya verás como llegamos á alguna parte donde haya hombres grandes... Les diremos lo que nos pasa y vendrán por mamá... ¡Está muy helada! Pero ¡quién sabe!... Arropándola

bien tal vez vuelva á entrar en calor y abra los ojos...

—Sí, sí,—contestaba la pobre Clarita, temblando de miedo y de frío.—¡Y puede que también nos den bizcochos!... ¡Tengo hambre!

—Pues anda, no te detengas...

—¡Ay!

—¿Qué es eso?

—¡Me ha entrado una cosa muy fría por el cuello y me corre por la espalda! ¿Será algún bicho?

—¡Tonta! Es un copo de nieve... ¿No ves como cae?

En efecto, la nevada en vez de disminuir arreciaba cada vez más.

Las pobres criaturas, á pesar de la velocidad de su carrera, tiritaban.

Licuábase la nieve á poco de caer sobre sus vestidos nada nuevos, y las calaba hasta los huesos.

Sus rostros, demacrados por anteriores privaciones, tomaban un color amoratado y sus tiernas manitas y sus piés, comenzaban á hincharse.

Ya hemos dicho que el sitio donde ocurrió el fallecimiento de la madre, no distaba siquiera una legua de Avila.

Esta distancia, tratándose de personas de más edad y de tiempo menos borrascoso, hubiera sido sin duda fácil de salvar.

Pero aquellos dos ángeles, aun no recorrida la mitad del trayecto, sintiéronse desfallecer.

Como era natural, la primera en dar pruebas de debilidad, fué Clarita.

—¡No puedo más!—dijo, echándose á llorar amargamente.

Su hermana se inclinó hacia ella.

Imprimió un beso con sus amoratados labios en la helada faz de la niña, y repitió amorosamente:

—¡Animo! ¡Adelante! Ya falta poco... y si te cansas yo te llevaré en brazos...

—¡No! ¡no! Te cansarías... ¡Peso mucho!—exclamó Clarita con infantil orgullo.—Soy casi tan grande como tú... Además, lo que yo tengo es miedo... Mira, mira que oscuro...

Y señalaba las tinieblas que por todas partes iban envolviéndolas.

No dejaba de experimentar parecido sentimiento Emilia.

Pero dotada de más fuerza de voluntad que su hermana, repuso:

—¡Qué tonta eres! En cuanto no estemos solas, todo se nos pasará... Sigamos...

Algunos minutos después, á ella misma comenzaron á faltarle las fuerzas.

Hubo de detenerse y entonces la dijo Clarita:

—¿Lo ves? ¿Ves como es mejor que nos detengamos? Sentémonos aquí... Aunque esté frío no importa... ¡Jugaremos al calienta manos!...

Emilia dirigió una mirada de angustia en torno suyo.

Sin saber por qué, en realidad, se resistía á seguir el consejo de su hermana que realmente, de ser aceptado, hubiera equivalido á una sentencia de muerte.

Aquellos dos tiernos seres habían experimentado poco á poco la fatal influencia de la temperatura y no hubieran sido necesarias muchas horas para que siguieran el mismo camino que su infeliz madre.

Pero Dios no lo permitió.

Emilia, dominada siempre por la idea de encontrar quien las prestase auxilio y se lo diera á su madre, miró afanosamente en torno suyo una y otra vez.

Al fin, lanzó un grito de alegría.

—¡Ah!—exclamó.—¡Todo va bien!

—¿Qué dices? Voy á sentarme...

—Nada de eso, mira, mira...

Clarita se limpió los ojos que oscurecian la nieve y miró en la dirección que el dedo de su hermana señalaba.

—¡No veo nada!...—murmuró.

—Pues yo sí... Allí... á la derecha...

—¿Qué hay?

—Una casa... Dentro habrá gente...

—Si no es como la que mamá nos compró en la feria y que no tenía nada dentro...

—¡Tonta! Aquella era de juguete y ésta es de veras. Un esfuerzo y llegamos... Ya verás, nos darán pan con azúcar...

—¡Ay! Entonces vamos corriendo...

Y la niña engolosinada ante la perspectiva que su hermana la ofrecía, echó á correr.

Siguióla y la alcanzó en breve Emilia.

Ambas continuaron la carrera sin detenerse hasta llegar ante una quinta de hermosa apariencia, cuya entrada, así como la del jardín que la seguía, estaba defendida por una extensa y fuerte verja de hierro.

Las dos niñas se quedaron paradas un instante; pero por fin, Emilia, más resuelta, se adelantó y llamó repetidas veces, con ese aturdimiento propio de su corta edad.

A poco se oyeron los ladridos de un perro y las desabridas voces de un hombre que decía:

—¿Quién es el que alborota de ese modo?

No tardó mucho en presentarse, del otro lado de la verja, un hombre de mala catadura seguido de un enorme perrazo que continuaba ladrando.

Clarita había retrocedido asustada.

Pero Emilia, más animosa, esperó á que el hombre se hallara al alcance de su voz, y dijo:

—¡Por el amor de Dios! Somos dos niñas solas... Tenemos frío y hambre... Mamá se ha puesto muy mala en el camino... Vamos á Avila á buscar al duque del Solar que es nuestro papá... Amparadnos y venid á socorrer á mi madre...

—¡Vayan enhoramala las mendigas! ¡Bueno está el tiempo para ir en socorro de nadie!—repuso brutalmente el hombre.

—¡Por Dios! Abrid... ¡No podemos más!...

—¡Largo de ahí ó suelto á León! Seguid vuestro camino.

—¡Tenemos frío y hambre!... Mamá está sola.

—¡Por vida de...! Ahora veréis...

Y aquel desalmado abrió la verja y azuzó al perro, obligando á las infelices criaturas á sacar fuerzas de flaqueza para huir despavoridas del inminente peligro.

CAPITULO III

El asilo

Las voces del miserable que de tal modo había recibido á las infelices huérfanas y los ladridos del perro, llamaron sin duda la atención de las demás personas que habitaban en la casa.

Dos de ellas acudieron en el momento que las infelices criaturas huian y cuando aquel infame, satisfecho de haber logrado su propósito, silbaba al perro para que volviese junto á él.

Una de las personas citadas era el jardinero, hombre de cuarenta años, de fisonomía que respiraba honradez y cuya cabeza inspiraba respeto.

La otra era un individuo de unos treinta años, envuelto en riquísima y abrigada bata y cuyas facciones, á pesar de su corrección, tenían un no sé qué antipático, duro, repulsivo hasta lo sumo.

Este, que, á juzgar por lo imperativo de su tono debía ser el amo de la casa, exclamó dirigiéndose al miserable:

—¿Qué es eso, Juan? ¿A qué viene semejante alboroto?

El interpelado, en tono tan humilde como arrogante era el que había empleado para dirigirse á las infelices niñas, contestó volviéndose é inclinándose:

—¡Qué ha de ser, señor marqués! ¡Dos miserables vagabundas, dos chiquillas que querían que se las diera de comer y que se fuera en busca de su madre que sin duda estará más lejos!... Y para conseguir esa friolera venían con la historia de que buscaban á un duque... ¡Buscar á un duque unas mendigas!...

El marqués, estremeciéndose, le interrumpió:

—¡A un duque, dices!

—Sí... Al duque del Salar ó del Solar... ¡Alguna mentira!... Yo en vista de que no se marchaban, las he echado el perro y...

Es imposible pintar el efecto que aquellas palabras causaron en el marqués.

Púsose pálido como un cadáver, retrocedió dos ó tres pasos, como si hubiera aparecido ante su vista alguna espantosa visión, luego su semblante se coloreó súbitamente y avanzando hacia Juan le cogió por el cuello, y dijo:

—¡Eres un imbécil! ¡Corre! ¡Ay de tí si no encuentras á esas niñas y no las haces venir!

Entonces el jardinero, que había presenciado la escena en el más completo mutismo, impuesto por la presencia de su amo, pero no sin dejar transparentar en su rostro la indignación que le causaban las palabras de Juan, se adelantó y repuso:

—Déjeme usted, señor... yo iré... Aun tengo los piés ligeros... Y luego, las niñas, al ver á éste, se asustarían y no querrían venir.

—Tienes razón,—dijo el marqués.—Ve y no tardes... pero con ellas... Y tú,—añadió dirigiéndose á Juan,—nunca te atrevas á tomar ninguna determinación sin consultarme, por insignificante que te parezca el asunto.

El jardinero no se hizo repetir la indicación.

Apenas la hubo oído, echó á correr con una ligereza que atestiguaba su buena voluntad y que no había sido prematura su afirmación.

Por el camino murmuraba:

—¡Pobres niñas!... ¡Canalla de Juan! ¡Suerte que el señor no es tan malo como afirman! El difunto marqués del Pino era un hombre completo... Decian que, en cambio, su hijo había salido un bribón de siete suelas; pero este rasgo prueba que la buena sangre no puede ser mala nunca... Lo que no comprendo es porque se empeña en tener de mayordomo á un perdido como ese Juan...

Y á la vez que así pensaba, corría á más y mejor en busca de las desgraciadas niñas.

Breve había sido el tiempo mediado desde la fuga de las criaturas hasta entonces; pero sabido es que el miedo da alas y el que habían experimentado las infelices al verse acosadas por el feroz perrazo, fué mayúsculo.

En pocos momentos recorrieron mucho espacio y no se detuvieron hasta que las faltó la respiración y las piernas se negaron á sostenerlas.

Entonces ambas cayeron de rodillas sobre la helada alfombra de nieve.

Rompieron á llorar y las dos tuvieron la misma idea.

—¡Mamá! ¡mamá!—gritaron.—¡Ven... Estamos muy malas... Tenemos hambre..., frío...

¡No sabían las infelices que su madre no podía oirlas!

Comenzaban á sentir el consolador entorpecimiento que precede á la muerte por congelación, cuando logró dar con ellas el jardinero.

—¡Ah! ¡Infelices criaturas! ¡Miserable Juan!—exclamó.

Emilia, la más enérgica de las dos, al oir una voz humana, levantó la cabeza.

—¡Socorro!—dijo en voz débil.

—¡Animo, valientes criaturas!—repuso el anciano.—No temáis... Voy á llevaros donde os darán todo lo que os haga falta...

El tono afable y la fisonomía bondadosa de la persona que así hablaba, reanimaron á Emilia, que sacudiendo cariñosamente á su hermana, dijo:

—¡Oyes, Clara! Dios se ha compadecido de nosotras. Levántate...

Trató de incorporarse y de obligar á Clarita á hacer otro tanto; pero una y otra volvieron á caer al suelo.

—¡Canalla de Juan!—rugió el jardinero.—¡Cómo me llamo Vicente que me la ha de pagar!

Y añadió:

—¡Niñas, no apurarse! Aun tengo en los brazos tanta fuerza como en las piernas; cojeos á mi cuello.

Se inclinó, sujetó por la cintura á las dos huérfanas, las levantó del suelo y de nuevo echó á correr con la doble carga, en dirección á la quinta.

Las criaturas hicieron instintivamente lo que el jardinero las había dicho.

Hicieron más: no sólo se cogieron á su cuello, sino que pegaron sus heladas caritas á cada uno de los carrillos del buen Vicente.

Y éste, sin hacer caso de la impresión desagradable que por fuerza hubo de sufrir, dejólas hacer y sin acortar la carrera, llegó orgulloso y satisfecho con ambas á la quinta de su señor.

Este, no obstante el rigor de la temperatura, en todo había pensado menos en separarse de la entrada de la casa, en la que aguardaba impaciente el regreso del jardinero, que le dijo, presentándole á las niñas:

—¡Aquí están! ¡Si tardo un poco más las hallo muertas!... Hay que darlas unas buenas friegas y sobre todo alimento para que no se mueran como pajaritos.

El marqués del Pino, pues ya sabemos que este era su título, disimulando la horrible ansiedad que le devoraba, repuso:

—Tú que entiendes de esas cosas, cuídalas; tienes carta blanca... Pero cuando ya estén en disposición de hablar, llévalas á mi habitación.

—Descuide usted... No será cosa de mucho tiempo, —dijo el buen hombre.—Unos cuantos frotes con ron, una buena taza de caldo mezclada con Jerez y alguna golosina... No se necesita otra cosa para que estos ángeles de Dios se restablezcan. Luego á dormir...

—Pero antes me las presentas. Ahora daré orden para que te faciliten todo lo que quieras.

—Está bien.

En efecto, Vicente se dió tan buena maña que no tardó en reanimar á las pobres criaturas.

Después de haberlas hecho entrar en calor, presentólas una buena taza de sopas á cada una, las dió luego un poco de vino generoso y por fin de comida dos ó tres dulces.

Las criaturas se hallaban en el colmo de la alegría y daban al olvido, con esa dichosa facilidad propia sólo de la infancia, sus recientes desdichas.

Cuando las vió satisfechas y sonrientes el jardinero, en cuya habitación se verificaba el banquete, las dijo:

—Después os presentaré al dueño de la casa para que le deis las gracias por todo... Es muy bueno y si necesitáis más, más os dará...

—¡Ay! sí,—dijo Emilia.—Es preciso ir por mamá que está lejos, muy lejos... ¡Y que se ha quedado fria, sin poder moverse, por más que la meneábamos!...

—¡Pobres niñas!—pensó Vicente, cuyos ojos se llenaron de lágrimas.—¡Milagro será si no está muerta esa pobre mujer!

Luego añadió en voz alta:

—¡Ea! ahora á dormir y mañana os presentaré al señor marqués.

Añadiendo después en voz baja:

—Yo entretanto me ocuparé de esa pobre madre.

CAPITULO IV

El marqués del Pino

Desde que el marqués había oído lo que su mayordomo le dijera referente á la persona á quien iban á buscar aquellas niñas que se habían presentado en demanda de auxilio, su inquietud manifestóse de un modo tal, que aquel mismo mayordomo, confidente sin duda alguna de su señor, no pudo menos de decir más de una vez:

—Pero señor, ¿qué mosca le habrá picado á mi amo que anda de esa manera? Por fuerza en eso de las muchachas hay algo que yo no comprendo. Pero en fin, lo que sea sonará, porque lo que es eso sí, en cuanto le haga falta, ya está recurriendo á mí. ¡Y qué demonio de hombre y que mal humor que ha echado! Los criados andan en un pié como las grullas, porque cada rociada que les echa, canta el credo.

Y el mayordomo procuraba esquivar el encuentro con su señor, para evitarse alguna palabra dura de las que el marqués dirigía á todos sus servidores cuando estaba de mal humor.

Pero la desgracia, que siempre se presenta esta señora cuando hace menos falta, hizo, que al ir el mayordomo á cruzar de una habitación á otra, tropezase con su señor que le dijo de buenas á primeras.

—¡Imposible parece que en el tiempo que llevas á mi servicio hayas cometido una pifia como la de ayer! Pues mira, Juan,—prosiguió mirando fijamente al mayordomo;—ya sabes que soy complaciente hasta el extremo con los que me sirven bien y con los que se toman interés por mí, pero lo que es con los imbéciles como tú, soy inexorable.

—¿Pero señor, si yo no sabía?...

—¡Calla, animal!

—Es que...

—Pero ven aquí, estúpido. Desde el momento en que oiste el nombre que dijeron esas criaturas, ¿no te se ocurrió nada?

—¿Pero qué nombre? Yo no recuerdo...

—¿No me dijiste que habían dicho no sé qué del duque del Solar?

—¡Toma! sí, señor.

—¿Y todavía tienes valor de decirme eso, con toda tu calma? Merecías...

Y el marqués cogió una silla de un modo tan expresivo, que Juan creyó conveniente ir á colocarse á una respetuosa distancia de su señor.

—No sé cómo no te deslomo de un silletazo,—dijo el marqués.—Como se conoce que la buena vida tras de hacerte gandul, te ha hecho olvidadizo.

—¡Anda, anda,—pensaba Juan,—y como se desahoga echándome piropos!

Y luego en voz alta, continuó:

—Pero vamos á ver, señor, aun cuando yo recordara las cuentas que teníamos pendientes con el marqués del Solar, ¿qué importancia podía yo darle á ese nombre pronunciado por dos chiquillas harapientas y pedigüeñas?

—Lo que te digo; tienes muy mala memoria, y si así continúas vas á hacer que yo pierda la mía, respecto á lo que en otro tiempo fuiste para mí.

—No acierto lo que el señor marqués quiere decirme.

—Pero ven aquí, pedazo de mostrenco,—dijo el marqués, cogiendo por un brazo á Juan, y llevándosele á su gabinete.—¿No te acuerdas que Emilia tenía dos hijas?

—¿Cómo, y cree usted que esas chiquillas?... Vamos, señor marqués, que me parece que no está usted muy en lo justo.

—Quien no está en lo justo eres tú, señor desvergonzado. Por la edad que esas criaturas tienen y por esas palabras que han dicho, no tiene duda, son las que yo andaba buscando y que tú no has sabido encontrar.

—Si así es, he de confesar, señor, que he sido un torpe.

—Eso, eso, por ahí debías haber empezado, por hacer esa confesión.

—Pero si es que yo...

—Anda, anda, vete á ver si Vicente ha arreglado ya á esas mocosas y tráelas aquí; y procura para otra vez ser más avisado porque sino, te limpio el puesto. ¿Lo entiendes?

—El señor marqués, creo que me hará la justicia de creer que...

—Que eres un animal. Ve á hacer lo que te he dicho.

Juan se apresuró á salir de la estancia de su señor, murmurando:

—¡Vaya que el floreo ha sido bueno! Si no fuera porque al fin y al cabo todo se le pasa después y aquí vive uno como un patriarca, sería cosa de...

Y no continuó el mayordomo en su monólogo, porque en aquel momento apareció Vicente llevando de la mano las dos niñas que miraban con asombrados ojos el lujo de aquellas habitaciones y los muchos criados que se veian en ellas.

—¿Son esas las chiquillas?—preguntó Juan al jardinero.

—Sí, señor. Y que han dormido como dos marmotas. ¡Pobrecitas! Ya se ve, como que estaban tan cansadas.

—¿Han almorzado bien?

—¡Vaya! Han comido como dos sabañones. ¿No las ve usted que colorcito que tienen? ¿Es verdad que estáis bien, hijas mías?

—Sí, señor,—repuso Emilia;—pero si estuviera la mamá con nosotras, mejor estaríamos, ¿no es verdad, Clarita?

—¡Pobrecita mamá!—repuso la más pequeña de las dos niñas,—¡tan fría como estaba!

—Tú mamá, ¡pobre ángel!—dijo Vicente, llevándose una mano á los ojos,—está en el cielo.

—¿Y por qué no nos ha llevado á nosotras?—preguntó Clara.

—¡Santa inocencia!—repuso Vicente.

—¡Hum! Eso es lo que debía haber hecho,—refunfuñó el mayordomo,—y con eso me hubiera yo evitado la rociada del amo.

—Como el señor marqués me dijo que las trajese hoy...

—Ya lo sé. Vamos, venid conmigo, pimpollos;—prosiguió Juan, cogiendo de la mano á la más pequeña.—¡No sé qué querrá hacer el señor marqués con ese par de muñecos!

—Yo no quiero ir contigo,—dijo Clara, resistiéndose á seguirle.—Tú eres el del perro que me quería comer.

—Mire usted como se acuerda,—dijo Vicente.

—Anda, chiquilla, anda; que aquí no hay perro ninguno ahora, digo,—pensó Juan,—exceptuando al señor marqués, que es más perro que los que andan á cuatro piés.

—Anda, hija mía, anda,—dijo Vicente á la niña que seguía resistiéndose,—que vais á ver al caballero que os quiere mucho y que os dará muchas cosas buenas.

—¿Y nos dará también á mamá?

—Mira ahora con lo que sale ésta,—murmuró el mayordomo.—Tu madre se ha muerto y todavía no he visto yo ninguno que tenga el capricho de volver desde el otro barrio.

—¡Pobrecita mamá!—dijo Emilia, secándose las lágrimas que corrían por sus mejillas.

—¿Me necesita usted para algo, señor Juan,—dijo Vicente.

—Pues ya lo creo. ¿Qué quieres que haga yo con estas dos criaturas; después que las haya visto el señor marqués?

—¡Toma! pues llevarnos á ver al señor duque del Solar, según me encargó mi mamá,—dijo Emilia.

—En seguida,—murmuró Juan,—al momento va á dejarlas salir el señor marqués.

—Bueno, pues entonces, le esperaré á V. aquí fuera.

—Sí, sí; yo no he nacido para guardar chiquillos. Vamos, muchachas, á ver como os portáis en presencia del señor marqués.

—¿Qué hemos de decirle?—preguntó Emilia.

—¡Pues vaya una pregunta! ¿qué le habéis de decir? Contestar á lo que él os diga.

—Y darle las gracias,—añadió Vicente,—por su bondad, porque gracias á él vuestra pobre madre tiene sepultura cristiana y vosotras habéis encontrado un asilo.

—¿Y nos dará juguetes?

—Sí, sí; no será malo el que os dará,—murmuró Juan.

—Sí, hijas mías, de todo os dará y comeréis muy bien y no volveréis á pasar ni frío ni hambre, ni á andar por esos caminos.

—¡Ay, qué gusto!—exclamó Clara, palmoteando,—no volveré á tener miedo, ¿verdad, Emilia?

—Sí, niña, sí.

—¡Ea! Vamos adentro.

—No os olvidéis de lo que os he dicho,—añadió Vicente acariciando con su ruda mano las sonrosadas mejillas de las niñas.

CAPITULO V

Caer en la ratonera

IMPACIENTE se paseaba el marqués del Pino, cuando Juan, llevando de la mano á las niñas, se presentó en la estancia.

—Aquí tiene usted lo que deseaba, señor, dijo el mayordomo.

El marqués fijó una mirada ansiosa en las dos niñas, y después murmuró:

—Ellas son, no hay duda, esa especialmente, es el retrato de su madre.

Las niñas estaban como sobrecogidas en presencia de aquel caballero que las miraba tan atentamente y en medio de aquella habitación, cuya suntuosidad jamás habían conocido.

Clarita, miraba á todos lados, sorprendiéndole todo cuanto veía.

Emilia, á pesar de que ya era un poco más dueña de sí, tampoco podía disimular su admiración.

—¿Cómo os llamáis?—dijo el marqués.

—Yo me llamo Emilia, para servir á usted, y mi hermana, Clara.

—Pero Emilia ¿de qué?

La niña se quedó mirando á la persona que acababa de hacerle aquella pregunta.

—El señor marqués quiere deciros ¿cuál es vuestro apellido?—añadió Juan.

—Figueroa y San Juan.

—¿Lo ves, imbécil?—dijo el marqués al mayordomo.

Este inclinó la cabeza mientras Emilia bien ajena de lo que significaba la pregunta del que creia su bienhechor, decía:

—Damos á usted las gracias por el bien que nos ha hecho; y nuestra pobrecita mamá se lo agradecerá también desde el cielo.

—¿Y de dónde veniais por esos caminos con el tiempo que hace? ¿Tan pobres erais que teniais que ir á pié?

—Veníamos de muy lejos. De una tierra donde hablaban de otro modo que aquí, me parece que era Bélgica.

—¡Zambomba!—exclamó Juan,—pues si habéis venido á pié desde allí, ya habréis roto algunos zapatos en el camino.

—No, señor; que vinimos en coche y en tren, mientras la pobre mamá tuvo dinero; pero en una población de aquí España, le robaron á mamá todo cuanto tenía, y como que mamá quería llegar cuanto antes al sitio donde íbamos, emprendimos la marcha á pié.

—¡Bonito modo de viajar!

—¿Y dónde ibais?

—No lo sé; pero mamá preguntaba muchas veces por el camino de Arévalo.

—Eso es,—murmuró el marqués,—cerca de Arévalo vive el duque y... ¿Y cómo ha sido,—prosiguió, preguntando á las niñas,—que vuestra madre ha muerto?

—Yo le diré á usted, señor. La pobrecita estaba enferma, por eso nos vinimos de Bélgica, mamá daba allí lecciones de piano y de español, después trabajaba mucho, y poco á poco fué perdiendo la salud y nos abrazaba muchas veces y lloraba mucho y nosotras también llorábamos porque decía que nos iba á dejar solas. Por eso emprendimos la marcha. Y cuando nos robaron, mamá estuvo enferma bastantes días del disgusto; y querían llevarla al hospital y como nos habían de separar de ella, la pobrecita, ya se ve, enferma y todo se puso en camino.

—¿Y no sabías tú, que ya eres la mayorcita, á qué persona iba á buscar?

—A mi papá.

—Y decía que me compraría muchos dulces,—añadió Clarita.

—¿Quién es tu papá?

—El duque del Solar.

—¿El duque del Solar? ¿y así os había dejado? ¿por qué no le pedía dinero tu madre, por qué no le escribía?

—No sé,—repuso Emilia, encogiéndose de hombros.

—Mira, Emilia, mira que muñeca tan bonita,—dijo Clara, señalando una figurita de porcelana que había con otras muchas sobre un mueble de palo santo.

—De modo que ahora, ¿qué pensabais hacer?

—Mi pobrecita mamá, antes de morir, me dijo lo que debía hacer.

—Veamos, veamos. Venid aquí, sentaos á mi lado y contadme todo eso.

Y el marqués atrajo junto á sí á las dos niñas obligándolas á sentarse cerca de él.

—Mamá,—dijo Emilia,—me entregó unos papeles encargándome que se los llevase al señor duque del Solar.

—¿Y esos papeles?...

—Están allí, en el lío que llevaba al brazo.

—¿Y dónde es allí?

—En la habitación donde hemos dormido. Vicente lo sabe.

El marqués cruzó una mirada con Juan y éste la comprendió sin duda, porque salió inmediatamente del aposento.

—Vamos, vamos, cuéntame todo eso,—dijo el marqués, dirigiéndose á Emilia y entregando á Clara la figurita de porcelana que tanto había llamado su atención.

—¿Qué quiere usted que le cuente, señor?

—Todo eso que tu madre te dijo antes de morir.

—Pues, nada, me dió esos papeles encargándome que se los llevara al señor duque.

—¿Y nada más?

—Me dijo que también tenemos en Burgos otros parientes muy ricos, los marqueses de Velasco.

—¡Ah! sí.

—¿Los conoce usted?

—Sí.

—¿Entonces también conocerá usted á otro señor muy malo, de quien mamá me encargó mucho que no me fiara, porque á ella la había hecho muy desgraciada.

—¿Y cómo se llama ese señor?

—El marqués del Pino. ¡Oh! no se me olvidará ese nombre.

El marqués, á pesar de que se trataba de una niña, no pudo menos de inmutarse, murmurando:

—Me lo había figurado.

En este momento entró Juan en la estancia.

La mirada que cruzó con el marqués parecía indicarle que ya había cumplido su encargo.

—¿De modo que vosotras querréis ahora marcharos en busca de ese señor duque?

—Sí, señor.

—Bueno, bueno, pues ahora cuando pasen dos ó tres días ya haré yo que os lleven á su casa.

—¡Qué bueno es usted, y cómo le agradecería todo esto nuestra pobrecita mamá si viviera!

—Mucho siento no haber podido llegar á tiempo de salvarla.

—¡Si viera usted cuanto sufría la pobre durante el camino!

—Ya lo creo.

—Algunas veces si encontrábamos un carretero que se compadecía de nosotras y nos dejaba subir al carro, tal cual; pero la mayoría de las veces, á pié y nada más que á pié teníamos que hacer todas las jornadas. La pobre mamá, solía apoyarse en nosotras.

—¡Hum! valiente apoyo,—murmuró Juan.

—Pues mire usted,—repuso Emilia un tanto picada por las palabras del mayordomo,—de mucho que le servía.

—Sí, hija, sí, ya lo creo,—repuso el marqués,—no le hagáis caso á ese zoquete.

—Oye, ¿dónde tienes aquel perro tan grande y tan feo que nos enseñaste ayer?—preguntó Clara á Juan, olvidándose por un momento de la linda figurita de *biscuit* que le había dado el marqués.

—Ahora está guardado, ese perro no sale más que cuando las niñas son malas.

—Oye, ¿pues entonces, por qué le sacaste ayer? ¿Eramos malas nosotras por venir á pedirte que fueses á buscar á nuestra mamá?

El marqués no pudo menos de sonreirse viendo el aprieto en que había puesto á Juan la observación hecha por la niña.

—Responde, responde,—volvió á decir Clara con esa especie de insistencia peculiar en las criaturas.

—Ya le he castigado yo, hija mía,—repuso el marqués afectuosamente.

—Has hecho muy bien, así no volverá á enseñar el perro á otros pobrecitos niños como nosotros.

—Vaya, vaya, hijas mías,—dijo el marqués,—ahora marchaos á jugar por el jardín y cuando ya estéis descansadas, entonces, que será dentro de dos ó tres días, os llevarán á la casa del señor duque.

—¿Y usted conoce á ese marqués del Pino que nos decía mi mamá?—preguntó Emilia.

Juan miró á su señor sonriéndose, mientras que éste decía con la mayor formalidad del mundo:

—¡Vaya si le conozco! y ya tenía mucha razón vuestra madre en encargaros que tuvieseis mucho cuidado, porque es muy malo.

CAPITULO VI

Otra vez solas

LAS niñas fueron puestas otra vez en poder de Vicente por Juan, que le dijo:

—Anda, anda, que buen rato se ha pasado el señor marqués oyendo á estas criaturas.

—Son muy monas. Y qué, ¿quiere el señor que se queden aquí en casa?

—No sé lo qué resolverá todavía.

—¡Sí, hombre, sí, ruégueselo usted! Que haga esa obra de caridad. ¿Dónde van á ir esas pobres criaturas huérfanas y sin amparo alguno?

—No, sin amparo, no,—dijo Emilia con cierto airecito de orgullo que no se escapó á la penetración de Juan, —nosotras somos hijas del duque del Solar y son parientes nuestros los marqueses de Velasco.

—¡Oiga, con la niña! ¡Miren y qué humos tiene!—exclamó sonriéndose Vicente.

—¡Hum! estas chiquillas son de pura raza,—murmuró Juan.

Y luego en voz alta prosiguió dirigiéndose á Vicente:

—Yo no sé todavía lo que hará el señor marqués; pero desde luego según presumo, enviará á estas criaturas á casa de su padre.

—Eso ha dicho,—dijo Emilia.

—Por ahora, que se queden contigo y que jueguen y salten por el jardín.

—Sí, sí, bueno está el tiempo para que vayan por el jardín, se helarían las pobres criaturas.

—Pues haz lo que quieras.

Vicente cogió á las dos niñas, y Juan volvió á entrar en las habitaciones de su señor.

Este se hallaba algo preocupado.

Con los codos apoyados sobre un lindísimo velador maqueado y la cabeza apoyada en las manos, el marqués del Pino sujetaba sin duda su pensamiento á un trabajo superior al que ordinariamente hacía.

Al rumor producido por la entrada de Juan, salió de su ensimismamiento.

Alzó la cabeza, y dijo:

—¿Comprendiste lo que te había querido indicar?

—Y en prueba de ello que aquí tiene usted...

Y Juan sacó del bolsillo interior de su chaquetón un paquete pequeño de papeles.

—¿No más que esto?—dijo el marqués.

—Nada más; si el bultito era una cosa tan pequeña.

—Está bien. No te alejes mucho, porque tendré necesidad de tí.

—Así lo haré.

Otra vez se volvió á quedar solo el marqués, mientras Juan salía pensando:

—Anda, anda ¿te creerás tú que yo soy tan tonto que te vaya á entregar todo lo que la suerte puso en mis manos? En este mundo bueno es vivir prevenido siempre.

El marqués entretanto, examinaba detenidamente los papeles.

—Reducida es la colección,—decía,—pero vamos, es buena: aquí están las fes de bautismo de las chiquillas y la fe de casado del duque. ¡Demonio! Este si que es un documento importante. ¿Y por qué estará puesto aquí, en el final, esta nota que no comprendo?—prosiguió examinando la partida matrimonial.—Aquí dice: tercera copia. ¿Para qué se habrán sacado las otras dos? ¡Bah! A mí qué me importa si ahora conozco ya la parroquia donde se realizó el matrimonio, y si me conviene destruir esa partida, puedo hacerlo con suma facilidad. ¡Calle! ¡Aquí hay letra mía!—prosiguió cogiendo otro papel del pequeño envoltorio.—¡Demonio! Si que es una carta mía un tanto comprometedora; como que si va á parar á manos del duque, nadie me evita un duelo con él. ¡Suerte he tenido con que esas muchachas vinieran á pedir auxilio á esta casa! Pero por lo mismo es necesario sabernos aprovechar de ella. Sigamos, sigamos la inspección de estos papeles...

Y el marqués continuó el escrutinio, diciendo poco después:

—Aquí hay una carta cerrada. Está dirigida al duque. Ya que me he enterado de lo más, me parece que también puedo enterarme de lo menos.

Y rompió el sobre.

—¡Es una carta de Emilia para su marido!—prosiguió mirando la firma.—¡Ya! Las explicaciones de rigor en estos casos, y mucho de jurar y perjurar su inocencia, y echarme á mí el muerto de todo. ¡Demonio!—prosiguió leyendo con atención algunos párrafos de la carta,—¿quién ha podido enterar á esa mujer de todo esto? Anda, anda, que lo que es si llega á vivir mi padre, nos vemos envueltos en un lío de mil demonios. ¡Cuando yo digo que he tenido mucha suerte! La cuestión es que para que esta mujer supiese todo esto, es preciso que alguien se lo hubiese dicho; y ese alguien sea el que sea, constituye para mí un gran peligro. ¡Oh! Es necesario ver si aquí encuentro algún indicio respecto á esta persona.

Y el marqués volvió á registrar cuidadosamente todos los papeles, pero sin duda no encontró lo que buscaba, porque dijo:

—Nada, sin duda Emilia pensaría ampliar estas indicaciones con algunos detalles que se ha llevado consigo al sepulcro. Mejor que mejor. Allí se conservarán muy bien guardados.

La revisión de los demás papeles, no debió sin duda llamar la atención del marqués, porque no dijo nada más.

Los recogió, los guardó cuidadosamente en una arquita de hierro que tenía encerrada en aquel mueble de palo santo que había en el aposento, y dijo:

—Ahora es menester pensar qué es lo que yo debo hacer.

Y comenzó á pasearse por la habitación buscando en su pensamiento una idea salvadora.

Y sin duda la encontró, porque su mirada adquirió de repente siniestro brillo y sus labios murmuraron:

—No hay otro remedio. Los secretos que guarda la tumba son los únicos que jamás se descubren.

Y una vez que se hubo afirmado en su resolución, llamó á Juan.

El mayordomo no se hizo esperar.

—¿Me llamaba el señor marqués?—dijo al entrar en la estancia.

—Sí. Tenemos necesidad de hablar con un poco de detención, porque el encuentro de estas muchachas, realmente nos ha sido muy favorable, y fuéramos unos necios, si no supiéramos aprovecharnos de sus ventajas.

Juan miró á su amo esperando que aclarase más aquellos conceptos.

—Ya has oído lo que esas dos chiquillas representan para nosotros.

—Sí, señor; es decir, para usted que al fin y al cabo es á quien pueden perjudicar más directamente.

—Y perjudicándome yo, excuso decirte que no habrías de quedar tú muy bien librado tampoco.

—Eso desde luego.

—Por lo tanto, aquí nos hemos de ocupar en los medios de sacar partido de semejante encuentro. ¿Comprendes?

—No sé lo qué el señor marqués querrá decirme con eso.

—Muy torpe estás por lo visto, Juan,—repuso de mal talante el marqués;—y ya sabes que los torpes no sirven para nada en este mundo.

—Pues me parece que el señor no es de los que pudieran tener ninguna queja respecto á mi torpeza.

—Lo que es ahora, francamente, estás dando muestras de una necedad inconcebible.

—Pero si es que no adivino dónde pretende ir á parar el señor marqués.

—Pues cuando uno se encuentra en las condiciones que estamos nosotros, se adivina, porque tú conoces perfectamente todos los misterios de nuestra existencia, los peligros que pueden amenazarnos y los medios que hemos empleado ya para evadirnos de otros.

—Sí, señor; sí, todo eso lo sé; pero como yo ahora no veo peligro alguno como acaba usted de decir.

—¿Qué no le ves?

—No, señor.

—Nada, lo que te he dicho, con los años y con la buena mesa y la vida de canónigo que estás llevando, has perdido todas las buenas dotes que antes tenías.

—No sé por qué dice usted eso.

—Estás viendo que viven y que se encuentran aquí las herederas legítimas del duque del Solar, que llevan documentos que así lo acreditan y todavía dices que no ves peligro grave que nos amenace.

—Pues, no, señor, no le veo;—repuso Juan con un aplomo que acabó de irritar á su amo.

—Vamos, merecías...

Y el marqués hizo un gesto de amenaza.

Pero Juan no dió muestras de que le produjese efecto alguno la excitación de su señor, contentándose únicamente con decirle:

—Naturalmente, ¿cómo quiere el señor marqués que yo vea peligro en la presencia de esas muchachas cuando precisamente las tenemos en nuestro poder?

CAPITULO VII

Dignos uno de otro

El marqués no pudo menos de mirar lleno de admiración al mayordomo.

La contestación de éste á los peligros que él acababa de manifestarle, era de una lógica tal, que por de pronto nada pudo decir el marqués.

Juan prosiguió:

—El señor marqués ha estado acusándome de que me tomo poco interés, y ya ve como no era así. Quien nos ofrece el peligro, eran dos criaturas; pues si están en poder nuestro y de él no han de salir si no es por nuestra voluntad, ¿por qué nos entregamos á cierta clase de temores que no tienen por cierto razón ninguna de ser?

—Pero bien; ¿qué vamos á hacer de esas muchachas?

—Eso es lo único de que ahora hemos de hablar.

—Tú consideras como yo, que si dejamos en libertad á esas muchachas...

—¡Toma! cualquiera las dirigirá á Arévalo, donde reside el duque.

—Desde luego.

—Pues ¿quién nos manda dejarlas libres?

—Y que, ¿quieres acaso que yo las tenga aquí toda la vida?

—No por cierto.

—Pues entonces...

Y el marqués miraba fijamente al mayordomo, como si tratara de leer en su pensamiento, lo que se lo ocurría para dar solución á aquel conflicto.

Pero Juan permanecía reservado.

El bribón quería escuchar la opinión de su señor antes que emitir la propia.

—En estos casos,—dijo por fin el marqués,—yo creo que debemos echar mano de los recursos supremos.

—Desde luego, que cuando un enfermo está grave, es preciso buscar los remedios heróicos.

—Y aquí el remedio heróico está en inutilizar á esas criaturas.

—Y para siempre.

—Pues es natural.

—¿Te atreves á hacerlo?

—¿El qué, señor?—preguntó Juan mirando atentamente al marqués.

—Torpe eres, si no me has entendido.

—Hay cosas que es menester que se expliquen con toda claridad.

—Pues bien, aquí es necesario matar, para no ser muertos, ¿comprendes ahora?

—Sí, señor; pero no estoy conforme con el medio.

—¿Cómo?

—Que no creo que haya necesidad de la muerte.

—Pues si dejas con vida á esas muchachas, te expones á que vayan á parar precisamente donde nosotros no queremos que vayan.

—Y aun cuando fueran, ¿qué perjuicios podrían irrogársenos de ello? ¿con qué justificaban lo que dijeran? ¿con qué pruebas iban á demostrar que eran las hijas del duque del Solar?

—Eso es verdad; pero desengáñate que en esas cuestiones no se puede ni se debe andar con medias tintas; es necesario cortar el mal de raíz.

—Para mí, sin necesidad de llegar á ese extremo, podemos conseguir el mismo resultado.

—Desengáñate, que los medios enérgicos son los mejores. Al menos con esos puede uno tener la seguridad de que no ha de mortificarle la persona que desaparece.

—Sí, señor; pero no debe usted perder de vista que la sangre siempre deja huella. Yo no lo digo esto por mí, porque ya me presumo que usted, por la misma cuenta que le trae, había de procurar sacarme adelante; pero ya comprenderá el señor marqués, que en estas cosas siempre hay que valerse de alguno, y es un poco arriesgado eso de tener cómplices.

—Es verdad.

Y el marqués comenzó á pasearse por la estancia un tanto preocupado por lo que acababa de decirle el mayordomo.

De pronto se detuvo frente á él y le dijo:

—Vamos á ver, tú que tan bien has sabido presentar

la parte mala, veamos ahora cómo explicas la parte buena.

—Es que en este asunto, no hay parte buena ninguna.

—Mira, Juan, no me incomodes, porque no estoy muy satisfecho que digamos.

—Como usted me ha dicho que veamos la parte buena.

—Quiero decir la parte que tiene menos exposición.

—En cuanto á esa es muy sencilla.

—Pues esa sencillez es la que yo quiero ver.

—Aquí la cuestión está en que las muchachas desaparezcan de modo que no puedan mortificarle á usted.

—Desde luego.

—Pues busquemos un medio para ello.

—El medio es lo que yo quiero, sin tanta palabrería inútil.

—Supongamos que conducimos á las muchachas á Portugal.

—¡A Portugal! ¿para qué?

—En Portugal las dejamos abandonadas.

—¿Y qué más?

—¿Cómo que más? ¿Pues le parece á usted poco dejar dos criaturas así, en un país totalmente desconocido, sin amparo de nadie?

—Pero volverán, y como la mayor recuerda perfectamente los nombres que su madre le dijo, el peligro ha de subsistir del mismo modo.

Juan se rascó la cabeza como si tratara de buscar una idea que le sacase de aquel atolladero.

De pronto dijo:

—Hagamos otra cosa.

—Aquí no tenemos que hacer más sino lo que te he dicho,—repuso el marqués.—Esas chiquillas constituyen un peligro y ese peligro es necesario evitarlo. ¿Cómo puede evitarse? Pues cortando por lo sano y suprimiendo lo que estorba.

—Ese es el caso; que cortarlo del modo que usted quiere, es muy violento.

—Mas... si tú no lo haces, habrá otro que lo haga. Ya te vas haciendo pesado, Juan; y tú no comprendes que en este mundo cuando se ha jugado ya tanto como nosotros hemos jugado, no es posible retroceder. O todo ó nada. Esas chiquillas han de desaparecer. Emplea los recursos que mejor te agraden, pero el resultado ha de ser ese.

El mayordomo inclinó la cabeza dominado por el acento de su señor.

Este estuvo mirándole durante algunos segundos y después le dijo:

—Vamos á ver ¿qué es lo que resuelves?

—Me parece que no es puñalada de pícaro.

—Sí, porque si no estás dispuesto á servirme, bien sabes tú que lo que sobran son brazos, cuando hay dinero para pagarlos.

—Pero esos brazos no serán tan leales como el mío.

—Cumplan ellos lo que yo deseo y no nos metamos más en lealtades. Conque vamos, decídete pronto.

—¡Qué he de hacer si usted lo toma de esa manera!

—¿Tú ves? si al fin hubieses desde el principio accedido, no habríamos perdido el tiempo tan lastimosamente como lo hemos hecho.

—Es que las cosas también hay que pensarlas.

—Pues bien, piensa todo lo que quieras. Para dentro de tres días esas muchachas han de estar fuera de aquí, sin que yo vuelva á oir hablar de ellas.

—Está bien.

CAPITULO VIII

Piensa el ladrón...

JUAN no cesaba de pensar respecto al compromiso que había contraído con su señor para librarle de aquellas dos criaturas, que parecían constituir una amenaza terrible contra él.

Y cuando se retiró á sus habitaciones, salió murmurando:

—El caso es, que este hombre me pone en unos compromisos de mil demonios. El está escudado con su nombre y con la consideración de que disfruta en el mundo, y si vienen algún día mal dadas, aquí el que ha de pagarlo todo soy yo, porque él como tiene en su poder todos los documentos que le comprometen, con hacerlos desaparecer, está fuera del paso, y los que le hemos servido, pagaremos los vidrios rotos. Afortunadamente se me ha presentado esta ocasión y he guardado

dos ó tres papeles cuyo valor me ha parecido á primera vista, que era grande. Ahora los examinaré, los uniré á los demás apuntes que conservo, y esperaremos los acontecimientos algo más tranquilo ya.

Y Juan se aseguró, no solamente de que nadie podía verle, sino que para evitar el ser interrumpido, cerró con llave la puerta de su cuarto.

Como se ve, el mayordomo del marqués era hombre ya ducho en empresas de aquella especie, y sabía el terreno que pisaba.

Cuando el marqués le había dado el encargo de que fuese á buscar los papeles que llevaban las niñas, el bribón, porque tal calificación creemos poder darle sin ofenderle, se puso á hojearlos á la ligera, y separó dos ó tres, entregando los demás á su señor.

A estos fué á los que aludió al entrar en su cuarto, apresurándose después á sacarlos del bolsillo interior de su chaqueta.

Con extraordinaria atención estuvo leyéndolos y después que hubo concluido, dijo:

—Que buena fué mi idea. y en que oportuno momento se le ocurrió al señor marqués, hacerme la seña que yo cogí al vuelo, de apoderarme de aquellos papeles. Vean ustedes por donde casi, casi he llegado á reconstituir la historia de mi flamante señor. Que ajeno estará él de que, creyéndose tenerme en su poder, por el contrario se encuentra en el mío. Paso á paso he ido siguiendo la historia de aquellos dos *excelentes compañeros* á quienes escuché las palabras que me sirvieron de base para entrar al servicio de este señor. Los dos se habían fugado de Ceuta y á Ceuta han vuelto cuando los cogió la autoridad. ¡Quién sabe si algún día

me hará falta su declaración para justificar la nota que guardo como oro en paño! En fin, con esto sé todo lo que necesitaba saber.

Y Juan se levantó, separó la cama del sitio en que la tenía, é hizo saltar con la hoja de su cuchillo una losa del suelo, debajo de la cual, había un pequeño fajo de papeles.

El resto del hueco, estaba lleno de serrín á fin de que la losa quedase nivelada, y no pudiera llamar la atención su movimiento, aun en el caso de pasar por encima.

Juan volvió á sentarse, y mirando los papeles que habia extraído, exclamó:

—¿Cómo se ha de figurar el marqués que yo tengo aquí su verdadera partida de bautismo y todos los demás documentos que, á fuerza de perseverancia y de habilidad, he conseguido ir reuniendo? ¡Bonita colección!—prosiguió, mirándolos detenidamente.—¡Cuánto daría si pudiera apoderarse de ellos! Por supuesto que, si él lo supiera, mi vida es muy posible que peligrase.

Y como si esta idea le hubiese impresionado algún tanto, añadió:

—¡Demonio! y por cierto que yo no había caído en esto. Será menester que piense lo más conveniente, así para garantir mi vida, como para asegurar mi venganza.

Y Juan permaneció pensativo un breve espacio, diciendo después:

—No olvidaré esta idea que se me ha ocurrido, pero por ahora es preciso pensar únicamente en el compromiso que he contraído con el marqués. Darles muerte á esas criaturas, que se lo quite de la cabeza, yo no lo

hago. Reunamos todos estos documentos y ocupémonos de lo que verdaderamente nos importa por el momento.

Y en armonía con esto, Juan unió á los papeles que había sacado los que llevaba en el bolsillo, hecho lo cual volvió á dejar la cama en su sitio y se sentó.

Buen espacio llevóse reflexionando; y tal vez debió encontrar la solución satisfactoria, porque sonriéndose, murmuró:

—Sí, es lo mejor.

Dos días después de esto, paseábase en actitud meditabunda por el jardín de la casa, murmurando:

—Y el caso es que no sé á quién dirigirme de los criados de la casa para que secunden mi proyecto. Todos son unos bribones y si algo les digo, estoy seguro que á la media hora lo sabe el marqués, y esto no me conviene por ningún estilo. Aquí es necesario una persona que me comprenda y que no me haga traición, porque sino, todo se ha echado á perder.

Y como en aquel momento pasase por su lado el jardinero, se dió una palmada en la frente, exclamando:

—¡Ya tengo mi hombre! Vicente me debe lo que es. Vicente es honrado á carta cabal y mudo como un muerto. Vale más fiarme de él que de nadie. Hoy mismo le hablaré.

Y efectivamente, aquella tarde entró en el pabellón que ocupaba el jardinero, y llamándole aparte para que su familia no se enterase, le dijo:

—Vicente, necesito hablar contigo, pero sin que se enteren ninguno de los tuyos.

—¡Qué no se entere ninguno de los míos! pues ¿qué hay, señor Juan?

—Hay un asunto que yo no confiaría á nadie más que á tí, porque sé que me aprecias.

—¡Oh! sí, señor; en cuanto á eso, ya lo sabe usted que le quiero y que haré cuanto usted me diga.

—Pues de eso se trata.

—¿Y cuándo quiere usted que nos veamos?

—Hoy mismo, porque si te resuelves á hacer lo que yo te diga, tienes que marchar mañana.

—¡Marcharme! ¿Dónde?

—Ya te lo diré.

—¡Caramba, señor Juan! mire usted que ha picado mi curiosidad y que ya deseo satisfacerla.

—Pues al anochecer, sube á mi cuarto.

—Ya se ve que subiré.

—Y vuelvo á decirte que se trata de un servicio muy importante para mí.

—Basta, señor Juan; si usted no tiene que decirme á mí más que... Vicente, esto quiero, y de cabeza lo hago. Aquí lo único de malo que hay, es el señor marqués.

—¿Por qué?

—¡Toma! porque me echará en falta y después...

—No tengas cuidado por eso, que como el servicio es precisamente para él...

—¿Pues no había usted dicho...?

—Sí, para él es en un sentido, y para mí, que es el importante, es en otro.

—En fin, á la noche veremos de qué se trata.

—Pues hasta luego.

CAPITULO IX

El recurso de Juan

A la hora convenida, Vicente, cuyo deseo estaba excitado por las palabras que había oído á Juan, se apresuró á presentarse en su cuarto.

El mayordomo había dicho al marqués aquel mismo día, que al inmediato se quedaría libre de aquellas chiquillas para siempre.

El marqués le ofreció una buena recompensa á cuenta de la cual le dió algún dinero.

Y como el compromiso, como hemos dicho, era tan grave, no tuvo otro remedio que hablar con Vicente, en la forma que ya hemos visto.

El jardinero estaba ansioso de conocer la causa por la cual se le llamaba.

Así fué, que una vez que se encontró en presencia de su interlocutor, se apresuró á preguntarle:

—Conque vamos á ver, señor Juan, ¿qué es lo que ocurre de nuevo?

—Despacio, despacio, que es necesario adoptar muchas precauciones porque lo que tenemos que hablar es muy delicado.

El jardinero cada vez más sorprendido, miró á Juan que iba cerrando todas las puertas, cual si temiera que alguien le sorprendiese.

—Ahora estamos completamente solos,—dijo,—y podemos hablar sin temor. Mira, Vicente, de lo que tenemos que tratar es referente á las niñas.

—Eso me dijo usted, y precisamente por esa razón, es mayor mi interés en conocerlo.

—Esas niñas, son... ¿cómo te lo diré yo? vamos que la casualidad ha hecho que se descubra, que son enemigas del señor marqués.

—¡Caramba! ¡Qué dice usted!—exclamó Juan sorprendido.

—Lo que oyes. Tú ya sabes lo que del señor marqués se habla y...

—Pero diga usted, señor Juan. ¿Cree usted que es verdad todo eso que dice?

—¡Hombre! yo no lo sé.

—Es que se cuentan cosas atroces.

—¡Oh! en eso, siempre se exagera.

—Sí, señor; pero cuando tanto murmuran...

—Justo; algo hay siempre de verdad, por aquello de que cuando el río suena, agua lleva.

—Vea usted, quien hubiera de creerlo.

—¡Oh! desengáñate, que á veces por lo que hacen las personas en su misma casa, se puede juzgar de lo que son fuera de ellas.

—Parece mentira que de aquel padre tan bueno...

—Sí, haya salido este hijo tan malo. Ejemplos de esa clase se están viendo todos los días.

—En fin, nunca lo hubiera podido creer.

—Pues mira, Vicente, lo malo, debe creerse siempre más que lo bueno, ¿comprendes?

—Pero, permítame que le diga una cosa, señor Juan. Si realmente es tan malo el señor como dicen, ¿no podría usted haber encontrado otro amo mejor?

—¡Ay, Vicente! tú no sabes nada de mundo. Viviste siempre en esta posesión y en ella te quedaste, cuando el padre del señor marqués la compró. Por lo tanto, no sabes lo que en el mundo sucede. Ten por seguro que de cien señores que encuentres, noventa y nueve son como el nuestro.

—¡Jesús, María y José!

—Después, la necesidad le obliga á uno á transigir y á obedecer á estos señores, y de aquí, el que nos encontremos á su merced en todo y para todo.

—Ya, ya; ya comprendo lo qué quiere usted decir.

—Pues bien, teniendo en cuenta esto, como que aquí se trata de una mala acción que es necesario impedir, yo no he vacilado en contar contigo.

—¿Una mala acción?

—Sí.

—¿Y nosotros podemos impedirla?

—Para eso es para lo que nos hemos de unir.

—Pues por unidos,—repuso vivamente el jardinero.

—Pero te advierto una cosa.

—¿Qué?

—Que en tu vida, entiéndeme bien, Vicente, en tu

vida te se ocurra decir una sola palabra por lo cual se pueda venir en conocimiento de lo que hemos hecho.

—¡Diablo!

—Mi vida correría peligro si este caso llegara.

—¿Quiere usted callar? Pues hombre, no faltaba más; ya puede usted estar seguro de que Vicente será mudo.

—Por eso, porque te conozco, es precisamente por lo que te he llamado para esto.

—Y vamos á ver, ¿qué es?

—Ya te he dicho que esas dos niñas estorban al señor marqués.

—¿Que le estorban? ¿pues no las acariciaba tanto?

—Sí, sí, fíate de esas caricias.

—¡Pero eso es atroz!

—Será todo lo atroz que tú quieras, pero es la verdad; esas pobres criaturas, sin saberlo ellas mismas, han venido á meterse en la boca del lobo.

—¡Qué dice usted!

—Sí, querido Vicente, sí; puedes creer que llevo tres días, que no sé lo qué pasa por mí.

—Pero bien, ¿qué es lo que quiere hacer el señor marqués.

—Quiere matarlas.

—¡Jesús!

Y Vicente dió un salto sobre la silla, expresando en su rostro el horror que aquella noticia le causaba.

—Ya tú ves si tengo motivos para estar disgustado.

—Pero es que un hecho así, merecía que diésemos parte á la autoridad.

—Guárdate muy bien de hacer semejante cosa, Vicente; ¿de qué valdría nuestro dicho ante la autoridad, siendo el marqués tan poderoso?

Vicente inclinó la cabeza tristemente, murmurando después:

—Es verdad que como á los pobres no se les cree...

—Por eso te digo; aquí es preciso proceder de otro modo.

—¿Cómo?

—Con el disimulo, con la astucia. Es preciso engañar al lobo con la piel de la oveja muerta.

—Pero las niñas...

—Las niñas hay que salvarlas á todo trance.

—Pues vamos, explíquese usted.

—El marqués me ha dado parte de esos propósitos, y me ha encargado que busque los medios de realizarlos.

—¿Usted ha aceptado?

—Pues no, que no.

—Mire usted, yo creo que si á mí me lo dice...

—Habrías hecho lo mismo que yo.

—No, señor.

—En ese caso tú mismo hubieras muerto á las niñas y te hubieras creado un enemigo poderoso.

—¡Yo!

—Sí, hombre; ¿no comprendes que el marqués encontraría personas que secundaran sus propósitos, mientras los pagara bien? Negándote tú, le ponías en el caso de que recurriera á esas personas; y entonces, tú, lo que habrías conseguido, sería incurrir en su enojo, no haber salvado á las niñas y encontrarte el día menos pensado con un golpe, sin saber de donde salía.

Vicente comprendió la justicia de aquellas palabras. Después dijo:

—Y una vez que usted aceptó ese encargo tan horri-

ble, indudablemente pensaría en la manera de salvar el compromiso.

—Desde luego; y por eso ha sido por lo que conté contigo.

—Pues diga usted.

—Ya te he dicho que las niñas deben morir para el señor marqués.

—Calle usted, tan sólo de pensarlo me estremezco.

—A mí me sucede lo mismo.

—Pues vamos á ver lo que hacemos con ellas.

—De eso tenemos que tratar.

—Yo supongo que usted ya habrá pensado algo.

—Desde luego; porque tú comprenderás que en estos tres días que llevo pensando en lo mismo, álgo debo haber calculado.

—¿Y es realizable?

—¡Tonto! pues si no lo fuera, ¿crees que te hubiese dicho nada?

—Pues sepamos, porque en realidad ya estoy impaciente por conocer los medios de que piensa usted valerse para conseguir ese objeto.

—Tú vas á marchar de aquí con las niñas, con el objeto aparente de conducirlas á Arévalo.

—Está bien.

—Pero para el marqués vas á darles muerte.

—Eso es horrible.

—Todo lo que tú quieras, pero como que no es verdad, poco debe importarte que se lo crea.

—Tiene usted razón.

—Una vez que estés en el campo...

—Las dejo en libertad diciéndoles que no aparezcan más por aquí, ¿no es esto?

—No, hombre, ¿no comprendes que de ese modo nada conseguías? podría descubrirse y...

—Pues entonces, ¿cómo hacerlo?

—Yo he pensado otra cosa.

—Pues dígalo usted.

—Te las llevas al hospicio de Avila, y si no de Avila de Madrid, que está mucho más lejos, y las dejas allí, diciendo lo que te se antoje; que las has encontrado en medio del camino, que una de ellas hablaba de unos papeles y de un duque, y en fin, de todo lo que te se antoje. Que tú la has creido loca y que las llevas allí.

—Pero eso es atroz; y después que pueden hacerme preguntas y...

—Pues nada, nada; déjalo y ya veré yo como me las compongo.

CAPITULO X

Vicente acepta por fin

VICENTE reflexionó durante algunos segundos.

Comprendió que si Juan confiaba aquel encargo á otra persona, las niñas estaban perdidas.

A pesar de lo que había dicho, no le agradaba mucho el proceder de Juan y comenzaba á mirarle como muy capaz de cometer cualquier mala acción.

Así fué que al cabo de algunos momentos dijo:

—Me parece un poco violento todo eso que usted dice, y yo quisiera arreglarlo de otra manera.

—Pero bien, ¿tú quieres encargarte de esas criaturas?

—Desde luego; ¿quién lo duda?

—¿Y estás dispuesto á arrostrar el compromiso del modo y forma que te he dicho?

—Sí, señor.

—Pues entonces compóntelas como quieras, con tal de que esas criaturas no vuelvan á aparecer más por aquí.

—Déjelo usted á mi cargo; pero para todo eso, tendré necesidad de detenerme algunos días.

—Toma todos los días que quieras, la cuestión es que te las lleves bien lejos de aquí, á fin de que de ese modo pierdan las trazas de estos lugares. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, señor, demasiado.

—Yo saldré contigo de aquí, pero nos separaremos en el camino é iré á esperarte en Cebreros para regresar juntos.

—¿En Cebreros?

—Sí, hombre, en casa de mi cuñado Fulgencio.

—¡Ah! ya.

—Tú, haces todo lo que tienes que hacer y allí me encontrarás.

—Está bien.

—De modo que todo está ya comprendido ¿eh?

—Sí por cierto.

—Aquí tienes este dinero para que gastes todo lo que sea necesario.

Y al decir esto, puso en manos de Vicente algunos billetes de los que el marqués le entregara como adelanto sobre la cantidad prometida.

Vicente estuvo dudando en tomarlos, porque realmente le ofendía tomar dinero en pago de lo que juzgaba un crimen.

Pero como que su pensamiento era sano y honrados sus propósitos, se los guardó y salió después del apo-

sento, quedando en que al día siguiente abandonarían la casa.

Una vez en el pabellón que habitaba, encontró á las dos niñas que le esperaban impacientes.

—¡Caramba, Vicente!—dijo Emilia,—¿dónde has estado?

—¡Oh, hijas mías! he tenido mucho que hacer.

—¿De veras? ¿has estado arreglando muchas flores?

—No; he preparado nuestro viaje para mañana.

—¿Nuestro viaje?

—Sí, hijas mías; mañana salimos de aquí.

—¿Y dónde vamos?

—A ver á ese caballero que os encargó vuestra mamá.

—¿A quién, á nuestro padre el duque del Solar?

—Sí.

—¡Qué alegría!—exclamó Clara.

—¿De modo que tendremos que despedirnos de este caballero que tan afectuosamente nos ha recibido?

—Ya lo creo; y que os quiere mucho.

Y el acento de Vicente vibró de un modo especial al decir las últimas palabras.

Pero las pobres criaturas no podían comprender lo que respecto á ellas representaba aquella ironía.

Durante todo aquel día, Vicente no se ocupó más que de madurar el plan que había formado.

Porque, como se comprenderá muy bien, no tenía idea de realizar lo que Juan le había dicho.

—¡Yo salvaré á estas criaturas!—se dijo el buen hombre,—y puesto que Juan me facilita medios para ello, quiero que todos refluyan en beneficio de estas infelices.

El marqués se despidió cariñosamente de las niñas.

El mismo Vicente no pudo menos de indignarse al ver la inicua farsa que estaba representando con aquellas tiernas criaturas, á quienes tan sin piedad había condenado.

Al día siguiente Juan, Vicente y las dos niñas se dispusieron á abandonar la posesión del marqués.

Este llamó á Juan antes de salir y le dijo:

—Ya sabes como yo acostumbro hacer bien las cosas. Pago muy bien á quien bien me sirve, pero soy inexorable con quien me engaña; por lo tanto, estás prevenido.

—El señor marqués sabe muy bien,—dijo el mayordomo,—que siempre le he servido con lealtad.

—Pero te he encontrado muy blando en estos momentos.

—Porque la sangre suele dejar huellas.

—Deber tuyo es, saber como esas huellas pueden borrarse

—Sin embargo, señor, yo al aconsejarle del modo que lo hacía, ya puede usted comprender que más que todo, había de ser en beneficio suyo.

—No te ocupes de mi beneficio. Tú lo único que has de ver, es como puedes servirme mejor, que en cuanto á lo demás, ya procuraré yo salir adelante.

—Está bien.

—Por lo tanto, cuidado con lo que haces. Esas criaturas, ya te lo he dicho, es preciso que desaparezcan.

—No pase usted cuidado, que no ha de tenérmelo que repetir más.

—Estás en mi poder, y tu obligación es la de servirme.

—Lo sé; y hasta ahora no había usted tenido que decirme nada, y creo, sin que esto sea pretender alabarme, que nadie le ha servido como yo.

—En cambio, tampoco tú habías podido presumir llevar una vida tan regalada como la que llevas.

—Es verdad.

—Por lo mismo, mayor es tu obligación.

Juan salió de la estancia de su señor murmurando:

—Sin duda crees que yo soy tan tonto que voy á comprometerme por tí; mientras no se ha tratado más que de bribonadas de cierto género, dispuesto estuve para todo, pero hoy es distinto; el peligro es de otra especie y no es cuestión de perder la cabeza por quien maldito lo que haría para salvarla.

Y se dirigió á reunirse con Vicente.

El jardinero había preparado un carrito que había en la casa para ciertos acarreos á la ciudad, y en él estaban esperando las dos niñas.

Después de las penalidades que habían sufrido tanto durante su marcha por aquellos caminos, sin recursos de ninguna especie, como en los últimos días, cuando el estado de su pobre madre fué agravándose, aquel descanso en una buena habitación, con alimentos nutritivos y mullidos lechos, había sido altamente beneficioso para las pobres criaturas.

Como á su edad, se borran tan fácilmente las impresiones, si bien las dos niñas más de una vez hablaban de su madre, todo se quedaba reducido á derramar algunas lágrimas volviendo á sonreirse al poco rato.

Unicamente Emilia era en quien el recuerdo de la infeliz que había muerto, se conservaba más vivo.

A pesar de su corta edad, había tenido que educarse

en la escuela de la desgracia, y esta es maestra que enseña bien pronto.

De aquí que en su rostro había alguna más gravedad que en el de su hermana, la nube de tristeza estaba más acentuada y aconsejaba á su hermana dándose ciertos aires de importancia.

Recordaba siempre que su madre le había dado el encargo de que velase por ella, y á pesar de su temprana edad, dispuesta se hallaba á cumplirlo.

—Dentro de poco,—decía á su hermana,—Vicente nos llevará á la casa de nuestro padre, ¿no es verdad, Vicente?

—Sí, hijas mías,—respondía el jardinero.

—Y le diremos lo bien que se ha portado este caballero con nosotras. Sin duda no será amigo de papá, porque no nos ha dicho nada de él, ¿no te parece, Vicente?

—No, no le conoce,—dijo el jardinero con un acento indescribible.

—¡Que lástima que la pobrecita mamá no pudiera haber llegado á esta casa con nosotras! Tú la habrías cuidado muy bien, porque tú eres muy bueno, Vicente.

—Y yo te quiero mucho,—añadió Clara abrazando al jardinero.

Este, visiblemente conmovido, les decía:

—Vamos niñas, vamos, yo también os quiero mucho á las dos, pero no me abracéis así, porque me vais á hacer que suelte las riendas del caballo y os prevengo que es muy malo.

—¿Y qué haría?—preguntó Clara.

—Nos tiraría al suelo,—repuso Emilia.

Este temor bastó para que Clarita permaneciese quie-

ta mirando con cierto respeto al animal que, según su hermana, podía hacerles tanto daño.

En aquel momento llegó Juan después de haber recibido las últimas instrucciones de su amo.

—¿Estamos ya listos, Vicente?—preguntó.

—Unicamente á usted esperábamos.

—Pues entonces ya puedes arrear al caballo.

Y Juan subió al carro; y éste se puso en movimiento con gran alegría de las niñas que se consideraban próximas á abrazar á su padre.

Ni una ni otra se habían ocupado en repasar el pequeño envoltorio donde su madre les había dicho que llevaban los papeles que tanto debían guardar.

Allí en el carro iba el lío, en apariencia, intacto.

Buen rato llevaron andando hasta que llegaron á Avila en cuyo punto se separó Juan de Vicente, diciéndole:

—Ya sabes que yo te esperaré en Cebreros. Procura desempeñar el encargo á completa satisfacción de todos.

—Descuide usted, señor Juan,—contestó el jardinero comprendiendo lo que el mayordomo le quería decir.

CAPITULO XI

Una esperanza perdida

Una vez que se hubieron separado Juan y Vicente, éste dirigió el carro á la posada, lo cual hizo exclamar á Emilia:

—¿Qué? ¿hemos llegado ya á casa de papá?

—No, hijas mías.

—Pues entonces, ¿dónde vamos?

—A la posada. Es necesario que el pobre caballo coma, así como nosotros necesitamos llevar algo al estómago. ¿No tenéis apetito?

—Yo sí,—dijo Clara.—Ya te hubiera dicho algo hace rato; pero como venía el señor Juan con nosotras...

—¿Y que no te gusta el señor Juan?

—No;—contestó Clarita con esa ingenuidad propia de los niños, que no saben disimular sus impresiones. —Te quiero más á tí.

—¡Parece un hombre malo!—añadió Emilia.

Vicente no pudo menos de pensar que el instinto de las criaturas no se había engañado.

—Pues os quiere también,—dijo.

—Pero no como tú.

Vicente no contestó, y bajando á las niñas del carro, dijo al posadero que les preparase la comida porque habían de marchar inmediatamente.

Llevó el caballo á la cuadra, le puso el pienso, y después fué á reunirse con las huerfanitas.

Inútil es decir si comieron con buen apetito.

A su edad y precisamente después de las privaciones que habían sufrido en el viaje con su madre, todo les sabía á gloria, como vulgarmente se dice.

Apenas hubieron terminado la comida, les dijo Vicente:

—Vamos niñas, vamos que tenemos que aprovechar el tiempo, para llegar esta noche á la casa del papá.

—¡Qué alegría! ¿esta noche ya?

—Sí, hija sí.

Y el bueno del jardinero, á la par que enganchaba el caballo, murmuraba:

—Lo que es yo, mañana no vuelvo á la casa del señor marqués, porque yo no sé mentir y si me pregunta, he de decirle que he llevado las niñas al lado de su padre. Harto haré si no le digo al señor duque los propósitos que aquél tenía.

Y así pensando, el bueno de Vicente pagó el gasto hecho en la posada, volvió á poner las niñas en el carro, y se dirigió hacia la casa del duque del Solar.

La impaciencia de las niñas era cada vez mayor.

Conforme iban aproximándose, según les decía Vi-

cente, á la casa de su padre, era mayor su ansiedad, diciendo más de una vez:

—¿Cómo nos recibirá el papá?

—Como á unas niñas buenas que somos,—contestaba Clarita.

—¿Conoces tú á papá, Vicente?

—No, no le he visto nunca.

—¡Pero sabes quién es, toda vez que nos llevas á su casa!

—Eso desde luego; ¿quién no conoce en la provincia y fuera de ella al señor duque del Solar?

—Debe ser muy bueno, ¿no es verdad?

—Sí, eso dicen todos.

—¿Y por qué no estará mamá con él?—murmuró Emilia.

—¡Cuántas cosas me comprará!—decía Clara.—Quiero una muñeca como la que llevaba aquella niña que venía en el tren con nosotras. ¿Te acuerdas, Emilia?

—Sí,—repuso ésta,—pero aquellas muñecas son muy caras, ¿no te acuerdas que lo dijo mamá?

—Pero papá será muy rico, ¿verdad Vicente, verdad que papá es muy rico?

—Ya lo creo, dicen que es el primer contribuyente de la provincia.

—¿Y eso qué es?—preguntó Clara mirando al jardinero, no pudiendo explicarse su tierna imaginación, lo que su interlocutor acababa de decir.

—Quiere decir que es el que paga más contribución, y como contribuciones se pagan por todas las tierras y todas las casas que uno posee, si paga más contribución que todos los demás, es también porque...

—Porque tiene más dinero que los demás, ¿verdad?

—Justo.

—¡Ay que ganas tengo de llegar á la casa de mi papá!—dijo Clara.

—¿Por qué?—preguntó sonriéndose Vicente, ¿por qué es rico?

—No digas eso, Vicente,—dijo Emilia con seriedad,—ni Clara ni yo queremos á nuestro papá porque sea rico. Le queremos... porque es nuestro papá, como queríamos á mamá, y eso que la pobrecita tenía que trabajar tanto para darnos de comer.

—Y así es como debe ser, hijas mías,—contestaba el jardinero con acento conmovido,—los padres siempre son los padres y pobres ó ricos, los hijos deben quererles de igual manera. Sí, niñas, sí, no olvidéis nunca esto que os dice el pobre Vicente; por mucho que un hijo quiera á un padre, no le quiere nunca lo bastante.

—¿Tú no tienes padres, Vicente?

—Hace ya muchos años que están en el cielo.

—Como mamá.

—Sí, hijas mías, ese es el sitio donde deben encontrarse todos los que sufren en la tierra. Mis pobres padres también tuvieron que padecer muchos trabajos; y lo único que siento es que precisamente cuando podía haberles servido de algo, me los quitó Dios.

—¿Y por qué te los quitó?—preguntó Clara.

Un poco apuradillo se vió Vicente para contestar á la pregunta de la niña.

—Dí, ¿por qué te los quitó?—volvió á decir ésta con esa insistencia de las criaturas.

—Porque quiso premiarles todo lo que habían sufrido en el mundo llevándoselos á su lado.

—¿Pero tú llorarías mucho?

—Pero me consolé con la idea de que estaban muchísimo mejor donde Dios había dispuesto que estuvieran.

—No, pues yo no quiero que se muera mi papá.

—Tampoco querríais que se hubiese muerto vuestra madre, y sin embargo, murió. En este mundo, niñas, no sirve de nada decir yo no quiero hacer esto. Hay otro sér más superior que es el que todo lo dispone y el que lo gobierna todo. Hoy no podéis comprender esto, pero algún día os acordaréis y diréis que el tío Vicente tenía razón.

De este modo entreteniendo el tiempo, fueron acortando la distancia que les separaba del soberbio palacio del duque del Solar.

Cuando dieron vista al edificio, Vicente no pudo menos de decir:

—¡Qué soledad y qué quietud que reina en esta casa! todos los balcones están cerrados y yo había oído decir siempre que en la casa del duque del Solar había una gran animación. ¿Si no estará el señor duque en su casa?

Y sin que él mismo pudiera explicarse la razón, la verdad era que Vicente se preocupaba en gran manera por el aspecto solitario y triste que ofrecía aquella magnífica residencia.

Una extensa verja de hierro por la parte que miraba á la carretera y una robusta tapia por los demás sitios, circuía la extensa posesión que, parecía más bien que la propiedad de un particular, una residencia real.

Extensos bosques, deliciosos jardines, murmuradoras fuentes, frondosas alamedas, de todo tenía aquella posesión, siendo una verdadera maravilla de arquitec-

tura y de riqueza el edificio que se alzaba en medio de aquellos jardines.

En los momentos en que Vicente llegaba con el carro á la puerta de la verja, no se veía á nadie por la extensa alameda que conducía al palacio.

Las puertas de éste se hallaban cerradas y no se oía una sola voz en aquel grandioso recinto.

—Pues señor,—murmuraba Vicente,—digo y repito que esto es muy extraño, porque yo recuerdo haber pasado por aquí muchas veces cuando he ido á Arévalo, y la animación que había era muy grande.

Las dos hermanas miraban al jardinero llenas de sorpresa, sin poderse explicar las frases que le oían y la expresión de su rostro.

Por fin Emilia se atrevió á decirle:

—¿Qué tienes, Vicente?

—Nada, nada, ahora lo veremos.

Y el buen hombre se bajó del carro y se aproximó á la verja.

Comenzó á llamar, y al poco rato apareció una mujer que preguntó á Vicente:

—¿Qué quiere usted?

—Escúcheme: ¿no es aquí el palacio del señor duque del Solar?

—Sí, señor.

—Pues desearía hablar con usted ó con alguno de los criados de la casa.

—En este momento no hay aquí más que el jardinero y mi marido que era el portero.

—¿Y su marido de usted está por aquí?

—Sí, señor.

—¿Quiere usted hacerme el favor de avisarle?

—Voy al momento.

Y la mujer desapareció dirigiéndose á los jardines, mientras, Vicente, cada vez más perplejo, no sabía qué pensar del silencio y de la quietud que reinaban en aquel grandioso recinto.

CAPITULO XII

Nueva resolución

Las niñas seguían con inquietud y sin que pudieran darse cuenta de la causa, los movimientos y las palabras de Vicente, y más que todo todavía, la expresión de su semblante.

Porque el bueno del jardinero no estaba acostumbrado al disimulo y su rostro era un espejo fiel donde se reflejaban todas las impresiones que recibía.

Su mirada se dirigía llena de impaciencia hacia el fondo de la ancha plazoleta que ante la casa se extendía, deseando ver aparecer al portero de quien esperaba una explicación respecto al significado de aquel silencio.

Ya comprendía que allí no había nadie, cuando no se veían abiertas las puertas de la casa, ni circular por ninguna parte los muchos criados que tenía el duque.

Pero lo que él deseaba saber, era dónde estaba éste,

cuando se había marchado, y finalmente, algún medio para llegar hasta él.

Por fin, vió aparecer al portero, que se aproximó á la verja y la abrió, diciendo:

—¿Qué busca usted buen hombre?

—Busco al señor duque del Solar.

—¿Es usted de este país?—preguntó el portero mirándole con extrañeza.

—Ya lo creo, ¿por qué me hace usted esa pregunta?

—Porque si es usted de por aquí, me extraña mucho que no sepa lo ocurrido.

—Pues no sé nada, ¿qué es lo que ha pasado?

—Una desgracia muy grande para todos los que estábamos en esa casa.

En aquel momento las dos niñas con la impaciencia y la viveza propias de su edad, saltaron del carro y se dirigieron al lado de Vicente.

Este adivinó en las frases del portero algo que comprendió que podía influir más ó menos en la suerte de las niñas; y deseando que éstas no se enteraran las dijo:

—Vamos, hijas mías, vamos, vuélvanse al carro que este señor y yo tenemos que hablar.

—¿Pero y mi papá?—preguntó Clara.

—Ya le verás después. Ahora marcharos á donde os he dicho.

Emilia y Clara obedecieron, é instintivamente el semblante de la primera expresó de un modo sobradamente gráfico una tristeza y un dolor extraordinarios.

La pobre niña había adivinado algo que á ellas las afectaba directamente.

Vicente se dirigió al portero y le dijo:

—¿No podríamos hablar en algún otro sitio donde estas niñas no nos oyeran?

—¿Son parientas de usted?

—Sí, señor, son sobrinas.

—Entre usted, entre usted.

Y el portero hizo entrar á Vicente conduciéndole hasta el pabellón que habitaba al mismo lado de la verja.

Una vez allí, dijo el jardinero:

—Cuénteme usted esa desgracia de que me habló antes.

—Poco tiene que contar; que el señor duque, murió hace ocho ó nueve días.

—¿Qué dice usted?

Y la impresión que recibió el pobre Vicente fué de tal naturaleza y tanto se reflejó en su semblante, que el portero no pudo menos de decirle.

—¿Qué tiene usted? ¿Se ha puesto usted enfermo?

—Francamente, crea usted que la noticia... vamos que me ha afectado mucho.

—¿Conocía usted al señor duque?

—No, señor.

—¡Oh! pues si le hubiera conocido, aun lo hubiese sentido más. Como aquel señor, no había dos en el mundo, tan llano, tan generoso. Parece imposible que una persona tan buena sufriera tanto como él ha sufrido.

—¿Es decir que ha tenido una enfermedad larga y penosa?

—¡Cá! no, señor. Si precisamente él llevaba la enfermedad consigo. Siempre estaba triste, no tenía diversión alguna. Eso sí, las puertas de su casa lo mismo

que su bolsillo, estaban abiertos siempre para todo el que sufría; pero lo que es él, con nadie se trataba.

—¡Ya es extraño! ¿No estaba casado?

—De ahí, de ahí es de donde provenía todo, según yo he podido comprender. Pero ahora que recuerdo, siendo usted del país, ¿cómo no sabe lo que por aquí es tan público y notorio?

—He pasado por aquí pocas veces, porque como mi señor reside en la parte de Avila...

—¡Ah! ¿también usted está sirviendo?

—Sí señor, soy el jardinero del señor marqués del Pino, para servirle.

—¡El enemigo que era de mi señor!

—¿Qué dice usted?

—¿No sabía usted nada?

—Yo no. Como que los jardineros tenemos nuestro trabajo especial que para nada se relaciona con el de los demás criados, no he tenido ocasión nunca de enterarme de ciertas particularidades.

—Pues ya lo creo; eran enemigos de muerte.

—¿Y dice usted que el señor duque había tenido grandes disgustos por efecto de su esposa?

—Yo no sé lo qué había en eso; porque he oído decir si estaba ó no estaba casado.

—¿Pero estaba aquí su señora?

—¡Cá!... No sé que he oído de que estaban separados hacía muchos años. También creo que ha contribuido mucho para el disgusto de mi pobre señor, un cierto sobrino que es quien lo hereda todo ahora.

—¿Está aquí?—preguntó Vicente con ansiedad.

—Vino hace algunos meses antes de la muerte del señor y se marchó en seguida.

—¿Dónde? ¿á Madrid?

—Al infierno, debía haberse marchado, porque le aseguro á usted que en los dos ó tres días que permaneció aquí, tuvo dos ó tres disgustos con su tío y no causó más que desgracias.

—¡Diablos! ¿pues cómo fué eso?

—Figúrese usted que por él fueron despedidos sin consideración alguna á todos los antiguos criados de la casa; hasta el viejo ayuda de cámara del señor duque que estaba con él desde niño también tuvo que padecer. Yo no sé cómo á mí y al jardinero nos dejó aquí.

—¡Vaya una desconsideración!

—Todo cuanto yo diga á usted, es poco; y créame usted que no sé quién es peor, si él ó su ayuda de cámara, que tiene una cara de sayón que da miedo, hombre.

—Y ahora, ¿dónde dice usted que está?

—Creo que en París. El acostumbra á pasar allí grandes temporadas. El señor duque no le podía ver ni en pintura.

—¿Y es su heredero?

—Ya lo creo, como que es hijo de su hermana. Un hermano que tenía el señor duque murió también; de modo que es el legítimo y único heredero.

—¿Y qué piensa hacer de todo esto? porque el señor duque era riquísimo.

—El día menos pensado lo venderá todo para jugarlo á la noche siguiente. Ya tuvo aquí un altercado con el secretario que tenía el señor duque, que aquéllo sí que es un ángel.

—¿Y por qué se pelearon?

—Porque el señor barón, hoy duque del Solar, se per-

mitió decir algo irrespetuoso de su tío; y el señor Leonardo, que así se llama el secretario que le quería entrañablemente... vamos, lo mismo que le queríamos todos, lo llevó muy mal y le dijo las verdades del barquero.

—¡Pues señor, no puede usted imaginarse lo que yo siento esto que ha pasado!

—¿Pero usted tenía algo que ver con el señor duque?

—Sí, señor; y me contraría de una manera grande este suceso.

—Pues eso es lo que hay, amigo.

Vicente, conforme había estado hablando, y tomando lenguas,—por decirlo así,—respecto al duque, pensaba al mismo tiempo en qué era lo que iba á hacer con aquellas niñas y dónde las iba á llevar para librarlas del riesgo que las amenazaba.

Porque á pesar de sus cortos alcances no se le oscurecía que en aquel momento, existía para ellas otro nuevo peligro.

Peligro que estaba sintetizado por aquel sobrino del duque, heredero en aquellos momentos de los cuantiosos bienes de su tío, malo ya de por sí y á quien tenía que saberle muy mal la aparición de aquellas niñas que naturalmente tenían que disputarle la herencia.

—Pues yo no puedo decirle más sino que, si algo tiene de interés para usted, ó para las personas que le envían, puede dirigirse á su sobrino, que yo le daré á usted las señas. Por supuesto que el vendrá dentro de poco.

—Sí, hágame usted el favor que no sé si les convendrá.

El portero, dió una tarjeta á Vicente y poco después salía el jardinero de la casa, dirigiéndose hacia el carro.

Excusado es decir, la impaciencia con que estarían esperándole las niñas.

Así fué que al verle, se apresuraron á decirle:

—¡Caramba, cuánto has tardado!

—Tenía muchas cosas que preguntar, hijitas.

—¿Y papá?—dijo Emilia.

—Precisamente por eso me he detenido.

Y el bueno de Vicente hacía esfuerzos verdaderamente heróicos, para ver de decir algo á las huérfanas, que las pudiera satisfacer.

Y sin embargo, nada se le ocurría.

Materialmente, parecía que tenía pegada la lengua al paladar.

—¿Qué tienes?—le dijo Clara, observando la preocupación de Vicente.

—Nada, hija mía, nada; ¿qué he de tener yo?

—Pero todavía no me has dicho nada de papá,—añadió Emilia.

—Pues, nada, nada, que hemos llegado un poco tarde.

—¡Tarde! ¿por qué?

—Porque, porque no está aquí.

—¡Valgame Dios, que desgracia!

—Entonces, nos volveremos á tu casa,—añadió Clarita.

—¡Oh! ¡no, nunca!—exclamó vivamente el jardinero con un acento de horror, que no se escapó á la penetración de Emilia.

—¿Por qué dices que no?—preguntó sorprendida y mirando á Vicente.

—Porque no es posible.

—Entonces nos quedaremos aquí, porque papá bien volverá.

—No, aquí tampoco podemos quedarnos.

—Pero Dios mío, entónces ¿qué vamos á hacer? si á todo dices que no, ¿cómo quieres que lo arreglemos?

Vicente se encontraba completamente aturdido.

Aquel golpe acababa de desconcertarle.

Precisamente le acontecía, lo que menos podía esperar.

Después de haber estado pensando mucho tiempo, cuando Juan le hizo la proposición referente á las niñas, se le había ocurrido como única idea, el de conducirlas al lado de su padre, y aun él mismo ponerse también bajo su protección.

Con esto creyó haberlo salvado todo, y necesario es convenir que no le faltaba razón para ello.

Pero aquel proyecto salvador, quedaba destruido con la inesperada noticia de la muerte del duque.

Las niñas, sobrecogidas de terror, al ver su preocupación, no se atrevieron á decir una palabra.

Por fin, Vicente exclamó, levantando la cabeza:

—¡Sea lo que Dios quiera! vamos á Avila.

—¿Qué dices?—preguntó Emilia.

—Que Dios nos guíe, hijas mías, porque realmente mucho lo necesitamos.

Y arreando al caballo, emprendieron de nuevo el mismo camino que habían traído.

CAPITULO XIII

En Ávila

MUY pocas fueron las palabras que se cruzaron entre Vicente y las huérfanas, durante el trayecto que hubieron de recorrer.

El jardinero, iba hondamente preocupado.

Era indudable que algún proyecto había concebido, que alguna idea salvadora había encontrado, y que buscaba en su imaginación, los medios de dar una forma realizable, al pensamiento que había concebido.

Emilia, se aventuró alguna vez á decirle:

—Pero dime, Vicente, ¿no vamos á ver á papá?

—Hijas mías, me parece que tardaremos bastante, porque no está ni aquí ni en Madrid.

—¿Pues dónde está entonces?

—Ha emprendido un viaje muy largo; ya se ve, como no sabía que habiais de venir.

—Eso no importa, se le puede escribir.

—Tal vez no recibiría la carta.

—Pero es decir que no veremos nunca á papá.

Vicente, nada contestó.

Fingió que estaba distraído con el caballo, y evitó contestar á las niñas.

Pero Emilia, no se conformaba con aquel silencio. Así fué, que volvió á insistir, diciendo:

—Pero oye, Vicente, á tí te ha sucedido algo, ¿qué tienes? ¿por qué no estaba papá aquí?

—¡Toma! vaya una pregunta, pues ya lo habéis oído; porque se ha marchado.

—Pero ese señor, en cuya casa hemos estado estos días y que tan bueno se ha mostrado con nosotras, no nos arrojaría á la calle, sabiendo que no está nuestro papá aquí.

—Eso, eso, vámonos á su casa,—añadió Clarita.

—Si os digo que eso es imposible; no hay que pensar en ello ahora. Y sobre todo, no me preguntéis más, porque necesito tener la cabeza despejada para saber lo que hemos de hacer.

—¿Qué quieres decir? ¿qué hemos de hacer? esperar á papá.

Vicente no contestó, arreó el caballo y evitó volver á enredar conversación con las niñas.

Ya de noche, llegaron á Avila.

Vicente, condujo el carro á otra posada distinta de aquella en que habían pasado la noche anterior, lo que hizo exclamar á Emilia, que se fijaba en todos los detalles:

—Calla, calla, esta no es la misma posada, donde estuvimos esta mañana.

—No tenían disposición de que pasásemos allí la noche, se apresuró á contestar el jardinero.

Esta razón debió satisfacer á las huérfanas, porque no hablaron más sobre el particular.

Vicente, cada vez más preocupado, hizo que les prepararan la cena y dos camas, y cuando las niñas estaban ya acostadas y durmiendo, el bueno de Vicente comenzó á pasearse por la estancia, murmurando:

—¿Y qué hago yo ahora? ¿cómo les digo yo á esas infelices que su padre también ha muerto, que hay otro heredero y, finalmente, que están solas y abandonadas en el mundo? Válgame Dios, y que mi amo sea tan malo que todavía quiera aumentar el rigor de la suerte de estas pobrecitas, quitándoles la vida!... ¡Vamos, vamos, Vicente, aquí es menester que tú hagas algo, porque si no, esto va á ser una fatalidad. No hay otro remedio que llevar estas niñas á Burgos puesto que, según dijeron, también eran parientas de la marquesa de Velasco. Pero el caso es que, ¿cómo voy yo á perder tantos días? porque lo que es yo dejarlas, no las dejo. Eso, que se lo quiten de la cabeza; yo me he propuesto salvarlas, y las salvaré á costa de todo.

Y el jardinero se detenía en sus paseos, para enjugarse el sudor que corría por su frente.

—Aquí lo malo sería que á Juan se le antojase... pero no, él está muy tranquilo en casa de su primo, donde si á mano viene, estarán de francachela, á él que tanto le gustan esos golgorios. Mañana resueltamente, voy á acompañar las niñas hasta Burgos. De este modo se quedarán con la señora marquesa, y yo estoy libre de toda responsabilidad.

Y salió del cuarto y se dirigió á la cocina de la posa-

da, informándose de la hora á que pasaba el tren mixto de Madrid á Hendaya.

Allí supo que salía á la una de la tarde y que llegaba á Burgos cerca de las once de la noche.

—Perfectamente, —dijo, — todo es cuestión de detenerme un día más; dormiremos en Burgos, por la mañana bien temprano iré á casa de la señora marquesa, puedo salir de Burgos á las tres de la mañana y llego á Avila á las dos y media; me voy á buscar á Cebreros á Juan, y podemos al día siguiente estar ya en la casa.

Con arreglo á esto comenzó á hacer sus preparativos para el siguiente día, hasta que se acostó.

Cuando se levantaron dijo á las niñas:

—¿Sabéis que vamos á tomar el tren hoy á la una?

—¿Por qué? ¿dónde vamos á ir? — preguntó Emilia sorprendida.

—Vamos á Burgos.

—¿Dónde? ¿á casa de la marquesa de Velasco, la pariente de mamá?

—Sí, hijas mías.

—¡Válgame Dios! pobre Vicente, y como te vas á molestar por nosotras.

—Por eso te quiero yo tanto,—dijo Clara abrazando al jardinero.

—Vaya, niñas, dejadme en paz, y á ver como comemos bien hoy, porque el viaje será un poquito largo.

—Ya estamos acostumbradas á los trabajos,—repuso Emilia.

—Ya ves, como que hemos andado por esos caminos tantos días.

—Pues ahora vamos á irnos en el tren.

—Oye, Vicente: eso costará mucho dinero.

—Ya lo creo.

—Y no es justo que lo pagues tú, cuando nosotras, como decía mamá, somos muy ricas.

—No tengáis cuidado, que no me arruinarán estos viajes. Mi señor lo ha previsto todo, y ya me dió los fondos que necesitaba.

—¡Jesús, y qué buen señor!— exclamó Emilia cruzando sus manitas con expresión admirada. — Mira, desde que estuvimos en su casa, todas las noches tanto Clara como yo, rezamos por él.

—¡Pobres ángeles!— murmuró Vicente con los ojos llenos de lágrimas.—Si ellas supieran...

—¿Qué decías?—preguntó Emilia.

—Nada, nada, que conviene que no hagamos tarde para el tren, así es que, á lavaros, á peinaros para salir á que os compre unos abrigos, porque en el tren hace mucho frío y como hemos de ir en tercera, no quiero que os costipéis.

Y efectivamente, el pobre Vicente, compró á las criaturas algunas prendas de abrigo de las cuales carecían, y á la hora que había dicho, entraban en el tren.

Muy cansados llegaron todos á Burgos á una hora bastante intempestiva para que pudieran dirigirse á la casa de los marqueses de Velasco.

Pero al día siguiente, le faltó tiempo al jardinero para preguntar dónde vivían los marqueses de Velasco.

Y una vez que se lo dijeron, sin decir nada á las niñas, se dirigió á su casa.

Pero estaba de Dios que ni las pobres huérfanas habían de encontrar quien las acogiera, ni toda la piadosa y honrada misión que se había impuesto Vicente, alcanzara el resultado apetecido.

—¿Viven aquí los señores marqueses de Velasco?—preguntó al criado que había salido á recibirle.

—¿La señora marquesa, querrá usted decir?—contestó éste, — porque el señor marqués murió el año pasado.

—Bueno, yo no lo sabía; la señora marquesa quiero decir.

—Sí, señor; pero no está en Burgos.

—¡Qué no está!—exclamó Vicente con la voz profundamente alterada.

—No, señor; está en Londres, donde ha ido á consultar con un gran facultativo, porque la señora marquesa después de la muerte de su esposo quedó muy enferma.

—¿Y no sabe usted si tardará mucho en volver?

—Quién sabe, porque como la señora es dueña por completo de sus acciones...

— ¡ Dios mío ! — exclamó Vicente con desesperado acento;—parece que todo se conjura contra esas infelices.

—¿Qué dice usted?—preguntó el criado.

—Nada, nada, dispense usted y muchas gracias por las noticias que me ha dado.

Y Vicente abandonó aquella casa tan trastornado, que materialmente iba por la calle tambaleándose, como si estuviera embriagado.

Así llegó á la posada, donde ya las niñas le guardaban con impaciencia.

Al verle, Emilia especialmente, comprendió que no llegaba satisfecho.

—¿Qué tienes, Vicente?—preguntó Emilia,—¿también están fuera los marqueses?

—También, hija mía, también.

—¡Qué desgraciadas somos!

—Mucho, no sabéis vosotras mismas, todo lo desgraciadas que sois.

Y el acento de Vicente vibró de un modo tal, que las dos niñas por efecto de una misma impresión, rompieron á llorar amargamente, agarrándose al cuello del jardinero.

—No nos abandones tú, Vicente,—exclamó Emilia con voz sollozante.—¿Qué sería de nosotras sin nuestra pobrecita mamá?

—¡Callad, niñas, callad!—exclamó el jardinero, no menos afectado que las niñas;—no tengáis cuidado, que suceda lo que quiera, el pobre Vicente no os abandonará nunca.



—No nos abandones tu, Vicente.

CAPITULO XIV

Un hermoso corazón

VICENTE procuró consolar á las niñas lo mejor que le fué posible, y hay que reconocer que lo consiguió con relativa facilidad.

Emilia y Clara, sin ser tontas ninguna de las dos, mejor dicho, poseyendo entrambas, la primera sobre todo, una inteligencia clara, hallábanse en esa edad dichosa en la cual todas las impresiones son tan vivas como poco duraderas; verdaderos fuegos de artificio de tan brillante aspecto, cual escasa consistencia.

De aquí que bastaran al honrado jardinero algunas frases cariñosas y algunas demostraciones de afecto, para hacer que renaciese la tranquilidad en aquellos infantiles ánimos.

Pero no le fué tan fácil dar sosiego al suyo.

Vicente ya no estaba ni en la infancia ni siquiera en esa edad juvenil en que todavía las ilusiones cubren con nubes de color de rosa, la oscura y prosaica realidad.

Esta se le presentó, pues, en todo su desdén.

Tenía que abandonar á aquellas niñas, ó que tomarlas bajo su protección.

El dilema, por serlo de verdad, no admitía otros términos.

Lo primero repugnaba á su corazón.

Lo segundo resultaría contrario á sus intereses.

Mas puesto en el duro trance, aquel rudo hombre del pueblo, desconocedor de ciertas delicadezas de la brillante educación que reciben los niños mimados de la fortuna, no vaciló ni un momento.

—¡Dejar sin amparo, sin hogar, sin alimento á esos dos ángeles de Dios!—exclamó hablando consigo mismo.—¡Nunca!... ¿Qué sería de ellas?... ¿Qué sería de mí?... De mí, sí, porque su recuerdo me persiguiría constantemente, lo llevaría á todas partes, y en mis instantes de mayor alegría, de contento más grande, habría de pensar que dos criaturas habíanme pedido mi apoyo y mi protección, y yo, cruel é inexorable, lo había negado... Entonces la idea de que tal vez estuvieran á la sazón, muriéndose de frío, de hambre, de miseria ó siendo víctimas de los insidiosos lazos de hombres sin corazón como el marqués, no sólo convertiría mi gozo en amargo pesar, sino que me quitaría el sueño y haría de mí el hombre más infeliz del mundo. No, no, yo no las abandonaré... Pero ¿de qué manera puedo protegerlas? ¿Cómo me las quedo á mi lado?

Esto dió mucho que pensar á Vicente, y no sin motivo.

El pobre hombre no poseía recursos, pues no pueden llamarse tales á unos cuantos duros ahorrados en fuerza de privaciones, del no muy espléndido salario que disfrutaba en casa del marqués del Pino.

Es más: su permanencia en la tal casa, era imposible, ya que ante todo y sobre todo, tenía que aparentar que había logrado deshacerse de las dos criaturas, cumpliendo las instrucciones recibidas.

El caso, pues, era árduo, y dió materia bastante á las meditaciones del jardinero, para que éste se pasara en claro la noche que siguió á su llegada Burgos.

Pero dice un refrán de los más exactos: que hace más el que quiere que el que puede. Y así resultó en aquel caso.

Vicente tenía la decisión firme, irrevocable, de no desamparar á las dos desdichadas hijas sin madre.

Y, como no era sino muy firme su resolución, halló por fin el modo de realizar ésta.

Para ello tenía que hacer un sacrificio de tal magnitud, que ante él hubiesen retrocedido muchos; era necesario que abandonase el cargo que desempeñaba en casa del marqués del Pino y se lanzara tras lo desconocido, corriendo la eventualidad de hallar ó no encontrar los medios de ganarse lo necesario para su subsistencia, la de su familia y la de los miembros que á ella había agregado voluntariamente.

A pesar de que no se le oscurecieron estos inconvenientes, después de cerciorarse mediante una detenida reflexión, de que ningún otro camino había para lograr sus propósitos, decidióse á seguirlo.

—Sí,—pensó,—mañana mismo iré en busca de ese bribón de Juan, le contaré cualquier embuste, obtendré

sea como sea que consienta en ayudarme á engañar á nuestro amo y después me despediré de éste para siempre, recogeré á mi familia y todos nos marcharemos lejos, muy lejos de Avila, á ver lo que quiere hacer de nosotros la Providencia.

Esta resolución tomada, no en un momento de arrebato, sino con toda calma y tras una detenida meditación, dió á Vicente la tranquilidad de espíritu necesaria para entregarse con sosiego al sueño.

Emilia y Clara también durmieron sosegadamente, merced á la inexperiencia propia de su edad.

Las caricias del jardinero las habían tranquilizado y esto bastó para que pasaran la noche en un profundo y sosegado sueño.

Al siguiente día, el buen Vicente despertó á las dos niñas y las dijo:

—Es necesario que nos pongamos de nuevo en camino.

Ambas se abrazaron á él y exclamaron á un tiempo:

—Pero tú nos cumplirás lo que nos has prometido, tú no nos abandonarás nunca.

—¡Oh! Está claro; precisamente por eso nos marchamos... No habéis encontrado á la señora que os podía proteger, y es preciso que yo busque por otra parte lo que á todos nos hace falta. ¿Comprendéis?

Las pobres criaturas no entendieron en realidad más que una sola cosa: la única que bastaba para ellas.

Vicente seguiría teniéndolas á su lado.

¿Para qué querían saber más?

Teniendo junto á sí á una persona que las demostraba afecto, que las trataba con cariño, que suplía, en cuanto era posible, el vacío inmenso que había dejado

la infeliz madre al morir del modo miserable que ya nos es conocido, todo lo demás las interesaba poco, mejor dicho, no tenía para ellas importancia alguna.

Vistiéronse, pues, alegres y satisfechas y cuando se encontraron en disposición de partir, dijeron á su protector:

—Cuando quieras.

—En marcha,—repuso Vicente.

Y salió de la posada á donde las llevara para pasar la noche, pensando:

—Ahora que sea lo que Dios quiera. Lo que es yo no pienso ya permanecer muchos días al servicio de ese bribón de marqués, ni codearme más con su digno cómplice, el mayordomo Juan.

Este nombre dió nuevo rumbo á sus pensamientos.

—¡Juan!—siguió reflexionando.—Juan me espera en Cebreros y he de ir á darle cuenta del modo con que he desempeñado el encargo, pues nos hemos de poner de acuerdo respecto al cuento que hemos de referir al marqués... Casi pudiera prescindir de verle... Tal vez sería mejor esto, porque así, avisando á mi mujer que cogiera á su hijo y viniera á reunírseme, no me vería en la precisión de hablar con un par de bribones... Pero si lo hago así, sobre que me espongo á alarmarlos, acaso me prive de recursos que necesitaré para llevar adelante la empresa que he acometido; pues se me ha ocurrido una idea luminosa...

Tan luminosa la encontró, que no pudo menos de echarse á reir, con gran sorpresa de las dos niñas que no pudieron menos de encontrar extraño aquel acceso de hilaridad, por nada justificado.

—¿Qué te pasa?—preguntó Emilia.—¿Por qué te ríes de ese modo?

—¡Já! ¡já! ¡já!—prosiguió Vicente siempre preocupado con su idea.—¡Tendría gracia!... ¡Pero mucha gracia!...

—¿El qué?

—Que vuestro enemigo fuese vuestro salvador... ¡Já! ¡já! ¡já!

Las dos criaturas no se hallaban aun en circunstancias de dar todo su valor á ciertas palabras.

De aquí que dijera Emilia:

—¡Nuestro enemigo!... ¿Quién es?

—¡Ah! ¡Pobres niñas!... Me olvidaba de que estaba hablando con vosotras... Aun no sabéis ni los peligros que os rodean, ni el odio de que sois blanco y cuya causa ni yo mismo comprendo con entera claridad... Tal vez cuando seais mayores os encontréis en situación de comprenderlo y podáis aclarar misterios que ahora se hallan envueltos por un denso velo... De todas maneras creed que estoy alegre, muy alegre y que me parece haber formado un plan que salvará muchas dificultades y que os evitará muchos disgustos... ¡Reid! ¡Reid conmigo!... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!...

Clara y Emilia viendo de tan buen humor al hombre que las protegía, acabaron por contagiarse de su risa, por reir con él, según éste las había indicado.

Y si ha de decirse la verdad, era lo cierto que no faltaban motivos al buen hombre para estar contento, porque había tenido una idea sumamente feliz.

¿En qué consistía ésta?

Séanos permitido prescindir aquí de manifestarla, porque no hemos de tardar mucho en ver á Vicente ponerla en práctica y entonces la conoceremos con todos sus pormenores.

Entretanto nos limitaremos á consignar que el buen jardinero, siempre rodeando á las dos niñas de cuidados y atenciones tan delicadas como sorprendentes, en una persona cuya educación nada tenía de esmerada, y no por culpa suya, sino por lo humilde de su condición; el buen jardinero, decimos, siguiendo adelante en la prosecución del plan que se había trazado, llevó á aquéllas desde Burgos á Avila, donde debía terminar la primera etapa de su nuevo viaje, para que pudiera ser realizable la dichosa idea que tan oportunamente se le había ocurrido.

No prolonguemos la curiosidad de los lectores y veamos desde luego en qué consistió el feliz pensamiento del jardinero.

CAPITULO XV

Caer en las propias redes

El jardinero, llegado que fué á Avila, tuvo como primer cuidado, el de buscar alojamiento para que las dos tiernas criaturas pudieran no sólo descansar y alimentarse, sino permanecer solas un par de días, tiempo que juzgaba necesario para arreglar sus asuntos de la manera que tenía proyectada.

De aquí que comprendiese Vicente la necesidad indispensable de que la casa donde se quedaran Emilia y Clara, fuese de absoluta confianza, pues no era cosa de que tratando de librarlas de un peligro, fuera á ocasionarlas otro mayor.

Por fortuna el jardinero tenía en la población algunos conocimientos y no le fué difícil, registrando el archivo de su memoria, hallar en ella lo que buscaba.

Una de las posadas situadas en las afueras de la población, era propiedad de una parienta de la mujer de

Vicente, excelente persona, cuyas buenas condiciones conocía muy bien éste.

Allí se encaminó desde luego nuestro amigo y así que llegó y vió á la posadera, dijo:

—¡Hola! Robustiana: vengo á darte que hacer... Por supuesto, pagando lo que sea...

—¡No faltaba más!—exclamó la posadera,—ya sabes que puedes mandar cuanto se te antoje... ¿Y que tal está tu mujer?

—Supongo que no tendrá novedad, aunque hace días que no la he visto... He estado de viaje y hasta hoy no regresaré á su lado...

—¿Has ido á cobrar alguna herencia?—preguntó sonriendo Robustiana, que sabía muy bien lo imposible de semejante cosa.

—No; pero me dieron un encargo que creo que para otros hubiera sido de compromiso y del que yo creo que voy á salir mucho más lucido que cualquiera.

—Eso es bueno... Pero no me había fijado en que no vienes solo...

Y Robustiana, al decir esto, miró á las dos criaturas que, desde que entraron, se habían colocado detrás de Vicente, y permanecían silenciosas.

—Claro que no,—repuso el jardinero.—Te traigo dos pimpollos, dos capullos de rosa que es necesario procurar que no se mustien ni se ajen durante dos días que yo necesito dejarlos á tu cuidado... Ese era el trabajo de que te hablaba...

—¡Vaya una cosa!...

—Más importante de lo que tú crees,—contestó el jardinero.

Y añadió bajando la voz:

—Tienen enemigos y es necesario estar con mucho ojo, ¿lo entiendes?

—¡Ya lo creo! Pero me parece mentira que haya quien sea capaz de querer mal á dos criaturas tan guapas... Venid aquí, moninas, ¿queréis darme un beso?

—Con mucho gusto.

—Sí, señora,—repusieron las dos, para quienes había sido simpático el abierto y franco rostro de la posadera.

Esta se limpió los labios con el delantal y besó á las dos niñas.

Luego exclamó:

—¡Cristo! Tienen la piel como la seda... Parecen duquesas...

—¡Y quién sabe si lo serán!—repuso el jardinero.

—¡Qué dices!—exclamó Robustiana abriendo los ojos con admiración.

—Digo que no es esta ocasión de hablar ciertas cosas... Ya te hablaré del asunto más despacio. Ahora lo que hace falta es que te penetres bien de la necesidad de cuidarlas mucho...

—¡Oh! No hay necesidad de que te esfuerces... Creo haber comprendido tu idea.

—Veámoslo.

—Las dos criaturas no se separarán ni un momento de mi lado durante el día...

—Eso es. ¿Y por la noche?

—Por la noche dormirán en mi propia habitación, á mi lado...

—Perfectamente... ¡Ah! Y no será malo que eches la llave...

—¡Vaya! Y un cerrojo gordo como mi brazo que tie-

ne la puerta... Yo soy algo miedosa y como desde que aquel se murió, duermo sola, he tomado precauciones...

—Pues no las descuides en estos dos días. En cuanto al precio...

—Quita de ahí... ¡Pues no faltaba más! Eso no vale nada... Entre parientes se hace cualquier cosa sin interés. ¿No me servirías tú en algo que pudieras sin llevarme un cuarto?

—Y con el alma y la vida.

—Pues yo no he de ser menos, sobre todo cuando tu encargo, en vez de trabajo, me ocasiona distracción. Las dos parecen muy buenas chicas y tienen cara de listas. ¡Conque ya ves si me divertiré con ellas mientras tú estés fuera!... ¡Ah! y si necesitas en vez de dos días, tres, una semana, el tiempo que sea, no te apresures... Cuando vengas aquí te las encontrarás buenas y sanas si Dios no dispone otra cosa... pero si así fuera, ten la seguridad de que lo mismo las pasaría estando tú, porque tan bien vigiladas y cuidadas podrías tenerlas, más no.

Sobre que Vicente conocía ya las prendas de Robustiana, el acento con que ésta se expresaba no dejaba duda de su sinceridad.

El jardinero, pues, completamente tranquilo respecto á aquel punto, abrazó á su parienta, diciendo:

—Eres una buena mujer y Dios te recompensará por el bien que haces hoy á unas pobres criaturas sin amparo de nadie...

—¡Eso no!—exclamó la posadera.—¡Pues qué tú y yo somos caballerías!...

—Pero yo valgo y puedo tan poco...

—Mira,—dijo de repente Robustiana.—¿por qué no haces una cosa?

—¿Qué?

—Déjamelas á mí...

—¡Toma, eso voy á hacer!

—Pero por pocos días... Yo te digo que me las dejes para siempre. Soy viuda, no tengo hijos y de consiguiente...

El jardinero repuso con acento conmovido:

—Esa proposición es digna de tí, siento no poder aceptarla... A tu lado estarían perfectamente...

—Pues déjamelas.

—¡Imposible! Aquí están demasiado cerca de su enemigo... Y mira, me alegro de lo que me has dicho, porque ya se me olvidaba hacerte un encargo importante.

—Dí.

—Conviene que no las vean.

—Entendido, no las verán... Pero díme siquiera quien es la mala persona que puede querer mal á estos dos ángeles.

—Otro día será: la historia es larga y no tengo tiempo de contarla. Danos algo de almorzar y así que haya tomado un bocado, me pondré en marcha.

—Espera un poco: yo misma quiero preparároslo todo y os acompañaré.

En efecto, Robustiana preparó en una habitación inmediata al comedor general, una mesita, que cubrió con un blanquísimo mantel y en la cual puso servicio de mesa para cuatro.

Luego puso á freir huevos y magras de jamón, y cuando estuvieron los colocó en una gran fuente.

Acabó de poner los demás accesorios como pan, vino, ensalada con aceitunas, etc., y dijo:

—A comer; mientras tomamos eso, se calentará este pollo asado...

—Pero mujer, vas á darnos un banquete...

—A ver si callas, porque no te obsequio á tí, sino á las niñas,—repuso la posadera en tono agridulce.

Emilia y Clara, durante el largo diálogo de sus protectores, habían permanecido silenciosas.

La primera no había perdido una sola sílaba de cuanto aquéllos hablaron, en lo cual, no obstante su tierna edad, halló muchos motivos de meditar.

Clarita sólo vió en ello una cosa: que Robustiana era una buena mujer que las miraba con mucho cariño y que iba á darlas de comer perfectamente.

El almuerzo fué alegre, pues la posadera tenía excelente humor y Vicente se hallaba también contento, lo cual bastó para que las niñas se contagiasen del gozo que demostraban las dos personas que el cielo había puesto en su camino.

Cuando el almuerzo terminó, el jardinero dijo á sus protegidas:

—Hijas mías, por interés vuestro me veo precisado á dejaros durante un par de días... Los pasaréis aquí, con mi parienta que os quiere mucho y luego, según el resultado que den mis gestiones, determinaremos lo que conviene hacer. Estad tranquilas, pues os he prometido no separarme de vosotras, por lo menos hasta que encontréis quien con más derechos que yo pueda cuidaros y atenderos, y sed tan buenas en mi ausencia como lo habéis sido mientras habéis estado conmigo...

—¡Oh! Descuida... No queremos causarte ningún disgusto... Pero vuelve pronto...

—Sí, sí, no tardes.

Y las dos criaturas, al decir estas palabras, abrazaron cariñosamente al jardinero.

Este las estrechó contra su corazón, exclamando:

—¡Benditas seais!... Perded cuidado que no emplearé más tiempo del indispensable para despachar los asuntos que os convienen y me convienen á mí...

Luego volviéndose á Robustiana, la dijo:

—Hasta la vista... Cuidalas bien... Y gracias por todo.

Tras de lo cual salió de la posada y encaminóse en busca de Juan que, según dijimos, estaba esperándole en Cebreros.

No había sido ciertamente bondad de corazón, la causa de que el mayordomo del marqués no se hubiera determinado á quitar la existencia á las dos niñas.

Juan, como todos los bribones, profesaba verdadero horror á habérselas con la justicia y creyendo que el jardinero, llevado del estímulo de una recompensa, secundaría sus planes, había pensado que deshaciéndose éste de las dos criaturas, fuese como fuera, él rehuía responsabilidades y su amo quedaba, á la vez, engañado y servido.

Así y todo, como el asunto en que se había metido, no tenía nada de limpio y aun podía dar lugar á ciertos tropiezos, la tardanza del jardinero en regresar, le causaba inquietud y desasosiego grandes, dando lugar á que pensara en ocasiones:

—¡Si le habrán sorprendido! ¡Si habrá caído en manos de las personas que deben tener tanto interés en la conservación de aquellas muñecas, como mi amo en su desaparición!

La hipótesis era de poco probable realización, pero

no imposible, y bastaba la posibilidad de que tal hubiera sucedido y de que, por ende y en virtud de alguna indiscreción ó de una confesión cobarde de Vicente, se viese Juan comprometido en el negocio, para que se le pusieran los pelos de punta.

Otro motivo de inquietud y malestar tenía también el mayordomo.

No sabiendo lo qué pudiera haber sucedido al que suponía su cómplice, érale imposible presentarse en casa del marqués, pues éste le abrumaría á preguntas, pediríale detalles, y el mayordomo era bastante listo para no exponerse á que los sucesos vinieran á dar un pronto y completo mentís á las afirmaciones que hiciera, sin pleno conocimiento de los hechos.

No tenía, pues, más remedio que seguir en Cebreros, hasta el regreso de Vicente, ó hasta que, por cualquier conducto, pudiera enterarse de lo que á éste le hubiese sucedido, si se hallaba imposibilitado de presentarse á él.

Mas como sabido es que, quien espera desespera, Juan se desesperaba en Cebreros y se daba á todos los diablos por haber dejado marchar al jardinero, en vez de terminar juntos el infame negocio que les proporcionara el marqués.

CAPITULO XVI

Continuación

Supuesto el estado de ánimo en que se encontraba el famoso mayordomo del marqués del Pino, no es necesario decir con que alegría recibió á Vicente, ni cuán grande fué su satisfacción, al ver que éste regresaba sin las dos criaturas.

Aquello era para Juan señal evidente de que al fin había logrado desembarazarse de ellas.

—¡Cuánto has tardado!—le dijo.—Estaba ya consumiéndome de impaciencia...

—Mal hecho,—replicó el jardinero con sorna.—El encargo que yo llevaba, no era de aquellos que se realizan en un abrir y cerrar de ojos...

—Pero al fin...

—Al fin podemos volver á ver al amo y decirle que

está satisfecho su deseo... ¡Y por cierto que no es mentira!...

Juan hizo un ademán de asombro.

—¡Cómo!—exclamó.—¿Por fin te has resuelto á cortar por lo sano?

—¿Qué significa eso?

—Quiero decir, si te decidiste á matarlas...

—¡Quita de ahí!... Eso hubiera resultado comprometido...

—Entonces...

—Pero he hecho algo mejor... ¿Qué quiere el marqués? ¿qué nadie vuelva á saber de ellas y que, por más que se busque su rastro, no sea posible dar con él?

—Eso es.

—Pues por lo mismo he dicho que está servido: nadie será capaz en lo sucesivo de reconocerlas; ni aun ellas mismas podrán, dentro de poco tiempo, decir dónde ni cómo nacieron.

Juan, cada vez más lleno de sorpresa á la que se mezclaba una gran parte de curiosidad, exclamó:

—Pero, en fin, ¿qué diablos has hecho de ellas?

—Adivínalo.

—No me gusta calentarme la cabeza: habla claro.

—Corriente, no quiero que digas que no te complazco... Imagínate que yo me había encargado de ellas, sin que en realidad supiese que hacer... La verdad era que me repugnaba que se diese muerte á dos niñas... Si hubiese sido cuestión de matar á un hombre hecho y derecho, aun pase...

—Adelante. Opino lo mismo que tú; pero esa no es razón para que te entretengas con pormenores que no vienen al caso... Dime como te las has compuesto.

—A eso voy; pero no soy costal que se vacía de golpe... Te dejé, como digo, y me fuí con ellas dando mil vueltas á mi imaginación para pensar qué era lo mejor que podría hacer para salir del paso... Se me ocurrió llevarlas á un pueblo, donde tengo un pariente que se hubiera hecho cargo de ellas, con sus fines particulares... En fin, eso poco importa... Pero ¡zas! cátate que me encuentro con que el tal pariente se había ido á Madrid y hasta dentro de tres semanas no volvería... ¡Demonio! pensé. Yo no puedo esperarme tanto tiempo: es necesario que busque otra casa... Y vuelta á llevármelas y cavilar... Hubo momentos en que estuve tentado por tirarlas al río con una piedra al cuello para que no salieran á la superficie; mas no me sentí con valor para hacerlo... Y lo peor era, que no se me ocurría idea ninguna...

Juan le interrumpió, diciéndole de mal modo:

—¡Qué posma eres! Todavía no me has dicho más que lo que dejaste de hacer... Aun no sé lo qué has hecho.

—Dí más bien lo que hizo la casualidad, pues te confieso que sin ella...

—¡Pesado!

—En fin, cuando ya comenzaba á no saber de qué manera saldría del compromiso, me tropecé en un camino con una compañía de titiriteros... Entre ellos iban dos ó tres criaturas, poco más ó menos de la misma edad de las que yo llevaba... Por cierto que las pobres estaban tan flacuchas y macilentas que daba compasión verlas... Pero su presencia me inspiró una idea luminosa...

—¡Ah! ya comprendo...

—¿Comprende usted que se me ocurrió vender las chicas al director, ó más bien, al dueño de la compañía?

—Eso he pensado.

—Pues acertó; mas sólo á medias.

—¿Cómo es eso?

—Porque efectivamente entablé conversación con el bribón aquel y le hice la propuesta... El aceptó, convinimos en que, por la noche, daríamos á las chicas un narcótico para que se las llevaran lejos sin que opusieran resistencia... Me pagó el precio que convinimos... Pero luego pensé otra cosa mejor... Decidí espontanearme con el hombre aquel y le dije: Si usted se compromete á llevar á estas chicas fuera de España, cuanto más lejos mejor, le devolveré su dinero... El lo pensó y repuso: Tengo en Hungría un compañero que me las pagará bien, y yo sólo con que usted me abone el importe de los billetes hasta la raya de Francia, me encargo de hacerlas llegar hasta allí... De esa manera nadie volverá á saber de ellas, ni ellas mismas podrán entenderse con nadie, ni dar cuenta del sitio en que nacieron... El plan era magnífico... Yo lo acepté, y para más seguridad, en vez de devolverle el dinero que me había dado, le acompañé hasta la estación más próxima y le compre los billetes hasta la frontera. Ya ve usted que así es imposible que nadie vuelva á verlas el pelo... Y aun puede que cuando ellas lleguen á mayores, ni sepan quienes fueron, ni en que punto vieron la primera luz.

Vicente mentía con un aplomo admirable, bien que pidiendo interiormente á Dios, que le perdonase por todos cuantos embustes se veía obligado á forjar.

Juan quedó, no sólo convencido, sino satisfecho, pues en realidad, de haber pasado las cosas como las re-

fería el jardinero, podía abrigar la convicción de que el marqués estaría engañado y servido al mismo tiempo.

Ambos, pues, podían emprender ya su viaje de regreso á la mansión del marqués, y así lo propuso el mayordomo á Vicente.

Este respondió:

—Por mí, como quiera. Sólo le advierto que tenemos que hablar todavía de algo interesante.

—Si no es muy largo, podemos hablar por el camino.

—Dice usted bien.

—Pues en marcha, porque te aseguro que aquí me estaba aburriendo de un modo terrible. No veo el momento de volver á casa.

—Entonces vamos andando y hablaremos por el camino, según desea.

En efecto, ambos se pusieron en marcha y no anduvieron mucho sin que Vicente, acabando de poner en práctica el plan que se había trazado, dijese á su compañero:

—Quería hablarle de una cosa que para mí tiene la mayor importancia.

—Y es...

—Esta: yo voy siendo ya machucho: el último servicio que me ha pedido el amo, no es de los que más me agradan... mejor dicho, me ha causado tanta repugnancia, aun á pesar de haberlo realizado en la forma que he dicho, que me asusta el pensar que pudiera exigírseme algún otro semejante.

—Bien ¿y qué?

—Que para evitarlo, no veo más que un solo medio...

—Pues adóptalo.

—Es que necesito su ayuda.

—Entonces acaba de una vez; ¿qué es lo que pretendes?

—Mi proyecto consiste en dejar el servicio del marqués y retirarme á vivir con mi familia y á terminar mis días como mejor le parezca á Dios...

Juan miró con asombro á su interlocutor, y repuso:

—¿Y para eso dices que me necesitas?

—Claro está.

—Pues yo lo veo muy espeso, porque con decir al marqués que te vas, has concluido. No creo que te retenga á la fuerza.

Vicente se sonrió con socarronería y replicó tranquilamente:

—Ya lo sé; pero no es para eso para lo que necesito su auxilio. El marqués contestaría á mi petición: Haz lo que quieras y que lo pases bien... y yo me marcharía tan pobre como cuando entré en su casa, pues nada representan unos cuantos duros que tengo en un rincón y que gastaría en un mes ó acaso en menos.

—¡Ah! ya,—dijo Juan.

Y comprendiendo ó más bien creyendo comprender que de lo que trataba el jardinero era de valerse de su complicidad en el asunto de las niñas, para hacérsela pagar cara, juzgó que lo mejor era despejar cuanto antes la incógnita y añadió:

—En suma, ¿qué pretendes?

—¡Oh! Es muy sencillo,—replicó con bonachonería Vicente;—que usted, que goza gran predicamento con el amo; usted que consigue de él todo lo que quiere, le pinte con los más vivos colores lo mucho que yo me he expuesto al dar muerte á esas criaturas y la necesidad

en que se halla de corresponderme, gratificándome por mis servicios de una manera digna de la importancia de éstos y de su generosidad.

—Más sencillo hubiera sido que me dijeses la cantidad que deseas... y aun que tú mismo sin mi intervención la solicites... Tienes títulos para ello y no sé por qué me has de mezclar en el asunto.

—Porque encuentro justo que me corresponda y además porque yo soy corto de genio... Y en cuanto á lo de fijar cantidad alguna, no quiero hacerlo, pues prefiero conocer hasta dónde llegan su amistad hacia mí y la esplendidez del marqués. Ya está enterado.

Lo cierto del caso era que al honrado jardinero, aun tratándose de un miserable como el marqués del Pino y de realizar una buena acción cual la que él se proponía hacer, experimentaba repugnancia á sostener una conversación sobre el asunto, con el que durante tanto tiempo había sido su amo y prefería que fuese Juan el encargado de sacarle las castañas del fuego.

Es más: aunque no podía ocultársele que el servicio que aparentaba haber prestado era de los que no tienen precio, temía quedarse corto si se le ponía en el caso de fijar cantidad y esperaba obtener mejor partido en la forma que ya conocemos.

Juan, por su parte, vióse obligado á acceder á la petición, á causa del vínculo de complicidad que con el jardinero le ligaba, así en el crimen como en el embuste que habían de decir al marqués, de suerte que al llegar los dos á la casa de éste, se hallaban completamente de acuerdo.

CAPITULO XVII

La despedida de Vicente

IMPACIENTE esperaba el marqués el regreso de Juan.

Más de una vez había pensado:

—Con tal de que éste cumpla mi encargo, queda desvanecido en absoluto el único peligro que podía temer. Carlos no tiene más remedio que hacer lo que yo quiera y la poderosa herencia del duque del Solar será mía. ¡Lástima que no supiera antes que éste había muerto! porque quizás en ese caso habría mudado de opinión y no les hubiera quitado la vida á esas criaturas. Un poco de ligero pequé. La mayor se parecía mucho á su madre y dentro de cinco ó seis años habría sido una hermosa mujer, habiendo permanecido aquí y declarándome yo su protector, ¡qué demonio! malo hubiera sido que por gratitud al menos no hubiese conseguido hacerme querer de

ella. En fin; lo hecho, hecho está y ya no hemos de pensar sino en sacar el mejor partido posible de la situación.

Y como se prolongaba la ausencia de Juan y del jardinero, el marqués principió á inquietarse.

—Con tal,—decía algunas veces,—que este par de bribones no hayan hecho alguna... Esta gente cuando uno les dá demasiada confianza, se creen autorizados para tomarse libertades que, según y cómo, podrían ponerme en un compromiso. Como que carecen de prudencia, nada de particular tendría que tomados del vino soltaran alguna frase y... ¡no quiero pensarlo! porque esto podría producir...

Y el marqués horrorizado ante las ideas que en su mente hacía nacer aquella suposición, se paseaba agitadamente por el aposento sin encontrar tranquilidad ni reposo en ninguna parte.

Por fin supo que Juan y su compañero habían llegado á la posesión.

—¡Gracias al diablo!...—murmuró.

Y cuando vió al mayordomo, no pudo menos de decirle con acento colérico:

—Creí que no pensabas más en volver por aquí.

—¿Cree acaso el señor marqués, que un negocio como el de que estaba encargado, se puede despachar tan fácilmente?

—Ya lo creo; sin duda que el quitar de enmedio á dos criaturas que ni pueden hacer resistencia alguna, ni á nadie interesan, es una cosa del otro jueves.

—Cuando se quiere dejar algún cabo suelto, ciertas cosas son muy fáciles; pero cuando se quiere, por el contrario, borrar todas las trazas y asegurarse la impunidad, eso, señor, ya es algo más difícil.

—En fin, terminemos; ¿está todo despachado?

—Todo.

—De modo que las muchachas...

—Allá en un barranco de los montes de Toledo han quedado sin que nada les duela.

—¿Y Vicente?

—Se ha portado perfectamente.

—La verdad es, que has hecho mal en darle participación en el negocio; porque en esas cosas cuantos menos sean, mucho mejor.

—Es que yo solo, tratándose de dos criaturas, me exponía...

—Bien, bien; ya está hecho y lo que importa es que el resultado haya correspondido á lo que pretendíamos.

—En cuanto á eso, puede estar completamente tranquilo el señor marqués.

—¿Supongo que Vicente sabrá callar?

—A propósito de eso tenía que hablar con usted.

—¡Qué quieres decir!

Y el marqués fijó una mirada escrutadora en el semblante de su interlocutor.

—Vicente es hombre capaz de guardar un secreto y mucho más tratándose de mí, de quien tiene motivos sobrados para recelar.

—¿Y qué?

—Que por lo mismo es necesario pagarle muy bien.

—¿Y le he puesto yo tasa en el dinero?

—No, señor; pero mi deber...

—Ya conozco tus deberes. ¿Qué es lo que exige ese hombre, ó mejor dicho, qué es lo que tú quieres?

—¡Oh! Por mi parte ya sabe el señor que yo estoy perfectamente pagado siempre.

—Vaya, Juan, no vengas haciendo alarde de un desinterés que no existe. Tú me sirves porque te conviene y nada más. ¿Qué te crees que me convences de que es sólo por Vicente por quien vienes á pedirme dinero?

—Puede usted creer...

—Sí, que mucha parte de lo que te dé, se quedará en tu bolsillo. Pero eso no importa; vamos al grano y concluyamos. ¿Cuánto dinero quiere ese hombre?

—Yo no he tenido más remedio que ceder á su petición. Me pidió trescientos duros.

—De los cuales estoy seguro que te quedarás con la mitad, además de lo que ya te dí.

—Juro á usted...

—Es inútil que jures. No he de creerte.

—Pues, sin embargo, es verdad.

—Hagamos una cosa entonces.

—Diga usted.

—Que venga el mismo Vicente á cobrarlos.

Juan no pudo menos de hacer un ligero gesto de contrariedad.

Sin embargo, no tuvo otro remedio que resignarse.

—Voy á avisarle,—dijo.

Pero sin duda su amo comprendió cual era la idea que se llevaba Juan, porque le dijo:

—No tienes necesidad de molestarte.

Y tocando un timbre, dijo al criado que se presentó á su llamamiento:

—Dí á Vicente que le estoy esperando.

El gesto que hizo Juan al escucharlo, no pasó desapercibido para el marqués.

Sonrióse, pero nada dijo.

Poco después Vicente entraba en la habitación de su amo.

—Según me ha dicho Juan,—le dijo éste,—exiges por tu trabajo en el asunto que ya conoces, trescientos duros.

—Ya ve el señor marqués,—repuso Vicente atribuyendo á Juan la verdad de aquella exigencia,—que como este servicio es...

—No, no; si no tienes que molestarte en decirme nada. He querido llamarte porque á mí me gusta pagar á los que me sirven, pero pagarlos á ellos mismos ¿comprendes ahora?

—Sí, señor,—repuso Vicente, que maldito si entendía nada de lo que decía su amo.

—Pues bien, toma y no te olvides de que en asuntos de esta especie, el ser mudo es una cualidad que vale mucho.

—Yo, señor, tengo la costumbre de no hablar jamás sino de aquello que me interese. Todo lo demás, lo olvido.

—Haces bien; porque si no lo olvidaras podría resultarte algún perjuicio.

Y el marqués, al decir estas palabras, entregó un puñado de billetes de Banco á Vicente, diciéndole:

—Ahora ya puedes marcharte; y te advierto que ese dinero, es exclusivamente para tí, porque en cuanto á Juan, ya le pago yo por separado.

Vicente tomó los billetes y salió del aposento.

Una vez que estuvieron solos el mayordomo y su amo, éste entregó á Juan otra cantidad, añadiéndole:

—Como quiera que tú tienes carta hlanca para saquearme como te place y en ello no te quedas corto, con esto tienes suficiente.

Y despidió al criado que, cuando salió del aposento, iba murmurando:

—¡Y todavía quería este hombre que yo me expusiera por él! ¡Un demonio! Afortunadamente he sabido prevenirme con tiempo.

Entretanto Vicente estaba satisfecho con la cantidad que obraba en su poder.

No sólo no había querido rehusarla, sino que la había exigido; si no hasta la cifra que el marqués le indicara, al menos para no estar completamente desprovisto en la nueva vida que trataba de emprender.

Para el pobre hombre, no había en aquellos momentos otro objetivo que las pobres huerfanitas á quienes había dejado en la posada de la Robustiana y que por entonces, al menos, no tenían otros parientes que él.

Adquirir para ellas todo cuánto fuera posible, era su único deseo.

Por esta causa le pidió á Juan su parte y ya hemos visto como lo consiguió.

Desde el momento en que había llegado á su casa, dijo á su mujer:

—Disponlo todo y hoy mismo con los chicos te vas á Avila á la casa de Robustiana y allí me esperas.

La mujer miró al jardinero sorprendida.

No podía comprender la razón de aquella orden.

—Pero Vicente,—le dijo,—¿estás en tí? ¿Qué hemos de hacer nosotros en Avila?

—Ya te lo he dicho; esperarme.

—¿Es decir que tú irás también?

—Sí, mujer.

—¿Se lo has dicho ya al señor marqués?

—Se lo diré cuando llegue el caso.

Y por entonces el bueno de Vicente no pudo decir

nada más á su mujer, porque recibió del marqués el recado de pasar á sus habitaciones.

Una vez de regreso en su departamento, encontró á la mujer que estaba recogiendo alguna ropa para llevarse.

—Te lo has de llevar todo,—le dijo su marido.

—Pero ¿qué quiere decir esto? ¿Es que nos vamos á marchar de aquí?

—Sí, Felipa; pero calla y no digas nada por ahora.

—¿Es que has tenido algo con el señor marqués?

—No; pero no quiero vivir aquí más tiempo. Todo lo sabrás cuando hayamos salido de esta casa.

Felipa conocía mucho á su marido y sabía muy bien que éste, no hacía nada que no tuviese su razón de ser.

—Y las niñas ¿las has dejado ya con su padre?—le preguntó.

—Guárdate muy bien de decir nada de las niñas, mientras estemos en esta casa.

La pobre mujer no pudo menos de estremecerse al escuchar el acento con que su marido pronunció las anteriores palabras.

—Pero es que tú...

—Anda, Felipa, anda que todo lo sabrás cuando salgamos de aquí y estoy seguro de que has de aprobar mi resolución.

Felipa no se hizo rehacia para obedecer á su marido, y al día siguiente, pretextando la enfermedad de una parienta, abandonaba la casa del marqués.

CAPITULO XVIII

Continuamos tratando de la despedida de Vicente

La mujer del jardinero, insiguiendo las instrucciones que su marido la hubiera dado, se dirigió á la posada de Robustiana donde tuvo la agradable sorpresa de encontrarse con las dos niñas.

Y no pudo menos de significar su extrañeza porque su marido no la había dicho nada.

Pero la posadera se apresuró á decirle:

—Me encargó que te dijera cuando vinieses, que él te daría todas las explicaciones cuando llegase, porque según creo, vendrá dentro un par de días.

—Eso me ha dicho.

—Es decir, que abandona la casa del señor marqués.

—Así parece,—repuso Felipa que no sabía realmente lo que debía decir ni lo que había de callar.

Porque desde luego adivinaba algún misterio en la conducta de su marido.

Cual fuera éste, no lo podía presumir y por lo mismo se encontraba en fatales condiciones para contestar á su parienta.

Las niñas la dijeron los pasos que habían dado desde que abandonaron la casa acompañadas de Vicente, y la pobre mujer deploró también la desgracia que parecía perseguir á las infelices criaturas.

Enlazó, aun cuando su inteligencia era limitada, aquel suceso con lo que su marido la dijera y dedujo que quizás tuviera algún proyecto respecto á las niñas.

Pero lo que la sorprendía verdaderamente era que se las hubiese dejado allí y no las llevara á casa del marqués, pues si tan generoso se había mostrado en los primeros momentos, de esperar era que siguiese de igual modo, máxime cuando se trataba de personas cuya familia ya era conocida.

De todos modos Felipa estaba impaciente porque llegase su marido.

Este, á los dos días, pretextando tener que despachar algunos negocios en Avila, se despidió de Juan, diciéndole:

—Mañana ó pasado, estaré de vuelta; si acaso el señor marqués pregunta por mí, se le puede decir que esa enfermedad de mi parienta ha exigido que marche á su lado.

—¡Anda con Dios, hombre!—le dijo Juan,—por supuesto que para mí no cuela eso de tu parienta; tú lo que quieres es gastar los cuartos que te ha dado el marqués y darte un par de días de golgorio; por eso has hecho ir delante á tu mujer y á los chicos.

—Puede que sí.

—Pues nada, diviértete y vuelve pronto.

Vicente recogió todos sus ahorros que ya constituían una cantidad regular y unidos á los trescientos duros que le dió el marqués, guardóselos cuidadosamente y se marchó á reunirse con su mujer.

Al verle Robustiana, le dijo:

—Vamos, hombre, vamos, que aquí tienes á tu mujer llena de curiosidad por saber lo que ha pasado.

—¿Qué ha de pasar? que no me acomoda continuar en casa del señor marqués, porque me ha salido una conveniencia mejor, aquí en la provincia de Segovia y mañana mismo nos vamos á marchar.

—¿Pero y estas niñas?—dijo Felipa.

—Esas niñas... ya veremos lo que se hace de ellas, por ahora vienen con nosotros.

—¡Con vosotros!—dijo la posadera.—¿Tú lo has pensado bien, Vicente? mira que son dos bocas más.

—¡Qué diablo! mientras haya trabajo...

—Este marido,—añadió Felipa,—nunca piensa las cosas.

—Pero ven aquí, mujer. ¿Desde que nos hemos casado, á Dios gracias, no hemos tenido siempre para comer?

—Sí; pero...

—Bueno déjate de peros y no hablemos más del asunto.

Felipa, acostumbrada á ceder á cuanto su marido la decía, ya no habló más.

Vicente no creyó prudente dar explicaciones á su mujer, delante de Robustiana; pero una vez que estuvieron solos en el cuarto que ocupaban en la posada y durmiendo las niñas lo mismo que sus hijos, dijo Vicente á su mujer.

—Mira, Felipa; tu sabes que yo en la vida te he ocultado nada absolutamente y que todo lo he consultado contigo. Tú has sido siempre una mujer honrada y buena y te has hecho acreedora por lo tanto á esa confianza que te he dispensado; hoy quiero hacerte la de la causa que he tenido para obrar como estoy obrando.

—Ya verás, Vicente,—repuso Felipa,—si tú lo has dispuesto, sea lo que quiera, bien dispuesto está. Yo haré lo que tú me digas y nada más.

—No, en el caso que estamos, es menester que sepas lo mismo que yo y que me dés tu consentimiento para lo que yo pienso hacer.

—¡Mi consentimiento!

—Y vaya si lo necesito.

—¿Pues no eres tú el amo en tu casa?

—Sí por cierto; pero eso no quita para que yo, aun cuando sin instrucción y pobre diablo como soy, deje de comprender lo que debe hacerse. Escucha y sobre todo te encargo que lo que voy á decirte, á nadie, pero absolutamente á nadie, se lo refieras.

Y el acento con que Vicente hizo esta advertencia vibró de tal modo, que su mujer no pudo menos de mirarle sorprendida.

Jamás le había visto tan grave y no pudo menos de decirle:

—Pero Vicente, ¿qué es lo que sucede?

—Ya te he dicho que ahora lo vas á saber.

Y el jardinero, refirió entonces á su mujer, el encargo que el marqués había dado á Juan, la proposición que éste le hizo, y todos los detalles que ya conocen nuestros lectores.

Felipa se hacía cruces, como vulgarmente se dice, oyendo á su marido.

Más de una vez, durante su relato, lanzó exclamaciones de asombro; y cuando terminó le dijo:

—Pero, Vicente, ¿es verdad todo eso?

—Sí, mujer, sí que lo es; y todavía no lo sabes todo.

—¡Cómo! ¿es posible que haya más todavía?

—Sí; para que tú veas hasta dónde llega la desgracia de esas pobres criaturas, precisamente el mismo día que en Burgos nos encontramos con que la señora marquesa de Velasco tampoco estaba allí, fuimos á buscar los papeles que las niñas dijeron que llevaban en aquel bultito de ropa que trajeron cuando entraron en casa y que tú sabes que Juan nos pidió, y nos encontramos con que habían desaparecido.

—Pues y ahora, ¿qué van á hacer esas pobrecitas?

—Para esto es precisamente para lo que necesitaba tu consentimiento. Mira, Felipa; en este mundo, no debe por ningún estilo dolernos el hacer bien. Yo no sé si en el otro habrá ó no habrá esa recompensa que el señor cura dice; pero lo que sí puedo asegurarte, es que yo me encuentro más satisfecho hoy con la resolución que he tomado que si me dieran todo el oro del mundo. Yo quiero, si te parece, quedarnos con las dos niñas.

Felipa se quedó un momento pensativa, diciendo después:

—¿Pero tú lo has pensado bien?

—Mira, mujer; esas cosas no se piensan nunca; yo creo que se sienten y nada más. Esas infelices se encuentran abandonadas por completo, sin medio alguno para hacer valer sus derechos y perseguidas por un señor tan poderoso y tan malo como el marqués, dejarlas abandonadas, equivale á entregarlas á la muerte.

—Nada, nada, tú lo has dispuesto de ese modo y bien dispuesto está. Dos hijos tenemos y así tendremos cuatro.

Vicente no pudo menos de abrazar á su mujer, diciéndola:

—No esperaba menos de tí. Todo será que tengamos que trabajar un poco más; pero ¡qué diablo! Dios nos dará fuerzas.

—Pero eso que has dicho á Robustiana del nuevo trabajo que tenías.

—No es verdad, mujer. Es necesario hacer perder la pista á todo el mundo; porque si el marqués supiera la verdad... No quiero pensarlo, porque en lo malo que es...

—¿Y qué piensas hacer?

—Mira; aquí en el cinto y en el chaquetón llevo hasta doce ó catorce mil reales, con los cuales nos vamos á marchar á Madrid. Allí está el amo que yo tuve cuando estaba en el servicio, me quería mucho y hoy creo que es general; malo ha de ser que no haga algo por mí y como podamos iremos levantando á los chicos. Para todo el mundo, es decir para Robustiana, nos vamos á Segovia; pero desde Segovia seguimos el camino hasta Madrid.

—¿Tú te has despedido ya del marqués?

—¡Cá, mujer! le he dicho á Juan que venía á divertirme con el dinero que me había dado. Mañana, cuando salgamos de aquí, echaré en el correo una carta para él ó para Juan que será mejor y me despediré de ese modo.

—Sí, que es lo mejor.

En armonía con este plan, Vicente hizo al día inme-

diato sus preparativos de marcha con dirección á Segovia, no sin que Robustiana volviera á decirle:

—¿De manera que estás resuelto á hacerte cargo de esas dos muchachas?

—Sí por cierto; ya que Dios las ha colocado en mi camino, no quiero abandonarlas.

—Si tú quisieras dejarme la mayor, dentro de tres ó cuatro años, podría servirme aquí en la posada.

—No por cierto,—se apresuró á contestar Felipa,—las cosas ó hacerlas bien hechas, ó no hacerlas; Vicente ha pensado que nos quedemos con las dos, pues vengan las dos.

—Yo lo digo por vuestro bien.

—Ya lo sé, mujer, y te lo agradecemos mucho. ¿Pero qué quieres? ¡yo soy así! Creería obrar mal separando á esas dos probrecitas, que al fin y al cabo han vivido siempre juntas y quizás el separarlas les costase alguna enfermedad.

—Pero tú has de pensar, que dos mujeres, llevan consigo muchísimo gasto, que vosotros sois pobres y que...

—¡Bah! ¡bah! ¡bah! Todavía, á Dios gracias, tengo fuerzas y nunca me ha dolido el trabajar.

—Pues mira, chico, allá te las compongas, porque si yo digo esto, es únicamente por vuestro bien.

—Y vuelvo á repetirte que te lo agradezco mucho.

Vicente escribió aquel día la carta á Juan.

En ella le decía, que habiéndosele presentado una proporción en Santa María de Nieva, que reunía mejores ventajas, puesto que se iba á poner al frente de una gran posesión, la había aceptado y que por lo tanto le dijera al marqués que se despedía sin ir á verle, porque las

exigencias del nuevo dueño le obligaban á marchar inmediatamente.

Echó la carta al correo y aquella misma tarde emprendía la marcha para Segovia, acompañado de su familia, según le había dicho á Robustiana. Pero en realidad para dónde tomó los billetes fué para Madrid.

CAPITULO XIX

Sospechas

BIEN ajeno se hallaba el marqués del Pino, del verdadero móvil que había impulsado á Vicente para abandonar su casa.

Al decirle Juan lo que el jardinero le indicara, fué también de la misma opinión de su mayordomo.

El pobre Vicente no se había visto jamás con cien duros reunidos y lógico era que al encontrarse de buenas á primeras con trescientos, le pareciera aquello una fortuna y quisiera disfrutarla.

En cuanto á la verdad, como hemos dicho, no se le podía ocurrir.

Al día siguiente de haberse marchado el jardinero, presentóse en casa del marqués, un viajero cuyo aspecto no demostraba ser persona capaz de alternar con el marqués.

Sin embargo al recibir éste, la tarjeta que aquél entregara á uno de los criados, exclamó vivamente:

—¿Quién ha traído esta tarjeta?

—Un hombre que está esperando en la puerta del jardín.

—¿Cómo en la puerta del jardín?—exclamó con acento iracundo el marqués.

—Como el señor tiene dada orden...

—¡Imbéciles! Esa orden no reza más que para las personas á quienes no conozco.

—Es que esa persona no ha dicho que conocía al señor marqués.

—Está bien; anda y que entre en seguida.

El criado se apresuró á cumplir la orden de su señor.

Momentos después, el viajero penetraba en la estancia del marqués.

Este, miró con extrañeza en el primer momento al recién llegado y despidió con un gesto al criado que se había quedado en la puerta.

Entonces el desconocido se arrancó la barba gris y la peluca que llevaba.

—¡Carlos!—exclamó el marqués reconociéndole sin duda.

—¡Querido Federico! aquí me tienes desesperado,—repuso Carlos, puesto que ya sabemos su nombre, abrazando al marqués.

—¿Quién demonios te había de conocer así!—dijo éste.—Vamos, ven aquí, siéntate y dime por qué estás desesperado.

—Es muy largo de contar.

—¡Pero chico, si yo te creía en Londres!

—Y todo el mundo me cree allí también.

—¿De modo que aquí has venido de oculto?

—Sí.

El marqués fijó una mirada escrutadora en su interlocutor.

Después le preguntó:

—¿Sabes ya la muerte de tu tío?

—Ya lo creo.

Y el acento con que Carlos pronunció estas palabras, tuvo una vibración tal, que el marqués pronunció en voz baja.

—¡Qué! ¿Acaso?...

Y sin duda Carlos debía comprender lo que su amigo le preguntaba, porque se apresuró á decirle:

—¿Tienes confianza en la gente que te rodea?

—Ya lo creo. Pero de todos modos bueno es que nos aseguremos.

Y el marqués se levantó, dirigióse á las dos puertas que había en la estancia, penetró en las habitaciones contiguas, cerró las puertas que en aquéllas había y de este modo estuvo seguro de que nadie podía escucharles.

Una vez reunido con su amigo, le dijo:

—Ahora ya puedes hablar con entera confianza.

—Te aseguro que he llevado una época... Si no me hubieras sacado de *Clichy*, creo que todavía estaría allí.

—Y si no fuera más que eso. Mucho me debes, mucho.

—No lo olvido, Federico, por esa razón quise abreviar el pago de nuestras cuentas.

—De modo que la muerte del duque...

—Es toda una historia.

—Supongo que será... como tuya.

—Como nuestra, porque tus relaciones con mi tío, también me parece que...

—Sí, tienes razón; todo lo que se refiere á esa familia, tratándose de nosotros, lleva el mismo carácter. Pero vamos, cuéntame.

—¿Tú te acuerdas de Gontrán?

—¡Ah! sí. Aquel bribón que encontraste en Londres.

—Es un muchacho muy inteligente.

—Le tienes á tu servicio ¿eh?

—Ya lo creo; y él es quien me ha arreglado el negocio de mi tío á las mil maravillas.

—¿Pero tú estabas en el palacio del duque?

—No. Déjame que te cuente...

—Habla, habla.

—Figúrate tú que Gontran siempre me estaba diciendo que era necesario dar el golpe de una vez, toda vez que el tío se empeñaba en vivir demasiado y podía hacer el demonio que se arrepintiese de lo que había hecho con su mujer ó que ésta procurara rehabilitarse y de la noche á la mañana se presentaran las chiquillas y todas nuestras esperanzas se las llevara el demonio.

—Ya te contaré yo sobre eso algo. que te ha de tranquilizar.

—Yo no me decidía, porque al fin y al cabo, aun cuando él estaba reñido conmigo, yo no podía olvidar que le debía mucho.

—Escrúpulos necios que han podido costarte muy caros si yo no me hubiera mezclado en tu juego.

—¡Tú!—exclamó Carlos sorprendido.

—Yo, sí; pero continúa.

—Finalmente tanto me habló Gontrán, que le dí carta blanca para obrar.

—¿Y qué hizo?

—¡Toma! nos vinimos aquí y aprovechando la afición que mi tío sabes tenía á los caballos, consiguió entrar en la casa para organizarle la caballeriza, y como el maldito sabe de todo, compuso una droga y el caso fué que á los dos meses reventó mi tío.

—¿Pero tú dónde estabas?

—Yo, en Arévalo.

—¿Y en todo ese tiempo no tuvo ocasión de verte?...

—No, porque apenas me presentaba en ninguna parte, dándome aires de escritor extranjero que andaba buscando datos para una obra; y entre el archivo municipal y el parroquial me pasaba los días sin ver á nadie y perfectamente disfrazado para que no se me pudiera reconocer.

—¿Y por qué desde el momento en que ha muerto el tío no te presentaste ya?

—A eso voy á parar precisamente. La droga que Gontrán había compuesto, producía un efecto seguro, aun cuando lento; pero desde el momento que había fallecido la persona que la tomaba, comenzaban á mostrarse en el cadáver señales tan determinadas, que estaban denunciando la existencia del veneno.

—¡Demonio! ese si que es un mal gravísimo.

—Pues en eso pensamos también y tratamos ya de evitarlo.

—¿Cómo?

—Sustituyendo el cadáver de mi tío con otro que hubiera fallecido de una muerte natural, y que poco más ó menos viniera á reunir unas condiciones físicas parecidas á las suyas.

—¡Atrevido era el recurso!

—Pues chico, salió á las mil maravillas. Por medio de mis relaciones con el cura, llevaba el alta y baja de todos los enfermos que había en el pueblo y tres días antes de que muriese el duque, falleció el albeitar, que por una casualidad venía á tener casi su misma estatura y sus carnes, su misma barba gris y su cabello que ya comenzaba á blanquear.

—¿Y cómo demonio hicisteis el cambio?

—Cuando murió mi tio, fué el ayuda de cámara á Avila acompañado de Gontran para encargar el ataud y lo dejó ya pagado. Supe yo por Gontran esto y me presenté en la casa donde se hacía el ataud para encargar otro; fingí que me llamaba la atención el que estaban construyendo y lo encargué igual. Ví la forma que tenía la placa que llevaba sobre la tapa y lo que en ella decía, é inmediatamente me fuí á ver un platero y le encargué una semejante. El ataud para mi tío, salió aquella misma tarde de Avila y al día siguiente me llevaba yo el mío, perfectamente acondicionado en una gran caja de madera.

—¿Y nadie advirtió en Arévalo el objeto de que eras portador?—preguntó el marqués que escuchaba con profunda atención el relato de su amigo.

—En primer lugar, la casa que yo habitaba estaba en las afueras de la villa; en segundo no tenía á nadie en ella, porque únicamente una mujer de la vecindad, anciana ya, venía todos los días á arreglarme la casa, marchándose por la noche; así fué que á nadie le sorprendió mi llegada con la caja, que dije al conductor que estaba llena de libros.

—¡Vamos, veo que todo lo habías pensado bien!

—Ya lo creo.

—¿Y cómo salió el negocio?

—Perfectamente. Aquella misma noche entre Gontran y yo, sacamos el ataud, lo llevamos al cementerio que, como tú sabes, tiene una tapia que se puede saltar muy bien, sacamos el cadáver del albeitar, lo metimos en él y recogiendo la caja en que había estado, yo mismo me la llevé á mi casa y la quemé en el hogar.

—¡Pero el cadáver del veterinario!

—Se quedó en el nicho que tenía hasta la noche siguiente, en que teníamos determinado hacer el cambio.

—¡Demonio y que arriesgado me parece todo eso!

—Ya lo creo; pero no había más remedio. Habíamos adelantado mucho para retroceder y era preciso llegar hasta el fin.

—¿Y llegasteis?

—A la noche siguiente con toda felicidad se verificó el cambio.

—¿De modo que el cadáver del albeitar?...

—Está reposando tranquilamente en el suntuoso panteón de los duques del Solar.

—¿Y el de tu tío?

—Aquí llega lo incomprensible y lo que me tiene verdaderamente aturdido.

—Explícate, porque escuchándote casi casi vas poniéndome en cuidado también.

—Yo lo había preparado todo de manera que, al sacar el cadáver del duque, se le pudiese llevar á un lugar á propósito donde nadie pudiera encontrarle, hasta el momento en que con toda calma pudiera llevármele á casa y pensar la manera de hacerlo desaparecer.

—¿Es decir que le buscaste otro enterramiento provisional?

—Justo. En un bosque situado lejos de la carretera, por donde no pasa nadie y por donde podía tener la seguridad de que no se había de descubrir.

—¿Y qué?

—Todo se realizó conforme yo esperaba. El ataud de mi tío, entre Gontran y yo, le llevamos á la zanja que ya estaba preparada, se dejó el terreno tan bien arreglado que no era posible que nada se advirtiese y me volví tranquilo á mi casa muy cerca ya de amanecer, á fin de prepararlo todo para hacer la traslación de aquel féretro encerrándole en una habitación que yo mismo había ideado, consistente en un doble tabique cuyo boquete había de cubrirlo un mueble que tenía en mi aposento.

—¿Y qué?

—La primera noche, no me fué posible ir, porque no me encontraba bien dispuesto; pero figúrate tú cual sería nuestro asombro, cuando á los dos días llegamos al sitio donde nosotros mismos habíamos dejado el féretro y nos encontramos con que había desaparecido de allí.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó el marqués dando un respingo.

—Lo que oyes.

—¡Pero eso es horrible!

—Tal nos pareció; y no puedes imaginarte los deseos que tenía de que amaneciese para tomar lenguas respecto á aquel suceso y saber lo que se pensaba en la villa sobre él.

—¿Pero cuándo sucedió eso?

—Hace ya cinco ó seis días.

—¿Qué dices?

—Lo que oyes. Y lo pasmoso es que ni autoridades

ni nadie absolutamente, han debido tener noticia de ello; porque tú que sabes lo que son pueblos, si algo se hubiese sabido, no quiero decirte la polvoreda que se habría levantado.

—Pero hombre, ¿te has estado con toda esa calma durante tantos días?

—¿Qué querías que hiciese? Yo, lo primero de todo, quería conocer la verdad, quería cerciorarme de si se ocupaban en buscar al autor ó autores de aquella profanación y únicamente cuando he tenido que convencerme de que nadie sabía nada y que, sin embargo, el ataud de mi tío había desaparecido de allí, ha sido cuando me he decidido á venir á verte.

El marqués del Pino no pudo menos de quedarse sumamente pensativo.

Al cabo de un rato, dijo:

—¿Y tú no sospechas?...

—¿De qué, ni de quién?

—Hombre parece mentira que no se te ocurran ciertas cosas. Yo, en tu lugar, ya hubiera sospechado de Gontrán.

—¿De Gontrán?

—Justo. Gontrán es muy sagaz y ¿quién te dice á tí que no ha pensado en adquirirse un arma para imponerte su voluntad el día que entres en posesión de la herencia de tu tío?

CAPITULO XX

La resolución de Carlos

LAS palabras del marqués, no dejaron de producir su efecto en Carlos.

No se le había ocurrido sospechar de Gontrán.

Era un hombre que había tomado á su servicio sabiendo realmente lo que valía; y hasta entonces no le había dado lugar á sospecha ni á temor de ninguna especie.

Sin embargo, la verdad era que el acontecimiento de que se trataba, reunía caracteres muy distintos de todos aquellos en que hasta entonces habían estado jugando uno y otro.

El marqués prosiguió:

—Lo que yo te digo es, que encuentro tan extraordinario lo que me estás diciendo, que si no ha sido Gontrán, no acierto á explicarme quién pueda haber sido.

—Vaya, resueltamente yo tengo la seguridad de que no ha hecho semejante cosa. Sobre todo ¿qué había de hacer con el cadáver? ¿No comprendes que cualquier acusación que intentara había de volverse en su contra? ¿Quién había asistido al duque? Tenerle en su poder, era conservar una prueba acusadora de su conducta. No, no, por ningún estilo; él no ha sido.

—¿Pues entonces, quién?

—Esa es la incógnita que no acierto á despejar y para eso es para lo que he venido á hablar contigo.

—Un poco tarde lo has hecho, porque lo lógico era que desde el principio, me hubieses consultado lo que pretendías.

—Ya te he dado mis razones.

—Razones que no son admisibles. ¿No ves que nos conocemos? Tú has querido ocultarte de mí para sacar el mejor partido posible de la situación y mira tú por donde te se ha impuesto ésta, de modo que no has tenido otro remedio que venir.

—Pero he venido.

—Obligado por la fuerza.

—Obligado por lo que quiera que sea. El caso es que aquí estoy.

—¿Y qué es lo que pretendes?

—Que me aconsejes lo que debo hacer.

—¿Cómo lo que debes hacer?

—Ya estás enterado de todo; y si crees que es conveniente que me presente á reclamar mi herencia...

—Pues es natural; eso ya debías haberlo hecho.

—Estaba en la incertidumbre respecto á la desaparición de ese ataud.

—Y aun cuando se hubiera encontrado ¿qué tenías

tú que ver con eso? No sería más ni menos que un crimen que deberías perseguir y nada más. ¿Quién podía sospechar de tí que estabas en Londres?

—Ya lo creo, como que allí me han enviado el aviso del fallecimiento de mi tío.

—Pues nada, nada; abandona la casa en que vives ahora, dí que has terminado tu misión y que te vuelves á tu país, y á los dos tres ó días te presentas con tu verdadero carácter.

—¿Crees que no habrá peligro.

—¿De qué? Si ese peligro existiera ya se habría presentado; porque tú comprenderás muy bien que las noticias en una localidad reducida, circulan rápidamente y bien que fueran particulares los que hubiesen encontrado el féretro, bien que el asunto estuviera en poder del tribunal, ya se sabría.

—¿Y no te asusta ese mismo silencio?

—Sí que es muy extraño.

—Yo lo encuentro tanto, que tú que sabes muy bien que no tengo nada de asustadizo, comprenderás la gravedad que doy al negocio diciéndote que tengo miedo.

—Y el caso es que el que lo haya encontrado, no comprendo la idea que pueda llevarse con ese silencio.

—Ahí está la razón de mi temor y de ahí nace mi consulta, porque imagínate que al presentarme yo, no se me presente también el individuo ó individuos que hayan tenido el encuentro.

—Y aunque eso sucediera ¿qué? ¿Podías tú ser responsable de un crimen cometido sabe Dios por quién, durante tu ausencia?

—Eso sí que es verdad.

—Nada, nada, para mí debes presentarte cuanto an-

tes. Por todos estilos te es conveniente. Las situaciones ambiguas á nada conducen, es preciso despejarlas por completo.

—No sé por qué me figuro que tenemos enemigos ocultos en la sombra.

—Mejor que mejor. Así no tendrán otro remedio que presentarse.

—En fin; haré lo que dices.

—Para mí, es el único recurso que te queda. De este modo los enemigos, si realmente existen, no tendrán otro remedio que presentar la batalla.

—¿Pero qué enemigos pueden ser? porque como no se trate de Emilia...

—¡Oh! no. Lo que es Emilia ten por cierto que no ha de hacerte daño alguno.

El acento del marqués al pronunciar estas palabras adquirió una expresión tal de convicción y seguridad, que Carlos no pudo menos de decir:

—¡Qué! ¿sabes tú algo de ella?

—Ya lo creo; y aun algos. No sólo no puede hacerte daño alguno, ni á mí tampoco, sino que hasta los documentos que pudieran comprometer tus derechos, todos ellos obran en mi poder.

—¿Qué estás diciendo?

—¿No recuerdas que te dije antes, que cuando tú acabaras, tenía yo que decirte algo?

—Sí; y te referías á...

—A Emilia y sus hijas.

—¿Las has visto?

—Todas ellas han muerto.

—¡Federico!

—Remedio eficaz cuando se trata de librarse uno de

seres que le estorban. ¿No es eso lo que tú has hecho con tu tío?

Cárlos inclinó la cabeza sin contestar.

No podía reprender á nadie, quien se había hecho culpable de otro crímen.

—Cuéntame, cuéntame.

—Pues nada, la casualidad las colocó en mi camino y yo me aproveché de la casualidad. Esto es lo único que ha pasado.

—Pero hombre, dame detalles sobre ese suceso de tamaña importancia.

El marqués refirió á su amigo en breves palabras como las niñas se habían presentado en su casa en demanda de auxilio, como se había enterrado á Emilia en el cementerio de Avila como una mendiga llamada Emilia de San Juan, según habían dicho sus hijas, y como, finalmente, había encargado á Juan y á su jardinero que le libraran de la enojosa presencia de aquellas criaturas.

Con profunda atención estuvo escuchándole Carlos.

Y cuando hubo concluido, le tendió la mano diciéndole:

—Chico, te has portado...

—Creo que los dos hemos hecho todo lo que hemos podido.

—Uno y otro hemos permanecido fieles á nuestro tratado.

—Ahora veremos cómo cumples lo más importante de él.

—Que es, la cuestión de intereses.

—Justamente.

—Lo que es en ese terreno no creo que tengamos dis-

cusión alguna, porque bien claro lo acordamos. La posesión de Arévalo y todos los bienes que radican en la provincia de Avila, para tí. El palacio de Madrid y las posesiones de Andalucía para mí.

—Así es; pero como que con posterioridad tú sabes que te he prestado nuevos servicios y...

—También te dejo para eso todas las riquezas que hay en la magnífica posesión del Solar que ya sabes lo mucho que vale.

—En fin; de eso ya hablaremos cuando llegue el caso.

—Desde luego, que por asunto tan baladí no puede ni debe resentirse nuestra buena amistad.

—Yo creo que no. ¿Conque quedamos en que de aquí tres ó cuatro días, habrás desalojado tu casa de Arévalo y te habrás presentado oficialmente?

—Si tal.

—¿Tienes todos tus documentos en regla, pasaportes, medios de probar tu existencia en Londres durante toda la enfermedad de tu tío, etc. etc.?

—Todo.

—Pues en ese caso, y si me quieres creer, aunque te cueste algún dinero, debes venir, cuando menos, desde Madrid directamente aquí y vienes á esta casa y te anuncias ya con tu verdadero nombre.

—Haré más.

—¿Qué?

—Mañana salgo de Arévalo, dentro de tres días estoy en Londres, desde allí expido dos telegramas, uno para tí y otro para el mayordomo de mi tío y dentro de ocho días estoy aquí.

—Menudo viaje vas á hacer, me parece que vas á llegar reventado.

—No hay más remedio; ese es el medio mejor de justificar mi estancia en Londres.

—Eso sí.

—Por lo tanto, te dejo ahora porque tengo mucho que hacer todavía si quiero coger mañana el tren.

—Pues no te detengas.

Los dos amigos se estrecharon la mano, y poco después Carlos montaba en el caballo que había dejado junto á la verja del jardín, alejándose por la carretera que conducía á Arévalo.

CAPITULO XXI

Que efecto le produjo al marqués la carta de Vicente

Después que hubo salido Carlos, el marqués del Pino comenzó á pasearse por la estancia, murmurando:

—Más grave de lo que cree Carlos es lo de la desaparición del féretro del duque; porque cuanto más pienso en ello, lo encuentro mucho más extraño. El no sospecha de Gontrán y para mí es indudable que ahí precisamente es donde estriba todo.

Después de estas palabras volvió á sentarse, y sepultando la cabeza entre sus manos, permaneció largo espacio en actitud reflexiva.

Cuando salió de ella, fué para tocar el timbre diciendo al criado que se presentó:

—¿Está en casa, Juan?

—Sí, señor.

—Pues dile que entre.

El criado abandonó la estancia.

Momentos después, el mayordomo llegó á la habitación de su señor.

—¿Me ha llamado el señor marqués?—dijo.

—Sí. Cierra esa puerta, que necesito hablar contigo.

Obedeció Juan y cuando estuvo cumplimentada la orden de su amo, éste le interrogó diciéndole:

—¿Tú sabes donde está la posesión del duque del Solar?

—Ya lo creo.

—¿Conoces á los criados?

—No, señor; pero ya sabe el señor marqués que si algo le interesa...

—Y tanto.

—Pues no tiene más que decirme el señor marqués lo que quiere, y quedará complacido.

—Entre los criados que tenía el difunto duque, hay un francés llamado Gontrán, muy entendido en caballos, razón por la cual el difunto duque le profesaba gran estimación.

—¿Y qué desea usted de él?

—Necesito conocer lo que hace; que no se le pierda de vista ni un momento y que se me tenga al corriente de los lugares que frecuenta y de las relaciones que tenga.

—Pues de todo ello tendrá noticia exacta el señor marqués.

—Te advierto una cosa.

—¿Qué?

—Que el tal Gontrán es un bribón muy largo, tanto, que se pierde de vista, con que ya puedes comprender todo lo que debe hacerse para burlar su sagacidad.

—Descuide usted que si yo me propongo saber lo que hace ese hombre, no le ha de servir de nada toda su habilidad.

—Esta bien; pues desde mañana mismo necesito diariamente conocer lo que hace ese mozo.

—¿No quiere usted nada más?

—No.

Juan salió del aposento y el marqués murmuró:

—Este es un buen podenco y la gente que él ponga en persecución de Gontrán y el olfato suyo, han de decirme lo que yo necesito saber.

A la caída de la tarde, del día siguiente, Juan entró en la habitación de su señor.

Este al verle, le dijo:

—¿Qué ocurre de nuevo?

—El señor marqués me dijo que diariamente viniese á darle cuenta de lo que había adelantado respecto á ese Gontrán.

—¿Y has sabido algo ya?

—Sí, señor.

—¡Diablo! no te creía tan listo.

—El señor marqués me elogió tanto la habilidad, la destreza y la sagacidad de ese francés, que no he tenido más remedio que demostrarle que nada tenemos que envidiar los españoles á ese caballero.

—Veo que tienes amor propio, Juan.

—Es natural, señor.

—¿Y qué es lo que has sabido?

—Hasta ahora, nada de particular. Como las gestiones sucesivas no nos den más resultado, bien poco es lo que puedo decir al señor marqués.

—Pero vamos á ver, ese poco ¿á qué está reducido?

—Inmediatamente que usted me dió la orden, me marché con el Pito, ya sabe usted, Pepete, aquel granujilla que nos trajimos de Madrid hace dos años y que es listo como él solo.

—¿Y qué?

—Le dejé colocado cerca de la puerta principal, y yo me fuí á dar la vuelta por toda la posesión á fin de reconocer si tenía alguna otra salida.

—Ya lo creo. ¿No querías que una posesión como la del Solar, dejara de tener, no una, sino veinticinco salidas?

—Es que debo decirle á usted una cosa, señor. Que no por todas las puertas que pueda tener una posesión semejante, se puede salir.

—Ahora te entiendo.

—Yo necesitaba conocer cierta clase de puertas; y mire usted si estuve acertado, que al cabo de media hora de estar observando una de ellas, ví á mi buen Gontrán que salía sigilosamente de la casa, y emprendía el camino de Arévalo.

—¡Hola!

—Ya comprenderá usted que en seguida me puse á seguirle.

—¿Y dónde fué?

—A una casuca que hay fuera del pueblo, donde, según he sabido, vivía un extranjero que precisamente hoy mismo se ha marchado.

—¡Y ese extranjero!

—Parece que es un escritor que andaba por aquí revolviendo papelotes.

—¡Ya! ¿Y qué hizo Gontrán en la casa de ese señor?

—Ya comprenderá usted que eso era difícil de averi-

guar, pero es indudable que uno y otro debían estar en inteligencia, porque el criado no llamó á la puerta, si no que hizo una señal, é inmediatamente se abrió aquélla, y sin decir una palabra, entró mi hombre y allí permaneció cerca de dos horas.

—¿Y después?

—Después, y con las mismas precauciones usadas para entrar, volvió á salir y se dirigió resueltamente hacia su casa.

—¿Y hoy?

—Hoy, como he dicho al señor marqués, he averiguado quién era el individuo en cuya casa estuvo Gontrán, y he sabido que vendió esta mañana los pocos muebles que tenía y que se ha marchado á Burgos, según me han dicho, á proseguir sus investigaciones.

—¿Y Gontrán?

—Hasta la hora en que el Pito vino á relevarme, no ha salido de su casa.

—Mucho cuidado sobre todo con que ese mozo no se aperciba de la vigilancia de que es objeto.

—Ya puede usted comprender que no seré yo tan tonto que le dé lugar á que sospeche.

—¡A veces!...

—Sí, se comete una imprudencia. Pero vamos, ya estoy curado de espanto. Veremos esta noche si sale y dónde va.

—Lo que has de hacer es fijarte en si por casualidad la casa en que vivía ese individuo á quien fué á visitar Goutrán, está desalquilada.

—Ya está hecha esa averiguación. Sí, señor, lo está.

El marqués se encogió de hombros como significando que no comprendía cómo podía ser aquello.

Juan le dijo:

—Parece que el señor marqués tiene gran interés en ese asunto.

—Mucho; y por eso quisiera conocer con toda exactitud los pasos que da ese hombre.

—Pepete es un sabueso muy fino y yo, aunque me esté mal el decirlo, no soy tampoco de los lerdos.

—Pues averigua, Juan; averigua porque te digo que la cosa interesa más de lo que parece.

El mayordomo abandonó la habitación de su señor y poco después recibía la carta de Vicente, participándole su resolución de abandonar la casa del marqués.

—¡Vaya!—exclamó después que hubo leido la carta,—éste se ha espantado sin duda y ha querido retirarse con sus ganancias. En fin, vaya con Dios; será cuestión de buscar otro jardinero.

Y tropezando con su amo, que en aquel momento cruzaba de una habitación á otra, le dijo:

—¿Sabe usted, señor marqués, que tenemos que buscar otro jardinero?

—¿Qué dices?—preguntó el marqués.

—Vicente parece que ha encontrado otro acomodo mejor.

Federico frunció el entrecejo.

—A ver, á ver; explícame eso un poco más, porque francamente no lo he entendido bien.

—Mire usted la carta que acabo de recibir.

Y entregó al marqués la carta que, como vimos, escribió Vicente al salir de Avila.

Con profunda atención estuvo leyéndola el marqués.

Y su frente íbase arrugando mucho más, hasta que dijo por fin:

—¡Hé aquí una cosa incomprensible!

—No lo veo yo así,—repuso el mayordomo.—Entre estar de jardinero ó encontrarse al frente de una posesión rural, y más ahora que tiene algún dinero, no es dudosa la elección.

—¿Es decir que no ves más que eso?

—Nada más.

—Pues ven y hablaremos.

CAPITULO XXII

Cálculos que no dejaban de tener algún fundamento

Con la carta en la mano y profundamente pensativo, seguido de Juan, dirigióse el marqués á su habitación.

El mayordomo iba pensando:

—¡Qué demonio de complicación habrá surgido ahora! Como este hombre no habla claro nunca, no puede uno saber á qué atenerse. En fin; veremos lo que dice.

El marqués comenzó á pasearse por el aposento, volvió á leer la carta y dijo, dirigiéndose á Juan.

—De modo que tú crees natural la acción de Vicente.

—Tanto como natural, no, señor; pero me lo explico por las razones que antes dije.

—Pues no es eso.

—¡Cómo! ¿Sabe usted alguna cosa?

—Yo no sé nada; pero desde luego apostaría, que no ha sido por lo que dices la marcha de Vicente.

—Puede que le haya tomado miedo á lo sucedido.

—¡Miedo!

—Cuando no se está acostumbrado á ciertas cosas...

—¿Tenías confianza en Vicente?

—Ya lo creo; pues si no ¿cómo quiere usted que yo me hubiese comprometido?

—Pues á mí no me inspira ninguna.

—No sé en qué se fundará usted.

—Ese hombre, si no nos ha hecho traición, está á punto de hacérnosla.

—¿Por qué?

—¿Quién dió muerte á las chicas?

Juan no pudo menos de inmutarse.

Le cogió tan de improviso la pregunta de su amo, que durante algunos segundos, no supo qué contestar.

—¿No has oído lo que te he dicho?—preguntóle nuevamente el marqués.

—Sí, señor.

—Como no contestas...

—Según creo que le dije á usted, él se encargó de una y yo de otra.

—¿Pero tú le viste?...

—Pues no faltaba más sino que yo no viera por mis propios ojos lo que tanto me interesaba.

—De todas maneras no tengo confianza ninguna en ese hombre.

—No sé por qué.

—Y tan no tengo confianza que hasta creo que tendremos necesidad de deshacernos de él.

—¡Señor marqués!

—Somos demasiados ya en este asunto, y lo mejor es ir eliminando á los que nos pueden estorbar. Ahora siento no haber yo evacuado esa diligencia por mi mismo.

—¿Pues acaso el señor duda de mí?

—De tí no puedo dudar porque tienes tanto interés como yo en que nada se descubra. Por supuesto que en tí, más que este interés, obra el del temor que me tienes.

Por los ojos de Juan, aun cuando rápido, pasó algo como un relámpago de indignación, diciendo con acento un tanto forzado:

—Tantas veces me ha dicho eso el señor marqués, que, francamente, parece como que está pendiente siempre sobre mí la espada de la ley.

—Si no la espada de la ley, al menos mi castigo.

—Pero el señor marqués ha de tener presente que en todos los delitos cometidos hemos sido cómplices.

—¿Y qué quieres decirme con eso?—preguntó con altanería Federico.

—Nada, nada, sino que siendo culpables los dos, por las mismas razones, siempre me amenaza el señor marqués con que me tiene en su poder.

El marqués miró profundamente á Juan, que sostuvo valientemente aquella mirada.

Después le dijo fríamente:

—Es necesario encontrar á Vicente á todo trance.

—¿Para qué?

—Para asegurarnos de si lo que ha dicho es cierto. Si no tuvieras la inteligencia tan torpe, comprenderías que hay algo muy extraño en el proceder de ese galo-

pín. Envía primero á su mujer y á sus hijos, se marcha él después con el engaño de que iba á volver dentro de un par de días, y ahora nos sale con esa carta. Además, ha ocurrido un incidente que tú podrás no unirle pero que yo le enlazo con esto y te digo que es preciso observar la conducta de ese hombre.

—Pero... ¿á qué suceso se refiere el señor marqués?

—Ven aquí y escucha.

Juan se aproximó á su señor, y éste le dijo en voz baja:

—Ya viste que esas chicuelas eran hijas de Emilia y del duque del Solar.

—Sí, señor.

—Pues hace unos cuantos días que el duque murió.

—Lo sé también.

—Pero lo que tú no sabrás es, que el duque no murió de muerte natural.

—Ya; y por esa razón me está usted haciendo que espíe á ese Gontrán.

—Puede que sí.

—¿Cree usted acaso que ese hombre haya sido el causante de la muerte del duque?

—No solamente lo creo, sino que lo sé de cierto.

—¿Pues y que interés tenía él?

—Gontrán es el ayuda de cámara, confidente ó cómplice de Carlos de Figueroa.

—¡Acabáramos!

—El cadáver del duque, como que ofrecía señales del veneno que produjo su muerte, se extrajo del panteón por Carlos y por Gontrán, depositándolo en un sitio seguro para recogerle después y borrar por completo las huellas de lo ocurrido.

—No estaba mal pensado.

—¿Qué había de estarlo? Pero el caso ha sido que sin saber cómo ni cuándo, el cadáver ha desaparecido.

—¿Qué dice usted?

—Lo que estás oyendo. Y como eso ha sido hace dos ó tres días y ese mismo tiempo hace también que se ha marchado Vicente, ¿por qué no podría tener relación lo uno con lo otro?

Tocóle su vez á Juan de quedarse pensativo.

Realmente no le faltaba razón á su amo.

Aquella era una coincidencia extraña que aun cuando él no creía en la realidad del enlace de un hecho con otro, de primer momento al menos, sorprendía.

—Ahora figúrate tú,—prosiguió el marqués,—si ese hombre no dió muerte á la chiquilla, si se ha ido á casa del duque, se ha enterado de su muerte, y la criatura le ha dicho algo respecto á lo que su madre le confiaría indudablemente, y hétenos aquí en un conflicto.

—Permítame el señor marqués que le diga que ve las cosas, á mi juicio, con cristales de aumento.

—Pues mira: sea con cristales de aumento ó de disminución, el caso es, que todo esto me parece muy extraño y que es menester descubrir esas incógnitas á fin de saber á qué atenernos.

—Por mi parte, puede usted estar seguro que no sospecho nada de Vicente.

—¡Fíate de la virgen y no corras! Es menester que no tengas tanta confianza y que observes más.

—Me parece que hasta ahora no tiene usted queja ninguna de mí.

—¡Quién sabe!

—He hecho cuanto usted me ha dicho.

—Pues si dispuesto estás á hacer lo que te diga, por si es criminal ó inocente, es menester que ese jardinero no nos pueda inspirar temor de ninguna especie, ¿comprendes?

—Vamos, señor marqués; permítame usted que le diga lo que ya le indiqué, cuando se trataba de las niñas. Hay cierta clase de crímenes que los juzgo completamente inútiles.

—Lo que debes hacer es reservarte tus juicios para cuando te los pidan.

—Es que como se trata también de mi cabeza...

—De esa es de la única que se trata,—repuso el marqués con cinismo,—que ya comprenderás que aun cuando algo se descubriese, no sería á mí á quien habían de coger.

—Pues no lo pasaría usted muy bien,—repuso Juan, irritado por las palabras de su señor.

—¿Querrás acaso compararte á mí?

—Precisamente esa comparación es la que yo he buscádo únicamente para estos asuntos.

—¿Qué?

Y el marqués fijó una mirada escrutadora en el semblante de Juan.

Este comprendió inmediatamente que había cometido una imprudencia.

Y no pudo menos de inmutarse y esta impresión la sorprendió su amo.

—He querido decir, señor,—se apresuró á decir el mayordomo, á fin de remediar la imprudencia cometida, —que no he creído nunca que usted pudiera dejarme abandonado en el caso de que la suerte viniera mal.

—Si por imprudencia tuya sucediera semejante cosa,

ya lo creo que te dejaría. Quien me sirve bien, puede tener la seguridad de que no he de abandonarle, pero si por el contrario se me sirve con torpeza ó se trata de burlar mi confianza, en ese caso ya sé lo qué tengo que hacer.

—Como de mí no tiene usted queja alguna...

—Pues evita que la tenga para lo sucesivo. Por de pronto, á vigilar á Gontrán y á averiguarme que se ha hecho Vicente.

—Está bien, señor.

CAPITULO XXIII

Casualidades

CUANDO Juan salió de la habitación de su señor, se quedó mirando hacia la puerta por donde aquél había salido, diciendo:

—Milagro será que este truhán no pretenda jugarme alguna. Se le ha escapado una palabra que ha llamado mi atención y aun cuando ha querido enmendarla, el caso es que la frase, dicha se ha quedado y yo la he recogido. Hay que ir con piés de plomo con esta gente; yo he tenido que fiarme de él y no tendrá nada de particular que él se crea ya con armas suficientes para imponérseme. ¡Pobre necio! No comprende que estoy acostumbrado á quebrar varas más fuertes que la suya.

Y el marqués permaneció largo tiempo pensativo.

Tenebrosas ideas debían de cruzar por su imaginación, toda vez que lo fruncido de su entrecejo y la sombría expresión de su mirada, lo estaban demostrando.

—Es preciso,—murmuró,—que esté muy sobreaviso y vigile á este hombre. ¿Si todo lo que ha pasado no será más que un plan combinado entre éste y el otro?... Cuidado, marqués, cuidado, porque las cosas podrían enredarse de tal modo que dieran al traste con todos mis planes y... Juan sabe ya demasiado; yo he tenido que franquearme con él por efecto de los mismos asuntos de que le he encargado y... Nada, nada; es menester cortar por lo sano; á grandes males, grandes remedios. Que me descubra el paradero de Vicente, que después ya me libraré yo también de él.

Todas las pesquisas de Juan durante dos ó tres días referentes á Gontrán, no dieron resultado alguno.

Apenas salía del palacio del Solar y si lo hacía era para llegarse á Arévalo paseando los caballos del difunto duque, deteniéndose en algún establecimiento de la población y regresando después á su casa, sin que pudiera encontrársele en su proceder nada sospechoso.

Cuando el marqués supo todo esto, pensó:

—Pues señor, necesario es buscar otra pista porque, sin duda, esta no era la exacta. Si Gontrán hubiese sido el autor de la sustracción, lo lógico era que se hubiese aprovechado de la ausencia de su amo para obrar con alguna libertad. ¿Pero quién diablo puede haber sido el autor de eso?

Y el marqués cada vez estaba más preocupado.

Realmente tenía motivos para ello. Aquella desaparición del cadáver del duque, y sobre todo, el silencio que la había seguido, eran tan sospechosos, que con mucha justicia le inspiraban temor.

—Aquí, no tiene duda,—decía en algunas ocasiones, —aquí hay enemigos que son mucho más temibles, por

lo mismo que están ocultos. Pero ¿quiénes son esos enemigos? Esto es lo que yo no acierto á pensar.

Cuatro días habían transcurrido desde la marcha de Carlos, cuando el marqués le dijo á Juan.

—No hay necesidad de que continúes vigilando á Gontrán.

—Está bien, señor. Haré que el Pito se vuelva á casa y yo, si á usted le parece, me ocuparé de Vicente.

—Creí que ya habías hecho algo.

—Como no tengo el dón de estar en dos sitios á la vez,—repuso descaradamente Juan,—no era posible que averiguase nada.

—Pues á ver si tienes más fortuna ahora que no has tenido antes.

—Me parece que siempre he hecho lo que he podido.

—Y yo te he pagado conforme has merecido; de modo que estamos por esa parte en paz; aun cuando siempre me quedarás á deber tu salvación en el asunto de marras.

—Es que aquella salvación, señor marqués, ya que á ese terreno llegamos, la hizo usted con su cuenta y razón. Usted necesitaba un hombre de toda confianza, un elemento que realmente le sirviera y por esa razón hizo usted lo que hizo, de modo que harto pagado está aquello, con todo lo demás que ha venido después.

El marqués no pudo menos de morderse los labios lleno de ira.

—Pero si tu insolencia,—dijo con acento colérico,—llega á agotar mi impaciencia, fácil es que vuelva á abrirse tu causa.

—Eso no lo hará el señor marqués, porque...

—¿Por qué? vamos, acaba.

—Porque debe apreciar mucho los servicios que le he prestado,—repuso Juan, conteniendo las frases que estaban á punto de brotar de sus labios.

Federico aparentó aceptar aquella explicación y dijo:

—Ya estás tú buen truhán; de ese modo me engañas.

—Yo digo la verdad; usted me aprecia y yo, ¿por qué lo he de negar? también le quiero y por nada del mundo dejaría una casa donde tan bien me encuentro.

—Pues demuéstrame ese afecto, buscando á Vicente.

—¿Y si lo encuentro?

—Hazle callar para siempre.

—Señor marqués, ya sabe usted lo que le he dicho.

—¿Qué?

—Que la sangre deja huella.

—Pues ahí está la habilidad; en hacer las cosas de manera que no sea fácil descubrir el hecho y mucho menos al autor.

—Lo primero de todo, yo creo que es, que encontremos á Vicente.

—Sí por cierto.

—Y después que le hayamos encontrado, saber si realmente es culpable.

—Ya tiene culpa suficiente con saber lo que sabe.

—No comprendo.

—Ese hombre en el mero hecho de conocer la desaparición de las muchachas y de haber tomado parte en ella, constituye ya un peligro para nosotros.

—Cuidado, señor marqués, que partiendo de ese principio, yo también estoy condenado á muerte.

—¿Tú?

Y el marqués no pudo menos de palidecer compren-

diendo que efectivamente acababa de cometer una *pifia* con la apreciación que había hecho.

—Desde luego,—prosiguió Juan,—si porque Vicente nos ha servido, decimos que ha incurrido con un delito que merece la muerte, yo que tantas veces he servido á usted, que tantos secretos conozco y que, por lo tanto, tantos peligros represento, debo merecer también la muerte con mucha más razón que aquél.

—Vamos, vamos, déjate de sandeces y haz lo que te he dicho.

—Pero Vicente...

—Vicente estorba, de una manera ó de otra; pero si tantas consideraciones quieres tenerle, tú descúbreme su paradero que yo veré después lo que hago.

—Eso es distinto. Si usted quiere obrar por sí, obre en buen hora. Entonces me lavaré yo las manos como Pilatos.

—Te he dicho que te vas volviendo muy escrupuloso.

—Es que le voy tomando cierto cariño á mi pellejo, señor marqués.

—Pues cuando se llevan entre manos negocios como los nuestros, ese demasiado cariño al pellejo suele, aumentar el peligro. Reflexiona sobre eso y obra en su consecuencia.

Y con estas palabras puso el marqués término á aquella entrevista.

—Nada, nada,—dijo cuando Juan salió del aposento, —este cree que me tiene ya en su poder y es preciso que se convenza de que al marqués del Pino, no le sujeta ningún bribón. Ya hablaremos después.

Al mismo tiempo, también Juan murmuraba:

—Mucho cuidado es necesario que tenga con mi amo porque si Dios no lo remedia, hará conmigo lo que pretende que yo haga con Vicente. Por fortuna yo he sido más previsor y si me pierdo, me perderé arrastándole en mi caída. De todas maneras por lo que pueda suceder, procedamos con cautela.

Y se dirigió á su cuarto, recogió todos aquellos documentos que como sabemos tenía guardados bajo una baldosa en su habitación, y gran parte de la noche, se la llevó escribiendo.

Después guardó todos los documentos juntos, con lo que había escrito en un canuto de hoja de lata por el estilo de los que usan los licenciados, le ató perfectamente la tapa, lacró las junturas, y murmuró:

—Ahora vamos á buscar un sitio á propósito para esconder esto.

Aquella misma noche y bajo el pretexto de que iba á comenzar sus averiguaciones, abandonó la quinta del marqués y se dirigió hacia Arévalo.

—El caso es,—decía,—que yo necesito esconder esto donde no sea fácil que nadie lo encuentre, hasta el momento que sea necesario.

Cruzó la población, salió á la parte opuesta de ella, y siguiendo la carretera adelante, se detuvo ante la tapia de una magnífica posesión, diciendo:

—Ningún sitio más á propósito que al pié de esta tapia. Aquí hay una encina, única que existe en todo este lienzo, y esta es una señal infalible. Veinte pasos más allá hay un pozo seco que se halla casi en línea recta con la encina. Esta posesión, según he oído, se llama la casa de los Cipreses por los muchos que hay desde la entrada de la verja hasta el edificio. No sé quién la habita ahora,

pero no me importa tampoco; para mi objeto bastan estos datos.

Y se apeó del caballo que montaba, llegó hasta el pié de la tapia, ató el caballo á la encina que como había dicho muy bien era única en todo aquel espacio y valiéndose de un largo cuchillo de monte de que iba provisto, ahondó el espacio necesario para enterrar el cañon de hoja de lata.

Apisonó después perfectamente la tierra y seguro de que nadie podría percibirse de lo que acababa de hacer, volvió á montar á caballo y desandando el mismo camino que llevara antes, tomó la carretera de Avila, donde llegó, ya entrado el día siguiente.

Una vez allí, pidió en la posada donde se detuvo, recado de escribir.

Escribió una larga carta y después la cerró poniéndole siete sellos de lacre.

Hecho esto, sacó una tarjeta, la cortó por el centro después de haber escrito en ella un nombre y una vez practicadas estas operaciones, se informó en la misma posada, donde vivía el mejor notario de la población.

Una vez conocidas las señas de su casa, se dirigió á ella.

Precisamente la persona de que se trataba, no sólo era el mejor de la población, sino el que disfrutaba de una fama de honradez y de formalidad extraordinaria, en términos que era el que más negocios tenía en la ciudad.

Juan celebró una larga conferencia con él.

Cuando salió de allí, quedaba en poder del notario la carta y la mitad de la tarjeta, que, como dijimos, había cortado de un modo especial.

—Ahora,—dijo Juan, dirigiéndose de nuevo á la posada,—ya veremos si el señor marqués consigue burlarse de todo el mundo como hasta ahora. Que se guarde muy bien de intentar nada contra mí, porque entonces no le arriendo la ganancia.

CAPITULO XXIV

Como pueden descubrirse las cosas

IMPACIENTE se hallaba el marqués del Pino viendo que pasaban los días y que nada sabía respecto á Juan.

—Con tal,—decía,—que haya descubierto el paradero de Vicente y que se decida por inutilizarle, todo irá bien. Pero lo malo es, que no lo hará y que me pondrá en el caso de... por supuesto que en este caso, de una ó de otra manera, estaré siempre. Juan sabe ya demasiado; ha cobrado muchos bríos y es menester aplacárselos.

Cinco días después de haberse marchado, Juan regresó á la casa.

Al ver á su amo, le dijo:

—Señor marqués, siento infinito la inutilidad de todos mis pasos.

El marqués frunció el entrecejo.

—Ya me lo figuraba,—contestó.

—Vicente se conoce que no ha ido donde nos decía en la carta, ó si ha pensado ir, ha mudado de opinión después.

—¿Es decir que no hay tal posesión?

—Muchas posesiones hay por toda esa parte, pero Vicente no está al frente de ninguna de ellas.

—Está bien; dejémoslo, que ya veré yo lo que he de hacer.

Y con una sequedad extraordinaria, despidió al mayordomo, que salió de las habitaciones de su señor, murmurando:

—Tentado estoy por abandonar la casa del marqués. Le conozco lo suficiente para no comprender que bajo ese aspecto frío y seco, se esconde algún pensamiento no muy agradable para mí.

Y esta idea que se le ocurrió al mayordomo, le faltó resolución para llevarla á cabo.

Al día siguiente, llegó á la posesión del marqués, su amigo Carlos.

De los días que había indicado para realizar el viaje de ida y vuelta de Londres, habíase excedido en tres más que tuvo necesidad de emplear para exhibirse en algunos sitios y poder justificar en caso necesario su estancia allí.

—Conque, cuando quieras,—dijo al marqués,—podremos dirigirnos á la casa de mi tío.

—Cuando quieras.

—¿No has podido descubrir nada respecto á lo que te dije?

—Nada absolutamente; y te aseguro que he procurado informarme con algún cuidado.

—Es lo más extraño que se puede dar.

—Si no fuera más que extraño, querido Carlos, podría pasar todavía; pero aquí no hay extrañeza que valga; lo que hay es un peligro incierto, oscuro, sin que podamos precisar de donde parte ni el alcance que tiene.

—Te aseguro que hay momentos en que reflexiono sobre lo que ha pasado y me estremezco de terror.

—Pues aquí, por el momento, no podemos hacer otra cosa sino estar preparados para cualquier incidente que ocurra.

—Pero desengáñate, que por mucha precaución que podamos tener ha de sorprendernos siempre.

—Eso desde luego. Pero como que con lamentarnos nada hemos de conseguir, esperemos que sobrevengan los acontecimientos dispuestos á rechazarlos del mismo modo y forma con que se presenten.

Los dos amigos salían poco después en el carruaje que el marqués había mandado disponer, dirigiéndose hacia el palacio del duque del Solar.

El día antes, se había recibido en el palacio un telegrama fechado en Madrid donde había llegado Carlos, heredero del duque, cuyo telegrama había obligado al anciano mayordomo, jefe de la casa desde el fallecimiento de su señor, á dar las órdenes necesarias para que todo estuviese dispuesto para cuando llegase el nuevo amo.

En su consecuencia, los criados se apresuraron á limpiar todas las habitaciones, los jardineros á arreglar los paseos de los jardines, Gontrán á ocuparse de la caballeriza, y todos en fin á demostrar su actividad y celo por agradar al que consideraban ya como su futuro señor.

Había algunos criados que no veían con muy buenos ojos, como vulgarmente se dice, la llegada de Carlos.

Al frente de éstos estaba Ramón, que así se llamaba el mayordomo.

Este sabía que su señor estaba reñido hacía tiempo con su sobrino.

Carlos era hijo de una hermana del duque.

Esta había enviudado á los tres años de casada, y el disgusto que experimentó por la pérdida de su esposo, la condujo al sepulcro antes de un año, dejando confiado su hijo al duque del Solar.

Este cuidó del niño, procurando darle una educación correspondiente á su clase.

Pero Carlos tomó de aquella educación lo que mejor le convino, y en cambio sin los auspicios ni los consejos de su tío, se permitió tomar otra educación en los garitos, casas de dudosa reputación y otros lugares no menos reprobables, y el joven cumplió los veinte años sin haberse decidido por seguir ninguna de las carreras que le propuso su tío, pero tomando por su cuenta y riesgo la de pendenciero, calavera, derrochador y otros excesos.

Resultado: que el duque riñó con él, le perdonó al poco tiempo, riñó y le perdonó sucesivamente cinco ó seis veces, hasta que por fin á tal extremo llegaron los excesos de Carlos, que el duque del Solar rompió en absoluto sus relaciones con él.

Víctima de un gran disgusto doméstico algunos años antes, disgusto del cual tendremos ocasión de ocuparnos más adelante, el duque había creído tener algún consuelo en su sobrino, pero desgraciadamente, no sucedió así.

Por el contrario, la conducta de éste aumentó sus pesares hasta que, como hemos dicho, se vió obligado á dejarle abandonado á su suerte.

Carlos había conocido desde que era muy joven, al marqués del Pino.

Este, de mayor edad que Carlos, ejerció pronto sobre él un gran ascendiente y puede decirse que quizás fué quien más contribuyó para la completa perversión del joven.

El duque del Solar murió sin hacer testamento.

No tenía otro heredero forzoso más que su sobrino, porque otro hermano que tenía por parte de madre, había desaparecido hacía bastantes años y se había dicho que había muerto en América.

Ramón había sido declarado depositario de los bienes del difunto, en virtud de auto del juez, toda vez que era la persona de más respetabilidad que había en la casa, querido y estimado en el pueblo, y sobre todo que había tenido siempre la confianza y el cariño del difunto duque.

El pobre viejo estaba inconsolable desde la muerte de su señor, en cuyos disgustos ó en cuyas alegrías había tomado siempre una parte muy activa.

Carlos y el marqués llegaron al palacio é inmediatamente Ramón se presentó á recibirlos.

Carlos fingió una emoción extraordinaria al penetrar en la casa de su tío, y entre éste hipócrita sentimiento y el sentimiento verdadero del anciano, pasóse un buen espacio sin que ni el uno ni el otro pudieran decir una palabra.

Pero el marqués, para quien todo aquello mortificaba en gran manera, puso término diciendo:

—Pero vamos, señores, por Dios, ¿somos hombres ó criaturas? ¿Tiene acaso remedio lo sucedido? ¿No lo ha dispuesto acaso Aquel que todo lo puede? Pues entonces ¿qué nos queda sino resignarnos y acatar sus altos fines?

—¡Ay, señor marqués!—repuso Ramón,—es que el señor duque valía mucho, usted no ha podido apreciarle, porque rotas sus relaciones en la casa, no la frecuentaba hacía ya años.

—Sé perfectamente lo que valía,—repuso el marqués; —y á pesar de que nuestra amistad hubiese sufrido un golpe tan violento como el que recibió, he sido el primero en reconocer lo mucho que valía el duque.

—¿Pero como ha sido esto?—dijo Carlos, por fin.— Esta muerte debe haber sido repentina.

—No, señor;—hace más de dos meses que el señor duque comenzó á decaer de un modo tan marcado, que me obligó muchas veces á decirle que llamase al médico. Pero, ya se ve, como que su mal estaba en el corazón,— me decía siempre: «¿Qué me ha de hacer el médico, Ramón? nada;» y no era posible que consiguiera hacerle que consultara con un facultativo.

—Pero usted, ¿por qué no le hizo venir?

—Ya lo hice. Vinieron los mejores médicos que hay en Arévalo y los dos me dijeron lo mismo: que el señor duque lo que tenía era una gran pasión de ánimo y que mientras no se consiguiera dominar ésta, era completamente inútil todo cuanto hiciéramos.

—¿Y por qué no se le llevó usted de aquí, Ramón,— dijo el marqués.—Usted que tenía tanta influencia sobre él.

—¡Ay, señor marqués! si mi influencia no servía de nada. Lo intenté y se opuso tenazmente.

—Tenía el carácter tan firme.

—Yo creo que su mismo carácter le ha muerto,—repuso Ramón, con voz sollozante.—Cuando pienso como veía acercarse la muerte, y como hablaba conmigo, respecto á ella... Vamos, si les digo á ustedes que no puedo recordarlo sin llorar como una criatura.

CAPITULO XXV

Una sorpresa

DURANTE algunos segundos, Ramón tuvo que interrumpir su relato, porque el llanto embargaba su voz.

Lo mismo Federico que Carlos, respetaron su dolor.

Después dijo el primero.

—¿Es decir, que el marqués conocía la proximidad de su fin?

—¡Qué si la conocía! Ya lo creo. Si él mismo dispuso como se le había de enterrar y...

—¡Cómo! ¿El se ocupó de eso también?

—Sí, señor; muchas veces me decía: mira Ramón, cuando yo me muera, no quiero nada de pompas ni de ninguna de esas cosas que no significan más que la vanidad, con que hasta la muerte, pretenden revestir muchos. Para amortajarme, con este mismo traje que llevo para casa. No quiero ni hábitos, á los cuales no he sido

aficionado en vida, ni quiero tampoco trajes de etiqueta con cruces y condecoraciones, que para nada sirven. He entrado en el mundo por la misma puerta que entra el mendigo, quiero salir de él del mismo modo que sale éste; y le obedecí en todo como le he obedecido siempre. Con el mismo traje que murió, con el mismo le enterramos.

—¿Es decir, que no murió en la cama?

—No, señor. Fué extinguiéndose poco á poco como una luz, á la que le falta alimento, sentado en ese sillón que ven ustedes allí. Mirando siempre aquel pabellón tan lleno de recuerdos para el desgraciado.

—¡Ah, ya!—repuso Carlos.—El pabellón donde aquella mujer le dió un desengaño tan horrible.

—Mire usted, señorito; no hablemos sobre eso, porque yo he creído siempre que en aquello hubo una fatalidad inconcebible.

—¿Y no llegó á hacer testamento el señor duque?—dijo el marques,—porque es muy extraño que conservando el conocimiento hasta el último instante, no hubiese pensado en eso.

—Mire usted, yo creo que sí debió pensar, y hasta si he de ser franco, no sé por qué me dice el corazón que debía tener hecho testamento.

—¿Es decir, que le hizo alguna indicación?...

—Sí, señor.

Carlos y Federico, cambiaron una rápida mirada.

—Y esas indicaciones...—dijo Carlos.

—Fueron tan vagas, que nada he podido sacar en limpio de ellas. Frases sueltas, alguna idea que se le ocurría en determinados momentos; pero después nada.

—¡Qué extraño es todo eso!

—Pero en fin, como que no sabemos nada concreto, usted, señorito, es el único heredero, y mañana mismo empezaremos á practicar las diligencias en el juzgado, para que entre usted en posesión de la herencia que le corresponde y yo pueda retirarme á descansar y á llorar á mi pobre amo.

—En cuanto á lo primero,—repuso Carlos,—estamos conformes; pero en cuanto á lo segundo, querido Ramón, ya es diferente. Sé demasiado lo mucho que querías á mi pobre tío, y sería en mí hasta imperdonable crimen, el no tenerte á mi lado.

—Pero, señorito, por Dios; mire usted que á mi edad...

—Como yo no pretendo tenerte junto á mí para la vida activa que hasta ahora llevaste, es inútil que pongas esa objeción. Yo soy joven y tú eres viejo, yo carezco de experiencia y tú en cambio la tienes; por lo tanto, está resuelto; no te separas de mí.

—Verdaderamente me habría sido muy doloroso tener que abandonar esta casa donde se han deslizado la mayor parte de los años de mi vida, y si pensé abandonarla, fué porque, naturalmente, tratándose de un criado viejo para un amo joven, comprendía muy bien que no era posible que existiera esa especie de afectuosa corriente que nos unía al señor duque y á mí.

—Pues estás en un error. No pienso hacer alteración alguna en el servicio. Yo me consideraré muy feliz teniéndoos á todos junto á mí. Creeré de este modo que todavía se hallan á mi lado parte de mi familia, porque vosotros habiais constituido la única familia de mi tío.

Ramón no pudo menos de conmoverse al escuchar los nobles propósitos de que se sentía animado su joven amo.

Presentáronse poco después todos los demás criados y todos escucharon frases por el mismo estilo que las oidas por Ramón poco antes.

El marqués comió aquel día en casa de su amigo y cuando se retiró á la suya, iba diciendo:

—Que tome posesión de sus bienes que después ya me encargaré yo de hacerle que vayan quedando en mi poder. El patrimonio de los duques del Solar ha de ser mío, así como mía ha sido la suerte de esa familia desde hace muchos años.

Conforme Ramón había dicho, al día siguiente se entablaron las diligencias para poner en posesión á Carlos de la herencia, haciéndose los edictos correspondientes.

Dos días más tarde el marqués montó á caballo y se dirigió á Avila.

Quería ver una posesión que por allí tenía y aprovechando la bondad del tiempo, anunció que comería en la ciudad y que no regresaría hasta la caída de la tarde.

Satisfecho se encontraba el marqués respecto al buen sesgo que llevaban sus asuntos, y durante el trayecto que hubo de recorrer hasta llegar á la ciudad, más de una vez exclamó:

—Pues señor, esto va bien; Carlos está en mi poder, y de grado ó por fuerza no tendrá otro remedio sino hacer cuanto yo quiera. El único punto negro que yo encuentro en este asunto y que no sé de qué modo descubrirlo, es la desaparición del cadáver del duque. Porque la verdad es que un ataud de esas condiciones, ni se transporta con tanta facilidad, ni se oculta como un juguete cualquiera.

Y esta idea, que no se borraba de su pensamiento, le hacía caminar profundamente distraido, diciendo después:

—Indudablemente para hacer ese traslado, han debido ser cuando menos dos personas. Pero ¿quién son estas? Eso, eso es precisamente lo que me preocupa y lo que me inquieta ¿por qué lo he de negar? Si hubiera sido cualquiera á quien la casualidad le hubiese llevado á hacer semejante descubrimiento, inmediatamente hubiera dado aviso á la autoridad. Pero aquí lo que verdaderamente aturde es el silencio en que esto ha quedado. Ese ataud con el cadáver que encerraba, han caído en un pozo á lo que parece. Pero ¿quién es el dueño de ese pozo? ¿Qué idea es la que se lleva con ese silencio?

Y al formular estas preguntas el marqués, fruncía el entrecejo y honda agitación se apoderaba de él.

En la vida de aquel hombre, había demasiadas páginas oscuras y de aquí que aquel incidente misterioso y extraño de por sí, significase para él algo más que habría podido significar para otra persona ajena á los incidentes en que debía haber jugado la familia de los duques del Solar.

Su preocupación llegó á tal extremo, que casi no se apercibió de que había llegado á Avila.

Pero el mismo movimiento de la población se lo advirtió y entonces procuró dirigir el caballo hacia el punto que deseaba.

Sin embargo; tan distraído iba, que al penetrar en una de las calles no reparó en un carro que venía en dirección contraria á la suya, viéndose obligado el carretero á chasquear el látigo, lo cual asustó al caballo en términos que le hizo dar un bote.

Desprevenido el jinete, se encontró en el suelo antes que se hubiese podido apercibir del peligro que corría.

Precisamente fué á caer á la misma puerta de la posada de Robustiana.

Esta, que se hallaba cosiendo junto á una ventana, salió inmediatamente á la calle, diciendo:

—¡Válgame Dios, señor marqués!

El carretero y algunos vecinos, ya habían acudido á rodearle.

—Entrenlo ustedes aquí, entrenlo ustedes aquí—dijo la posadera.

La violencia del golpe, hizo perder el sentido á Federico, si bien esto fué puramente momentáneo, pues apenas la posadera le refrescó las sienes con agua y vinagre, volvió en sí, diciendo:

—¡Valiente golpe me he dado!

—Ya, ya, señor marqués,—repuso la posadera,—buen susto me he llevado.

—¡Hola! ¿eres tú, Robustiana?—exclamó el marqués, tratando de sonreir.—Pues mira, creo que harás bien en enviar á buscar un poco de árnica para darme unas fricciones aquí, en este lado, que te aseguro que me duele de un modo inconveniente.

—Ya lo creo; y avisaré al médico y se acostará usted aquí mismo en mi casa.

—Haz lo que quieras con tal de que sea pronto, porque sino, esta pierna y este brazo, me parece que van á empeñarse en no moverse.

Y queriendo acabarse de convencer respecto á su estado, quiso estirar el brazo y la pierna, pero los dolores fueron tales que desistió, murmurando:

—¡Demonio, esto me parece algo serio!

El carretero trató de disculparse como pudo, Robustiana envió á buscar al médico, como había dicho, y preparó la cama para el marqués.

La pobre mujer mostrábase llena de contrariedad y de disgusto por lo que había ocurrido.

Una vez que el médico hubo reconocido á Federico, le aseguró que no existía fractura, sino que toda la parte que había recibido el golpe, estaba profundamente contusionada y que aquello sería cuestión de cuatro ó cinco días.

CAPITULO XXVI

Continuación del mismo asunto

El marqués del Pino, no tuvo más remedio que resignarse á pasar la noche en la posada, no sin haber enviado antes aviso á su casa, á fin de que fuera su mayordomo para darle algunas órdenes.

Juan, no se hizo esperar.

Su amo cuando le vió, le dijo lo que deseaba, ordenándole que se volviese inmediatamente á la posesión.

—¡Pero señor marqués!—le dijo Juan,—¿cómo quiere usted quedarse así? Yo me quedaré para cuidarle y si mañana se encuentra un poco mejor, haré que traigan el coche para conducirle á casa.

—No necesito nada. Robustiana me cuidará y si mañana estoy mejor, ya os enviaré aviso para que venga el carruaje. Tú haces falta en casa. ¿Cómo andará aquello sin estar tú ni yo?

—De todas maneras...

—Nada, nada; te he dicho que te marches, porque aquí no haces falta ninguna.

Juan no quiso insistir porque conocía demasiado á su amo.

Cumplió el encargo que éste le había dado para la ciudad y regresó á la quinta.

Solo, el marqués, en el lecho de Robustiana, volvió de nuevo á pensar en aquello que tanto le preocupaba, cuando de pronto oyó la voz de la posadera que había entrado poco antes en la habitación, y que le decía:

—Pero diga usted, señor marqués. ¿Cómo es que ha dejado su casa de usted, Vicente?

—¡Toma! porque le ha dado la gana. Y ahora que me acuerdo; tú eres parienta de él.

—Ya lo creo; sí, señor, como que su madre y la mía eran primas hermanas.

—Lo que es el tal Vicente, ya te aseguro que se ha portado...

—¡Cómo! ¿Ha hecho alguna cosa en casa del señor marqués?

—Te parece poco haberse despedido á la francesa cuando la verdad es que no tenía más que motivos de agradecimiento respecto á mí?

—Pues yo me creía que habían ustedes tenido alguna incomodidad.

—Ninguna.

—Yo creo que él me dijo algo de eso.

—Muy mal dicho, porque no es verdad. ¿Es decir, que estuvo aquí en tu casa?

—Ya lo creo; estuvieron todos. Hasta las dos niñas que me dijo que había recogido.

—¿Qué, qué has dicho?—preguntó el marqués.

Y cual si hubiera recibido un choque violento, olvidándose de su situación, quiso incorporarse en la cama.

Pero la violencia del dolor que sintió, le obligó á permanecer en la misma postura, murmurando:

—¡Maldito golpe!

Robustiana no había podido menos de sorprenderse al escuchar el acento del marqués y ver su acción.

Y quedóse inmóvil, sin saber qué decir.

—Conque vamos, ¿dices que aquí estuvo con esas chiquillas?—dijo Federico al cabo de un momento.

—Sí, señor.

—¿Y cuando fué eso?

—Pues mire usted, cuando salió de su casa. Primero vino él con las chicas, me las dejó aquí y se volvió á su casa de usted, vino á los dos ó tres días, diciéndome que se había incomodado con usted, y que como le había salido otra proporción mejor, se marchaba á la provincia de Segovia.

—¡Ya!

—Después vino su mujer y los chicos, y se marcharon todos.

—¿Y tú sabes dónde fueron?

—El mismo me lo dijo; pero francamente, maldito si me acuerdo. Vamos, señor, mire usted que también mi primo no sé dónde tiene la cabeza. Un hombre que tiene que trabajar como un perro para comer, y se mete á cargarse con dos bocas más.

—¿Y quién eran esas dos chicuelas?—preguntó el marqués tratando de dominar la cólera que le ahogaba. ¿No te lo dijo?

—Sí, señor. Parece que se las encontró mendigando

por el camino porque habían perdido á su madre y él se compadeció de ellas y no las quiso dejar.

—¡Valiente negocio!

—Eso mismo le dije yo.

—¿Y las niñas no te dijeron nada?...

—Eso sí; eran dos ángeles y le aseguro á usted, que á mí me compadecieron tanto, que le rogué á mi primo que me dejara siquiera á la mayorcita.

—¿Y se quedó?—preguntó vivamente el marqués.

—¡Cá! Un demonio, la dejaría él. Si parecía que las quería tanto como á sus hijos.

—Vamos, bien. Ahí tienes á Vicente haciendo obras de caridad, cuando necesitaría que por él las hicieran.

—Ahí es un grano de anís, dos bocas más y dos niñas que siempre llevan un gasto... No sabe él en lo que se ha metido.

—Dices bien, Robustiana,—repuso el marqués con un acento cuyo verdadero significado no podía apreciar la posadera,—no sabe tu primo toda la extensión de su falta.

—Desde luego. Que esas cosas las hiciera yo, que al fin y al cabo tengo gracias á Dios para vivir y no tengo hijos, pase; pero que lo haga él...

—Anda, que en el pecado llevará la penitencia.

—¡Y después de eso, que las criaturas le den el pago que muchas veces suelen dar!

—Mira, Robustiana, los refranes todos son exactos. Quien dá pan á perro ajeno... ya sabes lo demás.

—Todas esas reflexiones se las hice á Vicente. Pero ya se ve, las chiquillas estaban tan cariñosas con él, que yo lo comprendo, él es bonachón, ¿y qué había de hacer?

—Lo que es una lástima es que tú no sepas dónde ha ido á parar.

—Si tanto le interesa á usted el saberlo...

—Qué ¿tendrías medio de averiguarlo?

—Procuraría recordar.

—Pues recuerda, recuerda.

Robustiana quedóse un momento pensativa y después dijo:

—No sé si me habló de Santa María de Nieva, ó... nada, no puedo caer en ello.

—¿No recuerdas si se lo dijo á alguna otra persona?

—No, señor, no. Y puede creer el señor marqués que visto el interés que parece tomarse por eso, quisiera haber conservado en la memoria lo que me dijo.

—Sí, mujer, me intereso, porque si él me hubiera dicho que deseaba adelantar alguna cosa, yo no soy tan desconsiderado que no me hubiese puesto en la razón.

—Pues así debe ser, y no sé por qué ese muchacho obró tan de ligero.

—Así es que si yo supiera donde estaba, le escribiría, porque francamente te digo que yo apreciaba á Vicente.

—Ya lo creo; como que es muy honrado y muy servicial.

—Y muy trabajador.

—¡Oh! eso sí; en la familia á Dios gracias, y en buen hora lo diga, todos hemos sido honrados y trabajadores.

—Ya lo sé.

—El me ofreció escribirme.

—¡Ah, sí! ¿Te lo ofreció?

—Sí, señor; ¡pues no faltaba más, cuando precisa-

mente es la única parienta que tiene por aquí, bueno fuera que no lo hiciese!

—Pues si sabes algo, no dejes de avisármelo en seguida.

—Ya puede estar seguro el señor marqués que yo misma iré á llevarle la carta.

—Mucho me alegraría de podérmelo llevar otra vez á mi casa.

—El me dijo que iba á ponerse al frente de una gran posesión. De eso si que me acuerdo muy bien.

—Ese ya es un indicio.

—Justamente que sí, señor, porque en informándose en la provincia de Segovia cuales son las grandes posesiones de importancia...

—Sí que lo haré.

Y tras estas palabras, el marqués significó que le dolía un poco la cabeza y puso término á la conversación.

Quería quedarse solo.

Tenía necesidad de dar rienda suelta á su cólera y de reflexionar algunos momentos.

Porque la noticia que le había dado Robustiana, realmente le habia impresionado de un modo formidable.

Precisamente cuando se encontraba preocupado por la desaparición del cadáver del duque del Solar, la noticia de que las niñas existían, era doblemente amenazadora.

CAPITULO XXVII

Juan no sabe que resolver

El marqués del Pino apenas pudo conciliar el sueño aquella noche.

Y no eran precisamente los dolores físicos los que se lo impidieron.

Aquella poderosa naturaleza enérgicamente constituida para el mal, sabía dominar el padecimiento puramente físico para no ocuparse más que de los tenebrosos cálculos que había formado.

—Siempre dije yo,—murmuraba,—que ese Juan había de cometer alguna bestialidad. ¿Pero será traidor ó necio? El no se mostraba partidario de dar muerte á esas criaturas, ¿habrá sido todo esto una combinación hecha con Vicente? Todo podría ser. Sin embargo, no le creo tan necio que pretenda entablar una lucha conmigo, lucha en que puede estar seguro que llevaría siempre la peor parte.

Y el marqués se agitaba en el lecho buscando alguna idea que le diera luz sobre todos aquellos puntos tan oscuros que á su vista se ofrecían.

—¡Y el bribón que me dijo que él se había encargado de una de las chicas y Vicente de otra! ¡Qué trama más grosera y más indigna! ¡Si no estuviera así...!

Y la idea de que no podía valerse como quisiera, acababa de irritar al marqués.

Al día siguiente su estado no era tan satisfactorio como el médico había creido.

Comprendió la influencia que la parte moral estaba ejerciendo sobre la física y le encargó mucha quietud y mucho reposo si quería curarse pronto.

Juan estuvo aquella mañana á verle y á recibir sus órdenes. Cuando fué á la habitación de su amo, éste hubo de hacer un gran esfuerzo para no increparle con su violencia acostumbrada.

Pero se contuvo y le dijo:

—Mañana esté como esté, trae el coche porque quiero irme á mi casa.

—Si el señor marqués quiere hacerlo hoy.

—Si hubiera querido ya te lo habria dicho.

—Perdone usted; Robustiana, me ha dicho ya que el médico la había indicado que sin duda por efecto de la agitación que ha tenido el señor marqués...

—¿Y quién tiene la culpa de esa agitación, más que vosotros?

—¡Nosotros!—exclamó Juan sorprendido.

El marqués se contuvo.

—¡Sabe Dios como estará aquella casa faltando yo de ella!

—Me parece que el señor marqués no ha tenido mo-

tivo de queja en otras ocasiones en que ha hecho ausencias más largas.

—Por el cuidado que tú tienes.

—Siempre lo he tenido.

—Bueno, bueno; déjame en paz.

—Siento haber incurrido en el enojo del señor marqués, con tanta más razón cuanto que no creo haber dado motivo.

—¿Qué no has dado motivo?

Y la mirada que Federico dirigió á Juan, estaba preñada de amenazas.

—Por lo menos, yo no lo sé.

—Ya te lo diré yo cuando esté mejor.

—Puede creer el señor que ahora deseo mucho más su pronto restablecimiento á fin de que me manifiesta cual es la culpa que he cometido.

—Ya lo sabrás.

Cuando Juan salió de la estancia de su señor, encontró á Robustiana en el zaguan de la posada.

—¿Ha venido alguien á ver al señor marqués?—la preguntó.

—No.

—Pues entonces no comprendo porque tenga ese humor.

—Ya sabe usted que el señor marqués, siempre he oído decir que tenía mal genio.

—Demasiado lo sé.

—Y ahora que se encuentra así, con mayor razón. Si yo, anoche que estuve hablando con él, precisamente del pobre Vicente, había momentos en que materialmente me asustaba por el acento que empleaba para decirme ciertas cosas.

—¿Estuvieron ustedes hablando de Vicente?

—Sí, le dije que había estado aquí, con las dos chiquillas.

—¿Cómo con las dos chiquillas?—preguntó Juan, estremeciéndose.

—Sí, señor; ¿pues no sabía usted nada?

—¿De qué?

—De esas dos huerfanitas que se encontró y que se las ha prohijado.

—¿Pero qué demonios está usted diciendo?

—¡Toma! Cómo si esto tuviera algo de particular. Es decir, si que tiene, porque vamos, mi primo no se halla en el caso de despilfarrar.

—¿Y le ha dicho usted al marqués lo de esas dos criaturas?

—Sí, señor.

—Pues buena la ha hecho usted.

Robustiana se quedó mirando á Juan llena de sorpresa.

—¿Por qué me dice usted eso?—preguntó después.

Juan comprendió que acababa de cometer una imprudencia y tratando de enmendarla, repuso:

—Porque el marqués ya sabe usted el genio que tiene y que se burla de todos esos actos que él califica de sensiblerías estúpidas.

—Pues muy mal hecho, porque lo que es eso, lo hace cualquiera que tenga buen corazón.

—¿Y dice usted que Vicente se ha llevado consigo á esas niñas?

—Sí, señor.

—¿Dónde han ido?

—¡La misma pregunta del señor marqués! Si yo no lo sé.

—Pues si estuvo en su casa y de aquí salió.

—Sé que se fueron á un pueblo de la provincia de Segovia, pero no sé cual.

—¡Malo, malo!—murmuró Juan.

Su interlocutora volvió á mirarle sorprendida.

—¿Qué dice usted?—le preguntó.

—Nada. Me refería al efecto que al señor marqués le habrá producido lo que usted le ha dicho.

—¡Toma! Pues no lo toma poco á pechos el señor.

—Demasiado.

—Pues hijo, que rabie si le dá la gana.

—No, rabiaremos todos.

—Lo que es yo, maldito si lo sentiré. El señor marqués á pesar de lo que usted dice, me ha ofrecido que si descubre el paradero de Vicente, procurará llevárselo otra vez á su casa.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, señor.

—No se lo aconsejaría yo.

—¡Toma! ¿pues, y por qué? Yo le he ofrecido que si me escribe Vicente, como me prometió, en seguida le avisaré dónde está.

—Guárdese usted muy bien de hacerlo.

—¿Qué?

Y la posadera miró fijamente á su interlocutor.

—Lo que le digo á usted; si lo sabe, no se lo diga al señor marqués.

—¡Pero hombre de Dios! ¿acaso me va á comer?

—A usted, no.

—Entonces... será á Vicente.

—No lo sé; pero créame usted y haga lo que yo la digo.

—¿Pero quién demonio son esas niñas?...

—No lo sé, ni usted quiera saberlo tampoco.

—¡Vaya, vaya! Yo no he nacido para estos embolismos y...

—Mire usted, Robustiana, yo la aprecio y aprecio á Vicente.

—¿Y qué?

—Por el bien de uno y de otro aconsejo á usted que calle y que no hable más de ese asunto á nadie y mucho menos al señor marqués.

—Pero vamos á ver, ¿qué daño hay en que Vicente haya recogido á esas dos criaturas que estaban abandonadas?

—Ninguno.

—Pues entonces, ¿por qué me dice usted todas esas cosas, y por qué no he decir nada?

—Pues ahí verá usted. Vuelvo á repetirla que calle y y sobre todo que de esto que hemos hablado, no se entere en lo más mínimo el señor marqués.

La buena posadera se quedó, como vulgarmente se dice, como quien ve visiones.

Juan entretanto se dirigía á la posesión profundamente pensativo.

—Ahora me explico perfectamente,—decía,—la actitud en que he encontrado al señor marqués. Juan,—proseguía,—ten mucho cuidado, porque este hombre será capaz de cualquier cosa.

CAPITULO XXVIII

La cólera del marqués

Razón tenía Juan en preocuparse.

El marqués estaba desesperado, viendo la inutilidad de sus esfuerzos para triunfar.

El que aquellas dos criaturas permanecieran con vida, destruía todos sus proyectos.

Y de que no hubiesen muerto, tenía la culpa Juan.

El únicamente era el responsable de todo.

A él le había dicho la necesidad en que estaba, de que muriesen para asegurar su reposo.

El se comprometió á hacerlo después de mucha vacilación, y obligación suya era haberlo cumplido.

Y lo que más le irritaba, era que le había engañado de una manera ignominiosa.

Le había dicho que habían muerto, y no era verdad.

Que él se había encargado de una de las niñas y Vicente de otra, y por lo visto el jardinero se había encargado de las dos, pero para conservarles la vida.

Y tras de no cumplir su encargo, se lo había hecho pagar inmensamente caro.

Pero esto había sido lo de menos.

El marqués del Pino jamás reparaba en el precio de un servicio, cuando éste había resultado.

Más en el caso presente, no sólo no resultaba, sino que por el contrario, le había proporcionado un peligro tal vez mayor que todos los que tuvo en su agitada existencia.

Era menester poner pronto remedio, si no quería verse en algún grave riesgo el día menos pensado.

Así fué que al abandonar la posada, dijo á Robustiana:

—Conque, quedamos en que si sabes algo de Vicente, me lo avisarás.

La posadera recordó lo que Juan la dijera, y estuvo á punto de contestarle que no confiase en ella.

Pero felizmente se contuvo, y no cometió imprudencia tan garrafal.

Contentóse con decir:

—Descuide usted, señor marqués.

—Yo, á mi vez, si algo sé, también te lo enviaré á decir.

—Se lo agradeceré mucho.

Y cuando se quedó sola, murmuró:

—Sí, sí, al diablo que te crea. Pero, señor, ¿por qué mi primo se mostraría tan reservado conmigo? Si él me hubiera dicho la verdad, todo podía haberse arreglado. ¿Y quién serán esas dos chiquillas? porque lo que es á

mí, que no traten de engañarme. Ni creo nada de lo que Juan me ha dicho, ni eso del gran cariño del señor marqués respecto á Vicente. Para la tonta que los crea. Al momento voy á decir á ninguno de ellos nada absolutamente, aun cuando lo supiese.

Juan, siguiendo las instrucciones que su amo le había dado, se quedó en la posesión y no hizo más que enviar el carruaje para que el marqués fuese con más comodidad.

El mayordomo, prevenido ya por lo que Robustiana le había dicho, esperaba la llegada de su amo, resuelto á sufrir la rociada que éste le dirigiera.

Había visto clara la jugada de Vicente.

Este, no había encontrado otro medio mejor para no dar muerte á las criaturas, que llevárselas consigo.

Con la diferencia que él no achacaba á móvil desinteresado el proceder de Vicente.

Para una persona de su modo de pensar, aquello era inconcebible, no habiendo sido el interés el principal factor.

Si Vicente se había quedado con las chicas, era con su cuenta y razón.

Tal vez éstas le dijeran quienes eran, y el jardinero esperaba sacar partido de aquella circunstancia.

Esto, en medio de todo, no desagradaba á Juan.

Lo único que sentía era desconocer el lugar donde se había retirado Vicente.

Buscar á éste, debía ser su único objeto desde entonces.

Si le encontraba, ya estaba seguro.

Porque con las armas que tenía contra el marqués y con las niñas en su poder, podía á su gusto imponer su voluntad.

Por lo tanto, era necesario afrontar del mejor modo posible, el rudo ataque que había de dirigirle su señor.

Este llegó á su casa, profundamente dolorido todavía.

Pero su cólera no se había calmado.

Por el contrario, cuanto más reflexionaba, más irritado estaba contra su mayordomo.

Este no se había mostrado partidario de la muerte de las chicas y al fin se había salido con la suya.

Juan salió al encuentro de su señor, procurando aparentar la mayor serenidad.

El marqués le dirigió una mirada terrible, diciéndole:

—Largas son las cuentas que tenemos que ajustar, señor bribón. Da gracias á Dios ó al demonio de que yo me encuentro así, porque sino, te prometo que habrías de acordarte de mí.

—No sé por qué me dice el señor marqués todo eso; y francamente, tengo deseos de que me lo explique, cuando yo tengo la seguridad de no haber dado ningún motivo.

—¡Ah, sí! ¿Tú lo crees de ese modo?

—Me parece que el señor marqués no habrá tenido motivo de queja hasta ahora.

—Hasta ahora, bien dices. En fin, llévame á la cama y tiempo tendremos para hablar.

—Cuando quiera el señor marqués, que como de nada tengo que reprocharme, espero tranquilo todo cuanto me pueda decir.

El marqués hubo de contenerse porque le mortificaban en gran manera los dolores que sentía.

Dos días hubo de pasarse todavía en el lecho y cuan-

tos más esfuerzos estaba haciendo para dominar su cólera, iba acrecentándola con mayor violencia para el momento en que hubiera de estallar.

Por fin pudo levantarse y entonces llamó á Juan y le dijo:

—¡Ea! señor tunante; ya ha llegado la nuestra.

—Yo suplico al señor marqués que evite cierta clase de calificativos; porque si es que está descontento de mis servicios, no tiene necesidad más que de despedirme.

—¡Pero descarado bribón! ¿crees acaso que lo que has hecho conmigo, no merece más castigo que el de despedirte?

—Como no conozco mi culpa, ignoro la razón que puede tener el señor marqués.

—¿Qué no la conoces dices?—preguntó Federico con los labios temblorosos de coraje.

—No, señor.

—¡Ven aquí, so pícaro! ¿qué has hecho de las hijas de Emilia?

—Creo que ya se lo dije á usted.

—Sí, me dijiste una mentira como todas las tuyas; pero ya sabes que eso no es cierto.

—¿Qué no lo es?

—Mira, Juan, no me exasperes, porque en la disposición de ánimo en que estoy, no sé lo que haría contigo.

—Pero...

Y Juan retrocedió algunos pasos, porque realmente, la actitud en que se había colocado su señor, no era la más tranquilizadora.

—Aquí no hay pero que valga. La cuestión está reducida á que tú y Vicente no sois más que un par de truhanes á quienes he de castigar como se merecen.

—¿Y qué tengo yo que ver con Vicente?

El marqués no contestó por el momento á la pregunta de su mayordomo.

Parecíale tan incomprensible aquel cinismo, que durante algunos segundos dudó si pasaría á vías de hecho arrojando á aquel miserable por una ventana.

Juan calculó la verdadera causa del silencio de su amo.

Y como lo conocía perfectamente, trató de poner la mayor distancia posible entre él y su señor.

—¿Conque no tienes nada que ver con Vicente? ¿Es decir que todavía te atreverás á negar que uno y otro no sois más que un par de bribones que me habéis sacado los cuartos de la manera más ignominiosa y que, finalmente, os habéis confabulado para dejar con vida á esas muchachas, pretendiendo sin duda hacer de ellas un arma contra mí?

—¡Pero qué está usted diciendo!—exclamó Juan afectando una sorpresa, tan admirablemente fingida, que no dejó de desconcertar algún tanto al marqués.

Sin embargo, la suspensión de éste, duró muy poco.

Conocía demasiado á sus servidores para dejarse engañar y dijo:

—Es inútil que quieras hacerte el inocente. Entre Vicente y tú, habéis pensado sin duda explotarme; pero os advierto que sois muy pequeños para conseguirlo. Responde al punto. ¿Dónde tenéis escondidas á esas muchachas?

—No sé lo qué quiere decir el señor marqués, vuelvo á repetir,—exclamó Juan con voz firme.—Vicente se encargó de una y yo de otra y las dos duermen el sueño eterno en uno de los barrancos de los montes de Toledo.

El marqués se quedó mirando á su interlocutor durante un buen espacio.

Después le dijo:

—¿Estás seguro de lo que dices?

—¡Toma! y tan seguro,—respondió Juan con un aplomo admirable.

CAPITULO XXIX

La mala idea

DURANTE algunos segundos no se cruzó palabra alguna entre ambos interlocutores.

El marqués miraba á Juan procurando leer en su semblante lo que había en su pensamiento.

Pero el rostro del bribón, como él le llamaba, era completamente impenetrable.

Sostuvo perfectamente la inquisitiva mirada de su señor sin que la más mínima sombra de turbación se advirtiera en su rostro.

—¿Conque dices,—exclamó el marqués,—que las dos chiquillas han sucumbido?

—Sí, señor.

—¿Y qué lo mismo Vicente que tú cumplisteis fielmente vuestro encargo?

—Sí, señor.

—Pues entonces ¿quién son esas dos chicas que lleva Vicente consigo, que son huérfanas y que le consideran como su único amparo?

—Y yo que sé. Si no he visto á Vicente desde que salió de aquí ¿cómo quiere usted que pueda saber nada?

—Nunca hubiera creido que pudieras mentir con tanto aplomo.

—Señor marqués,—dijo Juan con un acento en que comenzaba á traslucirse la cólera que invadia su corazón.—El que usted sea mi señor y yo no más que un pobre criado, no creo que le autorice para maltratarme del modo que lo hace.

—¡Hola, hola! ¿También nos venimos con dignidades? —repuso irónicamente el marqués, — pues tarde te acuerdas de ellas, hijo.

—Es que llega á un extremo tal...

—Pues da gracias á Dios de que me he contentado con decirte solamente lo que merecías, porque á dejarme llevar de mi carácter...

—Sin duda el señor marqués olvida que no debe emplear ese lenguaje ni hacer esas amenazas á quien hasta ahora le ha servido con tanta lealtad y que conoce todos los secretos del señor.

—¿Qué quieres decirme con eso?—preguntó el marqués frunciendo el entrecejo.

—Que no se puede ni se debe dudar de mí y usted con menos motivos que otro.

—¿Quién me ha dado esos motivos, sino tú?

—Vamos, señor marqués, que es muy doloroso para mi tener que escuchar ciertas palabras cuando he sabido callar tantas cosas y cumplir siempre con mi obligación.

—Ya me vas cargando con hablarme siempre de lo mismo ¿es una amenaza lo que tratas de hacerme?

—Por ningún estilo, señor marqués; yo no amenazo jamás. No hago más que recordar para defenderme, los servicios que llevo prestados.

—¿Pero te los he pagado ó no?

—Eso es distinto. El servicio material, está pagado, sí, señor; pero me parece que hay algo que no se paga con dinero y ese algo es la fidelidad para guardar el secreto.

—Es que yo te he comprado tu silencio.

—Eso no se compra nunca si no hay una voluntad decidida para callar.

—Vaya, vaya; basta de doctorerías, que tú parece que has estudiado mucha gramática parda y lo que es á mí no has de venirme con esas.

—Ni el señor marqués hacerme cargos que no merezco tampoco.

—¿Conque persistes en que has cumplido con tu deber?

—Sí, señor.

—¿Y que las chicas...?

—Duermen para siempre.

—¿Y recuerdas bien el sitio donde las arrojasteis?

—Sí, señor.

El marqués volvió á mirar atentamente á su mayordomo.

En las contestaciones de éste, no había la menor vacilación.

—¿Pues sabes una cosa?—dijo al cabo de un momento.

—Difícil será que la sepa, si el señor no me la dice.

—Que me están dando ganas de ir á ese sitio para convencerme por mis propios ojos de que tú y Vicente cumplisteis como debiais.

—Dueño es el señor marqués de hacerlo.

Sin embargo, Juan se había estremecido al escuchar la proposición del marqués.

Pero su estremecimiento pasó desapercibido para su dueño.

—Tú me acompañarás.

—Como usted guste; pero temo una cosa.

—¿Qué?

—Que precisamente el barranco donde nosotros las arrojamos, está en lo más escabroso de los montes, y á saber si los lobos habrán dado ya buena cuenta de los dos cadáveres.

—No está mal buscada la excusa,—repuso el marqués;—y eso honra tu sutileza; pero yo no he sabido todavía que los lobos coman telas de vestido ni pañuelos de abrigo.

—Es verdad,—contestó Juan sin vacilar;—no había yo caído que allí pueden haber quedado esos vestigios. Pero ahora hay otra dificultad; el descenso hasta el fondo del barranco, que es sumamente peligroso.

—Tú me acompañaste á Suiza el año pasado, y sabes que para mí esos descensos son juegos de niños.

—Pues, nada, nada, cuando el señor determine.

—Ahora, no vayas tú á perderme por entre aquellas montañas. Piensa primero si te acuerdas bien.

—Ya lo creo.

—Pues en ese caso, en seguida que esté en disposición de montar á caballo, nos vamos.

—Esta bien.

—Mientras tanto, es menester que te ocupes de Vicente.

—Ya sabe usted, que cuantas diligencias hemos practicado, han resultado inútiles.

—Ahora me parece que Robustiana nos ha de dar alguna indicación. Si es inocente, él la escribirá.

—¿Pero de qué ha de ser culpable?

—Por de pronto ya ha sido sospechoso cuanto ha hecho.

—En fin, veo que está usted muy predispuesto en su contra.

—Lo mismo que contigo, ya ves si soy franco. Mientras yo no pueda juzgar por mi mismo, no es posible que os crea á ninguno de los dos.

—¿Pero que interés podía yo tener en engañar al señor marqués? ¿Qué interés podía tener Vicente en hacer otro tanto?

—Ya lo creo, que debiais tener interés. En fin, dejémoslo correr hasta el día en que yo pueda salir.

Cuando Juan salió de la estancia de su señor, iba murmurando:

—¿De qué nace este afán de ir á los montes de Toledo? Mucho cuidado, Juan, mucho cuidado, porque este hombre es muy malo y podría tendernos algún lazo. Afortunadamente ya estoy curado de espantos.

Con mayor razón hubiera podido suponer Juan, que no eran buenos los proyectos de su señor si le hubiese escuchado cuando salió del aposento.

El marqués se quedó mirando hacia la puerta por donde su mayordomo había salido, y cuando estuvo seguro de que no podía escucharle, exclamó:

—Buena ha sido la idea que se me ha ocurrido, y tan buena, que responde precisamente á las dos cosas que me he propuesto. Si es verdad que las dos muchachas están en el barranco, mejor que mejor; allí debe quedarse Juan para hacerles compañía; y si no están, como es lo más probable, en ese caso, con mayor motivo se ha de quedar para purgar su engaño. De todos modos, Juan no vuelve á casa. Ya estoy harto de escuchar esas embozadas amenazas con que me viene siempre. Sabe ya demasiado y no puede continuar. Criado que conoce mucho á sus amos, y que llega á adquirir tanta confianza, suele abusar de ella.

Aquella tarde, Carlos estuvo á ver al marqués.

Se enteró de lo que habíale ocurrido en Avila y después de haberle significado su alegría, porque el percance no hubiese revestido la gravedad que pudiera haber tenido, dijo:

—¿Sabes que todavía seguimos ignorando lo que se ha hecho el cuerpo de mi tío?

—No te creas, que también me preocupa eso,—dijo el marqués.—Pues yo también tengo que darte una mala noticia.

—¿A que se refiere?

—Hombre, que tengo mis sospechas de que estos bribones á quienes yo había encargado la muerte de las chicas, no han cumplido con su obligación.

—¡Qué dices!

—Lo que oyes.

—Pero ¿en qué te fundas?

—Por el momento, nada puedo asegurarte; pero ten muy presente lo que te digo. Voy á averiguarlo dentro de pocos días, pero si me han engañado, te aseguro que alguno ha de pagarlo muy caro.

—Oye; ¿y no podría tener eso algo de enlace con lo del cadáver de mi tío?

—Eso se me ha ocurrido también; y como yo pueda descubrir lo uno, ya te aseguro que llegaré al descubrimiento del otro.

—Pero ¿qué tratas de hacer?

—No puedo decírtelo ahora; pero puedes estar seguro de que no he de omitir medio para que lleguemos al verdadero conocimiento de la verdad.

—Pues obra como creas más conveniente y dispón de mí si lo juzgas necesario.

—Ya lo creo que lo haré.

CAPITULO XXX

Presentimientos

Juan no podía menos de estar algo preocupado.

Conocía demasiado á su señor para no temer de él cualquier cosa.

Veía que las dudas habían tomado cuerpo en él y sin que pudiera explicarse la razón, aquel viaje no le daba, como vulgarmente se dice, muy buena espina.

Hubo momentos en que quiso obrar del mismo modo que Vicente lo había hecho.

Es decir, poner tierra por medio huyendo de aquella casa, donde temía que corriese peligro su existencia.

Pero, por desgracia suya, según tendremos ocasión de ver, desechó aquella idea salvadora.

Sucede con mucha frecuencia que los hombres, cual si estuvieran impulsados por una fatalidad incontrastable, á pesar de que abrigan el presentimiento de alguna

desgracia, carecen sin embargo de la fuerza suficiente para huir de ella.

Por el contrario; parece que ellos mismos procuran con sus actos, aproximarse á aquel desenlace que creen haber presentido.

Juan había adivinado lo hecho por Vicente.

Aquella historia que le había contado de los saltimbanquis á quienes confiara las dos niñas, no pasaba de ser una fábula.

El jardinero las había conservado en su poder, quien sabe si con la intención de utilizarlas más tarde.

¿Pero de qué manera podía hacerlo cuando los documentos que acreditaban la personalidad de las huérfanas obraban, bien en poder del marqués, ó bien en el suyo?

Por otra parte, no juzgaba al jardinero con alcances suficientes para utilizar aquellos elementos que la suerte había puesto en sus manos.

A estar las niñas en su poder, de otro modo irían las cosas.

Era preciso por lo tanto encontrar á Vicente, y los dos unidos y contando con las dos criaturas, ver el partido que podían sacar del marqués.

Y hacia este punto dirigió todos sus esfuerzos.

Escribió al pariente que tenía en Cebreros y en cuya casa estuvo esperando la llegada de Vicente para que le averiguara, aun cuando tuviera que recorrer toda la provincia de Segovia, si podía encontrar las huellas de aquel hombre, para lo cual como indicio poderoso podía servir el que llevaba en su compañía dos niñas vestidas de negro.

—Si Vicente me hubiese hablado claro,—decía algunas veces,—¿cómo era posible que todo esto se hubie-

ra hecho tan mal? Ahora sabe Dios lo que me costará encontrarle, y entretanto el marqués ¿quién es capaz de adivinar lo qué pensará hacer? De todo esto yo soy el único perjudicado, pues mi amo con el carácter que tiene y la cólera que experimenta por lo que le ha dicho la posadera, me ha cobrado una ojeriza que no sé en qué terminará. De todas maneras es menester que yo viva prevenido siempre y que no omita precaución de ningun género.

Y efectivamente; Juan iba armado siempre y desconfiaba de todos los demás criados de la casa puesto que nadie mejor que él los conocía.

Porque la verdad era que la servidumbre que su amo tenía, era en un todo digna de él.

Juan se la había proporcionado en su mayoría; y conocidas las inclinaciones del marqués y todos los misterios de aquella casa, la gente que á ella llevó, lo mismo servía para un fregado que para un barrido.

Es decir, que á todo estaba dispuesta con tal de que se la pagase bien.

Entre todas las personas que en medio de todo á él le debían el pan que estaban comiendo y la impunidad que habían alcanzado sus pasadas fechorías, de ninguna se podía fiar.

Unicamente el *Pito* era de quien estaba seguro.

Con su larga práctica y su conocimiento de ciertas corrupciones sociales, había descubierto en aquel jovenzuelo condiciones que no tenía ninguno de los demás criados que le rodeaban.

Y prueba de ello, que, como ya vimos en otra ocasión, en nadie pensó para confiarle su venganza sino en él.

Al día siguiente de su entrevista con el marqués y

con la seguridad ya de que éste no había de desistir del propósito que había formado de ir á los montes de Toledo, llamó al mozuelo á su habitación.

José Corrales, que así se llamaba el joven á quien le habían puesto el *Pito* porque era bastante alto y muy delgado, revelaba en su rostro una mezcla de malicia y de bondad, de inteligencia y de astucia, de energía y de sagacidad que llamaban la atención.

Era simpático y repulsivo según la fibra que vibrara en su corazón.

—Mira, *Pito*,—le dijo Juan, después que se hubo asegurado de que nadie podía escucharles.—Te he llamado porque necesito hablar contigo muy seriamente.

—¿Pues qué pasa, señor Juan?—contestó el mozuelo, demostrando en su rostro la inquietud que le causaban las palabras del mayordomo.

—Hay algo muy grave.

—¿Referente á mí?

—Sí.

—Explíquese usted, señor Juan, porque yo no puedo haber hecho nada que le pueda disgustar.

—Ya veo que has equivocado el verdadero sentido de mis palabras, ó tal vez he sido yo quien se ha expresado mal.

—Como ha dicho usted que había algo grave respecto á mí...

—Es decir, grave es el encargo que te tengo que dar.

—¡Toma! Pues dijera usted desde el principio que lo que quería era que yo hiciese algo que á usted le conviene y bastaba.

—Es que lo que has de hacer exige mucha reserva.

—Ya sabe usted que yo no me *berreo* jamás. Soy un chiquillo como ustedes dicen; pero las paredes de este pecho son de cal y canto y no dejan salir secreto que en ellas se encierra.

—Sí, te conozco muy bien.

—Pues entonces eche usted por esa boca y diga lo qué quiere. ¿Es algo como eso de estar observando la casa del señor duque?

—No. Es mucho más grave.

Y el acento de Juan vibró con tanta solemnidad, que el joven no pudo menos de mirarle asombrado, diciendo:

—¡Caramba, señor Juan, hable usted, porque, francamente, ha conseguido despertar mi curiosidad!

—Tú sabes que yo te he apreciado siempre.

—Y usted no ignora tampoco, que yo, entre las muchas cualidades malas que tal vez pueda tener, tengo una buena que es, la de que soy agradecido. Yo le debo á usted mucho, señor Juan, y esas cosas no se olvidan. Digo, al menos yo por mí pienso de esa manera; y si lo que es usted, pongo por caso, me pidiera la vida, pues se la daría con el mayor gusto. Al fin y al cabo la vida que uno lleva no vale gran cosa.

—¡Calla *Pito*, no digas eso!—repuso Juan, enternecido por las palabras del joven,—tú empiezas á vivir ahora y no sabes lo que podrás llegar á ser. Pero mira, hijo, si quieres adelantar en este mundo, escucha un consejo que te doy. Si llego á faltar de esta casa, vete de ella al momento; porque lo que es aquí, no podrías conseguir más que una cosa.

—¿Qué, señor Juan?

—Ser un bribón.

—¿Pues no ha dicho usted en otras ocasiones, que en el mundo no prosperan los hombres honrados?

—Sí; pero mira *Pito*, esa es una de tantas cosas que solemos decir los que no pertenecemos á su número. Tú créeme porque lo que te digo en estos momentos, es la pura verdad.

—¿De modo que usted desea que yo me vaya de aquí?

—Si yo llego á faltar, hazlo al momento.

—Pero vamos á ver. ¿por qué ha de faltar usted?

—¡Quién sabe! Como que ninguno tenemos la vida comprada...

—¡Jesús, qué gracia!—repuso el *Pito* haciendo un ademán que denunciaba la educación del granuja. ¿A que salimos ahora con que tiene usted aprensión?

—Puede que sí.

—¡Jesús, María y José! ¿Y que eso diga un hombre como usted? Vamos, aunque me lo juraran no lo hubiera creido jamás.

—Cállate *Pito*, cállate, que en este mundo no hay nada sin su por qué.

—Pero ¿es que se siente usted malo?

—Creo que me amenaza el mal.

—Vaya, no diga usted eso.

—Sí, es verdad.

—Diga usted, señor Juan; ¿eso lo dice con formalidad?

—Te digo que estoy amenazado.

—¿Pero qué quiere decir eso? Ahora me habla usted de amenazas y antes de enfermedades, ¿en qué quedamos?

—Vamos; ¿quieres que te lo diga más claro?

—Pues ya se ve que sí.

—Pues bien;—dijo Juan bajando la voz.—Aquí para entre nosotros, yo creo que estoy corriendo un gran peligro.

—¡Qué dice usted!

—Lo que oyes.

—¿Y ese peligro...?

—Puedes estar seguro que yo no soy manco.

—Y si acaso le hace á usted falta quien le ayude, ya lo sabe que aquí estoy yo. Si soy capaz de matarme con cualquiera por usted.

—Gracias muchacho, gracias; ya lo sé y realmente como tú hay pocas personas en el mundo.

—Pero vamos á ver, señor Juan; vamos á ver, explíqueme usted lo que le sucede.

—Ya te lo he dicho.

—Pero bien, ¿quién es el enemigo?

—No le conozco.

—¿Qué no le conoce usted y sabe que corre un gran peligro?

—Presiento éste y conozco aquél; y sin embargo no puedo decirte por dónde ni cómo han de presentárseme el uno y el otro.

El muchacho se rascó la cabeza sin saber qué contestar.

Parecíale tan oscuro lo que Juan estaba diciendo, que por más esfuerzos que hacía su inteligencia para descubrirlo, no lo podía conseguir.

Por fin preguntó:

—Pero, diga usted; ¿es un hombre ó una mujer de quien usted recela?

—Un hombre.

—¿Y usted le conoce?

—Sí.

—¿Pues no hay más que irse á él de frente y *endiñarle* una buena que le quite las ganas de...

—Calla, bobo; si eso pudiera hacerse como tú dices, ¿crees que yo me estaría de brazos cruzados?

—Pues repito que no lo entiendo.

—¿Tú sabes de quién lo recelo todo?

—Eso es lo que quiero saber.

—Pues bien; el peligro que me amenaza, proviene del señor marqués.

CAPITULO XXXI

La promesa de un granuja

Las palabras pronunciadas por Juan, impresionaron de un modo extraordinario á Pepe, á quien ya seguiremos llamando así, aun cuando en la casa le conocían por el mote.

Desde luego que había ya presumido que era del marqués de quien se trataba, ó cuando menos, que el peligro á que aludía el mayordomo, partía de aquella casa.

Pero al adquirir el convencimiento de que verdaderamente el peligro estaba representado por el mismo marqués, y que lo confesaba, precisamente la persona que en más íntimo contacto estaba con él y que por lo tanto tenía más motivos para conocerle, la sorpresa y hasta el temor del mozuelo, fueron mucho mayores.

Así fué que durante algunos minutos, no se cambió entre ellos palabra alguna.

Pepe miraba á Juan que se había quedado profundamente pensativo después de sus últimas palabras.

El joven lo atribuyó al efecto que en él debían causar los presentimientos ó las sospechas de aquel peligro de que acababa de hablar.

Y viendo que se prolongaba el silencio del mayordomo, le dijo:

—¡Ea, vamos, señor Juan! ¡qué demonio! siempre he oído decir que hombre prevenido vale por dos; y siendo así, si usted lo está y yo también, ya podemos decir que valemos por cuatro.

—Con ese hombre, no valemos nada.

—¿Cómo?

—Lo que te digo. Tú no le conoces. El marqués nos gana á todos en astucia y en perversidad. Ya te lo dije desde el primer día.

—Pero vamos por partes; no hay que ofuscarse y miremos las cosas con calma. ¿Esos temores que usted siente, ¿de qué nacen?

—De un viaje que me ha propuesto el marqués.

—¿De un viaje?

—Sí.

—Pues precisamente en un viaje es donde menos peligros creo yo que se corran.

—Eso prueba que desconoces por completo á la persona de quien se trata.

—Pues mire usted, buen remedio, ¿quién le manda á usted ir? Si abriga usted algún temor, lo prepara todo y *toma el olivo* caminito de Madrid ó de cualquier otra parte.

—Tal vez sean aprensiones mías.

—Así me parece también; porque vamos, usted que tanta confianza tiene con el señor marqués, usted que en bien ó en mal, que en eso no me he de meter yo, parece que ha corrido todas las borrascas de la vida de su señor, no debe tener temor alguno.

—Pues mira tú lo que son las cosas. Eso que á tí te inspira tanta confianza, es precisamente lo que á mí me aterra. Con estos señores, tenlo siempre por seguro, el haber sido sus cómplices, constituye para ellos el mayor de los crímenes.

—No se lo disputaré, porque al fin y al cabo usted tiene más años, y por lo tanto más experiencia, y ésta, dicen, que es madre de la ciencia. Pero de todas maneras, si yo me encontrara en su caso, ó me prepararía para pegar antes que me pegaran, ó á la chita callando, haría la procesión del Niño Perdido, ¿comprende usted lo que le quiero decir?

—Sí que lo comprendo; pero, ¿qué quieres? hay cosas que á uno le cuesta trabajo el hacerlas.

—Pues entonces, señor Juan, ya no sé qué decirle, ¿usted cree que yo le sirvo para alguna cosa?

—Ya lo creo; y la prueba te la estoy dando con esta confesión que te estoy haciendo. Nadie más que tú conoce en este casa el estado de mi corazón.

El semblante del muchacho, expresó la satisfacción.

Realmente era una prueba de confianza.

Y esta prueba le enorgullecía.

Así fué que dijo con voz conmovida:

—¡Gracias, señor Juan, gracias, porque con eso parece que me eleva usted hasta el mismo nivel!

—No, no quisiera que te encontrases jamás en mi caso.

—Pues si yo pudiera, cambiaría gustoso su posición por la mía. De este modo, si peligro existe, sería para mí.

—¡Bien, muchacho, bien! ¡Si cuando yo te elegí, ya supe lo que hacía!

—¡Ea, señor Juan! dígame usted que es en lo que yo le puedo servir.

—Tienes razón; estamos hablando hace ya mucho tiempo, y sin embargo, no te he dicho nada de provecho.

—Pues ya puede usted empezar.

—Supongamos que por un caso, imposible de determinar en estos momentos, faltase yo de esta casa.

—¡Toma! si usted falta, falto yo también.

—No; tú no debes por ningún estilo alejarte sin haber cumplido bien mi encargo.

—¿Y qué encargo es ese!

—Ahora te lo diré.

—Pero dígame usted; porque ó yo no le entendido bien, ó parece que usted ha querido decir que se marcharía de aquí sin decirme una palabra.

—No.

—Pues entonces...

—Podría salir de aquí habiéndome despedido de tí y no volver, sin embargo.

—¡Dale! ¿Ya volvemos á lo mismo de antes?

—Como que esa ha sido la razón por la cual te he llamado.

—Pues mire usted, para evitar todo eso, el mejor camino es que yo me pegue á usted como una lapa, y donde usted vaya, me marcho yo también; así sabré todo lo que sucede.

—Estás en un error. Eso no puede ser.

—¿Pero por qué?

—Porque llamarías la atención, y porque sin el beneplácito de tu amo, no podrías hacer nada tampoco.

—Pues mire usted, me paso sin él y santas pascuas.

—Tú harás lo que debas, que es quedarte aquí, observar y cumplir las órdenes que te voy á dar.

—Bueno, bueno; ya he dicho á usted que no tengo otra voluntad que la suya, y por lo tanto, disponga lo que quiera. Pero francamente, me duele mucho el que no me deje usted que le acompañe.

—Puedes servirme mejor aquí. Si vinieras conmigo, correrías mi misma suerte, no te quepa duda, porque conozco mucho el terreno que piso.

—Lo que yo le digo á usted, es que me parece que exagera algo la situación.

—Te digo que no exagero nada y que conozco mucho, lo mismo al marqués que á todos los que hay en esta casa, y la prueba de ello es que únicamente me fío de tí.

—Como usted quiera.

—Como tengo la seguridad de que has de cumplir mi venganza si muero, no he vacilado un momento en disponerlo todo para que tú fueses mi ejecutor testamentario.

—Vaya, que no diga usted eso, señor Juan.

—Podrá ser que no suceda; pero si sucede, obra sin piedad, porque te aseguro que has de encontrar á mano todos los elementos que necesites. Toma,—prosiguió Juan, sacando de la cartera la otra mitad de la contraseña que había dejado al escribano de Avila;—si ves que transcurren cinco ó seis días sin saber de mí, noticia

alguna, no te despidas del marqués, ni le digas que te marchas de su casa; recoges el dinero que tengas y el que encontrarás en mi baul, cuya llave te entregaré al salir de esta casa, y te marchas directamente á Avila.

—¡Toma! ¿y qué he de hacer yo en Avila? ¿acaso estará usted allí?

—¡Sabe Dios en dónde estaré yo entonces!

—¡Pero señor, esto es poner las cosas en el último extremo!...

—Pues así es como tenemos que ponerlas, porque desengáñate, que digas tú lo que quieras, yo esto lo veo muy mal.

—De modo, que según la manera que tiene usted de ver las cosas, esta casa es poco menos...

—Que una caverna de bandidos, querido Pepe,—contestó Juan en voz baja.

—¿Y así ha podido usted vivir tantos años?

—Que quieres hijo; en el mundo suceden cosas que no se explican. Puedes creer, y te lo aseguro por el nombre que tengo, que yo no había nacido para esta vida; pero el hombre, dice el refrán, que propone, muchas veces, y la casualidad ó el demonio disponen lo contrario. Así me sucedió á mí. Por un cúmulo de circunstancias que no es ahora del caso referir, yo me hube de encontrar á merced de ese hombre, le agradecí lo que hizo, y héteme desde entonces ligado con él por completo. Y ya se ve, hay ciertas sendas en las cuales si se pone el pié una vez... malo, muy malo, ya no se puede retroceder. Así me pasó á mí: y puedes creer muchacho, que más de una vez he maldecido la hora en que conocí á este hombre. Por eso te digo que si yo falto de aquí, mucho ojo, Pepe, no te estés más que el tiempo ne-

cesario para realizar lo que te he dicho. Fuera de aquí al momento, porque tú eres listo, el marqués lo ha *guipado* ya y te envolvería en sus redes. Por otra parte, yo tengo necesidad de un vengador.

—Yo lo seré, señor Juan, yo lo seré, si por desgracia llegaran á realizarse esos sombríos presentimientos. Felizmente me parece que no ha de ser así. Pero todavía no ha acabado usted de explicarme...

—Tienes razón; si hablando de esto, créete que se me va el santo al cielo.

—Pero bien, ¿qué hemos de hacer?

—Pues como te he dicho, te vas á Avila y te diriges á casa de ese notario cuyas señas tienes ahí en ese papel.

Y Juan al decir estas palabras, entregó al mozo otro papel donde estaban el nombre y las señas del notario, así como también el resguardo que éste le había dado, añadiéndole:

—Con este documento que le darás y la contraseña que tienes ya en tu poder, te entregará un paquete de papeles que recoges cuidadosamente y que procuras ocultar á todo el mundo, Pepe, porque esos papeles, encierran un tesoro.

—¿Pues y por qué no los utiliza usted?

—¡Si hubiera podido salir de aquí!...

—¿Y no puede, acaso?

—Te diré. No tengo la seguridad de que se atente á mi vida, y por lo tanto, no puedo obrar por la mera presunción. Tú estás en distinto caso, porque obrarás ya con verdadero conocimiento de causa y con la seguridad de que vas á realizar un acto de justicia. Cuando esos papeles estén en tu poder, procura asegurarte bien de

que nadie puede observarte y entonces te enteras de ellos.

—Pero esos papeles...

—Representan la vida de dos infelices criaturas á quienes has visto aquí hace pocos días.

—¡Cómo! ¿Serían aquellas dos niñas que usted se llevó?

—Sí.

—¿Y dónde están?

—Lo ignoro. A buscarlas debes dedicarte; y si las encuentras ahí está el tesoro de que te he hablado. Además entre aquellos papeles, tropezarás con otros no menos interesantes y con los cuales podrás desenmascarar á un bribón.

—¡Pues apenas si trata usted de echar menuda carga sobre mí!

—Ya te he dicho que te legaba mi venganza. ¿Estás dispuesto á ejecutarla?

—¿Y esa pregunta me hace usted, cuando le he ofrecido mi vida para salvar la suya, si era necesario?

—Por esa razón te he dicho que únicamente en tí confiaba.

—Y yo juro á usted cumplir en todo y por todo el encargo que me ha dado; y eso, señor Juan, lo juro por la honrada memoria de mis pobres padres á quienes tampoco he podido conocer.

Y al decir estas palabras, el acento de Pepe temblaba sofocado por la misma emoción que le embargaba.

Juan abrazó al muchacho diciéndole:

—Gracias, gracias; no esperaba yo menos de tí. Ahora te encargo mucho, la mayor prudencia. Guarda cuidadosamente estos papeles que te he dado, y si llega

el caso de que por falta mía tengas que recoger los otros que te he dicho; no te fies de nadie; vive siempre prevenido y dudando de todo y de todos, obra por tí solo, exclusivamente por tí y según te dicte la conciencia.

—Se lo juro á usted, señor Juan; así lo haré.

—Conságrate á buscar á esas niñas. Deben estar, no olvides este detalle, en poder del jardinero Vicente.

—¡Cómo! ¿El que estaba aquí?

—Sí. El las ha recogido y él las ha llevado tal vez con el propósito de salvarlas. Pero Vicente, no pasa de ser un pobre hombre y tal vez por quererlas salvar, él mismo las pierda. Tú con los documentos que ya te he dicho, eres quien únicamente lo puede hacer.

Todavía estuvo Juan dando algunas instrucciones á su compañero, separándose después, no sin que éste se alejara un tanto pensativo y cabizbajo.

CAPITULO XXXII

¿Quién era el Pito?

El chicuelo á quien Juan había dado un encargo de importancia, en previsión de que se realizasen acontecimientos para él nada agradables, ha de dar bastante juego en nuestra obra para que merezca la distinción de que nos enteremos de su origen y de las vicisitudes de su existencia hasta el momento de ser encontrado por el mayordomo del marqués del Pino.

José Corrales, honrado hijo del pueblo madrileño, había contraído matrimonio con Teresa García, de tan humilde origen como su esposo y de honra tan inmaculada como la de éste.

Mucho tiempo hacía que ambos se habían conocido.

José era albañil y una mañana, poco después de rayar el alba, cuando se dirigía á su trabajo con paso pre-

suroso, pues era poco amigo de faltar á la obligación que se había impuesto, pasó junto á dos mujeres.

Una de ellas tenía apenas cuarenta años, pero representaba más de cincuenta por lo menos.

La otra era una hermosa joven de diez y seis ó diez y siete primaveras.

Sus ojos eran negros, grandes, rasgados y despedían ese hermoso brillo propio de la juventud... y de los ojos hermosos.

Negros también sus cabellos, realzaban el pálido color de su tez, cuyos tonos oscuros en las mejillas provenían de la influencia contínua de los rayos solares.

Su talle era esbelto y airoso su andar, cual el de casi todas las hijas del pueblo madrileño.

La mujer de más edad asemejábase extraordinariamente á la otra.

Bastaba verlas, para afirmar que eran madre é hija, bien que la primera tuviese la faz muy ennegrecida, grises los cabellos, apagados los ojos y el aire desgarbado y abatido de las personas que sostienen ruda, enérgica y continuada, la lucha por la existencia.

José miró á la chica y no pudo menos de exclamar:

—Es *uste* la mejor moza de *los Madriles*.

—¡Puede!—contestó ella, mientras la madre reía con satisfacción.

—¡No faltaba más sino que yo no dijese la *verdá!*... ¡Cómo que si no fuese ahora al Banco de España á cobrar la gorda, cogía los dos talegos que llevan ustedes á la cabeza y me los echaba al hombro...

—¡Eso! y vendrían los *guindillas* y le llevarían á la cárcel!... ¡Como si no hubiese más que coger ta-

legos!... ¡Cogían!...—exclamó Teresa lanzando una carcajada.

—Poco á poco,—repuso José con seriedad.—Yo soy pobre pero honrado... Quiero decir que hubiese cogido los talegos para acompañar á ustedes y que no fuesen tan molestas.

—*Sagradece* la intención,—dijo la madre.

Y añadió con voz no exenta de amargura:

—Pero ahí tiene *uste*... El que quiere no puede... y el que debía hacerlo, no quiere... ¡Siempre me ha *pasao* lo mismo en esta arrastrada vida!

—Pues yo digo á *uste*, *señora*, con *formalida*, que sino hubiera de ir á mi obligación, puede que pasara más adelante, porque esta joven... vamos... me ha entrado por el ojo...

—¡Hombre! haga *uste* el favor de sacarla de ahí, porque tiene que acompañarme. Yo también soy muy formal... y sino que lo digan en *to* el Manzanares... *Naide* dirá mal de Paca *Llantos*, la lavandera... Y ya ve *uste* el *prejuicio* que me causaría si se llevaba á la chica en el ojo y no me podía ayudar á lavar esta *desinificancia* de ropa.

José era listo.

De toda la perorata de la buena mujer, no tomó más que la indicación que le convenía.

La mujer era conocida por Paca *Llantos*, en el río, cuyo más famoso puente, según el poeta

en invierno es de Madrid
y en verano de Rioseco.

Con esto tuvo bastante.

Cruzó algunas frases más con las dos mujeres, y

luego se separó de ellas y se fué á su trabajo algo más preocupado que de costumbre.

La joven le había causado una impresión grandísima.

Tan grande, que apenas tuvo tiempo para ello, se encaminó á los lavaderos del Manzanares y allí no sólo averiguó dónde vivía Paca *Llantos*, sino que tomó respecto á ella y á su hija todos cuantos informes pudo adquirir.

Y todos fueron buenos.

Paca *Llantos* era llamada así por mote, á causa de la frecuencia con que vertía lágrimas y no por sensiblería.

Habíase casado enamorada de su esposo *hasta las cachas*, así lo dijo una de las lavanderas; pero el *indino*, á los dos años de casado, había huido con una *pelandrusca,* dejando en cinta á su mujer.

Esta habría muerto, al dar á luz, por falta de alimentos y de cuidados, sin la benéfica caridad de algunos vecinos, enterados de lo que había ocurrido y llenos de indignación por el vil proceder del marido, cuyo paradero no pudo ser averiguado.

La pobre mujer echó al mundo á Teresa, y cuando pudo levantarse del lecho, miró de frente su situación.

Esta no tenía nada de lisonjera.

Carecía de bienes de fortuna y los pocos ahorros que hiciera durante los dos primeros años de su desdichado matrimonio, habían huido con el bribón de su esposo.

Pero Paca no se amilanó.

Miró á su hija, depositó en su tierna cabeza un beso y dos lágrimas, y se dijo:

—Yo trabajaré para las dos.

Al día siguiente y con el auxilio de personas caritativas, dió comienzo á su rudo oficio de lavandera.

A fuerza de trabajo y de economías, consiguió sustentarse y sacar adelante á la niña que crecía en hermosura de cuerpo tanto como en la del alma.

Esta se hallaba expresada en la siguiente frase, repetida numerosas veces por la madre.

—Tiene diez y siete años y no me ha dado ni un disgusto.

No sólo era así, si no que desde qne la muchacha se sintió con fuerzas para ello, dijo á su madre:

—Desde mañana yo lavaré también... No es justo que me esté hecha una holgazana y tú ganes para las dos.

Paca trató de oponerse á semejante resolución.

Pero fué en vano.

Por primera vez é impulsada por un móvil generoso, la hija se rebeló contra la autoridad maternal, y acabó por decir:

—Si no me dejas que trabaje, me dejeré morir de hambre... No quiero comer de lo que tú ganes.

Había en aquella frase más sublimidad que en los mejores discursos de los más óptimos oradores.

Paca abrazó enternecida á su hija, y desde el día siguiente ambas bajaron juntas al Manzanares.

De esta manera pudieron ensanchar el círculo de su parroquia y vivían con cierta relativa comodidad.

Cuando José hubo adquirido estos datos, preguntó:

—Bueno; pero la chica ¿ha tenido ó tiene novio?

La lavandera interpelada se echó á reir.

—¡Vaya!...—dijo.—¡Ya veo por dónde va el agua al molino!...

—Eso no es contestar...

—¡Claro! ¡Cómo que es una *figuración* mía!... Pues

sepa *uste* que no tiene buen genio la *señá* Paca para esas cosas... Como que gato escaldado del agua fría huye y de los escarmentados nacen los avisados, así que alguno hace cocos á la chica... y ha sido más de uno y más de dos... porque no crea *uste* que si está la carne en el plato es por falta de gato...

—Ya lo comprendo... Pero ¿qué pasa cuando hacen cocos á la chica?

—Pues que la madre va... ¿y qué hace? Toma informes del *endividuo*... y á éste porque bebe y al otro porque fuma y al de más allá porque escupe, á todos los manda con cajas destempladas... Y la chica se encoge de hombros como diciendo: Ella sabe más que yo... y ya no vuelve á mirar á la cara á *denguno* aunque se le ponga delante.

José dió las gracias á la expansiva lavandera y se marchó contento y preocupado, pensando:

—¿Iré yo á sufrir la suerte de los demás?

Pero se puso la mano sobre el corazón, consultó su conciencia, y ésta de nada le acusó.

Además, se dijo con razón, que quien no se arriesga no pasa la mar, y se arriesgó.

No hubo de pesarle.

Paca, cuando él se presentó á decirla que le gustaba su hija y quería entrar en relaciones con ella... *por supuesto, con buen fin*, respondió con cierta solemnidad:

—Lo pensaremos.

Y como había hecho respecto á los otros pretendientes, tomó informes de José.

Abreviemos.

Los informes fueron favorables, pero se tocó la cuestión de intereses.

Ni el pretendiente ni la pretendida tenían un cuarto, y la madre dijo:

—Teresa es joven y puede esperar. Trabaje *uste* y ahorre, y cuando tenga siquiera para poner un mal puchero, se casará con ella y santas pascuas.

José, cada vez más enamorado de la chica, trabajó con ardor y ahorró hasta con heroismo, pero como su jornal no era grande, hubo de pasar tres años antes de encontrarse en condiciones para colmar sus deseos.

Al cabo de dicho tiempo se unió á Teresa.

CAPITULO XXXIII

Continuación

TERESA correspondía ardientemente al amor que José había experimentado hacia ella, y tanto merced á esta circunstancia como á las buenas cualidades de ambos amantes, durante algunos años todo fué en la casa felicidad y bienandanzas.

Hemos dicho mal.

Ni hay carne sin hueso, ni dicha completa en el mundo.

La que disfrutaban los esposos estaba amargada por una circunstancia.

Pasaba el tiempo y no tenían hijos.

Una de las muchas contradicciones de la naturaleza humana, consiste en el deseo del pobre y la indiferencia del rico, por punto general, de tener sucesión.

Quien más apurado ha de verse para cumplir sus deberes paternales, es el que con mayor ardor desea ser padre.

El que tiene medios sobrados para atender á esa y otras muchas obligaciones, ese se muestra indiferente cuando no hóstil á contraerlas.

Y repetimos que nuestra apreciación no es absoluta.

Hablamos de lo que sucede por regla general y no desconocemos que esta, como todas, tiene sus excepciones.

Los jóvenes esposos habían llevado en su compañía á Paca, y ésta cuya principal cualidad era el buen sentido, no podía menos de decirles, cada vez que los veía tristes por la causa que dejamos indicado:

—Pero *arrastraos* ¿no *sus* queréis? ¿No estáis arrullándoos siempre como dos tórtolos y á mí se me cae la baba *viéndosus*? Pues no hay que tentar á Dios... Cuando él lo hace ya sabrá por qué... Si tenéis un hijo y os sale más malo que la quina, como el condenado aquel que me dejó en la estacada ¿no veis que *sus* tiraréis de una oreja y no *sus* alcanzaréis á la otra?... Entonces no vengáis con *andróminas* ni con tonterías y á trabajar y á *divertirsus* y fuera...

Tenía mucha razón la buena mujer.

Los hijos, en verdad; ni deben ser deseados ni recibidos sino con júbilo.

Pero á los dos jóvenes esposos no les hacían mella las reflexiones de la buena mujer y cada vez que pensaban en el asunto, no podían menos de suspirar.

Desde que se casaron, como quiera que José se creyó con medios suficientes para sostener toda la familia, había pretendido que ni Teresa ni su madre volviesen á lavar ropa.

Pero la segunda le había dicho resueltamente:

—Cuanto á lo que toca á la chica, está bien. Ahora

yo... ese es otro cantar... Bueno que no me mate y que si estoy enferma me atendáis y Dios os pague eso y el tenerme á vuestro lado... Pero yo no quiero vivir á las costillas de nadie, mientras pueda ganarme dos cuartos.

Y no hubo medio de sacarla de ahí.

Precisos fueron muchos ruegos y muchas reflexiones para hacer que siquiera disminuyese el trabajo y se quedara sólo con un corto número de sus antiguos parroquianos.

Paca se resistió enérgicamente y sólo hubo de resignarse á tal concesión, ante estas palabras que, por su bien, la dijo José, procurando darlas el acento de la más brutal franqueza:

—¡Pero no ve *uste* que ya se hace vieja y si coge una *enfermeda* en fuerza de trabajar, nos costará la torta un pan!

Paca no sabiendo que responder, se resignó á trabajar menos desde aquel día.

Así y todo, como quiera que su naturaleza estaba muy debilitada por los disgustos, por las privaciones y por la ruda tarea que á diario se había impuesto durante mucho tiempo, lo que José había indicado con el loable fin que conocemos, sucedió en realidad.

Paca cayó enferma.

El trabajo á que se había consagrado durante tanto tiempo habíale hecho contraer dos temibles dolencias que se manifestaron á la vez con increible energía: el reuma y el asma.

Cuando la vió el médico movió la cabeza de un modo significativo y que nada bueno presagiaba.

Los presagios se cumplieron.

Aunque José y Teresa asistieron á la pobre mujer con solícito cuidado, al cabo de dos meses de costosa enfermedad, falleció Paca *Llantos*, bendiciendo á sus hijos y consolándolos con las siguientes palabras:

—Yo me voy... pero os quedáis vosotros... y me da el corazón que no tardaréis en encontrar lo que tanto habéis buscado... Este es el mundo... No me lloréis... porque yo muero tranquila... José... eres un hombre honrado... ¡Dios te bendiga!... Tú no serás como... el otro... á quien perdono con todo mi corazón... ¡Adiós!... Hijos míos... ¡Adiós!...

Y espiró.

Hay momentos en que las personas parecen tener el dón de profecía.

Túvolo Paca en cuanto á unos hechos, bien que no acertase en todo cuanto supuso ó dejó entrever al morir.

No habían pasado muchos meses desde su muerte, sin que Teresa comunicara á su esposo la fausta nueva de que se hallaba en cinta.

El tiempo había ido borrando las huellas y los efectos del dolor que habían experimentado ambos cónyuges por el fallecimiento de la excelente mujer, madre de la una y suegra del otro.

El fausto suceso de que se ha hecho mérito, acabó de devolverles la perdida alegría.

Ya no pensaron ambos consortes sino en la criatura que había de nacer.

Todo fueron cálculos y conjeturas respecto á si el fruto de los amores de ambos cónyuges sería varón ó hembra.

José hubiera preferido que fuera niña.

Teresa estaba porque fuese varón.

Acordándose de los padecimientos de su madre y calculando que no todas las mujeres alcanzan la suerte que á ella la había tocado, de tener un esposo que la cuidase y la quisiera con extremo, deseaba que su futuro vástago perteneciera al sexo masculino para que se hallara libre de las contingencias propias del débil.

Y se salió con la suya.

Cuando se cumplió el tiempo necesario para la gestación, Teresa dió luz á un niño.

Púsole por nombre el mismo de su padre, y durante algunos meses la felicidad que reinaba en aquel hogar aumentó en vez de disminuir.

José, progresando en su oficio, de oficial de éste, había llegado á maestro.

Como contaba con algunos recursos, proyectaba emprender con ellos ciertos negocios en relación con sus conocimientos.

Pero no había contado con lo fortuito, con la desgracia.

Un día examinando la solidez de una pared recién construida, vínose ésta abajo, y cogido entre los escombros recibió tan graves lesiones que, al reconocerle los facultativos, comprendieron que era necesario proceder desde luego á la amputación de una pierna.

Y ni aún así respondían de la vida del herido.

José convino en que se le hiciera la operación, y Teresa, sacando fuerzas de flaqueza para no perder la presencia de ánimo en aquellas terribles circunstancias, dijo también:

—¡Oh! Sí: hágase todo cuanto sea necesario... Con tal que él se salve, yo me daré por satisfecha.

Ni aún esto quiso concederla la adversa suerte.

José soportó con valor heróico la dolorosa operación que hubo de sufrir.

Durante una porción de días estuvo luchando con la muerte.

Hubo un instante en el cual creyeron médicos y esposa que el enfermo se salvaría, pues la fiebre que le ocasionó la operación parecía ir venciéndose.

Pero entonces surgió una complicación nueva.

Otra de las contusiones que recibió el desdichado José y á la que no habían prestado atención los facultativos juzgándola de pequeña importancia, comenzó á presentar fatal aspecto.

La enfermedad, por aquella parte, había hecho su curso con tanta mayor rapidez, cuanto que no había sido atacada y que encontraba circunstancias favorables en el estado de decaimiento del paciente y en el trastorno ocasionado á la naturaleza toda por el hecho de haberle disgregado un miembro.

Y el resultado fué que la infeliz Teresa tras de huérfana hubo de quedarse viuda y por añadidura pobre, pues lo largo y costoso de las enfermedades de su madre y de su marido, habían agotado todos sus recursos.

Pero como á la *señá* Paca, á Teresa la dió resignación y valor para afrontarlo todo, el fruto de su matrimonio.

La joven fijando la vista en su hijo, pensó:

—¡Pobrecito de mi alma!... ¡Quién te cuidaría, quién velaría por tí, si yo me dejara matar por las penas!

Y tanto puede el amor de madre que bastó aquella consideración para que lograra sobreponerse al inmenso dolor que la embargaba, pues si buena hija había sido,

fué luego bonísima esposa y la pérdida de la *señá* Paca y de José habían resultado para ella dos golpes tan terribles, que de no haber tenido á su hijo es posible, más aún, es casi seguro, que hubiesen concluido con su existencia.

Así y todo, no dejaron de producir efectos desastrosos.

El niño se hallaba todavía en el período de la lactancia, y como ésta se resintió primero de las penas y luego de las escaseces de la madre, resultó la criatura tan poco nutrida que por lo delgado de su cuerpo mereció que los chicos del barrio le dieran desde luego el sobrenombre ó apodo de el *Pito*, con el cual fué conocido desde entonces más, pues si bien el mote le disgustó al principio, como sus compañeros no desistieran de aplicárselo, al fin y al cabo hubo de resignarse á llevarle.

E inútil es decir que esto sucedió cuando llegado á los seis ó siete años, jugaba ya y corría por la calle con otros buenos mozos de su misma edad poco más ó menos.

CAPITULO XXXIV

Infancia del Pito

Los padres de José Corrales, el marido de Teresa, habían fallecido mucho antes de que aquél y ésta se conociesen.

Ya sabemos también que el criminal esposo de Paca *Llantos* hallábase en ignorado paradero.

Así, pues, cuando tras ésta falleció José, Teresa se quedó en una situación análoga á la que había afligido á su madre.

Estaba sola con su hijo Pepe y no más que con sus esfuerzos podía contar para atender á éste y á sí propia.

Si algún pariente lejano tenía, ó no se hallaba en Madrid, ó era despegado, ó estaba en peor posición que ella.

Nadie, sino el que lo ha visto y tocado, sabe á ciencia cierta cual es la suerte, ó mejor dicho, cual es la desgracia de la clase trabajadora, en determinados puntos, en-

tre los cuales se cuenta por desdicha en la capital y corte de España.

La carestía de los alquileres, la insalubridad y malas condiciones de las casas, el elevado precio de todos los artículos de primera necesidad, los rigores del clima, tan excesivamente frío en invierno, como abrasador en el verano, todo esto y otras muchas circunstancias que fuera prolijo enumerar, hacen casi insoportable la existencia de los trabajadores de la corte que para permanecer en ella necesitan verdaderamente ese amor grande, innato en el hombre honrado al sitio donde se ve la primera luz.

Teresa, para cumplir sus obligaciones, tenía que luchar además con lo mal pagados que están en todas partes los trabajos de la mujer.

Sin embargo de eso no se desanimó.

Habíasela comunicado la energía de su madre, y al verse como único amparo, como exclusiva protectora de su hijo, dijo para sus adentros:

—Yo sabré sacarle adelante, cueste lo que cueste.

Con noble ardor se consagró al trabajo y cuando su hijo llegó á edad conveniente para ello, le mandó á una escuela municipal, pensando:

—Si Dios me da vida y salud, lograré hacer de él un hombre... De todas maneras, el saber no ocupa lugar.

Esto es muy cierto.

Pero también lo es que un niño, al dar los primeros pasos por el mundo, necesita un cuidado asíduo, una vigilancia constante y que Teresa, por más que se esforzaba, no podía atender á estas y á las otras, más perentorias obligaciones, de ganar lo preciso para el necesario sustento.

De aquí que Pepito, falto de la constante vigilancia que su madre no podía consagrarle, haciendo amistad con otros muchachos de su edad, de peor índole y de pésimas costumbres, comenzara á pervertirse ó más bien á ofuscarse.

El chico tenía un corazón de oro.

Su carácter era dócil; pero esta misma cualidad que, bien dirigida, hubiera podido dar óptimos frutos, fué la causa de su perdición.

Pepe hacía cuanto le decían sus compañeros y de ellos se dejaba llevar constantemente.

—Hoy no vamos á la escuela,—decía uno de ellos.

—¿Y si lo sabe mi madre?—preguntaba el chico.

—No lo sabrá... Hace un día *manífico* y hemos de ir al campo del Moro á jugar al marro...

—Pero...

—¿Te gusta más ir á que el maestro te dé con la palmeta?

—No es eso...

—Entonces... *amos* á pasear... No seas marica...

Y el muchacho acababa por marcharse con su Mefistófeles y otros pilletes tan buenos como él.

Así pasaba el tiempo y sus escapatorias pasaban también inadvertidas para Teresa porque Pepe era despejado, tenía facilidad para aprender en un día lo que á otros costaba una semana y en realidad, no se atrasaba en sus rudimentarios estudios.

Pero iba adquiriendo las peores costumbres.

Hacíase holgazán é insolente.

Su madre había tratado en vano de corregirle las primeras veces que la faltó al respeto y, al fin, acabó por dejarle en paz, en virtud de dos causas: el excesivo ca-

riño que profesaba á la única persona de su familia que la había quedado y el cansancio moral que la produjera su contínua lucha contra la desgracia.

Cada vez que Pepe la daba alguna mala contestación ó hacía alguna travesura, Teresa se contentaba con exclamar:

—¡Ay, qué muchacho! ¡Me va á quitar la vida!...

O decía al chicuelo:

—¡Quítate de mi vista, *arrastrao!*

El entonces se apresuraba á obedecer, no por miedo á un castigo que sabía no se le había de imponer, sino para irse á jugar á la calle.

Y en unas cuantas horas no parecía por su casa.

A veces la ausencia duraba tanto, que su madre se asustaba é iba desolada buscándole por todas partes.

Mas casi nunca daban fruto sus investigaciones.

Cuando Pepe volvía y encontraba á Teresa llorando, dirigíase á ella, la hacía unos cuantos mimos, decíale dos ó tres frases picarescas, con el gracejo propio de los pilluelos madrileños y acababa por hacerla sonreir.

Tras esto, venían diálogos por el estilo del siguiente:

—¿Pero de dónde vienes, condenado?

La respuesta variaba.

Unas veces venía Pepe de coger majuelas.

Otras, de robar lilas en el Retiro.

Cuando, de coger grillos.

Cuando, de pescar fraudulentamente en el Estanque grande.

Y lo que era peor, los pretextos resultaban ser varios... y una sola mentira verdadera, si vale la palabra.

Entonces la madre le echaba un sermón al mucha-

cho, le contaba las angustias que había pasado y le amonestaba á que no volviese á las andadas.

Pepe la hacía cuatro caricias y cuatro gestos más ó menos irreverentes y nunca dejaba de decir:

—¡Vaya! *¡Pus* no eres poco tonta! ¡Ni que yo fuera un niño de teta!

A la sazón tenía diez años.

Entre sus compañeros de escuela, mejor dicho, entre aquellos de sus compañeros que no iban á la escuela, había uno de diez y seis á diez y ocho años, que era de todos el mayor en edad, estupidez y maldades.

No es necesario referir más antecedentes, pues apenas si ha de figurar en la novela.

Basta decir que aquel muchacho pendenciero, holgazán, estúpido, era además de esto un ladronzuelo.

Tenía la malicia y la habilidad de los tontos y merced á ambas cosas, vió en el Pito una mina explotable.

—Este es listo,—se dijo,—y podrá ayudarme en la faena.

Pero le conocía de sobra para no andar con tiento antes de atreverse á hacerle detenidas proposiciones.

Los tontos suelen ser astutos y así lo demostró aquél en la conducta que observó respecto á Pepe.

Comprendiendo la superioridad que sobre éste le daban su edad y su carácter, trató de atraérsele.

Para ello fuéle suficiente hacerle algunos pequeños regalos, fruto de sus latrocinios y darle cierta importancia respecto á los demás compañeros.

Constantemente le repetía:

—Tú eres más hombre que los otros y si quieras, lo serías más todavía.

Entonces Pepe solía preguntar:

—¿Y qué he de hacer para eso?

A lo cual respondía el bribonzuelo:

—Ya te lo diré... Sabes que soy tu amigo y te quiero bien... Déjate llevar por mí...

—¡Vaya! Haz todo lo que quieres... y mientras no se trate de nada malo...—respondía candorosamente el *Pito*.

Estas palabras hacían torcer el gesto á su interlocutor que, al oirlas, no se atrevía ya á espontanearse.

Sin embargo, en la tenacidad propia de los de su especie, continuó trabajando el ánimo de la criatura, y conquistándose su afecto y su gratitud con frecuentes dádivas.

Pepe estaba admirado de que un muchacho de aquella edad y de su pobre apariencia, tuviese siempre pesetas disponibles, cuando él no podía llevar ni aún cuartos.

Al principio tomaba lo que su amigo le ofrecía y guardaba silencio.

Por fin, no pudo contenerse y le preguntó:

—¿Pero cómo te las arreglas para tener siempre dinero?

Entonces el pillete en vez de contestar explícitamente, decía:

—Cómo podrías arreglártelas tú si quieres creerme...

—¡Pues ya!

—Pero dices siempre que no se ha de tratar de una mala...

—¡Natural! ¡Cómo que mi madre es muy buena y trabaja mucho por mí y siempre me dice que no haga cosas malas porque se moriría de pena!... Y yo no quiero que se muera mi madre, ¿entiendes?

—¡Toma! Claro; pero tu madre de lo que morirá, es

de no tener dinero y tú se lo podrías llevar haciendo esas cosas que dicen que son malas los que no las saben hacer; pero que no lo son... ¡Cómo que con ellas se tiene dinero y se vive bien!...

La conversación terminaba no decidiéndose Pepe á hacer *cosas malas*, mas comprometiéndose á no contar á su madre lo que ambos habían hablado.

Y no fué esto lo peor, si no que el *Pito* cumplía su promesa.

En consecuencia, Teresa no podía saber en que manos había caído su hijo, ni por tanto defenderle contra las insidiosas insinuaciones de aquel precoz malvado, que un día, otro y otro iba poco á poco llevando á Pepe por la senda de su perdición.

Pronto veremos los resultados que tan mala compañía produjo al *Pito*, con lo cual habrá quedado terminada la historia de éste, hasta el instante en que nos le hemos encontrado.

CAPITULO XXXV

Nuevas desgràcias

SABIDO es que así como la gota de agua horada la piedra en fuerza de caer continuamente sobre ella, los malos consejos diariamente repetidos, acaban por infiltrarse en el corazón y causan en él sus deplorables efectos.

Esto fué lo que le sucedió al *Pito*.

Oyendo constantemente á su miserable compañero que había cosas malas que no lo eran en realidad y que con ellas se ganaba dinero, acabó por darle crédito y pensar:

—Si tiene razón ¿por qué no he de imitar yo su ejemplo? Así tendría dinero y ayudaría á mi madre...

Con todo, es posible que no se hubiese resuelto á emprender la mala senda por la que quería conducirle aquel malvado, si los planes de éste no se hubieran visto ayudados por la fatalidad.

El rudo trabajo que soportaba Teresa para sostenerse y sostener á su hijo fué causa de que cayera enferma.

Su economía y su actividad habían sido tantas que poseía algunos, aunque muy pequeños ahorros.

Con ellos pudieron mantenerse madre é hijo durante unos cuantos días.

Pero muy luego se hallaron á punto de consumirse.

Entonces la enferma que padecía física y moralmente, dejó escapar algunas palabras que revelaban su angustia por la carencia de medios en que se encontraba.

A mayor abundamiento, el médico hubo de decirla, delante de Pepe.

—Es necesario que usted se alimente bien y que tome cuanto yo la receta... Si no puede hacerlo, valdrá más que se vaya al hospital donde estará bien atendida, pues no respondo de lo que la suceda si no sigue mis prescripciones.

Madre é hijo recibieron con aquellas palabras un golpe terrible.

Habíase pronunciado la palabra fatídica.

¡El Hospital!

No hay cosa que más asuste al pobre con menos fundamento.

Distan mucho casi todos los hospitales, así de España como del extranjero, de ser modelos de higiene y de buena administración; pero si se comparan con la casa y el régimen de cuantos se ven obligados á acudir á ellos, por regla general, encuéntrase en su favor una diferencia inmensa.

Y sin embargo, no hay ninguno que no se deje con-

ducir á uno de estos benéficos establecimientos con repugnancia y dolor invencibles.

Multitud de absurdas preocupaciones les hacen creer que allí van á encontrar infeliblemente una muerte que hubiesen evitado de haber podido ser visitados en su propia casa.

Esto mismo pensaron y sintieron Teresa y Pepe, cuando oyeron las palabras del médico.

De aquí que, al marcharse éste, hubiese entre ambos una escena tiernísima.

Ya hemos dicho que el fondo del *Pito* era excelente.

Quería á su madre y naturalmente, al verla en aquella situación, su cariño, si no había crecido, se había exacerbado, si se nos permite la palabra.

El chico subió al lecho de su madre y se abrazó á ella.

Ambos confundieron sus lágrimas durante largo rato.

Al fin, Teresa, haciendo un supremo esfuerzo para no continuar afligiendo á su hijo, dijo á éste:

—¡Vaya! No llores más... Iré al hospital... Mira allí se puso bueno el hijo de nuestra vecina...

—Pero allí se han muerto otros... Yo no quiero que vayas tú...

—¿Y qué remedio queda?

—Ya lo verás... Voy á llamar á la vecina para que se quede aquí, mientras yo salgo...

—¡Pero chico!

—¡No hay chico que valga!... He dicho que no quiero que te lleven al hospital y no te llevarán.

Y sin esperar más razones, el muchacho salió del

cuarto, pasó al inmediato, avisó á la vecina y en seguida se dirigió á la calle á todo correr.

Por el camino iba pensando:

—¡No! ¡Lo que es si esas cosas, buenas ó malas, dan dinero, como dice ese, no irá mi madre al hospital!—¡Vaya! ¡Pues no faltaba más!...

Y se fué en derechura en busca de los amigotes que ya conocemos.

Incapaz Pepe del menor disimulo, así que hubo encontrado al tal compañero, le dijo:

—¿Sabes á lo que vengo?

—Tú dirás.

—Mi madre está mala desde hace días... Ya te lo dije...

—Bueno , ¿y qué?

—Que se nos han acabado los cuartos y quieren llevarla al hospital.

Costó trabajo al miserable interlocutor del chico, contener un movimiento de satisfacción.

Había comprendido donde iba á parar éste.

En consecuencia repuso:

—Chico, siento; pero ¿qué quieres que se le haga? Casualmente no tengo ni un *calé*...

—¿Y quién te pregunta los años que tienes?—replicó el *Pito* con orgullo.

—En ese caso...

—¿Qué?

—Que dispenses: creí que cuando venías á contarme esas cosas era...

—Era para que me ayudes á impedir que se lleven á mi madre.

—¿De qué manera? Ya te he dicho que estoy sin un cuarto.

—Pero me has dicho que haciendo no sé qué cosas se pueden tener...

—¡Claro!

—Entonces es lo mismo.

—¡Como que por tu linda cara voy yo á exponerme á hacer nada!... ¡Bueno que lo haga para mí, ó que tenga el gusto en gastar con un amigo lo que me sobre!...

Pepe estuvo á punto de romper con su amigacho.

La idea de que éste creyese que había ido á pedirle una limosna, le sublevaba.

Sin duda hubiérale tenido más cuenta dejarse llevar por aquel impulso; mas quiso su desgracia que el recuerdo de su madre le asaltara de nuevo y le hiciese transigir.

En consecuencia se contuvo y respondió:

—Nadie te dice que hagas ni que dejes de hacer, con que todo eso que has hablado está de más...

—Entonces desembucha de una vez.

—Dime lo que hay que hacer para tener dinero, enséñamelo y verás como yo no necesito de nadie para que mi madre siga curándose en casa...

—¡Eso es hablar!—replicó su interlocutor abrazándole...—¡Así te hubieras resuelto antes y no te verías ahora en ese caso!... ¡Siempre dije que tú eras un hombre!...

—Yo no sé lo que soy; pero sé que no quiero que se lleven á mi madre...

—¡Y no se la llevarán!... Tú eres listo y en pocas lecciones...

—Vengan... Ya estás tardando...

—Poco á poco... Aquí no puede ser...

—Pues vamos á donde sea...—repuso Pepe con resolución.

—¿Y no te arrepentirás?

—¡Nunca!...

—En ese caso, ven conmigo.

—Andando.

El granuja llevó á Pepe á un tabernucho de las afueras de la Puerta de Toledo.

—¿Quieres echar unas *tintas?*—le dijo luego que estuvieron allí.

—No, gracias... y además, ¿no has dicho que no tienes dinero?

—Aquí me fían.

—No importa, tengo prisa...

—Por eso no lo dejes... De todas maneras tienes que esperar...

—¿Por qué?

—Digo, si es que ya no te has vuelto atrás de tus ideas...

—Yo nunco me vuelvo atrás de lo que digo.

—Entonces lo mejor es que bebamos y tomemos alguna cosilla, mientras viene el que te ha de dar esas lecciones, porque yo no soy todavía bastante listo para ello.

El *Pito* se resignó.

Encogióse de hombros y en vista de tal ademán de asentimiento, su compañero llamó al mozo de la taberna, hízole una seña de inteligencia y dijo en voz alta:

—Tráete un cuartillo de lo bueno, unos pájaros fritos y una libreta.

El dependiente sirvió lo pedido y los dos comensales se dieron tan buena maña á despacharlo que poco después no quedaban ni residuos de aquel banquete.

Entonces el granuja pidió más vino y un poco de queso.

Su fin no era otro que el de alegrar á Pepe para que se animase á seguir por la fatal senda en que había puesto el pié.

Al cabo de un rato y cuando ya el *Pito* estaba á medios pelos, entró en la taberna un hombre malcarado que dirigiéndose al acompañante del chico, dijo:

—¡Hola, *Chupaguindas*! ¡Tú por estos barrios!

—Ya lo ves,—contestó el aludido con desenfado.

—¿Y quién es ese?

—Uno que te traigo para que le enseñes tus habilidades.

El recién llegado miró fijamente á Pepe y dijo como hablando consigo mismo:

—Tiene cara de listo.

—¡Toma!—dijo el apodado *Chupaguindas*,—sino lo fuera no te le habría traído.

—Bueno, pues, vamos á dentro.

—Cuando quieras.

—En seguida, porque tengo prisa.

Chupaguindas dijo á Pepe:

—Vente con nosotros.

El chico obedeció.

No estaba borracho, pero distaba mucho de hallarse sereno.

Los tres penetraron en un cuartucho situado á espaldas del mostrador de la taberna y allí recibió el *Pito* las primeras lecciones en el arte de escamotear pañuelos y bolsillos.

Como en realidad era dispuesto, dióse tal maña á repetir lo que había aprendido, que su honrado profesor, no sólo le colmó de elogios, sino que enterado por *Chupaguindas* de lo que le pasaba, al terminar la lección le entregó un duro, diciéndole:

—De aquí á cuatro ó cinco días, ya te los podrás buscar por tu cuenta, y entonces me devolverás los que yo te haya adelantado. Ven mañana á esta misma hora.

El chico se marchó loco de contento.

Ni tenía conocimientos bastantes para apreciar toda la maldad de las acciones que le enseñaban á ejecutar, ni veía en todo ello más que una cosa.

Su madre tendría dinero y no la llevarían al hospital.

Por eso, apenas salió de la taberna echó á correr hacia su casa, sin dar tiempo á *Chupaguindas* para otra cosa que para encargarle el mayor secreto sobre todo cuanto había visto y realizado.

CAPITULO XXXVI

Una buena acción

PEPE cumplió su palabra de no revelar á nadie el fatal secreto.

Cuando llegó á su casa, su madre era presa de intensa fiebre que la tenía privada de conocimiento.

El chico se dirigió á la vecina y la entregó el duro, diciendo:

—Aquí hay para traer alimento y medicinas á mi madre.

La vecina exclamó:

—¿De dónde has sacado eso, muchacho?

—He visto á un señor muy bueno que hace muchas caridades y que me ha prometido que no le faltará nada á mi madre,—repuso Pepe.

—¿Y quién es ese señor?

—Me ha encargado que no lo diga, porque ya *uste* ve, le abrasarían á peticiones y no tiene para todos.

No fué posible sacarle de ahí, y como en medio de todo la fábula era verosimil, preciso fué conformarse con ella.

Cuando á la enferma le pasó el delirio, la vecina la refirió lo sucedido y se marchó.

Teresa, al verse sola con su hijo, le hizo varias preguntas para averiguar la verdad del caso.

El chico viéndose acusado exclamó:

—¡Ea! lo cierto es que no hay tal caballero, ni tales calabazas.

—Pues entonces...

—La verdad es... que he ido pidiendo limosna á todos los que encontraba al paso, pero me daba verguenza confesarlo y no quiero que lo sepa nadie... Mañana haré lo mismo y así hasta que haya falta... Eso de ir al hospital no será en mis días...

—¡Hijo de mi alma!—exclamó la enferma conmovida.—¡Bendito seas!

¡Pobre mujer!

Ignoraba que aquellas alabanzas no habían de producir sino el deplorable efecto de empeñar más y más á su hijo en la mala senda.

Al día siguiente no dejó de acudir Pepe á la taberna, donde recibió una nueva lección del mismo truhán del día anterior.

Este le preguntó para cerciorarse de si había guardado el secreto.

—¿Qué dijiste cuando te preguntaron de donde habías sacado el dinero?

El *Pito* refirió las cosas tales como habían pasado.

—¡Bravo!—exclamó el bribón.—Tienes ingenio; tú harás carrera.

Luego al despedirse dióle otro duro, pero cuidando de añadir:

—Gástate dos ó tres reales ó guárdalos para mañana.

—¿Y por qué?

—¡Toma! Porque daría que sospechar la casualidad de que todos los días recogieses igual limosna.

—Es verdad. Así lo haré.

Y lo hizo como se lo había encargado.

En resumen, al cabo de algunos días Pepe, completamente adiestrado, comenzó á ejercer raterías por su propia cuenta.

Hasta entonces su madre no había carecido de nada, sin embargo de lo cual, en vez de mejorar cada vez iba peor.

Su estado llegó á alarmar al médico en términos que no creyéndose bastante para afrentar la responsabilidad de lo que pudiera suceder, llamó á otro compañero suyo.

Ambos tuvieron una consulta y el resultado fué fatal.

Los dos opinaron que Teresa no se levantaría del lecho.

Participaron esta opinión á la vecina, única persona que se cuidaba de la enferma, aparte de Pepe, á fin de que preparase á éste para la funesta noticia.

La buena mujer desempeñó su encargo tan bien como supo ó lo menos mal que era posible, pues encargos de tal índole nunca es dable cumplirlos bien.

El efecto que semejante nueva causó en Pepe, fué terrible.

Pero aun se lo hizo mayor la confirmación de los cálculos facultativos.

Pocos días después, Teresa espiró, bendiciendo á su hijo, de quien creía que llevaba su abnegación hasta el punto de estar mendigando para que á ella no la faltase nada.

Sus últimas palabras fueron:

—¡Hijo mío!... sigue siendo siempre... tan honrado como hasta hoy... para ser digno del nombre de tu padre... con quien voy á reunirme... Ten presente... que vale más morir... ó pedir limosna... que ser ladrón ó hacer cualquiera otra cosa mala...

Cuando expiró y el *Pito* se convenció de ello, cayó desmayado sobre el lecho de su madre.

Al día siguiente, y después de llevar á enterrar á la pobre Teresa, Pepe y la vecina, únicas personas que acompañaron el cadáver al cementerio, dijo la segunda al muchacho:

—¿Y tú que vas á hacer ahora? ¿Quieres venirte conmigo?

Pepe vaciló un momento.

Por fin contestó:

—No, señora; gracias.

—Pero ¿qué vas á hacer? A mi lado aprenderías un oficio...

—Se estima la buena voluntad... Tengo mi idea.

La buena mujer creyó que el chico pretendería entrar en algún regimiento, y dijo para sí:

—En medio de todo, es lo mejor que puede hacer.

Mucho antes de que llegasen á su casa, el chico se despidió de ella y se alejó rápidamente.

Casi todo aquel día lo pasó dando vueltas por los alrededores de Madrid.

Tenía algunos reales en el bolsillo, pero no se acordó siquiera de comer, pues no tenía apetito.

Su única preocupación consistía en dar vueltas en su mente á las últimas palabras de su madre.

—Vale más morir ó pedir limosna que ser ladrón.

Estas palabras parecían haberse grabado en su imaginación con caracteres de fuego.

Tal impresión le habían causado que cuando llegó la noche, el muchacho estaba casi decidido por completo á no continuar por el mal camino y buscarse una ocupación cualquiera ó mendigar, si no la encontraba, siguiendo el consejo de su madre.

Por desgracia llegó la noche y con ella la necesidad de buscar algún sitio donde pasarla.

A Pepe no se le ocurrió otro que la taberna donde había recibido las deplorables lecciones que sabemos.

Allí sucedió lo que era natural que ocurriese.

Volvió á caer en las garras de sus miserables compañeros y éstos se encargaron de disipar sus escrúpulos.

Verdad es que lograron adormecerlos, más que no pudieron extinguirlos.

Pepe, en medio de su existencia de granuja raterillo paseando por Madrid ó yendo por este ó el otro pueblo pues también hacía excursiones largas á veces, oía constantemente la voz de su madre moribunda que repetía.

—Vale más morir ó pedir limosna que ser ladrón.

Entonces abandonaba temporalmente las raterías y se consagraba á cualquiera ocupación que la casualidad le deparase ó mendigaba.

Pero pronto mil circunstancias ó simplemente la fuerza del hábito, cuyo poder ya sabemos que es grande, impelíanle á volver á las andadas.

Sus hazañas no habían dejado de llamar sobre él la

atención de la policía, pero nunca se había podido coger con las manos en la masa, y él había tenido siempre la suerte de escabullirse cuando se hallaba á punto de tropezar con algún guindilla, como llamaba á los agentes de orden público.

En uno de los buenos momentos de arrepentimiento se encontraba, cuando ocurrió el suceso á que debía su conocimiento con Juan.

Iba el muchacho por la calle, resuelto á no hacer uso en lo sucesivo de sus habilidades, y á fin de procurarse el sustento tendía la mano á todos los transeuntes en demanda de una limosna que le era necesaria, pues el fruto de sus raterías era todavía más fácilmente disipado que adquirido.

Habían pasado varios sin hacerle caso, cuando por fin llegó uno que, compadecido de él, le entregó una moneda y siguió camino adelante.

A los pocos pasos presentóse una mendiga, en compañía de una niña de muy tierna edad.

Ambas revelaban en sus demacrados semblantes las dos más terribles plagas, enfermedad y miseria.

—¡Caballero!—exclamaron á duo con voz quejumbrosa, aunque exenta de la hipócrita afectación del acento de otros pobres:—¡Una limosna por amor de Dios!... No hemos comido desde ayer... mi marido está en el hospital...

Tales palabras llegaron á oídos de Pepe, así como la respuesta del caballero.

Esta fué:

—¡Perdone, hermana!... No es posible socorrer á todos...

Y continuó su marcha.

El *Pito* se quedó mirando á la madre y á la hija y el aspecto de ellas le conmovió en extremo.

—¡Infelices!—pensó.—Tienen más necesidad que yo...

Y dejándose llevar de su impulso generoso, añadió á la limosna que había recibido tres ó cuatro monedas de cobre más, que constituían todo su capital, y las entregó á las mendigas, diciendo:

—¡Tomad!... Os hacen más falta que á mí.

Disponíanse ambas á demostrarle su agradecimiento, cuando de la próxima esquina surgió un guardia que cogiendo á Pepe por el cuello, le preguntó:

—¿Tienes licencia para pedir limosna?

—¡Yo!—contestó el chico con desenfado.—No tal... Por eso en vez de pedirla, la doy.

Fuese por arbitrariedad ó porque en virtud de anteriores fechorías del *Pito* le tuviese entre ojos el agente de la autoridad, es el caso que éste repuso en tono brusco:

—¡Bueno, bueno! No estoy para bromas...¿Tienes documentos?

—No, pero...

—Pues callando... y vente conmigo.

Disponíase el chico á protestar y á procurar escaparse, pero no tuvo tiempo de hacerlo.

Un hombre había observado las dos escenas referidas desde un portal inmediato donde se hallaba, procurando encender un cigarro, y al ver que el guardia quería llevarse al chico, aproximóse y exclamó:

—¡Calle! ¡Mi sobrino!... ¿Qué haces por aquí?... Vaya hombre, ven... dame un abrazo...

Pepe, que al pronto se había quedado suspenso, tomó su partido.

Fuese aquello error, fuese hecho intencionadamente, el chico comprendió que debía aprovechar la oportunidad y como quiera que el guardia sorprendido, le había soltado, dirigióse hacia el desconocido, y se arrojó en sus brazos, gritando:

—¡Tío de mi alma!... Ya lo ve usted, querían llevarme preso...

El supuesto tío, que no era otro que Juan, se dirigió al guardia y le manifestó que como mayordomo del marqués del Pino y como tío de su sobrino, exigía que á éste se le dejase en paz.

—Bueno, bueno,—repuso el guardia, alejándose.—Llévesele usted, pero cuide de él porque es una buena pieza.

Cuando quedaron solos Juan y Pepe, mediaron entre ambos algunas explicaciones.

El primero manifestó al segundo que había intervenido en su favor porque le había conmovido su generosidad con las mendigas, y porque su cara de listo le habia hecho comprender que podía serle útil á la vez que él resultaba favorecido.

Pepe se puso por completo á su disposición y entonces Juan le hizo entrar en la servidumbre del marqués, de la que continuaba formando parte, cuando su protector creyó oportuno hacerle el encargo de que se ha hablado en uno de los capítulos anteriores.

CAPITULO XXXVII

Malas armas

En vano era que el marqués del Pino estuviera esperando noticias respecto á Vicente.

Dos ó tres veces marchó á Avila con el propósito de dar un paseo, una vez que se hubo restablecido algún tanto de su caída, y la contestación de Robustiana fué la misma invariablemente.

—Señor marqués, no sé qué decirle. Mi pariente se ha caído en un pozo sin duda y lo mismo les ha pasado á toda su familia.

—Pero mujer, ¡qué raro es eso!

—Sí, señor, todo lo raro que usted quiera; pero esa es la verdad. Yo no sé nada.

Y semejante contestación, ponía al marqués de un humor endiablado.

Si á esto unimos que el misterio más profundo seguía reinando respecto al cuerpo del difunto duque del Solar,

comprendemos que había motivos sobrados para que Federico Montesinos se diera á todos los diablos, como se dice vulgarmente y que estuviera de un humor cuyas consecuencias pagaban todos los criados de su casa.

Juan, especialmente, era el que sufría todas las rociadas de su señor.

—Parece imposible,—le decía,—que tú que te las echas de tan fisonomista, no comprendieras todo lo que podía esperarse de ese hombre.

—Pero señor marqués; si yo contaba con Vicente, como conmigo mismo, si nadie mejor que usted sabe los años que llevaba en la casa.

—Bien, sí; pero para confiarle ciertas misiones...

—Yo tenía la seguridad de que lo cumpliría, como lo cumplió.

—¿Luego tú persistes todavía?...

—En lo que debo persistir.

—Mira Juan, no me exasperes, porque no parece sino que te has propuesto obligarme á hacer lo que no quiero.

—El señor marqués es dueño de hacer aquello que mejor le plazca; pero no conseguirá de mí que le diga otra cosa distinta de lo que es verdad.

—Pero, alma de cántaro, por no decirte otra cosa, si fueran verdad todas esas patrañas que me has contado, ¿de dónde habían salido esas dos chiquillas que llevaba Vicente, cuando estuvo en casa de Robustiana?

—Sin duda que en el mundo no hay más muchachas que las que nosotros nos encargamos de quitar de enmedio.

—También sería mucha casualidad que hubiese en-

contrado dos muchachas, cuyas señas coincidan tanto con las que estuvieron aquí.

—Casualidades mayores que esas hay en el mundo.

—No, lo que es á tí, si te dejan hablar...

—No diré siempre más que la verdad.

—En fin; si quiero yo mismo convencerme, si quiero demostrarte que á mí no se me engaña, como tú has pretendido sin duda.

—Como usted quiera.

Aquella calma de Juan, no dejaba de desconcertar algún tanto al marqués.

—No es posible,—decía cuando se encontraba solo,—que este hombre se atreva á mentir tan descaradamente, mucho más conociéndome como ya me conoce y sabiendo que he resuelto ir á Toledo, para acabar de cerciorarme de la verdad. Pero por otro lado, ese afán de Vicente de ocultarse, esa carga que se ha echado sobre sí un hombre que no cuenta para mantenerse con otros recursos que con los de su trabajo, es bastante sospechoso. En fin, veremos hasta dónde lleva ese insensato su necedad, su presunción ó su descaro; porque como he dicho, estoy resuelto á llegar hasta el fin en este asunto. Ya estoy harto de ser engañado, de que se abuse de mí y de que se me explote.

Y el marqués, cada día procuraba afirmarse más en la idea que se le había ocurrido de marchar á Toledo á fin descubrir si verdaderamente Juan decía la verdad.

Pero como que aquel hombre era previsor en todo, recordó que el mismo Juan le había elogiado en gran manera la discreción y la astucia de aquel chicuelo que tenía á su servicio, conocido con el apodo del *Pito*, y dijo un día:

—Este muchacho puede servirme perfectamente para el objeto de que yo persigo. Recuerdo la fisonomía de aquel tunante y me parece que ya es materia bien dispuesta; y como le ponga un buen cebo, es muy fácil que me responda.

Y como no era persona que cuando se le ocurría algo que juzgaba de interés lo dejase para el siguiente día, llamó á uno de sus criados dándole orden para que el *Pito* se le presentara.

Sorprendido quedó el mozuelo con aquella llamada del marqués, máxime después de las confidencias que Juan le hiciera.

Lleno de curiosidad fué á ver á su señor.

El marqués, antes de decirle nada, estuvo mirándole atentamente; y sin duda su examen debió satisfacerle, porque se sonrió, diciéndole:

—¿Sabes muchacho que no había yo reparado en tí en todo el tiempo que llevas en casa?

—Mal hecho para el señor marqués,—repuso el joven con desparpajo,—porque quizás si en mí hubiese reparado, pudiera haberme utilizado para alguno de los asuntos que el señor marqués lleva entre manos, y para los cuales es indudable que yo le puedo servir de mucho.

—¡Hola! ¿Con qué tú sabes que yo llevo entre manos asuntos en que tú puedes servirme?

—Me parece que muy tonto había de ser para no haber comprendido cuando Juan me dió orden de averiguar lo que pasaba en la casa del señor duque del Solar no hace mucho, que el asunto sería de interés para el señor marqués.

—Es verdad, que tú fuiste...

—El que estuve con Juan día y noche observando, sin que por final de todo pudiéramos sacar nada en limpio.

—¡Ya! ¿Y Juan te reveló?...

—El señor Juan no tenía por que revelarme nada. A mí me dijo:—Haz esto,—y lo hice comprendiendo que cuando él me lo decía, sería porque se trataba del servicio del señor marqués.

—Veo que eres despejado, muchacho.

—Ese es favor que el señor marqués me dispensa.

—Y á poquito que tú quieras, me parece á mí que vas á encontrar el camino de alcanzar mucha *guita*.

—Precisamente es el que yo estoy buscando hace mucho tiempo.

—¡Qué demonio que no te haya conocido antes!

—Nunca es tarde si la dicha es buena, dice el refrán.

—Desde luego; y ya comprenderás que para algo te he llamado.

—El señor marqués dirá.

Federico no contestó por el momento.

Volvió de nuevo á mirar á su interlocutor cual si tratara de convencerse de las condiciones que éste tenía para la misión que sin duda pretendía confiarle.

Y tal vez creyó ver en él lo que buscaba, porque dijo al cabo de algunos momentos:

—¿Cómo te llamas?

—José Corrales y Paredes, para servir al señor marqués, pero todo el mundo me conoce por un mote que desde chiquillo he tenido. Dieron en llamarme el *Pito* á causa de lo delgado y alto que siempre he sidc y con el *Pito* me he quedado.

—Pues oye *Pito*, acércate, porque es cuestión de que

no se entere nadie de lo que te voy á decir. Por supuesto que si de lo que vamos á hablar se llega á traslucir alguna cosa, no quiero decirte lo que va á suceder.

—Todas esas cosas, permítame el señor marqués que le diga que no hay necesidad de que me las repita. Yo soy un chivato, pero tengo más formalidad y más decencia que muchos otros que tienen pelos en la cara; conque y por lo consiguiente, cuando el *Pito* dice *sonsi*, es más *callao* que un cementerio.

El marqués se sonrió porque realmente el desparpajo y el aplomo con que el mozuelo hablaba, llamaban su atención.

—Tú eres muy amigo de Juan,—le dijo al cabo de algunos momentos.

—Yo le diré al señor marqués. Amigo, amigo, si señor que lo soy; él me trajo á esta casa y como yo soy bastante agradecido, pues ya se ve, le he de querer; pero mire usted, señor marqués, también le digo una cosa; que si él me ha hecho un favor tanto así, vamos al decir, se lo está cobrando con creces; porque por estas,—y el muchacho cruzó los dedos en forma de cruz y los besó,—que no paro ni sosiego en todo el día.

—¿Es decir que, más bien que criado mío, lo eres suyo?

—Yo lo hago con gusto, sí, señor; pero vamos que todos los hombres tenemos ya nuestro orgullo y ya se ve, yo creo que sirvo para algo más, que para los papeles que hasta ahora estoy haciendo.

—Pues mira tú por donde te voy á poner yo en el caso de que nos demuestres todas tus aptitudes.

—¡Pues vaya una gracia! y ya verá usted si yo la tengo. Diga usted, ¿qué es lo que se ha de hacer?

—Dices que eres muy amigo de Juan y que le sirves...

—Y que tiene mucha confianza en mí, sí, señor; porque aquí donde usted me ve y aunque me esté mal el decirlo, nadie ha tenido que decir nada del *Pito* y como sé callar y cumplir con mi obligación y nada más, pues todos me quieren.

—¿De modo que teniendo tanta confianza en tí, te habrá dicho si yo le reprendo?

—No, señor. En cuanto á eso, Juan no tiene más que boca para alabar al señor marqués.

—Si que es extraño.

—El señor marqués dirá lo que quiera, pero yo sólo digo lo que sé.

—¿Recuerdas tú si alguna vez delante de tí ha dicho algo referente á esas dos chiquillas que estuvieron aquí hace algunos días?

—¡Toma! como que eso lo sabíamos todos.

—¿El qué sabíais todo?

—Que el señor marqués las había acogido muy caritativamente y que Juan y Vicente las iban á llevar á Avila, para que la autoridad se encargase de buscar á sus parientes.

—¿Quién te dijo eso?

—Juan lo dijo á todos.

—¿Pero á tí en particular...?

—A mí, señor marqués, no tiene para qué decirme nada de esos secretos en particular. Pero como ya se ve, yo tengo buenos ojos y guipo desde muy largo, á veces sin que á uno le digan las cosas, pues se las adivina.

—¿Y tú adivinaste?...

—Que en lo de las muchachas había misterio, así

como lo había también en lo del espionaje de estos días.

—¿Y le dijiste algo en ese sentido á Juan?

—Y por poco si me pega un cocotazo, que me deshace un hombro. Ya ve usted si el mozo es amable.

El marqués no pudo menos de sonreirse.

CAPITULO XXXVIII

Proposición

DURANTE algunos segundos, permaneció silencioso el marqués.

Comprendíase que quería decir algo al mozuelo, pero no se atrevía.

Efectivamente, toda aquella conversación con él sostenida, no había sido más que una especie de equilibrio á fin de juzgar los puntos que calzaba el mozo.

Hasta entonces, todo lo que le había escuchado le agradaba.

Porque la verdad era, que el *Pito* había estado dando muestras de una habilidad extraordinaria.

El joven comprendió desde el primer momento, que su amo no le había llamado á humo de pajas, como vulgarmente se dice.

Y en su consecuencia, procuró ir poniéndose en las

mejores condiciones posibles á fin de sacar todo cuanto pudiera respecto á los proyectos del marqués.

La entrevista que había tenido con Juan el día antes, habíale servido de mucho.

El *Pito* se había transformado de un modo extraordinario.

En el breve espacio de algunas horas, se había verificado en él la transición del niño al hombre.

Después que hubo hablado con el mayordomo, principió á reflexionar sobre lo que éste le había dicho, y comprendió toda la gravedad de la misión que su protector le había confiado.

Ya hemos dicho que el *Pito* tenía una gran cualidad, que era la de ser agradecido.

Y por Juan, que le había separado del precipicio en el cual hubiera concluido por hundirse, que le había asegurado el pan y, finalmente, que acababa de darle aquella gran prueba de confianza, habría sido capaz de dejarse matar, como había dicho.

A partir de aquel momento, y después de reflexionar maduramente sobre todo cuanto había oído, el *Pito* se dijo:

—¡Ea! desde hoy es menester ser hombre, y lo seré. He de convertirme en ojos y oídos nada más. Es preciso no beber, para que la lengua no se suelte más de lo que convenga. Es preciso no tener más amigos que uno mismo, porque lo que es así no hay que temer traiciones, y hay que ir mirando siempre hacia adelante, para saber dónde va uno á poner el pié. Por otra parte, es menester también no prodigarse uno demasiado, porque desde el momento en que me ha dicho el señor Juan que hay personas á quienes yo puedo hacer mucho bien, ya no

me pertenece la vida, sino que es de ellas; por lo tanto, *Pito* amigo, mucho plomo en los piés y mucho *pesquis*. Estamos en una caverna de fieras y todas las precauciones son pocas. Se acabó el *jaleíto* y viene la época del *sentío*; conque mucho ojo, que la vista engaña.

Y consecuente con esta resolución, el chico amaneció completamente transformado.

—No, pues lo que es como yo pueda, al señor Juan no le pasará ninguna desgracia; pero, si lo que Dios no permita, le pasara, yo le prometo que le vengaría, aunque pasaran cincuenta años.

Y guardó cuidadosamente así la contraseña como la carta que Juan le había dado.

Cuando recibió el aviso del marqués para que pasase á su habitación, pensó:

—Ya estamos frente al enemigo; ahora todo es cuestión de saber sostener la batalla.

De este modo se sostuvo, como hemos visto, durante su diálogo con el marqués, y sin declararse en absoluto contrario de Juan, dejó iniciar lo bastante para que el marqués creyera que positivamente podía contar con él.

—De modo,—le dijo por fin,—que Juan quería castigar tu curiosidad por medio de una argumentación tan contundente como la del puñetazo.

—Y todo, ya ve usted por qué.

—Desde luego; como que eso estaba muy mal hecho.

—Si es que tiene unas cosas el señor Juan también, que si no fuera porque yo, en medio de todo, le quiero, habría para incomodarse.

—Pues mira, *Pito*, incomódate; porque lo que es Juan no te quiere gran cosa.

—¡Qué dice usted, señor!—exclamó el *Pito*, con un asombro admirablemente fingido.

—Lo que te digo. Si por él hubiese sido, hace ya mucho que estarías fuera de esta casa.

—¡Pero señor! ¿es verdad lo que me está usted diciendo?

—Por supuesto que no es contigo solo; porque Juan no puede ver á nadie que crea que le hace sombra.

—¿Podía hacérsela yo, acaso?

—¡Ya lo creo! Desde el momento en que le dije que eras un muchacho que parecías muy listo y que me iba inclinando á tomarte á mi servicio particular.

—¿Eso le dijo usted, señor marqués? ¡Válgame Dios y cuánto tengo que agradecerle!

—Pues mira tú, á no haber sido yo un amo como soy, puedes contarte que á estas horas ya estarías fuera de casa.

—Pero señor, ¿y yo qué daño le había hecho?

—Ya te lo he dicho.

—Pues si uno fuera á hablar... lo que tiene es que yo soy muy callado y no me gusta meter infiernos en ninguna parte.

—Pues habla, hombre: cuéntame todo lo que sepas.

—Nada, señor marqués, nada; vale más que dejemos eso y que lo que usted me ha dicho me sirva de lección para lo sucesivo. Teniendo yo la protección de usted, ya tengo bastante.

—¡Mi protección! ¡mi protección! Es que tú has de tener en cuenta una cosa.

—¿Qué?

—Que para que yo le dé mi protección á una persona, es menester que me sirva primero.

—Pues si todavía no me ha puesto usted á prueba, ¿cómo puede usted saber si le sirvo ó no le sirvo?

La justicia que encerraba la observación del joven tenía tal fuerza, que el marqués no pudo menos de decir:

—En eso ya tienes razón, y por lo mismo voy á confiarte un servicio; á ver como tú le desempeñas.

—Con tal de que esté á mis alcances, desde ahora mismo le puedo asegurar que quedará complacido.

—Figúrate tú que, como te he dicho, Juan no te quiere bien.

—Bueno; ya me lo ha dicho usted antes.

—Y como tú no creo que le hayas hecho nada para darle motivo para eso, es lógico que no te sepa mal jugarle una que le escueza.

—No había pensado en ello,—repuso el *Pito*, haciendo esfuerzos para dominar la impresión que recibía, puesto que comenzaba á adivinar de lo que trataba el marqués.

—Pues yo te hago pensar,—le dijo el marqués, y ten presente que aquí la única persona de quien puedes esperar protección y apoyo es de mí.

—Lo sé, y dispuesto estoy á servir á usted hasta la pared de enfrente. Vamos, que sí, señor; y ya puede decirme qué es lo que quiere que haga este, que es el más humilde de todos sus servidores.

—Ya te lo he dicho: jugarle una que le escueza al que á tí te la quería jugar.

—¿Pero de qué manera puede ser eso, señor marqués?

—¿Tú quieres hacerlo?

—Pues no he de querer, si con lo que me ha dicho

usted me ha puesto el corazón más negro que esa levita que usted lleva. ¡Cómo me podía yo imaginar que el señor Juan hiciera conmigo esas cosas!

—Pues vamos á ver de qué modo se vengan los hombres.

—Usted dirá.

—Será muy posible que de aquí á un par de días me lleve yo á Juan á un pequeño viaje, y siempre estaremos tres ó cuatro días.

—Bueno; y con eso ¿qué de hacer yo?

—Tú verás de qué manera te puedes vengar de él.

—Veamos, veamos; porque lo que es yo, se lo digo francamente, señor, en estos momentos no necesito ya más sino que se ponga usted en el camino.

—¿Y llegarás hasta el fin?

—Hasta donde usted quiera que llegue.

—Te advierto que la misión que voy á confiarte no es sino una prueba.

—Lo que usted quiera...

—Pero me alegraría, al volver aquí con Juan, poderte demostrar lo mal que se había portado conmigo y contigo.

—¿Es decir que el señor marqués se va á marchar llevándose á Juan?

—Podía irme solo, como he hecho otras veces, porque para ir á Avila no necesito á nadie; pero me lo quiero llevar á fin de que tú puedas obrar más libremente.

—¿Yo?

—Tú, sí.

—Pero bien, ¿qué es lo que yo tengo que hacer no estando usted aquí, ni Juan tampoco?

—Mira; yo sospecho no sé por qué, que Juan no sólo

abusa de mi confianza en la cuestión de dinero, sino que también creyendo él que le pueden servir y que los puede utilizar, me parece que debe haberme quitado algunos documentos no de gran interés por supuesto, pero que me agradaría saber que él los tenía.

—Vamos, ya me parece que voy comprendiendo lo que quiere el señor marqués.

—Dilo.

—El señor marqués quiere facilitarme con llevarse de aquí á Juan esos días, la ocasión de que yo registre su cuarto y vea si encuentro esos papeles.

—Eso es.

—Pues me parece que yo puedo anticipar al señor, algo sobre eso, porque entrando como yo entro allí con mucha franqueza, no he visto nunca nada sospechoso.

—Tonto; ¿crees que si los tuviera iría á mostrarlos tan libremente?

—Eso es verdad.

—Tú lo que tienes que hacer, es registrar todos los muebles, abrir los cofres, y en fin, no omitir ninguna diligencia para encontrar lo que yo deseo.

—Pues descuide usted, que todo se hará como desea el señor.

—Y yo en cambio, si tú has sabido descubrir lo que pretendo, no tengas cuidado, que ya verás como te doy después comisiones de más importancia.

—Eso, eso; así verá el señor marqués que yo sirvo para todo. Ya puede estar cierto de que si hay algún papel de esas condiciones ó dinero como el señor sospecha, una cosa y otra estará en su poder cuando vuelva.

—Yo creo que algo has de encontrar.

—Lo que yo sentiría fuese que nada hubiera, y des-

pués se creyese el señor qne yo no había cumplido bien su encargo.

—Ya creo que lo harás con toda habilidad y para excitártela, toma esto á cuenta.

Y el marqués sacó de la cartera un billete de veinte duros y se lo dió al *Pito* que se apresuró á tomarlo, diciendo:

—Cuando se paga de esta manera, ya se puede tener la seguridad de estar bien servido.

CAPITULO XXXIX

La marcha

EL *Pito* una vez que se encontró lejos de la presencia de su señor, frunció de un modo pronunciado el entrecejo, y dijo:

—¡Demonio, demonio! ¡Cómo se va enredando esto! Me parece que nos vamos acercando al desenlace, más pronto de lo que yo quisiera. ¿Qué hago yo en este caso? A mí me parece que no le amenaza al señor Juan el peligro que supone. Por lo visto no se trata más que de justificarle la falta de fidelidad que cree. Si yo aviso al señor Juan, sería fácil que irritado por semejante desconfianza cometiese alguna imprudencia que sería mucho peor y quizás podría empeorar la situación. Creo que lo mejor es ganar tiempo, inspirar confianza al marqués y siempre es bueno que yo esté al corriente de lo que piensa hacer, á fin de poder evitar todo lo que sea posible. Por ahora creo lo

más conveniente, callar, que tiempo de sobra me parece que vamos á tener para hablar.

Y efectivamente, el *Pito* nada quiso decir á su protector respecto á la entrevista que había celebrado con el marqués.

Este parecía mostrarse satisfecho con la adquisición que había hecho.

El *Pito* le había gustado; y más de una vez, después que el chico salió de su aposento, dijo:

—Ahora éste, excitado por la ira, hará cuanto yo quiera y ó poco he de poder, ó me parece que de este mozo he de sacar más partido que de Juan. Por supuesto que éste, se me ha echado á perder desde que ha llegado á adquirir cierta confianza. Antes no era así y para mí no hay quien me quite de la cabeza que éste, ó me ha quitado algún papel, ó tiene escrito algo con que él se cree meterme miedo. Si yo puedo saber lo que es y apoderarme de ello, mucho habré conseguido. De todas maneras, este viaje, espero que ha de serme fructuoso en extremo.

Dos días después y creyéndose el marqués en disposición de poder soportar las fatigas del viaje, dijo á su mayordomo:

—Mañana vamos á marchar á Avila.

—¿Quiere el señor marqués que disponga el coche?

—No; haremos el viaje á caballo. Puede que desde Avila nos dirijamos á Segovia ó mejor dicho á Santa María de Nieva, en cuyo sitio parece que Vicente había escrito que estaba la posesión que iba á administrar.

—No me parece mal la idea; porque realmente, ese es el único medio de que sepamos algo de cierto.

—Yo no tengo confianza ninguna en ese viaje, pero

no quiero que se diga que he omitido diligencia alguna para convencerme de que ó tú ó él me habéis engañado, ó de que has sido tú quien se ha dejado engañar de una manera ignominiosa.

—Yo puedo asegurar al señor marqués...

—Nada me asegures, porque dudo ya de todo cuanto me dices.

—En ese caso no sé ya qué decir á usted; y me parece que repetidas muestras le tengo dadas respecto á la pureza de mis intenciones y á mi modo de servirle.

—Siempre me sacas á colación los servicios pasados, cuando aquí estamos hablando del servicio presente.

—Pues á ese mismo me refiero; y en gracia siquiera de los anteriores, debía el señor marqués no desconfiar de mí.

—Es que no desconfío todavía. Ahora lo que hago es dudar, porque el día en que desconfíe, ya sé yo lo qué debo hacer.

—¿Y si la desconfianza es injusta?

—No lo será, porque no soy de aquellos que por apariencia solo se fian.

—En fin; usted hará lo que quiera, porque ya creo que es inútil todo cuanto yo le diga. Tiene usted prevención contra mí y basta.

—Y para esa prevención ¿te atreverás á negarme que me has dado motivo?

—Sí, señor. ¿Acaso porque una coincidencia se haya presentado cuando menos lo podíamos esperar, porque Vicente se haya marchado de casa y haya querido recoger dos criaturas quizás en expiación de las otras dos á quienes había quitado la vida, y porque no se sepa su paradero,que al fin y al cabo no tenía obligación ningu-

na de decírnos, ¿se ha de dudar de una persona y se la ha de maltratar del modo que usted lo está haciendo conmigo?

—¿Pero qué quiere decir esto?—exclamó el marqués frunciendo el entrecejo y mirando duramente á su interlocutor,—¿es que tú te atreves á reprenderme?

—Yo lo que hago, es defenderme, señor marqués.

—Vamos, merecías que...

Y el marqués se contuvo, añadiendo después:

—Vamos, vamos, vete á hacer los preparativos para el viaje y da gracias á que no quiero incomodarme.

—Si el señor marqués no está contento de mis servicios, puede decírmelo y me alejaré de esta casa de donde creí no salir jamás.

—¿Pero tú te has propuesto que yo me exalte y...? ¡Ea! vete, vete porque ya me irrita tu presencia.

—Mucho lo siento,—dijo Juan, saliendo de la estancia.

El marqués fijó una mirada implacable en la puerta por donde acababa de salir el mayordomo.

Después, murmuró:

—No hay duda: este hombre se cree fuerte contra mí y por eso habla de ese modo; pero yo le demostraré dentro de poco que los bravos no me sirven para nada.

Juan no las tenía todas consigo, como vulgarmente se dice, y una vez que estuvo en su aposento, dióse á pensar de nuevo sobre la significación que tenía aquella orden que de seguro había recibido.

—Parece que por ahora,—murmuraba,—ha desistido del viaje á Toledo. Pero... ¿será verdad este desistimiento? porque con este hombre es necesario ir siempre dudando de todo y prevenido para todo.

Y no se le borró en todo el día del pensamiento aquel cambio introducido tan repentinamente en el viaje proyectado.

¿Para qué quería ir el marqués á Santa María de Nieva?

¿Acaso no estaba convencido ya, lo mismo que él lo estaba, de que Vicente no se encontraba allí?

¿Era acaso que pretendía obtener un nuevo convencimiento sobre el mismo terreno, ó era un lazo que le tendía?

Juan se afirmó más en esta última suposición.

Las últimas palabras cambiadas con su amo, aun cuando tranquilizadoras en la apariencia, para él que le conocía muy bien, no significaban más que el propósito de adormecer sus sospechas para realizar más á mansalva el crimen que hubiera concebido.

Y conforme iba transcurriendo el tiempo, se afirmaba más en esta idea.

—Sin embargo,—decía,—ni en Santa María de Nieva, ni en Avila se atrevería el marqués á hacer nada contra mí; entregarme á las autoridades,no le creo tan necio que pueda hacerlo, porque él se comprometía tanto como yo, y tenderme una emboscada, tampoco he visto en él nada ostensible que me lo justifique. El sabe muy bien que yo soy algo duro de pellejo y que no me dejo así como así agujerear el cuerpo; por lo tanto necesita tres ó cuatro hombres, y no es el marqués tan imprudente que se valga de cualquiera para una cosa así.

Y en medio de todo, Juan procuraba tranquilizarse, añadiendo:

—No tiene más que su iniciativa personal, y lo que es de hombre á hombre, no es el marqués quien me pueda vencer.

Pero una nueva sospecha le asaltaba.

—¿Si se valdrá de los criados que hay en la casa?—decía.—La verdad es que todos son á propósito para el caso, y cincuenta duros bien repartidos, pondrían á su disposición los brazos de todos esos tunantes. Aquí únicamente el *Pito* es quien me puede servir. El chico está muy de mi parte y si él observa que los criados salen de la casa, ya quedaré yo con él en la manera de avisarme.

Mas esta idea también la deshechaba.

No le parecía admisible porque la misma razón le decía que si el marqués tenía el pensamiento de deshacerse de él, en ninguna parte podía hacerlo mejor que en su propia casa.

Allí, era dueño y señor absoluto; y por lo tanto lo que hiciera, bien hecho estaba.

Allí podía ocultar el crimen mejor que en ninguna otra parte, puesto que la posesión era muy extensa y había sitios donde poder enterrar el cadáver perfectamente.

Esta razón era de bastante peso, porque el marqués no iría neciamente á exponerse á un percance teniendo en su mano medios para satisfacer su afán de venganza sin necesidad de exponerse de tener que habérselas con la justicia.

De este modo fluctuando entre dudas, iba pasando las horas sin saber en definitiva ni lo qué había de resolver, ni de qué era de lo que tenía que recelar.

Para él no había más que una sola cosa positiva.

Que estaba en peligro y nada más.

Que al extremo á que había llegado con el marqués, era imposible continuar y que para salir él de su casa, no sería fácil que su señor consintiera en ello.

Considerado bajo este punto de vista, desde luego el peligro existía.

Pero no tan próximo como se imaginó en un principio.

De todos modos, era bueno estar prevenido siempre, y Juan resolvió no omitir precaución alguna durante aquel viaje.

CAPITULO XL

El último encargo

Al día siguiente el marqués llamó al *Pito*.

—Dentro de dos horas,—le dijo,—voy á marcharme á Avila. ¿Tienes bien presente el encargo que te hice?

—¡Pues yà lo creo! ¿Cree el señor marqués que yo olvido esas cosas?

—Pues á ver como sabes aprovechar el tiempo.

—Ya le he dicho que si lo que desea está en el cuarto del señor Juan, el tiempo que usted tarde en volver será el que tardará en tenerlo todo en su poder.

—Y tú en tener una buena recompensa.

—Pero si no lo tiene...

—¿Pues dónde quieres que lo tenga si algo guarda?

—Y dígame usted, señor: ¿cuando usted, pongo por caso, tiene alguna cosa de interés que no quiere que los

demás lo vean, lo deja de manera que cualquiera con solo registrar la habitación lo encuentre?

—Es que aquí no se trata sólo de la habitación, sino que tú debes registrarlo todo.

—Bueno: ¡ya lo creo que lo registraré! Pero ¿y si no lo encuentro?

—Deber tuyo es el de buscarlo.

—Vamos, señor marqués, ó yo no me explico ó usted no me quiere comprender. Yo soy capaz de hacer todo lo que sea posible, y todavía si usted me apura mucho, hasta lo que parezca más imposible; pero lo que ya no tiene solución ninguna, lo que no existe, por ejemplo, ¿cómo quiere usted que lo encuentre yo?

—¡Hombre, si en ese extremo lo pones!...

—Es que á mí no me gusta engañar á nadie, porque yo soy más claro que el agua y me agrada ponerme siempre en lo peor.

—Haces bien, muchacho. Así es como á mí me gusta que sean las personas.

—Pues conmigo, señor marqués, encontrará usted eso siempre. Yo le aseguro que no le robaré á usted su dinero, pero tampoco me pida usted lo que yo no le pueda dar.

—¿Estamos conformes?

—Descuide usted, que no quedará rincón en el cuarto del señor Juan que yo no escudriñe y que yo no vea.

—Para mí es indudable, como te he dicho, que algo has de encontrar.

—Y para mí ¿quiere usted que le diga realmente lo que pienso?

—¡Ya lo creo! ¿Pues para qué te estoy hablando sino para que me digas todo lo que se te ocurra?

—El señor Juan la sabe muy larga.

—¿Y qué?

—Que si él ha obrado con segunda, según usted dice, pues lo que quiera que sea lo que tenga, no lo guardará en esta casa.

El marqués no pudo menos de comprender que quizás no le faltase razón al muchacho.

Tal vez aquello que le decía, podría ser ya como resultado de las conversaciones que había tenido con el mayordomo.

Y deseando adquirir la evidencia, le dijo:

—Pero vamos á ver: ¿tú has hablado con Juan detenidamente.

—¡Pues ya lo creo!

—¿Y has procurado sonsacarle con maña?...

—¡Pues no que no! Si he estado metiéndole los dedos cuanto ha sido posible.

—¿Y que has podido colegir?

—Pues lo que le digo á usted: que es muy trucha, y si alguna cosa tiene guardada, no está en la casa.

—¿Pues en dónde entonces?

—Eso es lo que hay que saber.

—¿Y á tí no te se ha ocurrido seguirle?...

—¡Cá! Si no sale de aquí, al menos en todos estos días.

—Pues no hay remedio; es necesario que lo averigües.

—¿Pues no dice usted que se lo va á llevar?

—Pero no hemos de estar toda la vida en Avila,—dijo el marqués á quien no le convenía descubrir por completo su juego.

—Eso es otra cosa.

—Yo dentro de tres ó cuatro días, pienso estar ya de vuelta con Juan y entonces puedes seguir tu espionaje con entera independencia.

—Está muy bien.

—Pero sobre todo no me descuides el registro de su habitación.

—No tenga usted cuidado.

—Pues anda, y si encuentras lo que yo presumo, tu recompensa, no ha de dejarte descontento.

—En eso confío; porque ya se ve, uno está á ganarse un pedazo de pan si puede ser.

—Pues conmigo ganarás no uno, sino muchos.

—Eso es lo que yo necesito.

Cuando el *Pito* se separó de su amo, no pudo menos de decir:

—Este hombre, es muy malo. Ya tiene razón el señor Juan en desconfiar. De todas maneras, no creo el peligro tan inmediato, pero es menester que yo hable con el señor Juan antes de que se marche. No había querido decirle nada; pero hoy es conveniente prevenirle, por lo que pueda ocurrir.

Y en armonía con este plan, el mozuelo que, como ya hemos dicho, había ido poniéndose á la verdadera altura de su situación, procuró encontrar ocasión de hablar con el mayordomo.

Este á su vez, quería dar á su protegido las últimas instrucciones.

Así fué, que cuando estuvieron solos, le dijo:

—¿Ya sabes que mañana nos marchamos?

—Sí, señor Juan; y por esa razón yo también quería hablar con usted.

—¿Ocurre algo de nuevo?

—¡Ya lo creo!

Y el muchacho refirió al mayordomo todo lo que ya conocen nuestros lectores.

Extraordinaria atención prestó aquél al relato de Pepe.

Y cuando hubo concluido, le dijo:

—¿Tú ves lo que yo te decía?

—Sí, señor. Demasiado que voy convenciéndome de que el señor marqués no guarda consideración alguna á los que mejor le sirven.

—Ni á nadie, Pepete; ni á nadie. Yo le conozco mucho por desgracia mía; y lo que es si tú no aprendes bien mi ejemplo, te encontrarás más tarde envuelto en unas redes de las que no te podrás desasir.

—Yo haré todo cuanto usted me ha dicho, y todavía me parece que si cuando usted vuelva lo cree prudente, lo mejor que podemos hacer es largarnos de aquí con viento fresco.

—Eso es ya más difícil.

—¿Por qué?

—Porque aquí se entra con cierta facilidad relativa, pero se sale con mucha dificultad.

—Pues si Dios no me diera más trabajo que marcharme de aquí...

—¡Oh! Es que tú sabes muy poco todavía de lo que sucede en esta casa, y por esa razón puede que te dejaran marchar.

—Vamos, señor Juan, me parece que usted exagera.

—Te digo que no exagero.

—Pero, vamos á ver. Si á usted mañana se le antojara cuando estén en Avila, pongo por ejemplo, salir de la

fonda á la hora en que pasa el tren del Norte, meterse en él y dar con su cuerpo en Madrid, ¿quién se lo podría impedir?

—De momento, nadie; pero tén por muy seguro que al llegar yo á la estación de Madrid, un inspector de policia, me echaba mano en seguida.

—¿Y eso por qué? ¿Había usted cometido algún crimen?

—¿Y eso qué le importa al marqués? Se presentaría al gobernador inmediatamente que me echara de menos y le diría todo cuanto le diera la gana, siendo el resultado el que te acabo de indicar.

—Vamos, vamos señor Juan, que así como así no se prende á ningún hombre honrado.

—Te digo que tú entiendes muy poco de estas cosas y por eso hablas así. De todos modos, te encargo mucho que no olvides ninguna de las instrucciones que te dí.

—¡Hombre! no creo que haya motivo para temer nada.

—Con el marqués siempre hay motivos para temerlo todo.

—Pues yo ¿qué quiere usted que le diga? Antes que ir con este temor y siempre bajo esa presión, y teniendo que desconfiar de esa manera, crea usted que yo no iría.

—Pues ya lo ves; yo voy, porque no tengo otro remedio; porque entre el daño de un modo y el daño de otro, prefiero aquel que me permita siquiera defenderme, toda vez que ya estoy prevenido.

—Si usted quiere que yo vaya siguiéndole, aunque sea á cierta distancia...

—No. Tú debes quedarte aquí y hacer lo que el marqués te ha dicho.

—Pero...

—Hazlo; y ahora escucha bien lo que te voy á decir.

—Diga usted.

—Yo no creo que, por el momento al menos, el marqués intente deshacerse de mí, porque todavía puedo servirle; pero de todas maneras, bueno es que estemos prevenidos.

—¿Y qué quiere usted decirme con eso?

—Excuso decirte que no has de encontrar ningún papel en esta habitación, ni aun cuando registres todos los cofres que aquí hay. En cuanto al dinero, ya es diferente. Mira donde lo encontrarás de seguro.

Y Juan separó la cama, levantó la baldosa que ya conocemos y mostró al joven un pequeño envoltorio donde había tres ó cuatro billetes de Banco de quinientas pesetas.

—Este dinero, si se lo das al marqués,—le dijo Juan,—se quedará con él; por lo tanto, y como te ha de hacer falta para las operaciones que tienes que practicar, te lo guardas, si ves que yo no vengo, y á él si acaso le dices que no encontraste mas que un billete solo. Cien duros más ó menos no te han de hacer nada, porque en el pliego que encontrarás en casa del notario también hay alguna partida en billetes que podrás utilizar del modo que juzgues más conveniente.

—Pero demonio, ¿para qué me está usted diciendo todas esas cosas?

—Tú cállate y escucha.

—Bueno, continúe usted.

—Hay una cosa que quiero que hagas.

—Diga usted.

—Que hagas observar al marqués este hueco que hay

aquí entre el serrín, indicándole que, según la forma, ha debido existir ahí, un paquete de papeles, y que cuando esos papeles no están ahí, es prueba evidente de que yo me los he llevado á otra parte.

—Empiezo á comprender.

—De ese modo, la idea de que quizás los papeles pueden algún día volverse contra él, ha de martirizarle y ha de tenerle impaciente siempre.

—¡Ya, ya!

—Y efectivamente; esos papeles, si tú sigues en un todo las instrucciones que encontrarás en el pliego que hay en casa del notario, ten por seguro que me han de vengar completamente.

—Dale bola; señor Juan, no me hable usted así, porque, francamente, si yo presumiera que le había de suceder á usted algun mal, quisiera ó no quisiera, me iba acompañándoles.

—En lo cual harías muy mal.

—Pero...

—O cumples como debes cumplir, y como yo tengo derecho á esperar de tí, ó no mereces que yo haya depositado mi confianza en quien no es digno de ella.

—Pero...

—Nada, nada. En la clase de vida que desgraciadamente hacemos, es preciso ser hombres y nada más que hombres; por lo tanto, prescinde de sentimentalismos, que al fin y al cabo á nada conducirían, y no pienses más que en vengarme, en el caso probable de que no vuelva más por aquí.

—¡Yo le juro á usted que le he de vengar!

—Pero ten presente que esa venganza no la has de tomar personalmente; es decir, que no quiero que tus

manos se manchen con la sangre de ese hombre. Es preciso que sea la justicia la que se apodere de él, y tus armas principales has de encontrarlas en los papeles que te dejo indicados y en el hallazgo de las dos niñas que se ha llevado Vicente.

—Descuide usted, que así lo haré.

—Pues únicamente de ese modo me marcharé tranquilo.

CAPITULO XLI

En Ávila

GRAN parte de la noche lleváronsela hablando Pepete y Juan, dando éste á aquél las últimas instrucciones.

A la siguiente mañana el marqués dijo al mayordomo:

—¿Lo tienes ya todo dispuesto?

—Cuando usted quiera,—contestó Juan.

—¿Has dado ya las instrucciones respecto á lo que debe hacerse en la casa durante nuestra ausencia?

—Sí, señor; de mi obligación no me he olvidado nunca.

El marqués no contestó.

Comprendió perfectamente lo que quería decirle el mayordomo, pero pensó sin duda que no era ocasión oportuna para entablar discusiones, y se preparó para el viaje proyectado.

Juan también se había prevenido.

Un largo cuchillo de monte y el revólver, ambas armas al alcance de su mano, parecían garantirle algún tanto su seguridad, puesto que sabiendo que el marqués no habiendo salido de la posesión hacía muchos días, no era fácil que hubiera podido ponerse de acuerdo con gentes que le pudieran dar muerte.

A la hora convenida, uno y otro abandonaron la posesión dirigiéndose hacia Avila.

Pocas palabras cruzaron por el camino amo y criado.

Cerca ya de la ciudad, preguntó Juan:

—¿Dónde piensa ir á parar el señor marqués?

—A casa de Robustiana.

—Mientras tenga habitación.

—Lo que me importa es saber si ha tenido alguna noticia de Vicente antes de que nos dirijamos á Santa María de Nieva.

—No está mal pensado.

—Ya lo creo: como que si ha habido alguna noticia podremos caminar más sobre seguro.

—Yo dije ya al señor marqués, que en todo el partido judicial había ninguna posesión rural de la importancia que Vicente había supuesto.

—Es que, como te he dicho, que no me fío gran cosa de tus noticias...

—Pues hasta ahora bien se había fiado usted, y me parece que no le había ido tan mal.

—Pero ha llegado un suceso capital y parece que en él te has estrellado.

—Porque usted lo cree así.

—Porque tengo ya casi la seguridad. Y en fin: no hablemos más de eso, porque yo tengo ya formado mi plan y no desisto por nada ni por nadie.

Juan no contestó.

Siguió silenciosamente á su señor, y poco después llegaban á la posada de Robustiana.

Al verles la posadera, exclamó alegremente:

—¡Caramba, señor marqués, usted por aquí!

—Ya lo ves, mujer. No puedo olvidar lo que hiciste por mí, y vengo á darte las gracias.

—¿Y para eso se ha molestado usted?

—¡Vaya, vaya! á ver si nos arreglas una buena comida.

—¡Pero qué! ¿el señor marqués va á parar en mi casa?

—¿Y por qué no? ¿Acaso tan mal se está en ella?

—Yo lo único que siento es que no sea digna de lo que usted se merece.

—Cuando en ella estuve enfermo y me cuidaste tan perfectamente, me parece que bien puedo estar ahora que, gracias á Dios, me encuentro sano. Conque vamos, anda, anda, á ver que nos das de bueno.

Robustiana dió orden en seguida á las mozas de la posada para preparar la comida del marqués, mientras éste se dirigía al cuarto que la dueña se indicó.

Poco después, se sentaba á la mesa.

—Díme, Robustiana,—preguntó á la posadera.—¿No has sabido nada de Vicente?

Robustiana cambió una rápida mirada con el mayordomo; mirada que á pesar de su rapidez fué sorprendida por el marqués.

—No, señor,—contestó la posadera;—y no puede usted imaginarse lo extraño que se me hace semejante proceder de parte de mi pariente; máxime cuando lo mismo él que mi prima me aseguraron que me escribirían en seguida.

—¡Quizás hayan tenido razones poderosas para no hacerlo! — contestó el marqués con acento intencionado.

—No sé qué razones puedan ser.

—Juan puede que te las sepa explicar.

—¡Juan!—exclamó Robustiana.

—Sí, mujer. Juan que era tan amigo de Vicente y que también sabe alguna cosa respecto á esas dos muchachas.

—¡Caramba, señor Juan! ¿Usted sabe algo?

—El señor marqués tiene gana de broma; porque yo respecto á esas no sé nada. De otras, quizás pudiera saber algo, pero de las que el señor marqués dice, ni sé ni he sabido jamás.

—Pues yo había creído lo contrario, en fin, vale más que me haya engañado. Ahora se me ha puesto en la cabeza ir á Segovia y enterarme yo mismo de si hay por allí alguna posesión por el estilo de la que Vicente había dicho. Quisiera saberlo porque vamos, como te dije, Vicente era un criado que me convenía y si él me hubiese sido franco, le habría dado lo que me hubiese pedido.

—Eso prueba lo bueno que es el señor marqués.

—Yo te diré. Vicente me convenía mucho. Se tomaba interés por la casa, ya llevaba muchos años en ella y me duele no verle allí.

—Pues ya lo creo; si no sé por qué se marchó de allí.

—¡Oh! por esas cosas que á veces hacemos todos, sin pensarlas lo suficiente. Estoy seguro que él está arrepentido ya.

—Puede que sí, señor.

—¡Si tan seguro tuvieras tú el premio grande como

que él ha deplorado ya más de una vez la salida de mi casa!... Pero ya se ve, todos creemos hacer las cosas por bien y después nos arrepentimos cuando ya no tienen remedio.

—Tal vez si él supiera las buenas disposiciones en que usted está...

—De ahí la razón porque quiero ver si le encuentro.

—Vamos, señor marqués, que con cien vidas que tuviera Vicente, no le pagaría lo que están haciendo por él en estos momentos.

—Vaya, vamos á ver si podemos marchar hacia Segovia.

—¿De modo que tan deprisa se va usted?

—Sí; el caso es aprovechar el tiempo.

Y con arreglo á este propósito, el marqués acompañado de Juan salió de la posada.

En ella se quedaron los caballos.

El viaje á Segovia, se hizo sin resultado alguno.

El marqués no pudo adquirir noticias referentes á ninguna posesión rural de la importancia que suponía la carta de Vicente.

Y de las que había en la provincia, ninguno de los labradores se llamaba Vicente.

—¿Tú lo ves?—dijo el marqués al mayordomo cuando se recibió la última noticia respecto á aquel particular.

—Si todo eso ya lo sabía yo,—repuso Juan tranquilamente.

—¿Y no te hace sospechar?...

—¿De qué?

—De que ese hombre no ha procedido bien.

—Al menos con su torpeza da lugar á que se piense lo que no puede ser verdad.

—Es decir que al fin convienes conmigo en que tengo razón para quejarme.

—Ya he dicho á usted que su queja en lo que se refiere á esas dos chicas, no tiene fundamento.

—Pues entonces, ¿por qué esos misterios por parte de Vicente?

—¡Qué sé yo!

—La conducta es muy sospechosa.

—Más bien es estúpida.

—Pero esa estupidez de todos modos oculta algo.

—Para mí, no señor.

—¿Pero quién son entonces esas dos muchachas?

—¡Y yo qué sé! Sobre ese particular nada puedo contestarle. Yo me refiero solamente á lo que he visto y á lo que sé.

—¿De modo que todavía persistes?...

—Me parece, señor marqués, que ya debía usted conocerme para saber que cuando digo una cosa, es verdad.

El marqués no dijo nada, contentándose únicamente con encogerse de hombros.

Y de nuevo volvieron á Avila.

Al verle Robustiana, se apresuró á decir:

—¿Ya de vuelta, señor marqués?

—Sí, pero sin fruto.

—¿Es decir, que no le ha encontrado usted?

—¡Qué he de encontrarle, mujer, que he de encontrarle, cuando parece que él se ha propuesto que no le encuentre!

—¿Pero por qué habrá hecho eso Vicente?—dijo la posadera cambiando otra mirada con Juan, mirada que también sorprendió el marqués.

—Te aseguro,—dijo éste,—que la conducta de tu pariente me va pareciendo muy sospechosa.

—Pero sospechosa ¿en qué sentido?

—Si quieres que te lo diga de un modo determinado, no lo sé; pero desengáñate, que si él no tuviera algún motivo para recelar, no trataría de ocultarse como se oculta.

—A mí me dijo lo que ya le indiqué al señor marqués: que se marchaba á la provincia de Segovia.

—Y en la provincia no existe; porque precisamente el gobernador es amigo mío y hemos hecho correr un telegrama circular al objeto de conocer el paradero de Vicente.

—¿Y no se ha dado con él?

—No: nadie le conoce, ni en ninguna de las posesiones rurales de la provincia existe.

—¡Vaya una cosa particular!

—Y tanto, mujer; tan particular, que aun cuando Juan quiere defender la conducta de su amigo, vuelvo á repetir que yo la encuentro muy sospechosa.

—El señor marqués tendrá sus motivos; pero me parece que hasta ahora Vicente se había portado siempre bien.

—No te digo lo contrario; pero á veces un hombre es muy honrado toda la vida y en un momento se convierte en un criminal.

—¡Oh! pero lo que es mi primo no se encuentra en ese caso.

—Yo no digo que lo sea, pero con su conducta lo está dando á entender.

Robustiana no supo que decir.

El marqués pasó la noche en la posada, y á la maña-

na siguiente cuando se levantó, comenzó á pasearse por el cuarto, diciendo:

—Esto no tiene duda. Lo mismo Robustiana que Juan conocen el secreto ó la causa que á Vicente le obliga á ocultarse; y como esa causa no puede ser otra que la de esas criaturas, héme aquí que estoy en presencia casi casi de los cómplices del mismo delito. ¡Bah!—prosiguió al cabo de un buen espacio de reflexión,—es necesario concluir de una vez.

Y llamando á Juan, le dijo:

—¿En qué sitio fué dónde hicisteis desaparecer á esas muchachas?

—Ya dije á usted que en los montes de Toledo.

—Pero los montes ocupan una gran parte de la provincia, y yo supongo que donde vosotros consumarais el hecho sería en un sitio determinado.

—¡Oh! Desde luego.

—¿Dónde fué?

—Hacia Oropesa, en uno de los barrancos que hay á una legua próximamente de la población.

—¿Estás bien seguro?

—¡No he de estarlo, si conozco aquel terreno como la palma de la mano!

—Es verdad, que tú allí hiciste algunas fechorías.

—Me obligaron á ello, señor marqués; ya lo sabe usted muy bien.

—En fin: para que yo me quede tranquilo quiero ir allá.

—Lo que quiera el señor marqués.

—Pues anda á disponerlo todo que vamos á salir en seguida.

Juan bajó á la cocina donde encontró á Robustiana.

—¿Qué hay?—le preguntó ésta.

—Mucho malo,—repuso el mayordomo en voz baja: —ahora mismo me voy á marchar con el marqués.

—¿Dónde?

—No lo sé. Pero oye bien lo que te digo: si ves que el marqués vuelve solo, busca inmediatamente un hombre de toda tu confianza que se vaya en seguida á la posesión del marqués, que pregunte por el *Pito*, á quien tú ya conoces, y que le dé este papel. Júrame que lo harás así, y sobre todo mucho silencio.

—¡Te lo juro, hombre, te lo juro!—contestó Robustiana, cogiendo el papel que encerrado bajo un sobre le entregó Juan.

CAPITULO XLII

En los montes de Toledo

JUAN salió acompañado de su señor, con dirección á Oropesa.

Extraños presentimientos le embargaban.

Tal vez, á poderse desprender en aquellos momentos de su señor, es muy posible, que se hubiese alejado de allí.

Pero ya era imposible.

La fatalidad parecía empujarle, y no tenía ya más remedio que dejarse arrastrar por ella.

Por supuesto que también es necesario comprender, que Juan en medio de todo, confiaba en algún inesperado incidente que se presentara, digámoslo así, para justificar lo que había dicho á su señor.

Jugaba á la casualidad, y quería dejarse conducir por ella.

En cambio Robustiana, había quedado profundamente pensativa.

Las palabras de Juan, habían llamado su atención de un modo extraordinario.

Porque como se armonizaban muy bien con algunas de las frases que hubo de escuchar á Vicente, hacíanle abrigar un temor tal respecto al marqués, que aun siendo ella mujer y no teniendo una relación directa con él, no podía menos de estremecerse pensando en sí también á ella le alcanzaría parte de la maldad de aquél.

—Lo que yo no comprendo,—decía,—es el por qué Juan no ha hecho ya lo mismo que ha hecho Vicente, por qué vivir siempre abrigando el temor de lo que pueden hacer con uno... Vamos, lo que es con la hija de mi madre, no sucedería.

Y la pobre mujer estaba llena de inquietud.

Entretanto el marqués y su compañero llegaron á Oropesa, donde pernoctaron.

—Mañana,—dljo el marqués á Juan,—tomaremos el album de dibujo, y bajo el pretexto de tomar algunos puntos de vista de estas montañas, me guiarás hacia el sitio que sabes.

—Está bien, señor.

El marqués miraba fijamente á su mayordomo.

Esperaba advertir en él un solo signo de contrariedad, la más ligera sombra de turbación para determinar la exactitud de sus apreciaciones.

Pero el mayordomo sostuvo admirablemente aquella nueva prueba á que su señor quería sujetarle.

Su contestación no reveló vacilación alguna.

Por el contrario, parecía encerrarse en ella la lealtad más completa.

—Lo único que falta,—dijo,—es que no te hayas olvidado del lugar en que sucedió el hecho.

—Poca memoria tendría,—contestó Juan sonriéndose.

—Te diré, como los montes y mucho más en término tan escabroso como éste, guardan cierto parecido, y aquí los precipicios se suceden unos á otros, no tendría nada de extraño que hubieses olvidado el sitio ó que te confundieras.

—A ojos cerrados, creo que iría. Ya ve usted que estoy seguro. Pero no sé, señor marqués, á que vengan esas desconfianzas al cabo de tantos años.

—Son desconfianzas que tú mismo las has hecho nacer.

—¡Yo!

—Tú, sí; tú hiciste nacer las sospechas y los hechos subsiguientes han venido á corroborarlas.

—Permítame usted que le diga que no sé á qué hechos puede referirse; porque sucediera lo que quisiese, creo que el señor marqués, ha debido de tener presente siempre, la fidelidad con que le había servido, para no sospechar en lo más mínimo de mí.

—Te has vuelto muy poltrón, Juan.

—Me parece que cuando se trata de servir á usted, á pesar de mi poltronería, lo hago.

—Sí; pero de que modo.

—Pero ¿lo hago ó no?

—Eso es lo que trato de ver.

—Y eso es lo que me llena de dolor, el que así de ese modo dude usted de mí.

—Pero si es que yo no quisiera dudar y precisamente para no dudar, es para lo que he venido. ¿Crees que

para mí es plato de gusto perder la confianza de un servidor como tú?

—No sé por qué la haya usted perdido.

—Ya te lo he dicho.

—En fin, usted es muy dueño de hacer lo que quiera, pero puede estar seguro de que con esto, me ha causado un grandísimo pesar.

—¡No comprendo por qué pueden causarte pesar las decisiones de tu señor! ¿Acaso no puedo yo hacer lo que tenga por conveniente?—prosiguió el marqués con altanería.—Me has hecho un servicio, te lo he pagado; y ahora quiero tener la seguridad de que ese servicio se ha cumplido.

—Como usted guste.

La seca contestación de Juan, hizo fruncir el entrecejo al marqués.

Por un momento trató de contestar con violencia, pero se contuvo.

Juan que conocía demasiado el carácter de su señor, no pudo menos de estremecerse al ver aquella moderación extraordinaria.

Y cuando salió de su aposento, no pudo menos de decir:

—No tiene duda, algún proyecto abriga. Cuál puede ser éste, lo ignoro, pero que existe, es indudable.

El marqués á su vez, paseándose también por la habitación en que estaba aposentado, murmuraba:

—Llévame á los montes, que ya encontraré yo un buen precipicio donde sepultarte. Allí podrás guardar tus secretos cumplidamente. Eres tú muy poca cosa para luchar conmigo y presto te vas á convencer de ello.

A la mañana siguiente Juan se presentó á su amo llevando el álbum y la caja de pinturas.

—¿Está ya dispuesto todo?—preguntó éste.

—Sí, señor.

—Pues en marcha.

Momentos después, los dos hombres abandonaban la población con gran asombro de aquellos aldeanos que no comprendían que, dada la crudeza del tiempo y lo áspero de las montañas, tuvieran el capricho aquellos dos señoritos de la ciudad, de marcharse á sacar vistas, con un frío que, como decían, helaba las palabras.

Largo trecho fueron andando Juan y el marqués internándose por aquellas abruptas montañas cuyos senderos eran peligrosísimos á veces, porque la nieve al endurecerse, presentaba superficies tan resbaladizas, que se hacía necesario ir caminando con grandes precauciones.

Juan procuraba mantenerse siempre al lado de su señor y su mano derecha hundida en el bolsillo del chaquetón acariciaba la culata del revólver que llevaba á prevención.

—¿Falta mucho para llegar?—preguntó el marqués.

—Allí en aquel cabezo que se ve sobre la derecha.

—Pues te aseguro que el sitio...

—El más á propósito para asuntos de esta especie.

—Si por aquí es imposible que haya venido planta humana.

—Las nuestras.

Y siguieron andando hasta que llegaron tras prodigiosos esfuerzos, al sitio indicado por Juan.

Efectivamente, el lugar no podía ser más á propósito para el crimen de que se trataba.

La naturaleza en toda su salvaje grandiosidad, se mostraba allí.

Horribles precipicios de desconocida profundidad, árboles y malezas brotando por entre las junturas de las peñas, montones de nieve aglomerados sobre las peladas rocas, hilos de agua congelada que descendían formando caprichosas culebrinas desde las cumbres de los montes, todo contribuía á formar agrestes panoramas llenos de belleza y de sombría majestad.

—Aquí fué,—dijo Juan deteniéndose al borde de uno de aquellos profundos barrancos.

—¿Pero estabais los dos juntos?—preguntó el marqués mirando á Juan.

—Ya le dije á usted que Vicente se alejó llevándose una de las niñas.

—¿Y desde donde la tiró?

—Desde allí.

Y señaló á un pico que estaba á unos doscientos pasos adelante.

—De modo que tú...

—Yo desde aquí hice mi operación.

—De manera, que como no es posible que nadie haya pasado por aquí desde entonces, debe verse algo en el fondo del precipicio.

—Me parece que sí, señor.

—Toma, toma los gemelos y tú que conoces el sitio, mira bien é indícame el lugar en que esté.

Y el marqués al decir estas palabras, sacó los gemelos del estuche y se los entregó á Juan.

Este, sin demostrar vacilación alguna, los cogió y se puso á mirar hacia el fondo del barranco.

Como estaba al mismo borde, inclinó el cuerpo hacia fuera.



Un grito horrible se exaló de su pecho.

El semblante del marqués reflejó de un modo tan gráfico su pensamiento que, si Juan hubiese podido verle en aquel instante, tal vez se habría salvado.

Pero había encontrado tan natural la acción del marqués y al mismo tiempo quería representar su papel con tanta verdad, que siguió mirando sin desconfianza alguna.

Pero de pronto, sintió que la tierra faltaba bajo sus piés.

Extendió los brazos y no encontró nada donde apoyarse.

Un grito horrible se exhaló de su pecho.

Su cuerpo cayó sobre una piedra, rebotó de ella desgarrándose sus carnes y de este modo de peñasco en peñasco, completamente destrozado, llegó al fondo del abismo.

El marqués se había aprovechado de su distracción, y dándole un fuerte golpe en las piernas, le hizo perder el equilibrio.

Pálido, jadeante, comenzó á gritar pidiendo socorro, y así llegó hasta encontrar un grupo de leñadores.

Justificóse la caída de Juan como un desgraciado accidente, y á nadie se le ocurrió que el marqués del Pino hubiese ido á asesinar á su criado en aquel sitio.

Dos días después, el marqués llegaba á Avila á la posada de Robustiana, refiriendo la misma farsa que había contado en Oropesa.

La posadera recordó entonces el encargo de Juan; y como el marqués dormía allí aquella noche, envió el papel, que Juan la había dado, al *Pito*, por medio de uno de los mozos de su casa.

El joven recibió el papel aquella misma noche.

Inmediatamente que pudo, rompió el sobre y leyó lo siguiente:

»Si recibes este papel, es señal de que he muerto asesinado por el marqués.

»No esperes á que éste llegue.

»Abandona inmediatamente la casa y prepárate para vengarme.

»Sigue en todo mis instrucciones y castiga sin piedad al miserable marqués del Pino, mi asesino.

»Pepe, en tí confío; venga á tu pobre amigo

»Juan.»

. . . .

Cuando el marqués llegó á su casa, Pepete ó el *Pito*, no estaba ya en ella.

LIBRO SEGUNDO

EL CRIMEN

CAPÍTULO XLIII

Primeras nupcias

La fortuna de Carmen hermosa, viuda y con un hijo, no consistía solamente en su virtud y en su belleza.

No era poco esto, ciertamente, para quien tuviera corazón y buen gusto; no era nada para muchos de los hombres materialistas y gastados física y moralmente, ó más bien disipados bajo ambos conceptos.

El término no es corriente y merece, por tanto, explicación.

Todo gasto supone un empleo de capital, sea este metálico, sea inteligencia, sea fuerza ú otra cosa cualquiera, en algo relativamente útil.

Los que tiran el dinero, desgastan su inteligencia ó consumen sus fuerzas de un modo loco, no gastan, disipan.

Y sólo esos pueden juzgar que no es suficiente á una

mujer tener una honradez inmaculada, y más que suficiente, sobrado, unir á ella unas condiciones físicas envidiables.

Por desgracia son muchos los que menosprecian tales cualidades y buscan una mujer sin dotes, pero con dote.

Y por fortuna para Carmen, el duque del Solar no fué de estos tipos.

Educada con esmero por sus padres, pertenecientes á la clase media de Madrid, habíase casado con un médico que falleció á los dos años de matrimonio, dejando á su mujer una regular fortuna y un hijo.

El duque del Solar, aristócrata de abolengo, sano de corazón y de cultivada inteligencia, exento de ridículas preocupaciones y dueño de sus actos, pues sobre haber pasado de los treinta años, carecía de padres, la vió en el Prado y se enamoró de ella.

A fuer de hombre prudente, pidió informes respecto á Carmen y su familia, y los que le dieron fueron tales que no vaciló en hacerse presentar en la casa y, luego de haber sondeado á la joven, pedir su mano.

La petición fué aceptada por Carmen, manifestando que el duque la era simpático, y que, juzgándole persona decente y teniendo ella libre el corazón, no hallaba inconveniente en entrar en relaciones con él.

No diremos que no influyese en algo, para semejante respuesta, el título y la fortuna de Julian de Figueroa, pero sí que Carmen no se hubiese dejado alucinar por uno y otra de serla antipático el pretendiente.

Este, satisfecho con la respuesta que le fué fielmente transmitida y apreciando en todo lo que valía la franqueza que encerraba, entró en relaciones con Carmen y

tan buena maña se dió á captarse la voluntad de ésta, que pocos meses después, el duque del Solar y Carmen Campos, pues tal era su apellido, uníase en indisoluble lazo.

No hay necesidad de dar muchos pormenores respecto á ambos personajes, supuesto que los citamos sola y exclusivamente para que se sepa quién era el duque del Solar, cuyo ataud fué hallado en el campo, según recordarán los lectores.

Julián de Figueroa y Campos fué el único fruto de aquel matrimonio.

Marido y mujer, al año de casados, vieron colmadas sus aspiraciones con el nacimiento de un vástago, que llevó el mismo nombre que su padre.

Este y Carmen, cuyo mútuo cariño había crecido y, por decirlo así, se habían consolidado primero con el enlace y luego con la paternidad, teniendo, no ya lo suficiente, sino hasta lo sobrado para atender á todas las necesidades de la vida, vivían completamente dichosos.

Pero la felicidad, cuando se logra en este mundo, y no es poco lograr, parécese á esas flores que abren su cáliz al romper el día, recrean la vista durante algunas horas, embalsaman con su perfume el ambiente y á la puesta del sol, cuando aún no se han extinguido los últimos resplandores del astro-rey, agítanse en términos que al amanecer siguiente ha de arrancarlas la mano del jardinero para que no afeen el cuadro que engalanaron horas antes.

Diez años después de su matrimonio, el duque enfermó.

Al principio no dió importancia alguna á su dolencia.

Creyóla efecto de un enfriamiento, y juzgó que bastarían algunos sencillos remedios para recobrar la salud.

No fué así.

El mal prosiguió haciendo estragos y cuando el duque trató de ponerse firmemente en cura, era tarde.

La tisis, esa terrible enfermedad cuya profiláxis no ha encontrado aún la ciencia, habíase enseñoreado ya de su naturaleza.

Rico el duque y feliz al lado de su mujer y de su hijo, claro es que no había de escasear nada de cuanto pudiera ser necesario para su curación.

Siempre es grato vivir; pero hay ocasiones en que no sólo resulta agradable la vida, sino que se mira la muerte con verdadero horror y se lucha con ella á brazo partido.

En tal circunstancia se encontraba el duque.

De aquí que, no sólo se hiciera visitar por los mejores médicos de España, sino que emprendiese viajes al extranjero, en busca de otros, especialistas en la clase de enfermedad que padecía y que no fué posible ocultarle, porque desgraciadamente los síntomas hubieran dicho lo que los facultativos habrían deseado callar.

¡Todo inútil!

Es posible que otra persona, en su caso y sin sus medios, hubiera sucumbido antes que él.

Pero él no logró extirpar los implacables tubérculos, que fueron haciendo su camino, á despecho de medicinas, baños, cambios de aires y cuantos recursos utilizan media docena de sabios en el arte de curar.

Desde que la gravedad del mal que el duque padecía fué conocida por Carmen, ésta ya no tuvo ni un solo instante de reposo, ni un segundo de alegría.

Esperando siempre el fatal desenlace, era natural que todos los placeres con que podía brindarla su posición resultasen amargados.

No tenía más que dos pasiones: la que sentía por su esposo y la que experimentaba por sus hijos.

Veía consumirse lentamente al primero y miraba á los segundos de continuo padeciendo por el sufrimiento de su padre.

Hubo momentos en los que hubiera cambiado su suerte por la de su lavandera, mujer ya entrada en años, pero fuerte y robusta, con tres vástagos no menos robustos que ella y de quienes decía con orgullo que no había hecho un día de cama.

El duque llevaba con ejemplar paciencia su enfermedad.

Pero á pesar de las graves molestias que la tisis ocasiona, procuraba encontrarse siempre alegre, ante Carmen, y trataba de engañarla, y aun de engañarse á sí mismo respecto al término que tendría la dolencia que le aquejaba.

¡Pobre hombre!

No conseguía más que atormentarse inútilmente, pues Carmen no se dejaba engañar por alardes de fuerza, cuya falta de fundamento conocía.

Durante tres años la vida del matrimonio fué un prolongado y terrible suplicio.

El pequeño Julián que iba saliendo adelante de todas sus indisposiciones, crecía y demostraba gran afición al estudio lo mismo que su hermano Andrés, que le llevaba algunos años.

Pero hasta éstos adelantos eran causa de tristeza para sus padres.

Cuando se le decía algo, oscurecíase la faz del duque.

Habíasele ocurrido esta idea:

—¡Y pensar que dentro de poco dejaré de verle para siempre!

Carmen miraba á su esposo; adivinaba la idea que había pasado por su imaginación y, á su vez, había de hacer un gran esfuerzo para impedir que las lágrimas se agolpasen á sus ojos y brotando de ellos, descubriera el estado de su ánimo.

Eran verdaderamente dignos de lástima aquellos dos seres, nadando en la abundancia, pudiendo procurarse todo género de comodidades y de diversiones, y moralmente incapacitados de tener siquiera la alegría del obrero que acaba de recibir un módico jornal ó que ha mejorado en dos ó tres pesetas semanales su salario.

Cuando se hallaban solos marido y mujer, las escenas que se producían eran todavía más tristes.

Bastaba la menor alusión hecha por el duque á la situación en que se encontraba para que su esposa, llevada del afán de distraerle, le colmase de caricias; y éstas constituían otros tantos motivos de dolor para el desgraciado que veía próximo su fin.

Entretanto la enfermedad continuaba su camino.

La fiebre continua, la tos pertinaz, los sudores, todo el fatal acompañamiento del terrible mal que proseguía en aumento.

Vinieron tras los esputos, los vómitos de sangre, y los médicos se vieron obligados á confesar que ya nada más tenían que hacer.

El duque hubo de meterse en la cama.

Su vigorosa naturaleza luchó todavía contra la enfermedad, por espacio de más de treinta días.

Treinta días de lucha horrible para el enfermo y de espantosos sufrimientos para Carmen, que ni un instante siquiera se apartó de la cabecera del lecho.

¡Cuántas tristes sonrisas, más tristes aun que el más amargo llanto! ¡cuántos tiernos apretones de manos y cuántas miradas cariñosas cambiaron los dos esposos durante aquel tiempo!

Por fin llegó el temido instante.

Tras una crisis suprema, pocas horas después del último vómito de sangre, el duque del Solar exhaló el último suspiro.

Al cerciorarse de que su marido ya no existía, Carmen lanzó un agudo grito y cayó desmayada al suelo.

Cuando recobró el conocimiento, apresuráronse á presentarla sus hijos.

Ella les estrechó con efusión entre sus brazos, y exclamó:

—¡Sí! ¡Sí! ¡Hijos míos! ¡Por vosotros necesito vivir!... ¡Los dos me consolaréis de tan dolorosa pérdida!... ¡Os son necesarios mis cuidados, pues aunque poseeis una fortuna, nadie es capaz de reemplazar á una madre!

CAPITULO XLIV

Proyecto de segundas nupcias

QUIÉN no ha asistido alguna vez á la audición de *Rigoletto*? ¿Quién no ha oido tal ópera y no recuerda la canción del duque de Mántua:

la donna é mobile
cual piuma al vento?

La versatilidad de la mujer parece demostrada por las estadísticas.

Son en mayor número las viudas que pasan á nuevas nupcias que los viudos que reinciden, si vale la palabra.

Sin embargo, nosotros imparciales, y nada enemigos, por tanto, del bello sexo, hemos de confesar que ni es oro todo lo que reluce, ni del hecho que consignado queda resulta justificada la volubilidad de la mujer.

Esta, para contraer nuevo matrimonio, tiene muchas razones, prescindiendo de la susodicha.

Y es la necesidad de buscar quien atienda á su manutención ó á la de ella y sus hijos.

Ya la falta de cariño hacia su primer consorte, con quien se casó obligada por las circunstancias ó cohibida por su familia, casos que suceden con mucha frecuencia, tratándose de la mujer y que sólo por excepción pueden darse en el hombre.

Ya por hallarse imbuida en la idea de que la carrera de la mujer es casarse.

Ya, en fin, por exceso de sensibilidad.

Por exceso de sensibilidad, ni más ni menos.

En este punto la mujer, salvo deshonrosas excepciones, nos supera de mucho.

Y sólo en el matrimonio, sólo en su unión con un hombre, encuentra colocación oportuna y legítima á ese exceso de sentimiento, á esa exuberancia de sensibilidad que, por otra parte, constituye uno de sus mayores atractivos.

Otras razones hay de que sucede lo que se ha indicado; mas no es este lugar á propósito para consignarlas.

Pasémoslas, pues, por alto, y consignemos que Carmen pasó dos ó tres años consagrada por completo al cuidado de sus hijos.

Los dos seguían creciendo y Julia continuaba tan endeble como desde que vió la primera luz.

Llegó una ocasión en que su vida se halló en serio peligro.

Una fiebre perniciosa le colocó al borde del sepulcro.

Carmen experimentando cierta repugnancia á utilizar los servicios de los médicos que habían asistido á su esposo, preocupación muy generalizada y que la mayor parte de las veces tiene tan poco fundamento como en aquella ocasión, buscó un nuevo facultativo.

Preguntó á varios de sus conocidos y uno de ellos le habló en los términos más lisonjeros de Ricardo del Campillo, médico joven que, en poco tiempo y brillantes estudios, había logrado bastante fama, merced á algunas curas verdaderamente milagrosas.

Carmen le hizo llamar.

Ricardo acudió, examinó á la criatura y luego dijo:

—Está grave, pero no desconfío de salvarle.

—¡Ah! ¡Doctor! ¡Si tal hiciera usted mi agradecimiento sería eterno!—exclamó la madre en un tono tal que conmovió al joven.

Este miró con atención á la viuda y en tono emocionado, así por las palabras de ella como por su belleza, repuso:

—Crea usted, señora, que haré todo cuanto esté en mi mano para complacerla. Dios es el supremo árbitro de la vida y de la muerte; la ciencia ayuda á los designios, y todo cuanto poseo estará en este caso al servicio de su hijo de usted.

Y en efecto, con tal asiduidad y con tanta inteligencia y fortuna, asistió á Julián, que el niño convaleció.

Cuando al cabo de muchos días, Ricardo participó la nueva de que la criatura estaba fuera de peligro, á Carmen, ésta, en un rapto de alegría, estrechóle con efusión ambas manos, exclamando:

—¡Gracias, gracias!

Ricardo experimentó una sacudida como si hubiese recibido una descarga eléctrica.

Púsose pálido y á duras penas pudo murmurar:

—A mí... no... á Diós... Yo no merezco...

—¡Oh, sí! Mi agradecimiento eterno.

Tras algunas palabras más, Ricardo se despidió y salió de la casa, pensando:

—¡Su agradecimiento!... ¡Ah!... ¡Cuánto daría porque se trocase en amor!...

Estaba perdidamente enamorado de la viuda.

Conociendo la honrada conducta de ésta, su limpia estirpe, sus excelentes cualidades y siendo el joven, inteligente y de bastante buena posición para que no se pudiese creer que pretendía hacer del matrimonio un negocio, natural es que no se conformase con decirse á sí mismo que prefería el amor de Carmen á su agradecimiento.

Después de haber consultado su corazón detenidamente, cuando éste le dijo que lo que sentía era una verdadera pasión, resolvióse á poner los medios para satisfacerla.

Precisamente su profesión, lo que había sucedido y las contínuas indisposiciones de Julián, favorecieron su intento.

Ricardo, cuando ya adquirió cierta intimidad, cuando consiguió que se le mirase como de la casa, comenzó á hacer formalmente la corte á la viuda.

Halló el terreno bien dispuesto.

Sobre que desde luego había sido simpático á Carmen, sobre la gratitud que ésta sentía hacia él por haberle salvado á su hijo, el joven reunía todas las condiciones á propósito para agradar.

Era de rostro agraciado y varonil, elegante, de amena conversación, instruido y de nobles sentimientos que se revelaban en sus palabras y en su conducta.

Carmen, pues, merece disculpa por haberse dejado impresionar.

Claro está que cuando falleció su marido creyó que su dolor sería eterno y juró que jamás daria padrastro á su hijo.

Y más claro todavía que, llegado el caso, sobre no sentir ya el eterno dolor, encontró muchas y muy buenas razones para faltar á un juramento que, después de todo, no había hecho sino á sí misma y de cuyo cumplimiento se podía absolver también *motu propio*.

El niño era muy delicado.

El pretendiente de la madre era médico.

¿Qué cosa mejor que tener el médico en casa, y un médico interesado en conservar la salud de la tierna criatura, porque siendo de alma noble y de suma delicadeza no habría de querer que se le hiciera responsable de una desgracia?

La fortuna que disfrutaba Carmen no la pertenecía.

Toda entera era de Julián y de Andrés pues ella no había podido aportar dote á su primer matrimonio.

¿Acaso á los intereses del hijo no convenía que se casara la madre con un hombre como Ricardo que la podía mantener?

¿Acaso no era más digno, para ella misma, vivir á expensas de un marido que á las de sus hijos?

Todo esto y mucho más se dijo Carmen, al verse seriamente pretendida por el joven facultativo.

No eran muy sólidos los argumentos.

Difícilmente hubieran resistido el análisis, y aun

habría sido posible oponerles otros de mucha mayor fuerza.

Pero es inútil decir que en el fondo no había más que un hecho real, positivo, tangible y superior á todos los raciocinios habidos y por haber.

Si Ricardo se había enamorado de Carmen, ésta, necesitada de amar, y como quiera que sólo á seres de elección es dado seguir amando á un difunto, había concluido por enamorarse del médico.

Todo lo demás no era otra cosa que pretextos con los cuales pretendía la viuda, no engañar á los demás, sino engañarse á sí misma.

¡La daba miedo confesarse que amaba á Ricardo!

Parecía como que experimentaba remordimientos al recordar cuanto había querido al duque y cuanto había sido adorada por éste.

Pero tiene el amor poder tan grande que hasta del amor mismo triunfa.

Carmen, tras una lucha corta, pero encarnizada, con sus recuerdos, vencida por la asídua corte y las persistentes instancias de Ricardo, cada vez más enamorado de ella, decidióse á hacerle feliz.

El día que el médico consiguió el anhelado *sí*, estuvo á punto de desfallecer de alegría.

Con un apresuramiento que demostraba la verdad de su pasión, pidió á Carmen que fijase fecha para el enlace.

Ella, dado ya el primer paso, dió los demás con natural facilidad.

Fijó un plazo y como pareciera demasiado largo al enamorado médico, no tuvo gran inconveniente en acortarlo.

Decidióse que el casamiento se haría á los tres meses, y no sabemos quién de los dos llevó con más afán la cuenta.

Sin embargo, cuando Carmen esperaba más afanosa lo mismo que Ricardo aquel término tan deseado, ocurrió lo que menos podían esperarse.

Ricardo había asistido á un enfermo y tuvo la desgracia de que se le inoculara la enfermedad de que adolecía.

Durante tres meses estuvo sufriendo horriblemente hasta que por fin, él que había salvado á tantos, sucumbió á la terrible enfermedad de la cual había salvado también al mismo que se la inoculó.

Carmen soportó aquel nuevo golpe con la resignación que había soportado los anteriores.

Tenía dos hijos y en el cariño de estos encontró la fuerza necesaria para hacerse superior al dolor que sentía.

Lo único que hizo entonces fué formal propósito, que realizó, de no volver á pensar en contraer nuevas nupcias.

CAPITULO XLV

Dos de un vientre...

No era solamente en su constitución física en lo que consistían las diferencias existentes entre el hijo del duque del Solar y el del primer esposo de Carmen.

Dos de un vientre y de distinto templo, dice el refrán y en aquel caso se acreditó su exactitud.

La divergencia sólo podía ser atribuida á la casualidad, pues es lo cierto que, en cuanto buenas cualidades, hubieran podido sostener competencia los dos sucesivos esposos de Carmen, y la victoria habría resultado dudosa.

Julián sobre ser enclenque, como ya se ha dicho, era tan desaplicado, como listo y estudioso Andrés.

Además de esto, el carácter díscolo y despegado del

primero contrastaba con la índole dócil y cariñosa del segundo.

A decir verdad, ninguno de los dos tenía mal fondo.

Julián correspondía al cariño que le profesaba Andrés, pero era menos espontáneo y expansivo.

Tal vez aquellas opuestas condiciones hicieron que el afecto fraternal fuese en ambos creciendo y se arraigara en sus corazones de una manera que, cuando pasada la infancia entraron en la juventud podían, bajo tal aspecto, ser considerados como verdaderos modelos.

Pero Andrés podía ser citado en tal concepto bajo otros conceptos más, muy distintos y honrosos y con Julián no acontecía otro tanto.

Cumplióse en ambos hermanos la ley general de la humanidad.

El más inteligente llegó á ejercer cierta influencia, cierto predominio sobre el que lo era menos.

Por desgracia para éste, influencia y predominio no llegaron al punto que hubieran debido alcanzar, que sin duda habrían alcanzado, de no haberse interpuesto personas extrañas entre ambos hermanos.

Carmen quiso que los dos siguiesen una carrera literaria.

Consultó sus respectivas inclinaciones y en vista de ellas decidió que Julián fuese abogado y Andrés médico.

Como que se llevaban pocos años de edad y el primero había perdido mucho tiempo á causa de sus enfermedades y su carácter, los dos comenzaron sus estudios al mismo tiempo.

El resultado no pudo ser más distinto que lo fué.

El duque se ocupó en todo menos en el estudio del derecho.

Como nada se le escaseaba de cuanto podía contribuir á que su educación fuese completa, aprendió á montar, á hacer gimnasia, á manejar las armas, á jugar al billar, al ajedrez, á todo, en fin, lo que ni remotamente se refiriese á leyes ni á cánones.

Pasaban los años y Julián no había podido aprobar el segundo curso de derecho romano.

En cambio Andrés, no sólo progresaba en sus estudios de una manera prodigiosa, sino que, á pesar de que por su posición no lo necesitaba, ganó en pública y empeñada oposición, una plaza de alumno interno en el Hospital, pues según manifestó á su madre, de aquel modo podía hacer una práctica sumamente provechosa de las asignaturas de su carrera.

Carmen, llena de júbilo, abrazó á su hijo cuando le comunicó éste la buena noticia y aplaudió su decisión, diciéndole:

—Tú serás, ya que no el apoyo, la gloria de mi vejez.

Una de las cualidades que más sobresalían en Carmen, resultó perjudicial por todo extremo para Julián: la delicadeza.

Temerosa de que, si empleaba en su hijo el duque, mucho rigor, se creyera que lo hacía por no ser el otro tan rico, tratóle con una lenidad que no sirvió sino para dar más alas de cada día al vástago del segundo esposo.

Esto que al principio no produjo otras consecuencias que atrasar á Julián en su carrera, tuvo las peores así que éste llegó á la edad de lanzarse al mundo.

Como los jóvenes todos, á menos de no hallarse con-

sumidos por atroz anemia, sienten dentro de su sér esa comezón propia de la primavera de la vida, un verdadero exceso de actividad que en algo necesariamente ha de emplearse y como la frivolidad del duque no le permitía consagrar aquella á cosas serias, hízose uno de los más aturdidos calaveras de la villa y corte.

Su débil y cariñosa madre á quien su esposo había dejado en absoluta libertad para administrar la fortuna del fruto de su segundo matrimonio, no le escaseaba el dinero, y se limitaba á dirigirle suaves amonestaciones cada vez que los gastos del pollo pasaban los límites de lo regular, lo cual ocurría con deplorable frecuencia.

Andrés, enterado de lo que pasaba, pues nada escapaba á su perspicaz inteligencia, había cogido diferentes veces á su hermano, y sus serias reflexiones, acompañadas de cariñosas protestas, hubieran producido acaso buenos frutos sin la circunstancia que antes se ha indicado.

El título y más que éste, el dinero de que disponía Julián, habíale proporcionado, no amigos, sino verdaderos parásitos que con sus adulaciones y con sus pérfidos consejos le pagaban los beneficios materiales que de él recibían.

Estos apenas le veían impresionado por las palabras de su hermano y con ánimo de emprender el buen camino, apresurábanse á ofuscarle con rastreras alabanzas y con máximas perniciosas.

Julián, débil como toda persona de escaso criterio y vanidosa, dejábase arrastrar por ellos, y lo que su hermano había ganado en una hora de prudentes reflexiones, resultaba perdido en cinco minutos.

El duque acabó por entregarse en cuerpo y alma á

sus amigotes y cuando tal cosa sucedió, su hermano dejó de ejercer en absoluto sobre él toda clase de influencia.

Al claro entendimiento de Andrés no pudo ocultarse semejante hecho.

Deplorólo en extremo, y dijo para sí:

—De todas maneras, yo he cumplido con mi obligación y seguiré cumpliéndola hasta el último momento. Luego que sea lo que Dios quiera.

En consecuencia continuó ó, más bien, trató de continuar sus amistosas fraternales amonestaciones.

Pero hubo de acabar por desistir de ellas, en vista de la actitud adoptada por su hermano, desde que sus amigotes le dominaron por completo.

Así como antes oía Julián con atención á su hermano, luego le escuchó con marcadas muestras de impaciencia y concluyó por decirle:

—Mira, yo soy ya grandecito para que me vengas con sermones... Ocúpate en tus asuntos y no te mezcles para nada en los míos... Es el mayor favor que me puedes hacer.

Aquellas palabras, dichas en tono desabrido, hirieron profundamente al noble Andrés.

Sin embargo de esto, ni dejó de querer á su hermano, ni habría dejado de reprenderle de no haber adquirido el convencimiento de la inutilidad de sus esfuerzos.

—Sólo un camino de salvación tendría,—pensó.— Por desgracia no está en mi mano tomarle: mi madre, á fuerza de energía podría arrancarle de la viciada atmósfera en que vive; pero es muy difícil que se resuelva á hacerlo y yo no puedo ni proponérselo ni menos estimularla á que lo haga. ¡Acaso pensaría que la envidia á

su superior condición, á su título... ¡qué sé yo á qué! era lo que me movía á acusarle!... Además, conoce su conducta tan bien como yo y podría ver en mis palabras una acusación á la lenidad con que procede... ¡Cúmplase la voluntad de Dios!

Y desde aquel momento dejó á Julián que continuara la línea de conducta que, no él, sino sus malas compañías, le habían trazado.

Los resultados fueron los que no podían menos de ser.

Andrés acabó su carrera con brillantísimas notas.

En casi todas las asignaturas obtuvo el premio, y lo que vale mucho más, su comportamiento y sus cualidades le valieron el elogio, la consideración de sus catedráticos y el respeto y el cariño de la inmensa mayoría de sus condiscípulos.

Habiendo terminado la carrera de medicina en edad temprana, antes de consagrarse á ejercer, y con el fin de dar mayor ensanche á sus conocimientos, comenzó la de ciencias exactas, físicas y naturales, y en ella hizo también rápidos y notables progresos.

La química fué uno de sus estudios predilectos, bajo dos aspectos distintos: por sus relaciones con la medicina y por su aplicación á las artes industriales.

—Yo no quiero limitarme á recetar,—decía,—quiero también en caso necesario, saber componer los medicamentos, poder practicar los oportunos análisis, profundizar en la composición de los cuerpos, conocer las reacciones que reproducen por la mezcla de ciertas sustancias... La naturaleza no tendrá secretos para mí sino desde el límite que el Supremo Hacedor no permite traspasar á la inteligencia humana.

Porque hay que advertir que, así como la carrera de medicina conduce al ateismo á los entendimientos medianos ó nulos, para el clarísimo y elevado de Andrés fué un motivo más que le afirmó en sus religiosas creencias, haciéndole ver de un modo palpable la divina sabiduría en la conformación y funcionamiento del organismo humano, y en la oportuna colocación del remedio junto á la enfermedad, del antídoto al lado del tósigo, de la planta ó el mineral que matan junto á los que impiden la muerte.

Y entretanto que Andrés aumentaba de un modo prodigioso el caudal de sus conocimientos y se granjeaba la estimación y el respeto de cuantas personas le conocían, Julián se pasaba la vida en frívolas diversiones, en francachelas con sus amigachos, en hacer conquistas fáciles, en una palabra, en dar satisfacción á todas sus malas pasiones.

El era quien con sus calaveradas amargaba de vez en cuando la dulce tranquilidad de Carmen, entregada casi por completo á los goces que les proporcionaban los brillantes triunfos de Andrés.

CAPITULO XLVI

Emilia de San Juan

Aun no llegado á la mayor edad Julián y cuando Andrés, hacía poco que había entrado en ella, experimentan ambos la mayor de las desgracias que afligirles pudieran.

La virtuosa Carmen falleció de una pulmonía fulminante contra la que fueron impotentes todos los recursos de la ciencia.

Poco antes de su muerte, encargó á Andrés que velase siempre por su hermano y que no le abandonara jamás en manos de los amigos que le rodeaban.

El hijo juró á su madre que lo haría y Julián á su vez prometió á Carmen obedecer y seguir los consejos de su hermano.

Los dos jovenes quedaron, pues, solos, huérfanos y dueños absolutos de sus acciones.

Una observación antes de continuar.

Sentiríamos que los lectores, llevando la cuenta del número de muertes que hemos relatado, nos juzgasen de ánimo lúgubre ó de instintos sanguinarios.

Precisados á referir antecedentes de personas que no pueden figurar en la parte esencial de la novela, lo menos que podemos decir de ellas es que nacieron y murieron.

Mas aún: de esta última referencia habríamos precindido de buena gana, sobre todo en el caso presente, de no haber sido la muerte de Carmen y Ricardo, el origen de hechos importantes que afectaron á los dos hijos de la primera.

Con el fallecimiento de sus padres, Julián y Andrés quedaron dueños de sí mismos y entonces volvió á observarse la distinta índole de cada uno de ellos.

Julián pretendió ahogar el dolor que en realidad sentía, entre el estruendo de las orgías y de las calaveradas de todo género.

Andrés buscó el mismo resultado entregándose con nuevo é inusitado ardor al estudio y comenzando la práctica de su carrera.

En ella bien pronto logró mayor fama que su difunto padre.

Como á éste bendecíanle pobres y ricos; éstos por haberles devuelto la salud; aquéllos porque, á más de tales beneficios, recibían de él espléndidos socorros.

Cuando Andrés entraba en la casa de un pobre, no sólo le asistía y le recetaba, sino que dejaba dinero para las medicinas y, si necesario lo conceptuaba, en vista de la miseria de la familia, para los alimentos.

Nada tiene de extraño, pues, que no oyese más que bendiciones en su camino, sobre todo si se observa que

el joven hacía semejantes esplendideces de un modo tan delicado que no humillaba al que era objeto de ellas.

Añádase á esto que la extensión de sus conocimientos y el cuidado con que examinaba á todos los enfermos, fuesen de la clase que fueran, le hacían obtener curaciones de extraordinario mérito y se hallará justificado que, á semejanza de su padre, adquiriese en poco tiempo la fama y, por tanto, la clientela que á otros cuesta de adquirir toda una existencia.

Como música dulcísima sonaban en los oídos de Andrés las bendiciones de los desgraciados á quienes curaba ó socorría, y no porque diese salida en su alma á la necia vanidad, sino porque él las aplicaba, en su fuero interno, al provecho de sus padres, y pensando siempre en los autores de sus días, imaginaba que mirándole desde el cielo, le bendecían á su vez y se regocijaban con su conducta.

¡Qué mayor satisfacción para un buen hijo!

Habíalo sido Andrés y siguió siendo además buen hermano, tratando de impedir por última vez, que Julián continuara la peligrosa senda que había emprendido.

La esterilidad de su nueva tentativa le llenó de dolor, pero no tuvo más remedio que resignarse.

Así las cosas, ocurrió un incidente que ejerció gran influencia en la vida de los dos hermanos.

Veamos en qué consistió.

Andrés, tenía por costumbre levantarse muy temprano, tanto por conceptuarlo higiénico, como por la necesidad en que se hallaba de atender á sus múltiples visitas y á sus serios estudios, pues era de opinión de que el médico debe estudiar continuamente para poder

hallarse al corriente de los progresos de la ciencia y depurar cuales de estos merecen tal nombre y cuales no son sino una farsa ó un error pomposamente vestido de adelanto.

Apenas se levantaba, tras frugal desayuno tomado mientras enganchaban el carruaje, subía en éste y comenzaba la serie de sus visitas, cuidadosamente anotadas desde la noche anterior, no según la fortuna de los clientes, ni por orden de calles, sino con arreglo á la mayor ó menor gravedad de los pacientes.

Como el número de los que á él acudían era inmenso, tenía dos ayudantes á los que encomendaba la asistencia de los enfermos cuyas dolencias eran insignificantes, así como de los convalecientes á quienes sólo por exceso de precaución había que visitar.

A dichos dos ayudantes les dejaba también redactadas desde la noche anterior extensas notas, no sólo con los nombres de los enfermos que debían ser asistidos, sino con instrucciones acerca de sus males, de su naturaleza, antecedentes, etc.

Ellos, por su parte, venían obligados á dejarle un pequeño *memorandum* del resultado de sus visitas, diagnósticos formulados y medicinas recetadas.

Esto era luego objeto de observaciones por parte de Andrés que, de tal manera, solía acostumbrarles á su sistema,que adquiría la seguridad de no poner en riesgo la salud de ninguno de cuantos á él se habían confiado, aunque no los visitara personalmente.

Una mañana había comenzado la serie de sus visitas y ya llevaba dos ó tres hechas, cuando al ir á verificar la tercera ó cuarta y apenas habría subido unos cuantos peldaños de la escalera de la casa donde habitaba el

enfermo, oyó en el último piso desgarradores gritos de

—¡Socorro! ¡socorro!

Andrés no vaciló un segundo.

—El enfermo puede esperar un rato,—pensó.—Veamos qué es eso.

Y subiendo de cuatro en cuatro los escalones, al encontrarse con una puerta abierta y una mujer que iba y venía de la antesala á la escalera, como alocada y sin hacer más que repetir el grito pidiendo auxilio, penetró en el piso sin preguntar siquiera de qué se trataba.

No fué necesario tampoco que se le dieran explicaciones.

Pocos pasos habría andado, cuando se abrió una puerta y de ella salió un sér humano envuelto en llamas.

Andrés con admirable presencia de ánimo y utilizando el pardesús forrado de seda que llevaba al brazo, se lanzó sobre la infeliz mujer, pues mujer era también, echóla encima el abrigo y á costa de algunas quemaduras en las manos y en los brazos, consiguió al fin apagar el incendio.

Al mismo tiempo gritaba para llamar la atención de la otra mujer que seguía pidiendo socorro:

—¡Venga usted! ¡No es nada! ¡Ayúdeme á llevar á esta señora á su lecho!...

Por fin pudo hacerse oir.

Entonces la persona á quien se dirigía presentóse y al darse cuenta, pues su terror la había impedido de hacerlo antes, de que alguien había acudido en su auxilio y de que el fuego estaba apagado, exclamó:

—¡Gracias! ¡gracias! ¡Bendito sea usted!... ¿No ha muerto mi madre?

Andrés que, sin cuidarse de sus quemaduras, había examinado á la paciente, repuso:

—Tranquilícese usted, señorita: no ha muerto y si Dios quiere no morirá de resultas de este accidente... Pero ayúdeme usted á llevarla á su lecho... Yo habría sido suficiente para lograrlo; pero como tengo las manos así...

Y las mostró llenas de ampollas.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¡Y todo por nosotras!... Sí, llevaremos á mi madre á su cama é iré en busca de un médico...

Andrés se sonrió.

—No hace falta,—dijo:—yo lo soy.

—¡Usted es...!

—El médico que asiste al brigadier del piso principal.

La joven lanzó un grito de sorpresa y de alegría.

—¡Oh!—dijo.—¡Entonces mi madre está salvada!... Porque usted debe ser don Andrés del Cerro...

Éste experimentó interna satisfacción que le hizo olvidar los dolores que le causaban las quemaduras.

No era orgulloso; pero ¿quién en su caso no habría experimentado regocijo, viendo que su fama era lo bastante grande para que al oir su nombre se exclamase:

—¡Ah! Entonces nos hemos salvado.

Como quien dice:

—¡Si tenemos la salud en casa!

Aquello realmente era para halagar al hombre más modesto, sobre todo por la espontaneidad en que había sido dicho, y Andrés, de consiguiente, tuvo al oirlo uno de los momentos más felices de su vida.

CAPITULO XLVII

Continuación

Mientras se cruzaban las últimas frases entre la joven y el médico, ambos llevaron á la madre de aquélla á su lecho, y la colocaron en él con sumo cuidado.

La pobre mujer, alegre en medio de sus sufrimientos por haber salido con vida del horrible trance, soportaba aquéllos con resignación.

Sin embargo, durante su traslación al lecho y al ser colocada en éste, no pudo menos de lanzar algunos gemidos, que motivaron estas palabras del médico, dichas en tono cariñoso:

—Un poco de paciencia, hija mía... En cuanto haya podido extender una receta y la traigan, verá usted como se alivia casi instantaneamente.

Apenas había pronunciado estas palabras, y como quiera que la joven en su aturdimiento habíase dejado

abierta la puerta de la escalera, se presentaron tres ó cuatro vecinos.

Varios habían escuchado los gritos de la joven; mas como ésta se limitaba á pedir socorro sin explicar la causa, el que más y el que menos, temiendo habérselas con ladrones ó correr algún riesgo parecido, habíanse abstenido de acudir.

Sólo cuando los gritos cesaron y la tranquilidad se restableció, pudo más en varios la curiosidad que la prudencia, y pensaron:

—Vamos á ver lo que ha sucedido.

Por eso subieron, no sin tomar antes la precaución de avisar una pareja para que estuviese en disposición de prestarles auxilio, si hacía falta.

Al verlos, Andrés, antes de darles tiempo para que tomasen la palabra, dijo á uno de ellos:

—Ya no hay nada que hacer sino extender una receta: esta señora ha sufrido varias quemaduras y yo también. ¿Quiere usted hacer el favor de traer recado de escribir?

Las anteriores palabras que condensaban lo ocurrido, al dar á los que las escuchaban la seguridad de que no tenían nada que temer, desarrollaron en ellos el servicialismo.

Todos quisieron correr en busca de los objetos pedidos.

—Basta uno solo,—dijo Andrés sonriendo no sin cierto sarcasmo.

Entonces salió aquél á quien el médico se había dirigido y los demás comenzaron una serie de preguntas y de exclamaciones.

—Pero ¿cómo ha sido eso, Emilia?

—¿Se ha hecho usted mucho daño, doña Amalia?

—¡Válgame Dios! ¡Quién lo había de creer!

—Yo oí gritos; pero estaba en la cama y por eso...

—Lo mismo me pasó á mí.

—Y á mí. Precisamente hoy me he levantado más tarde que de costumbre.

—Por lo demás, ya saben ustedes que si en algo soy útil...

—Lo mismo digo... Manden ustedes con toda franqueza...

—En lo que yo pueda servirles me ofrezco también; ¡Vaya! ¡Pues no faltaba más! ¡Entre vecinos!...

—Gracias, señores, gracias,—dijo Emilia.—Por ahora creo que no hará falta nada...

—Sí,—replicó Andrés, suavizando con el acento la dureza del aviso.—Hace falta dejar tranquila á esta señora, pues aunque sus quemaduras no son de consideración, pronto le sobrevendrá algo de fiebre y no conviene que se cargue la cabeza.

La indirecta fué comprendida.

Los vecinos pronunciaron algunas más de esas frases de cajón que nada significan ni tienen valor alguno, y se retiraron, á tiempo que entraba el que había ido en busca del recado de escribir.

Andrés, no obstante sus quemaduras, extendió tres recetas: un linimento, una mixtura para uso interno y un cordial.

—Esto es para usted,—dijo al extender la última dirigiéndose á Emilia.

—¡Para mí!—exclamó la joven.

—Es natural: debe usted haber experimentado un gran susto...

—¡Oh! Muy grande... La verdad es que aun estoy nerviosa...

—Pues por eso...

Y añadió volviéndose al vecino que era un pobre hombre de aspecto bonachón.

—¿Sería usted tan amable que bajase por los medicamentos? Esta señorita no la conviene salir...

—¡Vaya! ¡Pues ya lo creo, que iré! Y con mucho gusto..., digo, con mucho gusto no, porque el motivo... pero quiero decir que iré, sí, señor, con... con...

—Bueno, bueno, tome usted,—repuso Andrés sacando un duro y entregándoselo, pues le había parecido observar que la frente de la joven se había nublado al ver que el vecino luego de haber cogido las tres recetas con una mano, extendía la otra.

Andrés luego de haber entregado el duro, añadió dirigiéndose á Emilia:

—Dispense usted: es costumbre mía... Pongo luego en la cuenta el importe de las visitas y el de las medicinas.

El vecino salió pensando:

—¡Pues me parece que tardará un poco en cobrarlo! Y no porque doña Amalia no sea una excelente persona y su hija un ángel, sino porque para dar dinero, lo más indispensable es tenerlo y me parece que no deben andar muy sobradas que digamos. En fin, eso no es cuenta mía...

Apenas se hubieron quedado solos, las dos mujeres y el médico, Emilia se adelantó hacia éste y le dijo con voz conmovida:

—No me ha engañado su generoso embuste; he pasado por él porque se trata de mi madre, pero á nuestra

honradez cumple hacer presente á usted que la situación en que estamos...

—Bien, bien, no hablemos de eso... Yo tengo la costumbre que he dicho á usted y también tengo otra: de los enfermos ricos me hago pagar al contado; á los que no lo son, les doy el plazo que necesitan para que poco á poco, ó en trabajos, ó de la manera que sea más conveniente para ellos, me satisfagan... Cada uno tiene su sistema... y no crea usted que el mío consiste en humillar á nadie con una limosna, sino en ayudar al que lo necesita y facilitarle los medios de que cumplan. Pero no hablemos de eso... Como quiera que nada podemos hacer hasta que vengan las medicinas, entretanto haga usted el obsequio de contar como ha pasado esta desgracia.

Emilia fijó una mirada llena de gratitud en el doctor, y repuso:

—Estábamos mi madre y yo en la cocina y ella se dispuso á echar lumbre para poner el cocido. Encendimos una mecha y cuando apenas había prendido dos ó tres carbones se apagó. Entonces dijo mi madre:—Echaremos un poco de petróleo... Trató de hacerlo así, mas la botella se la cayó de la mano, rompióse y el líquido vertido en la lumbre, se inflamó. La espantosa llama que se levantó en seguida me asustó, temí que se declarase un incendio y salí asustada pidiendo socorro. Sin duda, mi madre trató de apagar el fuego y éste se comunicó á sus ropas. ¡Yo tengo la culpa!... Mi espanto me hizo abandonarla y de no ser por la oportuna llegada de usted, ahora me encontraría sola.

—No diga usted eso: el susto era natural, porque realmente hubiera podido ser de graves consecuencias

el fuego. Por fortuna ya pasó todo y las consecuencias no han sido tan funestas como eran de temer...

—¡Gracias á la abnegación de usted!...—repitió Emilia.

—Yo hice una cosa muy natural. Oí gritos de ¡socorro! subí, se me presentó su madre de usted envuelta en llamas... ¿qué había de hacer sino procurar apagarlas? Cualquiera hubiese hecho otro tanto...

—¡Sí! Como nuestros vecinos...

—Ya ha oído usted que no estaban levantados.

—¡Pretextos!... Nosotras somos las primeras en levantarnos de toda la casa, porque cosemos camisas para mantenernos y hemos de trabajar muchas horas, así es que, sin querer estamos enteradas de las costumbres de casi todos los demás vecinos. Nos ponemos á coser junto á la ventana que da al patio grande, porque es la que tiene más luz, pues ya habrá observado usted que este piso es interior, y como las casas de Madrid parecen hechas de papel, por fuerza hemos de enterarnos de lo que hacen los vecinos de abajo y los del lado... Cuantos han dicho que estaban acostados, habíanse levantado hace rato; pero ninguno ha tenido valor para venir á dar sus auxilios. ¡Es claro!... ¡Somos los más modestos inquilinos de toda la casa y hubiera sido lástima que por nosotras hubiesen recibido daño ó se tomasen alguna molestia!

Emilia no pudo menos de pronunciar las anteriores palabras con amargura.

Disponíase Andrés á contestarla, dándole ánimos y consuelos, cuando se presentó el vecino con las recetas, diciendo:

—¡Ya están aquí!... ¿Saben ustedes lo que me ha di-

cho el boticario?... ¡Caramba!... ¿conque las visita don Andrés del Cerro?... Es el mejor médico de Madrid... Si ese no pone bueno á un enfermo, ya hay que avisar á la Funeraria... Y además tiene un corazón de oro... y además...

—Bueno, bueno,—replicó Andrés interrumpiéndole. —Ese boticario es amigo mío y por eso exagera de tal modo... Traiga usted eso y muchas gracias.

—¿Se ofrece algo más?

—Por ahora no.

—Pues abajo, en el tercero interior, estoy á sus órdenes.

Y el vecino salió saludando respetuosamente á Andrés y diciendo á Emilia:

—Que se alivie la enferma.

CAPITULO XLVIII

¿Quién era ella?

ANDRÉS, precindiendo siempre de sí mismo, haciendo caso omiso de sus propios padecimientos, practicó la primera cura á doña Amalia, y luego de haberla hecho tomar una cucharada de la poción que había recetado, dijo sonriendo:

—Ahora me toca á mí. Usted, señorita, habrá de ser mi médico. Varias de las quemaduras que tengo pueden esperar á que vaya á mi casa, pero estas dos ó tres me mortifican más y no me permitirían continuar las visitas... Haga usted, pues, el obsequio de ponerme un poco de ese mismo linimento y cubrirlo luego con un poco de algodón en rama y un trapo de hilo, como acabo yo de hacer...

—En seguida... Espere usted que buscaré además dos vendas negras y así lo cubriremos todo... De esa manera quedarán más presentables las manos... ¡Lásti-

ma que no me sea igualmente fácil librarle de las molestias que le ocasionarán las quemaduras, porque entonces... cualquier sacrificio me parecería pequeño para corresponder á lo mucho que en poco tiempo, en algunos instantes, ha hecho por nosotras.

—Aunque no creo merecer tanto elogio, quiero dejar á usted que haga su gusto, dándole con ello una prueba de franqueza que ha de obligarla á la recíproca,—repuso Andrés.

Emilia, sin responder, marchó en busca de los objetos que había indicado.

Cuando los encontró, regresando á donde estaba el médico, dió comienzo á la operación misma que éste practicara antes con la madre de la joven.

Esta no pudo menos de conmoverse, y otro tanto aconteció al facultativo.

La rapidez conque habían acontecido todos los sucesos que se han reseñado, fué causa bastante para que ni Emilia ni Andrés hubieran podido fijarse detenidamente el uno en el otro.

En el momento de que se trata, ya no sucedió así.

La tranquilidad había renacido en la casa, pues el linimento había servido para calmar los dolores de doña Amalia, y Emilia y el médico pudieron examinarse á su sabor.

Ninguno encontró mal al otro.

Andrés era el retrato de su padre, y de consiguiente su fisonomía era simpática y varonil.

Emilia era una preciosa rubia de azules y brillantes ojos, blanca, sonrosada, esbelta y con ese aspecto soñador é ideal propio de las rubias... que lo tienen.

Su padre había muerto sin alcanzar en la milicia

otro grado que el de capitán, y como se casó de subalterno no había dejado viudedad á su esposa.

Esta se encontró, pues, sin otros recursos que algún insignificante ahorro, hecho á costa de economía y orden, y lo que pudiera obtener con su trabajo y el de su hija, que al morir el capitán había cumplido ya quince años.

Ambas mujeres se pusieron á trabajar con ahinco; pero así y todo, como quiera que el trabajo de la mujer está retribuido de una manera mezquina, apenas podían hacer otra cosa que ir pasando, imponiéndose privaciones y no permitiéndose emplear un céntimo en nada supérfluo.

¡Cómo que el hacerlo las hubiera llevado á carecer de lo necesario!

Emilia, á veces, se lamentaba de que su estrechez apenas si de tarde en tarde las permitía salir á dar un paseo, por supuesto, para regresar á casa sin haber gastado cuatro cuartos en un vaso de agua con un azucarillo.

Doña Amalia la consolaba, diciéndola sesudamente:

—¡Paciencia, hija mía! Los tiempos se han de tomar conforme vienen... Pero Dios mejora sus horas... tú te casarás, y malo ha de ser que tu marido no pueda proporcionarte algunas diversiones... Aunque entonces sentirás menos carecer de ellas, si no las tienes, como me pasaba á mí en vida de tu padre... Era alférez cuando contrajimos matrimonio, y su poca paga y sus muchas necesidades, no nos permitían grandes dispendios; pero yo sólo con salir cogida de su brazo y volver á casa al cabo de un par de horas, después de haber dado algunas vueltas por la Montaña ó por la Cuesta de la Vega, me

quedaba más satisfecha que si me hubiese llevado al Real ó á la Zarzuela ó que si hubiésemos ido de fonda.

A lo cual respondía Emilia suspirando:

—¡Casarme!... ¡Sí, sí!... ¡Buen casamiento nos dé Dios!...¿Quién me ha de pretender, siendo pobre y cuando apenas tengo tiempo para que me vea nadie?

—El buen paño en el arca se vende; tú eres guapa, procura ser siempre, como hasta aquí, buena y honrada; y ten presente que abundan más de lo que parece, los hombres que prefieren una mujer virtuosa y bella á una que tenga dote, bien que no falten los adoradores del becerro de oro. En el mundo hay de todo.

—Pero mal repartido,—pensaba Emilia.—Algo de lo que sobra á muchas relamidas que veo por ahí, me vendría á mí de perillas.

Esta reflexión quedábase para la que la había hecho pues no se atrevía á expresarla en voz alta.

A decir verdad, parte de las previsiones de doña Amalia se realizaron, pues á la chica no la faltaban pretendientes.

Mas tuvo la desgracia de que ninguno la fuera simpático ó de que en ninguno hallase las condiciones que ella apetecía.

El día en que ocurrió el suceso de que se ha hecho mención anteriormente, era sábado.

Aquella misma tarde habían de ir madre é hija á cobrar el importe del trabajo de la semana, y poco antes de ocurrir la sensible desgracia que postró á la primera en el lecho, la segunda había empleado en comprar la comida el último dinero disponible.

De aquí el sobresalto de Emilia al tratarse de las recetas que su madre necesitaba y su satisfacción no

exenta de vergüenza, cuando vió que Andrés, con su habitual delicadeza, había encontrado medio de pagarlas.

Este hecho y su valerosa conducta anterior, así apagando el fuego de los vestidos de la anciana, como haciendo caso omiso de sus propios dolores para atender á ésta y á ella misma, habíanla ya impresionado favorablemente.

Y esta impresión no hizo más que aumentar al fijarse con detención en las condiciones físicas del facultativo.

Tanto fué así que cuando éste le presentó las manos á fin de que le pusiera el linimento y cuando ella lo verificó así, al pasar sus dedos por aquéllas, no pudo menos de sentir un estremecimiento y ponerse encendida como la grana.

También Andrés experimentó una sacudida nerviosa que fué incapaz de reprimir y que dió motivo á que la joven preguntara con voz temblorosa:

—¿Le hago á usted daño?

—¡Oh! nada de eso,—se apresuró á responder el facultativo.—¡Si tiene usted la mano como la seda!...

—¡Muchas gracias!—repuso Emilia.

Y movida por instintiva curiosidad, añadió diplomáticamente:

—Yo soy torpe... ¡Cómo no estoy habituada á estas cosas!... Sin duda su esposa de usted encontrará luego las vendas mal colocadas...

Andrés se apresuró á responder:

—Si no es otro el reparo, puede usted estar tranquila, porque lo primero para que mi esposa pudiese decir algo, supuesto que hubiera motivo, y no lo creo, es que yo fuese casado.

—¡Ah! ¿Es usted soltero?

—Lo soy... ¿Acaso le parece usted extraño?... Aunque bien mirado no debe sorprenderme la extrañeza... Son muchos los que dicen por ahí que un médico ha de ser casado, porque de otra manera no tiene respetabilidad ni inspira confianza...

—No ha sido ese mi ánimo...; pero...

—Es que aun cuando participase usted de esa opinión, no lo extrañaría, pues hasta yo estoy por dar la razón á los que tal dicen; pero ni me he encontrado nunca con fuerzas para tomar mujer como accesorio de mi título y de adorno de mi despacho de médico, ni he tenido hasta ahora la suerte de tropezar con mi media naranja.

—Ya está hecho el lazo,—dijo Emilia, acabando de sujetar la segunda venda y procurando disimular la agitación que le habían producido las palabras de Andrés.

Este dijo entonces:

—Pues con permiso de ustedes, me retiro; voy á continuar mis visitas y á la tarde volveré á ver como sigue la enferma.

—¡Tanta bondad!... Ya sabe usted que le he dicho...

—Ni una palabra sobre eso... Hasta luego.

Y Andrés, después de haber dirigido algunas cariñosas frases á doña Amalia para que cobrara ánimos, salió de la casa.

Emilia se quedó pensando:

—Es joven... guapo... rico... Tiene talento y buen corazón... ¡Un marido así es lo que yo desearía!... Es soltero... pero ¡cá!... ¿cómo se ha de fijar en una pobre como yo?... De seguro que cuando salga del portal ya ni siquiera se acordará de mí...

CAPITULO XLIX

Mejora la enferma y empeora Andrés

EQUIVOCÁBASE Emilia de medio á medio en la suposición de que Andrés la olvidaría fácil y prontamente.

No sólo no fué así, sino que hubo de hacer un gran esfuerzo, un esfuerzo poderoso, titánico, para que la imagen de la joven no llenase por completo su mente privándole de la claridad de inteligencia que se necesitaba para continuar la interrumpida serie de sus visitas.

Sólo amparándose de su amor á la ciencia pudo conseguir su propósito; mas aun no había terminado su tarea, que aquel día hubo de ser más larga que de costumbre, pues ni uno solo de sus clientes al verlo con las manos vendadas dejó de preguntarle la causa de ello, obligándole así á referir cien veces que casualmente se había producido algunas quemaduras, única explicación

que dió del caso; apenas, decimos, hubo puesto fin á su tarea de la mañana, cuando la imagen de Emilia volvió á surgir, amplia y radiante, en su cerebro.

La joven había producido en Andrés sensaciones para él desconocidas hasta entonces, y tanto más fuertes, cuanto su alma jamás las había experimentado.

Andrés permanecía soltero por la sencilla razón de que su entendimiento le decía que no debía tomar mujer como quien se compra un traje ó adquiere un objeto cualquiera, por capricho ó para satisfacer alguna necesidad.

Siempre que había pensado en el matrimonio, habíase dicho:

—Me casaré cuando me enamore, si soy correspondido; y me enamoraré cuando Dios quiera, pues no está en mi mano el prendarme de esta ó de la otra mujer.

Y á la sazón, recordando á Emilia, se proponía este problema:

—¿Habrá llegado para mí el instante de pensar en el matrimonio?

Aunque ardiente su corazón y apto, de consiguiente, para dar salida á las más grandes pasiones, la serenidad de su juicio y la fuerza de sus raciocinios, templaban los inconvenientes que, de otra manera, hubiera podido tener aquella cualidad.

Por eso no dejó de comprender que era demasiado pronto para que se diese respuesta á la antedicha pregunta, que se exponía á confundir una impresión pasajera con una pasión, un parelio con el sol.

Sin embargo, como la impresión había sido viva y podía más bien resultar la aurora de un nuevo día, el germen de su verdadero amor, que recayendo en per-

sona digna de él y siendo correspondido, podía asegurar su felicidad.

Esto fué lo que con más ó menos claridad vió Andrés en su mente y por ello formó el propósito de no dejarse arrastrar por ilusiones, de no dejar que la chispa se convirtiese en hoguera, antes de tener la seguridad de que le convenía abrasarse, pero de no procurar tampoco que la chispa se extinguiera sin que adquiriese la certidumbre de que así lo exigían su tranquilidad y su decoro.

Tanto á este fin, como cumpliendo un deber humanitario, aquella misma tarde volvió á visitar á doña Amalia, según había prometido.

Encontróla en mucho mejor estado de lo que él mismo podía prometerse, pues la pócima que la había administrado produjo tan excelentes efectos que apenas si se había declarado un poco de fiebre.

Además, tanto á causa del linimento como de la sana naturaleza de la enferma, las quemaduras presentaban buen aspecto, en lo que cabía, dado lo corto del tiempo que había mediado desde el accidente que las produjo.

Emilia al ver al médico, exclamó con alegre sorpresa:

—¡Ah! ¿Es usted?...

—Ya dije que volvería... ¿Piensa usted que soy tan olvidadizo?—repuso Andrés sonriendo.

—No... no es eso... sino que podía haber tenido ocupaciones perentorias...

—Ninguna lo es más que la de visitar á los enfermos...

Aquí llegaba del diálogo, cuando entraron en la alcoba de doña Amalia...

Andrés examinó á ésta y al observar las circunstancias que más arriba hemos consignado, movió la cabeza con satisfacción, y dijo:

—Esto va bien, muy bien...

Doña Amalia, exclamó:

—Sí. ¡Gracias á la providencial intervención de usted!... Por ella no he muerto, por ella estoy aliviada...

—¡Válgame Dios! ¡Y qué importancia dan ustedes á las cosas más sencillas!—exclamó el médico.—La suplico que hablemos de otra cosa.

—¡Mi madre tiene razón!—repuso con fervor Emilia. —Nunca podremos pagar á usted los favores que nos dispensa...

—¡Quién sabe!—dijo Andrés, más bien respondiendo á su interior pensamiento que á las palabras de Emilia.

—¿Qué dice usted?—repuso ésta ruborizándose, sin saber por qué.

Andrés replicó con viveza:

—Digo que... ¡quién sabe lo que pasará en el mundo!... Hoy he podido, no hacerles á ustedes un favor, sino prestarlas un insignificante servicio... ¿Por qué no han de venir las cosas de manera que mañana ú otro día no puedan corresponderme ustedes con un servicio de importancia?... Esto se ve con más frecuencia de lo que parece...

Emilia movió la cabeza y dijo melancólicamente:

—¡Muy difícil, sino imposible, es que unas personas de nuestra insignificancia y de nuestra humilde posición, podamos prestar servicios importantes!...

—Eso no es obstáculo ninguno para ello... Precisamente los servicios de dinero son casi siempre los que menos valen...

—Pero los que más se aprecian...

—Desde luego: por las personas de corazón interesado... y afortunadamente no formo parte de ellas.

—¡Oh! Ya se conoce...

—No continuemos por ese camino, pues ustedes tratando de dirigirme elogios y yo juzgando sinceramente que no los merezco, no nos entenderíamos nunca... Lo principal es que nuestra enferma sigue mejor y que mañana volveré á verla, si Dios quiere...

—¡Cuánta bondad!...

—Vaya, vaya: dejémonos de esa eterna canción... Hasta mañana.

Las dos mujeres, pese á los deseos repetidamente manifestados por el médico, no dejaron de prodigarle nuevas alabanzas al contestar á su saludo.

Andrés, en vista de la sinceridad que revelaba el acento de doña Amalia y de su hija salió pensando para sus adentros:

—Por lo menos, es indiscutible que poseen una buena cualidad, la gratitud... No saben hacer sino recordarme lo poco que he realizado por ellas...

Semejante apreciación, que era exacta, no resultaba muy á propósito para hacer desistir á Andrés de llevar adelante sus investigaciones respecto á las cualidades de doña Amalia y Emilia.

Pero comprendiendo que no estaba bien que por sí mismo hiciera los pasos necesarios al efecto, pues si llegaban éstos á noticia de las dos mujeres podrían sentirse ofendidas y darles un sentido equivocado que á él mismo le favorecería muy poco, juzgó oportuno esperar ocasión propicia para hacer el encargo á persona de toda su confianza.

Y entretanto no dejó de continuar visitando la casa hasta dejar completamente restablecida á doña Amalia.

El día que esto sucedió no es posible definir si fué de alegría ó de tristeza para las tres personas.

Porque es lo cierto que si todos celebraban el restablecimiento de la enferma, los tres sentían en el alma no tener pretexto para continuar sin interrupción el trato.

CAPITULO L

Escrúpulos

La curación de la madre de Emilia creó una situación especial á Andrés.

Este, mientras visitó á la enferma, había hallado ocasión propicia para tomar indirectamente los informes necesarios respecto á la familia de su amada.

Y los informes habían sido excelentes.

Nadie tenía nada que decir respecto á la madre y la hija.

Su reputación en todo el barrio, como personas honradas é intachables, era general.

Mas aún: constaba que algunos moscones habían tratado de zumbar en la vida de la joven, y que ésta los había espantado, de manera que no les quedasen ganas de volver.

Además, se sabía que la delicadeza de las dos mujeres corría parejas con su honradez.

Más de un comerciante, al adivinar que se hallaban no muy sobradas de fondos, habíase atrevido á indicarlas que podían tomar al fiado lo que necesitasen, pues estaba seguro de que lo pagarían tan pronto les fuera posible.

Le respuesta fué categórica:

—Nosotras,—había dicho la madre,—sólo tomamos lo que podemos pagar. No queremos cuentas con nadie.

Y había sido inútil querer sacarla de ahí.

Esta fué una de las cosas que más dieron en qué pensar á Andrés.

Comprendió muy bien que sólo lo extremo de la necesidad, en que se había visto, en virtud de la inesperada desgracia que sobre ellas cayera por virtud del accidente que nos es conocido, las obligó á admitir sus servicios y sus socorros, prestados con tanta oportunidad como delicadeza.

Pero pensó:

—La enferma está ya curada... Si me presento ahora en la casa, juzgarán que voy á cobrar las visitas y con ello recibirán un sofoco ó se impondrán un sacrificio... Pero yo me he acostumbrado ya á ver á Emilia, á hablarla... ¡qué hacer, Dios mío! qué hacer para evitar que se ofenda y para no interrumpir unas relaciones, al término de las cuales puede hallarse mi felicidad!

Para un hombre de las condiciones de Andrés, era difícil de resolver el problema.

Otro cualquiera le hubiese encontrado mil soluciones.

Pero á él hasta le pareció mala la de presentarse á la madre y pedirla la mano de su hija.

Cuando tal camino se le ocurrió, dijo para sí:

—No, no... Emilia se me ha mostrado siempre amable, es cierto; pero ¿cómo no había de mostrarse así, en las circunstancias en que se encontraba? Hubiera necesitado ser muy adusta. De esto yo ni puedo ni debo deducir que esté dispuesta á hacerme caso, que sienta por mí lo que ella me ha inspirado... Es más: tal vez la gratitud la hiciera engañarse; tal vez la llevara á darme un sí, á pesar de que su corazón no estuviera interesado como lo está el mío... Porque yo siento que la amo... ¡oh, sí! la amo con una pasión que me parece que aumenta á medida que veo mayores las dificultades para aproximarme á ella dignamente!... ¡Dios eterno! ¡Dadme fuerzas para salir del trance en que me encuentro!... ¡Iluminadme, á fin de que salga con bien del horrible compromiso! ¿Cómo pondré de acuerdo mi amor con mis escrúpulos?

Era esto difícil, pues los escrúpulos de Andrés traspasaban los límites de lo razonable.

No es posible que le hagamos un cargo por su excesiva nobleza de sentimientos, pero sí hay que consignar que la inmensa mayoría de los hombres, en su caso, habrían hallado multitud de medios para lograr sus deseos.

El, en fuerza de alambicar, no dió con ninguno.

En consecuencia, adoptó la peor de las resoluciones que tomar podía.

Resolvióse á no volver á casa de Emilia hasta que hubiese hallado la fórmula de compaginar su delicadeza y su amor.

Esto equivalía á aplazar la nueva entrevista *ad calendas græcas*.

Entretanto y, como suele suceder en casos seme-

jantes, el amor de Andrés fué creciendo de un modo extraordinario.

Cuantos más días pasaba sin ver á su amada, más se acordaba de ésta, más echaba de menos los ratos que á su lado habían transcurrido tan dulcemente para él, como que, por primera vez en su vida, había desatendido alguna que otra visita de sus enfermos.

La imagen de Emilia estaba fija de tal modo en su imaginación, que ocasiones hubo que, al extender una receta, hallóse á punto de estampar al pié, en lugar de su nombre, el de su adorada.

No se nos llame exagerados ni se juzgue pueril á nuestro amigo Andrés del Cerro.

El amor es pasión tan absorbente, que hasta cuando se apodera por completo del corazón no está satisfecho.

Aspira á más, y rebosando del pecho, sube hasta la mente.

Un verdadero amante se halla, sin saber cómo ni cuándo, lleno por completo de su amada, incapacitado para sentir sino por ella y para pensar sino en ella á todas horas.

Cuanto á ella no se refiera es posible que lo ejecute, pero será en fuerza de la costumbre, como un sér racional y libre, no como un hombre.

Compréndese bien que Abelardo, al verse en el apogeo de la gloria, al hallarse ensalzado y aclamado por todos, amigos y enemigos, que á tanto alcanza el poder del genio, sintiera escalofríos cuando examinó su corazón y lo vió lleno del amor hacia mujer de tanta valía como Eloisa.

¡Qué importaban las excelentes cualidades físicas y morales é intelectuales de ésta, si el filósofo comprendía

que al tornarse en amante iba á comenzar para él la temida decadencia de su fama!

Su conducta egoista, que no es de este sitio referir, no tiene disculpa.

Pero sus temores, sus vacilaciones, su dolor, al convencerse de que estaba enamorado, son no sólo disculpables, sino dignos de absolución.

Hasta entonces se había pertenecido á sí mismo.

Desde entonces ya no le sucedería otro tanto.

Habría de vivir por y para Eloisa, y el amor de ésta, prototipo de las mujeres desinteresadas, sería lo bastante absorbente para destruir la personalidad del filósofo excelso.

Si esto sucedió y sucede, tratándose de mujeres especiales, dotadas de alta inteligencia y noble corazón, ¿qué es lo que pasará al desgraciado que se enamora de una como casi todas, de buena índole, y más ó menos despejada, pero sin sobresalientes cualidades de cerebro ni de sentimiento?

Y no se crea, por esto, que somos enemigos ni de las mujeres ni menos del amor.

Pero es lo cierto que éste es el tirano de todas las demás pasiones; que cuando manda quiere y logra hacerlo en absoluto porque ó se enseñorea de todo, ó no es.

No hay término medio.

Andrés no sólo estaba enamorado de veras, sino que los ficticios obstáculos que á su pasión se había levantado el mismo, contribuían á acrecentar ésta.

Voluntariamente alejado de Emilia sentía la verdad del cantar que dice:

> Ausencia es aire
> que apaga el fuego chico
> y aviva el grande.

Porque cuanto más tiempo pasaba sin ver á la joven, más raíces echaba en su corazón el sentimiento al que la humanidad debe su existencia.

Pero la indecisión de su conducta habíale ido creando dificultades que con el transcurso del tiempo no hacían más que aumentarse.

Si duro encontró volver á casa de Emilia al día siguiente de haber dado el alta á la madre de ésta, más duro hubo de parecerle al cabo de una semana y durísimo cuando pasó el primer mes.

—¡Por qué no habré vuelto el primer día!—pensó.—Entonces hubiera parecido menos extraño, habría encontrado mejores medios de excusarme, de pretextar que quería observar si se presentaba algún síntoma nuevo... y no que ahora van á figurarse indudablemente que he creído ya llegada la ocasión de hacerme presente para cobrar la cuenta... Sé que no sólo no están abundantes de dinero, sino que deben hallarse más apuradas que antes, pues mientras ha durado la enfermedad de la anciana, sólo Emilia ha podido trabajar y las pondré en un compromiso... Yo bien querría presentarme y pedir la mano de la joven... Pero no, no es posible que lo haga, pues en tales circunstancias su consentimiento no sería libre... y bien sabe Dios que tan feliz sería hallándome convencido de que ella correspondía á mi amor, como desgraciado abrigando la menor duda respecto á lo espontáneo de su respuesta... Precisa que deje pasar más tiempo y que no cese de dar tormento á mi estúpida mente hasta que halle el medio de adunar mi amor y mi delicadeza, de satisfacer aquél sin que ésta sufra... Cuando haya logrado zanjar la dificultad, seré el hombre más feliz del Universo.

Pero ya lo hemos dicho.

Solo que la dificultad no tenía fácil arreglo, éste se imposibilitaba tanto más cuanto más tiempo transcurría.

Y entretanto el pobre Andrés continuaba padeciendo de un modo horrible.

Sus sufrimientos morales llegaron á hacer que su salud se resintiera.

Los ayudantes que tenía veíanle desmejorarse y como le apreciaban de veras trataron de inquirir la causa.

Pero sus tentativas resultaron inútiles.

Andrés se limitaba á contestar al que le interrogaba sobre el caso:

—Muchas gracias, no es nada... Sin duda el excesivo trabajo... ¡Este verano es verdaderamente cruel!...

No había medio de sacarle de ahí y precisaba, por tanto, contentarse con aquellas explicaciones.

¡Quién sabe si al mismo tiempo y por causas parecidas, estaría sufriendo Emilia análogos dolores morales!

CAPITULO LI

Federico Montesinos

FUERZA nos es trabar conocimiento con un personaje tan antipático como simpático era Andrés del Cerro.

Si ha de hablarse con propiedad no se trata de un mero individuo, supuesto que Federico Montesinos, que es de quien se trata, había de llegar á ser con el tiempo nuestro antiguo conocido el marqués del Pino.

A la sazón no poseía semejante título nobiliario.

Era hijo de un propietario de Avila que había tenido el mal acuerdo de enviarle á Madrid para que siguiese la carrera de leyes.

Federico había preferido hacer lo que tantos otros.

En vez de aprovechar el tiempo y aplicarse al estudio, habíase dedicado á recorrer los billares, las casas de juego y otros sitios de perdición en que abunda extraordinariamente la villa y corte.

El corazón de Federico hallábase lleno de ardientes pasiones, y con tal de satisfacerlas no vacilaba en la elección de los medios.

Al principio y bajo diferentes pretextos, logró de su padre que le remitiese mensualmente cantidad más que triplicada de la que le había consignado y que ya era de sobra suficiente para atender con holgura á sus necesidades.

Pero por fin la bolsa paterna se cerró y Federico no tuvo más remedio que campar por sus respetos.

No se apuró por esto, ni pensó en mejorar su conducta.

Antes al contrario, aferróse al dicho vulgar que asegura que cada día entra un tonto por las puertas de la ciudad y se consagró á buscar el suyo.

No fué esto lo peor, sino que lo encontró en su condiscípulo el duque del Solar.

Ya hemos manifestado cuáles eran las cualidades salientes de éste.

Pero se ha de añadir que ante todas y sobre todas descollaba la vanidad.

Así lo comprendió Federico, tan poco aprensivo ó más bien tan malvado como astuto, y que, desde que hizo tal descubrimiento, se dijo:

—¡Este será mi hombre!

Fuelo, en efecto, pues Julián, noble en el fondo y confiado, se entregó sin reserva á su pérfido amigo, que, desde entonces, hizo de él lo que mejor le pareció.

Y claro está que no pudo parecerle nada bueno.

De cuantas calaveradas realizó el duque, fué el promotor, el verdadero responsable, Montesinos.

Este no tenía más que decirle:

—Vamos aquí ó vamos allá.

O bien:

—Hagamos esto ó lo otro.

Y el duque bajaba la cabeza y respondía:

—Como quieras.

No hay hipnotizador que disponga de la persona hipnotizada como Federico disponía de Julián.

Con estos antecedentes y los que tenemos respecto al tal personaje, no extrañará á nadie que Montesinos fuese más dueño de la bolsa de su amigo que éste mismo, ni que, por tanto, pudiera seguir gastando y triunfando como si su padre continuara socorriéndole.

No se crea por esto que entre los dos jóvenes mediara verdadera amistad.

El duque apreciaba sinceramente á Federico, pero éste distaba mucho de corresponderle.

Es más, cuando él se encontraba entre otros amigotes y Julián no se hallaba presente, complacíase en denigrarle, en lanzar contra él frases mordaces, así por natural inclinación, como para disimular el triste papel que á su lado desempeñaba.

Porque, como es natural, al hallarse juntos los dos jóvenes, el que pagaba, no obstante su candidez, imponía con frecuencia humillaciones al que vivía á costa suya.

El duque no escatimaba dinero á Montesinos.

Pero de vez en cuando obligábale ya á servir de tapadera de alguna de sus travesuras, ya de tercero en alguno de sus amoríos.

Montesinos, que no tenía nada de tonto, comprendía muy bien lo desairado de su papel, y sólo se resignaba á desempeñarlo porque abrigaba la convicción de que no se podía desprender del que sostenía sus vicios y le daba

los medios de continuar la vida de crápula que había emprendido.

En cambio se vengaba no sólo maldiciendo de Julián, sino también contribuyendo á corromperle más y más cada día.

Parecía como que pensaba:

—Ya que no puedo elevarme hasta tí, te haré descender á mi mismo nivel.

En poco estuvo que lo lograse y, si ha de decirse la verdad, es lo cierto que faltó muy poco para ello.

No hace mucho que hemos visto á un joven de excelente familia, sentado en el banquillo de los procesados, bajo la acusación del más horrible de los crímenes, del parricidio.

Salió absuelto, pero el proceso reveló que la conducta de aquel desgraciado había sido tal, que hacía explicable la acusación.

¡Quién sabe si la culpa de ésta fué de algún otro Montesinos!

Si el nuestro no consiguió tanto de Julián no fué por falta de ganas, sino porque á veces, la Providencia cree oportuno intervenir en las acciones de los hombres y hacer brotar el bien de la abundancia del mal, de modo tan inesperado que su intervención se hace visible para las personas pensadoras y creyentes.

Federico, hombre sin fe ni creencias, aficionado al vil metal, no como el avaro, para conservarlo, sino para derrocharlo como el pródigo, comprendiendo que el único modo de impedir que se le acabase el filón que había hallado en el duque era el de tener á éste dominado y entretenido en continuas diversiones, apuró para ello todos cuantos recursos le sugirió su ingenio.

Apenas pasaba día sin que le incitase á cometer alguna locura ó le presentara un nuevo atractivo.

—¡Chico! ¡Qué mujer he visto!—decíale, por ejemplo.

—¿De veras?

—¡Oh! ¡Es maravillosa; no se pasea otra por Madrid!

—¡Caramba! Pues me entran ganas de conocerla...

—Yo te puedo presentar... pero hay para ello un inconveniente.

—¿Cuál?

—Que es necesario presentarse de etiqueta á las reuniones que da, y... ya ves... como mi traje está algo estropeado...

—¿No es más que eso?—decía cándidamente Julián.

—¿Te parece poco?... Es claro, como tú eres rico... Yo también debía serlo; mas el genio de mi padre...

—Bien, bien, no hablemos de ello; ahí tienes cincuenta duros. Si no te bastan dilo y te daré más; pero quiero que me presentes en esa reunión.

Montesinos aparentaba repugnancia por aceptar el favor que se le ofrecía, pero acababa por admitirlo, bien que diciendo:

—El caso es que ya te debo... no sé cuánto... He perdido ya la cuenta...

—Y es lo mejor que has podido hacer, porque nunca he pensado en reclamarte un céntimo.

—Pero yo...

—¡Déjate de simplezas! Si yo estuviera en tu caso y tú en el mío, ¿no procederías conmigo como yo lo hago?

—¡Oh! ¡Desde luego!—exclamaba, faltando descara-

damente al octavo mandamiento, el miserable Federico.

—Entonces estamos pagados. Lo que interesa es que me presentes á esa beldad que supongo no se parecerá á Lucrecia sino en la hermosura.

Montesinos guiñaba maliciosamente los ojos y respondía:

—¡No faltaba más! Precisamente ayer, cuando me presentaron á ella, le hablé de tí y me dijo:

—¡Un duque! ¡Ah! Es el colmo de mis aspiraciones...

El pobre Julián se restregaba las manos y preguntaba afanosamente:

—¿Cuándo me presentarás?

—El lunes próximo... Es el día en que se queda en casa y no sería prudente que te presentara antes.

—Bueno, pues el lunes no te olvides del compromiso.

—Descuida; ya sabes que yo me desvivo por complacer á los verdaderos amigos como tú.

Unas veces resultaba filfa lo de la mujer y Federico se disculpaba con cualquier embuste que el confiado Julián aceptaba buenamente.

Otras veces la noticia era verdadera, pero se trataba de una de esas desgraciadas mujeres que hacen mercancía del amor y que, por muy bellas que sean, no pueden retener á un hombre más allá de unos cuantos días, si el hombre no está muy degradado.

En uno y otro caso, Julián pensaba que el engañado no había sido él, sino su amigo, y le hacía objeto de burlas que Montesinos aparentaba recibir lleno de confusión, aunque en realidad se reía interiormente de la ne-

cia credulidad del duque, á quien seguía esplotando á más y mejor.

¡Cuán ajeno se hallaba de que en la misma excitación de las pasiones del duque, obra suya, había de encontrar el término, el agotamiento de la mina que tanto le convenía seguir explotando!

CAPITULO LII

Lo que sentía Emilia

NADA de cuanto vamos refiriendo, entra en realidad dentro de la verdadera acción de la novela; pero constituye una serie de antecedentes cuyo conocimiento es indispensable para que determinados hechos de ella queden explicados.

Por eso procuramos, á un mismo tiempo, no omitir ningún detalle esencial y explicar los hechos con la mayor brevedad posible.

Sabemos ya cual fué la conducta y cual era el estado de ánimo de Andrés.

Conoceremos ahora una y otro, por lo que se refiere á Emilia.

¿Hallábase ésta enamorada del médico que había asistido á su madre?

La pregunta no es muy fácil de contestar.

Entre el capricho ó la impresión fuerte pero pasajera y el verdadero amor, son tan borrosos los límites que es casi imposible determinarlos teóricamente.

Sólo la práctica nos da una respuesta categórica.

Sólo la conducta de una persona puede revelarnos si, en efecto, estaba enamorada ó si no se hallaba más que dominada por uno de los sentimientos parecidos al amor.

Recordemos las circunstancias en que se habían conocido Emilia y Andrés del Cerro.

Ella pedía socorro; él acudió á prestárselo; vió una mujer envuelta en llamas y no vaciló en exponer su vida por salvar la de aquella persona desconocida.

Lo consiguió y no contento en eso, contribuyó intelectual y materialmente á que aquella persona, la madre de Emilia, se restableciese por completo.

Ella, la joven, era hermosa y buena; su bondad y su hermosura impresionaron al médico hasta el punto de que, sin faltar jamás á las conveniencias, había encontrado diversas ocasiones de darle á entender, más que voluntaria, inconscientemente, lo que pasaba dentro de su pecho.

El, Andrés, era simpático, se hallaba rodeado de la aureola de la fama y se había presentado ante la joven con todos los prestigios del providencial salvador de su madre y de protector desinteresado de ambas.

Con mucho menos motivos se han desarrollado volcánicas pasiones en el pecho de una mujer.

A decir verdad, Emilia no sólo pensaba frecuentemente en el médico, sino que en vista de sus insinuaciones, decía para sus adentros:

—Ya encontré mi media naranja... Y á fe que no me

gusta porque sea de mejor posición que la mía, ni porque me saque de la triste existencia que llevo, nada de eso. ¡Me casaría con él, aunque supiera que había de seguir haciendo camisas, lo mismo que hasta aquí, porque tiene una simpatía, un no sé qué, que atrae!... ¡Cuándo querrá Dios que se decida á hablar claro!

Y la joven sentía todo aquello con sinceridad.

Pero pasaron días.

Andrés no se resolvió á explicarse, llevado de aquella esquisita delicadeza que ya conocemos.

Llegó por fin el instante en que la madre estuvo buena y él se despidió.

Emilia se quedó pensando:

—No tardará en buscar cualquier pretexto para volver á presentarse... Su actitud al despedirse era tal que revelaba á las claras el sentimiento que le causaba no poder venir dos veces al día como lo ha estado haciendo hasta hoy... Sí, sí: él volverá y entonces...

Una sonrisa terminaba el pensamiento de Emilia.

Pero Andrés no volvió.

Los primeros días de ausencia fueron fatales para la joven.

O amante ó consentida y encariñada en una idea, lo que juzgaba desvío del médico, la llegó al alma.

Más de una vez sus azules ojos se llenaron de lágrimas que, desprendiéndose de su cuna, mojaron la costura que tenía entre sus manos.

Más de una vez exhalóse de su pecho un hondo suspiro que, al ser percibido por su madre, dió ocasión para que ésta la hiciese prudentes reflexiones.

A los perspicaces ojos de doña Amalia no se había escapado lo que pasaba en el interior de su hija.

Es más: ella también había creído lo que, en medio de todo, era verdad; que Andrés se había enamorado de Emilia.

Pero como ésta, no pudiendo adivinar el digno móvil de la conducta de Andrés, creyó que se había equivocado y, en consecuencia, dedicó todos sus esfuerzos á consolar á la joven y á procurar que desterrase de su mente la imagen de Andrés.

Con tal propósito, aprovechaba la ocasión de oir suspirar á Emilia, para decirla cariñosamente:

—¿Es posible, hija mía, que seas tan impresionable?

—¿Yo, mamá?...

—Sí, tú... ¿Piensas acaso que es posible esconder nada á la investigadora mirada de una madre? Sé lo que te pasa y conozco la causa de ello... Te has dejado engañar por falsas apariencias... Don Andrés es un caballero... Se ha mostrado muy amable contigo... pero nada más... Sin duda buscaba el medio de que recibiéramos sus favores con el menor bochorno posible... Mas, de de eso á pensar que se hubiese enamorado de tí y que pensara hacerte su esposa, hay mucha diferencia...

—Pero si yo...

—Tú te lo has creído y, si he de ser franca, hasta yo misma lo creí; pero luego he reflexionado... Una cosa es ser noble y generoso y otra llevar esas cualidades hasta el último límite... En teoría, una mujer como tú, honrada y buena, se merece un rey, pero en la práctica, en la vida real, es otra cosa... Tienes hermosas dotes, pero careces de dote y, lo que aun es peor, de posición... Además, si tus atractivos pudieron tenerle impresionado cuando nos visitaba diariamente, ahora que ha cesado de hacerlo ya no se acordará más de tí... Es lo mismo

que tú debes hacer. Olvídale, hija mía; te lo suplico, no por mí, que no ansío más que verte dichosa, sino por tú misma que, de otra manera, estarás atormentándote inútilmente.

Tales reflexiones, sobre ser razonables, recibían aparente confirmación en todas sus partes por la conducta del médico, que ni muerto ni vivo parecía, ni procuraba ver á la joven.

Esta, al principio, solía concluir las conversaciones con su madre arrojándose con los ojos bañados en llanto, en los brazos de la que le había dado el sér.

Pero poco á poco, no diremos que disminuyera su dolor, más sí que éste fué menos expansivo.

Si la joven lo conservó, concentrólo en su alma, y la madre hubo de creer que si no estaba extinguido, habíase amortiguado extraordinariamente.

Realmente no era así.

Emilia esperaba todavía.

Ella había recibido directamente las miradas, las palabras, las insinuaciones de Andrés y mejor que ninguna otra hallábase en situación de apreciar lo que todo aquello suponía.

Para la rubia era indudablemente que el médico estaba enamorado de ella.

Pero á trueque de ser tachados de pesadez, repetiremos:

Pasaba el tiempo y el médico no se presentaba.

Entonces la rubia experimentó dos distintos sentimientos.

El desvío, el olvido del médico, la inspiró despecho.

Las reflexiones de su madre, ajaron su amor propio.

—En el mundo real, una joven como tú, con dotes,

pero sin dote, no puede aspirar á casarse con un hombre de buena posición.

Tal era el resumen de las reflexiones de la madre.

Emilia se rebeló contra ellas, primero por convencimiento de que Andrés se había enamorado de ella.

Luego por orgullo.

Mientras creyó en la pasión del médico, en tanto que estuvo persuadida de que éste se había prendado de ella, pensó:

—El volverá... Sin duda le habrán impedido venir quehaceres urgentes... Acaso la timidez de que dió repetidas muestras, y que prueba el hecho de haber comenzado varias veces á hacerme una declaración y dejarla sin concluir... Pero el amor se impondrá y, por fin, presentarase aquí y pedirá mi mano á mi madre.

Luego, cuando el transcurso del tiempo la quitó toda esperanza, varió de modo de pensar.

Dejó de lado la imagen de Andrés, sus méritos, sus favores, todo, y no se fijó sino en una cosa.

En que su madre le repetía un día y otro que ella no podía lograr lo que se llama un buen partido.

Esto fué suficiente para que ella se empeñase en conseguirlo.

—Otras lo han logrado,—se decía.—¿Por qué he de ser yo menos que ellas?

No bien desimpresionada del todo por lo que tocaba á Andrés, de vez en cuando se le aparecía mentalmente la imagen de éste y le arrancaba un suspiro que procuraba ahogar para que no llegase á oídos de su madre.

Todavía á la sazón, estaba á tiempo el médico para presentarse y lograr el sí que hubiera colmado su dicha.

Pero no se presentó.

Siempre en lucha con su delicadeza y con sus escrúpulos, á todo estaba resuelto menos á presentarse en casa de su adorada, de aquella mujer que había concluido por ser para él inextinguible pasión.

Si por aquel tiempo hubiera visto Andrés una zarzuela, no muy buena, del hijo de *Fígaro*, y cuyo título no hace al caso, tal vez hubiese tomado provechosa lección de un personaje que dice:

> La mujer y la madera
> casi iguales las encuentro,
> pues son muy finas por dentro
> y muy ásperas por fuera...
> Mientras tú, con la barrena,
> quitas el serrín, á soplo,
> otro va y, con el escoplo,
> las salta una astilla buena.

Acaso sucediera otro tanto con Emilia.

¿Por qué decimos, acaso?

La proximidad de los sucesos que hemos de referir no permite que tengamos en perplejidad al lector, que excitemos su interés con ambigüedades.

Digamos, pues, sin ambajes ni rodeos, que lo indicado sucedió y veamos en seguida de qué manera se tradujo en hechos lo que en malos versos ha consignado el hijo del inolvidable y nunca bastante llorado Larra.

Llorado, se entiende, por los amantes de las letras patrias, no por los zascandiles contra quienes lanzó los acerados dardos de su justa crítica.

CAPITULO LIII

Encuentro

La madre de Emilia, ni cuando fué dada de alta por Andrés, ni en muchos días más, se encontró con fuerzas bastantes para salir á la calle.

Esto no tenía nada de particular.

Sabido es que en la edad juvenil cualquiera dolencia, por grave que sea, pasa pronto y apenas si deja huella en la persona á quien ha afectado.

Y que, por el contrario, cuando se ha traspasado el umbral de la juventud, y más especialmente cuando se ha pasado también de la edad madura y se llega á los lindes de la vejez, se vuelven las tornas.

Es decir, que entonces la más leve indisposición adquiere los caracteres de gran enfermedad y exige los mayores cuidados.

Habían sido curadas las quemaduras que la madre de Emilia sufriera; esto era muy cierto.

El alta dada por Andrés hallábase, en consecuencia, perfectamente justificada.

Pero la paciente, á causa de los sufrimienlos que le habían ocasionado las quemaduras, no se encontraba en disposición de salir á la calle, ni aun de consagrarse en casa á las rudas tareas con que ayudaba al sostenimiento de las necesidades propias y de las de su hija.

Esto también lo había previsto Andrés, que, al separarse de ambas mujeres y siempre pretextando que tal era su costumbre y que no quería que con imprudencias se comprometiese su fama, había obligado á doña Amalia á aceptar una cantidad para atender á su total restablecimiento, cantidad que, según dijo, á su tiempo reclamaría.

El médico había contado sin la huéspeda, es decir, sin el especial carácter de las personas á quienes favorecía.

Una y otra se propusieron no tocar el generoso donativo sino en último extremo, pensando:

—Así estaremos en mejores condiciones para devolverlo, si se nos reclama.

En consecuencia, Emilia desde un principio y su madre desde que se halló con fuerzas para ello, continuaron cosiendo camisas.

Pero Emilia sola era quien las llevaba á la tienda, que, por otra parte, no se hallaba muy distante de la casa en que vivían.

Llegó un sábado y Emilia fué á entregar y á cobrar la labor que había hecho.

Apenas salió de la tienda, oyó una voz que decía:

—¡Bendita sea la gracia de Dios! Es usted la mujer más hermosa de España.

Volvióse, llevada de un instintivo impulso y se halló con un joven elegante, simpático y resuelto, que añadió:

—Esos cabellos de oro merecen una corona de brillantes y esos ojos azules presagian el cielo, para la persona á quien miren con su cariño.

Emilia se ruborizó, arrepintióse de su ligereza y apretó el paso para llegar cuanto antes á su casa.

El moscón siguió detrás.

—¿Por qué no vuelve usted la cabeza otra vez?—dijo. —Ya comprendo que lo bueno debe prodigarse poco; pero, ¡si usted supiera lo feliz que me ha hecho con una sola mirada!.. Aunque demasiado debe saberlo, porque sin duda estará acostumbrada á ir á casa con escolta, pues si no es reina de España lo es de la belleza... y no sé cuál de los dos cetros vale más.

Emilia anduvo todavía más aprisa que antes.

No sólo deseaba tener ocasión, llegando á casa, de librarse de aquel importuno, sino que quería librarse de la tentación de volver nuevamente la cabeza.

Nunca había procedido de semejante modo, y eso que, según se ha dicho, no la habían faltado perseguidores.

Pero á la sazón había un motivo que excitaba su curiosidad en grado máximo.

Con esa delicadeza de percepción propia de las mujeres, Emilia había creído ver alguna semejanza entre las facciones de su perseguidor y las de Andrés del Cerro.

No tardará en quedar justificada la exactitud de la observación.

El Tenorio callejero, sin arredrarse por el silencio de la joven, continuó persiguiendo á ésta y hablando.

—No sé á dónde va usted,—dijo,—pero aunque fuese al mismo infierno, lo cual es imposible, porque los ángeles no van á semejante sitio, yo la seguiría... Una sonrisa, una palabra de usted, valen para mí más que la gloria eterna... Ayer la ví un instante, uno nada más, y ha bastado para que hoy me haya pasado toda la mañana esperando frente á esta misma tienda, con la esperanza de que volvería á verla. Ayer no iba solo, si no hubiera sabido ya dónde vivía usted... porque el efecto que me han causado sus hechizos es tan grande, que no puede usted imaginárselo... ¡Como me llamo Julián de Figueroa, que cambiaría mi título de duque del Solar por el más apetecible de dueño de esa hermosura!

Era, en efecto, el duque del Solar, el hermano de Andrés, el que perseguía á la hermosa Emilia.

Y lo que consignaba en sus galantes frases no era, en parte, menos cierto.

Habíala visto el día anterior.

Cruzó la joven ante él, ligera como una paloma, y bastó el instante en que ante sí la vió pasar para que el duque, sin saber por qué, se sintiese impresionado.

Hay momentos en la vida en los que el corazón se halle en una disposición tal, que la impresión recibida entonces es poco menos que imperecedera.

Sin duda, el de Julián debía hallarse en uno de aquellos momentos, pues bien que molestado por la compañía de un conocido á quien no mucho antes se había encontrado, pensó:

—Mañana volveré por estos sitios y si veo á esa mujer, sabré donde vive.

No le fué difícil conseguir su propósito.

Emilia sabía que su madre estaba esperándola y

tanto por eso como porque á causa de su poca costumbre de salir sola, no quiso tratar de rendir á su perseguidor haciéndole dar rodeos.

El duque, pues, se enteró muy pronto de cual era el domicilio de la rubia.

Para no callar nada, bueno ni malo, de cuanto á ésta se refiere, hay que decir que, apenas llegada á su casa y bien que cuidando de echar los visillos para no ser vista, quiso enterarse de lo que haría su perseguidor luego de verla meterse en casa.

Así se pudo enterar de que Julián pasó largo rato haciendo el oso, como suele decirse, midiendo toda la longitud de la calle de un extremo á otro, y de éste á aquél, y mirando á los balcones, como si esperase que apareciera la joven; y que cuando se convenció de que no sucedería semejante cosa, exhaló un hondo suspiro descubierto por el movimiento de su pecho, se quitó el sombrero, temiendo ó adivinando que era espiado ocultamente, y por último, se alejó paso á paso, como quien siente abandonar un puesto donde ha creído hallar algo que no ha encontrado.

Emilia, cuando le perdió de vista, se retiró también de detrás del balcón.

Advirtamos de paso, para que no se nos tache de olvidadizos ó de embusteros, que pocos días después de haber sido dada de alta doña Amalia, habíase desocupado el cuarto exterior del mismo piso que las dos mujeres ocupaban y que el casero, en vista del buen cumplimiento de estas y de la situación en que se hallaban, habíalas brindado con que se trasladasen á él sin aumento de precio, ofrecimiento que ellas se apresuraron á admitir.

Emilia, decimos, se retiró del balcón cuando desapareció Julián.

Y entonces, entregándose por completo á sus pensamientos, dijo para sí:

—¡Es extraño!... ¡Cómo se parece al médico ese hombre!... Diferenciase de él en el color de los ojos y en el del cabello, pero las facciones, el aire, la voz... ¡qué se yo!... son tan parecidos que podría jurarse que eran hermanos... Y yo he sentido al oir á ese hombre una emoción que no me ha ocasionado ninguno de los otros necios que me han seguido por la calle... ¡Tonta de mí!... Eso ya comprendo lo que es... Pese á los consejos y á las amonestaciones de mi madre, todavía pienso en don Andrés... Aun imagino que cualquier día va á presentarse aquí á pedir mi mano. Y es claro, en todas partes creo verle y en todos encuentro semejanza con él... Es aquello de: soñaba el ciego que veía... y eran las ganas que tenía... No, sin duda, ese hombre se parece al otro como un huevo á una castaña y yo soy una tonta calentándome los cascos en majaderías que me guardaré muy bien de comunicar á mi madre, porque me reñiría y con razón... ¡Sobre todo si supiera que, por primera vez en mi vida, he vuelto la cabeza para mirar á un moscón... ¡Y dijo que era un duque!... No sería malo que yo llegase á duquesa... pero ¡cá!... ¡qué si quieres!... Hará lo que otros muchos: mañana ya no se le volverá á ver, ni vivo ni muerto.

Así discurría la rubia, en tanto que Julián se alejaba, pensando:

—¡Qué mujer más hermosa!... ¡Y cuán diferente es de las que me ha presentado ese imbécil de Montesinos!... Suerte que se halla atacado de un dolor de mue-

las que le ha impedido desde hace dos días salir á la calle, que sino no se me hubiera ocurrido á mi ir á pasear solo y emprender por mi cuenta una conquista... ¡El dice siempre que yo soy un lila y que sin él, no me atrevería á nada y quiero probarle que se equivoca!... Quiero, cuando ya esté bueno, poder decirle: ¿lo ves? en ausencia tuya he conquistado la gran mujer, una que vale mucho más que cuantas tú has hecho que conozca... Porque la chica es una perla, de eso no hay duda... Pero ¿lograré que me haga caso?... Este ya es otro cantar... ¡Bah! Soy joven, soy rico, no soy feo y tengo un título nobiliario... Ella es costurera ó cosa así... Puede que sea honrada... Mas ¿acaso no lo son todas las mujeres hasta que dejan de serlo? Yo he de conseguirla cueste lo que cueste, pues estoy resuelto á hacer todos sacrificios imaginables para poder decir á Federico que ya estoy en edad de soltar los andadores y que si continúo siendo amigo suyo, es porque me parece un chico simpático, un infeliz... no porque necesite de él para buscarme lo que mejor me convenga. ¡Valiente chasco se va á llevar, si esa hermosa joven me otorga su amor!... ¡Veremos! ¡Veremos!...

Y Julián se fué aquel día á su casa más contento que unas pascuas, ante la perspectiva de lo que iba á hacer rabiar á Montesinos, si lograba el amor de la bella hija de Amalia.

¿Lo conseguiría?

CAPITULO LIV

Otro encuentro

Así como hay personas cuyo paso por la vida no deja huellas de ninguna clase, existen otras llamadas á dejar señales indelebles de su existencia, ora en la mente, ora en el corazón de uno ó de muchos otros seres de su especie.

Emilia, pese á las ideas de su madre, de las que había concluido por participar ella misma, debía pertenecer sin duda, al segundo de los dos órdenes que hemos mencionado.

Vióla Andrés, y se enamoró apasionadamente de ella.

Luego la vió el duque del Solar y, no sólo la encontró agradable, sino que desde el primer día pensó en ella más de lo que á su propia tranquilidad hubiera convenido.

Pero no acabó aquí la cosa.

No fué bastante que el médico en su domicilio se desesperase buscando un medio para reanudar sus relaciones con Amalia y su hija, ni que Julián paseara la calle en que éstas vivían con asiduidad de estudiante enamorado para conseguir únicamente ver á la rubia de tarde en tarde y dirigirla requiebros y frases que no recibían por contestación sino el más absoluto silencio.

Hubo más.

Otro de los individuos que no ha mucho se han citado, vió también á Emilia y experimentó la influencia de sus irresistibles encantos.

Ya hemos oído de boca del duque la causa de que éste anduviese algunos días separado de su amigo Federico.

Montesinos se hallaba, en efecto, molestado por una fluxión de muelas, que le tuvo cerca de una semana sin poder poner el pié en la calle.

Al mismo tiempo que le atormentaba la cruel dolencia, habíale salido un flemón, por consecuencia del cual tenía un carrillo espantosamente hinchado.

Y como era vanidoso, prefirió recluirse en su domicilio á presentarse en público con aquella temporal deformidad.

Pero el joven era demasiado listo para echar en olvido nada de cuanto pudiera convenirle,

Y como lo primero de todo era sostener su amistad con Julián, procuró, por medio de algunos otros individuos, saber lo qué hacía el duque.

Su curiosidad estaba estimulada, no sólo por su conveniencia, sino también por la inusitada reserva de éste que no dejaba pasar ningún día sin ir á visitarle, pero que respondía con evasivas cuando Federico le pregun-

taba con más ó menos diplomacia, en qué había pasado el tiempo.

Montesinos distaba mucha de presumir la verdad.

Tal vez de haberla sospechado no se habría tomado trabajo alguno en hacer espiar á su *primo*, pues ¿qué le importaba á él que el duque persiguiese á esta ó aquella mujer?

En cambio había una cosa que para él hubiese tenido una gran importancia, y que desgraciadamente no sucedió: que Julián hubiera contraído nuevas amistades y que éstas tuvieran bastante fuerza para romper los lazos que á él le tenían unido.

Bajo la presión de este temor hizo vigilar á Julián y las noticias que pudo adquirir le dieron, á la vez, tranquilidad y curiosidad suma.

El duque no iba habitualmente con ningún hombre.

Cuando no iba solo, le acompañaba algún conocido, que nunca solía ser uno mismo, y del cual se desprendía tan pronto como le era posible.

En cambio, rondaba constantemente una misma calle y, por tanto, al menos así debía presumirse, una misma mujer.

Esto no inspiró temor de ningún género á Federico.

Incapaz de amar y creyendo conocer á su amigo, no juzgaba posible que éste se enamorase.

Así fué que pensó:

—Tendrá algún nuevo capricho. Si lo ha satisfecho cuando yo salga á la calle, no tardará en cansarse de él... Si todavía no ha sido afortunado al volver yo á salir... ¡mejor!... Le ayudaré en sus gestiones y tendrá

una ocasión más de apreciarme en lo que valgo... y de recompensarme mis servicios.

Tanto con este noble fin como á causa de lo preocupado que, al cabo de unos días, vió al duque, ardía en deseos de salir á la calle para conocer á la persona de quien su amigo se había encaprichado.

—Es necesario que yo la conozca,—se decía.—Me precisa saber quien es, estar al tanto de todo cuanto la concierne, y esto, si es posible, sin que él se entere, sin que sepa que lo hago para servirle... De esa manera tendré más mérito, á sus ojos, cuando le diga que puedo facilitarle lo que él se esfuerza vanamente en alcanzar... Porque sin duda nada debe haber conseguido cuando continúa haciendo el oso, según acaban de decirme... ¡Por qué no se me habrá reventado ya este maldito flemón!

La última parte de sus suposiciones era acertada.

El duque no había logrado aún de Emilia, ni siquiera que ésta cruzase la más insignificante frase con él.

Espiábala asíduamente, se colocaba á su lado apenas la veía en la calle, dirigíala las palabras más persuasivas y los epítetos más halagueños; pero fuese exceso de honradez, fuese cálculo, no podía obtener de la rubia ninguna contestación.

Y como siempre sucede, cuanto más esquiva se mostraba ella, más empeñado y enamoradizo estaba él.

Por fin, la molesta dolencia que aquejaba á Federico desapareció.

No fué tan pronto sentirse bueno éste, como lanzarse á la calle, pensando para sus adentros:

—¡Ya llegó la mía!... ¡Vamos á ver qué es lo que ha hecho el duque del Solar!

Para averiguarlo consagróse á recorrer la calle que, según le habían dicho, paseaba su amigo, no sin tomar precauciones á fin de no ser visto por éste.

La suerte le favoreció, pues no sólo tropezó con Julián, sino que logró ver á Emilia.

La rubia, acaso para evitar la persecución de que era objeto por parte del duque, asomóse al balcón, á poco de haber llegado Montesinos, y luego de cerciorarse de que aquél no estaba en la calle, salió.

Al verla, Federico, no vaciló ni un instante en asegurarse á sí mismo que aquélla era la mujer tras de la cual iba su amigo Julián.

¿Acaso habría en la calle, ni tal vez en Madrid, dos mujeres que valieran lo que la hija de Amalia?

¡Qué belleza!... ¡qué simpatía!... ¡qué modestia!... ¡qué encanto!...

Tal mujer era digna del mayor de los potentados del mundo.

¡Cuán feliz debía considerarse el hombre que la poseyera!

Todo esto se dijo Montesinos que, enloquecido, trastornado, al menos de momento, sin saber lo qué hacía, echó también detrás de la rubia.

Y como su educación y su delicadeza distaban mucho de igualar á las del duque, en vez de las frases cultas de éste dirigió á Emilia una porción de inconveniencias que la hicieron avergonzarse y apretar el paso para despachar cuanto antes sus quehaceres y volver á casa, único medio de librarse de aquel insolente importuno.

Cuando lo hubo realizado así, cuando por fin se vió en el sagrado de su domicilio, respiró.

—¡Dios mío!—dijo para sí.—¡Qué hombres tan sin

vergüenza hay por el mundo!... ¡Cuidado que me ha dicho cosas inconvenientes!... ¡No sé cómo hay personas que visten de caballeros y lo son tan poco en sus palabras y acciones!... ¡Si no le doy un empujón, creo que hubiera sido capaz de abrazarme!...

Esta reflexión la llevó como por la mano á esta otra:

—¡Cuán diferente es el otro!... Ese que dice que es duque... Muéstrase respetuoso conmigo y cuando me dirige la palabra, es únicamente para decirme frases corteses y halagüeñas que á nadie pueden ofender... ¿Será duque de veras?... De todos modos es un joven muy simpático... ¡Cómo que se parece á don Andrés del Cerro, á aquel ingrato que ya no se ha vuelto á acordar más de nosotras!... Pero ¡bah! ¡qué le hemos de hacer? Yo no me he de quedar para vestir imágenes por eso... Y si el otro fuese duque... No sé si lo sentiría ó si me alegraría, porque si es duque, casi, de seguro, no vendrá con buena intención... Pero si no es duque, es un fanfarrón embustero, lo cual no constituye muy buen precedente para que yo crea en su cariño... En fin, lo que me parece es que no hago bien en mostrarme con él tan adusta como lo estoy, pues ya visto queda que los hombres del día son muy tunantes y muy sin vergüenza y que se debe apreciar á los que, como él, no nos dicen groserías ni nos faltan en lo más mínimo...

Claro está que Emilia incurría en un craso error, pues ni los hombres somos tan malos como ella nos juzgaba, ni el que lo fuéramos podía autorizarla para que, á espaldas de su madre, trabase relaciones con un individuo, sólo porque éste no se permitía cierto linaje de inconveniencias al dirigirla la palabra.

Pero también es claro que había contribuido á que la joven se hiciera tales reflexiones el canalla de Montesinos que, muy ajeno de haber dado, sin quererlo, un gran paso en favor de su amigo el duque, alejóse de la calle pensando:

—¡Vive Dios que Julián tiene mejor gusto de lo que yo me había imaginado y que, si en mi mano estuviera, mejor que tercero querría ser primero en este asunto!... La chica no me ha recibido muy bien; pero dádivas quebrantan peñas y yo ya sé cómo se arreglan ciertos asuntos... ¡De todas maneras, antes de presentarme á auxiliar á ese imbécil, he de pensarlo!...

CAPITULO LV

Avance

JÚZGABA Montesinos el corazón de los demás por el suyo propio, y como en este no había otra cosa sino mezquindad y ruines pasiones, no comprendía que aquellos pudieran abrigar más nobles sentimientos.

Mas como, por fortuna para la humanidad, se hallaba en un grave error, sufrió una de las muchas decepciones que le esperaban en la vida.

Su conducta respecto á Emilia no sirvió sino para empujar á ésta hacia el duque del Solar.

No diremos que ello fuera un bien, pero sí que resultó un mal menor comparado con el hecho de que hubiera hecho caso la joven á persona de las condiciones de Federico.

Este, mal de su grado, no sólo hubo de renunciar á

la conquista de la rubia, sino que se vió en la precisión de contribuir á que ella fuese poseida por Julián.

El duque ó enamorado de veras ó cada vez más encaprichado por aquella mujer que tan tenazmente se le resistía, proseguía cortejándola con asiduidad incansable.

Y por fin, en fuerza de constancia, consiguió quebrantar el hielo.

Emilia se resolvió á contestarle, á entablar conversación con él.

Nadie que sea perito en cuestiones de amor, dejará de comprender que desde aquel mismo momento la joven estuvo irremisiblemente perdida.

Allí donde hay ó puede haber uno que pida y otro que haya de conceder ó de negar, la primera concesión es preludio de tantas más cuantas el primero quiera exigir.

Sólo no otorgando la primera, por insignificante que parezca, es posible la resistencia y con ella, la victoria.

Emilia contestó al duque quien, como es natural, apenas vió que se le hablaba, entró de lleno en el fondo de la cuestión.

El era título y rico; sabía que ella en cambio, carecía de bienes de fortuna.

Pero esto no importaba nada.

El se había apasionado de Emilia y si la joven le correspondía, se hallaba resuelto á darle el dulce nombre de esposa.

Tal fué lo que la dijo en la primera conversación que sostuvieron.

Aquello era sin duda muy hermoso, muy halagador.

La rubia, después de ciertas vacilaciones, más aparentes que reales, pues desde hacía días, tenía resuelto el problema en su mente, dió el anhelado sí.

Pero añadió:

—Sí, como no dudo, las intenciones de usted son honradas, según me ha dicho, me parece que sería conveniente que hablase á mi madre. Ella me quiere; no desea otra cosa sino mi felicidad y estoy segura de que recibirá con alegría, la noticia de que su hija ha logrado un partido que supera á cuanto podíamos esperar... Por más que yo haya de decir á usted ahora, que ni su título ni las riquezas que dice tener han influido para nada en mi resolución... Si usted no me hubiese sido simpático desde el primer día y si su asiduidad no me hiciera creer en que es cierto su cariño, no le habría contestado satisfactoriamente aunque tuviese veinte títulos y más oro que Creso.

La proposición era razonable, mas el duque supo escaparse por la tangente, diciendo:

—Las palabras que acaba de pronunciar, hermosa Emilia, acreditan que corre parejas en usted la belleza con la discreción... Sólo una observación me voy á permitir hacerla, y es la siguiente: yo estoy seguro de mi cariño, yo sé que profeso á usted un verdadero amor, pero á usted no puede ocurrirla otro tanto... Ahora comenzamos á tratarnos y de consiguiente á conocernos... Deje usted que el trato nos haya convencido de que no nos hemos equivocado, de que, como yo creo, hemos nacido el uno para el otro, y entonces será el caso llegado de que yo hable á su mamá de usted... Antes sería prematuro, al menos en mi opinión; pero si usted es de parecer distinto, conste que no me opongo á compla-

cerla: la dejo árbitra para resolver la cuestión como la plazca.

Eran hábiles aquellas frases y produjeron el efecto apetecido.

Emilia consintió en la prórroga del paso indicado, y en seguir viendo al duque y hablando con él sin que su madre se enterase.

Así se realizó, con tanta más facilidad cuanto que doña Amalia desde el incidente de las quemaduras, jamás volvió á disfrutar completa salud.

Julián, torpe ú holgazán para los estudios, era ducho en fuerza de práctica, en asuntos amorosos.

Rechazado, no hubiese tenido ocasión de hacer valer sus conocimientos respecto al asunto.

Admitido, no tardó mucho tiempo en lograr completo dominio en el alma de la joven.

Continuamente y con las más apasionadas frases, pintábala la vehemencia de su pasión y, á renglón seguido, la trazaba con vivos colores, los cuadros de la felicidad que á ambos esperaba cuando se hallaran unidos en indisoluble lazo.

—Entonces,—decía,—como yo no tengo padres, ni más que un hermano por parte de madre y que tiene su fortuna independiente de la mía, tú vendrás á mi palacio... De allí nos marcharemos á viajar... Quiero que veas París, Londres, Berlín, Roma, Viena... Todas las principales capitales de Europa y, si el mar no te asusta y te agrada viajar, también visitaremos las más importantes ciudades de América... ¡Ya verás que vida nos damos!... Tú embellecerás mi existencia con tus hechizos y tu cariño y yo te corresponderé colmándote de comodidades y de placeres... Como nos querremos mu-

cho, la gente no sabrá qué envidiar más en nosotros, si la fortuna material ó la dicha moral que disfrutaremos... ¿No es cierto, Emilia mía, que serás muy feliz á mi lado?

—¡Oh! Sí,—respondía ingénuamente la joven, deslumbrada por la perspectiva que su novio la presentaba. —Mas te juro que lo sería igualmente sólo con tu cariño, sin ninguna de esas cosas de que me hablas...

—¡Qué insistencia! ¿Por qué has de salir siempre con esa eterna declaración? ¡Si ya sé que me amas por mí mismo y no por lo que soy!...

—Es que todo me parece poco para llevar á tu alma ese convencimiento. Si te dijese que no me halaga lo que no há mucho me has manifestado, mentiría; pero puedes creer que si hoy mismo, al ir á tu casa, te hallases arruinado por cualquier repentino golpe de la fortuna y vinieses mañana y me lo participases, con tal que me aseguraras que continuabas profesándome el mismo cariño que antes, me verías tan alegre y tan satisfecha como lo estoy en estos momentos...

—¡Te creo! ¡Te creo, vida mía! Y tus palabras me hacen feliz, porque me demuestran lo verdadero de tu cariño... Tan seguro estoy de él que no vacilo también en pensar que si te pidiera alguna prueba que me lo demostrase de una manera palpable y tangible, me la otorgarías.

Al llegar á este punto, Emilia, no porque comprendiese todo el alcance de las palabras de su amànte, sino llevada más bien de un instintivo impulso, cambiaba de conversación, daba al diálogo un giro diferente y dejaba sin respuesta la indicación de Julián.

Este no se atrevía á proseguir en el camino comen-

zado, y seguía de buena ó mala gana el rumbo trazado por Emilia.

Así todo continuaba en paz, hasta que por fin los dos se separaban.

Emilia volvía á su casa pensativa y llena de un sentimiento tan indefinible que á ella misma hubiera costado trabajo decir si era tristeza ó alegría.

Lo que sí puede asegurarse es que la imagen del duque y los relatos y descripciones de éste llenaban cada vez más su mente y dominaban más cada vez toda su alma.

El duque, por su parte, regresaba también á su domicilio ó se iba á algún otro lugar, no menos preocupado.

Emilia había llegado á interesarle más de lo que él mismo pensó nunca.

Los encantos de la joven, su sencilla ingenuidad y acaso más que esto, la resistencia inconsciente que presentaba á sus deseos, hacían que éstos cada vez fuesen en él más vivos y que también, aunque con diverso carácter, la imagen de tan hermosa rubia estuviese de continuo presente en su cerebro.

¡Quién sabe si el capricho acabaría por convertirse en amor!

El mismo Julián había pensado en la posibilidad de que tal sucediese.

Pero entonces una sonrisa escéptica contraía sus labios, y éstos murmuraban:

—¡Yo enamorado! ¡Tendría gracia!... Emilia es hechicera, no lo niego... pero sólo puede servir para amante... Su posición y la mía impiden que pueda pensar siquiera un instante en hacerla mi mujer... Además, yo

no me quiero casar nunca... ¿Para qué he de encadenarme pudiendo vivir siempre libre y feliz?... Ella sucumbirá como tantas otras; vale más que cuántas he conocido y por eso también se resiste más; pero caerá... caerá... y me hará feliz por algún tiempo... Luego la recompensaré debidamente... aseguraré su porvenir dándola una cantidad respetable y me iré en pos de otra... y de otra luego... hasta que ya la naturaleza me indique que es hora de parar... ¿Para qué, sino, soy noble y tengo una gran fortuna? ¿No sería lástima que concluyera mi existencia al lado de una mujer y cargado de chiquillos, como el más plebeyo de los tenderos?

Eran abominables semejantes ideas, pero Julián se hallaba aferrado á ellas más por debilidad de entendimiento que por maldad de corazón.

De todas maneras, los extravíos de su mente, en los que no cabía poca responsabilidad al vil Montesinos, amenazaban de un modo grave la tranquilidad y la honra de la cándida Emilia, que hubiera hecho mucho mejor en seguir prestando culto al recuerdo de Andrés.

CAPITULO LVI

El lazo

TAN grande había sido la preocupación de Julián ó tanta la importancia que había dado á la conquista de Emilia que, con tenacidad sin igual, habíase guardado de hablar una sola palabra del asunto á su amigo Federico Montesinos.

Este, por otra parte, no necesitaba que el duque le dijera nada, pues por su desgracia estaba al corriente de todo cuanto acontecía; y decimos por su desgracia, porque Emilia había causado en él tan gran impresión, bien que sólo bajo el aspecto del brutal apetito de los sentidos, que cada paso dado por su amigo en el camino de la conquista de la joven, hacíale exhalar un rugido de rabia.

Seguramente si no se hubiera tratado de Julián, Federico le hubiera disputado la presa, aunque hubiese

tenido que habérselas con el otro; pero reñir con aquél, equivalía á renunciar á la explotación de la mina, y por esto se resignó dejarle libre el campo, aunque no sin maldecir de su suerte repetidas veces.

El miserable ignoraba que había de apurar hasta las heces el cáliz, en justo y aun pequeño, castigo, á su indigna conducta.

Julián, cada vez más ansioso de lograr la posesión de Emilia, viendo que ésta, consciente ó inconscientemente, no le permitía jamás llegar siquiera á plantear la cuestión, dijo para sí:

—Es necesario concluir... Cuando unos medios son ineficaces, se debe acudir á otros... Ya que no puedo convencerla, la engañaré, sea como sea.

Y formado tal propósito dió á pensar en los medios de ponerlo en práctica.

No poco hubo de costarle el discurrir el plan que sirviese á su objeto, mas al fin creyó haber dado con él.

En consecuencia, se dirigió en derechura á ver á Federico y después de cambiar con él el natural saludo, le dijo sin preámbulos:

—Necesito de tí.

—Me alegro,—repuso Montesinos, verdaderamente satisfecho, pues distaba mucho de sospechar de qué se trataba y pensaba solamente que si era necesario podría hacerse pagar el servicio que prestara.

—Y yo también,—dijo el duque,—me congratulo de tener un amigo como tú, dispuesto siempre á complacerme.

—¡Pues no faltaba más! ¿Acaso la amistad sirve por otra cosa?

—Sí, tienes razón; pero ya sabes que hay muchos

que sólo son amigos de boca y que en cuanto se les pone á prueba...

—No prosigas, pues tú tampoco ignoras que yo no he sido nunca de esos... Y sino á las pruebas me remito.

—¿Es decir que te hallas dispuesto á complacerme?

—Como siempre.

—¿Sea lo que sea?

—¿Acaso te lo he preguntado nunca?... Pero ya estás metiéndome en curiosidad de saber de qué se trata... Sin duda debe ser alguna cosa muy grave cuando tantos preámbulos gastas en vez de decirme sencillamente: Chico, necesito que hagas esto ó lo otro.

—Verás, en rigor, la cosa no es muy grave, pero sí delicada y poco agradable, ni más ni menos.

—¡Mejor que mejor! Un favor agradable de hacer ya no merece tal nombre... Pero acaba de explicarte de una vez...

—Voy á hacerlo, y comienzo por pedirte perdón.

—¡A mí! ¿De qué?

—He tenido para tí un secreto.

La frente de Federico se nubló.

Entonces por primera vez desde que se había entablado el diálogo, comenzó á comprender de lo que se trataba.

Sin embargo, se repuso pronto, y dijo con agradable sonrisa:

—¡Bah! Eso es *pecata minuta*... ¿Acaso estás obligagado á contarme todo lo que te pasa?

—Obligado no; pero parecía natural... En fin, baste que reconozca mi falta y sigamos adelante.

—Eso es: dime en qué consiste ese secreto que te has tenido tan callado.

—Pues bien, consiste en que estoy haciendo una conquista.

Federico, á fin de disimular la turbación que experimentó al ver confirmarse sus sospechas, lanzó una carcajada y dijo luego:

—¡Vaya! ¡Sin duda tendrías miedo de que te la soplara!... ¡Mal hecho!... Ya sabes que soy leal...

—No lo dudo y, si he de decirte la verdad, yo mismo ignoro por qué no te he contado nada hasta hoy... Pero en fin, lo hecho, hecho está. Vamos al caso, es decir, al favor que vengo á pedirte.

—Te escucho atentamente.

—La bella, porque lo es mucho más de lo que puedes imaginarte, es rebelde como una condenada... No hay medio para hacerla caer...

—¡Ah! ¡Sí!...

—Como lo oyes... Y eso que te aseguro que he puesto todos mis cinco sentidos para conseguirlo...

—¡Lo creo!

—Por eso y porque estoy resuelto á todo menos á renunciar á mi empresa, he pensado que cuando no se pueden lograr las cosas de una manera deben buscarse de otra...

—Bien pensado.

—Y para que de esa otra manera se consigan, es necesario... no te rías de lo que voy á decirte... es necesario que tú seas mi tío.

—¡Eh!

—Sí, como lo oyes: tú has de ser mi tío, un hombre venerable, muy entrado en años, con peluca blanca y barba blanquísima... en una palabra, mi tío que me quiere de un modo extraordinario y que, sabedor de que

yo estoy enamorado y resuelto á casarme, quiere á todo trance, conocer á mi futura... ¿Vas comprendiendo!

Federico comprendía demasiado.

Pero como no hay peor sordo que el que no quiere oir, repuso:

—Sí, comprendo que yo me he de disfrazar para hacer el papel de tío tuyo; pero no adivino aún con qué objeto se ha de representar semejante farsa.

—Pues la cosa no puede ser más sencilla,—dijo Julián.—Se trata de atraer á Emilia á una casa que yo buscaré previamente... El convencerla corre de mi cuenta... ¿entiendes?

—Sí,—replicó lúgubremente Montesinos.

—Pero aunque la convenza para que vaya hasta ella, no querrá entrar si no ve alguien cuya respetable presencia la dé seguridades de que no corre ningún peligro...

—¡Ya!

—Por eso, cuando llamemos, has de salir tú mismo á abrir la puerta... Yo la habré dicho de antemano que mi tío es un hombre extraño que vive solo, sin criados, á pesar de que es muy rico. Ella al verte tan bien disfrazado como tú te pondrás, no sospechará nada. Los dos entraremos... Tú con cualquier pretexto te escurres... y lo demás corre también de mi cuenta... Me parece que ahora me habrás entendido...

—Muy torpe sería para que otra cosa sucediese.

—¿Y qué dices?

—Digo que se trata de una seducción violenta y que el caso puede resultar comprometido...

—¡Bah! Yo asumo todas las responsabilidades... Tú

te largas y de seguro que nadie adivinará la parte que has tenido en el asunto, pues debes estar seguro de que, si hay compromiso, antes me dejaré hacer tajadas que comprometerte.

—No lo dudo... Pero...

La verdad era que Federico no temía las consecuencias del paso en que se le quería meter.

Mas por una parte, repugnábale contribuir á que otro poseyera la mujer que él deseaba también ardientemente; y por otra, aun en el caso de resolverse á acceder, estimaba conveniente hacerse rogar para sacar mejor partido.

Julián' que tenía gran interés en el asunto, instó con viveza y cuando vió á su amigo inclinado á complacerle, otorgóle en cambio todo cuanto á éste se le antojó pedir.

Quedó convenido que al día siguiente se darían los pasos necesarios para que todo se arreglase con la mayor rapidez posible, y tan buena maña se dieron el duque y su amigo que dos días después se consumó la infamia.

Emilia cometió la grave falta de prestarse á visitar al supuesto tío de su amante quien le había asegurado que, de casa de éste y con él, irían á pedir su mano á su madre.

Al ver abrir la puerta á Federico, perfectamente caracterizado de venerable anciano, entró sin recelo en la casa...

¡De ella salió sin honra, loca de dolor y de vergüenza, que no bastaban á extinguir las calurosas protestas de su amante, respecto á que sólo un exceso de amor había sido la causa de que la tendiera aquel lazo, y á

que muy en breve quedaría todo reparado, pues la bendición nupcial los uniría á entrambos para siempre!

Y mientras tan vil hazaña realizaba el duque del Solar, su hermano Andrés, tras padecer moralmente lo que no es decible, sin resolverse nunca á presentarse de nuevo en casa de Emilia, acabó por decidirse á hacerlo.

Pero fuese por el exceso de sus trabajos ó de sus sufrimientos morales ó de ambas cosas á la vez, apenas puso el pié en la calle, sintió que le zumbaban los oídos, que le faltaba la vista, que le flaqueaban las piernas y cayó al suelo con un ataque al cerebro que tuvo en peligro su existencia por espacio de un mes.

Los médicos que le asistieron, prescribiéronle al verle convaleciente, que evitase con cuidado toda clase de emociones y que se fuera dos ó tres meses á un pueblo para acabarse de reponer.

Andrés, comprendiendo la sensatez de aquellos consejos, sometióse á seguirlos y abandonó la corte, ignorando la desgracia de que había sido víctima su adorada Emilia.

CAPITULO LVII

Un sobrino inesperado

ESTABA satisfecho Julián con la posesión de Emilia?

El mismo, no lo podía definir.

Mezcla confusa de remordimiento y de ventura se agitaba en su corazón y no podía en realidad en aquellos momentos determinar la línea de conducta que había de seguir.

Precisamente cuando más preocupado se encontraba, al día siguiente de aquel en que Emilia había caído en sus brazos sin fuerza para resistir los ardientes efluvios de su pasión, entró su ayuda de cámara diciéndole que un joven pretendía verle.

—¿No te ha dicho quién es?

—No, señor: únicamente me ha manifestado que tenía necesidad absoluta de ver á usted; y al preguntarle su nombre me ha dicho que era completamente inútil que me lo dijera puesto que usted no le conocía.

—Vamos; quizás se tratará de alguna petición y precisamente me encuentro de buen humor. Que pase.

El ayuda de cámara salió del aposento y momentos después volvió á entrar guiando á un joven que apenas contaría veinte años.

Iba vestido modestamente y su semblante era simpático, mirándole á primera vista.

Pero observándole con detención, se modificaba la primera impresión dando lugar á cierta repulsión instintiva.

En la mirada de sus ojos, había algo de falso y de cruel, al mismo tiempo que no predisponía gran cosa en su favor.

Julián fijó la mirada en el recién llegado y le dijo:

—Según me ha dicho el criado, deseaba usted verme.

—Sí, señor; deseaba ver á usted y hablarle á solas; porque el asunto que aquí me conduce es muy grave.

—Pues usted dirá.

—Antes de todo, ruego á usted que se entere de esta carta.

Y el joven al decir estas palabras, entregó al duque un pliego cerrado

Julián fijó sus ojos en el sobre, y una expresión de sorpresa se retrató en su rostro.

—Esta es letra de mi padre,—dijo.

—Sí, señor, de mi abuelo.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho usted?—exclamó Julián cada vez más sorprendido.

—Que esa letra es de mi noble abuelo el ilustre duque del Solar.

—¿Pero usted de quién es hijo?

—Suplico á usted que lea esa carta y algunos otros documentos que le enseñaré después.

Julián volvió á leer el sobre que decía:

«Para mi hijo Julián de Figueroa y Campo.»

Y rompió resueltamente el sobre.

—Puede usted tomar asiento,—dijo dirigiéndose al desconocido.

—Lo acepto, porque realmente la lectura ha de ser larga y presumo que nuestra conversación ha de serlo también.

El duque cada vez más intrigado por aquella aventura púsose á leer la carta, y desde las primeras líneas su rostro fué tomando una expresión que demostraba el interés que en él despertaba su lectura.

La carta decía así:

«Hijo mío; mi querido Julián: cuando recibas ésta es lo más probable que haya dejado de existir, porque precisamente he impuesto por condición que no se presentaran ante tí con esta carta, hasta que se tuviera la seguridad de que yo había muerto.

»No quería recibir tu mirada acusadora, mirada que con razón me dirigirías.

»He sido culpable, hijo mío; y como no he tenido tiempo por desgracia para remediar mi yerro, para enmendar la injusticia cometida, á tí, hijo mío, te encargo que cumplas por tu padre.

»Hace muchos años, tenía yo veinte á la sazón, cuando conocí á una mujer tan buena como hermosa y tan pobre como buena.

»No podía darme más que su amor y me lo entregó sin reserva alguna.

»Yo hice lo que otros muchos de mi clase; aspiré el aroma de aquella flor y la arrojé después.

»Pero fuí inmensamente criminal, porque abandoné á la infeliz cuando ya era madre.

»En vano fué que aquella desgraciada tratara de despertar mis sentimientos, no ya de mi amor respecto á ella, sino hacia el tierno sér que no tenía culpa alguna del abandono y de la desdicha á que yo la condenaba.

»Cerráronse mis oídos así como se había cerrado mi pecho; y al cabo de algún tiempo de inútiles gestiones, la pobre madre abandonada, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos, cesó de perseguirme.

»Yo seguí corriendo de un modo desenfrenado por la senda de los placeres, y si alguna vez acudía á mi memoria el recuerdo de la pobre Carlota, que así se llamaba la desventurada á quien seduje, procuraba ahogar el recuerdo en los brazos de otras mujeres ó en los delirios de escandalosas orgías.

»Así pasaron bastantes años.

»La casualidad hizo que algunas veces, y para que me pareciese más odiosa mi conducta, tuviera noticia de la pobre Carlota.

»Consagrada por completo al cuidado de su hija, que era mi hija, no había sacrificio por grande que fuera que no se impusiese, ni trabajo, por rudo que fuese á que no se entregara.

»Merced á esto, había conseguido educar á su hija sin apoyo ni protección alguna de su padre.

»¿Pero qué me importaba á mí todo esto?

»Yo no quería más que divertirme y me cuidaba muy poco de aquella epopeya de heroísmo y de sufrimiento que sintetizaba la vida de la pobre Carlota.

»Más tarde me casé con tu madre.

»Había llegado á la edad madura, mi fortuna estaba un tanto quebrantada, y la conveniencia y la reflexión

y algo de cariño todavía, contribuyeron á que se llevase á cabo aquel matrimonio.

»Pero en el momento de pronunciar aquel «sí» ante el sacerdote, terrible monosílabo que funde dos existencias en una, lo que jamás me había pasado, me sucedió entonces.

»La imagen de aquella pobre Carlota con su hija en brazos pidiéndome para ella un pedazo de pan, se presentó á mi vista, y estuvo á punto de desfallecer.

»Aquello, sin duda, fué un presentimiento.

»Al salir de la iglesia, entre las gentes que se habían acercado para vernos, distinguí en la primera fila á Carlota y á mi hija.

»Las dos estaban contemplándome y yo no tuve valor para afrontar su mirada.

»Criminal cobarde, bajé los ojos y corrí á ocultar mi verguenza y mi confusión en el fondo del carruaje que nos estaba esperando.

»Mi hija era un vivo retrato mío.

»Tenía diez y ocho años entonces y vestía tan modesta como su pobre madre.

»Al año siguiente viniste tú al mundo y parecióme que la Providencia había querido perdonarme al concederme la dicha de tener un hijo como tú.

»Transcurrieron siete años; y al cabo de ellos, un día me anunciaron la visita de una señora vestida de luto que llevaba de la mano un niño de dos años.

»Precisamente tu madre había ido á los baños con tu hermano Andrés; y yo me hallaba solo en casa.

»Recibí á la señora y puedes juzgar mi sorpresa cuando en la joven enlutada reconocí á mi hija.

»Inmóvil me quedé al verla y no supe qué decir.

»Sentía algo en mi corazón, que se estremecía contemplándola y, finalmente, como cediendo á un impulso irresistible, la abrí mis brazos, exclamando:

—»¡Hija mía!

»La joven se precipitó en ellos y la única frase que me dijo, fué:

—»¡Cuánto ha tardado usted en reconocerme, padre mío!

»Después de esto vinieron las explicaciones.

»La pobre Carlota había muerto cinco años antes y mi hija se había casado con un oficial de infantería que, con el deseo de ascender para poder atender al sostenimiento de su familia, había pasado á Cuba, donde encontró la muerte.

»Carlota, antes de morir, la había dado una carta para que si algún día la necesidad la obligaba, quizás, á dar algún paso vergonzoso tal vez, se presentase á mí reclamando mi protección.

»Yo, que había tenido tiempo de reflexionar; yo, que me reconocía como el más criminal de los hombres; yo, que sabía que debía una compensación á aquella desgraciada á quien hasta de un nombre había privado, quise hacerla justicia completa; y puesto que antes de mi matrimonio había tenido aquella hija, pretendí reconocerla, previo el acuerdo de mi mujer, que estoy seguro me hubiese concedido su aquiescencia.

»Pero mi hija era tan buena como su madre y llorando me dijo:

—»Yo no quiero nada para mí, padre mío: me basta con tu cariño. Si algo quieres hacer, hazlo para mi hijo.

»Pero á pesar de esto, desde aquel instante, mi hija no careció de nada, pudo educar á su hijo y como que

mis disgustos, la agitada existencia que había llevado y el remordimiento que me producía el recuerdo de la pobre Carlota estaban minando mi existencia, escribí esta carta para que te la entreguen después de mi muerte y cumplas como debes con tu hermana y con tu sobrino.

»Ya lo sabes todo, hijo mío. Deber tienes para con los dos; y si en algo estimas la memoria de tu padre, si como no dudo has de querer respetar su postrera voluntad, obra como quien eres y como tiene derecho á esperar de tí.

»Carlos de Figueroa, duque del Solar.»

CAPITULO LVIII

Tío y sobrino

FÁCILMENTE se comprenden las impresiones que iría recibiendo Julián, á la par que leía la carta anterior.

Durante algunos segundos permaneció inmóvil, después que hubo terminado su lectura, hasta que por fin aproximó la carta á sus labios, depositó en ella respetuoso beso y dirigiéndose al joven le dijo:

—La única contestación que puedo dar á la carta de mi padre, es abrirte los brazos y decirte. «Abrazame, sobrino mío.»

El joven se precipitó en ellos y con los ojos humedecidos por el llanto y el acento tembloroso por la emoción que experimentaba, exclamó:

—¡Oh! ¡Qué bien nos había hecho el señor duque á mi pobre madre y á mí, el retrato de usted!

Y como si la misma emoción le ahogara, se vió obligado á apoyarse en una silla para no caer al suelo.

Julián un tanto alarmado, exclamó:

—¡Qué es eso! ¡qué tienes!

—Nada, nada; pero la impresión recibida ha sido tal, que á pesar de no ser débil ni cobarde, me encuentro algo abatido.

—¡Abatido! ¿Por qué?

—Qué quiere usted que le diga, tío. No podía esperar nunca una acogida semejante; y ha sido tal mi sorpresa, que apenas si puedo darme cuenta de lo que me sucede.

—¡Pues qué! ¿Acaso creías que fuese tan mal hijo que no respetara ni cumpliera la voluntad de mi padre? No tenía más familia que mi hermano Andrés y ahora me encuentro con nuevos individuos de ella. ¿No he de estarle agradecido á mi padre que me ha proporcionado esta ventura? ¿Dónde está tu madre? Yo iré á buscarla y desde este momento esta casa será la vuestra también.

—¡Pobre madre mía! ¡Cuánto hubiera sido su goce si hubiera podido presenciar este momento!

—¿Qué quieres decir?

—¡Mi madre murió hace tiempo!

—¡Que murió dices! ¿Y mi padre no lo supo y tú has permanecido tanto tiempo sin venir á buscarme?

—Diré á usted. La desgracia hace desconfiadas á las personas. Mi madre tenía mucha confianza en el señor duque; pero creía que quizás á su hijo no había de serle nada satisfactorio encontrarse de repente con unos parientes de procedencia un tanto equívoca, por desgracia; en este mismo sentido me había hablado; y de aquí que yo vacilase tanto antes de venir; y puede usted creer que á no verme obligado por la necesidad, es tal mi carácter, que hubiese guardado todos los documen-

tos que poseo para justificar mi nacimiento, inclusa el acta de reconocimiento de mi madre por el señor duque y no hubiese venido á molestarle.

—¡Pero que estás diciendo! ¿Qué motivo te habíamos dado ni mi padre ni yo, para que de ese modo dudaras de nosotros?

—Ninguno; si ya lo sé. Pero tal era mi pobre madre que, aun socorriéndola generosamente el señor duque como la socorría y costeándome los estudios, trabajaba en las labores propias de su sexo, para algunas tiendas, á fin de ser menos gravosa á su mismo padre.

—¡Hermoso corazón; y cuanto siento no haberla conocido!

—Así ha sido que yo, educado en esa escuela, creciendo con semejantes pensamientos, al verme solo en el mundo en todo pensé menos en ir á buscar á mi noble abuelo que aun vivía. Sólo quise trabajar para crearme un nombre, formando el propósito para cuando esto lo hubiese conseguido, de presentarme á usted.

—¡Pobre criatura, que no comprendía sin duda que en el mundo, el que se encuentra sin recursos, dificilmente consigue abrirse paso!

—Así me ha sucedido precisamente. He llegado al extremo de verme en la disyuntiva de, ó ser un perdido ó suicidarme, y antes que recurrir á uno de los dos extremos, he venido á ver á usted.

—Y yo, en castigo de tu desconfianza y de tus dudas, debía haberte abandonado. ¿Te parece si ha de ser plato de gusto para mí, escuchar lo que me estás diciendo?

—Perdóneme usted, tío, y aprecie en lo que valen las razones que le expongo.

—No puedo apreciarlas de ninguna manera. Respe-

to el proceder de mi pobre hermana, por más que deploro el que, ni ella ni mi padre, me hubiesen dicho nada, cuando debían decírmelo. Pero tú, lo que es tú, no mereces disculpa.

—Tío; suplico á usted que no se incomode conmigo, porque yo deseaba haber venido á su lado siendo ya una persona útil á la sociedad.

—¿Y acaso no podías serlo á mi lado?

—Sí, señor; pero entonces se lo hubiese debido á usted, mientras que del otro modo, podía tener el orgullo de haberlo conseguido por mí mismo.

Y el acento con que Carlos pronunció estas palabras, y su actitud, eran tan dignas, que el duque no pudo menos de volver á abrazarle, diciéndole:

—Vaya, vaya, dejémonos de asperezas ni de reconvenciones en estos momentos. Desde ahora mismo te quedas aquí y ya me ocuparé yo de legalizar tu situación, que no quiero que nadie pueda echarte en cara jamás tn origen.

—Yo tengo en mi poder el acta de reconocimiento de mi madre.

—Pero yo tengo aquí la carta de mi padre y sobre todo mi voluntad, que está por encima de eso. Te digo que tú ya no te mueves de aquí. Vamos á ver. Y tú ¿qué carrera seguías?

—La de abogado. Cuando murió mi madre, estudiaba el primer año de leyes; después, á fuerza de trabajos, pude ganar el segundo; pero desde entonces he ido de tropiezo en tropiezo...

—Bien, bien; de todo eso trataremos más adelante. ¿Tienes alguna deuda?

—¡Ay! Pocas son y de escasas cantidades; pero sea como quiera, las tengo.

—Pues se pagarán; y levanta esa cabeza, porque eres mi sobrino y no quiero que te abatas ni que estés de ese modo.

—Usted me permitirá, sin embargo, que vaya á la casa en que vivía.

—Desde luego, hombre, pues no faltaba más, pero ya te he dicho que desde ahora tu única casa es ésta. Aquí has de vivir y yo solamente he de ocuparme de tu suerte.

—Harta he tenido ya con encontrarle en tan favorables disposiciones para mí.

—A eso ya te he contestado que tratándose de mi padre, deber mío era ya respetar su voluntad en todo y para todo; y vuelvo á repetirte que lo único que siento es, que nada me dijera cuando me lo debió decir.

—De todos modos, yo debo agradecer á usted cuanto ha hecho en el breve espacio que hace que nos conocemos.

—Yo no he hecho nada. He cumplido mi deber solamente, y al que con su deber cumple, nada hay que agradecerle. Vete, ve cuanto antes á tu casa para que cuanto antes también te instales en la que has de tener de hoy en adelante.

El joven salió de la casa del duque después de haberle abrazado de nuevo y después de haberse sentido emocionado por todo cuanto su tío le había dicho.

Una vez que Julián estuvo solo, se dirigió á una de las habitaciones en la cual estaban los retratos de su padre y de su madre.

Y fijándose en el de aquél, exclamó con acento conmovido:

—Padre mío, ¿por qué no tuviste más confianza en tu hijo y le revelaste la única mancha de tu existencia?

¿Estás contento de mí? Yo te juro que ese joven que es nieto tuyo, también será mi hijo si no me caso; y si llego á contraer matrimonio, aseguraré su suerte de modo que pueda ostentar dignamente tu apellido, que quiero darle también.

Y Julián se aproximó al retrato, se subió en una silla y besó respetuosamente la mano de su padre.

Entretanto, Carlos, había salido de la casa de su tío.

Y mientras bajaba la escalera y gran trecho todavía de la calle anduvo como persona hondamente preocupada y afectando un aspecto conmovido.

Pero una vez que se encontró ya á distancia suficiente para que nadie se hubiese fijado en él, cambió súbitamente de expresión.

Todo lo innoble del goce, toda la satisfacción grosera del buen resultado de su ardid, se reflejó en su rostro.

Y murmuró, cual si respondiera á su propio pensamiento:

—¡Qué estúpido ha sido ese hombre!

Después entró en un café de dudosa reputación, y se dirigió al sitio más retirado de él.

Federico Montesinos estaba sentado ante una mesa bebiendo á pequeños sorbos una copa de absenta, convenientemente atenuada con otra de agua.

Al aproximarse el joven le miró fijamente, y sin duda debió de adivinar algo en su semblante, porque dijo:

—Tienes el aspecto de un triunfador, *barbián.*

—Como que podemos cantar victoria en toda la línea, —repuso el mozo con desenvoltura.

—Cuenta, cuenta.

—¿Qué he de contarte? Que ha tragado el anzuelo por completo y que tendremos *parnés* de largo.

—¿No te decía yo que mi idea era buena?

—Es que si te he de decir la verdad, yo no le creía tan memo.

—Pues yo sí; porque le conozco mucho y sé todo cuanto de él se podia esperar. Ahora, si hubiese sido su hermano, ya era distinto.

—Por de pronto, voy á vivir á su casa.

—Lo mismo que te había anunciado.

—La carta que escribiste, sirviéndote para imitar la letra, de aquellas pocas líneas que el difunto duque había escrito á mi abuela, produjeron un efecto como no te puedes imaginar.

—¡Ya lo creo! como que toqué todos los puntos que yo sabía tenían que darme buen resultado. ¿Y dices que vas á vivir en su casa?

—Como que según he podido presumir, quiere reconocerme en toda regla como tal sobrino suyo.

—Lo mismo que te había anunciado. Desengáñate, que he sido un gran profeta.

—Chico, me voy á dar una vida...

—¡Mientras no te olvides de ninguno de los compromisos contraídos!...

—¡Quieres callar!

—Ahora mucho cuidado cuando nos veamos en casa del duque. Ten presente que la menor cosa podría echarlo todo á perder.

—¡Calla hombre! ¿Acaso me haces tan *gilí*?

—Bueno es estar prevenido.

—Ya; ahora voy á recoger todos mis penates y á trasladarme con ellos al nuevo domicilio.

Y Carlos salió del café dirigiéndose hacia su casa.

CAPITULO LIX

Una aventura del duque del Solar

La conversación que nuestros lectores acaban de escuchar entre Carlos y Federico, debe haberles hecho comprender que el joven duque del Solar acababa de ser víctima de un timo doblemente infame, puesto que estaba basado sobre su amor filial.

Efectivamente; aquel timo había sido pensado detenidamente por Montesinos y Carlos y puesto en práctica con el feliz éxito que hemos presenciado.

¿Sobre qué fundamento se apoyaba este timo?

¿Era realmente Carlos, nieto del duque del Solar?

Esto es lo que vamos á ver dentro de poco.

El duque difunto había gastado su juventud corriendo tras cierta clase de placeres; y si bien no había gastado por completo su corazón, en cambio su salud estaba bastante quebrantada.

Una noche iba por la calle, cuando de pronto vió pasar delante de él una pareja que parecía ir disputando con bastante acaloramiento.

Y la disputa tomó cuerpo y el hombre alzó la mano y pegó á la mujer con quien disputaba, la cual lanzó un grito de dolor.

La hora avanzada de la noche, hacía que la calle estuviera bastante sola y que nadie pudiese acudir en socorro de la mujer maltratada, sino el duque, quien como hemos dicho, estaba á corta distancia de ella.

—¡Qué te calles!—decía el hombre levantando de nuevo el brazo, para repetir sin duda el golpe.

Pero el duque lo impidió cogiendo aquel brazo y diciendo:

—Apártese usted de aquí. ¿No le da á usted vergüenza alzar la mano contra una débil mujer?

Sorprendido el agresor, se revolvió contra el duque, diciéndole:

—¿Y á usted quien le mete donde no le llaman? Si yo le pego á esa mujer, es porque puedo, ¿lo sabe usted ya?

—¡Es un infame, caballero! ¡Es un infame!—gritaba la mujer, agarrándose al brazo del duque, cual si quisiera ponerse bajo su protección.—¡Sálveme usted por piedad, caballero!

—Ya te he dicho que te calles. No la crea usted. Si la he de sacar los hígados.

Y el hombre, que se conocía que estaba algo bebido, procuraba desasirse de la férrea mano de su adversario.

—He dicho á usted que se aleje y que deje á esta mujer que siga tranquilamente su camino.

—¡Qué gracia, hombre! ¡qué gracia! *Miste* que dejarla

yo. Eso sí que sería un pueblo. Que no me marcho, hombre; si me las tiene que pagar esa mujer. Usted es quien va á tomar soleta deseguida. *Miste* que yo soy más bueno que el pan, pero en cuanto á mí me falta cualquiera, pues soy una fiera, hombre.

—Pues á estas fieras son á las que yo acostumbro á domesticar.

Felizmente en aquel momento llegaba una pareja de agentes de orden público; y la mujer que no soltaba el otro brazo del duque, le dijo en voz baja:

—Ahí tiene usted la pareja.

El duque comprendió la indicación, llamó á los agentes de la autoridad, les dijo lo que había pasado, les dió su nombre, y el borracho jurando y perjurando que haría y acontecería, fué conducido á empujones por los agentes, hasta la prevención.

Libre de aquel importuno, se dirigió entonces el duque á su compañera y la dijo:

—Vamos, tranquilícese usted y dígame dónde quiere que la conduzca.

—¡Jesús, caballero!—contestó la desconocida,—estoy que apenas puedo dar un paso. No puede usted imaginarse lo infame que es ese hombre. Siempre está persiguiéndome y ya se ve, como una es sola en el mundo y tiene que trabajar para comer...

—¿Quiere usted que entremos en un café y podrá usted serenarse?

—¡Mil gracias, caballero! pero si alguien me viera... Ya se ve, una mujer sola tiene que guardar tanto miramiento...

—Pero á estas horas ya no es fácil que encontremos á nadie que pueda fijarse en nosotros. Si estoy viendo

que se sostiene usted con dificultad y... vamos, vamos que aquí hay un café inmediato.

Y el duque condujo á la mujer que, casi falta de fuerzas para resistirse, se dejó llevar.

Una vez en el café, el duque pudo ver á su satisfacción el rostro de la persona á quien acababa de favorecer.

Y la verdad fué que quedó deslumbrado ante la belleza de aquella criatura.

Carlota Linares, que así se llamaba la individua en cuestión, tenía diez y ocho años y era un modelo de perfección.

Y de modelo había servido á más de un pintor, y excusado es decir que la joven debía tener una virtud un tanto quebradiza.

Huérfana hacía dos años y un tanto pagada de su hermosura, había tenido ya más de un tropiezo y había recibido ya más de una caricia por el estilo de aquella á que debió su conocimiento con el duque, por parte del mismo individuo que la acompañaba.

—¿Conque es usted sola?—la decía el duque á la par que devoraba con sus ojos los encantos de Carlota.

—¡Ay! sí, señor; por mi desgracia perdí hace dos años á mi pobre madre, y nadie más que yo sabe todo lo que he sufrido desde entonces.

—¿De modo que no tiene usted pariente alguno?

—Nadie, señor, nadie que se tome interés por mí.

—Permítame usted que la haga observar que esa afirmación carece ya de exactitud, porque desde hace un momento ha conseguido usted interesarme.

—¡Ah! interés pasajero y nada más. Ha visto usted una pobre mujer víctima del brutal atropello de un mi-

serable, y ha acudido usted en su auxilio impulsado por lo generoso de sus sentimientos.

El duque no pudo menos de mirar lleno de interés á aquella hermosa mujer, cuyas palabras parecían formar un marcado contraste con el pobre traje que vestía.

—Aseguro á usted,—dijo,—que no será tan pasajero como usted supone ese interés.

—Ya estoy algo más tranquila,—repuso la joven desatendiéndose de las últimas palabras de su interlocutor, —y si le parece á usted podríamos salir de aquí.

—Como usted guste, por más que la aseguro que quisiera que esta noche fuese eterna.

—¿Por qué?

Y la mirada que Carlota fijó en el duque al pronunciar estas palabras, tuvo una expresión tal, que el noble caballero no pudo menos de decir:

—Suplico á usted que apague algún tanto el brillo de esas pupilas con sus sedosas pestañas, porque el fuego que brota de ellas está encendiendo algo, que yo creía extinguido en mi pecho.

—¡Por Dios, caballero, no diga usted eso!

Y después la joven prosiguió con un acento lleno de dolorosa amargura, que acabó de conmover á su interlocutor:

—Naturalmente, una joven sola á estas horas y brutalmente atropellada por un bribón, ¿qué respeto ni qué consideración puede esperar?

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó el duque.

—Nada, caballero, que le agradezco en el alma todo cuanto ha hecho por mí.

—¿Y si yo la dijera que no deseo gratitud?

—Le contestaría que no juzgaba ni digno de usted ni de mí otra clase de recompensa.

—Si es que no hice nada para obtener recompensa.

—Sí, señor.

—Mi servicio es el que se presta á una amiga.

—Yo no lo era de usted.

—Pero puede serlo desde ahora.

—Amistad entre una persona como yo y un caballero como usted, no puede existir.

—¿Por qué no?

—Porque el mundo no creería en ella.

—¿Y qué nos importa el mundo?

—A usted quizás nada le importe, pero á mí mucho.

—¿Pero qué tendría el mundo que censurar en nuestra amistad?

—Amistades entre un gran señor y una pobre trabajadora, desengáñese usted que son siempre muy sospechosas.

—Entonces, sea usted mi hermana.

—Menos todavía.

—Es decir que pretende usted romper el eslabón que ha empezado á unirnos desde esta noche.

—Ese eslabón es demasiado débil ahora y el romperle no cuesta esfuerzo alguno.

—A usted podrá ser.

—Y á usted lo mismo. Créame usted, caballero, olvide todo lo que ha pasado y nada más.

—Eso quiere decir que usted lo olvidará.

—Estamos en un caso muy distinto,—repuso Carlota volviendo á fijar en el duque una de aquellas miradas que le enloquecían.

—No comprendo esa diferencia.

—Pues es muy sencillo. En la oscuridad en que yo vivía, ha brotado de repente una luz y el recuerdo de

ella no puede extinguirse con facilidad, puesto que no existe otra que la eclipse.

El duque estaba encantado oyendo expresarse á Carlota.

Aquella última comparación acabó de fascinarle.

Estuvo contemplando un breve espacio á su interlocutora y dijo después:

—¿Cómo se llama usted?

—Carlota, para servirle.

—Pues bien, Carlota, puesta la mano en su pecho ¿quiere usted contestar á una pregunta que la voy á hacer?

—No he tenido necesidad jamás de ponerme la mano en el pecho para decir la verdad.

—Es que mi pregunta precisamente se refiere á su corazón.

—Mi corazón contesta siempre lo que siente.

—¿Siempre?

—Sí, señor.

—¿Y cree usted que contestará á mi pregunta?

—Si es de aquellas que pueden contestarse, esté usted seguro que contestará.

—Pues bien, ¿ama usted á algún hombre?

La joven fijó sus ojos en el duque.

—No, señor,—contestó después con voz firme.

—¡Oh, gracias!

—Pero no amo porque comprendo que el amor mío no podría ser correspondido del modo que yo apetezco.

—No comprendo...

—Pues yo creo que la explicación es muy natural. ¿En qué condiciones me encuentro yo para inspirar un amor desinteresado que apetezco y que debe apetecer

cualquier persona digna? Dicen que soy bella, y esa belleza precisamente es la que apetecen los hombres; ¿y en qué sentido y bajo qué forma la apetecen? Los unos, tal vez por sus mismas condiciones sociales, no pueden responder á las aspiraciones de mi alma, y los otros, que tal vez podrían responder á ella, no pueden quererme más que como un objeto de lujo, ó para satisfacer un placer momentáneo, ó para mostrarme como el mueble que pregona su riqueza ó su desprendimiento. Aquí tiene usted explicado el por qué yo no puedo amar.

El duque cuanto más oía á la joven más se iba prendando de su conversación y más extraño le parecía aquel lenguaje tratándose de persona de posición tan humilde.

Así fué, que no pudo menos decirle:

—La estoy escuchando y, francamente, encuentro algo que me sorprende y que, con la lealtad que me es propia, se lo voy á manifestar.

—¿Qué es?

—Que encuentro una falta de armonía extraordinaria entre su lenguaje y su posición.

—Pues lo comprenderá usted perfectamente sabiendo que yo no había nacido para la situación en que me encuentro. Mi padre era un empleado con un buen sueldo y que me dió una educación bastante esmerada. Pero tuvo la desgracia, que desgracia y muy grande es en este país el ser honrado, y como natural consecuencia el día en que quedó cesante faltaron los recursos en mi casa. Esta falta engendró un disgusto, el disgusto originó una enfermedad, tras ella se fueron los pocos recursos que había, y en un mismo día precisamente murió mi padre y fuimos despedidos de la casa que ha-

bitábamos mi madre y yo. La historia desde esa fecha, ya puede usted comprenderla. Dos mujeres solas y pobres tienen que luchar rudamente con la vida, y en esa lucha tuvo que sucumbir mi madre, que era precisamente la más débil. Me quedé sola por fin y no he tenido más remedio que rozarme más de una vez con la canalla, porque esa canalla solía darme de comer. Aquí tiene usted explicado eso que para usted parecía tan inarmónico.

CAPITULO LX

Cómo terminó la aventura

TRAS las últimas palabras pronunciadas por la joven, se siguieron algunos momentos de silencio.

El duque quedóse pensativo, y viendo Carlota que nada decía, esperó algunos segundos y dijo después:

—Si le parece á usted, como que la hora es ya bastante avanzada, podríamos salir de aquí.

El duque nada contestó.

Llamó al mozo, pagó el pequeño gasto que habían hecho y salieron del café.

—¿Dónde vive usted?—preguntó á la joven.

—¿Pero es que va usted á molestarse acompañándome?

—¿Tiene usted algún inconveniente en ello?

—El de evitarle una molestia.

—¿Y quién le ha dicho á usted que lo sea?

—Lo supongo.

—Pues ha estado usted desgraciada en semejante suposición. Hágame el obsequio de guiarme.

—Mire usted que está muy lejos.

—No importa.

—Vivo en la calle de la Comadre.

—Aunque viviera usted en el puente de Toledo.

—¡Pero por Dios, caballero! Es ya demasiado lo que hace usted por mí.

—Apóyese usted en mi brazo y no se preocupe por si hago ó dejo de hacer.

—¿Y si le ve á usted alguno de sus amigos?

—Pensará lo que quiera y yo haré lo que me convenga. Ninguno de ellos ha de darme nada; por lo tanto tengo el derecho de obrar como mejor me plazca.

Carlota se apoyó suavemente en el brazo del duque.

Al contacto de la joven, no pudo menos de estremecerse su acompañante.

Aquella humilde trabajadora con su vestido de percal y su pañuelo á la cabeza, hacía sentir al apuesto y noble caballero emociones más violentas que las que hubiera podido hacerle sentir cualquiera otra dama de su misma posición.

Cuando llegaron á la casa de Carlota, el duque la había dicho ya que la amaba.

Y cuando se separaron á la puerta, había ya obtenido una cita para el siguiente día.

Y llegó éste; y el bribón que había querido pegar y que efectivamente lo había conseguido motivando con su agresión la intrusión del caballero, pasada la borrachera y libre ya de la prevención donde pasó la noche, regresó á la vivienda de Carlota.

Porque la que al duque le había parecido un ángel lleno de perfecciones, no era más ni menos que un pedazo de cieno encerrado en un cuerpo bellísimo.

Efectivamente era hija de un antiguo empleado como había dicho.

Verdad era también, que había quedado huérfana y que se había visto obligada á trabajar para sostener á su pobre madre; pero precisamente por esta misma razón el contacto con aquella canalla que, como había dicho muy bien, le diera de comer algunas veces, fué viciándola desde su niñez y cuando más tarde, por la muerte de su madre, se vió completamente sola en el mundo, cayó en el lodazal sin remordimiento, sin lucha y sin vergüenza.

Aceptó el vilipendio como una cosa natural, como el verdadero estado en que debía vivir, esperando, sin embargo, una ocasión oportuna en que poder cambiar el vestido de percal por la falda de seda y el abrigo de terciopelo.

Nada de corazón, nada de sentimientos; barro grosero en todo y por todo, si de su primitiva educación había conservado las buenas formas y la cultura propia de las buenas lecciones, era porque merced á ellas, esperaba algún día sobrenadar del cieno en que vivía.

Francisco Corrales, que así se llamaba el hombre que con ella vivía, era un pintor de muestras, borrachín, pendenciero y holgazán.

Pero era guapo; y Carlota se había prendado de él á la manera que ella únicamente podía enamorarse de un hombre.

Por más que parezca una aberración, hay mujeres

que aman á los hombres que las maltratan, y precisamente Carlota era una de estas mujeres.

Paco le gastaba los cuartos que ganaba y la zurraba encima, y sin embargo ella se encontraba muy á gusto al lado de aquel hombre.

Cuando entró en su casa después de haber pasado la noche en la prevención, Paco, á quien se le había pasado la borrachera, dijo:

—Lo que es como yo encuentre á aquel silbante que anoche me hizo llevar á la prevención, lo que es yo le santiguo, como me llamo Paco. Y á tí también, ¿lo oyes? porque ya estoy harto de tí, porque eres una mala mujer y lo que es á mí, ni tú ni otras mejor que tú, me ponen el disparadero, ¿tú lo oyes?

—Ya lo oigo, que no soy sorda,—contestó Carlota,—y por mi parte, en cuanto tú quieras, la del humo, hijo, que si tú estás harto, yo lo estoy más que tú, ¿lo quieres más claro?

Paco quiso echárselas de valiente como acostumbraba, pero la joven que, como vulgarmente se dice, tenía también su alma en su armario, gritó más que él, terminando la cuestión como de costumbre; por pedirle Paco los cuartos que había cobrado el día anterior.

Pero Carlota que tenía sus razones para no acceder, negóse resueltamente; la negativa le exasperó, la exasperación produjo una cachetina y tras ella, que Carlota cogiera la mantilla y se largase de su casa.

Paco se quedó entonces como el gallo de Morón, según dice el refrán, cacareando y sin plumas ó sea con un chinchón que le hizo la joven al tirarle una bota á la cabeza y sin los cuartos que le había pedido para gastárselos en vino.

La situación era grave y Paco se puso á meditar sobre ella.

Y en fuerza de pensar mucho se puso á buscar en la cómoda y cogiendo algunos objetos pertenecientes á Carlota, formó con ellos un pequeño envoltorio que poco después quedaba depositado en una casa de empeños por unas cinco pesetas.

Con ellas en el bolsillo Paco se creyó más rico que Roschild y excusado es decir que de taberna en taberna pasó el día, que se insolentó con los del Orden público, que pasó con alguno á vías de hecho y que aquella noche fué á la cárcel y no á la prevención como le sucedió la anterior y que por desacato á la autoridad se le formó causa.

Entretanto Carlota, que se había refugiado en la casa de una vecina y que en cuanto vió salir á su hombre, volvió á entrar en la habitación donde se apercibió de la libertad que con los objetos de su pertenencia se había tomado Paco, murmuró con cierta satisfacción:

—Ha sucedido lo que yo esperaba. Ese *perdis* con los cuartos que le den en la casa de empeños va á tomar la gran *tajáa*, y como está de vena, no tendrá nada de extraño que haga algo para que le pongan el *capuchón*, y de este modo ya estaré libre para coger á ese mozo que sin duda se ha caído de algún nido.

Estas palabras hacen la verdadera apología de Carlota.

Conocedora como era de las buenas cualidades de su amante, había presumido perfectamente.

Tranquila ya respecto á este importante punto, comenzó á buscar en su reducido guardarropa el vestido que mejor le sentaba, se peinó con la gracia que siempre

desplegaba en esta operación y una vez que estuvo arreglada, exclamó mirándose al espejo:

—Si de esta no queda *chiflao* el señor duque, será preciso que sea muy descontentadizo el señor.

Pero el duque estaba ya en camino de llegar á la *guilladura* completa.

Durante aquella noche y la mañana del siguiente día, no cesó de pensar en aquella mujer.

Y esperó impaciente la hora de la cita.

Y antes de que fuera ésta, se encontraba en el sitio donde debía verificarse.

Y cuando vió á Carlota derramando sal, más encantadora todavía que la viera la noche anterior, no pudo menos de murmurar con tembloroso acento:

—¡Oh! Es necesario que esta mujer sea mía, cuésteme lo que quiera.

Y efectivamente; cara le costó al duque la posesión de aquella mujer.

Porque Carlota tan astuta como bella y tan habilidosa como astuta, comprendió todo el partido que podía sacar de la *guilladura*, como ella decía, del duque y como virtud formidable estuvo resistiéndose hasta que, finalmente como si estuviera vencida por su propia pasión, se dejó caer en sus brazos.

El duque la llevó á una lindísima casa recién construida en las afueras de Madrid, y cuanto ella deseaba, inmediatamente le era concedido.

Entretanto, Paco continuaba en la cárcel; y aun cuando había mandado multitud de recados á la joven, no había recibido contestación alguna por la sencillísima razón de que nadie sabía en la casa dónde había ido á parar.

Un día Carlota reveló al duque que se hallaba en cinta.

La alegría de éste, no conoció límites.

Porque estaba cada día más enamorado de aquella mujer.

Y cuando al cabo de siete meses dió á luz una niña, no se le ocurrió por ningún estilo si por acaso aquel embarazo podría haber existido ya, cuando aquella mujer fué suya.

¿Ni cómo se le había de ocurrir cuando creía que Carlota era la mujer más virtuosa del mundo?

Algunas veces llegó á cruzar por la imaginación del duque la idea de casarse con Carlota.

Pero ésta, precisamente en aquellos momentos, dió una prueba muy marcada de falta de tacto.

El duque impulsado por su pasión, la ofreció darle su nombre.

Pero ella creyendo que negándose aseguraba más el triunfo, bajo pretextos de delicadeza, iba resistiéndose.

Tal vez también sintiera remordimientos por el engaño de que estaba haciendo víctima á aquel cumplido caballero.

Y sucedió que sustanciada la causa que se le había formado á Paco, éste salió á la calle cumplida la condena que se le había impuesto consistente en algunos meses de cárcel, é inmediatamente se dirigió á la casa de su amada.

Iba deseando vengarse é *in mente* iba formando el proyecto de arrimarle una *tollina* como para ella sola, en cuanto pudiera echarla la vista encima.

Pero su asombro no conoció límites al saber su desaparición.

Paco se echó á buscar por Madrid á Carlota, murmurando más de una vez:

—¿Pero qué habrá sido de esa grandísima *arrastráa*? Ella según me había dicho estaba en estado interesante; por los meses que han transcurrido desde que á mí me llevaron al *Abanico*, ya debe haber salido del paso. ¡Demonio! ¿Si habrá echado la criatura á la inclusa y se habrá metido á ama de cría en la casa de algún señorón? Todo podría ser, porque ella tenía trastienda para eso y mucho más. ¡Pues anda Paco que ya te ha caído que hacer! Voy á pasar revista en el Prado y en la Castellana á todas esas nodrizas que van tan majas; y lo que es como la encuentre, digo yo, si nos vamos á divertir.

Y efectivamente; lo hizo como lo dijo.

Trabajaba por las mañanas; y por las tardes se marchaba por los paseos y no pasaba carruaje que no mirase ni círculo de amas de cría y de niñeras que no llamase su atención.

Y consiguió al fin lo que se había propuesto.

Encontró á Carlota, pero no convertida en nodriza como supuso, sino muy arrellanada en una carretela llevando frente á sí á una robusta montañesa que llevaba en brazos una niña de tres ó cuatro meses.

Varias veces tuvo que restregarse los ojos Paco, para convencerse de que era aquélla la Carlota á quien él había solfeado tan de lo lindo en el miserable cuartucho de la calle de la Comadre.

Y cuando se hubo convencido de que era ella, se restregó las manos lleno de satisfcación, murmurando:

—¡Pues digo si está bien esto! La moza ha hecho suerte. Mejor que mejor, con eso habrá algo *pá* los ami-

gos. ¡Anda, Paco, menuda *papalina* te vas á tomar á la salud de esa señora! ¿Pero á quién habrá engañado esa mujer?... ¡Bah, bah! ¿y eso qué me importa á mí? Yo sabré dónde vive.

Y en toda la tarde no perdió de vista el carruaje.

Y cuando á la caída de la tarde le vió que abandonaba el paseo, fué siguiéndole, no teniendo que ser muy larga su carrera por la circunstancia, como hemos dicho, de que la casa que habitaba la joven estaba en las afueras de Madrid.

Al día siguiente Paco se presentó en su casa.

Inútil es decir el recibimiento que le harían los criados.

Pero Paco insistió de tal manera diciendo que en cuanto la señora supiera su nombre al punto le haría pasar, que por fin se decidieron á avisarla.

Carlota se inmutó al escuchar el nombre de Paco.

Realmente era un peligro y muy grave para ella la presencia de aquel hombre en su casa.

Y deseando contrarrestarle, hizo que le condujeran á su gabinete.

La escena que entre ambos medió, quedó resuelta entregando Carlota algunos billetes de Banco á su antiguo amante y rogándole que no volviese á molestarla.

Paco tomó el dinero, salió de allí, reformó su guardarropa como él decía, y en vez de emborracharse aquel día con el sucio y asqueroso *peleón*, se permitió hacerlo con el *champagne* tras una comida en la casa de Lhardy.

Y en vez de ir á la prevención, como hubiese ido en otro caso, pasó la noche durmiendo en una butaca en el mismísimo salón de la fonda.

Al día siguiente volvió á presentarse en casa de Carlota.

Y estas visitas se repitieron con alguna frecuencia.

Y como la perversa naturaleza de aquella mujer soportaba con gran trabajo el cariño apasionado, respetuoso y lleno de delicadezas del duque, pensó, no sin cierta voluptuosidad, en las escenas de aquel amor brutal lleno de ardientes emociones que había conocido en otro tiempo. Y recordando el contraste entre la delicada caricia del duque y el soez bofetón de Paco, comenzó á hacer á éste buena cara, concluyendo finalmente por admitirle en su casa con más libertad de lo que debiera.

Aprovechando todas las ocasiones que el duque la dejaba libre, significando muchas veces que estaba indispuesta, se alejaba de su lado para recibir á Paco.

Y más ciega cada día, sin tener en cuenta que había criados que observaban y conveniencias que debía guardar, aumentaba sus extravíos hasta un extremo escandaloso.

CAPITULO LXI

El rompimiento

El duque no sospechaba absolutamente nada.

Como ya hemos dicho, su ceguedad por aquella mujer llegaba hasta el extremo de haberle ofrecido su nombre. Felizmente ella no quiso aceptarlo por el momento, y esto le salvó de una horrible desgracia.

A las imprudencias cometidas por Carlota, añadió otra más grande todavía.

La de no saber manejarse respecto á los criados que habían llegado á comprender el grado de relaciones que mediaban entre Paco y su señora.

Un día despidió por una cosa insignificante á una de sus doncellas.

Precisamente ésta tenía un carácter vengativo y juró á su ama que se las había de pagar.

Y no tardó mucho en realizar su amenaza.

Se dirigió á la casa del duque y solicitó verle.

Inútil es decir que desde el momento en que supo que la doncella de Carlota estaba allí, y temeroso de que esta visita no fuese porque aquélla estuviera indispuesta, se apresuró á recibirla.

—¿Qué hay, Jacinta?—la dijo apenas la vió.—¿Qué tiene la señorita?

—No se alarme usted, señor,—repuso la doncella.

—Pero bien, ¿es que hay alguna novedad?

—Ninguna.

—¡Entonces!

—La señorita me ha despedido,—repuso Jacinta.

—¡Ah! ¡ya!—exclamó el duque.—Vienes, sin duda, á que yo interponga mi influencia para que te admita.

—Si la señorita no me hubiera despedido, yo me habría salido también de la casa.

—¡Cómo!

Y el duque miró sorprendido á su interlocutora.

—Usted sabe, señor duque,—dijo la doncella,—que yo sé cumplir con mi deber y que mis antecedentes...

—Sí, los conozco, y me extraña lo que me dices, porque la señorita estaba muy contenta contigo.

—Yo siento mucho, señor, lo que voy á decirle, pero he sido siempre una mujer honrada y no puedo transigir con ciertas cosas que están pasando en aquella casa y que usted ignora.

—A ver, á ver; ¿qué quieres decir con eso?

Y el duque frunció el entrecejo, mirando severamente á Jacinta.

—Puede usted creer, señor,—dijo ésta,—que me ha costado mucho decidirme á dar semejante paso.

—¿Pero qué quiere decir esto?

—Que me duele mucho el disgusto que he de causarle; pero que mi conciencia y mi honradez no me permiten proceder de otra manera.

—Mira, Jacinta; á mí me importa muy poco las cuestiones que tú puedas tener ó que hayas tenido en la casa, porque supongo que todo al fin y al cabo no serán más que cuestiones de criados en las cuales se habrá mezclado tu ama; pero si tú quieres que yo hable...

—No, señor duque; mil gracias. Es que no se trata de mí.

—¿Qué no se trata de tí?

—No, señor.

—¿Pues de quién, entonces?

—De usted.

—¡De mí! ¿Y eres tú la qué vienes á decírmelo?

—Sí, señor.

—¿Y qué es lo que tienes qué decirme?

—Que me duele que esté usted siendo víctima de un engaño tan indigno como el que se le está haciendo.

—¡Basta, Jacinta! Te había creído hasta ahora una buena muchacha honrada y leal; pero lo que me estás diciendo, me demuestra que no eres ni lo uno ni lo otro.

—Suplico á usted, señor, que me escuche. Ya presumía que había usted de creerse que un móvil interesado era el que aquí me conducía; pero yo le juro por la memoria de mi madre que lo que vengo á decirle es la pura verdad.

El acento de Jacinta respiraba tanta sinceridad que el duque no pudo menos de mirarla sorprendido.

—¿Y lo qué tienes que decirme, se refiere á tu señora?

—Sí, señor.

—¿Y es algo que á mí me perjudica?

—Sí, señor.

—¿Y tú puedes demostrármelo?

—Sí, señor.

Y de tal manera fué acentuando Jacinta cada una de aquellas tres contestaciones, que el duque no pudo menos de sentirse profundamente impresionado.

—Pues bien,—dijo.—Habla y ten muy en cuenta lo que vas á decirme; porque empiezo á presentir no sé por qué, que tus acusaciones han de ser graves.

—Y tan graves, señor,—repuso Jacinta.

—Pues bien;—dijo el duque al cabo de algunos momentos,—sean las que quieran habla y terminemos de una vez.

Y Jacinta, entonces, refirió al duque todo lo que había tenido ocasión de observar como lo habían observado de igual manera todos los demás criados.

Pálido, contraído el semblante y dominando apenas la inmensa cólera que experimentaba, estuvo escuchando el duque aquel relato que destruía una ilusión que había estado acariciando durante tanto tiempo.

Cuando la joven hubo concluido, el duque tardó algún tiempo en contestar.

Necesitaba serenarse un poco, porque el golpe había sido sobradamente rudo.

Jacinta, dijo después:

—Puede creer el señor duque que cuanto acabo de revelarle es la verdad pura.

—Te creo, Jacinta, te creo,—repuso aquél con voz opaca.—Me has prestado un gran servicio y te lo agradezco. Eres digna de una recompensa y te la doy.

Y el duque al pronunciar estas palabras, cogió de

una papelera que tenía en su habitación un puñado de billetes de Banco y se los dió á la doncella.

—Pero señorito,—dijo ésta,—si yo no lo he dicho para que me dá usted nada.

—No importa; yo sé lo que debo hacer. ¡Toma y vete porque necesito estar solo!

Jacinta comprendió que lo mejor que podía hacer era aceptar, y recogiendo los billetes, salió de la estancia, diciendo:

—Ya sabe el señor duque que puede disponer de mi inutilidad como guste.

Una vez que estuvo solo el hombre que acababa de escuchar aquella terrible revelación, se cubrió el rostro con las manos, y así permaneció durante un largo espacio.

La agitación de su pecho y algunos roncos sonidos que brotaban de sus labios, demostraban que estaba llorando.

Efectivamente, el duque lloraba, no precisamente por la deslealtad de aquella mujer indigna, si no por la pérdida de la única ilusión que le quedaba.

Ya hemos dicho que su juventud había sido bastante borrascosa, y como consecuencia de ella sobrevino el hastío sucediéndose largos meses, durante los cuales el joven, viejo prematuramente, no encontraba goce en nada, ni creía en el amor de ninguna mujer.

Carlota le había hecho pensar de otro modo.

Y por ella volvió á encontrar en su corazón algo que le hacía ser dichoso.

Mas tarde, el nacimiento de aquella hija que creyó suya positivamente, acabó de colmar su felicidad.

Y ya hemos visto que no contento con haber propor-

cionado á Carlota cuanto pudiera desear, hasta la había ofrecido su nombre.

¿Qué de extraño tenía que el desengaño de que acababa de ser víctima arrancara lágrimas de sangre del fondo de su pecho?

Cuando hubo desahogado algún tanto su dolor, separó las manos de su rostro y murmuró:

—Basta ya de cobarde llanto. Equivoqué el cieno con el oro y estas son las consecuencias lógicas de mi engaño. Ahora lo que debo pensar es lo que haré.

Y se entregó á sus reflexiones.

Y cuando sin duda hubo ya formulado su plan, se levantó, llamó á su ayuda de cámara, se vistió, pidió el carruaje y se hizo conducir á casa de Carlota.

La joven le recibió como de costumbre.

Paco no estaba allí, ni de su presencia quedaba huella alguna.

El duque, viéndola cariñosa como de costumbre, tuvo momentos en que hasta dudó de lo que Jacinta le dijera.

No podía concebir que tanta doblez cupiera en un rostro tan hermoso.

Anunció á la joven que aquella tarde tenía que ausentarse de Madrid para asistir á una cacería con unos amigos y que su ausencia duraría siete ú ocho días.

Carlota le reprendió cariñosamente por aquel abandono en que la dejaba, y tan amante se mostró, que el duque estuvo á punto de revelarla lo que de ella había sido capaz de decir Jacinta.

Felizmente se pudo contener, y después de dos horas que permaneció en la casa, se despidió de la joven.

Al salir, dijo al criado que le abrió la verja de la casa:

—Domingo, sin que la señorita sepa nada, vete á casa esta tarde.

—Iré, señor duque,—repuso el criado.

Y efectivamente no faltó.

Largo rato estuvo en secreta conferencia con su señor, y después de ella salió un tanto preocupado.

Carlota se creyó completamente libre no solo aquella noche, sino durante algunos días.

Y cuando Paco fué á verla y supo por ella lo que había, exclamó alegremente:

—Menudas *juergas* que vamos á correr estos días, chiquilla. ¡Qué lástima que tu duque no vaya de caza dos veces cada mes!

—Esta noche voy á dar libertad á la mayor parte de los criados,—dijo Carlota.

—Eso, eso; cuantos menos bultos, más claridad.

—Que se vayan ellos también de *juerga*.

Y efectivamente, sólo se quedaron en la casa el ama de cría y Domingo, que era el criado que el duque había puesto de los suyos, en casa de la joven.

Ya de noche, el duque, perfectamente disfrazado, entró sin hacer ruido alguno, merced á que Domingo estaba ya prevenido, esperándole en la casa.

En el cuarto de Domingo permaneció escondido, y cuando Paco y Carlota se creían más seguros, el duque, convenientemente situado, pudo escuchar los vergonzosos diálogos de la grosera pareja y presenciar sus inmundas caricias.

Esfuerzos colosales hubo de hacer para no presentarse ante ellos y hacerles sufrir todo el peso de su justa indignación.

Felizmente por él, pudo dominarse.

Cuando abandonó la casa de Carlota, dijo á Domingo:

—Mañana á las once vete á casa, y recibirás mis instrucciones.

En virtud de ellas, Carlota recibió por mano de Domingo una carta, cuya letra conoció en seguida.

La dejó sobre una mesa murmurando:

—Vaya, será alguna colección de zalamerías de ese baboso, que ya me está fastidiando.

Y siguió arreglándose delante del espejo.

Cuando hubo concluido su tocado, entonces cogió la carta y la abrió.

Pero desde las primeras líneas, mudó de color y exclamó con voz alterada:

—¿Qué quiere decir esto?

La carta decía así:

»Carlota: cuando hablé con usted y la dije que la amaba, la juzgué una mujer pobre, pero digna.

»Cuando más tarde me dijo usted que era madre, acepté placentero aquella paternidad y no dudé un momento en que llevara mi nombre el sér que iba á venir al mundo.

»Más tarde, creyendo que algo debía hacer por la madre de la que juzgaba mi hija, ofrecí á usted mi mano y mi nombre.

»Usted no tuvo el talento de aceptarlo entonces, suponiendo, como he tenido ocasión de oir que se lo decía al bribón con quien ha pasado usted la noche última, que negándose usted yo insistiría con mayor vehemencia.

»Agradezco á usted, sin embargo, que así lo haya hecho, porque si hoy fuera usted mi mujer, me vería obli-

gado á darle muerte para enterrar en la tumba mi deshonra.

»La saqué del fango y comprendo que hice mal en sacarla de su verdadero terreno.

»Esta noche lo he presenciado todo, lo he oído todo, y desde este momento quedan rotas nuestras relaciones.

»No entra en mi ánimo hacer á usted cargo de ningún género. Ha podido usted elegir entre el bien y el mal, y ha tenido la suerte de elegir lo peor.

»Como no quiero que la mujer que, aun cuando indigna de ello, me ha pertenecido, pueda decir que me he portado mal con ella, todo lo que hay en la casa que usted habita, es suyo y todavía le envío cinco mil pesetas más.

»Pero después de esto no espere usted nada de mí.

»Haga V. que su verdadero padre reconozca á esa hija cuya paternidad pretendía usted adjudicarme y vea usted si con lo que posee puede asegurar su subsistencia, si no honrada, al menos al abrigo de la miseria.

»No intente usted verme, porque sería inútil.

»No trate usted tampoco de recurrir al escándalo, porque entonces conocería usted de lo qué es capaz el hombre á quien tan villanamente ha ultrajado.

»Vuelvo á repetirle, y le ruego que no lo olvide, que cuanto han hablado ustedes la pasada noche lo han escuchado otras personas que podrán testificarlo en su día, por lo cual la farsa miserable de esa hija que quería usted que pasara por mía, ha ido por tierra.

»Desearé que no vuelva á acordarse más de

El duque del Solar.»

CAPITULO LXII

Cómo tomó Carlota la carta del duque

DURANTE un buen espacio permaneció Carlota con la carta en la mano, profundamente pensativa.

Pero después hizo un movimiento sobradamente truhanesco, alzó la cabeza y dijo:

—¡Bah! del mal, el menos. Me deja la casa con todo lo que hay en ella, tengo buenas alhajas y no se ha perdido todo. ¿Qué se había creído ese tío, que yo iba á ser una esclava suya? No ha nacido la hija de mi madre para serlo de él ni de nadie. Si no le gusta que lo deje, que lo que es por mi parte, seguro puede estar que no le buscaré.

Y efectivamente, no le buscó.

Y cuando Paco fué á verla aquel día, le dijo, mostrándole la carta.

—Mira, gran indino, mira tú lo que me ha pasado por tí.

Paco leyó la carta, contestando después:

—Está bien. ¡Pues apenas si se ha *atufao* poco pronto el señor ese! ¿Y á mí, qué? Mientras yo tenga cinco *deos* en cada mano para ganarme la vida y daros de comer á tú y á esa mamona, pues no *nesecito* á ese señor duque. Quédese con su ducado, y si le hace falta un perro grande *pa* un panecillo, *entoavía* le tengo yo para él.

—¡Qué te calles, Paco! que siempre has de ser un boquera de primer orden. ¡Qué has de dar tú á nadie si no tienes ni aun lo que se dice para hacer cantar á un ciego!

—¿Qué no tengo yo? ¿qué no tengo? Vaya mujer, no me vengas con *soflamas* porque á *patáas* tendría yo los pesos duros si quisiera.

—Vamos, hijo; ya estás *alumbrao* y á tí hay que dejarte como cosa perdida.

Carlota se apresuró á reducir á metálico el mobiliario y gran parte de las alhajas que tenía, con lo cual reunió una buena cantidad. Hizo de ella dos partes de las cuales la mayor la puso en la caja de ahorros y se reservó la más pequeña. Tomó una casa sumamente modesta y pasó sin transición alguna y sin que en ella hiciera efecto de ningún género, desde la carretela en que tantas veces había paseado por la Castellana, á ribetear sombreros como antes de que el duque la conociera había estado haciendo.

—Vaya,—decía algunas veces,—he estado haciendo la señora un poco de tiempo y ya sé lo que es; por saber nada se pierde en este mundo, conque así ya puedo yo dar razón de eso también.

El duque en cambio había quedado profundamente quebrantado con aquella decepción que sufriera, en términos que á los pocos días abandonó Madrid en compañía de uno de sus criados y se marchó á viajar por el extranjero.

Cinco ó seis años permaneció ausente de España, y cuando regresó fué para sepultarse en la hermosa posesión del Solar donde vivía si no feliz, tranquilo.

Hemos de decir en su obsequio que una vez pasada la terrible crisis producida por el desengaño sufrido, no volvió á acordarse más de aquella mujer que tan indignamente burló su confianza.

Por supuesto que en ésto no hizo más ni menos que imitar á Carlota.

Esta fué poco á poco entrando en su misma vida anterior.

Es decir; sufriendo las palizas que Paco la propinaba cuando estaba borracho, que era de los siete días de la semana cinco cuando menos, trabajando como podía y sosteniendo á su hija como Dios la daba á entender.

Felizmente había podido sustraer á la voracidad de Paco la libreta de la caja de ahorros; y la cantidad que allí había depositado, permanecía intacta con más los intereses que cada año se iban acumulando.

La mayor parte de sus alhajas, habían desaparecido.

De los ricos trajes que tenía, á duras penas pudo conservar dos ó tres que decía que los guardaba para su hija; mas á pesar de la azarosa vida que llevaba, no se la ocurrió jamás deplorar el cambio de suerte que ella misma se había buscado.

—Ha sido mi gusto,—decía algunas veces,—y no

tengo que echarle la culpa á nadie; por lo tanto, satisfecha yo, satisfecho todo el mundo.

Así fueron pasando los años.

La hija de Carlota que llevaba el mismo nombre de su madre, fué creciendo y fácil es de comprender dada la educación que recibía, lo que para más adelante prometía.

Las reyertas entre Paco y Carlota, menudeaban, los escándalos se sucedían sin interrupción, las reconvenciones, los denuestos y las palabras soeces resonaban sin cesar en los oídos de la joven, y supo, merced á todo ésto, la vida que había llevado su madre, la superchería que pretendieron hacerle creer al duque y todo lo que precisamente debía haber ignorado para haber tenido algún respeto á los que le dieron el sér.

Felizmente para ella;—y decimos felizmente porque había llegado á la edad viril en que con mucha facilidad podía haber tropezado,—felizmente para ella, repetimos, su padre á consecuencia de una borrachera tuvo una pelea, le hirieron gravemente y murió en el hospital al cabo de cinco ó seis días.

La madre y la hija respiraron desde aquel momento.

Carlotita tenía ya diez y siete años, sabía leer y escribir un poco, coser y bordar lo que le habían enseñado en la escuela municipal y otras muchísimas cosas que no se enseñan en las escuelas y que ella había aprendido forzosamente en aquel medio ambiente *sui generis*, en que había tenido necesidad de vivir.

Su madre comenzó á echar cuentas una vez que se quedó libre de *aquel mal hombre*, según decía, que la había hecho perder su bienestar, y como vió á su hija, bonita como ella había sido, con una educación media-

na, quiso ver si encontraba un medio distinto de vivir, merced al cual, tal vez su hija pudiera encontrar una proporción.

Entonces, sacó la libreta de la caja de ahorros, y como la suma que á la sazón representaba era ya de alguna consideración, se mudó al otro extremo de Madrid, alquiló una casa más decente, la amuebló y puso casa de huéspedes.

Y sucedió lo que lógicamente había de suceder.

Que entre los huéspedes que tenía hubo uno á quien, como vulgarmente se dice, no le pareció saco de paja la muchacha y empezó á hacerle carantoñas.

El huésped, que era joven y estaba empleado con un corto sueldo en el Ministerio de la Gobernación, consiguió hacerse amar de la chica y tan violento fué el amor y tales consecuencias tuvo, que quieras que no quieras, no tuvo otro remedio la madre que apresurar el casamiento.

Durante los primeros meses, todo fueron dulzuras, pero como no hay medalla que no tenga reverso, el matrimonio de Carlotita, le tuvo también un año más tarde.

El marido de Carlota se había casado realmente queriendo á la chica; pero también porque había olido que en la caja de ahorros la tenía consignada su madre, dos mil quinientas pesetas.

Con esto y con su sueldo, presumía que lo podían pasar regularmente, máxime, dándoles la casa de huéspedes, lo bastante para comer.

Pero primero llegó la cuestión del alumbramiento que se presentó, desde los primeros momentos, muy mal, en términos, que hasta llegó á desconfiarse de po-

der salvar á la madre, y finalmente quedó tan delicada, que los médicos no dieron esperanza alguna.

Después dejaron cesante al marido de Carlota y con una mujer enferma y la lactancia del niño, los recursos fueron escaseando.

El refrán vulgarísimo de que «donde no hay harina todo es mohina,» tuvo una exacta aplicación en aquel caso.

La madre de Carlota soportó durante algunos meses aquellos gastos que no había previsto, pero las utilidades que dejaba la casa de huéspedes iban desapareciendo y no tuvo otro remedio la suegra que hablar con el yerno, y aquí, como es consiguiente, dieron comienzo las hostilidades.

El marido de Carlota buscaba efectivamente, pero sabido es que no todo el que busca, encuentra; y á él le sucedía lo que á tantos otros que se encuentran en su mismo caso.

A su vez la suegra achacaba á abandono suyo, á descuido ó negligencia el que nada encontrase, presentándole siempre como ejemplo, que fulano ó perengano habían encontrado colocación mientras que para él no había nada.

Y sucedió lo que sucede en estos casos. Que las cuestiones entre yerno y suegra menudeaban, que la hija tenía que enterarse y, como es consiguiente, las recriminaciones de la madre, eran más violentas.

El yerno, para evitarse escuchar reproches é inconveniencias estaba fuera de su casa, todo el tiempo que podía.

Y comenzó á frecuentar malas compañías y finalmente concluyó por ser jugador, pero de mala ley, más

de una vez fué á su casa borracho y la madre se vió obligada á presenciar escenas entre su hija y su yerno, como las de que había formado parte en vida de Francisco.

Semejante situación no era fácil que se pudiera prolongar.

Las reyertas menudeaban.

El marido de Carlota pasaba noches y días sin parecer por su casa; y si lo hacía y traía algún dinero, era para producir escándalos con su intemperancia y sus humos.

Así se pasaron tres ó cuatro años.

En este tiempo el niño de Carlota que era el Carlos á quien hemos visto presentarse al duque del Solar, había salido de casa de la nodriza para ir á la de sus padres y presenciaba aquellas escenas que nada tenían de edificantes y crecía falto de respeto así para sus padres como para todo el mundo.

Pero á la abuela le hacía gracia todo lo del chiquillo y ella misma contribuyó á mal criarle.

Seis años contaba Carlos cuando una noche, en una casa de juego, hirieron á su padre de tal modo, que cuatro días más tarde fallecía en medio de los más horribles sufrimientos.

Semejante suceso abrevió en gran manera la ya gastada existencia de la madre de Carlos.

Un año más tarde y tras de un largo padecimiento, falleció, quedándose el chico á merced de su abuela, que desde el momento en que le vió solo en el mundo, depositó en él todo su cariño.

Inútil es decir cómo fué creciendo el muchacho.

Soberbio, voluntarioso, holgazán, placíale más que

emprender una carrera ó tomar un oficio, irse á jugar con otros mozuelos de su edad.

Su pobre abuela seguía sosteniendo la casa de huéspedes á fuerza de trabajo, pero su nieto, si algún ahorro hacía, se lo gastaba y todavía le daba malas contestaciones y la maltrataba.

Y el chico había salido despierto y apto para emprender cualquier carrera y llevarla á feliz término.

Tal vez con otros padres, hubiese llegado á ser un hombre de provecho en la sociedad, porque á pesar de sus defectos y á pesar de su holgazanería, había terminado el bachillerato y hablaba el francés bastante regular.

Pero aquí terminó todo.

Cumplió los diez y ocho años, y su única ocupación era pasarse las horas muertas en el café jugando al billar, en el que llegó á ser un jugador de primera fuerza ó al monte, en el cual perdía todo lo que ganaba en el billar.

Con más propensión para el mal que para el bien, sólo le faltaba algún acontecimiento importante en su existencia de esos que determinan cuál de aquellos dos caminos era el que había de seguir.

CAPITULO LXIII

El ángel malo

Carlos era, como hemos dicho, soberbio, arrebatado, díscolo, valiente hasta la temeridad, y conocía de Madrid desde lo más alto hasta lo más bajo.

Tenía nociones del mal y solamente algunas escasas ideas del bien.

Estaba más viciado en la forma que en el fondo y fácil hubiese sido, si en aquellos momentos hubiera tenido una inteligencia sana y vigorosa que le hubiese enfrenado, haberle lanzado por los derroteros del bien, llegando finalmente al puerto del trabajo, del bienestar y de la honradez.

Pero desgraciadamente, no sucedió así.

Entre los huéspedes que había en su casa había un joven de Avila, llamado Federico Montesinos, al cual su padre le tenía en Madrid para estudiar, y él prefería á las aulas de la Universidad el tapete verde de la mesa de

juego, y á los libros de Derecho el libro de las cuarenta hojas.

Decía que era muy rico, y efectivamente gastaba en grande.

Entre chulas y rufianes, de juergas y de jaleos, pasaba la vida en Madrid, y fácilmente se comprende que Carlos y él habían de simpatizar grandemente.

Pero Federico era mucho peor que el nieto de la patrona de huéspedes.

Federico era la corrupción personificada.

Pero la corrupción verdaderamente amenazadora y perjudicial, porque estaba oculta bajo un manto de hipócritas virtudes.

Su padre era un rico propietario de la provincia de Avila, cuya esposa había muerto al dar á luz á su hijo.

Honrado á carta cabal, pero no más que honrado, el exceso del cariño que á su hijo profesaba le fué á éste tan perjudicial como si realmente hubiese sido un padre lleno de vicios.

No quiso darle madrastra á su hijo, y tal vez si así lo hubiese hecho, es fácil que otro hubiese sido el resultado.

Porque él con sus negocios, con visitar las grandes propiedades que tenía, con los frecuentes viajes que tenía necesidad de emprender, dejaba el cuidado de su hijo á manos mercenarias, y fácilmente se comprende que la educación que éste iría recibiendo, si bien no era mala, como los criados le dejaban hacer en todo y por todo su santísima voluntad, iban ellos mismos sembrando la semilla que más tarde había de fructificar.

De este modo fué creciendo Federico.

Disimulando cuando estaba delante de su padre, no daba rienda suelta á sus defectos, sino cuando se encontraba solo.

De esta manera fué adquiriendo la costumbre de disimular.

Y como que su padre creyéndole un santo le concedía cuanto deseaba, comprendió que el ser hipócrita, era una gran ventaja, é hizo tan rápidos progresos en esta ciencia, que cuando ya mozo, se entregó á ciertos excesos y á su padre hubieron de darle alguna queja, el chico se las compuso de tal manera, que á nadie más que á él creía.

Quejas también recibía después cuando se marchó á Madrid, pero Federico, siguiendo el mismo sistema, consiguió idénticos resultados.

Excusado es decir si con semejantes elementos irían aumentando los vicios del niño.

Y como hemos dicho revestían un carácter de gravedad extraordinaria.

Porque no se trataba de las locuras ó calaveradas propias de un joven que disfruta de una posición holgada, sino de verdaderas perversidades.

Porque todo aquello con que se frecuentaba Federico, era lo peor de Madrid.

Jugadores tahures, ladrones, falsificadores, mujeres perdidas, tal era la sociedad cuyo trato le placía, é inútil es decir lo que en ella podría aprender.

Tal era el individuo llamado á ejercer decisiva influencia en la vida de Carlos.

Al momento comprendió las felices disposiciones que tenía el nieto de su patrona.

Y Federico que necesitaba un compañero decidido y

un verdadero cómplice para todas sus bribonadas, comenzó á conquistarle, y la verdad fué que no tuvo necesidad de grandes esfuerzos para conseguirlo.

A los pocos meses, eran ya compañeros inseparables.

La abuela de Carlos no sospechaba por ningún estilo la perversidad de Federico y no dejaba de halagarle que un joven tan distinguido alternara del modo que lo hacía con su nieto.

Un día estaban hablando de sobremesa respecto á las posesiones que su padre tenía en Avila.

—No hay en toda la provincia,—decía Federico,—y no sólo en aquella provincia, sino en ninguna de las inmediatas, más que una sola posesión que supere á la que tiene mi padre.

—¡Hombre! pues siendo tan rico ¿cómo no ha hecho por comprarla?

—¡Oh! Es que el duque del Solar, que es el dueño de ella, no quiere venderla.

Al escuchar el nombre del duque del Solar, Carlota, que no había vuelto á oir hablar de su amante hacía tantos años, no pudo reprimir un movimiento de sorpresa que obligó á Federico á decir:

—¿Qué tiene usted?

—¿Ese duque del Solar,—preguntó la abuela de Carlos,—se llama Felipe?

—Sí, señora.

—¿Le conoce usted?

—Ya lo creo; y á su hijo también.

—¡A su hijo! ¿Es decir que está casado?

—¡Toma, toma! pues no hace pocos años. ¿Pero usted ha conocido al duque?

—Sí; me parece que sí, al menos si es ese caballero que se llama Felipe.

—El mismo.

—¿Y con quién está casado?

—Con una viuda también de allá de nuestro país, muy rica, pero ahora hace poco que ha muerto.

—¿Y su hijo no ha venido á Madrid?

—Está en París casi siempre, ha solido venir alguna corta temporada. El año que viene voy á ver si me lo traigo por acá.

—¿Y el duque es muy rico?

—Vaya; como que es el primer contribuyente en las dos provincias, en la de Avila y en la de Segovia. Es muy poco gastador y ha ido acumulando rentas sobre rentas de manera que su hijo puede gastar cuanto quiera, sin temer que se le menoscabe el patrimonio.

—Vaya,—dijo Carlos.—Unos tanto y otros tan poco.

La abuela fijó en su nieto una mirada de una expresión tal, que Federico que pudo sorprenderla, pensó:

—¿Qué demonios tiene esta mujer con el duque?

Y trató de sonsacar alguna cosa, pero la vieja se tornó completamente reservada.

Quedóse pensativa y poco después se levantó de la mesa y ya no se la volvió á ver por allí.

Cuando Federico sé quedó solo con Carlos, le dijo:

—Oye, chico. ¿De dónde conoce tu abuela al duque del Solar?

—No lo sé.

—¿Pero positivamente le conoce?

—Me parece que sí; yo creo que en vida de mi madre les había oído hablar algunas veces de ese duque del Solar.

—Si que es raro.

Cinco ó seis días después, iba á salir Federico de su casa, cuando vió á la criada que salía también llevando una carta en la mano.

—¿Dónde vas?—la dijo.

—Voy al estanco á echar esta carta de la señora.

—Vaya; pues trae mujer, la echaré yo y con eso te ahorro el viaje. Precisamente tengo que pasar por allí.

La criada le entrego la carta diciéndole:

—Tantas gracias, señorito.

Federico bajó la escalera y en el portal, se le ocurrió mirar el sobre.

Aquella carta iba dirigida al duque del Solar.

—¡Demonio!—exclamó el joven,—aquí está la clave sin duda de la sorpresa del otro día.

Y se guardó la carta en el bolsillo; y aun cuando entró en el estanco, no fué para echarla en el buzón.

Lo que hizo fué dirigirse á un café y allí sin escrúpulo alguno rompió el sobre y leyó lo siguiente:

«Señor duque del Solar.

»Muy señor mío: Muchos años han transcurrido desde la noche en que por librar á una pobre mujer del atropello de que era víctima, hizo usted conocimiento con ella, y finalmente fué usted su amante.

»Aquella mujer, más que perversa era ligera, y sus ligerezas fueron causa de que á ella y á su hija, á quien por algunos días había usted creído suya también, las abandonó, aun cuando dejándole un espléndido recuerdo como convenía á persona de su nobleza y de sus bienes.

»Han pasado muchos años de eso y creo que ya habrá usted perdonado á aquella pobre mujer.

»Hoy se ve vieja, indigente y con un nieto; porque su hija y su esposo fallecieron hace algunos años.

»Espero y presumo que no ha de ser en vano que tienda su mano bienhechora á la que en algún tiempo llamó usted hermosa y á la cual decía que amaba.

»Usted que tiene un hijo puede comprender el dolor que ha de ser para mí tener que ser el único apoyo de mi nieto y carecer de recursos para darle una carrera ni aun sostenerle á mi lado.

»En su consecuencia, si algo quiere usted hacer, le ruego que no lo demore porque es aflictiva la situación en que me encuentro.

»Es verdad también que á no serlo tanto, no me hubiese atrevido á molestar su atención.

»Señor duque, todos cometemos faltas en esta vida y yo soy la primera en deplorar las mías.

»Usted que tan generoso ha sido siempre, no me abandone en estos momentos; pudiendo tener la seguridad de que el poco tiempo que me queda de vida, le consagrará á bendecir su nombre

»*Carlota.*»

«La última carta que usted me escribió con algunas otras recibidas en tiempos más felices, las he conservado siempre y las conservaré mientras viva.»

Federico leyó atentamente esta carta, diciendo después:

—¡Hola, hola! ¿Conque también el señor duque se permitió tener trapicheos de cierto género? ¿Y qué hago yo ahora con esta carta? Al fin y al cabo, aquí no veo otra cosa que una aventura vulgar de la cual no puedo sacar partido ninguno.

Y Federico estuvo pensativo durante un buen espacio, añadiendo después:

—¡Bah, bah! no sé por qué me estoy calentando los cascos buscándole una solución á este asunto. Una carta se extravía con mucha facilidad, y precisamente todos los días están hablando los periódicos de eso. Hagamos pedazos este papel.

Y dobló la carta para romperla, cuando de pronto se detuvo, diciendo:

—¿Y por qué romperla? ¡Quién sabe si puede ser útil algún día!

Y la guardó en su cartera. Y cuando estuvo en su casa se apresuró á esconderla entre otros papeles que guardaba en su baul.

CAPITULO LXIV

El momento de utilizar la carta

La abuela estuvo esperando en vano la contestación á la carta que había escrito al duque.

Se comprende perfectamente que ésta no pudiera llegar, toda vez que el duque no la había recibido.

Pero como que esto no lo sabía ella y no veía más que el resultado, hubo de murmurar más de una vez:

—Nada, no tiene remedio; ese hombre no olvida ni perdona y es inútil por lo tanto esperar nada de él.

Un día esperó en vano á Carlos y á Federico.

Pasó la noche, llegó el siguiente día y nada supo la pobre mujer.

Inquieta ya, no tuvo más remedio que comenzar á hacer averiguaciones y de ellas resultó que los dos jóvenes estaban en la cárcel.

Habían tenido una cuestión en cierta casa, la cuestión se había traducido en hechos, y estos hechos consistían en algunos garrotazos que habían producido alguna herida y en un desacato formidable á los agentes de la autoridad.

Puede comprenderse todo el efecto que en la pobre vieja había de producir aquella noticia.

Hasta entonces había creído que Federico era algo calavera, pero nada más, que si su nieto iba con él podría acompañarle en sus calaveradas, pero no llegar nunca hasta el terreno del crimen.

Porque comprendía muy bien, que dadas las condiciones en que se les había cogido y mucho más con las noticias que adquirió, el camino que seguía Carlos lo mismo que el de Federico, no podían conducir más que al crimen.

Esto hizo un efecto extraordinario en la pobre mujer.

El desengaño que había sufrido no recibiendo carta del duque, los dolores de todo género que había pasado y aquel postrer golpe, la afectaron de tal manera, que comenzó á enfermar.

Sin embargo; enferma y todo, practicó cuantas diligencias pudo y puso en juego la influencia de todas las personas á quien conocía, y después de algunos meses, consiguió ver en libertad á los dos jóvenes.

Por supuesto, que el padre de Federico no se enteró de nada.

Las cartas seguían recibiéndose con la misma regularidad; la abuela de Carlos las llevaba á la cárcel y Federico contestaba á su padre como si estuviese en su casa.

Cuando Carlos estuvo en su casa, la anciana, como si hubiese esperado aquel momento, comenzó á empeorar y dos ó tres meses más tarde falleció, rogando á su nieto que no se dejase arrastrar por las malas compañías si quería evitar un desenlace funesto.

Federico se portó en aquellas circunstancias, no abandonando á su amigo y éste á su vez afectado en los primeros días, bien pronto se olvidó de todo y comenzó á gastar alegremente los cuartos que representaba la venta de los efectos que había en la casa, la cual deshizo, yéndose á vivir como Dios le dió á entender.

Por entonces llegó la época de vacaciones, Federico se marchó á Avila y Carlos se quedó solo en Madrid.

Por espacio de dos años no se vieron, acabando de encenagarse Carlos en toda clase de vicios.

En este intervalo murió el duque del Solar, su hijo intimó con Federico y éstos se fueron á Madrid.

El amigo del duque, no se tomó gran interés en averiguar el paradero de Carlos; y éste, que á la sazón se hallaba en la cárcel por reincidencias en los escándalos y desacato á las autoridades, tampoco pudo saber nada de aquel.

Así fué transcurriendo el tiempo, así se realizó el conocimiento del duque con Emilia, y Federico envidioso del buen nombre y de los sentimientos de su amigo, no procuró más que la manera de perjudicarle.

Un día revolviendo papeles, encontró aquella carta que la abuela de Carlos había dirigido al padre del duque.

—¡Demonio!—exclamó al verla,—veamos á ver que partido se puede sacar de esto. La verdad es que ese niño con sus ínfulas de severo y de honrado y sobre

todo ese Andrés que se las echa de Mentor y que siempre me mira de reojo, me tiene muy cargado ya, y tengo ganas de jugarles una mala pasada. Pero para esto necesitaría yo á Carlos. ¿Y dónde estará este perdis ahora?

Y desde aquel momento, Federico dedicóse á buscar á su antiguo amigo.

CAPITULO LXV

El encuentro de dos truhanes

CARLOS había sido condenado y estaba extinguiendo la condena en el Correccional de Alcalá.

Federico, que tenía un empeño decidido en encontrarlo, puesto que había formulado un plan, que según él, tenía que darle excelentes resultados, no omitió diligencia ni paso alguno hasta ponerse sobre la pista de su antiguo amigo.

Y cuando supo que estaba en presidio de Alcalá, exclamó:

—Lo que es éste sale de allí completamente educado ya. Yo le había enseñado algo, pero ahora de fijo que está en condiciones de enseñarme á mí. Vamos á ver lo que podemos hacer por él.

Y se enteró de la causa, se valió de las relaciones de su padre, y como que su conducta en el tiempo que había estado en presidio fué bastante ejemplar, no le fué

difícil obtener un indulto por el tiempo que le faltaba para extinguir la condena.

La suposición de Federico era exacta en todas sus partes.

Lo que ya sabía Carlos cuando entró en el presidio, era nada en comparación de lo que aprendió allí.

Entre los penados con quienes hizo estrecha amistad, había uno llamado Juan Muñoz, muy joven entonces y que había sido preso con algunos otros individuos que andaban merodeando por los montes de Toledo.

Juan apenas si tenía culpa alguna.

Obligado por la necesidad, hacía muy poco tiempo que se había unido á la partida y apenas si había tomado parte en algún robo.

Pero la partida fué copada por la Guardia Civil y aunque Juan se defendió como pudo, el caso fué que le condenaron á cuatro años de prision correccional.

Juan no estaba pervertido, pero el ejemplo es fatal y lo mismo que le sucedió á Carlos le pasó á él también.

En los momentos en que Federico estaba gestionando el indulto de Carlos, algunos de los presos de Alcalá estaban preparando un escalo.

Juan y Carlos eran de los que se debían escapar.

Dispuesto lo tenían ya todo para dentro de tres días cuando una mañana oyó Carlos al voceador que gritaba:

—Carlos Ortiz, con lo que tenga.

—Chavó,—le dijeron algunos de sus compañeros,—¿parece que te las *guillas?*

—No lo entiendo esto.

—Pues nada; que vas á cambiar de *nido y velay.*

—¿Pero por qué?

—Ya lo sabrás cuando vayas á la comandancia.

Juan que estaba en otro extremo de la cuadra y que se enteró de lo que ocurría, se acercó á Carlos y le dijo:

—¿Qué es eso?

—No lo sé,—contestó éste,—me llaman, con lo que tenga, y esto no tiene otro explicación sino que ó me sacan de aquí para llevarme á otro penal, ó van á ponerme en libertad.

—¡Y ahora que dentro de tres días nos íbamos á escapa!

—Ya lo ves. De todas maneras lo que te he dicho, lo cumpliré el día en que estemos libres en el Barranco de Embajadores, en la taberna del Manchao tendremos noticias uno de otro. No te olvides.

—Descuide usted.

Juan había conservado cierto respeto á Carlos porque éste le tenía prometida su protección para cuando de allí saliesen.

Carlos llegó á las oficinas y su sorpresa no conoció límites al encontrarse con Federico.

—¿Te habías creído que me olvidaba de tí?—le dijo éste.

—¡Pero demonio! ¿De dónde sales?

—Para tí, del cielo.

—¿Cómo?

—Ya lo creo; como que te traigo el indulto.

—¡Qué dices!

—Ahora lo verás. Yo soy así. Cuando mis amigos están en una desgracia, me tienen á su lado siempre. Lo único que siento, ha sido no saber antes como estabas.

—Lo que menos podía imaginarme era que estuvieses en Madrid.

—Pues ya ves cómo estaba. No puedes imaginarte los pasos que he tenido que dar para descubrir tu paradero.

—Ya me lo figuro.

En aquel momento y practicadas ya todas las diligencias para la excarcelación de Carlos, se le puso en libertad.

Una vez fuera del establecimiento, dieron comienzo las explicaciones.

—Pero ¿qué ha sido de tu vida?—preguntó Carlos.

—Lo de siempre.

—No; porque yo pregunté, es decir, procuré saber donde estabas, y nadie me dió razón de tí.

—He estado en París, y quizás cuando tú preguntaste, sería en la época que me hallaba por allá. En cambio, en cuanto he llegado, traté de saber qué era de tu vida, y una vez que lo supe, sin dejarlo de mano, me puse á trabajar hasta que conseguí este resultado.

—Que te agradezco mucho y que no sé cómo pagarte.

—¡Oh! pues aun has de sorprenderte más cuando te diga los proyectos que tengo.

—¡Cómo! ¿Proyectos?

—Sí; para tu bienestar.

—¿Para mi bienestar?

—Desde luego que no ha de ser para el mío, porque bien sabes que á Dios gracias, nada necesito.

—En fin; yo te agradezco mucho todo cuanto has hecho y cuanto puedas hacer.

—Dime. ¿Conservas algunos efectos de los que tenías en tu casa?—preguntó Federico al cabo de algunos momentos.

—¿Pues no sabes que los vendí todos cuando murió mi abuela?

—Sí; y que nos comimos su importe también. Pero no me refiero á esos objetos, sino á los que te reservaste.

—¡Oh! Eso sí; digo á no ser que en la casa á donde yo estaba de huéspede hayan dispuesto de ellos, suponiendo que no he de volver á pedirles cuentas. Yo les encargué mucho que lo guardaran todo.

—¿Recuerdas si tenías algunos papeles?...

—Me parece que sí. En la cómoda de la abuela me parece que había dos ó tres paquetes de cartas, y si te he de ser franco, no sé si las guardé siquiera.

—¡Demonio! pues ya sería un mal que las hubieses perdido.

—¿Por qué?

—Porque quizás entre esos papeles, se encuentre el origen de tu fortuna.

—¿Pero Federico, estás loco?

—No por cierto; ya sabes que cuando se trata de asuntos de este género, hablo siempre con mucha seriedad.

—Pues no lo comprendo, porque no sabía yo ni podía presumir que mi abuela tuviese papel alguno de importancia.

—Es que ni para tu abuela ni para tí, la tendría.

—¿Y para tí, la tienen?

—Por lo que á tí se refieren.

—¡Hombre! descíframe ese enigma.

—Es imposible por ahora.

—Pues ¿cuándo?

—En el momento que sepamos si conservas esos papeles.

Excusado es decir si con esto sentiría Carlos vivísimos deseos de llegar á Madrid.

Y llegó efectivamente y preguntó á su amigo:

—¿Dónde vamos á parar?

—Tú á la casa de huéspedes donde estabas.

—¿Es decir que no vamos á vivir juntos?

—Por ahora, no.

—¡Temes que te comprometa!

Y el acento de Carlos vibró con una expresión de reproche, que obligó á Federico á decir inmediatamente:

—¡Calla hombre! no seas tonto; ¿me juzgas á mí capaz de semejantes tonterías?

—Como decías que no hemos de vivir juntos...

—Porque no conviene para el proyecto que tengo entre manos. Lo que hago es por tu propio bien.

—Tú te entenderás.

—Toma, ahí tienes dinero; que es elemento indispensable para que te reciban bien en tu casa.

Y al decir estas palabras, Federico entregó á su compañero dos billetes de cien pesetas.

—Precisamente me viene muy bien este dinero. Ya te lo pagaré.

—Cuando puedas.

—Puesto que dices que voy á ser tan rico...

—Puedes serlo si hay medio de realizar el plan que me he propuesto.

—Pero ¿por qué no me dices?...

—¡Ya lo sabrás cuando llegue el caso, hombre! Por ahora circunscríbete á buscar estos papeles, y si me encuentras alguna vez en la calle y yo no me dirijo á tí, no vengas á hablarme, porque será señal de que no convie-

né que la persona ó personas que vengan conmigo sepan que nos conocemos.

—¡Pues señor, vaya un misterio!

—Del cual tendrás la explicación cuando sea necesario, y créeme que te has de alegrar.

Con estas palabras se separaron los dos amigos, dirigiéndose Carlos y Federico á sus respectivos domicilios.

Como había supuesto muy bien el primero, la llegada de Carlos á la casa de huéspedes llevando dinero fresco para pagar, necesariamente hubo de producir buen efecto.

Los primeros momentos se dedicaron á las naturales expansiones, así de una parte como de otra.

Pero después preguntó Carlos:

—Diga usted, doña Felipa,¿dónde ha guardado usted todos los chirimbolos de mi pertenencia?

—Pues mire usted, como que tuve que alquilar el cuarto que usted ocupaba á otro, lo subí á la buhardilla.

—Pero ¿todos?

—Al menos todos los que había aquí.

—Con tal que no se haya extraviado nada.

—Yo misma cerré el cofre y todos los papelotes y todas las cosas que tenía usted por ahí, todos se los guardé.

—Veamos, veamos: ¿dónde me va usted á colocar ahora?

—Pues, mire usted, allí, en el cuartito que hay junto al comedor, aquel que tiene la ventana que da al patio.

—Bueno, bueno; pues vamos á buscar todos mis chirimbolos.

—Y sobre todo á no tener tan mala cabeza como antes.

—Doña Felipa, de los escarmentados dicen que nacen los avisados, y la lección no ha sido floja que digamos. Gracias á que uno tiene buenos amigos.

—Sin duda habrá sido ese que le ha salvado uno que estuvo aquí preguntando por usted.

—Justamente: ese secundado por otros.

—Vaya, pues; es necesario que no les deje usted mal ahora.

—¡Quiere usted callar!

Carlos se apresuró á tomar posesión de su nuevo cuarto, la patrona se lo arregló lo mejor que pudo, y el joven subió á la buhardilla, donde debajo de las esteras, lleno de polvo y corroído por los ratones encontró su baul, la maleta y algunos otros efectos de su pertenencia.

—Con tal de que los ratones no hayan hecho dentro del cofre lo mismo que han hecho por fuera, todavía podríamos proporcionar á Federico esos papeles que tanto interés le causan por lo visto.

Bajó los trastos á su cuarto, ocupóse en limpiarles lo mejor que pudo, y después, previa la entrega de las llaves que la patrona le hizo, comenzó el escrutinio.

Algunas prendas de ropa encontró allí dentro, sumamente apolilladas algunas de ellas, diciendo el joven al verlas:

—Malo, malo; si Federico está en fondos como parece, no tendrá más remedio que renovarme el guardarropa, y si no ya veremos la manera de renovárnoslo por nuestra cuenta, porque lo que es así no es posible presentarse en ninguna parte.

De pronto exhaló una exclamación de alegría.

En el fondo del baul acababa de encontrar un paquete de papeles.

—Si serán éstos los que quería Federico que buscase. Aquí hay otro,—prosiguió, siguiendo sus investigaciones.—Vaya, saquémoslos todos y vamos mirando uno por uno por si acaso llego á encontrar la clave de este enigma.

Y el joven puso todos los papeles que encontró sobre la mesa, sentóse ante ella y comenzó á desdoblarlos uno á uno.

Allí encontró varias papeletas de empeño de diversas fechas, cuentas pagadas por su abuela y cartas que á ésta le habían dirigido diferentes personas.

—¡Bah! ¡bah!—decía Carlos, arrojando desdeñosamente aquellos papeles,—nada de esto es posible que le sirva á Federico.

CAPITULO LXVI

La clave

YA iba Carlos á abandonar su escrutinio, cuando de pronto tropezó con un paquetito de cartas envuelto en un pañuelo de seda y atado con una cinta.

—¡Diablo! — dijo, — esto debe ser muy interesante cuando veo que aquí se han guardado más precauciones que con todos los demás papeles.

Y comenzó á desenvolver el paquete.

Este era muy pequeño.

Le componían cinco ó seis cartas no más.

—Como calidad podrá ser esto muy importante, pero lo que es como cantidad no creo que valga dos cuartos.

Y abrió una de las cartas.

Precisamente era la en que el duque del Solar daba por rotas sus relaciones con la abuela de Carlos, carta que recordarán nuestros lectores los términos en que estaba escrita.

Con profunda atención la estuvo leyendo.

Y cuando hubo concluido, exclamó:

—¡Demonio, demonio! no sabía yo que mi abuela había sido mujer de estas condiciones. Veamos, veamos á ver estas otras cartas.

Y el joven siguió hojeando todas las demás, diciendo después:

—Y se conoce que el duque estaba muy enamorado de mi abuela. Vean ustedes por donde, si esa buena señora hubiese tenido más *pesquis,* ahora sería yo hijo de algún personaje. En fin, lo hecho ya no tiene remedio.

Todos los demás papeles qùe estuvo mirando el joven, ya no le ofrecieron interés alguno.

—Pues señor,—decía,—no tiene duda, esto es tal vez lo que Federico buscaba. ¿Pero con qué objeto?

Y se puso á pensar, diciendo después:

—Ahora tengo una idea de que una noche mi abuela dijo que había conocido al duque, y Federico me pareció sorprenderse... Sí, y estuvo haciéndole preguntas tras de las cuales mi abuela se encerró ya en una reserva extraordinaria y nada quiso decir. Me parece que he adivinado de lo que se trata. Pero ¿qué demonios pensará hacer este muchacho? Si es efectivamente esto, ¿en qué ni cómo ha de producirme esto una fortuna? En fin, ya veremos lo que dice Federico.

Y la verdad es que Carlos estaba sumamente preocupado.

El joven frecuentó aquella noche algunos de los lugares donde, en otro tiempo, había ido con Federico.

Pero con gran sorpresa suya le dijeron que hacía tiempo que no le veían.

—Pues señor,—dijo,—mucho ha variado este muchacho. Nada, nada; se conoce que navega por otros mares. Allá veremos en que pára todo esto.

Dos días después, Federico fué á la casa de su amigo.

—¡Diablo, chico! que caro te haces de ver,—le dijo Carlos al verle.

—Pues mira, todo lo que hago es trabajar por tí.

—¡Por mí!

—Sí por cierto.

—Pues me alegro.

—Por de pronto te he buscado una colocación.

—¡Tú! ¿tú me has buscado ya una colocación?

Y Carlos no pudo menos de mirar lleno de asombro á su interlocutor.

—Sí, hijo, sí; no hay más remedio que has de hacer algo.

—¿Pero estás en tu juicio? ¿Y qué sé yo hacer?

—¡Hombre! ya comprenderás que no te he buscado una colocación que requiera conocimientos especiales; pero tienes buena letra, posees el francés.

—Sí, sí; yo poseo una porción de cosas que no creo me sirvan de nada en una oficina.

—Ya supongo que habrás salido del colegio hecho un maestro.

—¡Chico, que cosas he aprendido allí!

—Lo creo, porque el tiempo que estuvimos en la cárcel aquí, fué corto relativamente, y si hubiéramos querido saber más, más hubiéramos aprendido.

—Pero vamos á ver, ¿qué te has propuesto tú con darme esa colocación?

—El que sientes plaza de hombre de bien.

—¡Huy, huy, huy! chico.

—Sí, ya lo sé que es un poco difícil; pero es preciso hacérselo creer á los demás.

—De modo, que vamos á vivir para los demás.

—Para el plan que yo me he propuesto, es necesario.

—Pero vamos á ver, ¿qué plan es ese? porque te aseguro que has despertado mi curiosidad en gran manera.

—Vamos á cuentas.

—Eso precisamente es lo que yo deseo, que me digas algo que realmente pueda satisfacer mi curiosidad.

—¿Pueden oirnos?

—No lo creo, pero en fin, cerraré la puerta.

Y Carlos fué á levantarse para cerrar la puerta del cuarto.

Pero su amigo le detuvo, diciendo:

—No hagas eso jamás.

—Pues no dices...

—Nunca se sabe quién se oculta detrás de una puerta cerrada, mientras que teniéndola abierta sabes siempre de quien te debes guardar. No olvides nunca esa lección porque en nuestra clase de vida, es de gran utilidad.

—De modo, que la he de dejar abierta.

—Y de par en par.

Así lo hizo Carlos, y volvió á sentarse cerca de su amigo.

—¿Hiciste el encargo que te dí?

—¿Cuál? ¿el de los papeles?

—Sí por cierto.

—Hecho está.

—¿Y qué resultado has obtenido?

—Todos estaban lo mismo que los dejé.

—Pues suerte has tenido, porque me parece que en ninguna otra casa de huéspedes te habrían guardado tantas consideraciones.

—Yo te diré, como doña Felipa era muy amiga de mi abuela.

—De todos modos ha sido mucho.

—Pero en fin, ¿qué interés tenías tú en que esos papeles existieran intactos?

—A eso voy á parar. Supongo que ya los habrás mirado.

—Pues ya lo creo, ¿creías tú que no lo hiciera después de lo que me habías dicho?

—¿Y qué has encontrado en ellos?

—Chico, nada que merezca la pena. Muchas papeletas de empeño, acreedores, que con frases muy insolentes, algunos de ellos, le reclamaban á mi abuela las cantidades que no debía.

—¿Y nada más?

—Sí, unas cartas del duque del Solar dirigidas á mi abuela.

—¡Ajajá! eso es precisamente lo que íbamos buscando. A ver, á ver estas cartas.

—Pero hombre, me parece que bien merece la pena que me digas lo que hay sobre ese particular.

—Todo lo sabrás después, por ahora déjame que acabe de formar juicio.

—Tú te entenderás.

—Y tú también lo entenderás cuando te lo explique.

—Eso es lo que deseo.

—¿Me das esas cartas?

—Tómalas.

Y Carlos sacó del cajón de la mesa las cartas que, como sabemos, había encontrado.

Federico estuvo leyéndolas atentamente.

Y más que leerlas, lo que realmente hizo fué estudiarlas.

Y sin duda de aquel estudio, hubo de deducir alguna consecuencia favorable, porque murmuró:

—Es letra fácil. La idea es magnífica.

Su amigo le miraba sin comprenderle, y no pudiéndose contener más, exclamó:

—Pero bien, con todo eso ¿qué quieres decir?

—Que tienes hecha tu fortuna si lo sabes entender.

—Pero...

—Nada; desde mañana vas á ir al despacho de don Joaquín López, que es un escribano amigo de mi padre, y donde es necesario que sigas una conducta ejemplar.

—¿Pero qué voy ganando con todo eso?

—Ya te lo he dicho, una fortuna.

—¿De qué modo?

—Mira, vístete y vámonos á la calle, porque hay cosas que no se pueden decir aquí.

Excusado, es decir, que Carlos se apresuró á vestirse para salir á la calle.

Porque su curiosidad se había excitado poderosamente.

Y en tales términos estaba impaciente por conocer lo que su amigo había de decirle, que en más de una ocasión tuvo éste que hacerle alguna advertencia, porque ora se olvidaba de la corbata, ora del pañuelo, y hasta del mismo sombrero se olvidaba también.

Salieron á la calle, y Federico marchó directamente hacia el Retiro.

—Para hablar se necesitan sitios despejados,—decía contestando á las observaciones que le hacía su amigo.

—Ya lo creo, tan despejados pueden ser, que nos marchemos al medio del campo.

—Sería lo mejor.

Cuando Federico creyó que estaban en sitio donde nadie podía interrumpirles ni escuchar lo que hablaban, dijo:

—Ahora ya podemos hablar con toda libertad.

—Gracias á Dios,—dijo Carlos,—porque te aseguro que me has estado dando un rato...

—Que quieres, cuando se trata de cosas tan interesantes no conviene obrar con ligereza.

—Pero es que tú obras con una lentitud que martiriza.

—Si me interrumpes de ese modo, estaremos toda la tarde sin haber conseguido ponernos de acuerdo.

—¡Vaya, vaya, pues habla!

—Si has leído todas esas cartas que tenía tu abuela, habrás comprendido ya...

—Sí, sí; que mi abuela tuvo relaciones con el duque: eso ya lo sé; vamos al grano.

—Pues el grano es que conviene por todos estilos que tú seas un heredero, ó cuando menos un copartícipe en la herencia de que disfruta el actual duque del Solar.

Al escuchar estas palabras, Carlos fijó una mirada llena de asombro en su interlocutor.

—Pero chico, ¿tú te has vuelto loco?

—Me parece que no,—contestó sonriendo Federico.

—Pues lo que acabas de decir...

—Es fruto de una larga meditación.

—Tú te entenderás.

—Es un proyecto muy atrevido, y en el cual tienes necesariamente que poner mucho de tu parte.

—Mientras no vayamos á parar á presidio.

—No: todo está previsto; y yo que conozco al duque del Solar, sé muy bien como te ha de acoger.

—Continúa, continúa, porque realmente me va interesando eso.

—¡Ya lo creo! De ser un desdichado, tropezando y cayendo constantemente, á ser sobrino de un personaje como el duque, ya ves si hay diferencia.

—Vamos á ver: ¿y cómo se va á realizar todo eso?

—Muy sencillo: con una carta del duque difunto.

—¿Y dónde está esa carta?

—Esa es la que hemos de hacer nosotros.

De nuevo volvió á mirar lleno de asombro Carlos á su interlocutor.

—¿Qué quieres decir con eso?—preguntó.

—Pues ya lo estás oyendo.

—Sí; pero es que no lo comprendo.

—¿Cómo se hace una carta cuando uno quiere que le sirva para un objeto determinado?

—¡Oh! Muchos modos hay de hacerla.

—Aquí no se trata más que de uno solo. Cuando una carta no existe, se hace, y para hacerse, se falsifica.

—Ya; pero para falsificarla nos exponemos á...

—Si la falsificación está mal hecha, á ir á presidio.

—Eso es lo que yo digo.

—Pero si está bien hecha, se obtiene el resultado que se desea.

—Pero cómo se ha de hacer bien hecha, si la letra...

—¿Pero hombre, entónces de que sirven las cartas que tú tienes del duque?

—¡Pues es verdad!—exclamó Carlos.

—Hé ahí como te preguntaba con tanto interés por los papeles que debían obrar en poder de tú abuela.

—¿Luego entonces tú sabías ya alguna cosa referente á esas relaciones?

—Sí; pero por entonces no le dí importancia alguna. Más tarde, y cuando ví la situación en que te hallabas, concebí ese plan; lo estudié detenidamente y he visto que se le podía sacar un gran partido.

—Como has dicho muy bien, el proyecto es atrevido.

—Aquí lo que tenemos que buscar es una persona que sepa hacernos esa letra exactamente igual.

—Desde luego, que eso es lo que más dificultad ofrece, y no sólo dificultad sino peligro. Porque hay que desengañarse, que tendríamos un cómplice que siempre estaría amenazando.

—También he pensado eso mismo; pero como que para los grandes males hay que recurrir á los grandes remedios, ya había yo resuelto el único que había para eso.

—¿Y cuál te se había ocurrido?

—El que hay. Inutilizar al mismo que nos sirviera. Los muertos ni hablan ni estorban.

Carlos no pudo menos de estremecerse.

Aquella resolución tan friamente formulada, no pudo menos de impresionarle.

Aun cuando pervertido, no llegaba su perversión al extremo que la de Federico, y si era capaz de cometer un robo, le tenía aversión al asesinato.

CAPITULO LXVII

La decisión

Federico comprendió en el semblante de su amigo el mal efecto que le producía lo que acababa de decirle.

—Cuando se trata de alcanzar una fortuna,—continuó al cabo de algunos momentos,—es menester no reparar en los medios de conseguirla.

—Sin embargo, Federico, eso de matar á un hombre...

—Si uno te acomete en medio de la calle, ¿te cruzarás de brazos y le dejarás tranquilamente que te hiera?

—¡Oh! Es muy distinta la situación.

—No por cierto; es exactamente la misma. El uno atenta á la vida, y el otro á los intereses; y puesto que te defiendes del uno empleando todos los medios imagina-

bles hasta el de darle muerte si puedes, del mismo modo para salvar los intereses se puede llegar hasta la muerte.

No se mostraba muy dispuesto á asentir á lo manifestado por Federico.

Carlos como hemos dicho, no estaba tan pervertido todavía que se atreviese á llegar hasta el asesinato.

No era esto decir que dada la pendiente en que estaba no llegase algún día, mas entonces, todavía le causaba recelo.

—Vaya, vaya,—dijo por fin;—no hablemos más de esto, porque no tenemos necesidad de dar muerte á nadie, por guardar el secreto de la falsificación.

—¿Cómo?

—Porque entre los conocimientos que he adquirido en Alcalá, uno de ellos ha sido ese.

—¿De veras?

—Sí, hombre, sí; precisamente había allí un hombre que tenía para eso unas manos de oro. No he visto una manera de falsificar toda clase de letras.

—¿Y aprendiste con él?

—¡Ya lo creo! como que decía que yo era un discípulo que le honraba.

—Pues entonces estamos salvados. Tú mismo escribes la carta.

—Pero tú me la has de dictar.

—Desde luego; porque yo que conozco al duque actual, sé la manera de tocar la cuerda sensible si así nos podemos expresar.

—¡Hombre! una cosa voy á decirte por lo que te pueda convenir.

—¿Qué es?

—Que precisamente cuando tú me sacaste el indulto,

teníamos preparado un escalo que seguramente mañana se verificará.

—¿Y qué?

—Que uno de los individuos que habían de tomar parte con nosotros, es un buen chico á quién habían comprometido unos bandidos en los montes de Toledo. Hemos quedado en que si el escalo se verifica con buen éxito, en la taberna del Manchao, que está en el Barranco de Embajadores, me lo dirán.

—¿Y qué sacarás con que te lo digan?

—Que yo cuento contigo para que hagamos lo que se pueda por ese pobre muchacho. Siempre es bueno que tengamos á nuestra disposición, un hombre que nos lo deba todo.

—Tienes razón.

—Por lo tanto, tú dirás lo que te parece.

—Por de pronto lo que hay que hacer, es sacarle de Madrid.

—Eso mismo he creído yo.

—Nada, pues tú te encargas de averiguar lo que haya; y si efectivamente ha conseguido escaparse, que se venga á tu casa, y yo le enviaré á Avila á casa de mi padre, donde estará completamente seguro. Allí se le dará su cédula de vecindad, y si es lo que dices, haremos por él más de lo que se figura. Eso sí; es necesario que esté resuelto á todo.

—Y lo estará. ¿Acaso es poco el favor que se le hace?

—Es que á veces hace uno favores para tropezar con ingratitudes.

—¡Oh! lo que es el pobre Juan, tengo la seguridad de que será fiel como un perro.

—Pues nada, no hay que hablar más de eso. Estamos entendidos.

—¿Y cuándo me darás el borrador de esa carta?

—Mañana. Tú entretanto haz algunos ensayos respecto á la letra, á fin de que en el momento de ponerte á la ejecución, no tengas vacilación alguna.

—No tengas cuidado.

—Ahora es necesario que hablemos de otra cosa de que todavía no hemos tratado.

—Tú dirás,—repuso Carlos, mirando no sin alguna inquietud á su compañero.

—Vamos á tratar la cuestión de intereses.

—¡Oh! Esa es cuestión muy secundaria, y creo que entre nosotros no ha de haber cuestión por ello.

—Pero sin embargo, conviene mucho que la determinemos.

—Como tú quieras.

—Ya comprenderás que darte la idea y colocarte en esa posición, no lo haré por el solo placer de servirte.

—Yo, sin embargo, lo haría por tí con mucho gusto.

—Esa es una de tantas cosas que se dicen, pero no se hacen. Y en último caso, yo no tengo tanto desinterés como tú.

—Veamos que es lo que quieres.

—Como mi plan va mucho más lejos de lo que tú crees, quiero estar prevenido para mañana.

—Pues tú dirás.

—Supongamos por un momento, que el duque acepte como bueno ese parentesco.

—Que lo veo un poco difícil, porque estos parentescos *de la mano izquierda* generalmente se ven con muy poco gusto.

—Este, casi, casi, puedo asegurarte de antemano que ha de quedar aceptado sin dificultad.

—Mejor que mejor.

—Pues bien; suponiendo que se acepte, desde luego el duque ha de asignarte una buena renta.

—De la cual querrás que te dé parte.

—No, tonto. ¿No te he dicho que voy más lejos todavía?

—No te comprendo.

—Imagínate por un momento que el duque falleciera sin tener sucesión.

—¿Y qué?

—Que no tendría otro heredero directo más que tú.

—¿Pero qué demonio de plan es el tuyo, y de qué modo quieres llevarle á cabo?

—Ya lo estás oyendo. Cuando me propongo hacer una cosa, ó la hago bien, ó no la hago; y como yo quiero que tú seas rico para serlo yo también, es no solamente fácil, sino muy posible que, como te he dicho, el duque muera sin sucesión, en cuyo caso tú serías su heredero.

—¡Yo! ¿Pero estás en tí? ¿En virtud de que ley puede ser heredero el hijo de una mujer que no ha sido la esposa del duque difunto?

—Sencillamente, por medio de un reconocimiento en forma hecho por el actual heredero.

—¿Y crees que lo hará?

—Sí.

Como se comprende perfectamente, toda esta conversación debía de interesar en gran manera á Carlos.

Su codicia íbase excitando cada vez más, y poco á poco iba llegando hasta el terreno á que Federico le quería llevar.

Este continuó:

—Vuelvo á repetirte que tengo la seguridad de que el duque hará cuanto te he dicho; así como también tengo esa misma seguridad de que si tú sabes manejarte y yo te ayudo, fácil es que fallezca sin sucesión, y de ese modo, de la noche á la mañana, te encuentras en posesión de un capital que no ha de bajar, estoy seguro, de ochenta á cien millones.

Carlos sintió una especie de desvanecimiento.

Cerró los ojos, y el corazón le palpitó con violencia.

—¡Cien millones!—murmuró sordamente.

—Una cosa así.

—Bueno. ¿Qué hay que hacer para llegar hasta eso?—preguntó fijando una mirada indescribible en el semblante de su interlocutor.

—En primer lugar, firmar un documento por el cual te obligues el día en que seas dueño de la herencia de tu tío el duque del Solar, á partir conmigo esa herencia.

Algo horrible debió pasar por el corazón de Carlos, porque la mirada que dirigió á su amigo, expresaba un rencor y una amenaza tales, que Federico no pudo menos de decirle:

—Que bien dice el refrán: «cría cuervos para que te saquen los ojos.» Afortunadamente, ya estoy curado de espantos.

—¿Qué has querido decir?—preguntó Carlos apagando por un esfuerzo de su voluntad el siniestro brillo de su mirada.

—Que merecías que te hubiese dejado en tu ruín condición, y que ha de estarme muy bien empleado el que mañana ó me pegues una puñalada ó me des un

veneno para evitarte darme la participación en esa herencia que yo y nadie más que yo te proporciona.

—¿Pero qué estás diciendo?—exclamó el joven con tembloroso acento,'porque la sola idea de tener que renunciar á aquel porvenir que le había hecho entreveer su amigo, le aterraba ya.

—Que en estos momentos te pesa ya esa participación que te propongo, y que desde ahora mismo, estoy seguro de ello, estás pensando en como te podrás librar de mí.

—¡Qué locura! No sé por qué tienes pensamientos semejantes.

—Demasiado sabes que tengo razón. Por supuesto, que me tiene sin cuidado, porque ya cuando yo concebí este plan sabía muy bien á lo que me exponía.

—Pero hombre, si yo no he dado motivo alguno para que pienses de ese modo.

—Demasiado que lo sé y tú también; pero en fin, eso no hace al caso, porque ya he adelantado lo suficiente para retroceder. Ensaya, como te he dicho, todas estas letras, y prepárate para mañana en que te traeré el borrador del contrato que hemos de hacer y los de los documentos que se han de falsificar.

—Así lo haré.

—Pero te advierto una cosa, Carlos, y esto te lo digo por primera y por última vez, estás en mi poder en absoluto; yo no soy persona ni que haga amenazas en balde ni que juegue neciamente mi existencia; por lo tanto, al menor acto tuyo, á la menor palabra ó al menor amago de amenaza que puedas hacerme, cuenta que caigo sobre tí, y que lo que es yo doy y doy de firme. De modo que, ó eres conmigo tan leal como tengo dere-

cho á que lo seas, ó te pierdes irremisiblemente para siempre.

—Pero bien: ¿qué motivo te he dado yo para que digas eso?

—Esto no es más que prevenirte. Te conozco perfectamente, y de aquí nacen mis advertencias.

—Está bien: no las olvidaré.

CAPITULO LXVIII

Firma de documentos

FEDERICO y su amigo regresaron á Madrid como si nada hubiera pasado entre ellos.

Carlos reconocía la superioridad de Federico á la manera que la fiera reconoce la del domador.

Esperando una ocasión oportuna en que cometiese algún descuido para arrojarse sobre él y destruirle.

Pero por el momento, al menos, no tenía otro remedio que resignarse y transigir.

Desde luego comprendió que allí quien iba á hacer el negocio era Federico.

Federico, que al fin y al cabo nada exponía, nada arriesgaba, en nada se comprometía.

El era quien lo ponía todo, y sin embargo era el que relativamente se llevaba la parte más pequeña.

Pero no tenía más remedio que ceder.

No se le había ocurrido la idea, y el iniciador de ella la explotaba en beneficio propio.

Momentos antes, considerándose pobre, no tenía aspiración alguna, y se hubiera contentado con una pequeña cantidad mientras pudiera ir adquiriéndose recursos propios.

Pero entonces ya variaban las circunstancias.

Veía en perspectiva millones y una posición como la que jamás habría podido esperar, y le dolía, sin embargo, el sacrificio que de parte de aquella fortuna tenía que hacer en pró de Federico.

Y no solamente le dolía, sino que hasta lo consideraba como un robo.

Porque una vez abiertos sus ojos, todo el patrimonio del duque del Solar, ya le consideraba como propio.

Porque en aquellos momentos, ya no le asustaba la idea del crimen, como le había asustado cuando se trataba simplemente de quitar de enmedio al individuo que hubiese falsificado los documentos necesarios para realizar aquel plan.

Había variado el prisma, y el crimen por lo consiguiente variaba también de aspecto

Pero no había otro remedio.

Era menester obrar conforme había exigido Federico.

Así fué, que se marchó á su casa y se puso á probar letras y tintas.

Que las lecciones que había recibido en el presidio estuvieron bien aprovechadas, lo demostró el que al cabo de dos horas de incesante trabajo, consiguió dar con la letra del duque difunto, y no sólo con la letra, sino has-

ta con el color que debía tener la tinta al cabo de algunos años de haberse empleado en el escrito que se debía hacer.

—¡Necio de mí!—murmuraba,—que he podido aprovechar este negocio para mí únicamente, y sin embargo tengo que partirlo con otro.

Federico no faltó como le había dicho, el siguiente día.

Presentóse muy temprano en su casa, diciéndole:

—Como es menester que desde hoy vayas á trabajar á la casa que te he dicho, he venido temprano á fin de que despachemos en seguida.

—De modo que persistes en tu idea de que vaya á trabajar.

—Sí; y no sólo has de trabajar en esa casa, sino que ya estoy pensando en proporcionarte otra.

—¿Pero crees acaso que voy á esclavizarme las veinticuatro horas del día para conseguir?...

—No seas necio, que ya sé lo qué hago. Estarás en casa del escribano un mes, después irás á otra parte, y estarás dos.

—¡Demonio! ¡pues apenas si va esto para largo!

—¿Creías acaso que iba á ser cuestión de resolverlo en tres ó cuatro días? Yo te indicaré la oportunidad de presentarte.

—Es que te advierto una cosa.

—¿Qué?

—Que si esto se prolonga mucho, todo lo echo á rodar, y me quedo lo mismo que estaba.

—En lo cual harías un solemnísimo disparate, porque más tarde ó más temprano cometerías alguna otra fechoría, darías con tu cuerpo en la cárcel y el código con los reincidentes, es sobradamente severo.

—De modo, que no tengo más remedio que doblegarme á tu voluntad.

—Entendámonos. Vas á trabajar para tí, ¿lo comprendes? y por lo tanto me parece que algo debes sacrificar para alcanzar lo que deseas.

—¿Pero si después de haberme sacrificado no se consigue?...

—Dueño eres de pensar lo que quieras y de hacer lo que mejor te plazca,—repuso friamente Federico,—te ofrezco una fortuna; si no la quieres, tú te entenderás. Yo no la necesito como tú sabes.

—Pues me parece que no te quedas corto, según lo que me dijiste ayer.

—Como es natural que lo haga. ¿Pues qué te crees que iba á trabajar exclusivamente para tí? ¡No seas tonto, hombre, no seas tonto! Ya que te doy una buena tajada, justo es que yo me reserve otra buena también.

—La fortuna es que las dos son bastante problemáticas.

—Si yo lo supiera así, nada te hubiera dicho. No hago negocio alguno que no vaya á golpe seguro.

—Pues lo que es este...

—Este ha de ser como todos, si tú no cometes alguna...

—Mira la letra.

Y Carlos mostró á su amigo así las cartas del duque como la muestra que él había hecho.

Federico lo miró atentamente y después dijo:

—Comprendo muy bien la antigua pena de cortar la mano al falsificador, porque lo que es tú, hijo, si todo lo haces como esto, no digo yo una, sino cien manos que tuvieras, merecerías que te las cortaran.

—Muchas gracias.

—Si es la verdad. Te aseguro que lo que es con esto, el duque no tiene más remedio que reconocer y besar respetuosamente la letra de su padre.

—¿Pero de veras, crees que el duque respetará de ese modo las disposiciones de su padre?

—Sí, hombre, sí; es lo más bonachón que hay en el mundo. Cuando muchacho, era desaplicado, díscolo; y como se ha criado un tanto enclenque, participaba de todos los vicios de los chiquillos mimados. Pero una vez hombre, ha hecho algún caso de los consejos de su hermano y...

—¡Qué dices! ¿Qué hay un hermano? ¿Pues entónces cómo pretendes?...

—¡No te alarmes, hombre, no te alarmes¡ ese hermano, es hermanastro, hijo de su madre.

—Pero de todos modos...

—Andrés, que así se llama ese hermanastro, que es un gran médico por cierto, habría resultado tal vez un factor algo temible dentro de mi combinación; pero por lo mismo he procurado contrabalancear su influencia y ya no me inspira temor alguno.

—Es decir que la duquesa...

—Ni tenía título alguno cuando se casó con el duque, y era ya viuda y con ese hijo.

—De todos modos, la influencia de ese hermano...

—No debe importarte nada como te digo.

—En fin: allá tú mismo.

—Ahora,—dijo Federico al cabo de algunos momentos,—es necesario que hablemos con mucha claridad.

—Pues me parece que así hemos hablado siempre.

—Te he escuchado algunas palabras que exigen una

manifestación franca á fin de que no tengamos disgustos de ninguna especie mañana que entres en posesión de tus bienes.

—Tú dirás.

—Parece que te sabe mal la participación que tengo en este negocio.

—No es que me sepa mal; pero ya que con franqueza quieres que hablemos, no puedo menos de decirte que sí me parece muy exagerado lo que pides.

—Pues mira, con dejarlo hemos concluido. No se hable ya más del asunto.

Y Federico se dispuso para levantarse de su asiento.

—Chico, chico,—le dijo Carlos,—no lo tomes tan fuerte, porque si es que no se puede hablar, eso es otra cosa.

—Yo no cedo ni un ápice.

—¿Es decir que tienes palabra de rey?

—Como que es mío el plan, derecho tengo á recoger las primicias.

—¡Y buenas primicias por cierto!

—Todo cuanto tú quieras; pero así ha de ser ó dejarlo.

Carlos no tuvo otro remedio que resignarse.

—Pues bien: sea,—dijo por fin.

—Te advierto que no quiero por ningún estilo que mañana volvamos á las andadas.

—¡Hombre! cuando te digo que estoy conforme...

—Pues entonces estudia las bases de ese contrato y ve á ver si tienes algo que oponer á ellas.

—¡Qué he de oponer si supongo que han de ser las mismas que ya me habías indicado!

—Sin embargo tú estúdialas.

Y entregó á su amigo un papel que éste miró con alguna detención.

Cuando hubo terminado, dijo:

—Lo que había dicho: lo mismo que me tenías propuesto.

—Justamente. ¿Y estás dispuesto á firmarlo?

—Cuando quieras.

—Pues bien: ahora mira lo que has de escribir.

Y Federico mostró á su amigo el borrador de la carta que ya conocen nuestros lectores, porque fué la que Carlos mostró al duque cuando se presentó en su casa.

—¡Demonio!—exclamó Carlos después que la hubo leído.—Que sentimental va esto.

—Lo suficiente para que produzca el efecto apetecido.

—Pues me parece que si á tí te entregaran una carta semejante te reirías de ella y echarías á cajas destempladas al que te fuese con esas músicas.

—El que yo lo hiciera, no es una razón para que lo hagan los demás.

—De todos modos no se pierde más que el tiempo.

—No, que se gana. Pues esto es necesario que lo hagas al momento.

—Dentro de tres ó cuatro días estará todo listo.

—Y ahora guarda bien todos esos papeles y vámonos hacia tu oficina.

—¿Pero qué demonio de afán tienes con enchiquerarme?

—Es por tu propio bien.

—Por el nuestro, dijeras mejor.

—Pues bien: sea por el nuestro. Pero el caso es que debes hacerlo.

CAPITULO LXIX

La colocación de Juan

CARLOS siguió en un todo las instrucciones de Federico.

Se marchó á la oficina y aun cuando á regañadientes, consiguió desde el primer día, captarse las simpatías de su principal.

En este espacio aprovechó una oportunidad para ir al Barranco de Embajadores.

Tenía interés en saber qué había sido de Juan, si se había salvado ó en que disposición estaba la cuestión del escalo anunciado.

La taberna del Manchao era, como fácilmente se comprende, una especie de madriguera de gente perdida, visitada más de una vez por la policía y casi siempre sin fruto.

El Manchao, antiguo licenciado de presidio, viejo,

con más conchas que un galápago, como decirse suele, profundamente ducho en la manera de salvar las apariencias, era el encubridor más célebre que existía en Madrid y cuando él se proponía ocultar á un criminal, difícil era que todos los sabuesos de la policía se empeñaran en descubrirle.

Esto lo sabían perfectamente los criminales y por esa razón estaban en íntimo contacto con él cuando se trataba de algún escalo ó de alguna ocultación.

El Manchao no tenía precio como encubridor.

Había unos famosos sótanos en la taberna, obra hecha por el propietario de ella, tan habilmente disimulados que no era posible descubrirlos á no haber sido revelado el medio de entrar en ellos.

Y como el único que lo sabía era el mismo que los había abierto, y éste puede comprenderse que no lo iría á revelar á la autoridad, no había medio de que pudiesen ser habidos ni los objetos que se robaban en Madrid y que se confiaban á su custodia, ni los penados que se fugaban de las cárceles ó de los presidios por su mediación y que en su casa tenían refugio seguro.

El Manchao llevaba sus registros con una escrupulosidad extraordinaria.

Nadie sabía donde guardaba éstos, pero consignados en ellos estaban, así los objetos que pertenecían á cada uno como las circunstancias especiales de cada fugado y los sacrificios que para su fuga y custodia había tenido que hacer.

El Manchao tenía una colección de cédulas personales con nombres distintos y profesiones diversas que ponía á disposición de los que de él se amparaban.

Del mismo modo, en aquellos subterráneos tenía una

colección de trajes, pelucas y menjurjes para cambiar la fisonomía de los que de ello tenían necesidad.

Excusado es decir que con todos estos elementos el Manchao se había hecho una fortuna más que regular.

Si á esto unimos que era poco comunicativo, que vendía vino, pero no lo bebía, que no decía nunca más que aquello que quería decir, y que no tenía en su compañía más que una mujer, que si no era su esposa según las leyes era la mujer suya por su propia voluntad, que la había elegido cuidadosamente y que tenía casi idénticas condiciones de carácter á las que á él le distinguían, puede adivinarse que el tabernero disfrutaba de una completa tranquilidad.

Tal era la persona á quien Carlos quería ver.

Y cuando vió en los periódicos de la mañana un suelto referente á la fuga de presos en el presidio de Alcalá, presos que no habían podido ser habidos á pesar de las diligencias practicadas desde entonces, se dijo:

—Vaya, esto es hecho. Juan debe estar ya en Madrid y el Manchao me dirá donde le puedo encontrar.

Y dejó pasar todo aquel día, y al siguiente, á las dos de la tarde, cuando salió de la escribanía en que trabajaba, se dirigió resueltamente á la taberna.

La hora estaba bien escogida.

Carlos lo sabía muy bien, y precisamente el Manchao, que acababa de comer, estaba sentado detrás del mostrador dormitando para hacer la digestión.

Pero tenía el oído tan acostumbrado, que apenas entró el joven en la taberna abrió los ojos y fijó una mirada profundamente escrutadora en aquel desconocido parroquiano.

Carlos, conocedor de las costumbres de estableci-

mientos de aquel género, pasó de largo, abrazando de una ojeada el interior de la taberna, y fué á sentarse en una mesa que había en un rincón.

El Manchao lanzó un silbido, y pocos momentos después aparecía la Sebastiana, que así se llamaba su mujer, y ocupando su lugar en el mostrador él se dirigió resueltamente hacia la mesa ocupada por el recién llegado.

—¿Qué se ofrece?—le dijo.

—Hablar con usted,—le contestó Carlos en el *argot* de los presidios, del cual haremos gracia á nuestros lectores á fin de evitarnos las explicaciones consiguientes.

—¿Sobre qué?—preguntó el tabernero acentuando la expresión de su mirada.

—Sobre Alcalá.

—No sé qué quiere usted decirme.

—Vaya, compadre, dejémonos de disimulos que yo soy de los buenos también. Cuando vengo aquí es porqué sé á lo que vengo.

—Pero como yo no lo sé, me evitaré el contestar mientras no se me dé una prueba de que sé con quien hablo.

—Es verdad, allá va la prueba. Soy uno de los cinco.

—El que faltaba,—dijo vivamente el Manchao.

—El mismo.

—Entonces choque usted.

Y el tabernero tendió su mano á Carlos que se apresuró á estrecharla afectuosamente.

—¿Ha llegado Juan?—preguntó Carlos.

—Sí, señor.

—¿Y no ha dicho nada para mí?

—Me dijo si había venido á preguntar por él.

—No he querido venir hasta no saber si el escalo había tenido buen éxito,—repuso Carlos.

—Cuando este cuerpo se compromete á una cosa, siempre sale bien,—dijo el Manchao con orgullo.—Sería la primera vez que me cogieran á uno por culpa mía.

—¿De manera que todos?...

—Todos han llegado sin novedad, y cuando sea conveniente saldrá cada uno para el sitio que quiera. Pero este escalo me ha resultado bastante caro.

—Yo pagaré mi parte como si me hubiese aprovechado de él.

—Eso no, el Manchao no cobra más que cuando sirve.

—Pero si yo ya estaba dispuesto.

—No importa. Yo tuve noticias oportunamente de lo que le había sucedido, y por lo tanto lo rebajé del gasto.

—De todos modos...

—De todos modos, lo que debe usted hacer, es no hablar más de ese particular.

—Dígame ahora, dónde y cómo, podré yo hablar con Juan.

—Pues dígame usted el sitio donde le conviene verle, y esté usted seguro que allí se le encontrará.

—¡Demonio, mucho decir es eso!

—Y tenga usted presente que el Manchao jamás dice una cosa que no tenga seguridad de hacer.

—Pues entonces, creo que el mejor sitio para verle será en mi casa.

—¿A qué hora?

—Lo natural es que sea de noche; porque tratándose de una persona que ha de esquivar la persecución de la justicia...

—Lo mismo da.

—¡Cómo!

—Porque las personas de quienes yo me encargo, lo mismo pueden salir de noche que de día. Y desafío yo al más lince de los de la policía, á que me reconozca á ninguno.

—De todos modos, será mucho mejor que nos veamos por la noche.

—Eso va á gusto de usted.

—Sí, sí. Mejor es de esa manera.

—¿Dónde vive usted?

Carlos dió al Manchao las señas de su casa, y el tabernero, dijo.

—Pues estamos entendidos. Esta noche á las ocho, estamos en su casa de usted.

Entonces Carlos sacó de la cartera dos billetes de cincuenta pesetas, y se los entregó al Manchao diciéndole:

—Esto, como compensación de lo que debiera haberle representado mi evasión.

—Pero si ya he dicho á usted que yo no necesito de nada.

—No importa; quiero yo que eso se lo gaste á mi salud.

—Bien, señor. No quiero que se ofenda por mi negativa. Ya puede mandarme todo cuanto quiera que á su disposición me tiene.

—En eso confío.

—Y si tiene que guardar alguna cosa que en su casa le estorbe ó quisiera deshacerse de algo que le mortificase, ya puede acudir sin miedo aquí.

—Gracias.

Y Carlos se bebió una botella de cerveza para justi-

ficar su estancia en la taberna, y salió después dirigiéndose hacia su casa.

Federico estaba esperándole.

—En ninguna circunstancia mejor podías haber llegado,—le dijo Carlos.

—¿Por qué?

—¡Hombre! porque esta noche á las ocho, va á venir aquel amigo de quien te hablé.

—Es verdad que he leído en los periódicos que se habían evadido esos presos.

—¡Justo!

—¿Y crees que es hombre discreto?

—Y muy agradecido.

—Eso me importa poco; porque como le he de tener siempre en mi poder por efecto de su irregular situación en la sociedad, no tendrá otro remedio que hacer lo que yo quiera.

—Y un hombre así, en condiciones como las nuestras, no tiene precio.

—Por eso te dije que le enviaría á Avila, le tendría allí un poco de tiempo, y como ahora mi padre le ha dado la chifladura por adquirir un título, ¿quién ha de poder sospechar de ninguno de sus criados?

—Tienes razón.

—Ahora vamos á ver cómo tienes todos los documentos aquellos.

—Dispuestos están para cuando llegue el caso. Míralos.

Y Carlos sacó de un cajón la carta que debía figurar del duque del Solar, y se la entregó á su amigo.

Este la examinó con su mirada inteligente, y después dijo:

—¡Inmejorable, chico, inmejorable! Tuyos han de ser los millones del duque del Solar.

—Y tuyos.

—Es verdad. Esa herencia ha de venir á nosotros por completo.

—¿Pero cuando hay que hacer uso de esta carta?

—Ya te lo diré. Ahora está el duque metido en una aventura que le preocupa y hasta que salga de ella, no es conveniente hacer nada.

—¿Pero eso se prolongará?

—No.

Aquella noche, según habían convenido, Juan disfrazado de mozo de ferrocarril, se presentó á la hora convenida en la casa de Carlos.

Allí estaba Federico.

Como había dicho muy bien el Manchao, de tal manera sabía disfrazar á su gente, que nadie hubiera podido reconocer en aquél mozo de ferrocarril con el rostro atezado por la intemperie, el pelo un tanto gris, y el andar lento y perezoso, peculiar de los hombres de mediana edad dedicados á faenas de trabajo y de fatiga, al mozo audaz y desenvuelto, que habitaba en el presidio de Alcalá.

Federico fijó su mirada escrutadora é inteligente en aquel semblante, y poco después el trato había quedado cerrado con Juan.

Dos días más tarde, Federico acompañado de su criado Juan, marchó á Avila.

Allí permaneció seis ú ocho días, y cuando volvió á Madrid, Juan se había quedado en Avila.

Carlos siguió sin separarse un momento, el plan concebido por Federico.

Mes y medio estuvo en casa del escribano; y al cabo de él, pasó á otra oficina por mediación siempre de su amigo.

—¿Pero cuándo hacemos uso de estos documentos? —decía muchas veces.

—Cuando sea tiempo. No tengas cuidado hombre, que ya te avisaré.

Y efectivamente, el momento llegó tras la seducción de Emilia, y ya hemos visto cómo fué acogido por Julián aquel sobrino buscado por obra y gracia de Federico Montesinos.

Hecha esta digresión necesaria para poder apreciar mejor los sucesos que han de seguirse, veamos qué sucedió después de la acción de Julián respecto á Emilia.

CAPITULO LXX

Vuelta á Madrid

Hemos dicho en otro lugar que Andrés, siguiendo el consejo de los compañeros que le asistieron en su grave enfermedad, habíase ausentado de la corte.

Como quiera que una de las causas que hicieron necesaria tal determinación era la conveniencia de evitar al enfermo, ó más bien, al convaleciente, toda suerte de emociones allí donde corría el riesgo de haber de resignarse, con harto dolor de su corazón, á no intentar siquiera despedirse de Emilia.

La desgracia quiso que se combinaran todas las coincidencias posibles para dar al traste, primero con el naciente amor, y luego con la honra de la desgraciada hija de Amalia.

Andrés partió, y bien que al principio pensó en varios puntos para fijar su residencia interina, al fin deci-

dióse á hacer largo su viaje para evitarse la tentación de un pronto regreso.

—Me conozco,—se dijo;—si me voy á algún sitio cerca de Madrid, cualquier día, acosado por el recuerdo de esa mujer, regreso, y sin más ni más me presento en su casa... Tal vez habría sido mejor que no dejara de frecuentarla; pero lo hecho, hecho está: no tiene remedio, y lo que se ha de procurar es no agravar el mal. Puede la muerte venir cuando quiera, me cogerá siempre dispuesto á recibirla, pues ya sé que á ese trance estamos avocados desde que nacemos; mas no debo procurar que se acelere su llegada, porque, sobre prohibírmelo mis sentimientos religiosos, disto mucho de hallarme desesperado... Si es posible que haya cometido una torpeza no continuando mis visitas á casa de Emilia, esa torpeza no es irreparable... Cuando me encuentre ya del todo restablecido, me presentaré y pediré su mano luego de enterarme si ella continúa sin ulterior compromiso... Así sabré si mis ilusiones respecto á que no era indiferente para ella son ó no exactas... Quizá hubiera sido preferible no hacer la prueba, porque el desengaño sería horroroso;pero ya no tiene remedio...¡Cuán desgraciado voy á ser si mi timidez y mis escrúpulos me han privado para siempre de la mayor de las dichas!

Reflexionando así y con sinceridad, pues su pasión por Emilia era inmensa, Andrés, á fin de evitarse tentaciones que comprometieran su existencia, pues pensaba, y con cordura, que sería triste morir teniendo probabilidades de alcanzar la felicidad, tomó el tren y no paró hasta Barcelona.

Ni tampoco se detuvo en la condal ciudad, á pesar de los muchos atractivos que ofrece, porque ya sabemos

que su fin principal era hacer un género de vida que le permitiera recobrar sus fuerzas, y para eso no son adecuados los grandes centros de población.

Marchóse á uno de los pueblecillos de la costa, y allí permaneció tanto tiempo cuanto le fué necesario para reponerse.

Este trabajo de reparación de su naturaleza, fué tanto más lento cuanto mayores inconvenientes presentaba á su restablecimiento material el estado de su ánimo.

¡Cuán grande, cuán avasalladora es la influencia del amor!

Niño mal educado, voluntarioso, lleno de caprichos y de exigencias que aumentan de día en día, nada le satisface ni con nada está contento.

Insinúase con las maneras más afables, y con los más graciosos mimos.

Acaricia el corazón que desea acaso destrozar, y cuando en él se le ha dado entrada, lo menos que exige es convertirse en amo; la mayor parte de las veces proclámase dictador.

Andrés no olvidaba á Emilia ni un solo instante.

Su imagen de por sí bella, más embellecida aun por obra y gracia del dios niño, representábasele sin cesar, se hallaba de continuo en su mente, y su pecho semejante á bosque habitado por la ninfa Eco, repetía sin cesar:

—¡Vuelve!... ¡vuelve!...

Pero la fría razón hacía también escuchar su voz.

—Emilia, es la pasión,—le decía,—Emilia, es el fuego en que has de abrasarte, si te corresponde; es el frío polar en que has de perecer helado si te rechaza. Y tú no estás aun para soportar los rigores de una temperatura extrema, en uno ni en otro de ambos sentidos...

Espera, prepárate para las eventualidades de lo porvenir, y cuando haya llegado el momento oportuno, lánzate en las tinieblas de lo desconocido... Si lo haces antes de tiempo, ó el calor ó el frío, ó la oscuridad, darán al traste con tus propósitos.

Andrés, sobrecogido, comprendía que la razón estaba de parte... de la razón, y perdonásenos la perogrullada.

En consecuencia, hacía cuanto estaba en su mano para contener los impulsos de su corazón.

Con sobrehumano esfuerzo intentaba desterrar, siquiera fuese temporalmente, de su cerebro, la imagen de Emilia y se consagraba con todas sus fuerzas á lo que gráfica, bien que prosáicamente, debe llamarse la vida animal.

En tan incesante como terrible lucha pasó tres ó cuatro meses.

Como era naturalmente simpático, las personas á quienes trató en el pueblo, y que fueron casi todas las que componía éste, dábanle testimonios diarios de consideración y deferencia que no dejaron de servirle de bálsamo consolador de sus dolores.

Pero en ocasiones contribuían también á aumentar sus padecimentos.

Esto sucedía cuando ocupaban su mente ideas como las que siguen:

—Hé aquí lo que es el mundo: todos estos individuos que me son indiferentes, se hallan á mi lado y me prodigan testimonios de un afecto que acaso no merezco... En cambio es muy posible que la única persona por quien me intereso, aquella que para mí vale más que todo el resto del género humano, ni un pensamiento si-

quiera me consagre... ¡Y yo daría cuantos homenajes me tributan unos, por una sola mirada de la otra!...

Hay más.

En aquel mismo pueblo hallábase veraneando con sus padres una rica heredera, una *pubilla,* como se dice en catalán, y ésta, dentro de lo que el decoro permite á una mujer soltera y bien educada, dió á entender á Andrés que no le era indiferente.

El médico, cual todo hombre de inteligencia que no está cegado por la pasión, comprendió perfectamente lo que pasaba en el corazón de aquella mujer.

Y no sólo experimentó desde luego profunda conmiseración hacia ella, sino que dióse prisa á retirarse de su trato y del de su familia, pensando:

—¡Cuán desgraciada va á ser si por desdicha siente hacia mí algo parecido á lo que me inspira Emilia!

Sólo este rasgo demuestra á un mismo tiempo la nobleza del corazón de Andrés y lo arraigada que estaba en su pecho la pasión por la rubia.

¡Qué diferencia entre la conducta de ésta y la de Andrés!

Sin el castigo que sufrió la primera por su versatilidad, por haberse dejado llevar de vanidosos impulsos, tal vez extremaríamos la serie de las consideraciones á que el caso se presta.

Pero nunca nos ha gustado ensañarnos con la desgracia.

Quien por ésta se halla abrumado tiene ya en ello título bastante para nuestra consideración, y de aquí que nos limitemos á señalar el contraste sin entrar en ulteriores reflexiones.

¿Hay acaso sér más desdichado que la mujer que no

ha sabido ó no ha podido conservar inmaculada su honra, el más precioso de cuantos dones la concedió Naturaleza?

Prosigamos.

Lejos de impulsar á devaneos ni de ocasionar liviandades en Andrés la circunstancia que poco antes hemos mencionado, produjo en él un efecto totalmente distinto.

Hízole hastiarse antes, de la vida de campo y del pintoresco pueblo en que se había establecido.

Hizo que experimentara con mayor fuerza la necesidad de volver á la corte y de plantear el problema de cuya solución dependía su felicidad.

Pero la razón, la inexorable razón, continuaba diciéndole que aun era pronto.

Entonces adoptó una resolución intermedia.

Abandonó aquel pueblo, y entregándose al placer de la caza, al cual era muy aficionado, recorrió varios sitios, sin hacer parada en ninguno por más tiempo que de un par de días.

Propúsose no tener plan fijo; mas como esto es más difícil de realizar de lo que á primera vista parece, pues existen secretos resortes, desconocidos impulsos en nuestro corazón, que nos mueven y guian sin que de ello nos demos cuenta, fué el caso que Andrés, poco á poco, por manera insensible, se acercó á Madrid.

Claro está que no fué muy grande el avance á causa de lo largo de la distancia, pero sí lo suficiente para colocarle en una de las muchas estaciones desde las cuales podía tomar tren directo para la villa del oso y del madroño.

Aun entonces se resistió durante tres ó cuatro días.

Todavía trató de buscarse toda clase de distracciones para aturdirse y retrasar una resolución que cada vez se le imponía con mayor fuerza.

Por fin, ya no pudo esperar más.

A decir verdad, hallábase ya bastante fuerte; pero aunque no lo hubiese estado, es seguro que habría precedido de igual manera.

Era ya tan grande el afán que por regresar á Madrid le acosaba, que ni un solo momento hubiera demorado su resolución de hacerlo, fuesen cuales fueran las consecuencias.

Precisábale volver á respirar el mismo aire que respiraba Emilia.

Erale de todo punto necesario volver á ver á ésta y saber á qué atenerse respecto al interesante punto de si la joven correspondía ó no á su amor.

Aunque se hubiese sentido débil todavía, no habría dejado de proceder así.

Júzguese, pues, con cuánto gozo pudo decirse:

—Ya me encuentro restablecido; ya las emociones, sean de la clase que fueren, no pueden poner mi salud en grave riesgo... Ha llegado el instante de que, ó cesa de una vez mi martirio, ó lo que no es más que una leve dolencia, se convierta en incurable llaga... De todos modos, la realidad más espantosa es preferible á la desesperadora duda... Quiero saber lo que puedo esperar ó lo que he de temer, y sólo en Madrid pueden decirme una cosa ú otra.

Y dicho y hecho.

El mismo día que se hizo semejantes cálculos, preparó su equipaje, y tomó el billete del tren para Madrid.

¡Con cuánto placer tomó asiento en el coche que había de llevarle á su destino!

¡Con cuánta alegría escuchó el silbido de la locomotora cuando se puso en marcha!

¡Cuán grande fué su ansiedad desde que partió de la estación de salida hasta que llegó á la corte!

¡Y cuál había de ser su desesperación, al enterarse de algunos de los sucesos que habían ocurrido en ésta, y que de tan de cerca le afectaban!

CAPITULO LXXI

Después de la caída

Emilia, al salir de la casa donde había perdido su honra, no se atrevió á dirigirse en derechura al domicilio de su madre.

Instintivamente conocía que su rostro iba á revelar el horrible secreto.

Y ella estaba resuelta, al menos por entonces, á no confesar á su madre que había sido víctima de una emboscada, que había caído en un lazo infame.

—Si supiera que su hija se ha hecho indigna de llevar el apellido de su padre, la mataría el pesar,—pensaba.

Con la idea de recobrar un poco de tranquilidad, se dirigió hacia las afueras de Madrid, y el acaso la hizo encaminarse al poético Retiro.

Llegó hasta el estanque grande, adjetivo que diferen-

cia del llamado de las Campanillas, á una cantidad de agua que forma un extenso cuadrilongo limitado por una verja de hierro.

Allí Emilia permaneció largo rato contemplando las tranquilas aguas.

Como la hora no era muy á propósito para que abundasen los paseantes, la joven, que al llegar á aquel sitio estuvo acompañada solamente de dos ó tres individuos, acabó por encontrarse completamente sola.

Entonces, entre la soledad, el estado de su ánimo y la atracción que ejercía sobre su perturbada mente el elemento líquido, concibió una idea horrible.

Arrojándose al agua habría terminado de una vez la serie de disgustos y sinsabores que el porvenir la presentaba como única perspectiva.

Ella era de humilde posición.

Su seductor todo un excelentísimo señor duque.

Ella se había dejado engañar, bien que inconscientemente, sobrado motivo para que no pudiera ser acusada de liviandad.

Pero siempre hubiera presentado dificultades su enlace con hombre de tal prosapia como el duque del Solar.

¡Cuánto más difícil, ya que no imposible, resultaría la unión, desde el momento en que el duque había logrado la posesión de la joven y podía dar como pretexto para negarse á ir más adelante en sus propósitos, que quien tan fácilmente se había dejado engañar no merecía la honra de figurar en su familia y de llevar su apellido!

Emilia, que no era tonta, hízose desde luego tales reflexiones.

—Acaso conservando mi pudor, resistiéndome á sus

insinuaciones, dado caso que abiertamente me las hubiera hecho,—pensaba,—entre el cariño que tal vez me profese y el deseo de conseguir lo no obtenido, habríase resuelto á darme su nombre. Pero ahora que ya nada le queda que apetecer, ¿será posible que tenga bastante rectitud de conciencia para salvar la distancia de posición que nos separa, para hacerse cargo de que mi ligereza en prestarme á lo que creí inocente paso, no fué producto si no del amor y no de otro bastardo sentimiento, para darme, en fin, la reparación que necesito?... ¡No, no! los hombres todos son iguales... Aquel médico que me pareció tan excelente persona, que tan bien se portó con mi madre, apenas observó que yo le demostraba deferencia, eclipsóse; ya no le he vuelto á ver, temeroso, sin duda, de contraer ulteriores compromisos con una mujer pobre, pero honrada, como yo lo era entonces... ¿Qué hará éste que sobre ser rico es noble y que, mitad por fuerza, mitad de grado, ha conseguido lo que ninguna de nosotras debe conceder sino después de verificado el matrimonio? Sin duda me despreciará, se olvidará de mí, y la tristeza y la desesperación concluirán conmigo... ¡Antes que tal suceda vale más que ponga término á mis días!... Este sitio se halla solo, procuraré no hacer ruido, y cuando venga alguien sólo mi cadáver se encontrará...

Es lo cierto que Emilia experimentó un instante de vértigo.

Si éste se hubiera prolongado pocos segundos más, la fatal idea del suicidio habríase convertido de interna proposición en triste realidad.

Por fortuna, ó por desdicha suya, no sucedió así.

El instinto de conservación de la joven hizo surgir en su mente la imagen de su madre.

Doña Amalia debía estar ya esperándola con impaciencia.

Su tardanza la habría alarmado seguramente.

Era posible que ya, á la sazón, estuviese recorriendo los sitios á donde la joven acostumbraba á ir para preguntar si la habían visto.

Además, la madre de Emilia ya no era joven.

Entre las dos ganaban lo suficiente, sólo lo suficiente para mantenerse.

La joven contribuía á tal resultado en mucha mayor proporción que su madre, pues ésta no podía tener la ligereza ni la agilidad que aquélla.

¿Qué sería de la madre si la faltaba el apoyo de la hija?

Esta pregunta acudió al cerebro de Emilia con oportunidad bastante para hacerla desistir de su desesperado propósito.

—¡No!—se dijo.—No quiero borrar una falta con otra mayor... Estoy deshonrada; ignoro si obtendré reparación; mas sea lo que quiera, yo no debo desamparar á mi madre... He de ayudarla á que pueda sobrevivir á sus necesidades; he de asistirla hasta sus últimos instantes, pues lo contrario sería añadir el dictado de mala hija al de mujer irreflexiva, falta de seso... Yo debo vivir y viviré para cumplir mis obligaciones y para tratar de poner remedio á mi primera falta, si esto es posible.

Encauzadas de esta manera sus ideas, ya no pensó sino en adquirir un grado de tranquilidad ó más bien con aspecto de ella, que la permitiesen presentarse en su domicilio sin excitar sospechas en doña Amalia, pues estaba segura de que no la faltarían pretextos para justificar su tardanza.

Como jamás había dado el menor motivo de queja á su madre, ésta tenía en ella confianza omnímoda.

Cualquier cosa que la dijera, bastaría á dejarla convencida y satisfecha.

Así lo pensaba y así fué en efecto.

Cuando tras algunos paseos en los que no la faltaron ni escolta de impertinentes, ni montones de requiebros, se juzgó ya en situación de volver á su casa; y cuando por fin llegó á ésta, Amalia se limitó á decirla:

—¿Cómo has tardado tanto, hija mía? Comenzaba á inquietarme, y si no supiera que eres tan juiciosa como precavida, hubiese creído que te había pasado alguna desgracia. Pero me dije: No es posible eso: ni Emilia es capaz de faltar á sus deberes ni se parece á esas paletas que vienen de los pueblos y á las que atropella un coche porque no saben apartarse á tiempo... Sin duda cuando tarda, sus motivos tendrá... Pero, así y todo, me has dado un mal rato, te lo aseguro.

Emilia, para ocultar el efecto que le producían las palabras de su madre y que es fácil comprender supuestos los antecedentes, arrojóse al cuello de ésta, dióla mil besos y balbuceó algunas palabras que en rigor nada concreto decían.

Había en ellas algo así como tentativa de querer echar la culpa al locuaz del dependiente de la camisería y á la abundancia de concurrencia en el establecimiento.

Nada de satisfactoria tenía la explicación y menos aun de concreta, pero la confiada Amalia atribuyó la turbación de su hija al efecto que le habían causado sus palabras.

Entonces, temerosa de haber estado dura para con su querida Emilia, apresuróse á añadir:

—¡Vaya, tontuela!... no te apures. ¡Si no te riño! Ya sé que eres buena y juiciosa... Cuando has tardado es porque no habrás podido venir antes... Estoy persuadida de ello... No se hable más del asunto... Pero ¿qué es lo que tienes?... ¿A qué vienen ahora esas lágrimas?

Emilia, en efecto, más impresionada á medida que su madre se mostraba más llena de dulzura y de confianza, no había podido contener el llanto.

Comprendió, sin embargo, que se exponía á descubrirse de continuar de aquel modo, y haciendo un esfuerzo procuró serenarse y sonreir.

—Así, así me gusta,—dijo entonces la madre.—Nosotros los pobres, hija mía, no tenemos más que dos clases de bienes: la alegría y la virtud... Casi diría que no poseemos más que esta última, porque en rigor la primera es sólo una consecuencia de ella.

Cada una de las palabras de Amalia era un agudo puñal que se clavaba en el corazón de la joven.

Esta hubiera hecho el mayor de los sacrificios por evitar que continuara la conversación.

Pero su madre, que creyó haber hallado ocasión propicia para desarrollar el tema indicado en sus últimas frases, extendióse en largas consideraciones acerca de lo mucho que vale una mujer honrada y virtuosa y de lo importante que es en el bello sexo la conservación de tan preciadas cualidades.

El suplicio de Emilia, suplicio que involuntariamente la infligía la autora de su existencia, se prolongó tanto más cuanto que la joven no se atrevió á desplegar los labios para interrumpir el discurso temiendo que la emoción de que se hallaba poseída la vendiera, revelando aquello mismo que con tanto afán quería ocultar.

Al fin, doña Amalia guardó silencio, y aun quedó satisfecha del que había observado su hija mientras ella hablaba.

—Es una alhaja mi Emilia,—decía para sí.—En cuanto se la habla de asuntos serios no tiene sino oídos para escuchar, prueba evidente de que se penetra de la importancia de ellos y de que no hace lo que otras, que desprecian los consejos y avisos de la experiencia.

Pero Emilia, así que llegó la noche y estuvo sola en su alcoba, cayó de rodillas ante una imagen de la Virgen que se hallaba á la cabecera de su cama, y exclamó con dolorido acento:

—¡Madre mía!... ¡Madre de los afligidos!... ¡Tened compasión de mí!... ¡No prolonguéis este horrible martirio!... ¡Rehabilitadme ó llamadme á vuestro seno!...

CAPITULO LXXII

Hija y madre

No seamos muy severos con Emilia; anticipemos la afirmación de que la debilidad no sólo es condición peculiar del sexo débil, sino de toda la humanidad; y reconocemos que tratándose de mujeres y de hombres y de esta ó de la otra cuestión, la cuestión verdadera consiste en dar ó no dar el primer paso.

Los demás se andan por sí solos.

Hacemos esta advertencia porque es fuerza consignar que, pese al dolor manifestado y en realidad sentido por la joven, á sus propósitos de enmienda, al día siguiente volvió á ver al duque.

Después de todo y como ella se decía, para justificar su debilidad: ¿qué otra cosa mejor podía hacer, supuesto lo pasado?

Ya no le quedaba más recurso sino el de intentar que el matrimonio cubriera un desliz, como el pabellón cubre la mercancía en derecho marítimo.

Y para llevar á Julián al templo de Himeneo, era necesario no sólo verle, sino empujarle por medio de otra serie de condescendencias que él no anduvo parco en solicitar.

Claro es que á cada nueva concesión, sucedían las naturales exigencias, las lógicas reclamaciones por parte de Emilia.

Pero es más claro aun que el duque no andaba parco en promesas, hallárase ó no dispuesto á cumplirlas.

El seductor conocía la máxima de que prometer á nadie hizo pobre, y la practicaba con tanta mayor prodigalidad cuanto que la juventud, la belleza y el candor de Emilia, el candor, sí, aun después de lo sucedido, si no enamorado, teníale de veras enloquecido.

Momento llegará en que podamos hacer la anatomía del corazón de Julián y penetrar hasta el último repliegue de su citada entraña.

De momento nos hemos de contentar con saber lo que pasaba en el ánimo de la rubia.

Sabiendo que se había entregado por completo á su amante y que éste, si bien pródigo en palabras, no daba muestras de quererlas traducir en hechos y no echando en olvido que había perdido aquella dignidad, aquella delicadeza que la había llevado á repugnar la admisión de servicios gratuitos por parte de Andrés, no nos extrañará que sostuviera dentro de su corazón reñida lucha y que ora pensase con cariño en el duque, ora se desatase en denuestos contra él y llegara á decirse á sí misma que le aborrecía cordialmente.

La viveza de sus impresiones daba apariencias de realidad á cada uno de los susodichos cambios.

Pero, como no podía menos de suceder, los desfavorables al duque fueron poco á poco disminuyendo.

Si no apasionada, Emilia concluyó por sentirse subyugada moralmente por su amante.

La lucha que en su interior sostuvo hasta que esto se verificó, hubo de ejercer influencia en su salud.

Desmejoróse la joven de manera tan notable, que su madre llegó á alarmarse seriamente, después de haber comenzado por inquietarse de un modo ligero.

Como á la vista perspicaz de una madre digna de serlo, hay pocas ó ninguna circunstancia que se escapen de cuantas á los hijos se refieren, desde un principio había dicho ya Amalia á su hija:

—¿Qué es lo que tienes? Parece que no te sientes buena...

Pero ella se había apresurado á responder:

—No, no lo creas: me siento perfectamente... Sin duda son aprensiones tuyas...

—Acaso trabajas demasiado... ¿Estás fatigada, hija mía?

—¡Qué idea! Nada de eso...

—Es que quiero que me lo digas con claridad... Si estuviera segura de que acertaba, pronto pondría remedio... Nos mudaríamos de aquí á otra casa más barata; prescindiríamos de algunas gollerías, sobre todo para mí, porque te empeñas en cuidarme más de lo necesario, y de ese modo trabajando menos, podríamos continuar atendiendo á nuestras necesidades.

Emilia se sublevaba ante aquella idea.

—¡Vaya!—decía.—¡No faltaba más!... Cuanto tienes

te es necesario y yo me guardaré muy bien de consentir que te prives ni aun de lo más mínimo.

Y añadía para sus adentros:

—¡No faltaba más! El único dolor que por sufrir me queda es el de ver á mi madre careciendo de lo que la precisa, por suponer que si estoy pálida, si tengo ojeras, si adelgazo es á causa del trabajo que realizo para que nos sostengamos.

Hay que advertir que el duque había intentado diferentes veces hacer obsequios de consideración á Emilia y aun entregarle algunas cantidades para que su situación mejorase.

Mas la joven siempre le había dado la misma respuesta:

—Yo no quiero de tí otra cosa sino que cumplas conmigo como me has prometido hacerlo. Cuando seas mi esposo, entonces podré admitir lo que me dés para hacer agradable el resto de la existencia de mi madre... Hasta que eso suceda, yo me basto y me sobro para hacer frente á todo... ¡No faltaría más sino que yo me igualase á esas infelices que venden sus favores como una mercancía cualquiera!

Semejante respuesta causaba un doble y muy distinto efecto en el duque.

Agradábale y le enorgullecía por una parte, pues le daba alta idea de la conquista que había hecho y de su propio valer.

Y por otro lado le molestaba, á causa de hacerse comprender que no se desembarazaría de Emilia con la misma facilidad ni por igual camino que de otras, á quienes había satisfecho que las asignara una pensión ó que las entregase determinada cantidad.

Veía claramente que la joven no era de tal clase de mujeres y se estremecía al pensar en las consecuencias que podía acarrearle el haberla seducido.

Su temor era tanto más grande y resulta tanto más comprensible, cuanto que Julián, libertino, calavera, vicioso, todo lo que se quiera, no tenía pervertido el corazón, no sabía aun lo que es eso de seducir á una hija de familia, á una joven inocente y abandonarla, dejándola entregada á llanto y desesperación eternos ó expuesta á que el exceso de su dolor la lleve á una resolución extrema: á la prostitución ó al suicidio.

Una circunstancia que, dados los antecedentes, no era sino muy natural, ni debía ser sino muy esperada, vino á complicar la situación.

Emilia experimentó los primeros síntomas del embarazo.

Y de nuevo la infeliz mujer se vió en lucha con los sentimientos más encontrados.

Su descubrimiento la ocasionó rápidos anhelos y no menos rápidas variaciones de alegría, de dolor, de rabia y de abatimiento.

En cambio el duque, al recibir la noticia, sólo experimentó estupor y miedo.

No había pensado en la posibilidad de que tal ocurriera y se asustaba al pensar en las consecuencias de semejante suceso.

El día que lo supo, quedóse de piedra.

A duras penas pudo balbucear algunas palabras y tan grande fué su turbación, que Emilia no pudo menos de conocerla.

Grande, muy grande fué entonces su dolor: acaso nunca sufrió más la débil y desgraciada joven.

La actitud de Julián, al recibir aquella noticia, dióla á entender con brutal elocuencia que las promesas de su seductor no eran más que vana palabrería y que él pensaba en todo menos en reparar su falta como hombre de conciencia.

Cuando se convenció de ella adoptó una resolución decisiva.

Meditando sobre el caso en que se encontraba, dijo para sí:

—Voy á ser madre. Si él me quiere acelerará nuestra unión y nada se habrá perdido. Mas por si me deja, yo debo referir á la que me ha dado el sér lo que sucede... Es preciso, no solo hacer preparativos, sino evitar, en cuanto se pueda, que se enteren del caso los vecinos... y yo no quiero parecerme á esas mujeres que, con tal de aparecer á los ojos del mundo como poseedoras de una virtud que no tienen, dan muerte al fruto de sus entrañas y ocultamente lo lanzan á cualquier parte... Quien ha cometido la falta debe pagar la pena...

Consecuente con tal idea, aprovechó la primera ocasión propicia para revelar á su madre lo que la pasaba.

Doña Amalia la dijo un día que observó en sus ojos recientes huellas de llanto:

—Hija mía, es imposible que á tí no te suceda algo y algo grave... Has llorado y en casa no ha ocurrido nada que justifique tu pesar... Además, tu malestar, tu desmejoramiento aumentan de día en día... ¡Por cuanto para tí sea más sagrado, te ruego que tengas confianza conmigo y que sin reservas, ni reparos me manifiestes lo que sucede!

Emilia se acercó á su madre, arrodillóse á sus piés,

cogióla cariñosamente las manos que besó con respeto y, á la vez que daba rienda suelta á su llanto, dijo:

—Y si lo hago... ¿me perdonarás?...

Amalia se alarmó.

Tenía demasiada experiencia para no presentir la terrible confesión que había de seguir á tales palabras.

Pero también tenía demasiada bondad en su corazón para intentar siquiera añadir aflicción al afligido.

En consecuencia se apresuró á responder:

—No sé de qué falta vas á acusarte; pero sea la que fuere, ten presente que para tí no hay en mi pecho sino indulgencia y amor... Levántate, hija mía, ven á colocarte aquí junto á mi corazón, y en esa postura más propia de nosotras dos, díme sin recelo cuanto te ocurre... Si has sido culpable, las dos lloraremos tu falta y pediremos juntas al cielo que la perdone... Sino, yo me congratularé de haberme convencido, de que no se trata sino de cosas de poca monta... y tanto en un caso como en el otro, no te privaré de mis caricias ni de mi bendición.

Aún no había concluido de hablar doña Amalia cuando ya estaba Emilia en sus brazos y sollozando.

La madre esperó pacientemente á que el período agudo de aquel dolor pasará, y entonces dijo con dulzura:

—Pero bien, hija mía, ¿qué es lo que te ocurre? ¿A qué han venido esas demostraciones de dolor? Habla, espero escucharte con verdadera impaciencia.

—Oye, madre; oye y compadece á tu hija,—repuso Emilia.

Y tras aquellas palabras, con voz entrecortada por los sollozos, pero con frase viva, á la vez que exacta y lacónica, refirió á doña Amalia todos cuantos hechos habían mediado desde que, en mal hora, conoció al duque del Solar, hasta aquel mismo instante.

CAPITULO LXXIII

Las dos noblezas

Atentamente y en silencio escuchó Amalia á su hija, aunque en no pocas ocasiones hubo de clavarse las uñas en la carne, para no dejar escapar de su pecho su desgarrador gemido ó una exclamación de justificada cólera.

Al fin era madre y estaba oyendo la historia de la deshonra de aquella á quien había llevado en su seno.

Cuando la infeliz narradora terminó su relato y nuevamente quiso postrarse para reiterar la demanda del perdón, Amalia, con sublime esfuerzo, sofocó dentro de su pecho las propias emociones, ó mejor dicho, las exhaló todas en un apasionado beso que imprimió en la frente de su hija, tras de lo cual dijo con acento tranquilo:

—Has sido víctima de una desgracia. En cuanto acabo de escuchar, sólo te reprocharía tu falta de franqueza

para conmigo hasta este momento, sino comprendiera que cuanto has sufrido basta para darte por sobradamente castigada... Las circunstancias en que te hallas imponen que el remedio del mal sea rápido, y como tú no puedes ponérselo, yo me encargo de ello.

—¡Pero no me abrumas con tus cargos y tus maldiciones!—exclamó ingénuamente entre admirada y conmovida la infeliz Emilia.

—¡Yo!—dijo Amalia con hermoso arranque.—¡Yo inculparte! ¡Yo maldecirte!... ¡Ah! ¡Primero me inculparía á mí misma por no haberte podido vigilar con más esmero! ¡Antes me consideraré yo maldita por no haber sabido evitar lo que te pasa!... No, no, hija mía, mi único amor desde que murió tu padre, mi único consuelo, lejos de eso, ahora que te veo desgraciada me parece que te quiero más que antes y no tengo otra aspiración que convertir todos tus dolores en alegrías... y lo conseguiré, cueste lo que cueste, si Dios no me desampara.

—¡Oh! ¡Cuán buena eres y yo que criminal por haberme portado contigo como lo he hecho!...

—Dejemos eso, hija mía: no agotemos ahora en vano nuestra sensibilidad: harto consumo hemos hecho y aun habremos de hacer de ella...

—Pero ¿qué te propones?

—¿Tienes confianza en mí?

—Absoluta.

—Pues bien, sólo te exijo que me dés tu palabra de no intentar ver de nuevo á tu amante hasta que yo te lo diga.

Emilia repuso con acento que no dejaba duda de su sinceridad:

—¡Lo juro!

—Entonces... creo que aun podrá arreglarse todo felizmente.

Una triste sonrisa brilló en los labios de la joven, que había perdido gran parte de sus ilusiones en la última entrevista con el duque.

—Repito,—dijo con fuerza Amalia,—que todavía espero un desenlace afortunado... ¿Ignoras acaso de cuanto es capaz una madre para asegurar la felicidad de los seres que ha llevado en sus entrañas?

Ya no se atrevió á contestar, por más que tuviera en la punta de la lengua las siguientes palabras:

—Pero acaso no sabes tú quien es mi amante... ¡Ojalá le hubiera conocido yo antes de mi caída!...

Guardó silencio la joven, y Amalia, interpretando este por aquiescencia á su aseveración, extremó su bondad, cambiando de rumbo la conversación.

Como si su hija no hubiera acabado de hacerla gravísimas confidencias, habló con ella de mil asuntos que en rigor, no pueden ser calificados de indiferentes; pero sí de completamente extrañas á la cuestión y de muy á propósito para solazar el acongojado ánimo de Emilia.

Esta supo apreciar en todo lo que valía la noble conducta de su madre que la hizo avergonzarse una vez más así de su debilidad como de su anterior reserva.

Pasó aquel día sin otra novedad fuera de la que queda indicada.

Al siguiente, Amalia, en vez de enviar á su hija por lo necesario para la casa, según tenía por costumbre, salió ella misma á buscarlo.

Luego que lo hubo llevado, entrególo á Emilia y le dijo:

—Prepara la comida y luego ponte á coser. Yo voy á salir de nuevo.

—¿Qué intentas?—preguntó la joven, entre esperanzada y temerosa.

—Ya lo sabrás. Por ahora déjame obrar y ten la convicción de que todos mis pasos al bien tuyo han de ir encaminados.

—No lo dudo, pero...

—Es inútil que ahora me dirijas más preguntas, pues no he de contestarte. Hasta luego...

—¡Dios te dé acierto, madre mía!—repuso Emilia.

Amalia, por toda respuesta, la besó y la abrazó tiernamente.

Después salió á la calle, diciendo para sí:

—Preciso será que ese hombre tenga el corazón muy duro para que no le enternezca la desesperación de una madre.

Este pensamiento nos revela ya cual era el propósito de Amalia.

Había resuelto presentarse al duque y pedirle de rodillas, si necesario fuera, que reparase el ultraje de que había hecho víctima á su hija.

¿Lo conseguiría?

¿Quedaría aun en el corazón del duque una fibra noble, que vibrase al ser excitada por sentimientos tan respetables é intensos como los que llenaba el pecho de Amalia y ésta se disponía á dejar desbordar?

Sigamos á la viuda y pronto sabremos á que atenernos.

Amalia se dirigió en derechura al palacio de Julián, cuyas señas sabía Emilia que, á su vez, las había comunicado á su madre al manifestarla que había sido su seductor.

Ni la gran apariencia de la casa, ni el lujo del interior de ella intimidaron lo más mínimo á Amalia.

¡Cómo que hubiera sido capaz de presentarse en un real alcázar á pedir al más poderoso de los monarcas lo mismo que iba allí á solicitar!

¿De qué no será capaz una madre cuando se trata de la ventura de sus hijos?

—¿El duque del Solar?—preguntó lisa y llanamente al portero.

Este la miró de arriba abajo y, no sin cierto desabrimiento, al ver lo humilde del pelaje de la interrogante, contestó á ésta:

—Ignoro si su excelencia estará ya visible... Puede que aun no se haya levantado. Suba usted y pregunte.

Amalia no se lo hizo decir dos veces.

Tomó escaleras arriba, llegó al piso principal y llamó:

—¿El duque del Solar?—repitió al criado que salió á abrir la puerta.

El interpelado contestó gravemente:

—Su excelencia acaba de levantarse y no creo que reciba aun.

Amalia replicó, no sin puntas y ribetes de ironía:

—Pues haga usted el obsequio de decir á su excelencia que una señora desea hablarle para un asunto urgente.

La resolución con que se expresaba intimidó al criado.

—¿El nombre de usted?—preguntó.

—Su excelencia,—dijo ella subrayando irónicamente el título,—no me conoce y, de consiguiente, mi nombre no le explicaría nada; dígale usted que una señora de-

sea verle para un asunto que le interesa y que no admite demora.

El criado se encogió de hombros.

Dijo:

—Está bien; espere usted.

Y fué á trasmitir el recado de la misma manera que lo había recibido.

Amalia se quedó aguardando en la antesala y sufrió lo que no es decible en el corto rato que duró su espera.

Al fin reapareció el criado y dijo:

—Pase usted.

Levantó un *portier* y con un gesto puso á la entrante, bajo la dirección de otro fámulo que la guió hasta un pequeño gabinete y dijo á su vez:

—Siéntese usted y espere un momento, su excelencia no tardará en venir.

Amalia hizo lo que se la indicaba.

Julián, á quien había llamado la atención el hecho de que una señora se presentara en su casa, sobre todo, tratándose de una señora de cierta edad, según se le había manifestado, tampoco tardó mucho en presentarse en el gabinete.

Saludó cortesmente á Amalia y dijo:

—Ruego á usted, señora, que me manifieste en qué puedo tener el honor de servirla.

Amalia le miró de frente y procurando contener los latidos de su corazón que parecía querer saltársele del pecho, repuso:

—Ante todo, he de decir á usted quién soy.

—Así lo he creído, y por eso y por cortesía, me he abstenido de preguntarlo.

—Pues yo creí que omitía usted la pregunta por haberlo adivinado.

—¡Yo!

—¿No le dicen á usted nada mis facciones?

—Si he de ser franco, no recuerdo...

—Sin embargo, es opinión general que me parezco mucho á mi hija...

—¿Y quién es su hija de usted?

Amalia, nerviosa hasta lo sumo, se puso en pié y dijo:

—Soy la madre de Emilia y supongo que bastará esta manifestación para que comprenda usted á que vengo.

El duque se turbó.

Realmente, ó era mal fisonomista ó no había sabido encontrar en las facciones de Amalia el parecido con las de Emilia, pues es lo cierto que la relación le cogió completamente de sorpresa.

—¡Ah!—balbuceó.—¡Conque usted... usted es...!

—Ya lo he dicho: soy la madre de Emilia, de la desgraciada joven de quien usted ha abusado de un modo que... me abstengo de calificar porque no quiero herir al que ha de ser padre de mi nieto...

—¡Señora!...

—Es inútil que se obstine usted en negarlo... ó mejor dicho, puede hacerlo, si le place... Yo entonces saldré de aquí en seguida, y teniendo el gusto de llevarme la convicción íntima de que el duque del Solar no tiene ni siquiera el valor de reconocer sus faltas, sin duda para evitar que se le pida la debida reparación de ellas.

Julián era vanidoso.

Aquellas palabras y la falsa interpretación que las dió, hiriéronle en más lo vivo.

Pensando que Amalia iba á ventilar cuestión de intereses, apresuróse á replicar:

—Poco á poco, yo no he negado nada...

—Luego confiesa usted...

—¿Que Emilia es una joven encantadora? ¡Oh! Sin duda... ¿Que estoy verdaderamente interesado por ella?... Pues es cierto... ¿Que me encuentro dispuesto á atender á todas cuantas necesidades tenga así ahora como en lo sucesivo?... Está claro: sólo falta fijar la cantidad, cosa que ella no ha querido hacer nunca, pero que usted...

No concluyó la frase.

Amalia, que se había puesto en pié nuevamente, mirándole con ojos chispeantes de indignación, pronunció esta sola palabra:

—¡Miserable!

Pero la pronunció con tal acento que el duque se quedó anonadado.

CAPITULO LXXIV

Continuación

TRABAJO le costó á Julián recobrarse lo suficiente para contestar al fulminante apóstrofe de Amalia, con voz no muy segura:

—Señora... semejante insulto... si fuese proferido por un hombre...

—¡Ah!—le interrumpió ella amargamente.—¡Pues si yo fuese hombre, piensa usted que me habría contentado con lanzarle al rostro el calificativo que merece! ¡Oh! No: si yo no fuese mujer, al ver á mi hija villanamente deshonrada y al oir que su seductor, por toda reparación me ofrecía un puñado de oro, no hubiera puesto en movimiento mi lengua, sino mi mano, primero para cruzarle el rostro y luego para atravesarle el corazón... Mas por desgracia soy mujer y aunque tal vez la desesperación me dé fuerzas para ir hasta un extremo terrible, entretanto no me queda otro recurso sino el

de escuchar proposiciones humillantes, mostrar la indignación que me inspira y luego llorar y suplicar á usted que busque la manera más decorosa de reparar el mal que ha causado.

Estas últimas palabras, en virtud de una rápida y natural transición, fueron pronunciadas con voz llena de lágrimas.

Apenas las hubo dicho, Amalia se dejó caer otra vez en el sofá, sollozando amargamente.

El duque se sintió conmovido, pues no pudo dejar de comprender cuán verdadero era aquel dolor.

—¡Señora, por Dios!—exclamó.—Cálmese usted y veamos qué es lo que pretende...

—¡Y usted me lo pregunta! Cuando se seduce á una joven honrada y pura, á una joven que ha sido siempre la admiración de todos por sus virtudes y el consuelo, el encanto, la esperanza de su madre, único apoyo que tiene en el mundo... Cuando tan vil acción se comete, ¿cabe otra reparación que el matrimonio?

El duque hizo un movimiento y se dispuso á hablar.

Amalia no le dió lugar á ello.

Con exaltación creciente continuó:

—Sí, ya sé lo que va usted á decir: ella es pobre, usted rico; usted es noble, ella... ella lo es también, acaso más que usted... ¡Oh! No me desdigo: nada más lejos de mi ánimo que ofender la memoria de los padres de usted, á quienes no he conocido; pero ¿sabe usted quién fué el padre de mi hija? Pues fué un pundonoroso militar, un capitán del ejército español, que derramó varias veces su sangre generosa en defensa de su patria, que dejó una hoja de servicios intachable, tan limpia como sucio de sangre enemiga estaba su acero... Mi Emilia es

hija de un hombre leal, valiente y honrado que siempre llevó alta la frente, porque en ella no entraron nunca ideas miserables como la de seducir á una pobre joven sin amparo, sin protección de nadie... ¡Oh! No: si alguna vez hubiera sentido que su corazón experimentaba tan vil impulso, habría sido capaz de arrancárselo y hacerlo pedazos con sus propias manos... Y esto no lo afirmo yo; esto lo dirán y lo sostendrán todos sus compañeros de armas; esto no tendrá inconveniente en asegurarlo el general que tras reñida acción contra los filibusteros cubanos, en la cual mi pobre esposo hizo prodigios de heroísmo, le colocó por sí mismo la cruz de San Fernando en el pecho y en la orden del día siguiente le citó como modelo á todas sus tropas... ¿No le parece á usted, señor duque, que esta clase de nobleza iguala, por lo menos, á la de usted?

Julián aturdido ante aquel contundente razonamiento, dijo con voz insegura:

—Pero si yo no he dicho... si no he tratado de suponer...

—Entonces ¿qué inconveniente se opone, á que usted cumpla su deber como un hombre honrado?... Si no es la diferencia de clase, tampoco lo ha de ser la de posición, porque tenga usted presente una cosa: yo lo que pido es la reparación de un ultraje; fuera de esto, nada más ambiciono y estoy segura de que mi Emilia, si algo más ha de reclamar ha de ser que corresponda usted al cariño que ella ha sentido y que de tan fatales consecuencias para ella ha resultado... Pero aun de esto se puede prescindir... Si usted abriga la menor sospecha de que nos guíe una idea de lucro, adopte cuantas medidas sean necesarias para impedir este... Cásese usted

con mi hija, luego de haber puesto sus bienes á cubierto de toda eventualidad de que puedan ser disfrutados por nosotras; yo me comprometo á llevarme á Emilia conmigo el mismo día de la boda y á que, si usted no quiere, no vuelva á verla más, ni sea nunca molestado por ella; pero que su honra quede á cubierto, que el fruto que lleva en sus entrañas pueda librarse de la fea mancha de ilegitimidad... ¡Esto, esto únicamente es lo que vengo á suplicar á usted, lo que estoy dispuesta á pedirle de rodillas!...

En efecto, Amalia, uniendo la acción á la palabra, intentó arrodillarse delante del duque del Solar.

Pero éste no lo consintió.

Obligóla á permanecer sentada con suave violencia y murmuró, más bien hablando consigo mismo que dirigiéndose á su interlocutora:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!... ¡Qué compromiso!... ¡Qué situación!...

Amalia, animada por aquellas palabras, replicó:

—La que usted mismo se ha creado y nos ha creado á nosotras; pero en realidad, todo puede acabar de un modo satisfactorio...

—¡Oh! ¡Imposible!

—¿Qué dice usted?

Julián en cuyo interior se estaban sosteniendo una horrible lucha, no se atrevió á responder.

Mas Amalia no pudo conformarse con su silencio.

—Ha dicho usted ¡imposible!—insistió.—¿A qué se refería?... ¿Es imposible su enlace con Emilia? ¿Y por qué?... Ella, indigna ya de la mano de cualquier otro hombre, es muy digna de la de usted, mejor dicho, tiene derecho á ella y de consiguiente...



En efecto, Amalia uniendo la accion

—¡Señora!—exclamó Julián.—¡En nombre del cielo, déjeme usted!... Ni sé lo qué me digo, ni lo qué pienso, ni...

Aquellas palabras dieron alguna esperanza á la pobre madre.

Cuando así se expresaba el duque, era porque le habían hecho mella sus reflexiones.

Esto, por lo menos, fué lo que Amalia pensó para sus adentros.

Y realmente no iba descaminada.

No nos atreveríamos á afirmar que el duque estuviera enamorado de Emilia, según ya indicamos en otro caso.

Pero sobre que la joven distaba mucho de serle indidiferente, como quiera que no era malo en el fondo, padecía de un modo espantoso al hallarse frente á aquella madre desolada que le suplicaba con lágrimas en los ojos que salvase el honor de su hija, aunque no la hiciera partícipe de las dulzuras ni de las ventajas de su posición.

La agitada vida de Julián habíale hecho tratar multitud de gentes de todas clases, y esta circunstancia habíale dado cierto conocimiento del mundo, merced al cual, en aquellos momentos tenía la plena convicción de que Amalia no le engañaba en las protestas de desinterés que hacía.

Hallábase, pues, ante una cuestión, no de dinero, sino de dignidad.

La primera hubiese sido zanjada por él con el mayor gusto é inmediatamente.

La segunda, en los términos en que se había planteado, necesitaba por lo menos, ser meditada en calma.

Es decir, esto era lo que pensaba el duque.

Una persona que hubiese tenido más arraigada y firme en la conciencia la acción del deber, no hubiese necesitado ni un solo instante para decidirse, pues harto habría comprendido que la exigencia que se formulaba era justísima y que sólo cumplía satisfacerla.

Pero no solo no tenía Julián tales condiciones, sino que precisamente por aquellos días y con motivo de la desgracia de una familia por quien le hablaron, había hecho, si se nos permite la palabra, derroche de sentimentalismo.

De aquí que no se mostrara muy dispuesto á reincidir.

Habíase necesitado toda la fuerza que da la razón y toda la elocuencia que su cariño y su interés de madre sugirieron á Amalia, para que el duque no la hubiera mandado á paseo, políticamente, desde las primeras frases.

Como hemos visto, no sólo no lo había hecho así, sino que, al final de la conversación mostrábase aturdido, acorralado, sin vigor para adoptar ninguna resolución, ni en sentido favorable, ni en sentido contrario á los intereses de Emilia.

Esta misma indecisión, tratándose de quien se trataba, no dejaba de constituir un éxito.

Así lo comprendió Amalia y por ello, antes de marcharse, trató de dar un paso más en dirección al logro de sus legítimos deseos.

—Comprendo,—dijo,—que no esperaba usted ni mi visita, ni por tanto, mi petición. Esto explica que no me conteste á ella desde luego. Esperaré que usted se resuelva, durante todo el día de mañana... Pasado mañana volveré á saber la respuesta definitiva que no dudo será

la de un hombre honrado... Pero entretanto ¿no podré llevar á mi pobre hija una palabra siquiera de esperanza?

—¡Por Dios, señora!—volvió á exclamar Julián.—Acabemos, al menos por hoy. No se hable más del asunto: venga usted pasado mañana y ya habré tomado mi resolución, aunque no oculto á usted que veo muchas dificultades para complacerla... Emilia es hermosa, es buena, no lo niego; su origen es tan limpio como el mío, concedido; pero no está ahí la cuestión, ni en que se aproveche más ó menos de mis intereses, sino en que el mundo ve las cosas de cierta manera y hace una separación de clases, arbitraria si se quiere, más que daría lugar á que se tachase de ridículo mi casamiento con su hija de usted, á que fuéramos objeto de hablillas y murmuraciones... Y conste que esto no es decir ni que accedo ni que me niego á su petición... Buscaré un medio de conciliarlo todo, y si lo encuentro... entonces veremos... Hasta pasado mañana.

Ya no se atrevió Amalia á insistir más.

Despidióse del duque y, á decir verdad; no salió muy disgustada de la entrevista.

Había creído que iba á tropezar desde luego con una negativa y esto no había sucedido.

Es más: se admitía la posibilidad de que la respuesta fuese satisfactoria.

Y lo sería ¡vaya si lo sería!... ¡Pues qué! ¡Sería posible que fuese despreciada Emilia!

Tal pensaba Amalia.

Pero todas las ilusiones que se forjó y de las que hizo partícipe á su hija, vinieron por tierra cuando dos días después volvió al palacio del duque y la dijeron que

éste había salido de Madrid sin decir á qué punto se encaminaba ni cuanta sería la duración de su ausencia.

Era evidente que Julián no había encontrado medio mejor de evitar compromisos que poner tierra por enmedio.

CAPITULO LXXV

Mefistófeles

La visita inesperada de Amalia, sus palabras llenas de fuego y de razón, sus amenazas y sus lágrimas habían conmovido á Julián.

Cuando la madre de Emilia se fué, el duque permaneció largo rato abismado en meditaciones.

¿Por qué no se había de casar con la mujer á quien había seducido?

Sus relaciones con otras no tenían comparación con las que sostenía con Emilia.

Aquéllas eran mujeres fáciles que hacían del amor un pasatiempo ó un comercio.

Esta era una joven inocente, á quien él había dejado inutilizada para ser, de un modo decoroso, la esposa de otro cualquier hombre.

Es más: en este caso ni siquiera tenía el duque la excusa de no pocos libertinos.

Ni aun podía decir que la que se había mostrado débil de soltera no se mostraría muy fuerte de casada, pues en realidad la joven había sucumbido, no por su debilidad, sino por su exceso de confianza, víctima de un lazo alevosamente tendido por su seductor.

Este, pues, no tenía nada que echarla en cara y sí mucho que reprocharse á sí propio.

Todo esto y mucho más se dijo el duque del Solar y á causa de tales reflexiones, acabó por decidirse casi resueltamente á reparar el mal que había causado.

Por desgracia es un hecho frecuentemente repetido en la realidad el que consignan los siguientes versos:

> Dios premia al bueno, pero viene el malo
> le quita el premio y le administra un palo.

El malo en aquella ocasión fué uno que lo era de veras.

Fué Federico Montesinos.

Por consecuencia de sus reflexiones, habíase puesto el duque á escribir una carta dirigida á Amalia manifestándola que era inútil esperar los dos días que pidiera de plazo, pues estaba resuelto á satisfacer sus deseos, cuando le anunciaron una nueva visita: la de su titulado amigo Montesinos.

—Que pase,—dijo Julián interrumpiendo la epístola.

Un momento después, Federico penetraba en la habitación.

Cambiáronse entre ambos jóvenes los naturales saludos y tras ellos dijo el duque:

—Tengo que participarte una novedad.

—¿Buena ó mala?

—Según.

—No entiendo eso.

—Quiero decir que según el criterio de la persona que lo sepa.

—Pues todavía está oscuro y huele...

—A matrimonio. ¿Eres tú partidario del casamiento?

—¡Líbreme Dios!... Es decir, á mí me gusta mucho... que se casen los demás. Cuando uno ha cargado con una mujer, ya estoy seguro de que ésta no me ha de pescar para llevarme á la vicaría.

—Déjate de bromas.

—¡Qué bromas ni qué ocho cuartos! Lo digo como lo siento.

—Pues has de saber... que me caso.

Federico se sobresaltó.

Ya sabemos que el duque era para él un filón del que sacaba muy buenos productos.

Por eso pensó:

—¡Malo! Si éste se casa, su mujer ya se cuidará de impedir que otra persona que no sea ella le saque los cuartos y entonces... ¡adiós mi dinero! Yo estaré de más...

Sin embargo, hizo un esfuerzo, disimuló el mal efecto que le había causado la noticia y dijo procurando afectar indiferencia:

—Pues nada, chico, te acompaño en el sentimiento.

—Me parece,—repuso jovialmente el duque,—que conociéndome como me conoces, á quien debes acompañar en el sentimiento no es á mí, sino á ella.

—Según quién sea ella.

—¿No lo adivinas?

—Ni me calentaré mucho los cascos por adivinarlo, porque es más sencillo que me lo digas tú.

—Tienes razón... Se trata de Emilia.

—¿Y quién es esa Emilia?—dijo Federico que en realidad no pensaba en la hermosa rubia.

—Pues es... la joven que tuvo la culpa de que tú pasaras por tío mío y te pusieras aquella peluca tan fea.

Federico palideció.

Quedóse suspenso durante algunos momentos y por fin lanzó una carcajada.

—¿De qué te ríes?—preguntó sorprendido Julián.

—De nada, chico, de nada: confieso que la broma ha sido buena...

—¡La broma!

—Es claro. Llegué á temer por tu libertad al ver lo serio que hablabas de matrimonio; ya te había echado un responso para mis adentros, pensando: Otro primo más...

El duque hizo un movimiento de impaciencia.

Luego dijo:

—Pues te advierto que hablo con formalidad; me caso con Emilia y no veo que tiene ello de particular... Ya sé que carece de fortuna, pero eso nada supone; yo soy rico por los dos... Y luego, ella sobre hermosa es honrada...

—¡Eh!

—Honrada, sí; y la prueba es que tuve que acudir á una superchería que...

—¡Chico, chico! ¿te has confesado hoy?—interrumpió Montesinos.

—¡Vaya una pregunta!

—Muy natural: te veo dispuesto á echarte un ser-

món á tí mismo, lo cual ya es el colmo de la religiosidad...

—Está visto que contigo no se puede hablar en serio. Repito que se trata de un hecho real y positivo: me caso con Emilia.

—Y yo repito que no puedo tomar en serio la noticia, aunque vengan frailes descalzos y me lo juren.

Julián frunció el ceño.

—Veamos, explícate,—dijo.—¿Qué tiene de particular el caso?

—¡Ah! Si lo tomas de ese modo, nada... Ya me he callado.

—Pero...

—Nada, chico... cásate y... que te aproveche.

El duque se puso en pié, dirigióse á su amigo, le cogió por el brazo y repuso:

—No, no: es necesario que te expliques... Has hablado ya demasiado para callarte... Yo necesito saber la causa de que halles tan extraño un hecho que á mí no me parece sino muy natural, pues aunque no mediara lo que media, aunque sólo se tratase de un hombre rico que se casa con una mujer pobre, ésto no tiene nada de particular, es cosa que se ve todos los días...

—Y que se verá mientras el mundo sea mundo y haya hombres tontos y mujeres listas.

—Si continúas encerrándote en esas vaguedades, me vas á incomodar. ¿Quieres hablar claro? ¿Sí ó no?

Federico no deseaba otra cosa.

Sin embargo, juzgó oportuno hacerse rogar un poco todavía y sólo ante otra nueva conminación de su amigo, dijo:

—¡Ea! voy á complacerte, pero con una condición.

—¿Cuál es?

—La de que no te has de incomodar conmigo, si mi parecer te molesta.

—¡Pues no faltaba más!

—Es que quiero que comprendas que solo me mueve la amistad que...

—Haz el favor de suprimir semejantes explicaciones que son ociosas y entra en el asunto.

—Pues bien, el asunto es que no se me alcanza como ha podido ocurrírsete un disparate como el que proyectas, si es que me hablas en serio... Ya, ya veo que te dispones á afirmarlo de nuevo; no hace falta que me interrumpas para decirlo... Pero ven acá, criatura ¿quieres decirme á santo de qué viene ese matrimonio con una persona de la cual ya has logrado todo cuanto puedes apetecer? ¿No comprendes que ni por su familia, que no niego será honrada, ni por su posición, es digna de tí?... ¿No reflexionas, además, que hay amigos tuyos que ya conocen á Emilia como tu conquista y en los que producirá deplorable efecto el verla convertida en tu mujer? Uno creerá que le has engañado al asegurarle que era tu amante y que has tenido que casarte para conseguirla; otro dirá que has sido un memo y que te has dejado enredar; éste pensará que ha habido quien con amenazas te ha impuesto la coyunda matrimonial; aquél juzgará por los antecedentes que tu mujer es pan comido y la acosará con sus exigencias... En una palabra: el casamiento, en mi opinión, es ya malo de por sí; pero un casamiento como el que tú proyectas, ya no es malo, es mucho más, es lo que se llama archipeor...

Aun añadió, no más razones, sino más sofismas el vil Federico, para inculcar en la mente de su amigo que

el matrimonio que proyectaba era un desatino, una locura y una vergüenza.

Y fué lo triste que al fin consiguió su objeto.

Julián tras de haberse quedado pensativo, murmuró:

—Sí... sí... Veo que no dejas de tener razón...

—¡Oh! Es que me parece que mis argumentos poseen una fuerza incontrovertible...

—Cierto... en verdad... Pero el caso es que ya... habiendo venido aquí la madre...

—¡Ah! ¿La madre te ha venido á ver?

—Sí; mira precisamente ahora estaba escribiéndola... Lee la carta y así te harás más cargo de la situación.

—Venga.

El futuro marqués del Pino cogió el papel que le presentaba su amigo y lo leyó con aparente indiferencia, pero con real interés.

Luego lo devolvió, diciendo:

—¿Sabes lo que yo haría con él?

—¿Qué?

—Mil pedazos... y los esparciría al viento para que no me diere la tentación de reunirlos.

—Pero es que, si no la escribo, muy poco habré adelantado... Llegará pasado mañana, se presentará aquí... y yo te juro por quien soy, que no tengo ánimo para oir sus reflexiones, ni mucho menos sus lágrimas y lamentos.

—¿Y esa es toda la dificultad?

—¿Te parece pequeña?

—Pequeñísima.

—¿Pues cómo la salvarías tú?

—¡Oh! De la manera más sencilla que imaginarse puede; haciendo un viaje que durase algún tiempo, desapareciendo de la noche á la mañana sin dejar huella de mi paso... Ya verías como se olvidaban de tí... y si no lo hacían luego, tendrías tú mayores motivos para apreciarlas.

El débil Julián siguió el consejo de Montesinos y así éste, á la vez que aseguró la continuación de la explotación de aquél, comenzó á vengarse de Emilia por haber rechazado sus amorosas pretensiones.

CAPITULO LXXVI

El ángel bueno

GRANDE fué la amargura de Emilia y de su madre al enterarse de la inopinada marcha con visos de fuga, del duque del Solar.

Semejante suceso equivalía á la muerte de sus esperanzas de rehabilitación.

Cuando el duque se había ausentado antes de la fecha en que debía celebrarse su entrevista con Amalia, era sin duda porque no hallándose dispuesto á dar á ésta una contestación satisfactoria, había querido evitarse escenas ó violentas ó tristes.

Luego ya nada había que esperar.

Así lo pensaron las dos mujeres, y claro está que no iban descaminadas en sus suposiciones, pues Julián habíase dejado llevar, como sabemos, por los pérfidos consejos de Federico Montesinos, en unión del cual se había ausentado de la Corte.

Entretanto Andrés volvió á ésta, ya completamente restablecido de la enfermedad que había puesto su vida en peligro.

Su primer cuidado apenas puso el pié en Madrid, fué el de averiguar la conducta y las circunstancias en que estaba Emilia y su madre.

Sólo por ellas, más bien, sólo por la primera había esperado ansioso el momento de regresar á la heroica villa.

Si hubiese estado ya en relaciones con la rubia al ausentarse, no la habría hecho la ofensa de tomar informes de ninguna clase respecto á su proceder.

Mas como no era así, hallándose ambos desligados de todo vínculo que les obligara á guardarse mutua fidelidad y estando Andrés resuelto á presentarse á solicitar la mano de la joven, nada más natural sino que, antes de arriesgarse á dar semejante paso, tratara de adquirir la certidumbre de que no se le había adelantado ningún otro y que, por tanto, sólo corría riesgo de no ser del agrado de la persona solicitada.

Como las noticias que anteriormente había adquirido respecto á ésta no podían ser más favorables de lo que fueron, si algo estaba lejos de la imaginación de Andrés era el resultado que debían dar sus nuevas investigaciones.

A la sazón tratábase solamente de averiguar si había ocurrido novedad durante su ausencia.

Y el médico pensó, no desacertadamente, que para el caso quien mejor podía servirle era uno cualquiera de los vecinos de la casa en que vivía doña Amalia.

En consecuencia y poniendo gran cuidado para no ser visto, fuese á rondar por las inmediaciones de la

casa donde vivía su amada y por allí permaneció más de una hora en acecho de las personas que en el edificio entrasen ó que saliesen de él.

Al cabo tropezó con lo que necesitaba.

Salió un hombre de la casa, y el médico dijo para sí:

—Este es el vecino charlatán á quien mandé por las medicinas cuando á doña Amalia se la encendieron los vestidos... El me proporcionará todas las noticias que necesito.

Dejóle que anduviera algunos pasos y luego echó tras él.

Cuando ambos hubieron doblado la esquina, poniéndose así fuera del alcance de miradas indiscretas, Andrés apretó el paso y alcanzó al vecino.

Entonces se detuvo como si casualmente reconociese á éste al pasar y exclamó:

—¡Ah! ¿Es usted amigo mío?

—¡Calle! ¡El famoso médico de las quemaduras!...—dijo á su vez el interpelado con la mayor espontáneidad.

—El mismo. ¿Cómo está usted?

—Perfectamente. Yo tengo una salud de hierro; en no sé cuántos años, jamás he hecho ni siquiera un día de cama... Si todos fueran como yo no ganarían ustedes mucho...

—Y yo no lo sentiría,—repuso el médico sonriendo.

Al mismo tiempo que pronunciaba estas palabras, sacó su petaca y de ella dos magníficos cigarros, uno de los cuales ofreció á su interlocutor.

—¡Caramba!—exclamó éste.—Son de la Habana... No los había fumado desde que hace diez ó doce años me regaló dos un diputado medio pariente de un amigo

mío... Me hizo un encargo y como comprendió que yo no era de los que toman dos pesetas por un mandado, me gratificó con un par de brevas...

—A propósito de encargos,—le interrumpió Andrés asiendo la ocasión por los cabellos.—Recuerdo que en cierta ocasión yo le hice á usted uno...

—¡Ah! Sí... pero aquello no valía la pena... Ir por unas recetas para doña Amalia... Total, nada.

—Sí, eso es, para doña Amalia... ¿Y qué tal está esa señora?

—Ella está buena de salud, pero...

—Ya entiendo, de intereses no andará muy bien.

—No es eso.

El médico procurando disimular su emoción, repuso:

—¿Acaso iba usted á decir que... que su hija no se encuentra bien?

El vecino guiñó maliciosamente los ojos y replicó:

—Verá usted, mala... vamos, aquello que se dice mala, no está...

—Comprendo, algún resfriado...

El vecino se echó á reir.

—¡Buen resfriado nos dé Dios!—exclamó.—No es eso, sino todo lo contrario.

Andrés hubiera dejado en el sitio con la mirada, si para tanto hubiese tenido poder, á aquel hombre que parecía complacerse en atormentarle.

—Pero, en fin, — dijo con voz ahogada, — ¿qué es ello?

Su interlocutor se aproximó á él hasta casi pegársele y en tono bajo y confidencial respondió:

—Pues lo que le pasa á la señorita Emilia, es decir

lo que tiene... es cosa que siempre se sabe lo que es á los nueve meses, lo más tarde.

—¡Qué dice usted!...—dijo con destemplado acento el médico, clavándose las uñas en la palma de la mano para disimular la conmoción que le causó tan inesperada nueva.

—Digo... digo que por el mundo andan muchos bribones que van á caza de chicas bonitas... y lo que es á esa ya la han cazado... La pobre bien trata de disimularlo y ya no sale como antes á los recados, ni se muestra delante de nadie... Ahora es la madre la que va... Ya han despedido la casa, sin duda, para que ninguno se entere... Pero lo que es á mí no me la pega nadie... A vista y á olfato no hay quien me gane...

—¡Oh! Sin duda se engaña usted...

—Eso quisiera, porque vamos, yo las aprecio y... es más, no se lo he contado esto á nadie más que á usted... y á usted se lo he dicho porque como es el médico de la casa, está claro, cualquier día le llaman á usted y vale más que esté prevenido y sepa de que se trata... Así no se quedará usted de piedra como me quedé yo el día que lo descubrí por una casualidad...

Andrés no quiso saber más.

Despidióse bruscamente de su interlocutor que se quedó diciendo:

—¿Qué le habrá dado al famoso médico? Parece que le ha picado la tarántula... En fin, de todas maneras no puede negarse que es muy fino... y que fuma muy buenos cigarros... No los fumaría de esta clase si todas las personas tuvieran tan buena salud como yo... á Dios gracias.

Entretanto el médico se alejaba pensando para sus adentros.

—¡Imposible! ¡Imposible!... Esto es sin duda un horrible sueño... ¡No puede ser!... ¡Ella, mi Emilia, no sólo tener un amante sino hallarse en vías de ser madre!... Y sin embargo, ese pobre hombre que ignora el interés que yo tengo en el asunto ¿para qué, ni con qué fin me habría de engañar?... De todas suertes, forzoso es que yo aclare la verdad; debo procurar enterarme de lo que ha sucedido y proceder según lo que resulte cierto... ¡Es doloroso!... ¡Oh! Sí, ¡mucho!...

Conforme se hacía las anteriores reflexiones el médico iba desandando lo andado y de consiguiente volvía hacia casa de doña Amalia.

Llegado que fué junto á ella, estuvo á punto de subir desde luego.

—Así me enteraré en seguida por mis propios ojos de la verdad,—pensó.

Pero en seguida cambió de parecer, calculando que Emilia experimentaría un bochorno horrible, lo mismo que su madre, si como todo lo hacía suponer, era cierta la noticia.

Esta consideración le hizo permanecer clavado junto al portal durante largo rato.

Dios sabe cuánto tiempo hubiese continuado allí de no llamarle la atención el ruido de pasos de una persona que bajaba la escalera.

Entonces el médico se pasó con ligereza al portal de enfrente.

Apenas habría tenido tiempo para ocultarse cuando vió salir á la madre de Emilia, que parecía haber envejecido diez años en la corta temporada que mediaba desde el día en que ambos se conocieron hasta aquella fecha.

Andrés ya no fué dueño de contenerse por más tiempo.

Movido de irresistible impulso y sin parar mientes en lo extemporáneo y anómalo de su acción, adelantóse hacia Amalia, se colocó á su lado y saludándola con una inclinación de cabeza, la dijo precipitadamente, á la vez que la daba un apretón de mano:

—Señora, yo he adorado, adoro todavía á su hija de usted... Por esto he querido tomar ciertos informes... Diga usted ¡en nombre del Cielo!... ¿es cierto que su hija de usted ha sido villanamente seducida?

Fácilmente se comprende que aquella revelación y aquella pregunta, hechas á boca de jarro, dejarían de pronto suspensa á la pobre doña Amalia.

Recobróse, no obstante, con rapidez y sus mejillas se colorearon de alegría, sentimiento que expresó también una fugitiva sonrisa que entreabrió sus labios.

—¡Ah!—repuso.—¡Dios es justo!... ¡Al fin encuentro un vengador!...

Estas palabras eran toda una revelación, pues por sí mismas equivalían á una contestación categórica y afirmativa.

Así lo entendió Andrés que se apresuró á exclamar:

—¡Y qué duda tiene! Lo menos que puedo hacer contra quién me ha arrebatado la felicidad, es privarle de la vida... Dígame usted pronto quién es, déme su nombre y Emilia no tardará en estar casada ó vengada.

No se hizo rogar Amalia.

Procediendo con natural egoísmo, mirando sólo á sus deseos de arreglo ó de venganza y no á otra conveniencia, pronunció el nombre del duque del Solar.

Andrés tuvo que apoyarse en la pared para no caerse.

Pero pasada la primera emoción, exclamó con voz cavernosa:

—¡Señora!... Ese hombre es para mí sagrado; pero juro á usted que se casará con Emilia, cueste lo que cueste.

CAPITULO LXXVII

En busca del duque

PROFUNDA impresión causó en Andrés el conocimiento de las novedades ocurridas durante su ausencia en la honrada familia que él había creído poder llamar suya.

Preciso es haber amado y haber sufrido un desengaño semejante al que le había ocurrido á Andrés, para comprender el efecto moral de un golpe como el que había sufrido.

El amor que el médico profesaba á Emilia pasaba de la raya de lo vulgar, era una verdadera pasión ardiente, inextinguible.

Pero al mismo tiempo, el que semejante cariño abrigaba tenía sobrada dignidad para no comprender que la conducta del duque del Solar había hecho imposible para él el logro de sus aspiraciones, de lo que había constituido durante largo tiempo su sueño de felicidad.

Cuando en esto pensaba Andrés, no cesaba de dirigirse cargos durísimos, atribuyéndose y acaso no sin razón, gran parte de la culpa de lo sucedido.

—Sí;—exclamaba,—el culpable, el verdadero culpable soy yo... ¿Acaso habría pasado nada de esto si en vez de proceder como lo hice, hubiera hecho lo que hace cualquier hombre que está enamorado,y no tiene por qué ocultar su amor?... ¡Oh! No: ella si su corazón no estaba ya ocupado y ya visto queda que no era así, habríame admitido y sus compromisos y el afecto que por mí hubiese sentido, habrían formado dos impenetrables escudos que defendiendo su virtud, la hubieran librado de caer en el lazo en que ha perdido su honra... Yo procedí con una timidez ridícula, como un verdadero colegial y pues mía es la culpa, á mí me toca buscar el remedio.

Esto llegó á ser para el médico tan indiscutible como un artículo de fe para un católico.

Pero en seguida se presentaba esta cuestión.

¿De qué manera pondría ese remedio, el único que cabría en lo posible en aquel caso?

La situación era apurada.

De ser otro el seductor, estaba mucho más claro el camino.

Andrés le hubiera buscado y habríale planteado esta cuestión: ó boda ó muerte.

Muerte, claro está, dada y recibida noblemente, en desafío, pero muerte al fin.

Mas se trataba quizás de la única persona con quien no era posible que siguiese semejante conducta.

El seductor de Emilia era su hermano, era aquel hermano, algo menor que él en edad, y menor y de

mucho, en cuanto á inteligencia y á otras buenas condiciones.

Era aquel mismo hermano á quien su madre le habían encargado que cuidara, comprendiendo esta misma superioridad del hijo del médico sobre el hijo del noble.

Y Andrés era demasiado respetuoso de la memoria de su madre, para no cumplir los deseos de ésta aunque á ello no le impulsara un cariño muy natural, pues al fin y al cabo ambos habían salido del mismo seno.

No era posible, pues, un duelo entre ambos y así lo comprendió desde luego Andrés.

—Bien,—se dijo;—ya sé que no lo puedo hacer... Ahora es necesario resolver la tesis primitiva... ¿Qué haré?

Una breve meditación dióle claramente á comprender que se calentaría en vano la cabeza si no adoptaba una sola línea de conducta.

Ante todo buscar al duque, verle, hablarle y procurar llegarle al alma y arrancarle la promesa de cumplir como bueno con Emilia.

Si lo lograba, el objeto estaría conseguido.

En otro caso, de la misma conducta que observase el duque, de sus respuestas que darían claramente á conocer sus intenciones, habían de salir sus indicaciones necesarias para trazar el camino que debía recorrer Andrés á fin de ejercer la posible coacción en el ánimo de ser hermano y concluir por obligarle al cumplimiento de sus deberes.

Esto fué lo que se dijo el médico y á conseguirlo consagró toda su actividad.

Naturalmente lo primero que se presentó como necesario para la realización de su plan, fué conocer el paradero del duque.

Esto que le pareció sencillo en los primeros momentos, no lo fué tanto cuando se llegó al caso de despejar la incógnita.

Es más: tal vez habría constituido una dificultad insuperable que si no desechó, al menos habría retardado la realización de los propósitos del médico.

Pero la Providencia quiso ayudar á éste y una feliz casualidad le puso sobre la pista de su hermano é hizo que diera con él.

El duque, de acuerdo con aquel amigo que tan fatal le había sido siempre y que aun debía serlo mucho más en lo sucesivo, de acuerdo decimos con el famoso Montesinos, había desaparecido de Madrid sin dejar dicho á nadie á donde se encaminaba.

De aquí que cuando Andrés preguntó á los criados de aquel:

—¿Sabéis dónde está mi hermano?

La respuesta fué:

—No, señor... Contra su costumbre á ninguno nos ha dicho á donde iba.

—¿Ni siquiera si tardará mucho ó poco en volver?

—Ni eso.

—¡Es extraño!

—Desde luego; pero ha sido así.

—¿Y no sabéis ni presumís nada vosotros?... Alguien habrá llevado el equipaje...

—Sí, señor... Uno de nosotros lo bajó hasta la puerta... Allá esperaba un carruaje de alquiler, pues no sé por qué el señor no quiso utilizar los suyos... Luego el

señor subió al coche, dijo: «A la estación del Norte...» Y nada más.

Era evidente que el duque había querido evitar á todo trance que se diera con él.

Y no menos claro resultaba que sería muy difícil si no imposible conseguir averiguar el secreto, pues la única indicación que existía no podía ser más vaga.

—¡A la estación del Norte!

¡Fácil era averiguar por aquella indicación á cual de los innumerables puntos de la línea se habría dirigido!...

Naturalmente Andrés tenía demasiado buen talento para pensar ni un segundo siquiera en el asunto.

En cambio adoptó otras medidas que hubiesen podido dar buen resultado, mas que por desgracia no lo dieron.

Fué recordando quienes eran todas las personas de la mayor intimidad del duque así hombres como mujeres y consagróse á visitarlas, pensando:

—Uno ú otro es fácil que me dé noticias suyas... Mi hermano tal vez los habrá escrito, pues no es de suponer que por una cosa, á la que desgraciadamente concederá de seguro la importancia que tiene, haya pensado en aislarse del mundo para siempre...

El paso, ya lo hemos dicho, estaba bien pensado, pero no dió fruto de ninguna clase.

Nadie sabía del duque ni había recibido carta suya.

La desesperación de Andrés no tuvo límites.

Pero como no estaba en su mano hacer otra cosa, hubo de resignarse á esperar.

Comunicó á doña Amalia aquellas poco agradables nuevas y cuidó de añadir:

—Se trata de un retraso y nada más... De un modo ó de otro, aseguro á usted que yo daré con él... y entonces todo se arreglará bien...

No dejaron de cumplirse las presunciones del médico, por más que según se ha indicado, fuese única y exclusivamente por casualidad.

Veamos en qué consistió ésta.

Dándose á los diablos estaba ya nuestro amigo, viendo que pasaba días y que nada sabía respecto á su hermano, cuando una mañana, al pasar por la Puerta del Sol, reparó en un individuo que á poco le arranca una exclamación de sorpresa.

Pudo contenerse, por fortuna, y tuvo además la de que el otro no le viera.

Andrés, cambiando bruscamente de dirección, echóse tras él y le fué siguiendo, á la vez que murmuraba:

—Sí, no me cabe duda: éste es el ayuda de cámara de mi hermano... el único que se ha llevado consigo... ¿Qué haré? ¿Le llamaré?... No: está visto que Julián quiere ocultar su paradero y de consiguiente habrá encargado á éste que no diga nada... Mejor es que le siga hasta donde vaya y así podré acaso averiguar lo que me importa saber.

Y en efecto, haciéndolo tal como lo decía, el médico continuó la persecución procurando no ser observado.

CAPITULO LXXVIII

A Guadalajara

La persecución emprendida por Andrés fué larga y no dejó de necesitar gran dosis de serenidad y sangre fría para terminar felizmente.

El criado se metió en varias tiendas y de todas ellas salió con algunos objetos.

Era evidente que su amo le había enviado á Madrid para que hiciese compras, de lo cual dedujo Andrés la siguiente consecuencia:

—Luego no debe estar muy lejos ni en una gran población.

La deducción era lógica.

Ambas circunstancias debían existir para que el duque no se surtiese de lo que le hiciera falta allí donde estuviera.

El médico al comprenderlo así, experimentó una gran alegría, pues se dijo también:

—¡Mejor! Así estaré más pronto junto á él y ventilaremos el asunto.

Luego que el criado hubo hecho sus compras y formado con ellas dos abultados paquetes, tomó un coche de plaza.

Por suerte de Andrés, como en Madrid abundan los carruajes que circulan vacíos, encontró inmediatamente otro de estos.

Subió en él y dijo al cochero:

—Sigue á ese que va ahí delante sin perderle de vista y avisa cuando pare.

El auriga contestó:

—Entendido.

Y sabiendo que por regla general semejantes encargos van siempre seguidos de una buena propina si se desempeñan con inteligencia, puso todo su esmero en complacer á Andrés.

De aquella manera, éste y el ayuda de cámara del duque llegaron á la estación del Mediodía.

Julián había llevado su disimulo hasta el extremo de dar una falsa dirección al cochero cuando salió de su casa ó había cambiado luego de itinerario.

Perseguidor y perseguido se apearon á un tiempo y á corta distancia uno de otro.

Andrés dió un duro al cochero y sin esperar la vuelta, echó tras del criado y llegó á la rejilla del despacho de billetes, en el momento que éste decía:

—Una segunda para Guadalajara.

Entonces el médico se adelantó y dijo:

—Una primera para el mismo sitio.

El ayuda de cámara se volvió y al encontrarse con el médico no pudo contener un gesto de disgusto.

Procuró no obstante disimular y exclamó:

—¡Cómo! ¡Usted por aquí!...

—Sí, tal,—dijo con aplomo Andrés.—He recibido carta de mi hermano que me llama, no sé para qué y voy á ver qué es lo que le sucede.

—¡Ah!—replicó el criado.—El señor le ha escrito...

—Sí, me dice que vaya á verle... Ignoro lo que querrá...

El ayuda de cámara respiró.

Había sido tan natural el acento del médico, que aquél dió completo crédito á su embuste.

Por un instante había sospechado la verdad de lo ocurrido.

—Me ha seguido,—se dijo,—y por eso se ha enterado de lo que el señor quería ocultar.

Pero al ver el aplomo con que Andrés afirmaba que su hermano le había escrito, creyólo así y se tranquilizó.

El pobre hombre sabía que el duque, bueno en el fondo, tenía el carácter arrebatado, y cuando algo le contrariaba dejábase llevar de la cólera que á veces tenía terribles consecuencias.

Estas, para él, hubiesen consistido en perder la colocación, que era, por cierto, bastante apetecible, porque Julián no sólo no pecaba de tacaño, sino que más bien incurría en el defecto contrario y además, la misma ligereza de su propia conducta, le hacía no ser nada severo para con los demás.

De aquí la satisfacción que se pintó en el rostro del ayuda de cámara cuando le dijo Andrés lo que arriba hemos consignado.

El médico añadió:

—Cambia el billete ó avisa al jefe del tren que pasas á clase superior... Quiero que vengas conmigo...

—¡Tanto honor!...

—Déjate de tonterías... No hay cosa que me fastidie más que viajar solo y así tendré con quien hablar.

—Pues muchas gracias... Voy á dar el aviso.

Claro está que lo que menos importaba á Andrés era viajar solo ó acompañado.

Lo que para él tenía más interés era, en primer lugar, impedir que se le escapase de entre las manos el ayuda de cámara.

A pesar de la exclamación de éste, no estaba muy seguro de que hubiese quedado confiado por completo en su veracidad.

Y de todas maneras, siempre era más seguro que fuesen los dos juntos.

Esto tenía otra ventaja.

Por el camino hablarían y Andrés tendría frecuentes ocasiones de adquirir noticias respecto al género de vida que hacía el duque en Guadalajara y acaso de sus proyectos para lo futuro.

Sabido es que cierta clase de criados disfrutan de la confianza de sus amos hasta el extremo de que éstos les dicen cosas que se guardarían bien de comunicar ni aun al más íntimo de sus amigos.

Y no es menos proverbial que entre las virtudes que más distinguen á los criados, no se han contado nunca la discreción y la reserva.

Todo esto se había dicho para sus adentros Andrés y de aquí que se empeñara en hacer del ayuda de cámara un compañero de viaje que le era tanto más indispensable cuanto que hasta entonces sólo sabía la

población en que su hermano se hallaba, pero nada más.

Guadalajara no tiene las condiciones de Madrid seguramente.

Allí no hubiera sido ya difícil dar con el duque.

Pero siempre resultaba más corto y menos molesto ir directamente á casa de éste.

Por otra parte haciéndolo así ni aun se corría el riesgo de que antes de haber dado con él, se enterase de que se buscaban y se marchara á otro punto.

En resumen, Andrés no soltó al ayuda de cámara hasta que ambos estuvieron acomodados en un departamento de primera clase.

Cuando el tren se puso en marcha, el médico respiró:

—¡Por fin!—se dijo,—estoy en camino de conseguir mi deseo.

Fuese por conocimiento del carácter de su hermano ó por íntimo convencimiento del poder de su inteligencia y de su voluntad, el médico no vacilaba en creer que haría cumplir á aquél con uno de los más sagrados deberes que todo hombre tiene: el devolver aquello que se ha quitado, sea dinero, sea honra.

Alguna que otra vez, no obstante, se le había presentado esta idea:

—Pero ¿y si se niega?

Mas siempre había concluido por decirse:

—¡Imposible! Es loco, aturdido, pero honrado y bueno... Sin embargo si se negara... ya vería yo lo que tenía que hacer.

Es posible que en el fondo de tal pensamiento palpitara una resolución mucho más noble y generosa que cuanto hasta entonces había realizado el médico.

Pero no nos adelantemos á los sucesos.

Apenas puesto el tren en marcha, Andrés entabló una larga conversación con el ayuda de cámara.

Con gran habilidad, valiéndose de tretas que éste naturalmente no podía conocer, supo enterarse del género de vida que hacía el duque y de cuantos detalles le fueron necesarios y estimó útiles.

Julián seguía siendo el calavera despreocupado y ligero de toda su vida.

Y lo que era peor.

Cada vez se hallaba más aferrado, más apegado cada día á la fatal amistad de Montesinos.

El criado no había podido menos de decir:

—Ese señor, y perdóneme su ausencia, es un sinvergüenza... No deja á sol ni á sombra al señor duque y su excelencia tampoco se sabe pasar una hora sin él... Y eso que en lo tocante á pagar, ya se sabe que sea poco, sea mucho, todo lo tiene que poner su hermano de usted... ¡Parece mentira que haya hombres tan gorrones!... Yo cuando voy con amigos, no me gusta hacer el primo, pero tampoco emprimar á nadie y no soy más que un pobre criado.

Tenía razón.

Pero ¡cuántos Montesinos hay en el mundo, pegados siempre al faldón de los ricos tontos!

CAPITULO LXXIX

Mentira generosa

El tren llegó á Guadalajara, y con ello al término de su viaje así Andrés como el ayuda de cámara.

Las revelaciones de éste habían dado mucho en que pensar á aquél.

—Está visto,—se dijo,—que el tal Montesinos es el ángel malo de mi hermano. Si quiero conseguir algo de éste, fuerza será que busque un pretexto cualquiera para alejarle de su lado, aunque sólo sea por algún tiempo.

También era preciso para conseguir semejante cosa, tener un pretexto.

El médico se consagró á buscarlo desde luego.

Mas como al mismo tiempo no tenía otro recurso sino el de atender á lo más urgente, no descuidó ni el continuar el diálogo con el criado ni el de decir á éste cuando llegaron á la población:

—Yo no conozco la ciudad. Nunca he estado en ella. Guía tú.

En efecto, el criado echó delante y no mucho después llegaron ambos á una casa de buena apariencia, de las mejores de la población, que señaló aquél con el dedo diciendo:

—Aquí es.

—Pues subamos. Pasa delante.

El criado se inclinó y obedeció.

Cuando los dos estuvieron en la casa preguntó el ayuda de cámara á otro sirviente:

—¿Está el señor?

—En este momento se pone á la mesa. Dijo que si venías que pasaras en seguida á verle.

—Pues adentro,—contestó por el ayuda de cámara, Andrés.

Ambos penetraron en el comedor.

El duque, al ver á su hermano, lanzó una exclamación en la cual, dicho sea en honor suyo, había más de sorpresa que de disgusto.

—¡Tú por aquí!—exclamó.

Estas palabras revelaron claramente al ayuda de cámara que no era cierto lo de la carta escrita por su amo, pues era evidente que de ser esto así, no tenía por que admirarse.

En consecuencia dirigió al médico una mirada lamentable.

Era claro que quería decir:

—Me ha comprometido usted.

Comprendiólo Andrés, y á la vez que abrazaba á su hermano dirigió al fámulo una tranquilizadora sonrisa como diciendo:

—Todo se arreglará.

En efecto, luego que hubo hecho la indicada demostración de cariño, se apresuró á decir:

—Sí, casualmente he tenido noticias tuyas... Uno de nuestros amigos, González, estuvo aquí y me dijo que al dirigirse á la estación para volver á Madrid te había visto, pero que no te había saludado porque iba muy deprisa... Entonces pensé yo: voy á dar un tirón de orejas á ese ingrato que se marcha sin dejar las señas de su paradero... Y aquí me tienes.

El duque no estaba solo en el comedor cuando penetraron en él su hermano y el criado.

Hallábase también sentado á la mesa el inseparable Montesinos.

Andrés hizo á éste un ligero saludo devuelto con la misma frialdad con que fué hecho.

Dos personas de índole tan distinta no podían simpatizar nunca y menos en aquella ocasión, pues sin saber por qué, Andrés presentía que el mayor enemigo con quién había de luchar era aquel hombre.

El duque, luego que se hubo repuesto de su sorpresa, se apresuró á decir:

—Pues me alegro mucho de verte... Siéntate, que á tiempo llegas... Aquí siempre hay puesto para uno ó dos convidados, aunque no se esperen. Es una costumbre mía que no he podido corregir.

Andrés se sentó.

Al cabo de algunos momentos y á la vez que comían, Julián preguntó, no sin cierta emoción que reveló lo alterado de su voz:

—¿Y por Madrid no... no ocurren novedades?

Trabajo costóle disimular la ansiedad con que esperaba la respuesta.

El médico replicó en el tono más natural del mundo:

—No sé ninguna, si es que han pasado... Todo sigue como siempre y de consiguiente no vale la pena de que ni tú ni yo nos ocupemos en ello, pues harto conoces todo aquello.

El duque se sintió más desahogado cuando oyó tal respuesta.

El recuerdo de Emilia acudía á su mente con más frecuencia de lo que á su tranquilidad convenía.

Además, aunque se ha hecho notar ya otras veces, era Andrés el mayor de los hermanos y las especiales condiciones de Andrés habían hecho que pareciese como el tutor de aquél, quien no había podido menos de sentir siempre hacia él una especie de respeto semejante al que le habría inspirado su padre, si hubiese vivido.

De aquí que tuviera miedo de que Andrés se hubiese enterado de lo que había hecho con la pobre joven, pues demasiado le decía su conciencia que aquello no era digno de un hombre honrado.

Por desgracia para Emilia, cuando la voz del deber se levantaba en el pecho de Julián, Montesinos encargábase de refutarla.

Después de haber pronunciado las palabras que consignadas quedan, el médico añadió como rectificándose:

—Aunque sí, ahora recuerdo que una novedad ha ocurrido...

El duque le miró como interrogándole.

—No es muy importante por cierto,—continuó Andrés.—Es decir, no lo es como novedad de carácter general, aunque sí que tiene trascendencia inmensa para la interesada...

—¡La interesada!—exclamó sobresaltándose de nuevo Julián.

—Sí tal, se trata de una pobre chica muy guapa por más señas, que sin duda á causa de algún disgusto amoroso, ha puesto fin á sus días, tirándose anoche al estanque del Retiro... La ví esta mañana poco antes de venir, y te aseguro que no merecía que se la despreciase, pues era lindísima.

El duque se puso más blanco que el papel.

Soltó el tenedor, y dijo balbuceando:

—¡Ah! Conque tú... ¿La has visto?

—Sí.

—Y dices que era...

—Rubia como el oro, sus ojos grandes y azules, que sin duda fueron brillantes cuando no los había apagado aun el frío de la muerte...

Mientras decía estas palabras, el médico observaba atentamente á su hermano.

Era evidente que quería averiguar el efecto que causaba.

Para Andrés, el resultado de aquella prueba que le daría la medida de la sensibilidad que aun quedara en el corazón de su hermano, tenía gran importancia.

Viendo que Julián, lívido y convulso guardaba silencio, continuó:

—Y aun no fué eso lo que me inspiró más lástima...

—¡No!—dijo por decir algo el duque del Solar.

—Fué otra circunstancia verdaderamente horrible, y que explica el motivo del suicidio.

—¿Cuál?—preguntó Julián, sin atreverse á alzar la vista hacia su hermano, y bajando la cabeza como el criminal que espera el golpe de la mortal cuchilla.

—Que aquella pobre chica... ¡Estaba embarazada!

Julián se volvió hacia Montesinos, y fijó en él una

mirada en la que había tanto de angustia como de acusación.

Parecía querer decir:

—Ya ves lo que ha sucedido por haberme dejado llevar de tus consejos...

Montesinos lo comprendió así, y exclamó imprudentemente:

—¡Bah! Mujeres rubias, con ojos azules y más ó menos desgraciadas, hay muchas en el mundo...

Andrés comprendió perfectamente el sentido de la frase, pero aparentando darla otro, repuso:

—Claro está; pero eso no es razón para que no se sienta la muerte de una... Y hasta el nombre, tenía bonito la pobre chica... digo, al menos para mi gusto... Según ví en el depósito donde se hallaba expuesta, acababa de ser identificada, y se llamaba Emilia.

CAPITULO LXXX

Otro embuste generoso

AL oir el nombre de la mujer á quien indignamente había seducido, ya no dudó el duque que se trataba de ella, pues eran muchas las coincidencias que existían entre la hija de doña Amalia y la infeliz suicida de que hablaba el médico.

Entonces, cuanto había de noble y generoso en el alma del duque, se sublevó contra él.

Julían lanzó un gemido.

—¿Qué tienes?—preguntó Andrés afectando sorpresa y procurando disimular el regocijo que sentía al ver el efecto que había producido.

—No es nada,—dijo Montesinos, que creyó del caso intervenir.—Ya desde esta mañana me dijo que estaba algo nervioso, y sin duda el relato de usted le ha afectado...

El duque se levantó y dirigióle una mirada de desprecio seguida de estas palabras:

—Dispénsame, puedes continuar almorzando... Yo tengo que hacer... A la noche nos veremos.

Luego añadió, dirigiéndose á su hermano:

—Dispensa tú también que no te deje concluir de almorzar... Necesito hablarte en seguida...

Aún no había terminado la frase anterior, cuando Andrés, rebosando interiormente de alegría, estaba en pié, diciendo:

—Cuando quieras.

—Ven á mi cuarto.

—Andando.

Montesinos se quedó solo.

Había querido intervenir; sospechaba tal vez lo que el duque iba á decir á su hermano; pero había sido tal la actitud de aquél, que no se atrevió á hacer nada, temeroso de recibir una repulsa que comprometiera gravemente su situación.

Además de esto, consolóse pensando:

—Lo que ahora hagan ó acuerden, ya sabré yo deshacerlo luego... Está impresionado por lo que ha referido su hermano... Cuando se le pase volverá á ser mi esclavo... He logrado hacerme necesario para él y de aquí que no pueda pasar sin mí mucho tiempo... Lo mejor que puedo hacer es alejarme, pues así me echará de menos antes. El me buscará, y yo entonces me haré el resentido, lo cual le pondrá en la precisión de espontanearse conmigo para desagraviarme... Sí, sí; esto es lo mejor que puedo hacer.

Y poniendo en práctica su plan, concluyó primero de almorzar con igual tranquilidad que si no hubiese reci-

bido un desaire y luego cogió su sombrero y se marchó, diciendo al primer criado que le salió al paso:

—Si tu amo pregunta por mí, díle que tengo que hacer y que no sé si podremos vernos á la noche.

Dicho lo cual salió y dirigióse tranquilamente á tomar café, como si tal cosa.

Hay muchos seres que no tienen más aprensión que el tal Montesinos.

Dejémosle en paz ya que no en gracia de Dios, pues es imposible que lo estuviera y penetremos en el cuarto á donde se habían dirigido los dos hermanos cuando salieron del comedor.

Apenas estuvieron solos, Andrés abrazó á Julián estrechamente y le dijo con emoción:

—¡Bravo, Julián! Veo que tu corazón vale mucho más que tu cabeza... cosa que por cierto he creído siempre...

El duque miró á su hermano con sorpresa.

—¿Qué significa eso?—murmuró.

—Eso significa que... que lo sé todo, que conozco la causa de la conmoción que has experimentado... y que te felicito por ella... El pecador que demuestra arrepentimiento, debe ser compadecido y absuelto...

—Sí, pero... es triste que lo hecho... ya no tenga remedio...

—¿Se lo pondrías si lo tuviera?

—¡Oh! Sí.

El tono en que pronunció este monosílabo Julián, no dejó duda de que hablaba con sinceridad.

—Pues bien,—repuso Andrés,—en ese caso vas á perdonarme que te haya dado un mal rato.

—¡Cómo! ¡Qué dices!

—Digo que sólo á medias te he referido la verdad.

—¡Ah! ¡Por Dios te ruego que acabes de explicarte!...

—Voy á hacerlo... Emilia ha tratado de suicidarse, en efecto... Había sido siempre honrada y pura... Tú sabes como tuviste que proceder para que dejara de serlo y... Al encontrarse con la deshonra primero, con el escándalo después, porque lleva en su seno el fruto de tus obras, al verse abandonada, al enterarse de tu fuga, pues no otro nombre se puede dar á tu marcha de la corte, en la forma que la efectuaste, no pudo resistir la vida y trató de quitársela, considerándola como la más abominable de las cargas... Por fortuna yo casualmente pude impedir que consumara el hecho, yo he levantado su ánimo abatido, la he hecho ver lo que ella, en su desesperación, no había visto, que iba á ser parricida antes de ser madre; yo la he dicho, por tu honor y por el mío, que te juzgaba mal, que no podía ser nunca tu intento el de abandonarla sino que, por el contrario, tus deseos, cual los de todo hombre digno y honrado, no podían ser otros que los de cumplir tu deber, cubriendo su desgracia, reparando tu falta, de la única manera posible, por medio del matrimonio... Todo eso la dije y qué sé yo cuantas cosas más, porque me inspiró profunda lástima aquella pobre mujer, tan bella, tan interesante y tan desdichada... La aseguré que iría en tu busca y que te llevaría á su lado... Pero antes de hablarte como lo estoy haciendo, quise saber si tu corazón seguía siendo sano, si eras aun, y perdóname una duda qué era más aparente que real, si eras aun el digno hijo de un hombre tan honrado como tu padre que, siendo noble y rico, cual tú lo eres, no vaciló en casarse con una mu-

jer plebeya y pobre, con tu madre, que también lo fué mía... y tú sabes perfectamente que por haber procedido así sólo tuvo motivos para dar gracias á Dios... Ya sabes el objeto de mi venida: ¿harás qué ésta sea infructuosa? ¿Tendré que sufrir un desengaño? ¿Condenarás á deshonra y á desesperación eternas á una pobre mujer que ni siquiera tiene en contra suya la circunstancia de haber accedido voluntariamente á tus deseos, pues tú sabes de que manera conseguiste satisfacerlos? ¿Querrás que su hijo, tuyo también, no pueda llevar tu apellido?... Medita bien y dame la contestación á estas preguntas, no con arreglo á ridículas preocupaciones ni á mal sanos consejos, sino con la mano puesta en tu corazón y dejándote llevar solamente de sus levantados y generosos impulsos.

Andrés se había expresado con un calor, con una emoción que daba doble valor á sus palabras.

Su hermano le había escuchado con silencio y más de una vez había dejado ver en su rostro el efecto que le producía cuanto estaba oyendo.

Alguna pequeña parte de esto era mentira, ya lo sabemos; pero mentira generosa y por lo mismo disculpable cuanto cabe serlo, gracias á la bondad del fin á que se encaminaba.

Cuando Andrés hubo terminado, quedóse mirando á su hermano y esperando con afán su contestación.

Esta se hizo esperar.

Al creer muerta á Emilia, y muerta por culpa suya, el duque se había dejado llevar de la natural bondad de su corazón.

Sabiendo ya que estaba viva, aquel movimiento había perdido mucho de su intensidad y en cambio se hallaba

contrarrestado por otros móviles menos legítimos, por su resto de orgullo que le hacía experimentar cierta repugnancia á un enlace desigual, según su modo de pensar.

Algo de lo que pasaba en el corazón de su hermano era adivinado por Andrés, pero comprendiendo éste que precisaba dejarle que se explicase, esperó.

CAPITULO LXXXI

A Madrid

Después de la elocuente perorata del médico, perdió mucho en interés la conversación de los dos hermanos.

Vencido en parte por sus mismos sentimientos, en parte también por la fuerza de la razón, el duque, bien que opuso algunos reparos á acceder á lo solicitado por Andrés, reparos que con facilidad destruyó éste, concluyó por consentir en casarse con Emilia.

Sin embargo, dijo:

—Reconozco que nuestra madre no fué de noble estirpe, y que fueron en cambio muchas sus virtudes; pero esto que fué una felicidad para mi padre y para nosotros, pudiera muy bien no repetirse...

—Una duda no es una razón,—objetó Andrés.

—Ya lo sé; mas constituye un motivo para prevenirse contra la contingencia que envuelve.

—¿Qué quieres decir?

—Voy á explicarme.

—Hazlo, sí; porque confieso que no te entiendo.

—Te he dicho ya que consiento en casarme con Emilia...

—Lo he oído, y te felicito por tu noble resolución.

—Pero ha de ser con una condición precisa, ineludible...

—¿Cuál?

—El matrimonio ha de ser secreto, hasta que á mí me parezca bien hacerlo público.

—Pero eso...

—Déjame que acabe de explicarte mi idea: nos casaremos; ella irá á vivir durante algún tiempo á las posesiones que tenemos en Avila, yo permaneceré en Madrid ó donde bien me parezca, sin que por eso deje de estar al corriente de la conducta que ella observe... Si ésta me satisface cuando yo me haya convencido de que el hijo ha sido tan afortunado como el padre, ningún inconveniente tendré en seguir la misma conducta que éste... Publicaré mi casamiento y todos viviremos felices, pues te aseguro que Emilia dista mucho de serme indiferente.

Andrés reflexionó.

Sabía muy bien que hay un refrán que dice, que quien todo lo quiere, todo lo pierde; y no podía oscurecérsele que corría el peligro, en caso de insistir mucho sobre el asunto, de que el duque volviese sobre su resolución.

—Secreto ó no,—se dijo,—el matrimonio es la rehabilitación de Emilia. Luego que se haya verificado, ya veremos qué es lo que ha de hacerse respecto á lo de-

más... Aparte de esto, es seguro que cuando mi hermano se vea casado y sobre todo, cuando sea padre, los escrúpulos que ahora tiene desaparecerán... Demos tiempo al tiempo, y aseguremos lo que más importa.

En consecuencia, dijo en voz alta:

—Algo dura es la condición y se hace preciso encontrar algún pretexto para cohonestarle ante los ojos de Emilia y de su madre, pues de otro modo las ofenderíamos... sin embargo, no dejo de comprender en parte tus reparos... Hágase como dices; pero si quieres seguir un buen consejo mío, hágase cuanto antes... ¿No participas de mi opinión?

—Sí, sí; como quieras... Arbitro de todo te dejo,—replicó el duque que, como todos los caracteres débiles, cuando se declaraba vencido en una cuestión lo que deseaba más ardientemente era molestarse poco y salir de ella.

—En ese caso, si te parece, podemos ir juntos á Madrid...

—¿Y por qué no vas tú solo primeramente?

—¡Oh! No; esas pobres mujeres sufren mucho, créelo... Si las hubieras visto, te habrían dado lástima... Si me ven solo, antes de que yo haya podido explicarme, llevarán un gran disgusto creyendo que he fracasado en mi empresa, mientras que tu sola presencia será más elocuente que cuanto se pueda decir...

—Bueno, bueno... pues nos marcharemos cuando quieras... Yo no tengo que hacer otra cosa sino despedirme de Montesinos, si no quiere venir con nosotros...

Tembló Andrés al oir aquellas palabras, pues desde luego se le ocurrió que Montesinos podía dar al traste con sus proyectos.

Pero ¿cómo evitar que éste se viera con el duque?

No hallaba el médico forma de conseguirlo y la casualidad le sirvió.

Julián salió de su cuarto, y al ver que no se hallaba en el comedor el famoso Montesinos, preguntó por él.

El criado á quien se había dirigido Federico al salir, repitió palabra por palabra el recado de éste.

Oyólo el duque y frunció el ceño.

Vió claramente que se le hacía un desprecio, eludiendo acudir á la cita que él, por exceso de consideración, había dado al parásito, y su dignidad se sublevó ante semejante conducta.

—Está bien,—dijo.

Inmediatamente hizo llamar á su mayordomo y le manifestó que se marchaba, añadiendo que si iba Montesinos y preguntaba por él, le dijesen que había partido, dejando orden de que si necesitaba dinero para salir de Guadalajara, se lo facilitaran.

—No quiero,—añadió,—que habiendo venido conmigo tenga que pensar en los medios de salir.

Luego volvióse hacia su hermano y dijo:

—Estoy dispuesto á partir en el primer tren que salga. Vamos á la estación y nos informaremos de cuál es.

Inútil es que digamos que Andrés no se hizo repetir la invitación.

—Vamos,—contestó, á la vez que interiormente daba gracias á Dios por haberle servido tan á medida de su deseo.

En efecto, ambos se encaminaron á la estación y se informaron de lo que deseaban saber.

La suerte siguió siendo propicia al médico.

—Dentro de media hora sale un ómnibus,—contestó un mozo á la pregunta que le hicieron.

Entonces dijo el duque:

—Pues esperémonos aquí... Precisamente hay café y fonda y podemos matar el tiempo con toda comodidad hasta que llegue el tren.

—Sea,—repuso el médico.

Ambos permanecieron el rato que les faltaba hasta el instante de partir, tomando unas copitas de *cognac* y departiendo alegremente.

El uno y el otro parecían hallarse de excelente humor y en efecto lo estaban.

Sólo Andrés experimentaba cierto sobresalto, pensando en la posibilidad de que apareciera Montesinos por alguna parte y á última hora lo echase todo á perder.

Pero semejante cosa no aconteció.

Federico, creyendo que cuanto había contado Andrés era cierto pensó:

—Aunque esa Emilia de que ha hablado sea la de marras, como está muerta, ya no es posible que Julián haga por ella más que rezarla un Padre nuestro, si lo sabe... Ahora no será de mal efecto que yo me haga el enfadado...

Y ni se presentó en casa del duque, ni por lo mismo pudo enterarse de la resolución de éste.

De aquí el que llegado el tren, los dos hermanos que de antemano tenían tomado los billetes correspondientes, se instalasen en un departamento de primera y llegaron á Madrid sin novedad alguna.

Cuando esto ocurrió, el duque dijo á Andrés:

—Bueno. ¿Y qué hacemos ahora? ¿Vamos á casa á

arreglarnos un poco ó á descansar? ¿Nos dirigimos en derechura á casa de Emilia? Dispón lo que quieras, pues árbitro de ello te dejo.

—Si no estás cansado,—repuso Andrés,—prefiero lo último... Estas cosas, cuanto antes se acaban, mejor.

—Tienes razón, vamos.

Los dos hermanos tomaron un carruaje, y un segundo después, se hallaban caminando en dirección á casa de Emilia.

CAPITULO LXXXII

Llegada

Andrés por la palabra empeñada á doña Amalia y que ésta se había apresurado á comunicar á su hija, causó en Emilia profunda impresión.

Era natural que así sucediese, por muchos conceptos.

No ahondemos en el corazón de la joven, víctima de la sensualidad del duque del Solar.

No pretendamos saber por ahora qué es lo que sentía por éste.

No investiguemos tampoco la clase de sentimientos que la inspiraba el hermano de su seductor.

Tiempo habrá para aclarar estos puntos.

Y por otra parte, tampoco es necesario de momento que los conozcamos, pues fuese de ello lo que quisiera, era lógico que Emilia, dada su situación y sin tener en

cuenta nada más que ésta, experimentase gran alegría, ante la perspectiva de una reparación.

Si el duque no se casaba con ella, quedaba para siempre deshonrada á los ojos del mundo.

Esto podría ser injusto é inicuo, pero es así.

Dado el caso en que la infeliz se hallaba, sólo el matrimonio podía salvarla de una vida de vergüenza, de oprobio y sin duda también de privaciones y miseria.

Emilia no hubiese acudido nunca al medio desesperado de poner término á sus males que la había atribuido Andrés para con su hermano, al suicidio, porque al principio el mismo abatimiento que la causó su inesperada caída privóla de toda energía y luego, cuando acaso la hubiera tenido, sintió que iba á ser madre.

¡Cuán grande es el poder de la maternidad, aun en las más deplorables circunstancias!

Emilia, á pesar de todo, á pesar de que sabía muy bien que á semejante hecho, debería el que su falta no pudiera quedar oculta, cada vez que pensaba en que iba á ser madre, experimentaba una sensación extraña ó más bien una sensación que ella no se atrevía á definir ni aun para sus adentros.

¡Sentía placer!

Cuando presentía esto, sin atreverse á confesárselo, se incomodaba contra sí misma.

Sólo al recobrar la esperanza de unirse á su seductor se permitió hablase con mayor franqueza que hasta entonces.

—Sí,—se dijo,—aunque me quiera engañar, es lo cierto que gozo al pensar en el sér que llevo en mis entrañas.

Esto era la prueba más evidente de la nobleza de su

corazón y constituía la imposibilidad más absoluta para que la rubia hija de Amalia pudiera pensar en el suicidio.

¡Cómo había de atreverse á quitar la vida á un sér á quien amaba antes de darle á luz!

Además, lo que su madre la había referido respecto á su entrevista con Andrés, teníala preocupada en muy diferente sentido.

Una de las cualidades más desarrolladas en la mujer es la perspicacia, ó, para hablar con mayor propiedad, la intuición.

Ellas adivinan lo que nosotros jamás llegamos á sospechar.

Y aparte de esto, cuando creen haber adivinado una cosa, se aferran á su creencia de manera que, si algún pasajero accidente las hace presumir que se han equivocado, apenas éste ha desaparecido, vuelven á su primitiva idea.

Emilia había creído desde el principio que no era indiferente para Andrés.

La extraña conducta á cuya alteza de móviles no supo remontarse, habíala hecho juzgar que no estuvo acertada en semejante suposición.

Mas luego, y especialmente en virtud de algunos detalles que su madre la había referido, insistió en su primera opinión.

Pero si era así, ¡qué grandeza de alma la de Andrés!

¡Cuán diferente se mostraba de su hermano, el noble duque del Solar!

¡Y cuán feliz habría sido ella si hubiese sabido esperar á que un hombre de tales nobilísimas condiciones la solicitara!

Emilia que ya juzgaba tener no pocos motivos para dirigirse reproches, abrumábase á cargos cuando pensaba en semejante asunto.

Claro está que no queremos significar con esto que se hubiera enamorado de Andrés, ni que experimentase odio ni siquiera indiferencia por Julián.

A la sazón se limitaba á comparar y á meditar.

De la conducta de ambos, en lo sucesivo dependería sin duda el desarrollo de los sentimientos de la joven en uno ú otro sentido.

Entretanto el estado de su alma no podía ser más azaroso.

Observaba su madre que de contínuo se abstraía, y atribuyendo ésto á causas distintas de las verdaderas, la decía:

—Es preciso, Emilia, que tengas juicio y sepas esperar... Don Andrés, es un hombre formal é inteligente... Además es el hermano mayor de... del otro, y esto siempre le dará sobre él cierto ascendiente... Créete, que desde que hablé con él, se me ha quitado un gran peso del corazón...

—¡Oh! A mí también...

—Entonces ¿por qué estás así tan preocupada, tan...? No sé cómo te encuentro, vamos.

—Como es natural que esté. Por mucho que pueda hacer don Andrés, de la posibilidad á la seguridad de una cosa hay gran diferencia, y como se trata de algo que es muy importante...

—Pues mira, yo tengo un corazón muy leal y éste me dice que don Andrés lo arreglará todo... ¡Es mucho hombre! ¡Si todos fuesen como él!...

La madre sin saberlo expresaba en voz alta un pen-

samiento que más de una vez se había ocurrido á la mente de su hija.

Esta procuraba siempre cambiar de conversación.

Pero no en todas las ocasiones lo conseguía.

Doña Amalia persuadida de que aquel tema no podía menos de ser grato á Emilia, insistía en él, de suerte que raro era el día en que por una cosa ó por otra, no se nombrase á Andrés un par de docenas de veces, y siempre añadiendo uno ó varios adjetivos laudatorios.

Esto ponía en ocasiones de mal humor á Emilia, ó mejor dicho, aumentaba el que ya tenía habitualmente, pues desde su fatal caída la joven no había podido disfrutar de buen humor.

Entretanto pasan los días y Andrés buscando á su hermano, sin poder dar con él, en virtud de las causas que ya sabemos, no creía oportuno presentarse en casa de las dos mujeres.

Estas tuvieron instantes de desaliento en los que no dejaron de derramar amargas lágrimas.

Pero muy luego se reponían y decía Amalia:

—Somos unas tontas de afligirnos. Don Andrés cumplirá su palabra.

Uno de los muchos días en que se hallaban glosando el susodicho tema, oyeron llamar á la puerta.

Ambas palidecieron y experimentaron una violenta emoción.

Esta fué tan grande que, por algunos momentos, ni una ni otra tuvieron fuerzas suficientes para levantarse á abrir.

Los golpes se repitieron con mayor fuerza.

—¡Ellos son!—dijo la madre, al mismo tiempo que

haciendo un gran esfuerzo se dirigía á abrir la puerta con paso inseguro.

No la había engañado su presentimiento.

Los que llamaban eran, en efecto, el duque y su hermano.

CAPITULO LXXXIII

Resurrección

Cuando doña Amalia abrió la puerta y vió á Andrés en compañía de otro caballero, no dudando que éste era el seductor de su hija, lanzó un grito de alegría.

Era evidente que si el duque venía, el asunto estaba arreglado.

La situación era algo violenta, pero Julián y Andrés supieron suavizarla cuanto estaba en lo posible.

Hombres de mundo los dos, el primero comenzó por abrazar afectuosamente á doña Amalia, diciendo:

—Supongo, señora, que tengo el gusto de estar delante de la madre de mi Emilia.

Doña Amalia correspondió á la demostración y con voz que la emoción hacía ininteligible, balbuceó algunas palabras que en rigor carecían de sentido.

Al mismo tiempo Andrés, en tono alegre, mas con

los ojos bajos, evitando que sus miradas diesen en el rostro de la joven, dijo:

—Ya lo ven ustedes; aquí está el prófugo; mejor dicho el hijo pródigo que viene al hogar paterno... de su suegra ó de la que ha de serlo muy pronto.

Julián, cumpliendo el primer deber de cortesía, dirigiéndose en derechura á Emilia que inmóvil en su asiento derramaba silencioso llanto, colocóse junto á ella, cogióla una mano que estrechó y dijo en voz baja:

—¿Me perdonas?

Emilia fijó en él sus hermosos ojos empañados por las lágrimas, y repuso en igual tono:

—¡Fuerza es perdonárselo todo al padre de mi hijo!

—¡Ah!—exclamó el duque.—¿Conque no me había engañado mi hermano?

Sin saber en realidad de qué se trataba, pues el acento en que se habían cruzado casi todas las últimas frases y más que esto, su gran turbación, no habían permitido á Amalia enterarse sino de la exclamación última, dijo:

—Don Andrés es incapaz de engañar á nadie.

El médico se sobresaltó.

Había previsto algo de lo que podía suceder, pero no había estado en todo.

Como para lograr el resultado que apetecía, habíale sido forzoso mentir, no dejó de calcular desde el principio que era preciso impedir que se descubriesen sus generosos embustes.

Con tal fin había aprovechado el viaje de regreso para inculcar en el ánimo de su hermano la idea de que no debía hacer referencia alguna á la tentativa de suicidio de Emilia, pues en el estado de excitación nerviosa

en que ésta se hallaba, podía resultar perjudicial el recuerdo.

A la sazón comprendió que aquella precaución era deficiente.

Hubiera debido aconsejar al duque que se fuesen á casa, dejando para el día inmediato la conferencia y así habría podido advertir á las dos mujeres que no hablasen de su anterior conocimiento.

Lo hecho ya no tenía remedio y Andrés se decía con temor:

—¿Qué va á pensar mi hermano si se entera de que conozco á esa familia mucho antes que él?

Por eso suponiendo que á la frase de Amalia arriba citada seguirían otras más claras y precisas, dijo:

—¡Por Dios! Si no quieren ustedes incomodarme, no hablemos de mí, pues hay asuntos más serios que tratar.

—No, señor,—contestó la madre de Emilia.—¿Hay algo más serio que reconocer el mérito de las personas? ¿Piensa usted que muchos tendrían su corazón y serían capaces de hacer todo cuanto usted ha hecho por nosotras?... Pues yo quiero que lo sepa el señor y voy á contárselo en dos palabras.

Andrés experimentó una angustia indecible.

Realmente su situación era comprometidísima.

Al oir las últimas frases de Amalia cerró los ojos y esperó el golpe mortal.

Pero el golpe no fué descargado.

Inconscientemente se encargó de impedirlo el duque.

Este no tenía motivo alguno para dudar de la veracidad de su hermano.

De aquí que creyese que las palabras de Amalia se

referían á la tentativa del suicidio de su hija y del acto llevado á cabo por Andrés al salvarla.

Ahora bien, Andrés era el médico experto y le había dicho que no convenía hablar de eso delante de Emilia.

En consecuencia se apresuró á decir:

—Soy del parecer de Andrés; no debemos hablar de eso, porque hay otras cosas de mayor interés en qué ocuparnos... Además que sería inútil, porque lo sé todo.

—¡Bueno!—pensó Andrés.—¡Ahora la madre y, lo que es peor, la hija, van á juzgarme un necio falto de delicadeza que ha ido contando por ahí si hizo ó dejó de hacer!... Pero, en fin, lo principal es que no se descomponga el asunto... Sea ella feliz, cueste lo que cueste...

Hecha esta reflexión y aprovechando la oportunidad de haberse quedado suspensa Amalia por el tono resuelto en que se había expresado el duque, dijo en voz alta:

—No crea usted, Amalia, que, por parte nuestra no deseamos complacerla en todo... Pero más días hay que longanizas; yo me resignaré á dejarme tratar como ustedes quieran y de ese modo quedará usted contenta, pero ha de ser otro día, pues ahora. baza mayor quita menor.

Aunque las palabras eran algo festivas, el tono con que intencionadamente las pronunció el médico fué tan serio que Amalia no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío! ¡Me asusta usted!... ¿De qué se trata?

—¡Oh! No hay para que alterarse. El caso es muy sencillo y quedará pronto explicado.

—Veamos.

—Supongo que ya sabrá usted ó mejor dicho, lo adivinará el objeto de nuestra venida.

—Es natural,—repuso la madre.

Y luego dirigiéndose á Julián, exclamó:

—No tengo el menor ánimo de ofender á usted, señor duque. Me basta el que se haya mostrado usted dispuesto á reparar... Usted dispense, lo he decir: á reparar la falta que cometió, para que yo no tenga más que cariño hacia el que va á ingresar en mi familia. Pero no puedo menos de consignar que estaba esperando ese paso hacía tiempo, porque lo conceptuaba el único que debe dar un hombre de honor, en situación como la en que usted se ha colocado...

El duque hizo un movimiento.

—Permítame usted que continúe,—repuso Amalia.—Sé que usted es noble y rico, pero puedo asegurarle porque de mi hija estoy segura, que no le amó á usted por una ni otra cosa. Nosotras no somos ricas ni nobles sino de condición, y va usted á permitidme la inmodestia de consignarlo así en circunstancias como las presentes. Mi esposo fué un militar valeroso y honrado; de suerte que el casamiento de usted con Emilia, no será para usted un negocio, pero tampoco le envilecerá... Pueden ustedes ir del brazo con la frente muy alta, pues el único motivo para que mi hija no la pudiese levantar en público, desaparecerá en la iglesia... He querido decir á usted todo esto, tanto por juzgarlo de mi deber como porque, créalo usted, he pasado unos días malísimos; la tristeza, á veces la ira, á veces la desesperación tenían embargado mi ánimo y yo necesitaba este desahogo... Ahora que ya lo he tenido, estoy dispuesta á escuchar todo cuanto ustedes tengan que decirme, y su-

puestos los antecedentes, no vacilo en creer que tendré sólo motivos para congratularme.

Así terminó su largo parlamento Amalia, quien se quedó mirando á sus dos interlocutores.

Pero ni el uno ni el otro se apresuraron á tomar la palabra.

CAPITULO LXXXIV

Continuación

Habíase creado para el duque y su hermano una situación un tanto embarazosa, por efecto de alguna de las frases pronunciadas por Amalia.

Trátase de las alusiones hechas á pasear del brazo y á presentarse en público Julián con su mujer.

Parecía como que la madre de Emilia había presentido lo que iban á decirla y procuraba curarse en salud, impidiendo que se tocase semejante asunto.

Pero la impresión que experimentaron los dos hermanos, fué pasajera.

No podía menos de serlo.

La reflexión les dijo que no cabía dentro de lo posible que Amalia hubiese sospechado de qué se trataba.

Todo era, pues, puro efecto de la casualidad, al que no se debía dar importancia alguna.

La madre de Emilia, en vista del silencio de sus dos interlocutores, dijo sonriendo:

—¿Qué es eso? ¿He dicho tal vez alguna inconveniencia? ¿Acaso ha habido en mis palabras algo desagradable para ustedes? Ya consigné de antemano que pedía que se me dispensase, pues hoy es para mí, como madre y como mujer honrada día de gozo, y por nada querría enturbiarlo...

Andrés, el primero en rehacerse, se apresuró á contestar:

—Usted es quien ha de dispensarnos. No se trata de eso; en sus frases nada hay que hiera á mi hermano y de consiguiente mucho menos á mí... Otra era la causa de nuestro silencio y muy distinta, como va á usted á ver.

Amalia se inclinó como diciendo:

—Está bien; prosiga usted.

Entretanto, Emilia, que no había creído procedente tomar parte en la conversación, estaba entregada al parecer, á la tarea de hacer *crochet;* pero en realidad ni sabía lo que hacía, ni el hilo y el gancho que tenía entre manos la servían sino de pantalla para ocultar la ansiedad con que esperaba el término de la escena.

De vez en cuando dirigía á hurtadillas miradas á los dos hermanos.

Andrés procuraba siempre no fijar sus ojos en los de la joven.

El duque por el contrario, los buscaba, pues es lo cierto que Emilia le agradaba extraordinariamente.

El médico, en vista de la indicación de Amalia, entró de lleno en la cuestión.

De sus altas dotes de inteligencia y de delicadeza, no podia esperarse menos sino que saliera airoso de su empeño, no obstante lo espinoso de éste.

Desde luego comenzó por manifestar que el duque, á pesar de sus títulos y de lo que podían llamarse preocupaciones sociales, estaba orgulloso de haber merecido el amor de Emilia, de quien hizo su elogio, tanto más caluroso cuanto que, al hacerlo, no exponía en realidad sino sus propias opiniones.

—Pero,—añadió,—en virtud de circunstancias que no hay para qué referir, la situación de mi querida cuñada, pues ya me permito llamarla así, es especial... y otro tanto pasa con la de mi hermano. No obstante, su edad y la independencia en que le ha dejado su orfandad, tiene parientes respetables, á los que debe consideraciones. Por Emilia, prescindiría de ellas gustosísimo; mas por Emilia misma, no lo debe hacer. Esos parientes se escandalizarían de que mi hermano hiciese un matrimonio desigual... en el concepto suyo, se entiende, y más de que se casase hallándose Emilia en una situación que, sin duda, sería un estímulo para otros que no pensarán al ravés de como el sentimiento y el deber ordenan... Tanto por eso, como para evitar disgustos á ambos consortes y hasta para impedir que el día de mañana sea menospreciada Emilia por esos parientes que no valen la centésima parte de ella, ha pensado mi hermano que, de momento, el matrimonio sea secreto... de momento nada más. Luego que Emilia haya dado á luz, no faltarán medios para suponer que el fruto lo fué en realidad de bendición y así se habrá evitado un escándalo innecesario y poco agradable, sobre todo para la interesada... Este proyecto, cuyas miras son las que acabo de exponer con toda lealtad, y no otras, corría el riesgo de poder herir la susceptibilidad de ustedes, si era mal interpretado... ¿Comprenden us-

tedes ya la causa de que tuviéramos cierto reparo en exponerlo?

El asunto estaba presentado con toda la habilidad posible.

Aun así, no dejó de producir mal efecto, especialmente en Amalia.

Emilia, al fin, iba á ser madre, y secreto ó no, el casamiento suponía la legitimación de su hijo.

Esta misma consideración y la de que, al fin, quedaba asegurado á su hija un brillante porvenir, hizo que Amalia transigiera.

Mas no fué sin que protestase que sentiría que las causas de la exigencia del duque fuesen distintas de las expuestas, porque entonces, si algo hubiera en ellas que rebajase á Emilia, preferiría renunciar á toda reparación, ya que no sería posible que en el matrimonio encontrase aquélla, sino un manantial de amarguras.

Julián protestó calurosamente contra tal suposición.

Y en realidad sentía lo que estaba diciendo, al menos en aquellos momentos.

La animación con que se produjo impresionó favorablemente á las dos mujeres, y el fin de la entrevista no solo fué cordial, sino agradable para todos, excepto para Andrés.

Este había cumplido con su conciencia.

Pero ¡cuánto le costaba aquel sacrificio!

Aun comprendiendo que la joven se había hecho imposible para él; de haberse dejado llevar sólo de un egoísmo, habría querido y procurado que no fuese de nadie.

¿Hay algo más horroroso que ver en brazos de otro á la mujer amada?

Si algo hay que lo sea, sin duda acababa de realizarlo el médico, poniendo él mismo en ajenos brazos á la mujer que adoraba.

Por eso no es extraño que su corazón destilase gotas de sangre y que tuviera que echar mano de toda su fuerza de voluntad para que no se transparentasen en su rostro las torturas de su corazón.

En cambio, convenido ya todo cuanto había que tratar, el duque se mostraba gozoso, y las dos mujeres lo estaban más aunque lo aparentasen menos.

Ya hemos dicho que los sentimientos de Emilia adolecían de una confusión lamentable, no obstante la cual puede asegurarse que al volver á ver á su amante y al encontrarle dispuesto á reparar su falta, había ganado éste mucha parte del terreno perdido.

Por eso sus ojos, antes apagados, volvieron á brillar.

Por eso sus mejillas, antes pálidas, se colorearon.

Por eso, en fin, tornó la sonrisa á sus labios y la animación á sus palabras.

Aquello parecía una verdadera resurrección.

Y lo era en cierto modo.

¿Acaso el que yace bajo la fría losa de la desgracia, no resucita cuando merced á un azar dichoso, es elevado hasta el alcázar de la felicidad?

¿Y existe, para una mujer, desdicha más negra que la pérdida de la honra, ni ventura comparable á la de recobrarla?

La contestación á estas preguntas, por parte de los lectores, justificará sin duda nuestro anterior aserto.

Estamos seguros de ello.

CAPITULO LXXXV

Otra vez Carlos

PROLONGÓSE la estancia de los dos hermanos en casa de Amalia durante largo rato.

Bien hubiera querido Andrés poner término á la entrevista cuanto antes, pero si éste fué el primer impulso de su egoísmo, inmediatamente se sobrepuso á él un sentimiento más generoso.

Dirigió una mirada á hurtadillas al grupo que formaban Emilia y Julián y los vió tan embebidos en una de esas conversaciones propias de los amantes, que hubo de pensar:

—Sería criminal obligarlos á separarse.

Entonces buscó en su mente un pretexto cualquiera para ausentarse y no lo encontró.

Su buen sentido le decía que, apenas formulase en voz alta su propósito, el duque se pondría en pié y se marcharía con él.

Resolvióse, pues, á apurar hasta las heces el amargo cáliz y sobreponiéndose á su moral tormento, acercóse á doña Amalia y sostuvo con ella uno de esos diálogos insignificantes compuestos de una multitud de frases hechas y que, en resumen, no significan nada.

Por fin, como todo tiene término en este mundo, también lo tuvo su suplicio.

Los dos amantes acordaron entre sí que ya se habían arrullado bastante.

El duque dió la señal de partir y es inútil decir que no se opuso á ello el médico.

Aun le faltaba experimentar un nuevo dolor.

Las emociones que se produjeron al presentarse los dos hermanos, habían servido á Andrés para evitar el dar la mano á Emilia.

Pero ésta, á la sazón, tranquila y sonriente, se adelantó hacia él para despedirse.

¿Cómo no estrechar la mano que se le tendía?

Andrés tuvo un vértigo que dominó con sobrehumano esfuerzo.

Y no fué menor la violencia que hubo de imponer á sus nervios, para que, al contacto de la fina epidermis de la joven, no experimentase delator estremecimiento.

La prueba fué terrible, pero salió airoso de ella.

Cuando se vió en la calle respiró como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

Los dos hermanos se encaminaron al palacio del duque.

Este dijo:

—¿Sabes, chico, que me parece que me has prestado un gran servicio con tu intervención en el asunto de Emilia?

—¿Sí?—contestó distraidamente Andrés por decir algo.

—Como lo oyes. Emilia es monísima... es capaz de enloquecer á cualquiera... ¿No opinas tú lo mismo?

El médico miró con sobresalto á su hermano.

—¿Sospechará algo?—pensó.

Pero Julián le miraba con tan tranquila ingenuidad, que Andrés hubo de decirse:

—¡Imposible! Soy un mentecato.

—¿No me contestas? ¿Acaso te parece fea?

—¡Oh! No,—repuso en tono de profunda convicción Andrés.

—Vaya,—replicó Julián sonriendo,—ese entusiasmo me reconcilia contigo.

El médico se ruborizó hasta las orejas, y notando que se ponía encendido, hubo de sacar apresuradamente el pañuelo de las narices para ocultar parte de su rostro, al menos.

Por fortuna suya en aquel instante un transeunte dió un empujón al duque.

Este volvió la cabeza.

—Usted dispense,—balbuceó el transeunte.

—No hay de qué,—respondió el duque.

Y entretanto tuvo tiempo de reponerse el buen Andrés.

Aleccionado por la experiencia se puso sobre sí, y durante el resto del camino no ocurrió nada de particular.

Al llegar al palacio de su hermano, esperábale una sorpresa que en realidad lo fué también para éste.

Apenas entraron y al rumor que produjo entre la servidumbre la inesperada aparición del duque, salió de

una de las habitaciones un personaje totalmente desconocido para el médico, y que exclamó:

—¡Vaya! ¡Tío!... ¡Qué tiene usted unas partidas serranas!...

Andrés miró con sorpresa al sobrino aquel que le había salido á su hermano.

Este observó el movimiento de Andrés, y se puso á reir.

—¡Ah!—dijo.—Es verdad; no he tenido tiempo de contarte nada... pero tiempo habrá... Por ahora bástete saber que el señor es sobrino mío... La historia del parenteresco es un poco larga, aun cuando éste es bien corto: sobrino carnal...

Y luego añadió, dirigiéndose á Carlos, pues ya habrán comprendido los lectores que se trataba de él:

—Conque ¿es decir que te ha sabido mal que yo me marchase sin decirte nada?... Chico, cosas del mundo... Tuve un asunto urgente... Pero ya dejé encargado que no te faltase nada; previne que se te obedeciera como á mí mismo...

—Sí, eso ya lo sé.

—Entonces, ¿acaso alguno de mis bergantes de criados se habrá atrevido á desobedecerte?

—No, no es eso... Al contrario, todos se han portado perfectamente conmigo.

—Es que si tal supiera...

—No sea usted así... ¿Acaso se necesita que se porten mal con uno para echar de menos á un tío tan bueno y tan cariñoso como usted?

Carlos procuraba dar á sus palabras un tono natural.

Y sin embargo, tenían tal acento de afectación que Andrés no pudo menos de experimentar cierta repugnancia.

—¿De dónde se habrá sacado este sobrino el loco de mi hermano?—pensó.

Pero se guardó muy bien de decir una palabra.

Sabía que en cierta clase de asuntos conviene proceder con la mayor cautela.

El frívolo Julián tomó como moneda corriente todo cuanto le decía Carlos, y volviéndose hacia el médico, le dijo:

—Es un chico que promete.

Luego añadió encarándose con Carlos y señalando á Andrés:

—El señor es mi hermano, de quien te he hablado.

—¡Oh! Tengo mucho gusto en conocer personalmente á un médico ilustre cuya fama es casi universal.

Andrés le hizo un saludo frío y volvió á pensar para sus adentros:

—Lo dicho; cada vez me gusta menos este tipo.

Como era franco, no pudo menos de exponer semejante opinión al duque; cuando éste, así que estuvieron solos, le preguntó:

—Y bien, ¿qué te parece Carlos?

—¿Quieres que te lo diga con franqueza?

—Desde luego.

—Pues si no supiera el estado de Emilia, te contestaría con el refrán: «A quien Dios no da hijos, el diablo le da sobrinos.»

CAPITULO LXXXVI

Preparativos de boda

Con aquella mirada inteligente y escrutadora que le distinguía, Andrés había medido de alto abajo á Carlos, é instintivamente adivinó en aquel joven un enemigo.

Así fué que cuando de nuevo se encontró solo con su hermano, le dijo:

—Te advierto una cosa, Julián.

—¿Qué?

—Que del asunto de Emilia no hay necesidad de que sepa una palabra tu sobrino, que no sé de dónde ha salido; porque francamente, no tenía noticia de que tu padre tuviese ninguna otra hija.

—Pues la tenía, hermano, la tenía; y para que te convenzas de ello, como que entre nosotros ni deben ni pueden existir secretos, voy á demostrártelo.

Y al decir estas palabras, el duque se dirigió á uno de los muebles que había en sus habitaciones y extrajo de él aquella carta hábilmente falsificada por Carlos, que ya conocen nuestros lectores.

Andrés estuvo leyéndola atentamente, y después dijo:

—Has hecho perfectamente siguiendo la última voluntad de tu padre. Pero esto en nada atenúa la opinión que antes había formado.

—Carlos, desde que está conmigo, se ha portado siempre muy bien.

—Tú podrás decir lo que quieras, pero no me negarás que tengo algún conocimiento del mundo y de los hombres.

—¡Cómo he de negártelo, cuando precisamente soy el primero en reconocer todo lo que vales!

—Pues bien; si quieres que te hable con la ingenuidad que todos me reconocen y que tal vez es la base de mi carácter, he de decirte que no me agrada tu sobrino.

—¿Por qué?

—¡Oh! hijo, eso no se puede explicar; es uno de esos efectos que se sienten, pero para los cuales no hay explicación posible. En fin, por lo que pueda suceder, créeme, Julián, no tengas grandes confianzas con tu sobrino.

Y tan solemne fué el acento de Andrés al pronunciar estas palabras, que el duque no pudo menos de decir:

—¡Chico, chico! no creí que lo tomaras tan en serio, máxime cuando hasta ahora, como te he dicho, Carlos no me ha dado motivo alguno para arrepentirme de lo que hice.

—A veces lo que no sucede en un año ni en diez, sucede en una hora.

—No te diré que no.

—Ya comprenderás que te digo esto por tu bien.

—Y yo te lo agradezco, y puedes creer que apreciaré el consejo.

—Conque, dejando á un lado esta cuestión, fijémonos en lo esencial. ¿Has pensado ya donde vas á celebrar tu enlace?

—¡Chico! en cualquiera de las parroquias más retiradas de Madrid, por ejemplo en la de Chamberi.

—No, yo creo mucho mejor, ya que quieres hacerlo con ese sigilo, que hagamos otra cosa.

—¿Qué?

—¿Por qué no vas á casarte á un pueblo cualquiera de la provincia de Burgos ó de la de Soria?

—Me es indiferente; la cuestión está en que deseo que se ignore hasta que lo crea conveniente, que estoy casado y que tengo familia.

—Respeto tu decisión sobre este particular, por más que, como ya te dije, no acierto á darme la razón de ella.

—Verás tú, es de esas cosas que si me preguntas de un modo exacto la razón, no te la sabría dar; pero para evitar hablillas, murmuraciones, esas tonterías que tú sabes, tanto mortifican en nuestra sociedad, prefiero sorprenderla cuando menos lo espere con un hecho consumado que no pueda ridiculizar antes ni censurar después.

—En fin, como tú quieras.

—Por otra parte, quiero también convencerme si Emilia acepta esa situación un tanto anómala, ó si no la ha guiado para esta unión otro afán que el de mi título y mis riquezas.

—¡Quieres callar! Parece imposible que no hayas co-

nocido todavía á Emilia. Yo la juzgo incapaz de ideas tan bastardas. ¡Si ha deseado casarse contigo, no la ha guiado el móvil del interés, sino el del cariño y el de cubrir su honra tan mal tratada por tí!

—De todos modos, puesto que ella ha aceptado mi proposición...

—Es verdad, nosotros ya no hemos de ocuparnos de nada.

—Desde el punto en que nos casemos me llevaré á Emilia y á su madre á mi posesión del Solar, y allí vivirán como unas reinas.

—¡Ya lo creo! pero sin el rey,—contestó Andrés sonriéndose.

—El rey ya volverá algún día al hogar doméstico á disfrutar eso que los hombres sesudos y graves como tú, consideráis como dulce y feliz tranquilidad.

—Y lo es positivamente.

—Tú y yo regresaremos á Madrid, y de cuando en cuando haremos nuestra excursión á Avila.

—Excursiones que yo quisiera que fuesen muy frecuentes.

—Ya veremos.

Andrés no quiso insistir.

Mucho había conseguido y no quería echarlo á perder mostrándose sucesivamente intransigente.

Ahora sí lo que quería y esto estaba resuelto á evitarlo á todo trance, era que Federico llegara á enterarse de los proyectos que tenía.

Si alguna influencia temía Andrés, era la de Montesinos.

Porque no podía imaginarse que Carlos fuese hechura de aquél.

Y sin embargo su buen instinto habíale hecho comprender ya en el inesperado sobrino un enemigo terrible.

El duque no comprendía todo el manejo de su hermano, pero se dejaba guiar por él.

De aquí que los dos ó tres días que permanecieron en Madrid, no fué á ninguna parte solo, y si vió á Montesinos, no tuvieron tiempo de hablar, así porque Federico se hizo el serio por lo que había pasado en Guadalajara, como también porque Andrés evitaba que su hermano se detuviese.

En cambio, si Montesinos no había hablado con el duque, había hablado con Carlos.

Y por él supo que Andrés no dejaba, como vulgarmente se dice, á sol ni sombra á su hermano.

—¿Qué demonio estarán fraguando esos?—decía Montesinos.

—No lo sé, el caso es que desde que ha venido el dichoso médico, lo que es mi papel está en baja.

—Sí, lo que es el mío tampoco está muy en alza que digamos.

—Pues es necesario que pensemos en la manera de librarnos de ese enemigo.

—Ese es el más formidable que tenemos.

—Es decir, que te asusta.

—¡No, hombre, no! á mí no me asusta nada; pero es un enemigo que con él no se pueden emplear las armas que con otros.

—Medio palmo de hierro dentro del cuerpo al volver una esquina, desengáñate, que es siempre de un gran resultado.

—Según y con quién. Créeme, Carlos, te falta mucha experiencia todavía para vivir en el mundo.

—Podrá ser; pero yo, qué quieres, en el momento en que me estorba un objeto sea el que quiera, no me preocupo más que en buscar el medio de librarme de él.

—¡Ya lo creo! y lo haces mal, y te inutilizas para siempre. Créeme, amigo mío, la gran ciencia está en saber esperar, no en la rapidez de la ejecución.

—Yo todavía no he sabido verlo de ese modo; reconozco la justicia de tu argumento, pero es difícil que yo por mí lo pudiera poner en práctica.

—Pues es que obrando de otra manera comprometerías el éxito de nuestro plan; conque ya ves si es necesario que tengas cuidado. Ese hermano del duque me es tan antipático como á tí, me mortifica tanto como á tí, le juzgo tan peligroso como tú, pero quiero aguardar la mía, y ya la encontraré cuando sea necesario.

—Nada, chico, tú sabrás lo que haces; de este asunto te he dado la dirección absoluta...

—No me la has dado, que me la he tomado yo mismo.

—Por eso tú obrarás como más en armonía creas con nuestros intereses.

Precisamente el día en que tuvo lugar esta conversación, cuando Carlos regresó á su casa encontróse con otra novedad.

El duque y su hermano se habían marchado de Madrid.

—Pero ¿qué quiere decir esto?—exclamó Carlos dirigiéndose al criado que acababa de darle la noticia.

—El señor duque y su hermano parece que han recibido un telegrama muy urgente.

—¿De dónde?

—Lo ignoro, señorito; sólo sé que han ordenado á

José que á toda prisa arreglase el equipaje y se han marchado.

—¿Y José ha ido con ellos?

—Sí, señor.

—¡Cosa más rara! ¿No te han dicho nada?

—Unicamente lo que he dicho á usted. El señor duque ha dado orden de que le obedezcamos en todo, y que disponga usted en la casa, durante su ausencia.

—Está bien.

Una vez que Carlos estuvo solo, no pudo menos de murmurar:

—Pues señor, está visto; algo fragua esta gente y desconfía de mí. Mal hacen, porque de ese modo me excitan más la curiosidad, y como yo sepa lo que hay les aseguro que se van á divertir.

Lo que había sucedido era muy sencillo.

El duque y Andrés habían calculado que el sitio más á propósito para realizar el matrimonio, era la villa de Roa, y acordado así, se lo dijeron á Emilia y á su madre.

Ni unos ni otros conocían á nadie en aquel pueblo, por lo tanto, no podía el duque abrigar temor alguno de que tuviera publicidad su matrimonio.

Lo mismo Amalia que su hija plegábanse con extraordinaria docilidad á los caprichos del duque, porque lo mismo la una que la otra no tenían más que un deseo que era el de legalizar, por decirlo así, la situación anómala de la joven.

Andrés, durante los cuatro ó cinco días que estuvieron en Madrid después de su regreso de Guadalajara, se ocupó en arreglar todos los papeles de su hermano, y en obtener las licencias necesarias, buscando al mismo tiempo recomendaciones para el prelado á cuya

diócesis pertenecía la parroquia en que había de celebrarse el matrimonio.

Y cuando todo estuvo hecho, dijo á su hermano:

—Cuando quieras podemos marchar.

—Por mi parte cuando tú dispongas.

—Pues díselo á Emilia, y si queréis puede ser mañana mismo.

—Por mi parte cuanto antes.

Y efectivamente, el duque, como acontece con todos los caracteres débiles, quería cuanto antes llevar á cabo lo que había pensado, para evitarse quizás, el temor de volverse atrás.

En su consecuencia, ni aun á sus criados les dijeron donde iban.

El duque llamó á José, que era su ayuda de cámara, y le dijo:

—Dispónlo todo para un viaje de un mes.

—¿Dónde vamos, señorito?—le preguntó el criado.

—Ya lo verás.

—Lo decía para preparar la ropa, según...

—Pon la necesaria; que si algo me hace falta lo compraremos donde vayamos.

El ayuda de cámara, acostumbrado ya á las excentricidades de su señor, no preguntó nada más, y cuando los demás criados le interrogaban respecto á aquel viaje, se encogía de hombros, diciendo:

—Nada me preguntéis porque nada sé; estoy tan á oscuras como vosotros.

—Pero bien; ¿cuándo es la marcha?

—¡No os digo que lo ignoro todo! He recibido orden para estar prevenido para marchar, pero después de eso ya no sé nada más.

—¡Vaya una cosa rara!

—Mirad,—decía el ayuda de cámara,—el señor duque es dueño de hacer lo que mejor le plazca, y nosotros no tenemos más remedio que callar y obedecer; por lo tanto, inútil es cuanto digamos sobre el particular.

Cuando Andrés lo tuvo todo dispuesto, ni aun quiso servirse del carruaje de su hermano.

Tomó un coche de alquiler, hizo que le condujesen á la estación del Norte, y de esta manera evitó el que pudiera saberse el lugar donde iban.

Su instinto, como hemos dicho, le hacía adivinar quienes eran sus enemigos, y procuraba por cuantos medios estaban á su alcance, resguardarse de sus tiros.

CAPITULO LXXXVII

Antes y después del matrimonio

Emilia había emprendido aquel viaje sumamente contenta.

Al fin iba á obtener la rehabilitación que de justicia se la debía, máxime, habiendo sido víctima de un engaño tan inícuo como el que ya conocen nuestros lectores.

Sin embargo, había momentos en que su mirada se perdía en el espacio, plegábase su frente, y una lágrima brillaba en sus ojos.

¿Qué significaba esta lágrima, aquella arruga y la vaguedad de su mirada?

Si se lo hubierais preguntado, no habría sabido qué responder.

¿Era quizás el presentimiento de un bien perdido? ¿era acaso la nueva protesta de un hecho que no estuvo de su mano el evitar?

No lo sabemos; todo ello formaba parte de uno de esos extraños misterios del corazón, incomprensibles hasta para los mismos que á ellos están sujetos.

Había momentos en que deseaba que cuanto antes se verificase aquella ceremonia.

Otros, en que por el contrario, experimentaba una especie de supersticioso terror, conforme se iba aproximando el momento.

Si la casualidad hacía que su mirada se encontrase con la de Andrés, apresurábase á inclinar la vista, cual si se avergonzara de que la mirase aquel hombre que tan superior parecía mostrarse siempre.

Y á pesar de esto, cuando el duque con apasionado acento la decía:

—¿Estás satisfecha, Emilia? ¿estás convencida de que te amo? ¿me amas tú también á pesar de lo que ha pasado?

La joven contestaba sin vacilar y con la firme convicción de quien dice la verdad:

—Sí, te amo, y creo también que tú me amas.

—Cuando haya pasado el término de tu gestación, cuando ya hayas salido de tu embarazo, entonces volveremos á Madrid, y yo tendré un verdadero placer y un orgullo en mostrarte por todas partes.

—Cuando tú quieras; bien sabes que no tengo otra voluntad que la tuya.

—Ni yo tampoco quiero tener otra más que tu voluntad, querida.

Y, efectivamente, lo mismo el uno que la otra, creían de buena fe cuanto decían.

Porque el duque, bajo la influencia de su hermano y de Emilia, era otro hombre totalmente distinto que

cuando estaba bajo la de Federico y de otros calaveras amigos suyos.

Si Julián era susceptible de enamorarse de una mujer, la verdad era que lo estaba de Emilia.

Y como en medio de sus ligerezas y de su despreocupación no carecía de buen sentido, conocía muy bien lo que la joven valía, y sabía apreciarlo.

A su vez Emilia también le amaba.

Y debía amarle, puesto que á él había sacrificado su honra, y él era el padre de su hijo, y estas consideraciones la hacían creer que efectivamente al que iba á ser su marido, era á quien amaba.

Andrés, reservado, frío, severo, hacía todos los esfuerzos posibles por evitar una conversación directa con Emilia.

Unas veces hablando con su hermano, otras con Amalia, y otras aparentando leer un libro, pasóse el camino hasta llegar á Burgos.

Allí hubieron de detenerse porque Andrés debía practicar algunas diligencias en el tribunal eclesiástico para que se celebrase el matrimonio.

Merced á las recomendaciones de que el médico iba provisto, obtuvo la licencia para que el párroco de Roa verificase el enlace.

Y efectivamente, á aquella población se dirigieron, y cuatro días después Emilia y Julián estaban unidos en indisoluble vínculo.

Andrés hizo todas las inscripciones necesarias en el registro civil, recogió los documentos que necesitaba, y bajo pretexto de preparar las habitaciones de la posesión del Solar, el mismo día en que se verificó el matrimonio, mientras el duque, su esposa y Amalia se dirigían

á París, donde pensaban pasar diez ó doce días, él se marchó á Avila, y desde allí á la hermosísima posesión del Solar.

La tristeza del médico era mayor cada vez.

El sacrificio había sido terrible, y aun cuando muchas veces exclamaba con acento de profunda convicción:—He cumplido con mi deber; la verdad era que aquel deber le resultaba penosísimo de cumplir.

Había momentos en que pensaba que una vez cumplida su misión, lo mejor que podía hacer era marchar de España, y como que su ciencia le permitía vivir en todas partes, y por otra parte era suficientemente rico para no necesitar en último caso el auxilio de su ciencia, aquel proyecto no parecía descabellado.

—Sin embargo,—decía,—Julián no está lo suficientemente curado, es menester que yo no le abandone sino para dejarle por completo bajo el yugo de su mujer; de otro modo me expondría á que sus amigotes le alejaran de ella, y creyendo yo haber asegurado la dicha de los dos, hubiese contribuido, en cambio, á su desdicha eterna.

Y este pensamiento le hacía desistir de su propósito.

Entretanto, Carlos y Federico estaban haciendo todas las diligencias imaginables para descubrir el paradero del duque y de Andrés.

Porque aquel lujo de precauciones por ellos adoptadas llamaba su atención de tal manera, que muchas veces no podían menos de decirse con alguna inquietud:

—Pero qué demonio tendrán que hacer los dos hermanos, obrando así.

Y como Federico tenía, como él decía, hasta relaciones en el infierno, conocía á un alto empleado en la po-

licía, y consiguió interesarle á fin de que le dijera lo que deseaba.

Pero si inútiles habían resultado sus gestiones particulares, inútiles también resultaron las diligencias de la policía.

De tal modo había sabido borrar sus huellas Andrés, que no era posible que nadie las encontrase.

Unicamente la casualidad podía descubrirlas, y precisamente la estación no era á propósito para viajes y no fácil, por lo tanto, que nadie encontrase al duque en su excursión por el extranjero.

—Pues, chico,—decía Federico á Carlos,—á esta gente parece que se la ha tragado la tierra.

—No sé por qué me figuro que ese médico va á dar al traste con todos nuestros proyectos.

—Antes daremos nosotros en tierra con él. Lo que me estoy temiendo es una cosa.

—¿Qué?

—Quizás sea descabellada mi idea, pero por lo que estoy viendo...

—Vamos, habla; ¿qué es lo que estás viendo? ¿Qué idea es esa que te ocurre?

—Aquí no hay más que dos caminos que justifiquen, y no que justifiquen, sino que expliquen, el proceder de tu tío.

—¿Qué caminos son esos?

—Uno de ellos el matrimonio.

—También se me había ocurrido, y por eso te he dicho que nos podía fastidiar de firme.

—Pero no lo creo, en medio de todo, porque yo hé conseguido hacer á Julián completamente refractario al matrimonio.

—Como que esas diabluras no ocurren de repente.

—Me parece que otra debe ser la madre del cordero.

—¿Cuál?

—Andrés es republicano.

—¡Toma! y eso qué tiene que ver.

—Mucho.

—No sé de dónde encuentras tú analogía entre una y otra cosa.

—Ahora los republicanos precisamente están haciendo grandes trabajos.

—Yo creo que nunca descansan. Por supuesto, que lo que es yo, de política no entiendo ni una jota, pero por lo que oigo decir.

—Hoy están trabajando mucho y el gobierno se teme alguna intentona.

—¿Y crees que Andrés pretenda ampararse de su hermano?

—Más que eso.

—¡Cómo!

—El partido necesita dinero y si se consigue que el duque del Solar ingrese en las filas de ese partido, ya puedes comprender que sus millones podrían ser una gran cosa.

—Es verdad.

—Por eso te he dicho que de todo esto que está sucediendo con Julián, no puedo explicármelo sino de esa manera.

Carlos quedó pensativo algunos momentos.

Después dijo:

—No puede ser, yo he oído hablar á mi tío de política, y es ateo en ella.

—Bien, él es ateo en muchísimas cosas cuando habla con unos, y muy creyente cuando habla con otros. Si Julián no tiene voluntad propia.

—Ya lo he conocido, no hay carácter.

—Por eso digo que si Andrés pretende hacerle ingresar en el partido republicano, en él ingresa, y allí se va con sus capitales.

—Y á nosotros nos deja sin capital.

—Ya veremos lo que sucede si ese caso llega, porque tú debes comprender que lo que es yo, no dejo escapar la presa así como así.

—Y es lo natural. Pero de todas maneras, vuelvo á repetirte que no le creo capaz de eso.

—Pues entonces no quedaría más posibilidad que una.

—¿Cuál?

—La del matrimonio.

—Por más que esa suposición tampoco la considero inadmisible, no la creo. Hubiésemos advertido algo, porque desengáñate, que cuando se trata de una cosa así, no se puede llevar tan oculta que no se sepa algo.

—¡Quiera Dios que nos equivoquemos!

—No, equivocarnos, no; porque es positivo que algo sucede.

—O la política, ó la mujer, no hay más, Carlos.

—Pues si la una ó la otra amenazan nuestros intereses, no hay más remedio sino luchar con la una y con la otra.

—No luchar, vencer.

—Eso es lo que yo quiero decir, porque luchar sin esperanza de éxito no lo hará el hijo de mi madre.

—¿Y de dónde puede haber sacado Andrés una mujer á propósito para seducir al tonto de tu tío?

—¡Vaya usted á saberlo! En fin, aquí no tenemos más que hacer sino lo que te he dicho varias veces, estar prevenidos, y en cuanto sea necesario descargar el golpe, descargarlo sin consideración de ningún género.

—Mientras no inutilicemos á Andrés, no habremos conseguido nada.

—¿Y quién te ha dicho que no piense yo en deshacerme de él?

—Como quieres aplazarlo de una manera tan indefinida...

—Pero no renuncio á ello, lo que quiero es aprovechar una ocasión verdaderamente cierta.

—Muchos miramientos quieres gastar, y estoy viendo que con todo eso lo único que vamos á conseguir es que se rían de nosotros.

—No sé quién se ha de reir.

—Los que sepan ó los que vean que hemos consagrado todos nuestros esfuerzos á perseguir un ideal determinado, y salimos como quien dice, con las manos en la cabeza.

—Ríete de eso.

Y los dos amigos hablaban más de una vez en este mismo sentido, aumentando el interés de su conversación conforme iban pasando los días sin tener noticias del duque.

Este, según dijimos, marchó á París, y realmente creía estar apasionado de su esposa.

Emilia se mostraba tal como á su nueva posición convenía.

Julián la observaba en las fondas, en el trato con las personas con quienes necesariamente tenía que rozarse, y comprendía desde luego que la educación de su espo-

sa, no le haría nunca jugar un papel ridículo en la sociedad.

Y había momentos en que se resolvía á llevársela á Madrid y á presentarla á todas partes.

Pero desistía en el momento, murmurando:

—No, que Andrés pensaría luego que no tenía formalidad si acordada una cosa bien ó mal, no sabía sostenerla. Es preciso demostrar que tengo carácter ya que todos dicen que soy débil.

Y esta idea ahogaba en él los buenos propósitos.

Al cabo de diez ó doce días dió las órdenes á José para marchar á la posesión del Solar.

Andrés, entretanto, lo había preparado todo.

Las habitaciones para Emilia, estaban dispuestas con un buen gusto y una delicadeza asombrosas.

Ya había buscado las doncellas que la habían de servir, y todo esperaba el momento en que los nuevos señores fueran á habitar el soberbio edificio.

Cuando llegaron, Andrés, más grave, más austero que nunca recibió á sus hermanos, y los cinco ó seis días que el duque permaneció allí, casi no hizo otra cosa que entregarse á la diversión de la caza que le hacía pasar la mayor parte del día fuera de la posesión.

Al cabo de este tiempo el duque dijo á su hermano que ya era tiempo de regresar á Madrid.

—Cuando quieras,—le contestó únicamente Andrés.

CAPITULO LXXXVIII

Alianza de dos bribones

Andrés había conseguido su objeto.

El matrimonio de Emilia con Julián y bajo las condiciones propuestas por éste, se había verificado.

Federico y Carlos habían ignorado lo que sucedía, porque Andrés evitó cuidadosamente que llegara á traslucirse nada de aquellas dos personas de quienes su buen instinto le aconsejaban que desconfiara.

Pero una vez que el matrimonio se hubo verificado y que Emilia quedó instalada con su madre en la posesión del Solar, Julián regresó á Madrid.

Carlos había extrañado aquel movimiento insólito que advertía en su tío.

Desde luego sospechó que algo incomprensible para

él existía, y dió parte á Federico de lo que pasaba, añadiéndole:

—Lo que es el hermano del duque, no me mira con buenos ojos, que digamos.

—Ni á mí,—repuso Montesinos;—pero me tiene completamente sin cuidado, porque el día que yo me proponga librarme de él, puedes estar seguro que lo conseguiré. Si he vencido dificultades mayores, ¿no iría á vencer ésta también?

—En fin, veremos á ver que sucede; porque la verdad es que algo muy grave está pasando.

—Suceda lo que quiera, tú no abandones la actitud que te he indicado. En este mundo, para conseguir lo que se pretende, la primera condición es la de saber esperar.

—Sí, pero tanto puede uno esperar...

—Te he dicho que serás el heredero de tu tío y lo serás.

—No sé por qué me imagino que algún obstáculo con que no contamos, se nos va á presentar.

—¡Cómo si los obstáculos me significasen á mí algo!

Y el acento con que Montesinos pronunció estas palabras vibró de tal modo, que su amigo, á pesar de su perversidad, no pudo menos de estremecerse.

—Desengáñate,—le dijo,—que tampoco es conveniente extremar las cosas de manera que nos dieran un mal resultado.

—Demasiado sabes que yo no me precipito, voy siempre á golpe seguro. Tú lo que debes hacer, puesto que estás en la casa, es observarlo todo perfectamente y tenerme muy al corriente de cuanto allí pase. Tu tío y su hermano deben hablar, y si tú pudieras coger algo de

sus conversaciones, eso tal vez podría servirnos de hilo conductor para llegar al punto que deseamos.

—Cuando vengan, veremos si puedo descubrir algo.

Pero cuando el duque regresó á Madrid, no tuvo necesidad de que su sobrino procurase descubrir el misterio de aquel movimiento que tanto había llamado su atención.

Andrés, á pesar de que su hermano pretendió que se fuese á vivir con él, no quiso hacerlo.

—Desengáñate, Julián,—le decía;—para que vivamos bien es conveniente que vivamos separados. Yo tengo hábitos y costumbres diferentes á las tuyas. Quizás si te reprendiese por algo que creyera contrario á tu propio bien, te mortificarías conmigo y quizás concluiríamos por reñir.

—Pero ¿estás en tí, Andrés? ¿cómo es posible que yo pueda incomodarme contigo cuando de sobra te reconozco un buen juicio y una manera de razonar muy superior á la mía? Recuerdo muy bien que nuestra madre me puso bajo tu custodia y reconozco también que lejos de tí no he cometido más que locuras.

—Y seguirás cometiéndolas, querido Julián, porque desgraciadamente tienes el corazón muy bueno, pero algo ligera la cabeza y lo peor de todo es que ésta consigue dominar á aquél.

—Pero si tú estuvieras á mi lado con tus consejos y tu...

—Si estuviera á tu lado con mis consejos como tu dices, lo que conseguiría sería enojarte, que renegaras por fin de un Mentor tan fastidioso. Por otra parte, también tendría en mi contra á ese Montesinos que parece mentira sea hijo de un padre tan honrado, tan leal y como

si este elemento no fuera suficiente, ese sobrino que te ha caído como llovido del cielo, tampoco vería con buenos ojos mi ingerencia en vuestros asuntos. Tal vez pueda servirte más continuando en mi casa y viéndote todos los días.

—Como tú quieras.

—Si hubiera podido dejarte al lado de tu esposa y bajo su dulce influencia, estaría más tranquilo; pero desde el momento que has tenido ese deplorable capricho de no querer dar publicidad á tu matrimonio y de continuar haciendo todavía, durante algún tiempo, la vida de soltero, creo que hay necesidad de que yo te vea todos los días y de que tú me seas franco y nada de cuanto hagas me ocultes á fin de que pueda evitarte la comisión de alguna locura.

—No pases cuidado; eso que tú llamas capricho tiene su justificación, querido Andrés. Así estoy más seguro de augurar mi felicidad. Por lo demás, ni Montesinos ni mi sobrino tienen por qué ocuparse de tí, y lo que es el segundo especialmente por la cuenta que le tiene, él verá lo que hace.

Andrés á pesar de las seguridades de su hermano, no las tenía consigo.

Había prometido á Emilia y á su madre que haría cuanto de su parte estuviese para que cesara aquella especie de interregno y que el duque hiciera público su matrimonio.

Y á este objeto tendía también el querer vivir separado de su hermano, porque así tendría mayor libertad para obrar.

El duque, una vez instalado en su casa, llamó á Carlos á sus habitaciones y le dijo:

—Como te habrá llamado la atención mi ausencia de Madrid, mucho más por no haberte dicho nada respecto á las causas que la motivaban, necesito darte una explicación.

—No la he pretendido, ni creo que haya necesidad de ello,—repuso Carlos.—Usted es el dueño de sus acciones y aquello que haga tiene forzosamente que ser de mi agrado.

—De todos modos, desde el momento que formas parte integrante de mi familia, que como á tal te considero y legalmente te he reconocido, tienes derecho á saber cuanto me ocurra, con mayor motivo tratándose de asuntos de familia.

—De modo que entonces su viaje de usted...

—Ha reconocido por causa realizar el acto más importante que existe en la vida del hombre.

Carlos no pudo menos de estremecerse.

¿A qué acto podía referirse su tío?

Y no se atrevió á preguntar; pero la expresión de su mirada fué tan interrogadora, que el duque se apresuró á decir:

—Comprendo bien tu sorpresa por la afirmación que acabo de hacerte. He salido de Madrid para casarme.

—¡Para casarse!—exclamó vivamente Carlos, sin poderse contener.

—Sí, para casarme. Un deber de conciencia me obligaba, y bendigo á mi hermano Andrés porque tan oportunamente se presentó para recordármelo.

—Y yo me felicito también de semejante suceso, puesto que al hacerlo usted debe haber experimentado la satisfacción que experimenta toda persona cuando cumple con su deber.

—Sí por cierto; debía una rehabilitación á la noble joven que había creído en mi palabra, y un duque del Solar no debe por ningún estilo dejar que por nadie se le apellide de mal caballero.

Puede comprenderse perfectamente el efecto que cada una de estas frases irían haciendo en Carlos.

Semejante matrimonio destruía por completo todos sus cálculos.

Sin embargo, supo dominar perfectamente la cólera que le dominaba, y dijo:

—Muy bien hecho, tío; ha cumplido usted como debía, y yo me felicito de semejante conducta, con mayor motivo si, como no dudo, es digna de ella la persona á quien se ha unido.

—Sí que lo es; te presentaré á ella, la conocerás, y estoy seguro que ha de serte tan simpática como lo es para todo el mundo. Por razones particulares no quiero que este matrimonio se haga público, y la tengo en mi posesión del Solar, donde te llevaré uno de estos días.

—Cuando usted guste, estoy á sus órdenes.

—Está á punto de ser madre, y esta también es otra razón que me impide, como tú comprenderás, dar publicidad á este asunto.

Carlos hubo de clavarse las uñas en la carne para dominar la nueva impresión que aquella noticia le causaba.

No sólo el matrimonio de su tío daba un golpe funesto á sus esperanzas, sino que la proximidad de que iba á ser padre se las acababa de arrebatar.

Pero Carlos era ya ducho en el fingimiento, y se apresuró á decir:

—Ahora comprendo la razón verdadera que le ha

obligado á proceder de ese modo. Por lo tanto, más digno de loa ha sido el acto realizado por usted.

—Unicamente tú y Federico, cuando le vea, conoceréis este matrimonio que, aconsejado por mi hermano, realicé hace algunos días. Excuso decirte que nadie más debe saberlo.

—Por mi parte, puede tener la seguridad de que á nadie, absolutamente á nadie, he de decirle una palabra; pero respecto á Montesinos, usted hará lo que crea más conveniente, pero dar parte á un extraño de asuntos de tal naturaleza, paréceme que no es muy acertado.

—Federico es lo mismo que si fuera de la familia; no he tenido secretos para él, por más que muchas veces me ha aconsejado de un modo inconveniente, con esa pobre Emilia, mi esposa hoy, á la cual el me aconsejó que abandonara.

—¡Ya ve usted si yo decía bien!

—Pues por lo mismo que así me aconsejó, quiero decirle lo que he hecho.

—Usted sabrá lo que hace y hasta dónde puede llegar el grado de confianza que tenga con ese caballero.

—Sí, Montesinos callará también.

Carlos deseaba con impaciencia verse libre de la presencia de su tío.

Y aprovechó la primera ocasión para salir de la estancia.

El golpe que había recibido fué sobradamente rudo.

Necesitaba desahogarse y pensar lo que debía hacer, dada la situación que había sobrevenido.

Pero, por más vueltas que estuvo dando á su pensamiento, nada encontró que pudiera servirle de salvadora solución.

—Es preciso ver á Montesinos,—dijo por fin;—debo prevenirle antes de que le hable el duque.

Y efectivamente, en su busca se dirigió.

Carlos comprendió que, desde luego, Montesinos habría de recibir una impresión extraordinaria, por lo mismo que no podía esperar semejante cosa.

Y para evitar que Julián, al ver su impresión, pudiera sospechar, tenía más interés en verle.

Montesinos, á pesar de lo que creía Carlos, había sospechado algo.

Aquella desaparición súbita de Guadalajara, aquellas reservas tanto de su parte como por la de su hermano, aquellos viajes, todo ello concluyó por llamar su atención, haciéndole sospechar que se trataba de atraer al duque á algún matrimonio de pura conveniencia, como suelen realizarse la mayor parte entre la clase á que Julián pertenecía.

CAPITULO LXXXIX

La bomba

CUANDO Carlos pudo ver á Federico, éste no pudo menos de sorprenderse por la agitación que en el joven se advertía.

—¿Qué es eso?—le dijo,—¿qué tienes?

—Cállate, hombre, que vas á quedarte de piedra cuando lo sepas.

—¿Es mala la noticia?

—No mala, pésima.

—Pues mira, no me la digas, porque las malas noticias, vale más ignorarlas.

—Esta, por el contrario, vale mucho más saberla.

—Según quieras verlo.

—Te digo que es indispensable que la conozcas.

—Vamos, esa es alguna que tú has hecho, y ahora quieres que yo la enmiende.

—No por cierto; no he sido yo ni tú quien hemos tenido la culpa, pero los dos vamos á pagar la pena.

—¡Demonio!

—Lo que oyes.

—Explícate, chico, explícate.

—Es la noticia más estupenda que te puedes imaginar.

—Acaba.

—Mi tío se ha casado.

—¡Qué! ¡qué has dicho!

Y efectivamente, la impresión recibida por Federico fué de tal naturaleza, que Carlos no pudo menos de decirle:

—Parece que también te ha afectado.

—Ya lo creo, no ha de afectarme cuando precisamente tus intereses y los míos, son los que reciben un golpe mortal.

—Ya me habías juzgado mal, suponiendo que había podido cometer alguna imprudencia.

—¿Y con quién se ha casado? ¿cuándo lo ha efectuado? ¿por qué todos esos misterios? Como se conoce que su hermano ha venido á mezclarse en nuestro juego. Pues que tenga mucho cuidado, —prosiguió Federico con amenazador acento,—porque si yo le pongo la mano, ó poco he de poder ó se ha de acordar de mí.

—Pues presumo que se la tendremos que poner.

—Vamos por partes; ¿quién te ha dicho que se ha casado?

—El mismo.

—¡El, y á mí no me ha dicho nada!

—Te lo va á decir, y por esa razón es por lo que yo me he apresurado á venir á prepararte.

—Pero, entonces, ¿por qué lo ha ocultado?

—¿No me habías hablado de una mujer con quien

tuvo mi tío relaciones, y á la cual parece que abandonó?

—¿Quién? ¿Emilia?

—La misma.

—Sí, á mí también me gustó esa mujer, y como ya no podía ser mía, procuré separarle de ella. Pero esa mujer, según la noticia que Andrés llevó á Guadalajara, murió...

—Pues estás en un error.

—¡Cómo!

—Porque esa es la mujer con quien se ha casado.

—¿Qué estás diciendo? Vamos, Carlos, tú no has entendido bien.

—Te digo que la mujer con quien se ha casado se llama Emilia, y que debe ser esa misma, porque está en cinta.

—Entonces, me han engañado miserablemente. ¡Oh! pero no saben con quién tratan; ese Andrés, que indudablemente es el autor de todo, se ha de acordar de mí.

—¿No me habías hablado de unos amoríos que había tenido el duque?

—Sí, hombre, sí,—repuso Montesinos con voz sorda.—Y pensar que se hayan burlado de mí de esa manera; ir ese hombre á Guadalajara y decir que esa mujer se había suicidado... Vamos, si yo merecía...

Y Federico se paseaba por la estancia, demostrando la cólera que sentía, más que con nadie, consigo mismo, por no haber sabido adivinar el lazo que se le tendiera.

Carlos le miraba lleno de sorpresa.

Porque todo aquello que Federico estaba diciendo era completamente nuevo para él.

Le habló únicamente de la llegada de Andrés á Guadalajara, del papel que el duque le hiciera, de la resolu-

ción que él había tomado, pero nada de la conversación que sobrevino á la llegada de Andrés.

Así era que aquellas frases le sorprendían, obligándole á decir:

—Pero chico, explícate, porque no te comprendo.

Pero Federico, no estaba en aquellos momentos para hacerle caso.

Continuaba sus paseos cada vez de un modo más descompuesto, diciendo:

—Jamás hubiera creído lo que ha pasado. ¿Y es posible que esa mujer pertenezca por fin al duque? Estúpido, más que estúpido, creiste haberla inutilizado, y por el contrario, ha sido ella quien se ha burlado de mí. Pero todos me la han de pagar, todos se han confabulado para burlarme, y yo juro que son muy poco para burlarse de mí.

—Pero hombre, ¿querrás decirme lo que significa todo esto?—exclamó Carlos lleno de impaciencia.—Te estoy oyendo hablar hace un rato, y gesticular como un energúmeno, y no sé, francamente, á qué venga eso ahora. ¿Qué tiene que ver esa mujer contigo, ni por qué es ese enojo con ella? Al fin y al cabo, si se le ha presentado la ocasión la ha aceptado y santas pascuas; lo mismo hubiera hecho cualquier otra mujer.

—¡Qué sabes tú!

—Pues por lo mismo que no lo sé, es por lo que deseo que me des alguna explicación.

—¿Pero no comprendes que esa mujer me había gustado?

—¡Ya! y mi tío te la birló.

—Sí; pero yo había conseguido que la despreciase después de haber obtenido de ella lo que quiso.

—Vamos, y ahora Andrés le ha hecho volver al buen camino y... vamos, ahora ya lo entiendo todo. Pues hijo, te aseguro que nos la han jugado de puño.

—Pero han contado sin la huéspeda,—repuso Federico con voz ronca y el semblante tan descompuesto por la cólera, que su compañero le dijo:

—Cuidado, Federico, cuidado con saber dominarse.

—¡Qué he de dominarme, cuando siento un infierno dentro de mi pecho!

—Y por esa razón vale más que lo eches todo á rodar, cuando venga á verte mi tío.

—Mira, Carlos, déjame, y nada me digas.

—Pero, es que...

—Que me dejes te he dicho. Necesito algunas horas de aislamiento para hacer entrar en caja este cerebro completamente desorganizado por efecto de la impresión recibida. Lo que es en estos momentos, si viniera el duque, no le podría recibir.

—Pues chico, te dejo.

—Es lo mejor que puedes hacer; ya nos veremos en otra ocasión.

—Oye, daré orden de que si viene alguien, digan que no estás en casa.

—Hazlo.

—Porque sería muy posible que mi tío se empeñase en venir.

—Bien harás, porque no quiero verle, por hoy al menos.

Carlos lo hizo según su amigo deseaba y se apresuró á regresar al lado del duque.

Este no se preocupó gran cosa durante todo aquel día de cumplir lo que respecto á Montesinos había dicho.

Al día siguiente, Carlos, que había esperado impaciente que su tío dijese alguna cosa respecto á su entrevista con Federico, viendo que nada le decía, le preguntó:

—¿Ha visto usted á Montesinos?

—No,—repuso el duque;—y por cierto que no me acordé en todo el día de él. Ya se ve, como que él se las echa de resentido...

—¡Resentido!

—Sí, hombre; como estaba acostumbrado á que no daba paso alguno sin consultárselo ó sin decírselo, al ver que ahora he pretendido romper aquella especie de tutela en que estaba, parece que el hombre se muestra quejoso.

—Pues hace muy mal.

—Ya se lo dicho; pero él, dale que le darás con que si mi hermano influye ó ha dejado de influir para que se enfríe nuestra amistad.

—¡Qué tontería!

—¡Como si Andrés tuviera tiempo para ocuparse de semejante cosa!

—Sí que me parece que es sobradamente formal...

—No lo sabes tú bien.

—No, no; ¡si no hay más que verle! y después, su fama...

—Eso sí, tiene un talento que honra á la familia. Y ahí tienes tú, un hombre á quien no le hace falta ejercer la profesión.

—¡Ya lo creo! según usted me ha dicho...

—Es sumamente rico también, y como no ha sido gastador, como que apenas de sus rentas ha tenido que tocar nada, su capital ha aumentado en vez de disminuir.

—Conducta digna de elogio ha sido la suya.

—Por eso yo le respeto tanto y tanto atiendo sus consejos. Es verdad que él me trata también con un cariño del cual no puedo quejarme.

—Por supuesto, que lo que es usted tampoco puede haber hecho nada por lo cual tuviera necesidad de reprenderle.

—¡Oh! sí, sí. No tengo la pretensión de creer que haya sido impecable. Y la prueba de ello está en la razón que me ha obligado á contraer este matrimonio.

—Pero locuras de ese género, mucho más cuando se remedian del modo que usted lo ha hecho, no son tales locuras.

—Sí, Carlos; lo son.

—No acierto á verlo así.

—Y lo peor de todo es que no obraba por inspiración propia.

—¡Cómo!

—Lo que oyes. Federico precisamente tuvo la culpa de todo.

—¡Cómo! ¿Montesinos le aconsejó á usted?...

—Que abandonase á esa pobre joven; de él nació la idea de que nos marchásemos de Madrid, para dejar que pasara la primera impresión.

—¡Qué está usted diciendo!

—Lo que oyes.

—¿Pero es posible que Federico?...

—Federico es un atolondrado que obliga á los demás á que le sigan en el camino de sus calaveradas.

—Pues, francamente, eso está muy mal hecho.

—Lo mismo que me decía Andrés.

—Y si la persona que con usted tenía relaciones era

digna, con mayor motivo la acción revestía caracteres de odiosidad.

—Así lo he visto, Carlos, y me alegro mucho que tengas ese modo de pensar; porque, francamente, no quisiera que incurrieses en los mismos vicios que yo.

—Cubriéndolos tan noblemente como usted lo ha hecho...

—¡Oh! porque yo he tenido á Andrés que me hizo comprender la torcida senda que seguía; pero si no, puedes creer que hubiese tenido un remordimiento algún día.

—¡Ya lo creo!

—Estoy seguro, segurísimo, de que el día en que me retire al lado de mi familia seré un hombre completamente feliz.

—Y eso gracias á su hermano de usted.

—Desde luego.

—Pero siendo así, lo que es á Montesinos no ha de profesarle usted gran afecto.

—Sí, hombre, sí; el que yo reconozca sus defectos no quita para que recuerde la gran amistad que nos ha unido.

—Sí; esos afectos, difícilmente se olvidan.

—Por esa razón es por lo que quiero ir á verle, y no va á pasar hoy sin que lo haga.

CAPITULO XC

Pérfidas insinuaciones

Montesinos después que dió rienda suelta á su furor por la noticia que Carlos le había dado, sepultó la cabeza entre sus manos y se puso á reflexionar.

La situación era un poco difícil y exigía mucho tino para poder salvarla.

—El golpe ha sido terrible,—decía el joven paseándose por el aposento,—es preciso que yo, ó renuncie en absoluto á esa herencia, ó si quiero conseguirla, que cambie de plan y estudie los medios para conseguirlo.

Durante todo aquel día á nadie vió, no salió de su casa, no se ocupó de otra cosa sino de buscar la manera de alcanzar el objeto convenido, empleando medios diferentes de aquellos con que contara hasta entonces.

Sin embargo, no pudo resolver la cuestión.

Conocía el hecho, sabía por lo que Carlos le dijera,

con quien se había casado el duque, pero ignoraba todo lo demás.

No tenía como punto de partida otra cosa que el conocimiento profundo que tenía de Julián.

Sabía cual era su carácter, las debilidades de que adolecía, los defectos que convenía explotar en él y las virtudes que convenía extinguir en su corazón.

Después se le presentaba otra dificultad.

Presumía que era muy grande la influencia de Andrés, cuando había conseguido no solamente contrabalancear, sino vencer la suya.

Este era un factor con el cual debía contar mucho si quería alcanzar un resultado favorable.

Era por lo tanto preciso, que hablara con Julián, que fuera sacándole diestramente todos los detalles que necesitaba, y cuando conociera perfectamente cómo había sucedido todo y de qué medios se había valido Andrés para alcanzar aquel resultado, entonces con verdadero conocimiento de causa formar el plan definitivo.

De esta manera esperó la llegada del duque.

La prevención que Carlos le había hecho le sirvió extraordinariamente.

Merced á ella, podía arreglar su semblante, sus exclamaciones, hasta las impresiones que se reflejaran en su rostro en armonía con el papel que pretendía representar.

Cuando recibió el anuncio de que el duque deseaba verle, apresuróse inmediatamente á componer su rostro, y á la par que salía á su encuentro, le decía con afectuoso acento:

—¡Gracias á Dios, chico, que te has dignado hacerte visible!

—¡Qué quieres!—repuso el duque alegremente,—he estado fuera de Madrid una porción de días.

—Sí, por lo visto, ahora has tomado la costumbre de aparecer y desaparecer sin dejar rastro alguno de tu marcha.

—No todos los tiempos han de ser lo mismo.

—Ni las amistades han de permanecer siempre al mismo nivel.

—¡Hola! ¿ya tenemos celos?

—¡Celos! ¿de qué?

—Esas palabras...

—Podrán constituir una queja.

—Queja infundada, te lo aseguro.

—Yo creo que por el contrario que tiene mucho fundamento.

—No por cierto, y la prueba de ello la tienes en lo que tú mismo acabas de decir.

—Pero chico, ¿qué he dicho yo?

—Que no siempre deben ser iguales las costumbres.

—Y es verdad.

—Por eso te he contestado que también la amistad está sujeta á esas variaciones, y la tuya se ha encontrado en ese caso.

—Vuelvo á repetirte que no, y para que te convenzas de ello, voy á darte una prueba.

—¿Una prueba?

—Sí.

—Veamos.

—Vengo á darte una noticia que te ha de sorprender.

—¿Noticia que se refiere á tí?

—Por de contado.

—Pues habla.

—Te advierto que lo que voy á decirte es un secreto que confío á tu amistad.

—¡Hola! ¡hola!

—Sí, querido Federico; hasta hora lo que he decirte lo saben mi hermano, mi sobrino y tú.

—Antes estaba yo siempre en primer lugar.

—Vaya, no seas tonto. No parece sino que Andrés puede ejercer influencia alguna en mis sentimientos.

—Pues si no la ejerciera, ¿cómo era posible que me hubieses dejado en Guadalajara del modo que lo hiciste y que te hubieses marchado de una manera tan misteriosa como inesperada?

—Todo ello está relacionado con la noticia que te iba á dar.

—Pero que no me has dado todavía.

—Porque no me has dejado.

—Vaya, pues, ya te dejo; habla.

—Prepárate para sorprenderte.

—Pues chico, ya estoy preparado.

—Figúrate, querido Federico, que me he casado.

—¡Qué!

—Lo que oyes; me he casado.

—¿Pero es verdad lo que estás diciendo?

Y la sorpresa, la duda y la impaciencia estuvieron tan perfectamente representadas en el rostro de Montesinos, que el duque no pudo menos de echarse á reir, diciendo:

—¡Si te lo había prevenido! La sorpresa que habías de experimentar tenía que ser muy grande.

—Vamos, Julián, vamos; no andemos con bromas.

—Que te lo digo formalmente; que me he casado.

—¿Pero por la Iglesia?

—Por lo civil y por lo religioso. Estoy completamente casado.

—¿Y quién ha sido la venturosa?...

—Otra persona que indudablemente es la que tú menos te imaginas.

—¡Oh! Chico, ya no quiero hacer conjeturas de ninguna especie, porque parece que te has propuesto sorprenderme con lo imprevisto. Por supuesto, que todo habrá sido cosa de tu hermano Andrés.

—Sí por cierto; ¿por qué te lo he de negar?

—Vamos, ya lo comprendo; te ha querido llevar al buen camino.

—Y se lo agradezco.

—No lo pongo en duda. Vaya, cuéntame quién ha sido la señora á quien has ido á dar tu blanca mano.

—Pues... Emilia...

—¡Qué has dicho!

—Que me he casado con Emilia.

—Querido Julián, ¡por Dios! ¿quieres burlarte de mí?

—Que no me burlo, hombre; que no me burlo.

—¿Pues no nos dijo tu hermano en Guadalajara?...

—Sí; ¡que había intentado suicidarse!

—¿Luego el hecho no se consumó?

—Felizmente, no.

—Vamos, entonces ya lo comprendo.

—¿El qué comprendes?—repuso el duque, á quien no había dejado de mortificar el tono con que su amigo pronunció las anteriores frases.

—Que lo hecho por Emilia, fué ya con objeto de obligarte...

—¡Quita de ahí! siempre has de ser lo mismo.

—Pues hombre, es natural; intentar suicidarse y ser tu hermano quien fuera á darte esta noticia y después llevarte consigo y casarte. Bien claro se ve el juego.

—¡Qué juego ni qué calabazas!—contestó el duque frunciendo el entrecejo.

—Vamos, Julián, me alegraré mucho que seas un casado muy feliz; y ya veo que tienes disposiciones para ello, puesto que crees todo lo que quieren hacerte creer.

—Parece que tienes afán en mortificarme.

—Yo, chico, te he de decir las cosas tal como las siento.

—De modo, que según tú, Emilia y Andrés estaban de acuerdo...

—No sé si lo estaban ó no; pero vuelvo á repetirte, que encuentro muy extraño que tu hermano descubriera nuestro paradero en Guadalajara, que allí se presentase y que nos dijese que había presenciado el suicidio de una joven abandonada por su seductor, y todas aquellas cosas que tanto efecto te produjeron.

—Como debían producírmelo.

—Como lo había creído Andrés, sin duda.

—Dale con Andrés.

—Pero ¿querrás negarme que quien ha hecho este matrimonio ha sido tu hermano?

—No; ha sido la convicción que yo tenía de que había obrado mal.

—¡Loable arrepentimiento!

—Todo lo que tú quieras; pero he obrado así porque he creído que cumplía con un deber de justicia.

—Y dabas gusto á tu hermano.

—Me lo daba á mí mismo. Emilia es una mujer digna, con la cual yo me había portado muy mal.

—Si no hubiese sido tan frágil...

—Calla, Federico, ni aún en broma quiero oirte semejante cosa. Tú sabes muy bien la supercherría de que nos valimos...

—Esas son armas que se emplean siempre para obtener el éxito en ciertas aventuras amorosas.

—Armas de muy mala ley.

—Tienes razón, chico, han cambiado mucho los tiempos, puesto que hoy encuentras muy malo lo que ayer te pareció tan bueno.

—No discutamos sobre eso.

—No, no; por mi parte no hay discusión de ningún género. Te has casado, has cumplido con tu conciencia, según dices, tu hermano y tú estáis satisfechos, tu mujer, lo mismo, pues *tutti contenti*

—¡Válgame Dios! y que manera que tienes de ver las cosas y de ridiculizar hasta aquello que parece más digno y más respetable.

—Que quieres; es mi manera de ser. Por todo el oro del mundo no hubiese yo aceptado una coyunda impuesta, como tú lo has hecho.

—Y vuelta con la imposición,—repuso el duque mortificado por las palabras de Julián.

—¿Querrás negármelo acaso? ¿No te conozco lo bastante y no conozco también á Andrés para comprender su modo de pensar y la influencia que sobre tí ejerce?

—Pero que tiene que ver todo eso...

—Muchísimo. Y ahora dejando el terreno festivo por el formal, te repito lo que antes te dije. Yo no hubiese hecho esa locura.

—Pues mira, yo la he hecho y estoy muy satisfecho con haberla cometido.

—Eso va en gustos.

—Pero ven aquí; ¿no encuentras natural que rehabilitara á esa joven deshonrada por mí, y sin otro patrimonio que su virtud?

—Ya hubiera encontrado otro con quien casarse. Por supuesto que como te repito, aquí yo veo otra cosa distinta de la que tú ves.

—¿Y qué es eso distinto que ves?

—Quieres que te lo diga francamente.

—Ya se ve que sí, cuando te lo pregunto.

—Pues bien; yo aquí lo que veo más que todo, es un interés decidido por parte de tu hermano para que ese matrimonio se verificase.

CAPITULO XCI

Comienzan á sentirse los efectos

Las últimas palabras de Federico, palabras pronunciadas con toda la perversa intención que se puede suponer, no pudieron menos de hacer fruncir el entrecejo al duque.

Realmente, la maldad de Federico había dado en el blanco.

Andrés había sido quien se presentó á verle, para hablarle de Emilia.

Él realmente fué quien buscó facilidades para realizar el matrimonio, y como había dicho Federico muy bien, á él únicamente se debía el que se hubiese llevado á cabo.

Ahora bien, ¿qué idea era la que podía haberse llevado Andrés?

¿Por qué aquel interés?

El duque sintió la punzada y no tuvo fuerza bastante para rechazar al miserable que se la había producido.

Contentóse con decir:

—Cualquiera que no te conociese como yo, creería que tenías formado decidido empeño en malquistarme con mi hermano.

—¡Líbreme Dios de semejante cosa!

—Pues chico, tu modo de expresarte respecto á él...

—Está inspirado en el afecto que te profeso.

—No se conoce mucho ese afecto.

—¿Por qué no?

—Porque tú sabes lo mucho que yo quiero á Andrés, la obligación que tengo de respetarle, porque ese fué el postrer ruego de mi madre, y con lo que me estás diciendo parece que pretendes disminuir el afecto que él siente hacia mí.

—No te comprendo.

—Naturalmente; supones una mira interesada en lo que él hizo por mi bien.

—Según y cómo.

—¿Tú lo ves?

—Pero chico, eso es cuestión de apreciación. Como te he dicho, yo hubiese principiado por no realizar ese casamiento.

—¿Pero qué razón había para ello?

—Primera y única: la mujer que ha sido débil respecto á un hombre, puede serlo también respecto á otro.

—¡Calla!

—Yo no digo que Emilia pueda serlo; no quisiera que mis palabras la ofendiesen en lo más mínimo; pero,

desengáñate, en este mundo lo mejor de los dados es no jugarlos.

—Es que yo estaba obligado...

—¿A qué?

—A darle mi mano; á cubrirla con mi nombre.

—No seas necio; tú á lo que estabas obligado era á darle una cantidad, á reconocer á tu hijo y á darle educación si te convenía; pero á casarte, por ningún estilo.

—En fin, ya está hecho,—dijo el duque, visiblemente contrariado.

—Ya, ya lo veo. Y vamos á ver, explícame cómo se ha verificado eso, porque hasta ahora no conozco más que el hecho en sí.

—Yo he querido evitar la ostentación ni que se hablase del particular, y el matrimonio se ha verificado en un pueblo de la provincia de Burgos.

—Vamos, del mal el menos, si lo has hecho así.

—Como lo oyes.

—¿Y dónde tienes á tu mujer?

—En el Solar; allí permanecerá hasta que salga de su paso, y entonces será cuando haré público mi matrimonio. Quiero que ese tiempo sea de prueba, para ver cómo la soporta.

—¿Y te vas á encerrar tú también allí, en el Solar?

—No; en eso precisamente estriba la prueba á que quiero sujetarla.

—¡Ya! ¿De modo que ella se encuentra allí sola con Andrés?

—No por cierto; Andrés está en Madrid.

—¿Viviendo contigo?

—No, que vive en su casa.

—Vamos, eso ya me reconcilia contigo, porque de esa manera podré visitarte.

—Y seguir haciendo la vida que hacíamos.

—Pero hombre, estando casado...

—¿No te digo que quiero sujetar á mi mujer á esa prueba? La vida que hemos de hacer es la misma que yo haría si no estuviese casado.

—¡Oh! ¿pero tu hermano?...

—Mi hermano no se mete en esas cosas. Por el contrario, ha aprobado mi plan.

—¡Sí que es extraña esa aprobación?

—¿Por qué?

—Porque, francamente, chico, tu conducta en este caso no es muy correcta que digamos, y extraño que en la severidad catoniana de tu hermano te deje obrar de esa manera.

—Si no hubiese sido bajo esa condición, tampoco me habría casado.

—Vamos, que en todo lo que me estás diciendo encuentro unas cosas tan extrañas...

—No sé por qué.

—En fin, no hablemos más sobre ese particular.

Y los dos amigos estuvieron hablando de cosas indiferentes, hasta que al cabo de un rato preguntó Federico al duque:

—¿Y tu sobrino?

—En casa está.

—¿Sabe ya lo que has hecho?

—Desde luego.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Qué tiene que decirme él? precisamente es la persona á quien debe importarle menos lo que yo haga, y

la que menos derecho tiene también para decirme nada.

—Y es un buen chico. El tal Carlos te aseguro que es un muchacho de quien yo no esperaba que se portase tan bien, dado lo que me contaste referente á sus principios.

—Es verdad. Es trabajador, aplicado, y no está infatuado con la posición que yo mismo le he proporcionado.

—¿Qué te ha dicho tu hermano respecto á él?

—Nada, no lo encuentra muy simpático; pero como en este mundo no hemos de tener todos el mismo modo de ver á las personas.

—Ya me extrañaba á mí que Andrés hubiese encontrado bien á un individuo que realmente te quisiera. Estoy seguro que cuando haya sabido el reconocimiento que de él hiciste, se pondría hecho una fiera.

—Pues no ha sido así.

—¿De veras?

—Lo que te digo, ni tampoco tenía razón para ello. ¿Acaso no soy yo dueño de mis actos?

—Es verdad. Pero vamos, de Andrés, tratándose de asuntos de esa especie, debe esperarse todo.

—Mira que estás cargante con la antipatía que profesas á mi hermano.

—No hago más que pagarle con la misma moneda, porque estoy seguro, segurísimo, que no soy santo de su devoción.

—Jamás me ha hablado de tí. Lo cual tampoco es extraño, porque nunca me ha hablado de ninguno de mis amigos.

—Pues vamos, yo me creía lo contrario.

—Así te sucede con muchas cosas; crees siempre lo que te se antoja y nada más.

—Lo malo es que suelo acertar muchas veces en las apreciaciones que hago.

—Suena la flauta por casualidad; desengáñate, Federico, que tú no puedes tener la pretensión del acierto en todo.

—Puede que algún día me digas si he acertado ó no.

—¿En qué?—preguntó el duque mirando fijamente á su amigo.

—En nada.

Y la conversación volvió de nuevo á seguir otro derrotero y el duque abandonó por fin la casa de su amigo, poco satisfecho de aquella visita.

Una vez que se quedó solo Federico, dijo:

—Pues señor, ahora ya sé todo lo que necesitaba saber. Con estos detalles ya puedo formar por completo el plan de batalla. Algo complicado ha de ser y muy lento en su ejecución, pero es necesario que lo medite y más necesario todavía, que lo realice.

En cuanto al duque, aquel día no fué ya á buscar á Andrés, según tenía por costumbre.

Después de comer, le dijo á Carlos.

—Vámonos al teatro esta noche.

—¿Solos?—preguntó el joven, para quien no había pasado desapercibido el mal humor de su tío.

—Sí.

—¿Es que está ocupado don Andrés?

—No, pero no tengo necesidad ninguna de ir á buscarle. Que venga él si quiere.

Carlos nada contestó.

Dejó pasar un buen espacio y cuando se dirigían al teatro, viendo que su tío iba silencioso, le dijo:

—¿Qué tiene usted tío? ¿está usted de mal humor? ¿no se encuentra usted bien?

—Estoy contrariado, sin saber por qué,—repuso el duque.

—Ha visto usted hoy á Montesinos.

—Sí, es verdad, y por cierto que me dió memorias para tí.

—Se habrá sorprendido extraordinariamente con la noticia.

—Si te he de decir la verdad, hasta siento habérsela revelado.

—¿Por qué?

—Hombre, tiene un carácter tan extraño... Es un buen chico, es verdad, pero obra y piensa y habla de un modo que mortifica en algunas ocasiones.

—¡Ah! pero tiene muy buen fondo, digo, al menos por lo que yo he podido juzgarle.

—Sí por cierto; pero eso no quita para que con su buen fondo y todo, diga cosas que incomodan.

—Pero le ha dicho á usted algo...

—Tonterías suyas.

—¡Ah! pues no le haga usted caso. Si usted le conoce y sabe lo que es, ¿por qué se ha de preocupar de esa manera.

—Ya tienes razón, nada, nada, vamos á divertirnos esta noche.

—Y siempre; usted tiene la seguridad de haber obrado bien, no tiene por qué arrepentirse por ninguno de sus actos, pues deje usted á cada uno que piense y que diga lo que quiera.

—¡Oh! sí, sí; yo estoy satisfecho de mi proceder.

—Pues eso es lo principal.

Carlos comprendía muy bien que algo debió decir Federico que le pareciese muy duro á Julián para que tanta impresión le causara.

Y estaba deseoso de saber qué había sido.

Así fué, que cuando encontró otra ocasión á propósito, dijo:

—¿Y qué tonterías son las que se ha permitido decir Montesinos?

—Ni quiero recordarlas siquiera. Hay cosas de las cuales no se debe hablar, y esa es una de ellas. Federico tiene un modo de ver los hechos, muy especial, y esto le hace decir muchas tonterías.

—Pero esa amistad de ustedes no se habrá enfriado por eso.

—Ni por pienso; una cosa es que á mí me mortifiquen sus tonterías, y otra que le niegue mi amistad por ello; porque al fin y al cabo no reviste tanta gravedad la cosa que me pueda obligar á tomar una resolución tan radical.

Y como el duque permaneció reservado sin querer espontanearse más, Carlos no quiso ya seguir preguntando, aplazando su impaciencia para satisfacerla cuando viese á su amigo.

CAPITULO XCII

Plan de ataque

DURANTE algunos días, Montesinos no pudo ver á Carlos.

Precisamente por entonces, el gobierno concedió á su padre el título de marqués del Pino, tomándolo de una posesión que aquél tenía en las inmediaciones de Avila, denominada así.

Carlos había estado á verle varias veces, sin encontrarle nunca.

El duque estuvo en su casa á felicitarle el día que apareció en la *Gaceta* aquella concesión.

Pero no le encontró, y dijo á su sobrino:

—¡Hombre! si ves por ahí á Federico, dile lo mismo que él me dijo en otra ocasión, que se hace muy caro de ver.

—¡Ca! si he estado yo dos ó tres veces en su casa á horas distintas y nunca le he encontrado.

—¡Pües qué demonios le pasará!

—No lo sé. Se conoce que desde que á su padre le han concedido ese título, ó está muy ocupado ó quiere darse mucho tono.

—En fin, él parecerá.

Y efectivamente, para Carlos apareció á los tres ó cuatro días.

Llegó éste á su casa en ocasión que Federico acababa de entrar en ella.

—¡Gracias á Dios que te he podido echar la vista encima!—le dijo Carlos.

—Pues mira, ya pensaba enviarte un recado, porque voy á marcharme á Avila.

—¡Que te vas á marchar!

—¡Hombre! es natural que vaya á pasar algunos días al lado de mi padre.

—¿Pero piensas estar allí mucho tiempo?

—¡Qué he de estar allí! El suficiente para sacar de mi padre el dinero que necesito para pagar mis deudas.

—Ya comprendo; tu visita, más que gratulatoria, es de interés.

—¡Pues no faltaba más! Mira tú que pensar que vaya yo á Avila de otro modo que por la pura necesidad...

—Por eso me extrañaba.

—Vamos á otra cosa. ¿Y el duque?

—¡Hombre! respecto á eso, quería hablarte, y he venido á tu casa una porción de veces.

—También yo tenía necesidad de hablar contigo mucho, y no me hubiese marchado de Madrid sin que hubiésemos tenido una larga entrevista.

—Mi tío ya vino á verte para darte la enhorabuena, pero no te encontró.

—¡También he de verle, también!

—Y dime, ¿qué demonio le dijiste el día que estuvo aquí á participarte su matrimonio, que de tan mal humor le pusiste?

—Le dije lo mismo que tú has de continuar diciéndole también.

—¿Es decir, que te has formado tu plan?

—Desde luego.

—¿De modo, que has visto el peligro tal como yo le ví desde el momento en que se ha verificado su matrimonio?

—Es natural; como lo vería cualquiera.

—¿Y qué es lo que has resuelto?

—Excusada me parece la respuesta. ¿Qué he de resolver sino ir inutilizando todos los elementos que hoy tenemos en nuestra contra?

—Cuidado, Federico,—repuso Carlos;—que esos elementos son muchos y poderosos.

—Todo lo he tenido en cuenta. He formado mi plan y ten seguro que en él no falta nada absolutamente.

—¿Y qué plan es ese? ¿en qué consiste? ¿qué medios vas á emplear para obtener lo que deseas?

—En primer lugar, tú has de tener en cuenta una cosa, querido Carlos, y te ruego que no la olvides nunca, porque estás muy interesado en ello.

—¿Qué quieres decir?

—Que tienes un enemigo, que si hoy no está abiertamente declarado, quizás no tardará mucho en estarlo.

—Pero acaba de explicarte; ¿qué enemigo es ese y á qué clase pertenece, que tan formidable puede ser?

—Ese enemigo es Andrés, Andrés que por lo visto ha hablado ya con tu tío, y le ha significado algo respecto á tí.

—No sé qué tenga que decirle de mí, porque yo he procurado siempre mostrarme con él muy deferente.

—Eso no importa; Andrés caza muy largo, y ya sabe lo que somos tú y yo.

—¡Pero hombre, no sé qué decirte!

—Tú no lo sabrás; pero el caso es que si no nos apresuramos á inutilizarle, él dará al traste con los dos.

Y el acento con que Federico pronunció estas palabras, vibraba con una convicción tal, que Carlos no pudo menos de estremecerse.

—De modo,—dijo,—que no se trata solamente de un peligro en la cuestión de intereses con el casamiento de mi tío, si no que también nos vemos amenazados de otro peligro, con la ingerencia de su hermano.

—Razón por la cual vamos á unir esos dos extremos, al objeto de que por un mismo golpe los podamos anular.

Carlos alzó vivamente la cabeza, y miró sorprendido á su interlocutor.

—¿Qué has dicho?—le preguntó.

—Que el matrimonio de tu tío y la inquina de Andrés son dos cosas que, para nosotros, han de producir un mismo efecto.

—¡Que no te entiendo, digo!

—Torpe has venido hoy.

—¡Qué quieres! así será; pero deseo que me expliques el plan que has concebido.

—Y lo mejor es, que mi plan ya está puesto en práctica.

—¿Cómo?

—Como lo oyes; de eso nacía el mal humor de tu tío, según has dicho antes.

—Ya me lo figuré.

—Como precisamente en ese matrimonio existe la especialísima circunstancia de haberse verificado, más que todo, por obra y gracia de Andrés; como que Emilia había dado ya pruebas de una fragilidad extraordinaria, es necesario ver cómo se justifica el interés que el hermano del duque ha tenido y tiene por su cuñada.

—¡Demonio!—exclamó Carlos mirando lleno de asombro á Federico;—es decir, que tú quieres suponer...

—No; no quiero suponer, quiero darle todas las apariencias de realidad, quiero que el duque tenga el convencimiento de que su mujer tiene relaciones con Andrés.

—¡Chico! ¡eso es monstruoso!

—Precisamente eso es lo que yo busco; lo monstruoso que es lo que debe provocar la explosión.

—Pero esa explosión...

—Esa explosión nos quitará de en medio á Andrés y Emilia.

—Pero si no existe lo que supones.

—¿Y á nosotros qué nos importa? ¿por qué se han cruzado en nuestro camino? nos estorban y los quitamos de en medio.

Carlos se quedó algunos momentos pensativo.

Después, dijo:

—Pero sin duda olvidas una cosa.

—¿Qué?

—Que el duque va á tener un hijo, que es posible que tenga más...

—Ya lo sé.

—Y que no habremos conseguido nada mientras queden esos herederos, porque yo supongo que no se han de precipitar los acontecimientos, para no exponernos á un fracaso.

—No; esto no es cuestión de un año ni de dos. Ha de ir realizándose poco á poco.

—Razón más en mi abono para decirte que, aun cuando inutilicemos á la madre, quedarán siempre los hijos.

—¿Y hay nada más quebradizo que la vida de un niño? Están tan amenazados por tantas y tantas enfermedades...

—¡Calla, Federico, calla! porque tu plan...

—Mi plan, créelo, es de resultados infalibles si me ayudas, y tenemos discreción suficiente para llevarle á cabo.

—Me asusta, ¡qué quieres que te diga!

—En ese caso, hagamos otra cosa.

—¿Qué?

—Renuncia por completo al brillante porvenir que te habías imaginado, y resígnate á vivir con las migajas que se desprendan de la mesa de tu tío.

—¡Oh! eso no.

—Pues entonces, créeme, que no te queda otro recurso que el que te he dicho.

—Tristísimo recurso por cierto.

—Busca otro mejor. Como tú comprenderás, todo lo que te estoy diciendo, es única y exclusivamente por tu propio bien.

—Y por el tuyo.

—Yo, al fin y al cabo, ya sabes que no lo necesito.

—Pues si no lo necesitaras, ¿por qué habías de haberme pedido aquel documento?...

—Naturalmente, hombre; tratándose de un negocio de esa magnitud ¿querías que te dejase toda la utilidad?

—Pues mira, Federico, el plan que me has propuesto, le considero sumamente aventurado.

—Pero es seguro.

—No. Cualquier cosa puede destruirlo.

—No acierto á ver esa contingencia.

—Imagínate por un momento, que Andrés no da motivo para que se pueda sospechar de él; que se aleja de aquí, que realiza el plan que le oído decir, de hacer un viaje al Asia á fin de estudiar detenidamente aquella flora que tantas maravillas encierra.

—¿Y qué?

—Que ya es inútil tu plan.

—Pues qué, ¿te crees que no encontraríamos alguna otra persona á quien echarle el muerto? Emilia es hermosa, muy hermosa, y el día en que el duque la presente en sociedad, tú verás como pululan á su alrededor esa multitud de piratas de salón, que van siempre á caza de presas que destrozar.

—De todas maneras, no veo de resultado tan seguro ese proyecto.

—En fin, podemos estudiar otro.

—Es que la primera idea me gusta; eso de unir á Andrés con mi tía para inutilizar á los dos de un mismo golpe, me encanta, pero veo muchas dificultades para realizarlo.

—Si tú me ayudas á ir infiltrando en el ánimo del duque la duda y la desconfianza, ellas solas han de hacerlo

todo. Porque el duque excitado por nosotros, cometerá actos que sublevarán á los que sean objeto de ellos, máxime, siendo inocentes como lo son. La cólera y el despecho le obligarán á cometer imprudencias, de las cuales nos aprovecharemos nosotros, y tú verás como al fin sucederá lo que yo pretendo.

CAPITULO XCIII

El viaje de Federico

DESPUÉS de las últimas palabras de Montesinos, Carlos volvió á quedarse pensativo.

Verdaderamente que el plan de su amigo era sumamente atrevido; y si el éxito correspondía, el resultado era innegable.

Sin embargo, quedaba siempre aquel factor contrario representado por el hijo ó los hijos que tuviera el duque cuando aquel caso llegara.

Y para librarse de éstos, era necesario recurrir á nuevos crímenes.

—Confieso,—le dijo á su amigo,—que me agrada tu idea, que veo que positivamente te has ocupado y te ocupas de la realización de nuestro propósito, de la satisfacción de nuestra mútua aspiración, que quieres vengarte

y vengarme de Andrés; pero á pesar de eso, créeme, Federico, es preciso que pensemos más detenidamente en los medios de alcanzar el objeto apetecido.

—Yo estoy dispuesto siempre á admitir todas las modificaciones de que sea susceptible este plan; pero me parece que pocas serán las que podamos introducir en él.

—Pues hijo, hay que buscarlas.

—Nada, nada; aguza el ingenio, y veamos lo que resuelves.

—Tú también, es necesario que no te encariñes con ese propósito, sino que procures buscar otros caminos que nos den el mismo resultado.

—Yo los buscaré; pero tú, entretanto, es menester que me ayudes en el sentido que te he dicho. Eso siempre ha de producir una ventaja.

—¡Ya lo creo! la de mantener la desconfianza en el duque, respecto á su hermano; eso ya se sabe que es de resultado seguro.

—Y mucho habremos ganado, si conseguimos romper, ó cuando menos, mantener muy frías las relaciones entre el duque y Andrés.

—Lo haré.

Y los dos amigos se separaron.

Dos días después, Federico estuvo en casa del duque.

Iba á despedirse, porque pensaba marchar á Avila, según él había tratado.

Julián, recibió afablemente á su amigo, diciéndole:

—Desde que han dado el título á tu padre, no te se ve por ninguna parte.

—¿Tú sabes lo ocupado que estuve estos días con una porción de encargos que se le antojó á mi padre hacerme?

—¡Ya lo creo! y esos encargos han sido de tal naturaleza, que te han tenido constantemente en la calle, ¿no es así?

—Aun cuando lo dudes, esa es la verdad.

—En fin, más vale tarde que nunca. He estado en tu casa dos ó tres veces, y ya había resuelto no volver más.

—Por eso he venido yo, para decirte al mismo tiempo si quieres algo para Avila.

—¡Cómo! ¿te marchas?

—Sí; pero por pocos días. Necesito dinero, y es preciso que le saque á mi padre.

—¡Hombre! ya sabes que si algo te hace falta, no tienes que pasar apuro alguno. Pero recuerdo que me dijiste no hace mucho que habías recibido mil duros de tu casa.

—¡Calla, hombre, calla! si me ha pasado una cosa estos días que precisamente ha sido lo que me ha tenido tan ocupado. Uno de esos dramas de familia que no llega á traslucirlos la sociedad, pero que no por eso dejan de ser más terribles.

—¡Demonio! ¿y tú has tenido que intervenir en alguno de esos dramas?

—Sí. La prensa se ha ocupado algo de ellos, aun cuando en términos muy embozados.

—Como yo no leo ningún periódico, no sé nada.

—Pues hijo, ha sido una historia, que, ¡ya, ya!

—¿Qué ha sido?

—¿Tú recuerdas un muchacho que iba al Casino, un andaluz, Lorenzo Arcos?

—Sí; me parece que alguna vez me hablaste de él.

—Un calaverón deshecho. Estaba casado con una mujer, muy linda por cierto, á quien tenía casi abandonada.

—¿Y estaba en Madrid?

—No; la tenía en un pueblecito de la Mancha; tenía posesiones allí, y allí residía. Su matrimonio había sido uno de esos matrimonios de conveniencia, que, según yo había podido entender, se realizó por mediación, creo que de un hermano que él tenía.

—¿Y qué?

—Hace poco desapareció Lorenzo de Madrid, de la noche á la mañana, cuando cátate que hace ocho ó diez días se me presenta una mañana en casa pálido, con el semblante demudado y con todos los caracteres de hallarse bajo la influencia de un terrible acontecimiento.

—¡Demonio! ¡sabes que va interesándome el asunto!

—¡Oh! ¡pues más te va á interesar lo que vas á oir! Como es consiguiente, le pregunté lo qué tenía, ¡y juzga tú cuál sería mi sorpresa al decirme que le ocultara, porque acababa de llegar del pueblo, donde había dado muerte á su mujer y á su hermano, á quienes había sorprendido, á consecuencia de noticias que recibiera, respecto á las criminales relaciones que hacía tiempo sostenían!

—¡Qué estás diciendo!

Y el duque, sin que él mismo pudiera comprender la causa, no pudo menos de inmutarse.

—Lo que oyes, hijo; lo que oyes. Yo me quedé de piedra al verlo. Aquel hombre estaba desesperado; procuré sosegarle, le oculté en casa, comencé á dar pasos á fin de evitar que se diese publicidad á aquel suceso, le proporcioné un pasaporte para que pudiera marcharse á los Estados Unidos y le dí todo el dinero que tenía disponible.

—¡Y se marchó ya!

—Sí; ayer tuve un telegrama desde Cádiz, diciéndome que se había embarcado.

—Pues ya te aseguro que tenías razón al decir que se trataba de un drama terrible,—dijo el duque con acento distraído.

—Ya lo ves. He pasado unos días atroces, como te he dicho, y esto, unido á los encargos que tuve que hacer, me ha impedido ver á los amigos.

—Lo creo. ¿Conque dices que te marchas á Avila?—preguntó Julián al cabo de algunos momentos.

—Sí, ya te he dicho las causas. Si quieres algo, puesto que allí está Emilia, puedo verla en tu nombre.

—No hay inconveniente. Ahora, como que ya está casada, me parece que no ha de recibirte mal.

—Eso lo que tú quieras. Si no creas oportuno el que la vea, no la veré.

—No hombre; ¿qué razón había yo de tener para que dejaras de visitarla? Con eso, cuando vengas, me dirás cómo está.

—Si me pregunta por tí, ¿qué la digo?

—Que uno de estos días iré también por allá. No hay necesidad de que le digas si será este mes ó el otro.

—Le diré que estás muy ocupado por ahora, y que cuando te encuentres algo más libre, irás.

—Como quieras.

Y Federico, que ya había conseguido su objeto, que no fué otro que el de contar aquella historia que él mismo se forjara, para hacer sufrir á su amigo, abandonó su casa.

El duque no podía definir lo que sentía.

Aquella historia que le había contado su amigo, no sabía por qué, no se borraba de su pensamiento.

—¡Valiente disgusto tendría ese hombre,—decía,— al ver la traición de su hermano y de su mujer!

En otros momentos murmuraba:

—Por supuesto, que también lo que él hizo fué terrible. ¡Dar muerte á los dos!...

Carlos, cuando le vió, comprendió desde luego que algo había sucedido desde que él se separó de su tío.

Y como no podía ocurrir nada en aquella casa que no fuera obra de Federico, supuso desde luego que él habría estado allí.

Poco después, el mismo Julián le dijo:

—Aquí ha estado Montesinos á despedirse.

—¿Pues dónde va?

—A nuestro país. Con eso de haber hecho marqués á su padre, pretende sacarle dinero.

—¡Válgame Dios! ¡y cuánto dinero que gasta ese hombre!

—Dí más bien que tira.

—Es verdad.

—Juega de un modo que, si á ese paso va, el día que su padre muera en muy poco tiempo va á destruir todo su patrimonio.

—¡Qué lástima!

—Por cierto, que me ha contado una historia que ha llamado grandemente mi atención.

—¡Una historia!—exclamó Carlos, comprendiendo que en ella sin duda estaba la explicación de la preocupación del duque.

—Sí, hombre; tú tal vez lo hayas oído decir.

—¿Qué es?

—¿No has visto en los periódicos algo parecido á un

hermano que ha muerto á otro porque le sorprendió con su mujer y?...

—Sí, me parece que sí. Pero no decía los nombres, creo...

Carlos acentuó estas frases, que á nada le comprometían, puesto que ni había visto en los periódicos cosa parecida, ni había oído nada tampoco.

—Pues Federico,—prosiguió el duque,—ha tenido que intervenir en este negocio.

—¡Sí que ha estado divertido!

—¡Pero mira tú que habrá sido horroroso para ese hermano encontrarse que la persona con quien le faltaba su esposa, era precisamente otro individuo de su propia sangre!

—¡Oh! casos de esos, ya he oído bastantes por desgracia.

—¿Tú también conocías hechos de esa especie?—preguntó el duque, mirando con ansiedad á Carlos.

—Sí, señor; unas veces ha sido el primo, ó el tío, ó el amigo más íntimo, pero siempre, y eso ya he tenido ocasión de apreciarlo prácticamente, si así me puedo explicar, he observado en todos esos hechos una circunstancia.

—¿Cuál?

—Que el traidor ha sido el mismo que había concertado ó arreglado la boda del esposo ofendido.

Semejante conclusión, no pudo menos de producir su efecto en el duque.

Trabajado ya como estaba por lo que Montesinos le dijera, llegar Carlos después, y remachar el clavo de aquel modo, era una cosa superior al disimulo del duque.

Así fué, que estalló diciendo:

—¡Demonio! ¿sabéis que si yo no fuera tan despreocupado como soy y no tuviese tanta confianza en mi hermano?... .

—¿Qué quiere usted decir, tío?—preguntó Carlos precipitadamente, como quien intenta evitar que prosiga el que habla.

—¡Nada, hombre, nada, que ofendo á mi hermano! Pero ya se ve; oye uno ciertas cosas, recuerda otras, y se pone de mal humor sin saber por qué.

—Confieso que no le entiendo, tío.

—Es que ni yo mismo quisiera entenderme. Te lo aseguro.

Y el duque, por la vez primera quizás, sintióse hondamente perturbado.

Su sobrino le miraba atentamente.

Y la expresión de su semblante estaba demostrando el innoble gozo que le embargaba.

El plan de Federico estaba dando sus resultados.

Las dudas penetraban en el espíritu de Julián, y ellas por sí solas, como había presumido muy bien el pérfido amigo, habían de darle el resultado que apetecía.

Cuando Carlos creyó conveniente poner término á aquel estado, dijo:

—Pero ¿qué es eso tío? ¿Qué diablos tiene usted?

—¡Quién! ¿yo? Nada absolutamente. Os habéis empeñado en que me sucede alguna cosa, y estáis en un error.

—¡Como le veo á usted tan pensativo!...

—Es que estoy preocupado con el éxito de una operación que me propuso ayer mi banquero, y no sé si me convendrá ó no aceptarla.

—Eso es otra cosa. Siendo esa la razón, ya es diferente.

Y Carlos no pudo menos de sonreirse, porque de sobra conocía la verdadera causa del disgusto que experimentaba su tío.

CAPITULO XCIV

Los dos hermanos

Se pasaron dos ó tres días sin que Julián fuese á buscar á Andrés, según tenía por costumbre, desde que habían regresado á Madrid.

El médico había vuelto á la vida activa de su profesión, y si bien el primer día no echó tanto de menos á su hermano, cuando ya pasaron tres, no pudo menos de sorprenderse de aquella ausencia.

Precisamente una de las condiciones, si de este modo podemos expresarnos, que Andrés había impuesto á su hermano para evitarle que se dejara dominar por influencia de ninguna especie, era que se viesen diariamente.

De este modo, Andrés podía saber la ingerencia que una persona extraña pudiera tener en sus asuntos, y desde el momento en que se apercibió de aquella falta de su hermano, dijo:

—Este, indudablemente, ha visto ya á Montesinos.

Y ya sabemos que acertaba en su suposición.

En su consecuencia, Andrés, para quien significaba mucho la felicidad de Emilia, se dirigió á la casa de su hermano, precisamente cuando éste pensaba dirigirse, como las noches anteriores, hacia el teatro Real, donde había una bailarina en quien le había hecho reparar su sobrino.

Al ver á su hermano, no pudo menos de inmutarse.

—Parece que te cuesta un poco,—le dijo,—sostener las buenas costumbres.

—Ya sé por qué lo dices,—repuso Julián dominándose,—porque no he ido á buscarte estos días.

—Justo.

—Chico, he estado muy ocupado, y por otra parte, como calculaba que si yo no iba tú vendrías, no hice grandes esfuerzos.

—Ya he visto que no te preocupabas gran cosa respecto á la causa de no venir tu hermano.

—En cuanto á eso, dispénseme usted que le diga que padece un error,—se apresuró á decir Carlos, que deseaba congraciarse tanto con su tío como con Andrés,—porque todos estos días estaba diciendo mi tío que extrañaba mucho que no viniese usted á verle, y que al día siguiente era necesario averiguar si le ocurría alguna novedad.

—Ya lo oyes.

—Si algún culpable hay aquí, lo soy yo que, francamente, se me ha olvidado ir como quería, tanto ayer como hoy, á su casa de usted.

—En fin, habrá que confesar que el culpable he sido yo,—dijo Andrés.

—Yo creo, y dispensen ustedes si me mezclo en su conversación, que aquí no ha habido culpable ninguno, porque don Andrés con sus visitas, y usted con sus ocupaciones, uno y otro deseando verse y formando propósitos para ello, no han podido realizarlo por causas ajenas á su voluntad.

—Pero chico, ¿qué ocupaciones son esas que te han surgido tan de repente?

—¡Hombre! te diré; Urquiza se ha empeñado en disponer de mis fondos para ciertas operaciones que, según él, son de resultado positivo. Como yo no entiendo de eso, estoy indeciso, medito, pienso, me informo, y como que cada uno me dice una cosa distinta, la verdad es que no sé qué hacer.

—Mira tú por donde ahora vas á convertirte en negociante.

—No, yo no; si como te he dicho no entiendo una jota en negocios. Eso es cosa de Urquiza. Se ha encontrado allí con dos millones, según me ha dicho, pertenecientes á mi padre, y de los cuales yo no había dispuesto nunca, y quiere ponerlos en circulación.

—Pues mira, Julián, ¿quieres creerme?

—Si quería haberte visto para que me hubieses aconsejado. Tú entiendes de todo, tú conoces lo mismo el mundo médico que el mundo de los negocios, y quiero fiarme de tí en absoluto.

—Yo te doy mil gracias por esa confianza que me honra, y á la cual procuraré corresponder como yo sé.

—Como que fuera un crimen corresponder de otro modo á la confianza que un hermano deposita en otro hermano,—dijo el duque, con un expresión que no pasó desapercibida para Andrés ni para Carlos.

Al primero le llamó la atención en un sentido, y al segundo en otro.

Tal vez Andrés, hubiese interrogado á su hermano, respecto al verdadero sentido que había dado á aquella frase.

Pero la presencia de Carlos se lo impidió.

—Es verdad,—dijo,—que suele haber hermanos que corresponden á los beneficios ó al cariño de sus hermanos con las ingratitudes más negras ó con los aborrecimientos más injustificados. Pero debe consolarnos el que esas no son más que excepciones en la regla general.

—Pues desdichados de nosotros,—dijo Carlos,—si así no fuera.

—Yo no puedo decir más,—contestó el duque,—sino que en todo y por todo he seguido las indicaciones de Andrés. Si he obrado mal ó bien, á su cargo va. Mi madre, al morir, me recomendó á él, me encargó que le respetara, y me glorío de haberlo hecho.

—Pero chico, ¿á qué viene ahora sacar todo eso á colación?—dijo Andrés.

—A demostrarle á Carlos que si yo me muestro deferente contigo y sigo en un todo tus consejos, porque reconozco que vales mucho más que yo...

—¡Calla, por Dios, Julián, no digas eso!

—Sí, hombre, lo he dicho siempre.

—Pues muy mal dicho; lo que valemos cada uno, no somos nosotros quien lo debe apreciar ni quien lo puede decir.

—Si no me has dejado terminar lo que estaba diciendo.

—Te advierto que si se trata de variaciones sobre el mismo tema, no quiero escucharte más.

—Si digo esto para que mi sobrino no se sienta mortificado cuando yo le diga alguna cosa, porque si yo no me creo rebajado ni mucho menos, con seguir tus consejos y con ceder á tus indicaciones, él tampoco debe mostrarse disgustado cuando le hago alguna observación.

—Siendo así, admito lo que dices, aun cuando no sea más que como lección para este caballerito, por más que me parece que Carlos es demasiado dócil y no puede dejar de comprender que cuanto le digas, todo ha de ser por su propio bien.

—Si yo lo comprendo así,—repuso Carlos,—y bien sabe mi tío que tengo sumo gusto en que me reprenda.

—Vamos, hombre, vamos, que no puedes negarme la contrariedad que experimentas cuando te digo alguna cosa.

—Como nos sucede á todos cuando nos hacen comprender el error en que estamos.

Y Andrés, al decir estas palabras, fijó una mirada afectuosa en Carlos.

—Pero de todos modos,—dijo éste,—mortifíqueme ó no, bien sabe mi tío que no he dejado de seguir cuantas nidicaciones me ha hecho.

—Eso es verdad.

—Lo cual prueba que Carlos tiene buen fondo y buen criterio para comprender por qué le dices ciertas cosas. Pero vaya, no hablemos más de este asunto, y ocupémonos de nosotros.

—Tienes razón,—repuso el duque,—quedamos en el momento en que yo estaba hablando respecto á estas operaciones en que Urquiza quiere mezclarme.

—Y en las cuales, si yo fuera de tí, no me mezclaría.

—¿De veras?

—Como te lo digo, y prueba de que no lo haría, cuando sabes del modo que tengo empleados mis fondos.

—Es verdad que tú tienes también metálico.

—No mucho; pero cuando alguna partida tengo para emplear, no me voy á buscar operaciones de esas que á primera vista seducen por la ganancia material que ofrecen, pero que resultan ruinosas, porque uno se engolosina con ellas, va poco á poco arriesgando cantidades mayores, y el día en que finalmente se recibe un golpe, es muy difícil ya reponerse de él.

—Y tiene usted mucha razón, señor don Andrés,—dijo Carlos.—Al menos en lo que mi corta experiencia me indica, habla usted muy acertadamente.

—De manera que tú no accederías á lo que Urquiza pretende.

—No, y te doy las razones.

—Pues entonces, ¿qué hacer de ese dinero?

—Yo, que quieres que te diga, obraría en todo y por todo de un modo distinto que tú.

—Pero es no decirme nada.

—Déjate que acabe de explicarme. Casado ya, como estás, retirado, digámoslo así de cierto género de vida, puesto que tienes todo ese dinero sobrante empléalo en algo que á la par que te sea beneficioso lo sea también para tus semejantes.

—¡Oh! ya sé lo que me vas á decir; ese bello ideal que tú tienes de crear grandes explotaciones rurales.

—Justo, y puedes estar seguro que en eso pararé el día que prefiera la existencia tranquila del hogar doméstico á la agitada existencia de las grandes ciudades.

—Vaya, chico, yo no puedo hacer eso.

—Porque no quieres.

—No es porque no quiero, sino porque comprendo que no sirvo. Mira tú que yo con el título que llevo, agradándome más divertirme que otra cosa, irme á meter entre cuatro terrones para tratar con zafios labriegos y hablar de roturaciones de terrenos, iluminaciones de aguas, desmontes y abonos... vaya, vaya, querido Andrés, no me vengas con eso.

—Pues hijo no lo hagas; eso no es más que proponerte una idea, pero no la aceptas, sea en buenhora, ya encontraremos otro medio de que emplees tu capital sin que haya necesidad de que lo arriesgues en empresas tan aventuradas como las que Urquiza te propone.

—¿Y qué empresas son esas? vamos á ver.

—Dedica una parte de ese capital á emplearlo en primera hipoteca sobre fincas, y aun cuando la renta sea menor, sabes que lo tienes completamente asegurado.

—Pero si en un momento determinado necesito disponer de una cantidad y lo tengo distribuido de ese modo, ya comprenderás, también, que es muy triste el que no lo pueda utilizar.

—No lo emplees todo en hipotecas, déjate quince ó veinte, ó treinta mil duros en cuenta corriente en el Banco y de ese modo lo tienes á tú disposición cuando te convenga.

—Eso ya no me parece tan mal. ¿Qué tal Carlos?

—Yo encuentro tan razonable la idea de don Andrés que más no puede ser.

—Pues aceptada, que se vaya Urquiza al demonio con sus propósitos.

—Te advierto que como utilidad la negociación de Urquiza la tiene; pero hay ese mal, que la misma ganan-

cia que se obtiene es poderoso acicate para ir engolfándose en operaciones de mayor importancia y el día en que esas operaciones, que no todas han de ser acertadas, el día en que esas operaciones, repito, vuelven la espalda, el golpe es formidable. De aquí la razón porque no sea partidario de esos modos rápidos de hacer fortuna.

—No, no; si lo comprendo. Desechado por completo aquel plan y aceptado el de mi querido Andrés.

—Así quisieras también aceptar las ideas que respecto á tu modo de vivir te he dado.

—¿Pues no te he obedecido siempre?

—Sí; pero en esto te encuentro rehacio.

—Mira, si te refieres á lo de que me marche á vivir á Avila, al lado de mi mujer, no me hables ahora sobre ese particular. Soy joven todavía para encerrarme entre cuatro paredes, por más que éstas sean tan espléndidas como las de mi posesión del Solar.

—Pero ten presente que yo no me refiero á que permanezcas constantemente allí, pero al menos, hombre, vive al lado de tu mujer, ya porque esa obligación has contraído al casarte, ya también porque no es bueno que una señora casada viva lejos de su marido.

—¿Qué quieres decir?—preguntó el duque frunciendo ligeramente el entrecejo.

—Hay veces que la mujer se considera ofendida, y en medio de todo, no le falta razón, por esa especie de abandono que de ella hace su marido.

—Pues precisamente esa ha sido la razón que yo he tenido para obrar del modo que lo hice. Por darte gusto, llevé á cabo este matrimonio.

—No, no, distingamos, Julián; tu matrimonio con Emilia, era un deber de conciencia que tenías que cum-

plir. Así te lo hice presente y tú lo comprendiste, puesto que te casaste. Pero eso, querido hermano, permíteme que te diga que es hacer las cosas á medias.

—Es inútil que hablemos sobre ese particular,—repuso el duque,—yo he meditado y, francamente, no me arrepiento de la resolución que he tomado. Cuando me convenza de que Emilia no se ha casado conmigo por el fausto ni por la opulencia, cuando yo la vea buena madre de sus hijos, consagrada á ellos exclusivamente, cuando eche de menos, pero de un modo verdad, la ausencia de su marido, entonces, puedes estar seguro que iré á su lado.

—En fin, tú eres muy dueño de obrar como mejor te plazca; pero lo que es para mí, creo que haces muy mal.

—No sé si obro bien ó mal, pero sí te digo que á ese propósito ciño mi línea de conducta. ¿Qué podríamos esperar entonces del cariño de una mujer, si por una cosa tan fútil como es una diversión ó el recreo de tener cerca de sí al esposo, fuera causa bastante para que la esposa se ofendiera?

—Sí, hombre, desengáñate, que tiene que producir mal efecto siempre ver que el marido apenas hace caso de la mujer, que va á verla cuando le sobra el tiempo en otros lados. Si al menos tuviese una ocupación, verdad, para justificar ese alejamiento, pase; pero si no la hay...

—No hay más que mi voluntad.

—Ya lo veo.

—Pero esa voluntad, no podrás negarme que está justificada.

—Si yo te digo todo esto, ya comprenderás también que es porque no quiero que nadie tenga que hablar de tí.

—Pero de mí, ¿qué pueden hablar? He cometido una falta y la he reparado.

—Sí, como la repara todo hombre de honor.

—Sin embargo, hay muchos que no lo hubiesen hecho.

—Como no me digas más que eso, también lo creo; pero esos hombres, querido Julián, no deben servirte nunca de maestros, para acciones semejantes.

CAPITULO XCV

Aprovechar la ocasión

LAS palabras de Andrés, realmente mortificaban á su hermano.

Aquella insistencia de éste para que aceptase la nueva existencia á que él mismo le había conducido sin que él mismo se diera cuenta de ello, le disgustaba.

No se atrevía á negarse rotundamente, ni á decir tampoco á Andrés que no se mezclara en aquellos asuntos; pero era lo cierto que, sin quererlo él mismo, la idea de aquellos maridos ultrajados por sus mismos hermanos, iba tomando cuerpo en su imaginación.

—No sé por qué,—dijo,—tienes ese empeño en que me vuelva al lado de Emilia.

—Te advierto una cosa, Julián,—dijo Andrés severamente,—y es, que yo no tengo empeño alguno respecto á este particular, y si antes lo tuve para que realizaras

tu matrimonio, fué porque lo creí justo y natural. Por lo demás, mis consejos ó mis excitaciones, van siempre encaminadas á lo que juzgo más conveniente.

—¡Sí, ya lo sé, hombre!

—Pero es el caso que te he oído varias veces hablar ó aludir á empeño mío, y no le tengo.

—Pues nada, no hablaré más de empeño.

—Te he dicho eso respecto á Emilia, porque es posible que haya quien te critique por esa especie de abandono; pero por lo demás, edad suficiente tienes para obrar por tí mismo, cómo y según te convenga.

—Si el tío no puede haber dicho eso con ánimo de que usted se ofenda,—dijo Carlos apresurándose á intervenir.

—Hay frases,—repuso Andrés,—que aun cuando no ofendan, porque á mí, de mi hermano, nada me puede ofender, mortifican, sin embargo, y yo he procurado siempre no pronunciar ninguna que á él le ofenda.

—Chico, veo que lo has tomado de un modo.

—Ya sabes que soy muy susceptible, no lo puedo remediar.

—Pero si yo no he creído que te ofenderías.

—No me ofendo, no, como ya te he dicho; pero me mortifica la intención que parece das á esta palabra.

—Pues con no decírtela más, basta.

—Si yo mismo comprendo que puse empeño en que te casaras, pero fué en el buen sentido, para que cumplieses como debías, y porque á la par, la persona de quien se trataba era una joven digna; pero fuera de eso no tengo empeño en nada más y no es razón el que yo te hablase en el sentido que lo hice y te impulsara á obrar así, para que tú me estés diciendo...

—Nada, nada; no quiero que se hable más sobre ese particular.

Y Julián se levantó de su asiento y fué á abrazar á su hermano.

Este le correspondió del mismo modo, añadiendo:

—No olvides nunca, Julián, que cuanto te diga, es sólo por tu bien, así es que nunca me hables censurando como imposición lo que sólo ha sido buen deseo. Después de todo tú eres muy dueño de aceptar ó no, lo que te indique.

—¡Si lo sé, hombre, si lo sé! pero en el caso de que se trata, tú sabes bien las razones que te dí para obrar de ese modo. Emilia se conformó...

—Sí, como se conforma uno cuando no tiene otro remedio, porque, desengáñate, que á ninguna mujer le es agradable la situación á que tú la has sujetado.

—De todos modos, es menester que se acostumbre á ello. Después le será más agradable el cambio.

—Con tal de que ese cambio se realice...

—¿Y por qué no?

—En fin, querido Julián, haz lo que quieras, puesto que tú eres el dueño de tus acciones.

—De todos modos, no me negarás que yo hasta ahora estoy perfectamente dentro de lo que había dicho. Dueña es en su casa y á su disposición está toda mi fortuna.

—Bien, sí; pero yo estoy seguro que á toda tu fortuna, debe preferir Emilia tu cariño.

—Y le posee toda vez que la he dado mi nombre, cosa que otros no hubieran hecho.

—En lo cual habrían realizado una gran iniquidad,—repuso severamente Andrés.

—Será todo lo que tú quieras; pero el caso es que yo he cumplido mejor, pero muchísimo mejor que otros. La mujer que ha sido frágil una vez, da lugar á sospechar que podría llegar á serlo también otra. Cuando una desgracia semejante sucede, basta con darle una cantidad, con reconocer á la criatura, si el padre tiene conciencia y...

—Basta,—repuso severamente Andrés.—Ya encuentro en tí la huella de los pérfidos consejos de alguno de tus amigos. Razonamientos son esos que hablan muy poco en tu favor.

—Ya lo creo, para tí únicamente lo que tú dices ó aconsejas es lo bueno y lo razonable.

—No por cierto; no tengo la pretensión de creerlo así; pero en el terreno en que hablamos sí, lo que yo te he aconsejado es lo justo, es lo que debe ser. No has hecho nada de más porque á ello estabas obligado y si hay alguien que te diga otra cosa, como indudablemente te habrá dicho Montesinos, es porque en su corazón no hay la más mínima parte de sentimiento.

—Ya salió Federico á relucir.

—Tú mismo eres quien me ha sugerido su nombre. Precisamente él te colocó en la pendiente por la cual ibas descendiendo, cuando felizmente yo te pude detener. ¿Qué de particular tiene que reconozca esa influencia si en solo tres días que no te he visto te encuentro ya tan otro?

—Y por eso supones que él me haya dicho...

—Sí, hombre, sí; no ves que le conozco y te conozco. ¿Qué podrá haber en tu corazón que permanezca oculto para mí? Desengáñate que si por los consejos de Federico te dejas guiar, si á sus ideas le das crédito y las aco-

ges y las atiendes, ¡ah, pobre Julián! ¡qué triste porvenir es el que te aguarda!

Y el acento de Andrés vibró de un modo tal, que el mismo Julián no pudo menos de estremecerse.

—Cualquiera que te oyera,—dijo después,—se creería que yo era un hombre tan pervertido, tan relajado...

—En camino estás de ello si sigues la marcha que Federico te trace.

—Gracias por la opinión en que me tienes,—repuso el duque con un ligero acento de despecho.

—No es que te tenga en esa opinión, pero te conozco lo bastante para temer la influencia de Federico.

—No tenga usted cuidado,—dijo Carlos que veía que en el terreno que iba poniéndose aquella discusión, era muy fácil que sobreviniese un rompimiento.—Mi tío es amigo de sus amigos, mas no por eso deja de conocer los defectos que tengan.

—¡Pues ya lo creo, hombre, ya lo creo! Cualquiera creería que yo soy un niño que se deja guiar por donde quieren guiarle.

—Poco menos, Julián. Eso es precisamente lo que me asusta en tí.

—Si no es más que eso, mi tío ha adquirido, desde que ha cambiado de situación, alguna experiencia.

—¡Calla, hombre!—repuso Julián,—si mi hermano se cree que soy una criatura.

—No eres una criatura, Julián, pero tienes debilidad de carácter, y esto, querido hermano, es un mal cuyas consecuencias no puedes preveer ahora. Yo que te quiero, no deseo otra cosa que tu bien, y de aquí la razón porque te hablo así, y por lo que así te aconsejo.

—Y yo, que como te he dicho ya, aprecio en lo que va-

len tus indicaciones, y que sé positivamente que me quieres, te digo á mi vez, que dejes á Federico que diga y que hable todo cuanto quiera, que su criterio no ha de influir para nada, en lo que yo crea que debo hacer.

—Pero has vertido ideas...

—¿Quién piensa ahora en esas ideas?—se apresuró á decir Carlos;—aun cuando mi tío haya podido decir algo de lo que ha oído, ¿qué importa, si su proceder es tan distinto?

—Nada, no quiero decir nada más,—repuso Andrés sonriéndose;—ya no quiero que me taches de juez demasiado severo.

—Eso, jamás.

—Y sobre todo, que me retires tu cariño.

—¡Pero criatura, por Dios! ¿quieres callar?

—Todo podría ser; porque ya es viejo aquello, de que quien dice las verdades, ofende.

—Según y cómo.

—Vaya, vaya, ¿dónde piensas ir esta noche?

—Donde te agrade, que no tengo plan determinado.

—Pues mira, si quieres, nos iremos al Ateneo.

—Donde te agrade, ya te he dicho que no tengo ningún inconveniente, porque no tengo plan determinado. Estas noches pasadas, Carlos y yo nos hemos ido al Real.

—Pues vamos allá si quieres.

—No; tú dices al Ateneo, pues vamos al Ateneo; así te convencerás de que no tengo más deseo que el de complacerte.

—Pero si tenías ya algún compromiso adquirido con Federico, si os habíais de ver en algún punto determinado, no es justo de que por mí lo dejes.

—¡Federico!... sabe Dios dónde parará á estas horas.

—¡Cómo! ¿pues no está en Madrid?

—No por cierto. Se ha marchado á Avila.

—¿A Avila?—exclamó Andrés estremeciéndose.

—Sí, hombre; ¿no ves tú que á su padre le han concedido el título de marqués? pues ha tenido que desempeñar una porción de comisiones. Allí creo que va á permanecer algunos días.

—¡Ya!

—Por eso te digo que estamos completamente libres, y podemos hacer lo que mejor nos acomode.

—Sin embargo, tío,—repuso Carlos,—yo creo que estando aquí Montesinos, ó no estando, ha tenido usted completa libertad de acción.

—Eso, sí, desde luego; pero estando él, á lo mejor, tú sabes su carácter, que nos compromete á que vayamos aquí ó allá.

—Ese compromiso es el que á mí me asusta siempre,—repuso Andrés,—á mí me agrada la independencia completa, y esa es la que yo quisiera que tú tuvieses.

—¡Pero si la tengo, hombre! y prueba de ello, que ahora nos marchamos donde mejor nos plazca.

—Donde tú quieras.

Efectivamente, poco después, los dos hermanos, acompañados de Carlos, salían á la calle dirigiéndose al Ateneo.

Entretanto, Federico había salido de Madrid dirigiéndose á Avila sumamente satisfecho, porque ya iba pensando en todo el extraordinario partido que iba á sacar de aquel viaje.

La libertad en que le había dejado el duque de visitar á Emilia, era un aliciente de gran peso para él.

Por supuesto, que aun sin autorización del esposo, no hubiera vacilado en verla.

Había llegado el momento, según él creía, de realizar las ideas que había concebido al saber el matrimonio del duque, y ya veremos los medios que puso en práctica para realizarlas.

CAPITULO XCVI

En Avila

UNA vez en la hermosa posesión en que residía su padre, y pasados los primeros momentos dedicados al autor de sus días, Federico envió á llamar á Juan, aquel criado, que, como sabemos, se había escapado del presidio de Alcalá, y que por mediación de Carlos había entrado á su servicio.

Inútil es decir que Juan profesaba un agradecimiento sin límites, lo mismo á Carlos que había sido, digámoslo así, el origen de su fortuna, que á Montesinos, merced al cual tenía asegurada su tranquilidad.

Cualquier cosa que éste le hubiera mandado la habría hecho sin vacilar, así era que estaba ansioso de que se le presentase ocasión en que demostrar á su señor la gratitud en que rebosaba su pecho.

—Vamos á ver,—le dijo el joven una vez que es tuvo en su presencia,—¿qué tal te va al lado de mi padre?

—¡Oh, señorito! ¿cómo quiere usted que me vaya sino muy bien y bendiciendo más cada día al cielo por el inmenso beneficio que me ha proporcionado? Tanto el señor como usted pueden disponer hasta de mi vida, que estoy dispuesto á dársela, y aun así creo que haría muy poco todavía.

—Vamos, vamos, no exageres.

—Se lo juro á usted por el nombre que tengo.

—Observo una cosa y no me agrada.

Juan no pudo menos de inmutarse, porque realmente el incurrir en el desagrado de Federico era muy significativo para él.

—Sentiría haberle causado el más pequeño enojo,—dijo,—y crea usted que si ha sido así, lo habré hecho involuntariamente.

—Al hacerme presente tu gratitud por el bien que ahora disfrutas, has omitido precisamente á la persona á quien todo se lo debes, á mi amigo Carlos que ha sido por quien yo te conocí.

—No creí que fuera necesario citarle, porque el señorito Carlos sabe de todo lo que soy capaz por él.

—Está bien; no te he llamado para que me demuestres tu gratitud, que demasiado la comprendo; he querido hablarte para hacerte presente todos los deberes que tienes contraídos conmigo.

—Por eso dije á usted antes que si necesitaba mi vida...

—Puede que llegue algún momento en que me convenga que la expongas.

Y Montesinos al decir estas palabras miraba fijamente al criado.

Este contestó sin vacilar.

—Ya he dicho á usted que á su disposición estaba. ¿Cuál era mi porvenir si no le hubiese encontrado? Ser un criminal bajo la acción de la justicia siempre, hundiéndome cada vez más en la senda del vicio y teniendo por única perspectiva...

—Sí, el patíbulo ó la cadena perpetua,—repuso friamente Federico,—ya lo sé y precisamente es lo que no quiero que olvides para que comprendas lo que me debes.

Juan no pudo menos de estremecerse al escuchar á su amo.

Realmente, como ya dijimos en otro lugar, su corazón no estaba viciado.

La necesidad, la mala compañía, el amigo vicioso le había conducido á formar parte de la banda de salteadores que vagaba por los montes de Toledo.

Fué cogido con ella y en gracia de que no existían respecto á él antecedentes penales de consideración, pasó al correccional de Alcalá á cumplir su condena.

Se escapó, tuvo la suerte de encontrar á Carlos, según él creía, y con deseos de abandonar la torcida senda que había emprendido, creyó ver el cielo abierto, como decía, al encontrarse en Avila al servicio de una persona tan respetable como el padre de Federico, con un estado civil hábilmente preparado por aquél, y al abrigo de toda persecución.

Pero en el presidio había adquirido ya cierto conocimiento respecto á las personas, y las frases pronunciadas por su señor, no le hicieron mucho efecto.

Especialmente la frialdad con que acababa éste de definir su situación, no fueron de muy buen agüero.

Quedóse sin contestar, y Federico continuó al cabo de algunos momentos:

—Tu situación, si yo te retirara mi protección, sería muy crítica, ¿no es así?

—Como que equivaldría á entregarme á la justicia, que no se mostraría conmigo muy cariñosa por cierto.

—De modo, que por tu propio bien, por tu egoismo, no tienes más remedio que servirme.

—No, señor, por gratitud; porque como antes he dicho á usted, todo cuanto yo hiciera me parecería poco para pagarle lo que le debo.

—Mira, dejémonos de gratitud ni de favores que á nada conducen; tú me sirves porque te tiene cuenta, y yo te he salvado del riesgo que corrías, por la necesidad que tenía de tus servicios, por lo tanto, colocada de este modo la situación, es fácil que nos entendamos.

—Yo no deseo otra cosa, que servir al señorito.

—Yo he querido buscar un servidor que me lo debiese todo, ¿comprendes?

Y Montesinos marcó de un modo extraordinario estas palabras, cuyo verdadero significado comenzaba á comprender Juan.

—Sirviéndome con lealtad,—prosiguió el joven,—tendrás conmigo seguridad, dinero, impunidad para todo y existencia regalada; pero si mi servicio no te agrada, si me haces traición, con entregarte á la justicia he concluido. Yo no te haré daño alguno, resucitaré el pasado y nada más. Te digo todo esto para que tú veas qué es lo que te tiene cuenta. Hoy puedes elegir todavía, mañana ya no tendrás tiempo. Que no te convienen mis

proposiciones, te marchas y punto concluido y tú verás cómo te las compones; que te agradan, entonces es distinto, me perteneces en cuerpo y alma; tu brazo, tu inteligencia, tu vida, en una palabra, son míos, y puedo disponer de ellos cuando me convenga. Tienes que ser el perro obediente y fiel, un solo gruñido que exhales, será suficiente para que dejes de pertenecer á mi casa. Si de este modo quieres estar á mi lado; corriente, si no, ya sabes lo que te toca hacer.

Esta proposición tan cínicamente formulada, dicha con tanta frialdad y tanta crueldad al mismo tiempo, impresionó vivamente á Juan.

Por un momento estuvo tentado de abandonar la habitación y salir de aquella casa.

Sublevábase su corazón contra la perversidad que acababa de descubrir en Federico.

Pero una reflexión le contuvo.

La salida de aquella casa equivalía á volver á presidio.

En aquellos momentos se encontraba peor todavía que cuando de él se había evadido.

Porque la autoridad se habría mostrado mucho más inexorable por efecto del tiempo transcurrido desde su fuga.

Entonces comprendió que se le había tendido un lazo.

Montesinos necesitaba un servidor, como había dicho, que no pensara más que para él, que no tuviera otra voluntad que la suya y que le obedeciera ciegamente, y á buscarle había dedicado sus esfuerzos.

Carlos y él habían sido cómplices para determinar su captura.

Y de tal modo le habían cogido, que le era ya completamente imposible escapar de su poder.

Federico le contemplaba friamente.

Parecía que iba siguiendo todas las luchas que se libraban en su corazón, y cuando ya creyó prudente intervenir, dijo:

—Vamos, es inútil que pienses más, porque no tienes medio alguno de evadir tu suerte. O conmigo la consideración, la seguridad y el bienestar, ó fuera de mí el presidio y la persecución. Decídete pronto, porque la paciencia no ha sido nunca mi fuerte. Doy mucho, así en bien como en mal, pero me agrada muy poco esperar á que me den nada los demás, aun cuando lo que me den pueda ser muy bueno. ¿Comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, señor,—contestó Juan, por fin, haciendo un esfuerzo.

—¿Y qué es lo que resuelves?

—Usted mismo lo ha dicho. Atado de piés y manos me tiene en su poder, por lo tanto es inútil todo cuanto yo intente.

—¿Ves como te dije antes muy bien que no hablaras nada de gratitud ni de sentimientos?

—¡Oh! sin embargo...

—No hay sin embargo que valga. Si tú encontraras algún medio de evadirte de aquí y subsistir sin peligro alguno, de fijo que lo aceptarías sin acordarte de si te había salvado ó no. Te quedas conmigo por la necesidad.

—Está bien, señorito,—repuso Juan, adoptando, finalmente una resolución,—haga usted de mí lo que quiera.

—Sólo pretendo una obediencia completamente pasiva.

—La tendrá usted.

—Por supuesto que todo ello refluirá en beneficio tuyo, porque desde luego te autorizo para que me saquees según te convenga...

—¡Por Dios!...

—También lo habías de hacer del mismo modo sin que yo te autorizara, conque vale más que sepas que no me engañas.

—Esté usted seguro que á pesar de que usted se crea lo contrario, yo no tomare sino lo que usted me dé.

—Bien, bien; eso ya lo veremos después. Te advierto que para todo el mundo, sin excepción, has de ser mudo y ciego. Ni has de decir ni has de ver más que lo que yo quiera, ¿comprendes?

—Lo comprendo, señorito. Desde el momento en que ha dicho usted que necesitaba un hombre que no tuviese otra voluntad que la suya, ya se puede suponer que no ha de hacer sino lo que á usted le convenga.

—Estás á mi servicio y no al de mi padre; de manera que si algo te pregunta respecto á mí, solamente le dirás lo que me convenga que le digas. El mismo Carlos, á quien eres deudor de haberme conocido, no debe ser para tí más que un extraño tratándose de mis asuntos.

—Vuelvo á repetirle que no tendrá motivo alguno de queja. Puede ponerme á prueba desde luego, y verá si yo sé cumplir con mi compromiso.

—Precisamente de eso es de lo que trato.

—Pues diga usted.

—Es decir que estás resuelto á servirme.

—Si usted lo ha dicho; si me tiene en su poder, ¿qué

he de hacer más que procurar complacerle en todo, por la cuenta que me trae?

—Considerándolo bajo ese punto de vista, es mucho más fácil que podamos entendernos. Tú no tienes que hacer otra cosa sino seguir en todo mis instrucciones y como de ello resulta tu bienestar, por el mismo interés tuyo debes servirme.

Juan, no contestó, hizo un gesto de asentimiento y Federico, continuó:

—¿Tú conoces ó has oído nombrar desde que estás aquí una magnífica posesión que hay por la parte de Arévalo denominada el Solar?

—He oído hablar del duque del Solar, aquí mismo entre los criados de su papá de usted; pero no sé nada más.

—Pues es preciso que mañana salgas de aquí y te dirijas á Arévalo.

—Está bien, señorito, iré.

—Una vez en la villa, te quedas en la posada sin decir á lo qué vas, y al día siguiente comienzas tus averiguaciones respecto al punto donde se encuentra esa posesión. Está á una legua escasa de la población, te diriges á ella y procuras informarte de la vida que hace la duquesa, que reside en aquella posesión.

—¿Es eso todo?

—Pero cuenta que necesito saberlo de una manera positiva.

—Descuide usted que cuánto de mí dependa todo lo pondré en práctica para poderle dar á usted noticias tan seguras como desea

—Yo también voy á marchar á Arévalo mañana, de modo que podemos ir juntos; por allí cerca también tiene mi padre una posesión, de modo que ahora mismo irás

á Avila y pondrás un telegrama para que me lleven á Arévalo un caballo.

Juan se inclinó delante su señor y salió del aposento para disponerse á fin de marchar á Avila.

El pobre Juan acababa de sufrir una decepción.

Había creído rescatar los vicios y las malas acciones de los primeros años de su existencia por medio de una vida tranquila y apacible en aquella hermosa posesión, y se encontraba con que, por el contrario, iba á empezar para él nueva serie de crímenes, porque, indudablemente, todo lo que el joven pudiera encargarle debía revestir cierto carácter de gravedad, desde el momento en que tantas precauciones adoptaba para que nadie supiera lo que pensaba hacer.

No había hecho más que cambiar de presidio, con la única diferencia que en el de Montesinos disfrutaría de una impunidad que no habría tenido en el otro, lo cual, al mismo tiempo, le hacia comprender que los crímenes habían de ser mayores desde el momento en que no había que temer el castigo.

En fin, echada estaba ya la suerte y no tenía otro remedio que resignarse.

Poco después Montesinos le daba el telegrama que había de poner en Avila.

CAPITULO XCVII

Visita de etiqueta

No podía ser más recogida la existencia de Emilia en la posesión del Solar.

Su distracción única consistía en pasear por aquellos frondosos jardines, en admirar todas las maravillas que el dinero y el buen gusto de los duques del Solar habían ido reuniendo allí.

Algunas veces se dirigía á Arévalo donde siempre tenía algún dolor que consolar ó algunas lágrimas que enjugar, y toda clase de bendiciones llovían sobre ella.

Pero á pesar del respeto y del cariño con que se la trataba, en el semblante de Emilia veíase siempre una nube de tristeza, que nada bastaba á disipar.

A pesar de que nada decía, la verdad era que el proceder de su marido la efectaba de un modo extraordinario.

Aun cuando Andrés la había dicho que aquello no

era más que hijo de un capricho de Julián, capricho del cual cedería en el momento en que diese á luz el sér que llevaba en su seno, la joven no podía menos de comprender que el matrimonio del duque había sido más bien impuesto por la razón, que no hijo del sentimiento del cariño.

Realmente, el duque había enmendado su falta dándole su nombre.

Mas á pesar de esto, no se la oscurecía la falta de amor en el corazón del duque.

Su madre veía también lo mismo, y procuraba alentar á su hija, para hacerla soportar aquella prueba á que, como decía el duque, quería sujetarla, por más que del mismo modo que su hija, presumía también que aquel estado se prolongaría más de lo que ellas hubiesen presumido.

Emilia, en las soledades de aquel inmenso palacio, pensaba más de una vez en Andrés.

Había empezado sospechando que aquel hombre no había pensado jamás en amarla, y concluyó por creer que no sólo la había amado siempre, sino que se había sublimizado finalmente por medio del sacrificio que había hecho, obligando á su hermano á que se casara con ella.

Y como es natural, el médico había ido tomando proporciones en su pensamiento.

Y á esto contribuía, y no poco, la diferencia de proceder que observaba entre los dos hermanos.

Así iban transcurriendo los días, concentrando sus dolores en su propio corazón, á fin de evitar que su madre se afligiese viéndola sufrir.

Y por la misma razón, también Amalia procuraba

ocultar á su hija la preocupación que le causaba el proceder del duque, preocupación que cada día iba aumentando, porque realmente á los ojos de la buena señora y á su experiencia, no se le oscurecía la gravedad que aquella situación podía encerrar para el porvenir.

La falta de la esposa al lado del marido, podía engendrar en éste otras aficiones que, si bien por el momento no podían ser peligrosas, quizás de continuar, las consecuencias podrían ser terribles.

Había momentos en que se arrepentía de haber accedido á aquella condición.

Pero después reflexionaba, y comprendía que si no lo hubiese hecho así, su hija se encontraría deshonrada y, por lo tanto, era casi casi preferible aquel sufrimiento al que en otro caso habría lacerado constantemente su corazón de madre.

Mas, de todos modos, la situación no tenía nada de satisfactoria.

El duque, separado de su esposa, ¿cómo era posible que aprendiera á quererla ni se tomase interés por ella ni por el hijo que llevaba en su seno?

Y siendo esto así, ¿qué esperanza podía tener para que mejorase la situación de la pobre Emilia?

A pesar de los esfuerzos que ésta hacía, la madre adivinaba á través de la sonrisa que veía en sus labios, el llanto que había en su corazón.

Y de este modo, sufriendo ambas, iban pasando los días, haciendo cada una de ellas esfuerzos para engañar á la otra, sin poderlo conseguir.

En este estado, un día sintieron llamar á la verja de la posesión, y á poco entró un criado anunciando que un caballero, amigo del señor duque, que acababa de llegar de Madrid, deseaba saludar á las señoras.

Inútil es decir la prisa que, tanto Emilia como su madre, se darían para recibir al recién llegado, que debía llevarles noticias del duque.

Pero en el momento que Emilia salió á la sala y vió á Federico, no pudo menos de expresar en su semblante la decepción que acababa de experimentar.

Aquel sér le era completamente repulsivo.

Recordando todo lo que había sucedido, era imposible que pudiera mostrarle buen semblante.

Lo primero que había dicho á su marido cuando se había casado, era que no la obligase á tratar con Federico, porque no podía olvidar lo que había hecho.

Y precisamente aquel hombre se presentaba con una visita de su marido, porque indudablemente, á no estar autorizado por él, no se habría atrevido á hacerlo.

Sin embargo, tenía demasiada educación, y sabía guardar las formas, y, por lo tanto, saludó á Federico, preguntándole inmediatamente:

—¿Y Julián?

—En su nombre vengo precisamente, que sabiendo que tenía que pasar algunos días al lado de papá, me encargó que hiciese á ustedes una visita y les dijera que tal vez venga dentro de poco á pasar unos cuantos días al lado de ustedes.

—¡Eso dijo!—exclamaron con alegría las dos señoras.

—Sí tal, y pueden ustedes estar seguras de que á no ser nuncio de tan buena nueva, no habría venido, porque supongo que usted no llevará muy bien la permanencia de Julián en Madrid.

—Cuando él lo desea, señal es de que sus negocios le obligan á permanecer allí.

—Julián, amiga mía, podía prescindir de sus negocios, máxime siendo tan rico como es. ¿Qué necesidad tiene él de especulaciones ni de emplear dinero en cosas que, así conforme pueden salir bien pueden resultar mal, y hacerle perder en un instante grandes cantidades? Yo se lo he dicho una porción de veces; el hombre casado debe pensar de un modo distinto de cuando soltero. Pero váyanle ustedes á él con esas cosas.

—¡Oh! sin embargo, yo creo que cuando él lo hace...

—Julián es una criatura; se deja llevar por el primero que le dice alguna cosa.

—Pues usted creo que siempre ha tenido gran influencia sobre él,—dijo Amalia.

—Como la tiene cualquiera que sepa insinuarse en su corazón.

—Pues lo que es con esa apología, francamente, sería preciso juzgar á mi esposo de un modo muy desfavorable.

—Nada de eso,—se apresuró á decir Federico,—muy lejos de mí tratar de ofenderle, porque cuando yo no permitiría que nadie dijera la más mínima cosa en menoscabo suyo, ya comprenderán ustedes que no he de ser quien incurra en lo que censuraría en los demás, pero hablo así por efecto de la misma amistad que le profeso y porque hablamos casi en familia.

—Sin embargo, yo creo que mi esposo ha de comprender al fin que donde está la verdadera felicidad, donde está la paz, la tranquilidad y el reposo, es en el hogar doméstico, al lado de su mujer y de su hijo, y más pronto ó más tarde abandonará Madrid.

—¿Y á usted no le gustaría estar allí?

—A mí me gusta estar donde esté mi marido; si él

quiere vivir en Madrid, gustosa viviré allí; si él prefiere que vivamos en esta posesión, gustosísima también permaneceré en ella si le tengo á mi lado.

—¿Y es posible que se haya usted podido acostumbrar á vivir aquí en medio de esta soledad, en este aislamiento?...

—Sí, señor; es el deseo de mi esposo que permanezca aquí, y aquí vivo. Nada echo de menos, nada deseo más que su presencia; disfrutando de ella, no digo aquí, en cualquier parte mucho peor viviría contenta y feliz.

—Quisiera que Julián la oyese en estos momentos.

—Si eso ya lo sabe.

—De esa manera sería fácil que consiguiésemos arrancarle de Madrid, porque, créame usted, Emilia, la corte es muy peligrosa.

—Pero mi Julián creo que ya tiene experiencia suficiente para saber sortear todos estos peligros.

—Julián tiene una debilidad de carácter que le perjudica en gran manera. Si fuera su hermano Andrés, ya es muy distinto.

Y Federico, al decir estas palabras, miró fijamente á la duquesa.

Esta no pudo menos de inmutarse, si bien fué cosa de un momento.

—Sí, que es verdad,—dijo Amalia,—que don Andrés parece que tiene otro genio.

—¡Oh! aquel es todo un carácter. Cuando él se propone hacer una cosa, la hace, sin que haya nada que le obligue á torcer su voluntad. Después tiene un corazón de oro.

—De eso, precisamente nadie mejor que nosotras podemos dar razón.

—Es verdad que, según tengo entendido, contribuyó mucho para el casamiento de Emilia.

—¡Oh! nosotras le conocíamos ya.

—¡Ya!—exclamó Federico, no pudiendo disimular su sorpresa.

—Sí, señor; porque había asistido á mamá en un accidente que le ocurrió.

—¡Ah! vamos, ya no me acordaba, como médico...

—Justo, y se portó con nosotras... del modo que él acostumbra á portarse con todo el mundo, y especialmente con los que sufren.

Federico recogió aquellas palabras, que para él eran de gran importancia.

Andrés, como sabemos, había ocultado á su hermano que antes había conocido á Emilia y á su madre, á fin de dar más color á aquella mentira de que se había servido para conseguir que el casamiento se verificara.

Y cuando advirtió, tanto á la madre como á la hija, de que estuvieran conformes para hablar en el mismo sentido, no les encargó que callasen también lo referente á la visita y á la asistencia médica que las había dispensado, y por cuya razón las había conocido.

La casualidad había hecho que no se hablara nunca de aquel incidente delante de Julián, así era que éste desconocía por completo la amistad que ya les unía antes del incidente que él había referido á su hermano.

Por lo tanto, puede comprenderse si tendría interés para Federico lo que acababa de oir.

Sin embargo, pasada la primera impresión supo dominarse, y dijo al cabo de algunos momentos:

—Conque, Andrés, estuvo tan acertado para curar á usted.

—Sí por cierto, y mire usted que el accidente pudo haber tenido consecuencias muy graves.

—Es que Andrés tiene mucho talento.

—Y después una delicadeza en su trato, un modo de conducirse con sus enfermos... más que médico, fué en casa un verdadero amigo.

—Lo creo, porque siempre he oído hacer de él los mismos elogios.

—Después creo que estuvo bastante enfermo, y se marchó de Madrid sin que nosotras supiésemos nada.

—Sí, es verdad. Y entonces, ¿cómo fué que volvieran á reanudar sus relaciones, y él supiera el estado de Amalia?

—Diré á usted,—repuso ésta precipitadamente.—Yo me lo encontré un día casualmente, y...

—Pero mamá, ¡por Dios! me parece que te equivocas,—se apresuró á decir Emilia, comprendiendo la imprudencia que su madre cometía,—recuerda...

—¡Ah! sí, tienes razón, es verdad que, como quisiera haber olvidado por completo aquel tristísimo episodio, no tiene nada de extraño que se me haya pasado. La casualidad hizo que él pasara por el sitio donde mi pobre hija había resuelto poner fin á su existencia.

—¡Ah! sí, es verdad;—repuso Federico, para quien no había pasado desapercibido ni la espontaneidad con que la madre fué á contestar á su pregunta, ni la expresiva interrupción de su hija.

Montesinos permaneció todavía en la casa el tiempo que permitían las conveniencias sociales y la amistad que le unía con el duque, y prometiendo que volvería á verlas antes de su regreso á Madrid, abandonó la posesión del Solar, murmurando:

—Pues señor, notables descubrimientos han sido los que he hecho, y espero que han de servirme de mucho para mis proyectos.

Después, dando nuevo curso á sus ideas, exclamó:

—¡Y qué hermosa que está Emilia! La verdad es que ahora me gusta más que nunca, y es preciso que yo sepa á qué atenerme respecto á esa mujer.

Así llegó á Arévalo, y cada vez más embebido en sus pensamientos, dijo al tomar el tren que había de conducirle á Avila:

—Dentro de poco volveré, y esa mujer será la que decidirá la línea de conducta que debo seguir.

CAPITULO XCVIII

Las noticias de Juan

Tres días después de esta entrevista, Juan regresaba de la excursión emprendida para averiguar lo que su amo le había dicho.

Este le esperaba con impaciencia.

Y cuando le vió se apresuró á preguntarle:

—¿Qué hay? ¿has descubierto alguna cosa?

—El encargo que usted me había hecho.

—¿Con resultado?

—Cuando menos para poder contestar al deseo de usted.

—¿Qué hace la duquesa? ¿qué costumbres tiene?

—Los días de fiesta hace poner el carruaje y se dirige á Arévalo, donde oye misa; por las tardes pasea por los jardines de la posesión y algunas veces también suele pasear por la carretera.

—¿Pero en carruaje?

—A pié unas veces y otras en el coche.

—¿Sola?

—Unas veces la acompaña su madre y otras una de sus doncellas.

—¿Y nada más?

—Hay un detalle que es muy importante.

—¿Cuál?

—La duquesa es sumamente caritativa y todas las desgracias que llegan á su noticia, todas las atiende y á veces atraviesa largas distancias para ir á llevar sus socorros á la mísera vivienda de algún pobre campesino.

—Y en esas excursiones ¿quién la acompaña?

—Por lo regular el mayordomo del señor duque, que es ya hombre entrado en años y que profesa á la señora un gran afecto.

—¿Y no has podido descubrir si hay algún enfermo ahora á quien la duquesa vaya á socorrer?

—Sí, señor.

—¿De veras te se ha ocurrido eso?

—Usted me había encargado que averiguase las costumbres y lo que hacía la señora duquesa, y he creído que debía enterarme de cuantos detalles pudiera.

—¿Y ese enfermo?...

—Es un pobre paralítico que no tiene más que una mujer anciana ya, que carecen de toda clase de recursos y á quienes la señora duquesa va á ver todas las mañanas.

—¿Sola?

—No. señor; como la cabaña donde viven no está muy lejos del palacio, va con una de sus criadas.

—¿La conoces?

—La he visto ayer.

—¿Es joven?

—Sí, señor.

—¿Te atreverías á hacerla el amor?

—¡Señorito!

—Es necesario que te hagas amar de ella, para que mientras su señora está en la cabaña de ese enfermo, yo pueda hablar con ella.

—Pero...

—Vas á partir al momento y te quedas en Arévalo, y arréglate de modo que dentro de tres días pueda hacer lo que pretendo.

Y tan seco, tan rotundo fué el acento de Federico, que su criado no pudo menos de decir:

—Está bien, haré lo que pueda.

—No; has de hacerlo tal como yo te lo digo.

Juan no tuvo otro remedio que inclinar la cabeza ante la intimación de su señor.

Y poco después volvía á marcharse á Arévalo, para cuyo punto le dió cita su señor dentro de tres días.

Efectivamente, el joven no faltó.

Llegó á la posada donde le esperaba su criado, y le preguntó al verle:

—¿Qué has adelantado?

—Precisamente mañana he quedado citado con la muchacha para hablar con ella, mientras su señora esté en la cabaña del paralítico.

—Muy bien, veo que eres un mozo listo y presumo que hemos de hacer buenas migas. Así es como yo quiero que se me sirva.

—Me agrada haberle complacido.

—¿Y tú sabes dónde está la cabaña?

—¡Ya lo creo!

—¿A qué hora va la duquesa?

—Sobre las once, según me ha dicho la doncella.

—Está bien. Procura alejar á la muchacha todo lo que puedas de allí, á fin de que yo pueda hablar con su señora todo el tiempo posible.

—Lo haré.

—En ese caso, vamos ahora á que me enseñes por donde se va á esa choza, porque mañana cada uno hemos de ir por su lado.

—Cuando usted quiera.

Y amo y criado salieron de la posada y poco después, de la villa, emprendiendo el camino de la cabaña del pobre enfermo.

La duquesa, desde la visita de Federico, estaba más inquieta.

Había escrito á su marido diciéndole que había estado allí el joven y que no le había agradado nada que le enviase aquella visita, puesto que ya sabía lo poco simpática que era para ella la persona que le había aconsejado que la abandonase.

Y le callaba, como era consiguiente, las indicaciones hechas por Federico respecto á la debilidad de su carácter, y la necesidad en que estaba de que no la dejase separada de él.

Del mismo modo también le ocultaba el mal efecto que la producía la permanencia de Federico en Avila, porque en realidad no podía justificarlo con razón alguna.

Pero era lo cierto que se encontraba inquieta, y que deseaba que llegase el momento en que, como les había ofrecido, fuera á despedirse para regresar á Madrid.

No había querido dar cuenta á su madre de sus inquietudes, pero aquélla había comprendido desde luego que algo anormal estaba ocurriendo á su hija, porque su tristeza, su preocupación y su inquietud, eran mucho mayores.

El día que vamos hablando, Emilia, siguiendo su costumbre, llamó á la doncella, y la dijo:

—Prepárate, que vamos á ir á ver al pobre Roque.

—Cuando usted quiera, señorita.

Y efectivamente, poco después, ama y doncella abandonaban la posesión dirigiéndose á la choza del pobre paralítico.

La doncella iba mirando á uno y otro lado, cual si buscase á álguien, cuando entre un grupo de árboles distinguió á Juan, que había acudido, dispuesto para la cita que tenía con la joven.

Un movimiento hecho por Juan, y comprendido y contestado por la doncella, pasó desapercibido para su señora que, hondamente preocupada, sin que ella misma supiera explicarse la razón, iba caminando algunos pasos delante de la doncella.

Así llegaron á la cabaña del enfermo.

Como de costumbre la doncella entró los objetos de que iba provista al interior de la cabaña, y después se salió fuera á esperar á su señora.

En el mismo momento apareció allí Juan.

Hizo una seña á la doncella, y ésta se separó algunos pasos de la choza.

Una conversación sumamente animada y sostenida en voz baja por los dos jóvenes, dió por resultado que éstos fueran alejándose de aquel sitio, siguiendo en esto Juan las órdenes de su señor.

Este apareció por el lado opuesto, y fué aproximándose á la cabaña, procurando hacer el menor ruido posible.

De pronto, Emilia apareció en la puerta de la mezquina vivienda.

—¿Dónde estará esta chica?—dijo aludiendo á la doncella á quien había llamado, y que, como se comprende muy bien, no había respondido.

—Hace un momento,—se apresuró á decir Federico presentándose de repente ante la joven,—la he visto distraída por el camino, se conoce que buscando algunas matas. Pero eso no importa, si usted me permite, yo la acompañaré.

—Mil gracias,—repuso Emilia, que se había quedado muda de sorpresa al ver aparecer ante ella á Federico.

—Es que tengo necesidad de hablar con usted,—dijo audazmente éste.

—Me parece que ya sabe usted donde tiene su casa.

—Es que lo que tengo que decirla, no puede ser en su casa.

—Entonces es inútil que trate usted de decirme nada, —repuso Emilia secamente.

Pero Federico no se desconcertó por esto.

Sonriéndose de aquel modo característico en él y que tan desagradable impresión producía en las personas que le veían, dijo:

—Ya sabe usted, Emilia, que cuando yo me propongo una cosa, difícilmente desisto de ella.

—¿Y qué me quiere usted decir con eso?—preguntó la joven.

—Que tengo necesidad de hablarla, y que no tiene usted más remedio que oirme.

—¿Y si no quisiera hacerlo?

—Sería mucho peor para usted. Me parece que me conoce lo bastante para saber que no retrocedo ante nada, y que hoy me encuentro en mejores condiciones que ayer para hacerla que deplore el no haberme querido atender.

Emilia, que se había estremecido desde el momento en que oyó la primera indicación de Federico, palideció intensamente al escucharle y reflexionó durante algunos segundos.

Dirigió la vista en todas direcciones por si veía á su doncella y comprendiendo que indudablemente Federico no debía ser ajeno á su desaparición, aceptó resueltamente la situación y dijo:

—Consiento en que me acompañe usted.

—Es lo mejor que ha podido usted hacer.

Emilia abandonó la choza y cuando estuvieron ya á algunos pasos de ella, dijo deteniéndose y mirando frente á frente á su acompañante:

—Cuando usted quiera puede principiar.

—Pues como no hay necesidad de que hagamos historia y yo no soy persona á quien le agrada hablar en balde y usted no puede tampoco perder mucho tiempo, vale más que vayamos de frente al asunto.

—Como usted quiera.

—Excuso decirla que el amor de que en otro tiempo la hablé no se ha extinguido en mí, ha podido permanecer dormido durante algún tiempo, pero hoy se despierta más impetuoso que nunca y vengo en busca de usted para reclamarle lo que hoy me puede conceder.

Emilia no contestó una sola frase á la insolencia de Federico.

Contentóse con medirle de alto abajo con una mirada desdeñosa, se encogió de hombros y continuó su camino.

A pesar de todo el cinismo de aquel hombre, fué tan punzante el desprecio, que no pudo menos de sentirlo y palideció de ira sin poder en los primeros momentos pronunciar una sola frase.

Pero esto fué de corta duración.

—¿Conque no quiere usted contestar?—dijo.

—Hay palabras para las cuales no existe contestación.

—Pues lo siento, porque necesito una respuesta categórica.

—Si ya la sabe usted, por qué obligarme á repetirla.

—Es que ha de ser categórica, pero en sentido favorable á mi pretensión.

—Pero oiga usted, caballero,—dijo la joven deteniéndose y fijando una mirada altiva y llena de majestad en aquel miserable,—¿quién se ha creído usted que soy yo? ¿en qué concepto me tiene usted?

—¿Tiene usted deseos de saberlo?

—Es natural, porque usted sin duda me desconoce cuando de ese modo se atreve á hablarme.

—No por cierto, la hablo el lenguaje que se necesita para una persona en quien concurren las circunstancias que en usted. Me ha preguntado usted en qué concepto la tengo y voy á decírselo tal vez con alguna rudeza, pero desde luego con la franqueza que me caracteriza.

CAPITULO XCIX

Amenazas

EMILIA estaba haciendo esfuerzos verdaderamente colosales para permanecer á la altura de la situación que se le había presentado cuando menos lo podía esperar.

No tenía nada de cobarde y, sin embargo, estaba temblando, porque preveía desde luego que lo que iba á decir Federico iba á envolver un insulto mayor todavía que los que hasta entonces la infiriera.

Y no sólo veía el insulto que aquel hombre la iba á hacer, sino que en lontananza distinguía algo que era mucho más grave todavía.

Algo que no podía definir, pero que, sin embargo, presentía que había de ser muy doloroso.

Aquella entrevista inesperada, aquel atrevimiento de Federico, tenía forzosamente que constituir una época en su existencia.

Hizo acopio de todo su valor para resistir la tremenda prueba y fijó su mirada tranquila en el semblante de su interlocutor, como desafiándole para que hablase.

Federico aceptó el reto y dijo:

—La opinión que me ha merecido usted es la de que una mujer deshonrada ya y que ha debido su rehabilitación á una especie de limosna arrancada por la fuerza al seductor, no está en el caso de despreciar á nadie y mucho menos al que puede hundirla con una sola palabra en un abismo mucho peor que aquel de que la sacó el maquiavelismo de un protector quizás no del todo desinteresado. ¿Comprende usted bien Emilia lo que quiero decirla? En mi mano está traer aquí á Julián ó hacerle que se aleje por completo, en mi mano el excitar sus recelos ó despertar sospechas respecto á un pasado que usted misma debe comprender que no está lo suficientemente claro para que resulte usted exenta de culpa y me parece que á quien tanto daño puede hacerla, no es mucho concederle lo que usted tan fácilmente puede otorgar.

Esfuerzos poderosos tuvo que hacer Emilia para contenerse mientras había estado hablando Federico.

Hubo un momento en que por un movimiento nervioso, alzóse su mano para cruzar el rostro de aquel miserable.

Pero se contuvo y esperó que concluyera de hablar para decirle con voz temblorosa al principio, pero que fué serenándose después, adquiriendo entonaciones tales, que no dejaron de impresionar al hombre que las había provocado:

—¿Conque esa es la opinión que le merezco y en virtud de esa opinión lleva usted su avilantez hasta el ex-

tremo de pedirme por el silencio de una ficción que usted se ha forjado, que le conceda lo que sólo se concede á un esposo y lo que si yo otorgué al que no lo era, fué por el indigno lazo que usted me tendió? Si así me juzga, si tal opinión le merece la mujer desgraciada á quien usted, no Julián, había llevado hasta el fondo del abismo, ¿qué opinión puede merecerme el que abusa de la situación que él mismo ha creado, el que se prevale de la debilidad de una mujer para insultarla y ofenderla, el que ha principiado siendo mal caballero para concluir siendo mal amigo? ¿qué opinión puede merecerme quien emplea la amenaza para conseguir, el ultraje para obligar, la soledad y el desamparo para declarar la impureza de su pensamiento? Usted podrá llamarme no más que mujer desgraciada, porque si ligereza cometí, usted sabe por qué fué y en qué circunstancias; pero yo, en cambio, puedo llamarle mal amigo, hombre indigno y el más criminal de todos los hombres, puesto que para obtener la impunidad de todos sus ultrajes, ha tenido usted que valerse del engaño, del soborno, de la debilidad y del aislamiento. Suplico á usted, caballero, que se aleje de aquí; sola me encuentro á su lado, pero no le temo; no vuelva usted á decirme una sola palabra, porque hasta el solo aliento de usted me está ofendiendo en este momento. Yo pude cometer una falta, pero inconscientemente, porque usted y su amigo me obligaron á ello; pero en cambio usted premeditó el crimen primero, aconsejando á Julián que me abandonase con las consecuencias del crimen cometido por ustedes dos, y cuando á pesar de los esfuerzos hechos por usted, otro corazón más noble y más elevado ha conseguido que mi falta obtenga la rehabilitación que se le debía, viene usted des-

pués de haber meditado detenidamente el plan con toda la premeditación y osadía del más abyecto de los criminales, á amenazarme con la inmunda baba de su calumnia y de su difamación, si no accedo á sus torpes deseos. Quisiera ser hombre en este momento para contestarle del único modo que merece; pero no soy más que una pobre mujer y para contestar á las groseras frases que me ha dirigido, no tengo otra arma que la del desprecio.

Y tras estas palabras la joven alzó la cabeza con mayor altivez que hasta entonces, y siguió su camino dirigiéndose hacia unos campesinos que á corta distancia de allí estaban ocupándose en las labores de la tierra.

Federico se quedó pensativo durante algunos momentos.

Si ruda había sido la acometida por su parte, no menos ruda había sido la defensa, y cuando él esperaba que la joven, aterrada por su lenguaje y por sus amenazas se inclinara humildemente ante él, la veía alzarse más altiva y más dominadora, haciéndole reconocer toda la indignidad de su conducta.

Y cuando vió que la joven se alejaba, trató de proseguir con sus amenazas para conseguir, si no dominarla, porque veía que era imposible, al menos causarla el disgusto de tener que sufrir sus palabras.

Pero precisamente era lo que Emilia había tratado de evitar.

Había reconocido á los labradores que estaban cavando en terrenos de la propiedad de su esposo, y gritó:

—¡Teodoro!

El labrador dejó la azada y al reconocer á su señora se aproximó á ella, diciéndola:

—¿Me llamaba la señora duquesa?

—Sí; no sé por dónde se ha extraviado mi doncella que me había acompañado á la choza del pobre Roque; si la ven ustedes por ahí pueden decirla que ya estoy en casa, dígaselo usted á sus compañeros que la busquen por estas inmediaciones y véngase usted conmigo.

Teodoro llamó á otro de los labradores, le dijo lo que la duquesa acababa de indicarle, y volviéndose á su señora, la dijo:

—Cuando quiera V. S., señora.

—Ya sabe usted que no quiero tratamientos. Venga usted conmigo y acompáñeme hasta casa.

—¿No venía aquél caballero con la señora?

—Sí, al verme sola se ofreció á acompañarme. Es un amigo del señor duque, pero prefiero más ir acompañada por los servidores de mi casa.

En este momento Federico se aproximó á Emilia, y ésta, volviéndose á él, le dijo:

—Si no quiere usted molestarse más, estos son trabajadores de la casa y me acompañarán.

—Por ningún estilo,—repuso Federico dominando á duras penas la cólera que experimentaba,—ya que he tenido la suerte de encontrarla, la dejaré á la puerta de la posesión.

Y siguió andando al lado de la joven que procuró no separarse un solo momento del labrador.

Federico no pudiendo contenerse, la dijo cuando ya estaban cerca de su casa:

—Conque es decir que la última resolución de usted...

—Ya se la he dicho.

—Es que tal vez Julián la hiciera modificar algo esa resolución.

—Puede usted decirle lo que quiera.

—Usted, sin duda, confía en la influencia del mismo que la sacó de la situación en que se hallaba, y podría ser muy bien que esa misma influencia produjera en estos momentos un efecto contraproducente.

Emilia no quiso contestar.

Se volvió hacia el labriego que iba á su lado y le dijo:

—Conque ¿cómo están los chiquillos, Teodoro?

—Muy bien, señora duquesa, muy bien gracias á usted; porque vamos, si no hubiera venido en nuestra ayuda, no sé cómo lo habríamos hecho este año.

—Dios no falta nunca á las gentes honradas y buenas como ustedes.

—Eso es verdad y por eso sin duda nos ha enviado una señora tan buena como usted.

—Ya le tengo dicho que yo no hago nada que no sea siguiendo las instrucciones de mi esposo que no quiere que las gentes de su casa sufran los males de que adolecen los pobres jornaleros en la estación de invierno; por lo tanto, si agradecimiento deben ustedes tener á alguien, es á mi esposo más que á mí.

—Será á los dos, señora; porque si el señor duque es quien lo ordena, usted es quien lo hace.

Federico no podía disimular su cólera, viendo que no podía llevar á cabo el plan que se había trazado.

Y cuando llegaron á la puerta del palacio, dijo:

—Tendré el gusto de venir á despedirme de usted.

—Sentiría no poderle recibir,—se apresuró á contestar Emilia,—porque tenemos proyectado mamá y yo pasar á Segovia uno de estos días, donde mamá tiene unos amigos en la Academia de Artillería.

—En ese caso nos despediremos desde ahora.

—Puede usted decir á mi esposo lo que ha sucedido hoy, si lo cree usted oportuno.

—Es posible que se lo diga,—contestó Federico con intencionado acento.

—Libre es usted para hacerlo, y si usted gusta descansar...

—Mil gracias, dentro de una hora pasa por Arévalo el tren para Avila y quisiera aprovecharle.

—Pues entonces no quiero detenerle. Hasta que nos veamos en Madrid.

—O en otra parte,—repuso Federico saludando á la duquesa y alejándose de allí porque necesitaba poder desahogar libremente su cólera.

Emilia hizo que Teodoro entrase en el palacio, le hizo un obsequio por el favor que la hiciera, y se dirigió á sus habitaciones dejándose caer sobre una butaca donde permaneció durante largo rato, casi completamente desvanecida.

El golpe recibido, había sido formidable.

Había estado haciendo esfuerzos como hemos dicho, para mostrarse á la verdadera altura de la situación.

Pero desde el momento en que se encontró en su casa, llegó el aplanamiento consiguiente al poderoso consumo de energía y fuerza de voluntad que había hecho

Entretanto Federico llegó á Arévalo.

Durante el trayecto que hubo de recorrer hasta llegar á la villa, las amenazas más terribles brotaron de sus labios.

—¡Oh! miserable mujer,—iba diciendo,—no sabes tú misma todo el daño que te acabas de hacer. No sé cuán-

do ni cómo conseguiré mi objeto, pero yo te juro que con lágrimas de sangre tienes que pagar tu desprecio y las frases que me has dirigido. ¿Creíste qué por el apoyo que te ha prestado Andrés eres bastante fuerte para luchar conmigo? ¡Pobre insensata! ya verás el día en que se me antoje romper el lazo que une á los dos hermanos que pronto lo consigo. Ni conoces á tu marido ni me conoces á mí, y esa falta de conocimiento de las dos personas en cuyo poder estás, tiene que costarte muy caro, tan caro que deplorarás tú misma no haber accedido á mi pretensión. Por supuesto que ahora ya está echada la suerte, y aun cuando tú misma fueses la que me suplicara que te concediera ese amor que has desdeñado, no sería Federico Montesinos quien accediera á tu súplica.

Al poco tiempo de estar en la posada, Juan se presentó en ella.

Al verle su amo, le dijo:

—Bien has desempeñado tu comisión y como me gusta premiar á los que me sirven bien, ahí tienes eso, que tuya no ha sido la culpa si la empresa que persigo no me ha dado el resultado apetecido.

Y al decir esto sacó un puñado de monedas y se las entregó al criado, que vacilaba en cogerlas diciendo:

—Señorito, yo no he hecho más ni menos que cumplir con mi deber; usted me mandó, yo obedecí, y nada más.

—No seas necio, toma lo que te doy. Día llegará en que has de tomar también lo que no te dé, con que así aprovéchate desde ahora.

Juan recogió el dinero y se lo guardó, diciendo:

—¿Y ahora qué debo hacer?

—Permanecer aquí hasta que yo te avise, cuidando

de inspeccionar bien cuanto suceda en el palacio del Solar y de tenerme al corriente.

—¿Pero esto ha de durar mucho tiempo?

—No, porque regularmente marcharemos á Madrid dentro de seis ú ocho días.

—Entonces...

—Lo que me conviene es que te enteres del estado de la señora, para lo cual puede servirte esa doncella, con la cual supongo que no habrás perdido el tiempo.

—He obedecido á usted.

—Me agrada. Conque ya lo sabes á averiguar con destreza y á tenerme al corriente de todo.

Poco después Federico se dirigía á la estación para tomar el tren que había de conducirle á Avila.

CAPITULO C

Regreso á Madrid

Durante algún tiempo, como indicamos en el capítulo anterior, Emilia permaneció como aturdida por efecto de la conmoción que había experimentado.

Dió orden para que no avisaran á su madre ni la dijesen que había llegado, á fin de poder estar con mayor libertad.

Y cuando se reaccionó algún tanto, llamó, y al criado que se presentó le dijo:

—¿Ha venido Rosa?

—Sí, señora duquesa, hace poco que llegó.

—Pues díle que entre.

Momentos después la doncella, un tanto confusa é inquieta, penetraba en la estancia de su señora.

Esta fijó en ella su mirada y la dijo con voz severa:

—¿Dónde te has ido? ¿por qué no te he encontrado como de costumbre al salir de la cabaña de Roque?

—Diré á usted, señorita, me separé buscando unas plantas y me distraje y...

—No mientas, díme la verdad y saldrás mejor librada.

—Le aseguro á usted...

—Si eso no es cierto, si tú no puedes haberte alejado tanto de la cabaña que no pudieras oirme.

—Le digo á usted la verdad.

—Pues esa verdad se la vas á decir á tu padre á quien ahora mismo van á buscar porque no quiero que permanezcas más en mi casa.

—Pero, señora...

—Nada, prepara tu ropa, porque en cuanto venga tu padre te irás con él.

—¡Pero señora, por Dios! yo ya sé que he hecho mal, pero la juro que no me volverá á suceder.

—A tí te han obligado que te separes de la cabaña de Roque, esto es lo positivo y si me lo hubieras dicho desde un principio, nos habríamos ahorrado el hablar tanto.

—Es verdad, la señora tiene razón,—repuso la doncella, que realmente estaba afligida al ver como tomaba su ama lo que había pasado.—La aseguro que yo no quería, pero él me dijo que usted estaría mucho tiempo allí y que teníamos mucho tiempo para hablar.

—¡Hola! ya vamos descubriendo algo. Y vamos á ver ¿quién es ese él que así te ha hecho faltar á tu obligación?

—Señorita, no se lo diga usted á mi padre porque ya sabe usted el genio que tiene.

—Nada le diré si me lo confías todo. ¿Quién es ese él, de quien no me habías hablado nunca? Ya sabes que yo

no me incomodo porque las muchachas tengan novio, porque esa es la única manera que tienen para casarse y el casamiento es el único porvenir que tiene la mujer: pero quiero conocer á esos novios, quiero saber quién son y hablar yo misma con ellos, para conocer las intenciones con que se presentan.

—Pues bien; el caso es que se trata de un muchacho que está empleado aquí, en las obras del ferrocarril, que parece muy buen chico y que me pidió relaciones...

—¿Pero cuando ha sido eso?

—Hace cinco ó seis días.

—¿Y al cabo de cinco ó seis días me dejas en la choza de Roque y te marchas á hablar con él? Mucho ha adelantado tu novio en tan poco tiempo.

—Hoy era el primer día que hablábamos.

—¿Y no ha tenido otra ocasión más que esa, y dices que está trabajando en las obras del ferrocarril y á esas horas está dispuesto para hablar contigo? Vamos, Rosa, ese hombre te engaña.

—Yo le digo á usted lo que él me ha dicho.

—Está bien; retírate que yo ya sé lo que debo hacer.

La doncella no tuvo más remedio que obedecer.

Una vez que estuvo sola Emilia, exclamó:

—Ahora lo veo bien claro; ese novio que tan de repente se le ha presentado á Rosa, ese afán de llevársela para hablar lejos de la choza en que yo estaba, á fin de dar lugar á que ese hombre pudiera hablarme, todo me está demostrando que ha sido obra suya, lo que ha sucedido. Sus amenazas á pesar de conocer toda la perversidad que en él se encierra, y que muchas veces se complace en anunciar un daño que no puede hacer, me aterran á pesar mío porque aun cuando nada malo

puede decirle de mí á Julián, ¡quién sabe el efecto que pueden producir ciertas y determinadas frases! No sé qué hacer, porque no me atrevo á hablar á mi esposo de ese miserable, y sin embargo, comprendo que tengo necesidad de alguien que me defienda y que me ampare.

Y Emilia sepultó la cabeza entre sus manos, permaneciendo así durante un largo espacio.

Varias veces se la ocurrió dirigirse á Andrés.

Pero inmediatamente desechó aquella idea, temeroso de que dado el carácter del médico, no resultara algún peligro para él.

Por otra parte, no se atrevía á consultar con su madre, porque ya suponía el disgusto que la iba á proporcionar, y de este modo viéndose obligado á concentrar en sí misma todo lo profundo de su disgusto, vióse obligada al siguiente día á guardar cama, teniendo necesidad de que fuese á visitarla el médico de Arévalo.

Al día siguiente, Federico recibía una carta de Juan, en la que le decía que la doncella Rosa había sido despedida de la casa, y que la duquesa estaba enferma.

Montesinos se restregó las manos lleno de satisfacción, murmurando:

—Pues señor, ¡magnífico! la cosa se presenta mucho mejor de lo que yo me creía. Ahora, es lo más posible, que le hayan telegrafiado á Julián, notificándole el estado de su mujer, y éste vendrá aquí. De esta manera, no tendrá más remedio Emilia que verme en su casa, y Julián, entregado á mí por completo, hará todo cuanto yo quiera.

Y el hijo del nuevo marqués del Pino, formaba como

vulgarmente se dice, castillos en el aire, respecto á las consecuencias que para él podía tener el paso que había dado dos días antes.

Tres días habían transcurrido desde que Emilia había caído enferma, cuando una nueva carta que recibió de Juan, obligó á Federico á dar un respingo, murmurando:

—¡Demonio! con esto si que yo no había contado. Será menester que yo utilice todo esto.

La carta decía así:

«En la posesión del Solar, no ocurre novedad de importancia.

»La señora marquesa, según mis informes, ha podido hoy dejar la cama, aun cuando dicen que está muy débil y abatida.

»Esta tarde ha llegado al Solar un caballero que viene de Madrid, y que, según he sabido, es un gran médico, hermano del señor duque.

»Me han dicho que va á permanecer aquí muy pocos días, y permanecerá en el Solar todo el tiempo que esté aquí.»

—Conque Andrés ha venido á visitar á su cuñada. ¡Qué extraño es esto!—murmuraba Federico paseándose por el aposento.—Este hombre indudablemente ha venido sin decir nada á su hermano, porque si éste hubiese sabido alguna cosa, le habría acompañado. Por otra parte, me parece ver aquí, que Emilia no ha querido decirle nada á su marido y ha enviado á buscar á Andrés. ¡Qué gran filón he descubierto! pobre mujer que te crees sin duda que puedes vencerme, cuando por todos estilos te encuentras en mi poder. Avisaré á Juan que se venga en seguida, para darle instrucciones, y yo

me marcho á Madrid que es donde indudablemente estoy haciendo gran falta.

Y consecuente con este acuerdo, escribió al criado para que fuera á reunirse con él.

Efectivamente, como Montesinos había supuesto muy bien, Andrés había llegado á la posesión del Solar sin haber dicho á su hermano que se dirigía á ella.

Desde el momento en que supo que Federico había marchado á Avila, sospechó alguna infamia, y sólo pensó en el medio de acudir al lado de Emilia, para servirle de apoyo.

Su buen talento le hacía conocer todo lo de bajo y miserable que había en Federico, y como había oído á Emilia hablar de él, y su mismo hermano le había dicho también que él era quien le disuadió de que siguiera amando á la joven y que procurase cubrir su falta, con mayor motivo estaba preocupado por lo que allí habría podido ir á hacer.

La causa aparente estaba clara y terminante.

Las diligencias, los encargos de su padre, la concesión del título, todo esto justificaba aquel viaje; pero la causa oculta, y tal vez la principal, era indudable para Andrés, que estaba en la permanencia de Emilia en aquel sitio.

Andrés resolvió marchar al Solar.

Pero como de decírselo á su hermano era casi obligarle á que fuese con él, y esto no le convenía para los planes que había formado, sin decirle una palabra, tomó el tren y se dirigió á Avila.

Federico vió en esta noticia un gran recurso para sus planes.

Y ya hemos visto como resolvió inmediatamente todo lo que había de hacer.

Una vez que Juan se hubo reunido con él, le dijo:

—Tú te vas á quedar aquí, es decir, en Arévalo, y procura tenerme al corriente de cuanto ocurra en el Solar. Díme si ese médico acompaña á la duquesa; procura enterarte de las murmuraciones de los criados, y finalmente, averigua todo aquello que comprendas que me pueda interesar.

—Así lo haré.

—Y me escribes diariamente lo que observes y lo que sepas.

—Descuide usted, que le escribiré diario como lo dice.

—Te he de advertir que yo salgo para Madrid mañana; de modo que tus cartas me las has de dirigir allí.

—Está bien.

—Aquí tienes dinero, por si necesitas pagar las confianzas de los criados, ó para cualquier otra cosa que te pueda ocurrir.

Y Montesinos entregó al criado algunos billetes.

Al día inmediato, según dijo, marchó á Madrid.

Y cuando el duque le vió, le dijo:

—¡Cuánto me alegro que hayas venido, hombre! No puedes imaginarte en estos días las novedades que han ocurrido en Madrid.

—¿De veras?

—Sí, chico, han llegado tres mujeres, que tienen loco á todo el mundo.

—¡Ya! y tú, como formas parte de todo ese mundo, también estarás ya á punto de ir á Leganés.

—Casi, casi. Después se ha presentado también en la sociedad un conde que... vamos, es otro misterio para todos.

—¿Y por qué te alegras que haya yo venido?

—¡Hombre! porque tú eres sagaz y astuto, y á veces ves más claro que otros muchos. Yo te aseguro que estoy loco no sé si por alguna de las tres mujeres ó por las tres juntas.

—¡Hombre, hombre, por Dios! ¿y tu mujer?

—¡Ah! sí, ya no me acordaba; ¿la has visto?

—¡Ya lo creo!

—¿Y qué tal?

—Echándote mucho de menos.

—¡Pobrecilla!

—Te advierto que está enferma.

—¡Hombre! ¡qué me dices! pues si ayer tuve carta y nada me hablaban de eso.

—Por no alarmarte quizás.

—¡Oh! voy á avisar á Andrés, á quien por cierto hace tres ó cuatro días que no he visto, para que, en caso necesario, me diga si está dispuesto á ir allá.

—¡Oh! pues no hay necesidad de que hagas eso, porque ya está allí Andrés.

—¡Qué dices!

—Hace tres ó cuatro días que llegó.

El semblante de Julián reflejó algo en que entraba la duda, la desconfianza y el despecho por núcleo.

Después, por medio de un esfuerzo se dominó, y dijo:

—Vamos, pues entonces, ya me dirá él si la cosa tiene gravedad.

CAPITULO CI

Las tres Marías

La alta sociedad de Madrid se hallaba altamente preocupada. No se hablaba de ningún baile extraordinario, no había recepción en Palacio, no había ocurrido ninguno de esos dramas terribles que, principiando por una futilidad, concluyen por un duelo; no se había arruinado ningún noble, no existía un escándalo de qué murmurar en los altos círculos, y sin embargo, la impresionable juventud madrileña encontrábase conmovida, si se nos permite esa frase.

¿Qué había ocurrido entonces?

La llegada de tres mujeres y un hombre, bastaban á producir aquella conmoción.

Las tres Marías, según llamaban á las tres damas, atraía hacia sí todas las miradas y era el obligado tema de todas las conversaciones.

¿Quienes eran aquellas Marías? ¿qué coincidencia tan

extraña podía existir entre aquellas tres mujeres que llevaban un mismo nombre? Yo, lectores míos, humilde narrador de aquellos hechos, os diré lo poquísimo que por entonces pude saber.

Milady Mary Spinger, era una inglesa, rubia como el lino, blanca como la blancura transparente y diáfana de la perla, de ojos azules, límpidos y puros como las tranquilas aguas de un lago, de talle esbelto como las palmeras del desierto, y de alma tan fría y tan impasible, según decían las personas autorizadas de la alta sociedad, como el clima de su país.

Marieta Chiarini era el reverso de la medalla.

Ligeramente moreno su cutis; negros, rasgados y acariciadores sus ojos; frescas, sonrosadas y suaves sus mejillas; negros y lustrosos sus cabellos como las alas del cuervo; labios encendidos, incitantes y sonrientes; manos y piés en miniatura; voz de ángel y cuerpo de ada, reunía en sí tal cúmulo de perfecciones, que parecía imposible encontrar otra mujer tan perfecta.

María del Valle, duquesa de la Vega, era un tipo que participando en algo de los dos anteriores, era, sin embargo, completamente distinto.

Blanca como el mármol, negras sus pupilas como el terciopelo, rodeados sus ojos del violado círculo que el dolor imprime, sonrisa triste y melancólica como el último rayo de sol en una tarde de otoño, frente ancha, despejada y prominente, acento suave y acariciador como el aura entre las flores del valle, seno alto, abultado y voluptuoso, y talle flexible y ondulante como el tallo de las azucenas al mecerlo la brisa matutina; aquella mujer adunaba tal cúmulo de perfecciones, que sorprendía al mirarla, y una vez mirada, no se atrevía la vista á separarse de ella.

La posición de aquellas tres mujeres era tan distinta como sus rostros.

Lady Spinger era viuda de un riquísimo lord inglés, que tuvo la feliz ocurrencia de morirse á los dos años de casado, dejando viuda, joven y bella á su esposa, y la friolera de trescientas mil libras de renta para que le fuese menos dolorosa su viudez.

Marieta era artista.

Cantaba como un ruiseñor, y en la Scala de Milán, en el Fenice de Venecia, en el San Carlos de Nápoles, en el Cowent-Garden de Londres, en el teatro imperial de San Petersburgo y en el de la ópera de París había cantado los más bellos *spartitos* de Bellini, Donizetti, Rosini, Meyerbeer y Mercadante.

Llegaba á Madrid precedida de una reputación europea.

Pero sobre su aureola de artista, sobre toda la inmensa gloria que había adquirido durante su carrera, estaba su reputación de mujer.

Rodeada de adoradores, en medio de un círculo de galanterías, de encantadoras promesas y de frases de amor, aquella mujer para todos había tenido una palabra de amistad, para ninguno la más mínima concesión de cariño.

Al lado de aquella mujer había un tipo *sui generis*, verdadera especialidad incomprensible para todo el mundo, que no podía darse cuenta de quien era, ni qué había sido, ni qué papel representaba al lado de la joven.

Stefano Bartoloti, era un pobre hombrecillo jorobado, tuerto y patizambo, que pegado á Marieta como la yedra al olmo, la acompañaba al teatro, no la dejaba en

los ensayos, estaba junto á ella delante de sus visitas, y era su acompañante perenne en los paseos.

El verdinegro ojillo del jorobado, girando sin cesar dentro de su órbita, espiaba y perseguía á todos los galanteadores que se aproximaban á la joven.

Jamás pudo saberse si existía algún parentesco entre aquellas dos personas.

Stefano mandaba en casa de Marieta y él estaba encargado de mantener el orden entre los demás criados de la cantante.

Este hombre y aquella mujer eran un misterio que nadie podía comprender.

Sin embargo, nosotros, un poco más adelantados de noticias que la generalidad, diremos á nuestros lectores todo cuanto sobre eso pudimos averiguar.

Catorce años antes de estos sucesos, Stefano Bartoloti era *secondo violino* del teatro Fenice de Venecia.

Una mañana salía del ensayo para dirigirse á su casa, cuando al pasar por el puente de Rialto, vió á una niña que sentada en las escalinatas del canal jugueteaba con sus piés desnudos dentro del agua.

Aquella criatura iba andrajosamente vestida, pero sus facciones eran bellísimas.

Stefano, amante de los niños, se detuvo algunos segundos á contemplarla, cuando de pronto su semblante se esclareció, brilló su pupila y enderezando cuanto pudo su encorvado cuerpecillo, exclamó:

—*¡Per Bacco!*... ¡Esta muchacha es un prodigio!

Lo que había producido esta exclamación fué que la niña se puso á cantar, con una voz dulcísima, una de aquellas estrofas tan sentidas y tan cadenciosas que cantan con tanta frecuencia los gondoleros que surcan los canales del Adriático.

Cuando la niña terminó de cantar, el jorobado volvió á decir:

—Esta criatura será una joya para el arte.

Y maquinalmente pasó el Rialto, bajó á la orilla del canal y se aproximó á la niña.

La mirada de su único ojo, mirada perspicaz é inteligente, se fijó en la criatura y al cabo de algunos momontos, la dijo:

—Niña, ¿cómo te llamas?

—*Mio signore*,—repuso la niña en la melodiosa lengua del Dante, y del Petrarca,—me llamo Marieta Chiarini.

—Y ¿quienes son tus padres?—volvió á preguntar Stefano.

—¡Oh! ¡mis padres!... Ya no los tengo; mi padre murió hace un año ahogado en el canal y mi madre espiró hace tres meses en el hospital de la *Mare di Dio*. Estoy sola en el mundo.

—*¡Poverina!...*—repuso el buen músico enternecido; —y ¿con quién vives ahora?

—Con una prima de mi padre, que tiene otros hijos y á mí me pega mucho; por eso me vengo aquí á los canales y no voy á casa hasta la noche.

—Y ¿qué comes entonces?

—Como mi padre era gondolero, sus amigos se acuerdan de su *povera figlia*, y parten conmigo su comida.

—¡Pobre niña! ¡y con esa voz!...

Y el buen Stefano permaneció durante algunos segundos sin decir una palabra, mirando fijamente á la huerfanita.

Esta contemplaba con cierto temor á aquel hombre tan deforme, y que tantas preguntas la había hecho.

—Díme Marieta,—dijo por fin Stefano,—¿querrías tú venirte á vivir conmigo?

—¿Para qué *mio signore*?

—Para aprender á cantar y poder algún día ser la admiración del mundo entero.

—Si yo canto sin que nadie me haya enseñado, ¿qué necesidad tengo de aprender? Los gondoleros dicen que mi voz es hermosa; después, cuando yo sea mayor, me iré por las calles y cantaré delante de los balcones de los grandes señores, y darán algunos *bayocos* á la *poverina figlia* que no tiene padres.

—Es que conmigo tu voz tomará dirección, serás una cantante, y en vez de miserables *bayocos* ganarás monedas de oro, y en lugar de ir cantando por las calles, lo harás en los teatros, y caerán las coronas á tus piés, y te colmarán de aplausos.

—Y, ¿llevaré tan buenos vestidos como esas señoras que he visto algunas noches á la puerta del teatro Fenice?—preguntó la niña con inocente anhelo.

—Todas esas señoras irán por oirte cantar, y tendrás mejores trajes que ellas.

—*¡Santa Madonna!*—exclamó Marieta palmoteando de alegría, y ¿no me pegará mi tía más?...

—No, hija mía; á mi lado no tendrás que temer nada de eso. Llévame á tu casa.

La niña sacó sus piés del agua, y sumamente alegre fué guiando á Stefano hasta su casa, donde muy presto se entendió con la tía de Marieta que no deseaba otra cosa que deshacerse de la niña, que para ella era una carga.

CAPITULO CII

Cariño de artista

EL jorobado vivía con su madre anciana, y á la cual mantenía con el producto de su trabajo.

La llegada de la niña á la casa del músico, fué una especie de bendición para aquella familia.

Sus infantiles juegos, sus risas y su alegría, prestaban una parte de su contento y de su placer á la monótona existencia que hasta entonces llevaran la madre y el hijo.

Stefano se dedicó con un ardor extraordinario á enseñar música á Marieta, y muy pronto se vió que hacía prodigios inmensos en tan difícil arte.

El músico comprendía perfectamente la parte estética de él, y Marieta, bajo su dirección, iba desarrollando sus facultades, asegurándose un brillantísimo porvenir.

La madre y el hijo llegaron á profesar á aquella niña, que para ellos fué un ángel de bendición, un cariño extraordinario.

Y á la par que iba adquiriendo conocimientos musicales, aprendía á leer y escribir; la enseñaban distintos idiomas, y el pobre músico, sacrificando sus escasos ahorros, trataba hacer de ella, para el porvenir, una mujer que llamase la atención.

El cielo premió sus afanes.

Transcurrieron los años, y cuando él creyó terminada la educación musical de su discípula, reunió un día en su casa á los mejores músicos de Venecia, y delante de ellos hizo cantar á la joven toda la bellísima partitura de la «Norma;» ese dulcísimo quejido de una alma tierna, que tanto se identifica con los sentimientos de quien lo escucha.

Nunca había podido, el inspirado maestro, encontrar un intérprete mejor para su obra.

La maestría con que nuestra artista cantó aquel prodigio de la clásica música italiana, llamó la atención de cuantas personas la escucharon.

La fama de la artista principió á circular por Venecia, y pocos días después Stefano pedía una licencia al director de orquesta de su teatro y se dirigía á Milán, donde quería que debutase su discípula.

Una vez allí, llamó á su casa al empresario de la Scala, y al día siguiente quedaba arreglado que Marieta debutase con la «Lucía de Lamermoor.»

Pintar las angustias de Stefano durante las horas que transcurrieron hasta que llegó el momento suspirado, sería completamente imposible.

No vivió, y todo era dar consejos á su discípula y

alentarla, para que no vacilase en el momento de aquella prueba suprema.

En el mundo *dilettanti* la aparición de un nuevo cantante, es siempre un acontecimiento, y máxime cuando este va precedido de la fama que dieran á la joven sus dos conciertos de Venecia y de Milán.

Stefano había ocultado á todo el mundo la existencia de aquella criatura, y por lo tanto, sorprendió más su aparición.

El teatro de la Scala estaba completamente lleno.

Todo el mundo anhelaba escuchar aquella joven, que se les había anunciado como un prodigio.

Principió la función, y con un respeto religioso, con una avidez extraordinaria, escuchóse el primer acto sin que durante él diera el público señal alguna de agrado ó de desaprobación.

Poco galantes los milaneses en aquella ocasión, no tuvieron para la artista, que por primera vez pisaba la escena, un solo aplauso que la pudiese alentar.

Oculto Stefano entre la multitud que llenaba el teatro, más de una vez, durante aquel acto, una lágrima de cólera brilló en sus ojos.

En el intermedio fué al cuarto de la joven, y cuando ésta le dijo:

—Maestro, ¿he cantado bien?

El le contestó con un acento indiferente:

—Los milaneses no te han comprendido todavía.

Y tenía razón.

A la mitad del segundo acto tuvo que suspenderse la representación, porque los bravos y las palmadas impedían á la actriz poder continuar.

Coronas, flores, repetidas llamadas á la escena, todo

en fin, lo que puede justificar un brillante éxito, obtuvo Marieta aquella noche.

Cuando el jorobado lleno de gozo, con la voz trémula y humedecida su pupila, la dijo:

—Hija mía, ya tienes un nombre, ya tienes una gloria.

Ella, arrojándose en sus brazos, exclamó:

—Todo te lo debo á tí, mi querido maestro.

Aquella misma noche firmó la joven una contrata sumamente ventajosa, y una era de glorias y de triunfos se inauguró para ella.

El jorobado hizo renuncia de su plaza de *secondo violino* del teatro Fenice, y unió su suerte por completo á la de su discípula.

El le ensayaba las partituras, él la ayudaba á vencer todas las dificultades que en su camino se le presentaban; y cuando poco tiempo después falleció su madre, nuestro músico concentró en Marieta todas sus afecciones, todo su cariño.

La joven por su parte, con un semblante de querubín y con una voz de ángel, poseía un corazón más hermoso que su rostro y que su voz.

Virtuosa por naturaleza, con un horror instintivo al vicio, era secundada poderosamente por nuestro jorobado, que avaro de su tesoro, trataba de alejar de ella inmediatamente cualquier aliento que pudiera empañar su inmaculada pureza.

Siempre en el último lugar, siempre anhelando que brillara solamente su *poverina figlia*, como él la llamaba, no quería para él ninguna parte de aquella gloria á la cual hasta cierto punto tenía un derecho.

Marieta á su vez le amaba con el cariño de una hija,

y al mismo tiempo con el agradecimiento de quien tan inmensos beneficios recibiera.

Cuando transcurrieron los años, y salió Marieta de Milán para pisar las tablas de otros teatros, llenos para ella de laureles, el mundo que no estaba en antecedentes, se sorprendía de aquella unión tan monstruosa entre un sér tan perfectamente bello, como la artista, y un personaje tan deforme y tan ridículo como el jorobado.

Aquel Argos, vigilante siempre, observando sin cesar y atento á todo, llamaba la atención, y sobre él se hacían los comentarios más absurdos y las suposiciones más estúpidas.

Pero á pesar de todo esto, ninguno de esos galanes de bastidores, ninguno de esos hombres que pululan sin cesar al lado de los artistas, como las abejas al rededor de una colmena, pudo vanagloriarse nunca de haber conseguido de ella el más mínimo favor.

Sin embargo, hubo una época en que se creyó que en la existencia de Marieta se había operado un cambio notable.

Estaba en San Petersburgo.

A la sazón había un caballero allí, italiano de nación que se llamaba el conde Angelo de Brandini.

Este caballero no dejaba una noche de asistir al teatro de la ópera, donde la signorina Carini hacia las delicias de los magnates de la corte moscovita.

Una noche se cantaba la Lucía.

Marieta la interpretaba admirablemente.

Durante toda la representación, los bravos resonaron por doquier y las coronas y los ramilletes sembraron la escena más de una vez.

El conde italiano no se había presentado en su palco en toda la noche.

Angelo llamaba mucho la atención en la alta sociedad de Rusia.

Su figura, sus riquezas y cierto no sé qué de novelesco que existía en su vida, habían hecho que el italiano apareciese con una especie de aureola que le hacía muy interesante.

Al final de la representación, abrióse bruscamente la puerta de su palco, y el conde apareció en él.

Terminó la ópera, y mientras nuevas flores caían al palco escénico y los bravos resonaban en la sala, del palco del conde salió una corona de violetas, flor rara en aquel país y en aquella estación, y fué á caer á los piés de la inspirada artista.

Todos los ojos se fijaron en el palco, donde Angelo, indiferente al parecer, contemplaba aquel entusiasmo.

Marieta cogió la corona, y fué demasiado expresivo el movimiento que hizo al estrecharla contra su pecho, para que pasara desapercibido del público.

Al día siguiente, observóse que durante la representación, los ojos de la italiana se fijaron más de una vez en el palco de su compatriota.

También se reparó que, cuando al salir la joven á la escena y él no estaba en el teatro, su voz era más débil y cantaba con menos gusto, cambiándose repentinamente al aparecer el conde.

Entonces su garganta volvía á modular aquellas melodías tan divinas, y la pasión y el sentimiento vibraban en su voz.

Fuera de esto nada más fué posible averiguar.

De pronto esparcióse por la corte la noticia de que el conde había abandonado repentinamente la ciudad.

Marieta, cuando cantó aquella noche, al fijar sus ojos en el palco vacío, tembló su voz, y una lágrima apareció entre sus párpados.

Poco tiempo después se dijo, que la *signorina* Marieta Carini, había tenido que rescindir su contrata porque su salud se alteraba de una manera notable.

Hablóse en la corte de aquel incidente durante algunos días; después nadie volvió á acordarse ni del conde ni de la cantante.

Fuera de esto, no existía en su vida ningún otro incidente que la hiciera notable.

De esta manera, recogiendo aplausos y sembrando desesperación, al decir de los Tenorios de la época, Marieta siguió su marcha, cuidándose muy poco de las murmuraciones de los unos y de las suposiciones de los otros.

Tal era una de aquellas tres mujeres que tanto preocupaban la atención de Madrid, en la época en que vamos hablando.

Sus trenes eran de lo más suntuoso.

Los soberanos de las cortes donde había estado habían sido harto pródigos con ella, y en su joyero había regalos verdaderamente regios, que bastaran para atender á las necesidades de una multitud de familias.

No envanecida con sus triunfos, caritativa con los pobres, por donde quiera que iba, era siempre una bendición para el desgraciado, cuyo recuerdo no podía olvidarse tan fácilmente.

CAPITULO CIII

Una duquesa para un conde

PRESENTADAS ya á nuestros lectores, tanto la María inglesa como la italiana, réstanos hacerlo sólo de la española.

María del Valle, recién llegada á Madrid, y viuda hacía muy poco tiempo, era la tercera mujer de aquel trío de Marías que en tan alto grado llamaba la atención de aquella sociedad, acostumbrada á ver hermosas mujeres.

Sobre la vida de aquella dama, referíanse algunos hechos tan novelescos que parecían completamente increíbles.

Decían algunos que la duquesa era hija de una señora española y de un rico nabad de la India. Que sus riquezas eran fabulosas, y que habían impuesto condiciones harto ridículas á los que habían aspirado á la posesión de su mano.

Referíanse de ella acciones que asombraban; y según los narradores de aquellas hazañas, ora se veía á la duquesa, cuando no era más que hija del nabad, cabalgando en un poderoso corcel, con el cabello destrenzado y la escopeta en la mano, corriendo por aquellos desiertos cazando tigres como el más valiente cazador, ora reclinada muellemente en el palanquín, escuchando los cantares y presenciando la frenética alegría de los adoradores de la diosa Siba.

Añadíase que el duque de la Vega, viajando por capricho, había llegado un día á Madras donde conoció á la joven en uno de los bailes que daba el *Attorney* de la ciudad, que se enamoró de ella y que la obtuvo por medio de una acción arriesgada, valiéndose para ello de los *taugs*, hordas fanáticas que perseguían sin descanso á los europeos, muriendo al cabo de dos años á manos de los mismos de quien se valiera para realizar su plan.

Estas y otra porción de cosas que se decían referentes á la encantadora duquesa, la prestaban cierta excéntrica originalidad, que aumentaba la extraña influencia que ejercía en el círculo que habitaba.

Su belleza incomparable tenía algo de severo y grave que causaba en el ánimo una impresión indefinible.

Escuchaba con frialdad y hasta si se quiere con indiferencia, las palabras que la decían los admiradores de su belleza, y nada podía descubrirse respecto á su pasado por lo que ella dijera.

En este estado, la llegada de un nuevo personaje á la corte vino á distraer la atención general.

El conde de Monte-Sagrado apareció en Madrid precedido de una fama europea.

Caballero de la Jarretierra, condecorado con la Le-

gión de Honor, y con otras varias condecoraciones extranjeras, aquel hombre había figurado de una manera extraordinaria en la guerra de Oriente, en la revolución de la India, en la campaña de Italia; y cazador infatigable, había perseguido al león en los desiertos de Africa, al tigre en sus bosques impenetrables de la India y al oso en los helados mares del Polo.

El conde era español de nacimiento.

Hermosa su presencia, grande su corazón y opulenta su fortuna, en los salones de Belgrave-Square, en los palacios de la Chausée d'Antin, en los establecimientos europeos de Calcuta y de Singapore, en los canales de Venecia y en los adoares del Africa, había sido el héroe de más de una galante aventura, de más de un hecho heróico y de más de un drama terrible.

El conde podría contar unos treinta y dos años cuando más y nada había desconocido para él.

En religión, conocía desde la Biblia hasta los más ignorados secretos del budismo.

En química y en física, en frenología y en matemáticas, en astronomía y en geometría, en botánica y en las demás ciencias naturales, era un genio; y las artes para él estaban tan dominadas, que una nota de música que escuchase, le bastaba para comprender el género y el maestro á que pertenecía, así como al ver un cuadro sabía si era original ó copia, y cual era su escuela. Del mismo modo al fijarse sus ojos en un monumento definía con escasez de palabras, más con sobra de lógica, el orden arquitectónico sobre que estaba basado; y la escultura le era tan conocida como todas las demás artes.

Al posar sus ojos sobre alguna persona, era tal la

fuerza de su mirada, que hacía inclinar las de quien miraba, y leía en su corazón como en un libro abierto.

Agreguemos á esto que conocía la antigua astrología como el más sabio rabino de la Edad media, y tendremos que Eugenio Montes, era un hombre verdaderamente digno de la admiración que causaba.

El título que tenía se lo había concedido el emperador del Brasil, por servicios que le había prestado; y sus distintas condecoraciones probaban que los soberanos de todos los países le dieran señaladas muestras de afecto y amistad.

Un hombre semejante era necesario que causara alguna sensación por donde quiera que fuese.

Llegó á Madrid pocos días después que la duquesa, y al ver la frialdad y la indiferencia de la una, y el aire altanero y desdeñoso del otro, no faltó un gracioso que dijo: «Hé aquí un conde que viene como de molde para una duquesa.»

La frase hizo fortuna, y todo el mundo encontró aquello perfectamente aplicado, siendo desde entonces la opinión general que el conde había de hacer vacilar la severidad de la duquesa, ó que ésta haría dar al traste con la afectada indiferencia del conde.

Así es el mundo; juzga sólo á medida de su capricho, y sus juicios críticos, la mayor parte de las veces, van á sembrar el llanto, el desconsuelo, ó la deshonra en el seno de familias enteras.

Ya hemos dicho que ni el conde ni la duquesa se habían visto, y ambos se encontraban muy ajenos de las opiniones que sobre ellos se emitían.

Hechas ya estas presentaciones y dados los poquísimos antecedentes que dar podemos á nuestros lectores,

les suplicaremos nos acompañen á dar un paseo, cosa que tal vez no les moleste, pues siempre es agradable disfrutar de una tarde deliciosa y asistir á un paseo tan concurrido como la Fuente Castellana, en el día de que nos vamos ocupando.

Sabido es que la Fuente Castellana viene siendo, hace algunos años, el paseo de moda de la aristocrática sociedad madrileña.

El paseo se encontraba en el período álgido, si así podemos expresarnos.

Los más lujosos trenes, las mujeres más elegantes y los hombres más *fashionables*, se cruzaban por aquella extensa alameda, cambiando saludos, palabras y sonrisas.

Entre las personas que en el paseo se encontraban, hallábanse la baronesa del Lago y la hija del conde de Meneses, dos de las mujeres más hermosas de la corte.

Ambas en carretela descubierta, ambas hermosas y perteneciendo á lo más selecto de la alta sociedad de la metrópoli, lógico era que fuesen rodeadas de caballeros que á porfía las prodigaban frases galantes, en cambio de las sonrisas que les concedían.

Entre los jinetes que, luciendo su apostura, cabalgaban á entrambos lados del carruaje, encontrábanse el duque del Solar y un andaluz, recién llegado á Madrid, llamado Ricardo Barroso.

El andaluz fué fácilmente presentado por el duque en casa de la baronesa; y como tenía fama de ser millonario, no le fué difícil encontrar amigos en un círculo en el cual se presta una adoración fanática al becerro de oro.

Herminia, que así se llamaba la baronesa, era viuda,

y sin disputa una de las viudas más encantadoras de la corte.

El duque, según más adelante veremos, le dijo que Ricardo estaba prendado de ella, y esto bastó para que la joven, coqueta y un tanto frívola, tratase de divertirse un poco á costa del que llamaba provinciano, sin comprender que éste tenía harta penetración para hacer un mal papel, y la suficiente energía para alzarse sobre los que trataran de burlarse de él.

En el momento en que nosotros nos encontramos con estos personajes, iban ocupándose del conde de Monte-Santo.

—Pero, señores,—dijo Herminia viendo que aquella conversación se prolongaba bastante,—no les preocupa á ustedes poco la llegada de ese personaje. Ustedes mismos me parece que le dan mayor importancia de la que realmente tiene en sí.

—Como se conoce, baronesa, que todavía no le ha visto usted,—contestó uno de los caballeros que la rodeaban.

—Vamos, Julián, parece que ese hombre les ha hechizado á ustedes.

—Cuando usted le vea, me parece que participará también de la impresión general.

—Cuando mucho se ponderan las cosas, al verlas de cerca, pierden una gran parte de su mérito.

—Sin embargo, el conde es de aquellos hombres que cada día demuestran una nueva cualidad que le hace más interesante.

—Según eso, es verdaderamente temible.

—Me parece que usted, baronesa, que ha estado en París el invierno pasado, oiría hablar de él.

—Sí, pero como en París se da proporciones tan fabulosas á personas que á veces no pasan de ser medianías, no hice gran caso de la fama de semejante héroe. ¿Le has visto tú, Inés?—continuó Herminia dirigiéndose á la condesita de Meneses.

—Sí, le ví noches pasadas en la embajada de Austria, —contestó la joven.

—Y... ¿qué te parece?

—Una persona muy distinguida y con mucho talento.

—Pues, un hombre como otros muchos; por Dios, señores,—continuó la baronesa,—se hacen ustedes muy poco favor con prodigar tanto incienso á un personaje semejante.

—Baronesa,—repuso el duque sintiéndose algo halagado por las últimas palabras de Herminia,—algo debemos hacer por los forasteros.

—Eso es distinto; en ese caso ya varía mucho la cuestión, ¿no es cierto, Ricardo?

Y la baronesa al pronunciar estas palabras, volvióse sonriendo de una manera encantadora hacia Ricardo, que cabalgaba á la derecha de la carretela.

—Diciéndolo usted, ¿dejaría de ser verdad?—contestó galantemente el andaluz.

—En eso tiene razón,—repuso el duque, con un aire de ridícula protección,—nosotros siempre somos galantes con los forasteros, y una prueba bien patente tiene de ello nuestro amigo Ricardo.

—¿Es á usted acaso á quien debo la buena acogida que á esta señora he merecido?—preguntó Ricardo con un acento bastante marcado.

—No quería yo decir eso,—contestó el del Solar con indiferencia.

—Ricardo es de aquellas personas que se recomiendan por sí mismas, y no tenía necesidad de los buenos oficios de nadie,—replicó la baronesa sonriendo con coquetería al joven.

—Mira, Herminia,—dijo de pronto Inés, llamando la atención de su amiga,—allí tienes á la Chiarini.

—En su *victoria*, como siempre,—contestó con indiferencia la baronesa después de haber fijado sus miradas en la persona que le indicaba su amiga.

—¡Y con qué gusto viene vestida hoy!—exclamó Julián, poniéndose los quevedos y fijando sus miradas con esa insolencia peculiar á las gentes del buen tono.

—¡Pshe! viste como siempre.

—Vamos, es necesario que convengas, Herminia, en que esa mujer tiene un gusto tan delicado para vestir...

—¡Caramba, Inés! á todos os ha fanatizado esa mujer, lo mismo que lady Spinger y que la duquesa de la Vega. Es necesario convenir que no sé cómo está la sociedad de hoy; cualquier cosa la sorprende y... Diga usted,—prosiguió Herminia inclinándose hacia Ricardo,—¿opina usted también lo mismo que estos señores?

—Mi opinión,—contestó Ricardo inclinándose á su vez y en voz baja,—hace tiempo que la sabe usted, baronesa, ninguna mujer me parece ni más bella ni más digna de llamar la atención que usted.

—¡Adulador!...

—Ahí tenemos á lady Spinger, seria y grave como una hija de la nebulosa Albión,—dijo en esto Julián saludando al mismo tiempo á la persona que acababa de nombrar.

CAPITULO CIV

El encuentro

HABÍAN penetrado en el paseo, efectivamente las dos personas anunciadas por nuestros amigos.

Marieta Chiarini, hermosa como siempre, pero triste, preocupada y mirando con indiferencia cuanto la rodeaba, caminaba en su victoria acompañada de Stefano, que como de costumbre, á nadie miraba más que á ella, y de nadie más que de ella se cuidaba.

Lady Spinger, sola, reclinada, en los almohadones de su carretela, distraida y reflexiva, apenas contestaba á los saludos que la dirigían.

—Vamos,—dijo Herminia al cabo de algunos momentos,—es necesario convenir que son ustedes, los hombres, los más amigos de novedades que hay. Cualquiera cosa les seduce y levantan ustedes un pedestal con la misma facilidad con que lo derriban.

—No sé por qué dice usted eso, baronesa,—repuso Ricardo.

—La razón es muy sencilla: por todas partes no se oye hablar más que de la Chiarini, de Lady Spinger y de esa duquesa de la Vega, que no tardará mucho en aparecer, y eso no somos nosotras quien lo decimos, son ustedes que se han propuesto hacer un ídolo de cada una de esas tres mujeres. Ahora bien; yo quisiera preguntarles á ustedes, ¿qué es lo que encuentran de extraño en esas tres mujeres? yo por mi parte no me lo puedo explicar.

—¡Por Dios, baronesa! cualquiera creería que no hacemos otra cosa más, que hablar de esas señoras.

—No, si no son ustedes solos; hablo en general, ¿no es cierto, Inés? Va una al teatro Real y no escucha otra conversación; en la embajada francesa la otra noche no se hablaba más que de lo mismo; si hasta en el último baile de palacio eran el tema de las conversaciones esas tres damas: convengamos, señores, en que eso es hasta ofensivo para nosotras.

—Yo te diré, Herminia,—repuso la condesita,—no debes negar que positivamente esas señoras tienen condiciones que las prestan un no sé qué de interesante, que las hace resaltar doblemente; la Chiarini es una mujer deliciosa.

—Sí, tiene una voz muy fresca, vocaliza bien y...

—Es una virtud á toda prueba.

—Eso ya es cuestionable.

—¿Cómo? ¿te atreverías á dudar?

—Hay que fiar tan poco en esas virtudes de teatro...

—Sin embargo, baronesa,—repuso Ricardo,—en esa debe usted creer.

—Y esa especie de ogro que á todas partes la acompaña, que está tan adherido á ella como la uña al dedo, y que...

—Es un Argos, su maestro, el hombre que la ha educado y á quien ella quiere y respeta como un padre, —contestó Julián.

—Mal gusto tendría si le amara de otra manera.

—Vamos, Herminia, veo que no eres muy justa con la pobre Chiarini. Y de lady Spinger ¿qué tienes que decir?

—¡Pshe! si no digo nada; si me quejara ó si las culpase, tal cual; yo no hago más que emitir una opinión y no otra cosa, para mí cada una de ellas no pasa de ser una medianía, ni digna de que se le rebaje, ni merecedora tampoco de que se la deifique como está sucediendo hoy.

—Pues yo te digo que sin ser hombre, tengo simpatías por esas tres personas, y que ya he dicho á papá que en la primera reunión que tengamos quiero que venga á cantar la Chiarini y que invite á lady Spinger y á la duquesa de la Vega.

—Vamos, veo que te has dejado arrastrar por la corriente y no quiero ser yo la que me oponga á ello. Estoy en minoría, señores, por lo tanto retiro mis palabras, más no varío en mis ideas. Ni aun usted ha querido defenderme,—continuó dirigiéndose á Ricardo con un leve acento de reconvención.

—Baronesa, los culpables son los que requieren defensa, los que hablan con razón no la necesitan.

—Según eso ¿usted es de mi opinión?

—¡Oh! no tal, no acostumbro á dar mi voto en cuestiones que no comprendo; no he podido juzgarme á mí mismo, ¿cómo quiere usted que juzgue á los demás?

—¡Ah! ¿con qué es decir, que usted opina como estos señores?—repuso Herminia con un acento ligeramente mortificado.

—Tampoco.

—¿Entonces?...

—Soy neutral, baronesa.

—Perfectamente, aun debo agradecer á usted esa neutralidad.

—Jamás he hecho nada para que me lo agradezcan. No me creo capaz de dispensar beneficios, por lo tanto, imposible es que pueda esperar agradecimientos.

—Dichoso usted que en nada cree, que en nada espera,—dijo el duque con burlona sonrisa, fijando sus ojos en el andaluz.

—Está usted en un error, creo en algo y en algo espero.

—Debe ser curioso ese algo en que espera y cree.

—No tan curioso como la curiosidad de usted,—repuso Ricardo un tanto amostazado por la entonación que Julián diera á sus palabras.

—¡Caballero!

—Señores,—exclamó Herminia interponiéndose muy á tiempo para evitar las palabras que estaba á punto de pronunciar Ricardo.

—Miren ustedes,—dijo Inés en aquel instante,—allí entra ahora la duquesa, también en carretela descubierta.

—Y vea usted por aquí al conde de Monte-Sagrado, á quien todavía no hemos visto por el paseo ninguna tarde.

—¡Oh! y en la disposición en que están los carruajes van á encontrarse de frente unos y otros,—dijo el duque.

—Y el conde quedará en medio.

—Ahora se verán la duquesa y él.

Efectivamente, en la disposición en que se hallaban los carruajes, el conde necesariamente caminando en opuesta dirección, debía ser visto por las damas de quienes con tanta insistencia veníanse ocupando nuestros amigos.

El conde de Monte-Sagrado paseaba solo.

Cabalgaba sobre un hermoso caballo de *pur sang*, según dirían los inteligentes, y si interesante era su figura cuando estaba de pié, doblemente gallarda aparecía puesta encima de su corcel.

A corta distancia de él caminaba su *grom*, vistiendo una librea tan sencilla como de buen gusto.

Herminia y sus amigos, excitados por la curiosidad, seguían con sus miradas al conde que insensiblemente se aproximaba hacia los carruajes de las tres Marías.

Sus miradas, que se dirigían de uno á otro coche con una especie de indiferencia muy natural, fijáronse en aquellos tres carruajes, que por un accidente del paseo se encontraban colocados el uno detrás del otro.

El primero con quien sus ojos tropezaron, fué el de lady Spinger.

Al verla, su semblante perdió aquella máscara de impasibilidad de que siempre se hallaba cubierto y murmuró con un acento indefinible:

—¡María!

Después vió á la cantante y continuó:

—¡Marieta aquí!

Y finalmente, al reparar en la duquesa fué su emoción más perceptible y detuvo su caballo, exclamando al mismo tiempo.

—¡Dios mío! ¿ella también?

Por su parte las tres damas le vieron, y como por un resorte incorporáronse las tres, murmurando cada una un nombre.

—¡Charles!—exclamó la inglesa.

—¡Angelo!—dijo la italiana.

—¡Es Eugenio!—articuló débilmente la duquesa.

El conde después de haber permanecido un momento indeciso, clavó las espuelas en los costados del noble bruto y alzando la cabeza como si quisiera desechar una penosa idea, alejóse por el paseo adelante, sin apercibirse de que había sido observado por más de una persona.

En aquel momento, Herminia, que desde que le había visto entrar en el paseo le había estado siguiendo con la mirada, inclinóse hacia Ricardo y murmuró con una expresión de punzante ironía:

—El conde ha tropezado.

CAPITULO CV

La presentación

Sin duda habrá extrañado á nuestros lectores la presentación de Ricardo en tan buena armonía con la baronesa del Lago, sin que supieran cómo ni cuándo se había verificado su conocimiento, y como nosotros no queremos que en nada les quede duda, explicaremos la causa de aquella especie de intimidad.

Ricardo dijo una noche en el casino al duque del Solar:

—¡Hombre! usted que tantas relaciones tiene en Madrid, bien podría hacer algo en obsequio de los pobres que llegamos de provincias y que á nadie conocemos.

—Usted dirá,—repuso con su exquisita finura el duque;—usted sabe que en todo y para todo me tiene á sus órdenes.

—Gracias. Quisiera que me presentase en algunas reuniones. Esto del casino y el teatro siempre, es tan monótono; vamos, desearía conocer de cerca esas bellezas que encierra la corte y que hasta ahora no he visto más que de lejos.

—Entiendo, quiere usted que sea su introductor en nuestro gran mundo, ¿eh?

—Justo, si es que en ello no se molesta.

—¡Molestarme! ni por pienso.

—En ese caso...

—Ahora recuerdo que mañana hay reunión en casa de la baronesa del Lago, una viuda lindísima.

—¿Era por casualidad aquella á quien usted acompañaba el otro día en la Exposición?

—La misma.

—Efectivamente, que es encantadora.

—¡Hola! ¿conque reparó usted en ella?

—Su belleza es de aquellas que por fuerza llaman la atención.

—Vamos, veo que tiene usted gusto.

—¡Phs!

—Pues nada, mañana si usted quiere, le presentaré á la baronesa; me distingue con su aprecio, y...

—Mil gracias; acepto la oferta con reconocimiento.

Y nuestros amigos se separaron; y cuando Ricardo regresó á su casa frotándose las manos lleno de satisfacción, dijo á su amigo Juan Antonio, con quien tendremos ocasión de hacer más amplio conocimiento:

—¡Bravo, chico! El duque me lleva mañana á casa de esa baronesa, y detrás de mí irás tú también.

En cambio Julián se dirigió al teatro Real.

Herminia se encontraba en su palco con Inés y su padre.

El noble caballero subió al terminar el acto; y después de haber saludado á las señoras y haber pronunciado una porción de esas insulceses de buen tono que tanto se prodigan en los salones y en los teatros, dijo:

—¿Sabe usted, baronesa, que mañana voy á tomarme la libertad de presentarle á un apasionado admirador de sus encantos?

—¿Cómo?—exclamó la baronesa fijando una mirada de asombro en el caballero.

—Lo que usted oye; se me ha suplicado esta noche en el casino y no he podido menos de acceder á la petición, contando siempre con su extremada indulgencia.

—Ya sabe usted que puede hacerlo. ¿Y quién es él?...

—No sé si usted recordará un joven que me saludó días pasados, cuando estuvimos en la Exposición.

—Sí, efectivamente, me acuerdo; y por cierto que pronunció algunas palabras...

—Es gracioso como buen andaluz.

—Sí, podrá ser. ¿Y por qué dice usted que es uno de mis más apasionados admiradores?

—¡Oh!... porque él mismo me lo ha confesado.

—¡Ja!... ¡ja!... ¡ja!...

—¿De qué se ríe usted, baronesa?

—De lo pronto que se inflaman los corazones de esos caballeros...

—Hay que tener presente que usted posee encantos...

—¡Por Dios, Julián! no me principie usted á abrumar con sus galanterías.

—Si lo toma usted de ese modo...

—Conque, quedamos en que ese... ¿Cómo se llama su amigo de usted?

—Ricardo.

—No es feo el nombre. Conque quedamos en que Ricardo está enamorado...

—De usted, baronesa, de usted.

—¡Válgame Dios! Vean ustedes por donde la casualidad me ha deparado un nuevo adorador.

—¡Siempre tan burlona!

—¿Y ustedes no lo son?

—¡Oh!... nosotros...

—Vamos, bien; tiene usted concedido el permiso para presentarme ese caballero que preveo nos ha de dar ratos muy agradables.

—Un poco de indulgencia para Ricardo, baronesa.

—Que un poco, un mucho. Pero... el telón se levanta y la Chiarini está admirable esta noche. Con su permiso, vizconde.

Y la baronesa sonriéndose todavía, dirigió sus gemelos á la escena.

A la noche siguiente, según estaba convenido, Ricardo fué al Casino, y desde allí marchó con el duque del Solar á casa de la baronesa del Lago.

Magníficos estaban los salones.

El golpe de vista que ofrecían era verdaderamente deslumbrador.

Uniendo á la riqueza del decorado y á la profusión de luces y de flores los encantos de la multitud de jóvenes que por doquiera cruzaban, se tendrá un conjunto animado, sonriente y encantador.

Ricardo no tenía nada de cortedad de genio. Sin embargo, al pisar aquellas alfombras, al aspirar aquella atmósfera saturada de aromas, de hermosura y de placer, no pudo reprimir el quedarse un tanto suspenso y

comprendió que no disfrutaría allí de completa libertad.

Su figura elegante y simpática, realzada por su traje, le proporcionó algunas miradas de curiosidad y de interés, miradas que no pudo advertir, porque su vista hallábase en semejantes momentos un tanto ofuscada.

Atravesó en compañía de su amigo el salón de baile y penetró en un precioso gabinete, cuyas paredes tapizadas de raso celeste con flores de oro, hacían resaltar mucho más el mueblaje de palosanto, primorosamente tallado.

En aquella estancia parecía haberse refugiado lo más selecto de la belleza que invadía la casa de Herminia.

Una docena de beldades rodeando á la baronesa, y otros tantos caballeros que iban de una en otra como mariposas qne saltan de flor en flor, ocupaban la habitación.

Herminia estaba resplandeciente de hermosura y de placer.

A su lado estaba la hija del conde de Meneses.

—Baronesa,—dijo el duque rompiendo aquel círculo de belleza,—tengo el gusto de presentar á usted á mi amigo Ricardo Mendoza.

Todas aquellas lindas cabezas sonrientes y curiosas, volviéronse al escuchar las palabras del duque y sus ojos se fijaron en el recién llegado.

Ricardo se sintió extraordinariamente turbado.

Aquel meteoro de belleza le deslumbró.

—Tengo una satisfacción en que este caballero favorezca mis salones,—contestó Herminia.

Estas palabras zumbaron en los oídos de Ricardo, que comprendiendo la necesidad en que se encontraba de decir algo, hizo un esfuerzo y repuso:

—Señora; el honrado he sido yo desde el momento en que he entrado en esta casa.

—Yo desearé que no se fastidie en ella.

—Baronesa, me parece que esa palabra no debiera usted pronunciarla, refiriéndose á un lugar que usted habita y donde reune la más escogida sociedad de la corte.

Esta galantería de Ricardo hizo sonreir de orgullo á la baronesa y fué satisfactoriamente acogida por las personas que la rodeaban.

Las conversaciones que quedaron interrumpidas al penetrar nuestros amigos en el gabinete, volvieron á reanudarse, y poco á poco fué Ricardo recobrando una parte del aplomo que perdiera al entrar en el salón.

Pero por ningún estilo estaba satisfecha Herminia con su presentado.

Debía hacerle pagar harto caras las palabras que pronunció en la Exposición de pinturas, y así fué que apenas habían transcurrido algunos segundos, dijo, dirigiéndose al vizconde:

—¿Es, por casualidad, este caballero, el que vimos en la Exposición, acompañado del autor de aquel cuadro que nos trajo á la memoria la estancia de Inés en Granada?

Esta pregunta, hecha por Herminia con un acento de ironía bastante pronunciado, no pudo menos de turbar á nuestro andaluz.

Recordóle las palabras que en aquel momento se escaparon de sus labios y adivinó el ridículo que iba á correr, si la conversación seguía girando sobre aquel asunto.

El duque comprendió en seguida la idea de la ba-

ronesa, y acordándose que la noche anterior le dijo que se divertirían con él, se apresuró á contestar:

—Efectivamente, baronesa, tiene usted una memoria admirable.

—Por cierto, que este caballero, juzgó con demasiada acritud á varias personas de las que allí se encontraban.

Como fácilmente se puede comprender la turbación de Ricardo, debía ir en aumento, por lo que apenas pudo murmurar:

—¡Señora!...

—Según me ha dicho el duque,—continuó la implacable baronesa,—hace poco tiempo que reside usted en Madrid.

—Tres meses.

—¿Y no había usted salido nunca de su provincia?

—No, señora.

—¡Ya se conoce!—dijo Herminia con un acento que hizo asomar algunas sonrisas á los labios de los caballeros que la escuchaban.

Después, dirigiéndose á uno de éstos, prosiguió:

—Conde, ¿me da usted su brazo para dar una vuelta por los salones?

—¿Cómo había de negarme á semejante honra?—contestó el interpelado.

Y Herminia se apoyó en el brazo del caballero y abandonó el precioso gabinete.

CAPITULO CVI

La dedada de miel

RICARDO estaba en áscuas, como vulgarmente se dice.

Comprendía el ridículo que estaba corriendo entre cuantas personas le miraban, y se incomodaba consigo mismo por no haber sabido contestar á aquella señora, que de una manera tan despiadada se vengaba de él.

Poco á poco fueron abandonando la estancia cuantos en ella se hallaban, hasta no quedar más que Ricardo y el duque.

Este se aproximó entonces á nuestro amigo, y le preguntó con un acento entre irónico y amistoso:

—¿Qué le ha parecido á usted la baronesa?

El andaluz levantó la cabeza, contempló breves segundos á su interlocutor, y contestó:

—Tan bien, que en este momento voy á abandonar una casa donde nunca debiera haber entrado.

—¿Cómo?

—Si acostumbran las señoras de la alta sociedad á poner en ridículo á las personas que por primera vez vienen á verlas, reniego de toda la alta sociedad y no quiero conocerla más á fondo.

—¿Pero qué está usted diciendo?

—¿No ha oído usted el acento desdeñoso con que esa señora me ha arrojado al rostro mi provincialismo? ¿No ha visto usted como ha sacado una conversación en la cual toda la desventaja debía estar de mi parte? ¡Oh! yo la prometo que no volverá á reirse de mí.

—Vamos, Ricardo, se conoce que usted es muy susceptible; estoy seguro que si la baronesa supiera que se hallaba tan resentido, le pediría que la dispensase. No se marche usted, y no dudo que al finalizar la reunión me dará usted las gracias por haberle traído á ella.

Ricardo, en medio de todo, deseaba quedarse también.

Si le agradó Herminia en la Exposición, mucho más le gustó al verla en medio de aquella cohorte de bellezas que palidecían al lado de la suya.

Hubo un momento en que su dignidad de hombre gritó al sentirse herida; mas después sintió también el haberse de separar de aquella mujer con quien tanto simpatizaba.

Así fué que á las pocas instancias que el duque le hizo, consintió en quedarse y juntos salieron á recorrer los salones.

Julián, continuando el papel de *cicerone* con el joven, lo presentó á varios de sus conocimientos y apro-

vechándose aquél de un momento en que éste hablaba con unas señoras, se aproximó á la baronesa y le dijo en voz casi imperciptible:

—¡Por Dios, baronesa! ¿qué ha hecho usted?

—¿Cómo?—exclamó la joven con sorpresa,—¿qué quiere usted decir?

—Que ha desesperado usted á nuestro hombre; que me he visto obligado á retenerle casi á la fuerza.

—¿Por qué?

—Porque le ha tratado usted con harta dureza.

—¡Yo!...

—Sí, baronesa, sí; el pobre muchacho ha recibido sus tiros en mitad del corazón.

—Será necesario que le proporcionemos un lenitivo. ¿No es cierto?

—Eso quería decir.

—Pues bien; ya nos ocuparemos de ello.

Y Herminia continuó su paseo por el salón, y al encontrarse con nuestro andaluz, fué tal la mirada que le dirigió, que Ricardo no pudo menos de inclinar sus ojos ante la poderosa irradiación de las pupilas de Herminia.

Con aquella mirada concluyó la baronesa de asegurarse el dominio de Ricardo.

Pocos momentos después, el amigo de Juan Antonio y la baronesa se encontraron frente á frente.

Herminia acababa de separarse de su pareja, cuando reparó en nuestro andaluz.

El joven habíase apoyado en el quicio de una de las puertas que daban ingreso al salón principal, y allí con la mirada perdida y el corazón palpitante, recreábase formando esas cien quimeras á que tan propensos son los noveles enamorados.

Herminia aproximóse á él, y al encontrarse de nuevo aquellas dos miradas, Ricardo tornó á inclinar la suya, haciendo asomar á los labios de la joven una de esas sonrisas que sintetizan á veces una multitud de pensamientos.

—¡Qué abstraído se encuentra usted, Ricardo!—dijo Herminia con esa encantadora franqueza cuyo secreto poseen las personas de la alta sociedad.

—¡Señora!...

—¿No le gusta á usted el baile?

—Me gusta todo lo que proporciona placer y felicidad.

—¿Y cree usted que lo proporciona eso?

—Para los que disfruten de él, es indudable que debe ofrecerlo.

—¿Por qué no participa usted también?...

—¡Señora, en medio de ese océano de hermosura y amor, yo sería una pobre barquilla harto inexperta para caminar con rumbo seguro y temo zozobrar; apenas he entrado en él, ya he estado á punto de hacerlo!...

—¿Cómo?...

—Sus palabras me han afectado.

—¡Mis palabras!... No recuerdo...

—Yo sí, baronesa; me ha recordado usted una escena que quisiera olvidar.

—Ya caigo; ¿la de la Exposición?

—Justamente.

—¿Y me guardaba usted rencor por eso?

—¿Yo guardarla rencor? No me conoce cuando me dice semejante cosa

—Vamos, vamos, puesto que he faltado, trataré de reparar mi falta.

—Nada de eso, señora; usted no ha faltado, yo fuí

quien falté al pronunciar palabras que solo podrían disculpar el cariño que profeso á mi amigo.

—¿Quiere usted ofrecerme su brazo?—dijo la baronesa con un acento dulcísimo y con una mirada más enloquecedora todavía.

—¡Dios mío!... ¡tanta felicidad!...

—¿Es usted feliz de esa manera?—preguntó Herminia con una ingenuidad deliciosa.

—Tanto, señora, que imposible pueda usted imaginárselo.

—¡Cuánto me alegro de haber llegado en tan buena ocasión para contribuir á su ventura!

—Y yo también me felicito por ello.

Momentos después, Ricardo y Herminia se confundían con la multitud que invadía los salones.

Al verlos el vizconde hablando con tanta intimidad, sonriéndose con alguna ironía, murmuró al par que los veía alejarse:

—Ya le tiene cogido Herminia, y no será muy fácil que le suelte. ¡Oh! si con las mujeres...

Entretanto, Ricardo se creía transportado al séptimo cielo.

Herminia usaba con él esas cien mil coqueterías que tanto encantan en una mujer y que tanta influencia ejercen en la vida de un hombre.

Alma sencilla y hasta cierto punto virgen de amor, no acostumbrada á las lides cortesanas llenas de astucia y de malicia, no podía creer que se encerrase una doble idea en las palabras y en las acciones de aquella mujer.

Así fué que cuando regresó á su casa, lo hizo ebrio de alegría.

Juan Antonio, su amigo íntimo, y con el cual hare-

mos más estrechas relaciones, se alegró de la felicidad que disfrutaba su amigo, y al comparar la situación, no pudo menos de afectarse por la diferencia que reinaba.

A contar desde aquella noche, fué Ricardo el comensal más asiduo de la baronesa, acompañándola donde quiera que iba, viéndosele en su palco todas las noches y en su casa, aquellas en que tenía reunión.

Herminia, hábil en la ciencia de conocer á los hombres y de jugar con ellos á su antojo, comprendió el dominio que ejercía sobre Ricardo, y unas veces irritando su amor, otras dándole esperanza, jugaba á su capricho con aquel hombre que adivinaba el juego pero que no tenía el valor bastante para romper una cadena que á cada momento le iba oprimiendo más.

CAPITULO CVII

Qué opinión formó Federico de las tres Marías

El duque del Solar había recibido la noticia de la estancia de Andrés en la posesión de Avila, del modo que su amigo quería que la recibiera.

Es decir, abrir la herida y procurar cicatrizarla en falso, para que cuando fuera menester se volviese á abrir de una manera más dolorosa.

Inmediatamente se apresuró á paliar, digámoslo así, la noticia, y comenzó á dar pábulo á la especie de afección naciente que Julián sentía respecto á Marieta.

Aquellas tres mujeres, efectivamente, como había dicho el duque, traían revuelta á toda la corte.

La escena que hemos presenciado en la Castellana, demostraba el interés con que se seguían todos los actos de aquellas tres mujeres, que en posiciones tan distintas, habían conseguido ejercer tan gran influencia.

Y como que desde los primeros momentos el conde

de Monte-Sagrado también llamó la atención, y dieron en decir que entre él y las tres damas debía existir algún punto de afinidad, en ellas lo mismo que en él estaban fijas todas las miradas, y ya hemos visto como fué cogida al vuelo, puede decirse, la impresión que en el conde produjo la presencia de la duquesa.

Julián no pudo menos de decir aquella noche á su amigo:

— Lo que es Marieta, me tiene loco, chico; te lo confieso.

—Mal hecho,—repuso Federico atusándose el bigote,—con mujeres de teatro es necesario andar siempre con piés de plomo.

—Es que Marieta es una especialidad, y estoy seguro que cuando la hables has de sentirte dominado por el encanto que esa mujer ejerce en cuantas personas la rodean.

—¡Oh! conozco mucho el género.

—Bien, sí, le conocerás, como le conocemos todos; pero precisamente el gran mérito de la Chiarini, está en que no se parece á nada absolutamente de lo que hemos visto hasta ahora. Es una excepción de la regla general.

—Y si yo te dijera una cosa.

—¿Qué?

—Que esas excepciones precisamente son las que más me asustan.

—No encuentro la razón.

—Son las que se hacen pagar más caras y las que te dan más terrible desengaño.

—Vamos, Federico, contigo no se puede hablar,—dijo el duque visiblemente contrariado.

—Porque digo la verdad. He vivido más que tú por-

que he conocido de todo, malo y bueno; y como es natural, he adquirido una experiencia que tú no tienes. No hay nada más impresionable que la sociedad, y tú en eso sigues sus huellas perfectamente; eres tan impresionable como ella.

—De modo que á tí la presencia de esas tres mujeres no te ha hecho efecto alguno.

—Sí.

—Pues si le has recibido, indudablemente habrá sido desagradable, porque si á las otras las juzgas como á Marieta...

—Poco menos.

—¡Vaya, vaya! estás insoportable esta noche.

—Podrá ser. Estoy seguro que para que tú te hayas entusiasmado de ese modo debe haber influido en gran manera la opinión de Andrés.

—Andrés, lo mismo que todos los que la conocen, no tienen más que frases de respeto y de encomio para esas tres damas.

—Es decir que él las conoce.

—Como que ha sido quien me ha presentado á ellas.

—¡Demonio! y ¿dónde ha hecho este conocimiento? porque por lo visto esas tres señoras han debido venir á Madrid mientras yo he estado en Avila.

—El día antes de marcharte tú llegaron; porque al día siguiente yo que estaba paseando en la Castellana con Andrés, ví á la duquesa, á la cual me presentó. Según pude entender la había conocido en Londres hacía dos ó tres años.

—No sé por qué me parece que esa señora tiene trazas de ser una aventurera.

—¡Calla, hombre, calla! precisamente su título es uno

de los más antiguos de España, y es viuda de una persona muy conocida que se hallaba desempeñando el cargo de embajador en Viena cuando murió.

—¿Y qué? ¿acaso por qué se tengan todos esos títulos han de ser ya virtudes excepcionales las personas que los lleven?

—Tienes un modo de ver las cosas, que, francamente, me irrita en muchas ocasiones.

—Supongo que la Chiarini también será otra virtud preconizada por tu hermano Andrés.

—Preconizada por todos los que la conocen.

—¿Y tú dices que estás loco por ella?

—Sí.

—¿Y Andrés fué quien te presentó también?

—También.

—Vamos, sólo falta que hayas conocido á la tercera María por él.

—Así ha sido efectivamente. Lady Spinger, es una de las buenas amigas de Andrés; la conoció cuando estuvo en Suiza.

—De modo que te ha presentado á las tres Marías.

—Y ¿qué encuentras de extraño en eso?

—Quieres que te diga mi opinión.

—Dila; yo maldito el caso que he de hacer de ella.

—Gracias por la lisonja.

—Si es la verdad.

—Pues mira, querido Julián, Andrés, comprendiendo sin duda que este mundo no es ni más ni menos que una calle de amargura que todos hemos de recorrer, ha hecho de tí una especie de Cristo, al cual van á volver loco las tres Marías.

—El loco eres tú, y yo más todavía con hablarte de ciertas cosas.

—¡Bueno, bueno! tú dí lo que quieras que yo pensaré lo que debo pensar.

Aquella noche Julián se dirigió como de costumbre al teatro Real.

Y á pesar de lo disgustado que estaba con la opinión de su amigo, le invitó á que le acompañara.

En uno de los entreactos el duque pasó al cuarto de la cantante acompañado de su amigo.

Cantábase *Norma*, y la diva había estado admirable.

En el cuarto de la cantante había diversas personas, algunas de las cuales son ya conocidas de nuestros lectores.

Allí estaba Ricardo, el joven á quien vimos acompañando á la baronesa del Lago en la Fuente Castellana, el vizconde y otro amigo íntimo de Ricardo á quien éste quería como un hermano y con el cual vamos en breves palabras á procurar hacer un más amplio conocimiento.

Juan Antonio Rodríguez era andaluz también como Ricardo.

Pero así como el uno era inmensamente rico el otro era inmensamente pobre.

Recogido por una familia que venía de América en un naufragio en el cual fallecieron sus padres, la pobre familia, que no contaba con grandes recursos, se hizo cargo de él, le dió una modesta educación, y en cuanto pudo, trató de hacerle hombre, como vulgarmente se dice.

Precisamente José Rodríguez, que así se llamaba el hombre que había recogido al niño, era dependiente de los padres de Ricardo, y Juan Antonio había crecido al lado de éste y ambos niños se profesaban un cariño extraordinario.

Juan Antonio quiso ser pintor y lo fué.

Los padres de Ricardo le costearon los estudios; marchó á Italia pensionado por la Diputación provincial de Sevilla, y en breve espacio consiguió darse á conocer.

Cuando terminó su pensión, los padres de Ricardo habían muerto y el joven encontró un verdadero consuelo en el cariño de su amigo.

A su vez, Juan Antonio también se quedó huérfano y únicamente al morir las personas que le habían recogido en el mar, fué cuando supo que no era su hijo.

Esta circunstancia ya la conocían los padres de Ricardo, y cuando éste la conoció, sirvióle de mayor incentivo para el afecto que á su amigo profesaba.

—Te dije hace años que serías mi amigo, y hoy te juro que serás mi hermano.

Así habló Ricardo á Juan Antonio estrechándole entre sus brazos, y supo cumplir su oferta.

Juan Antonio marchó una temporada á Granada para tomar algunos puntos de vista para algunos cuadros que tenía proyectados.

En una de sus excursiones por aquella encantadora vega, tuvo ocasión de conocer á Inés, hija de los condes de Meneses, pero á la cual, por circunstancias especiales que concurrían en sus padres cuando tuvo lugar su nacimiento, no habían podido darla su nombre, y pasaba por hija de los dueños de uno de aquellos cortijos.

Inés era muy hermosa, y el pintor se hallaba precisamente en la edad en que el amor determina por lo regular una época en la existencia humana.

Juan Antonio se enamoró de Inés y ésta no pareció mostrarse disgustada con aquel amor.

Entre los apuntes que de aquella expedición recogió

Juan Antonio, había un episodio del cual había sido Inés la protagonista y el pintor su salvador.

Juan Antonio tuvo que alejarse de allí y prometió á la joven que volvería á la mayor brevedad.

Pero cuando volvió al cabo de tres meses, todo había cambiado en la Vega.

Los padres de Inés habían podido proclamar la existencia de su hija, habían ido á buscarla, se habían llevado consigo á los cortijeros y nadie pudo dar razón á Juan Antonio de su amada.

Regresó á Sevilla profundamente herido, y aun cuando buscó en el arte, que con tanto éxito cultivaba, un lenitivo para sus pesares, la verdad fué que el recuerdo de Inés no se borró un momento de su memoria.

Tres años después, Juan Antonio quiso presentar en la Exposición de Pinturas que se celebraba en Madrid, dos cuadros.

Uno de ellos era de asunto histórico y el otro la reproducción del episodio en que hemos hecho mérito en otro lugar.

Como que tantas veces había hecho el retrato de Inés, apareció ésta en el cuadro con una verdad asombrosa.

Con este motivo fueron á Madrid los dos amigos.

Un día, iban paseándose por los salones de la Exposición, cuando vieron dos señoras que se detenían delante del cuadro acompañadas de un caballero en quien el andaluz reconoció á un conocido suyo, porque dijo:

—¡Calla! ¿quién son aquellas que van con el vizconde? ¡Y se han detenido delante de tu cuadro!

Juan Antonio siguió la dirección indicada por Ricardo y exclamó:

—¡Chico, si es ella!

—¿Quién?

—Inés.

—¡Demonio! pues va á encontrarse con su retrato. Vamos á oir lo que dicen.

Y se aproximaron al grupo formado por la baronesa del Lago, la hija del conde de Meneses, y el vizconde del Monte, tipo entrometido que de todo hablaba y de nada entendía, con sus puntas de satírico y mordaz, y más que todo de necio.

Y en mala hora lo hicieron.

El vizconde decía:

—Lo ve usted, Inesita, lo que yo le había dicho. Es su retrato de usted.

La joven al fijar sus ojos en el cuadro,no pudo menos de palidecer.

—Tiene razón el vizconde,—dijo la baronesa.—Chica, ¿qué quiere decir esto?

—No lo sé;—contestó la joven con voz trémula.

—¿No será esto,—dijo el vizconde,—el recuerdo de algún amor de artista?

—Suplico á usted, vizconde,—repuso Inés con gravedad,—que no interprete una casualidad que yo soy la primera en deplorar. Si el autor de ese cuadro, por una casualidad que no pretendo averiguar, ha dado al rostro de su figura cierto parecido con el mío, tenga usted presente que yo no he autorizado ni autorizaré jamás á un cualquiera, para semejante atrevimiento. La hija del conde de Meneses no puede descender á semejantes vulgaridades.

Juan Antonio oprimió con fuerza el brazo de su amigo.

Este le dijo en voz baja:

—¡Anda, anda, cómo te trata tu ídolo!

—Usted dispense, condesa,—decía el vizconde entretanto.—No fué mi ánimo ofenderla. Por supuesto que la obra es mala como ella sola.

—Y tan mala,—añadió la baronesa,—y si el autor de ese cuadro ha pretendido hacer tu retrato, francamente, amiga mía, te ha hecho un disfavor.

—Cuidado que esas luces están mal tomadas,—decía el vizconde,—y todo el conjunto no puede ser más deplorable.

En aquel momento volvióse Inés y se encontró con la mirada de Juan Antonio fija en ella.

Su turbación entonces no conoció límites.

—Vámonos,—dijo Juan Antonio á su amigo.

—Espérate, que quiero dar una lección á estos señores.

—Vámonos,—dijo también la baronesa dirigiéndose á su amiga,—porque para ver esos mamarrachos...

—Tiene usted razón, baronesa, — añadió el vizconde.

—Lo que no se comprende es,—dijo Ricardo de modo que lo oyeran las personas á quienes se refería,—que vengan á la Exposición personas que ni entienden, ni saben siquiera lo que miran.

Volvióse la baronesa vivamente y Ricardo continuó:

—No hay nada más cargante que esta clase de personas que se las echan de inteligentes y no saben distinguir la abigarrada muestra de un almacen de vinos de la obra maestra de un pintor.

—Vamos,—dijo Herminia á Inés, cuya confusión había aumentado extraordinariamente.

—Sí, vámonos;—añadió el vizconde.

Y al volverse tropezó con Ricardo, á quien saludó con algún embarazo.

—Adiós, vizconde,—le contestó el andaluz,—ya veo que entiende usted tanto de cuadros como yo de cantar misa.

El vizconde se mordió los labios, diciendo á Herminia:

—Que bromistas son estos andaluces.

—Sí, y muy descarados también.

Y salieron de la Exposición á la par que Juan Antonio decía á su amigo:

—¡Dios mío! ¡y pensar que yo he estado adorando á esta mujer!

CAPITULO CVIII

En el cuarto de la Chiarini

A Juan Antonio le costó una enfermedad el desengaño que había recibido.

Pero merced á los cuidados de su amigo, recobró la salud.

Ricardo, sin que pudiera darse cuenta de la razón, y por uno de esos fenómenos extraños que en el corazón humano existen, no cesaba de pensar en la baronesa del Lago.

En los primeros momentos lo atribuyó á la cólera que en él había excitado, el juicio que había emitido respecto á la obra de su amigo.

Pero más tarde comprendió que no era aquella precisamente la causa que le obligaba á dirigirse al paseo ó á los teatros, sitios donde podía encontrar á Emilia.

Un día, dijo al duque del Solar que le presentara en alguna de las reuniones á que asistía, y ya hemos visto

en uno de nuestros capítulos anteriores, como aquella presentación tuvo lugar y el trastorno que en el andaluz había causado la coquetería de Herminia.

En las reuniones del gran mundo se habían conocido Ricardo, Federico y el duque del Solar; y así fué, que al verse en el cuarto de la cantante, se saludaron afectuosamente, diciendo el andaluz á Federico:

—¡Qué agradable sorpresa, amigo mío! ¿ya de vuelta? Varias veces le he preguntado al duque, y todos creíamos que prolongaría más su estancia por allí.

—No; ya saben ustedes que Madrid tiene atractivos muy grandes para mí; así ha sido, que en cuanto pude, regresé, y me he encontrado con la gratísima novedad de la nueva estrella que ha venido á esmaltar el cielo de nuestro teatro Real.

—Pobre estrella,—dijo la cantante, contestando á la alusión de Federico;—pobre estrella cuyo resplandor no puede compararse jamás al de todos esos meteoros deslumbradores que han tenido ustedes ocasión de aplaudir aquí.

—La modestia,—repuso Julián,—es una virtud; pero precisamente en este caso, el exceso de ella de que usted hace alarde, produce un efecto contrario.

—No es modestia, duque, es el convencimiento de lo que valgo, y de lo que realmente valen los artistas que me han precedido. La amabilidad de ustedes, presta á mi poco mérito proporciones que no tiene.

—Yo no puedo decir, porque es la primera noche que he tenido el gusto de escucharla, sino que la he oído en los dos actos que han pasado, y que he creído oir una *Norma* completamente nueva.

—Es que Marieta está esta noche admirable,—añadió Ricardo.

—El día que le oigas *Sonámbula,* te sucederá lo mismo que hoy. Es un prodigio de agilidad y de ternura, brotan de su garganta las notas con inflexiones tales, como nunca las has oído.

—¡Pero por Dios, duque, no exagere usted tanto!

—Apelo al testimonio de todos estos señores,—dijo Julián.

—Produjo un delirio la primera noche que la cantó, —añadió Ricardo.

—Una ovación más merecida, jamás la había obtenido ninguna artista,—añadió el vizconde.

En aquel momento entraron nuevos admiradores de la cantante en el cuarto de ésta, la conversación se generalizó, y Federico pudo preguntar á Ricardo:

—¿Y Rodríguez?

—Triste y disgustado como siempre.

—Pero hombre, ¿qué le pasa á ese chico, que de algún tiempo á esta parte no le veo ni en el casino, ni en los paseos, ni en ninguno de nuestros círculos?

—Está muy ocupado.

—Yo creo,—dijo Federico,—que otra será la causa de su retraimiento.

—Puede...

—Ese chico debe estar enamorado.

—Sí, de la señora aquella que retrató en el cuadro que había en la exposición,—dijo el vizconde creyendo decir una gracia.

—Sí, y que usted criticó con tanto acierto,—se apresuró á contestar el andaluz.

—¡Oh! conque lo criticó éste,—exclamó Federico;—pues entonces de seguro que el cuadro era admirable.

—Ya verás, Montesinos,—dijo el vizconde.—Iba

acompañando á Herminia y á la de Meneses, ellas encontraron defectuoso el cuadro, y ya se ve, ¿qué había de hacer yo?

—Sí, ya se comprende que tú te viste en un grave compromiso.

—Y tan grave.

—Y de Andrés, ¿no ha sabido usted nada duque?—preguntó en aquel momento la diva, á Julián.

—Federico me ha traído noticias de él,—repuso el interrogado, mostrando en su rostro la contrariedad que le causaba la evocación de aquel recuerdo.

—Sí, está en Avila,—contestó Federico.

—¡Ah! vamos, habrá ido sin duda para alguna consulta ó para hacerse cargo de algún enfermo. Allí en Italia, se le disputaban, porque hizo curas verdaderamente maravillosas.

—Sí, de un enfermo creo que se trata ahora también,—repuso Federico con intencionado acento;—de una enferma mejor dicho.

El duque se apresuró á cambiar de conversación.

Cuando terminó la función, el vizconde dijo á Federico al despedirse:

—Supongo que mañana nos veremos en casa de la marquesa de la Estrella. Ahora ha cambiado los días y recibe los viernes.

—Si va Julián...

—Sí mañana no hay Real no creo que haya inconveniente; porque lo que es si canta Marieta, dejo todas las reuniones habidas y por haber, para venir á escucharla.

—Yo también iré,—dijo Ricardo,—porque he prometido á la marquesa que le presentaría á Juan Antonio, y no me agrada faltar á mi palabra.

—Diga usted más bien, que asistiendo Herminia, no era posible que dejara usted de asistir.

—¡Ah! ¿conque parece que sigue eso?—dijo Federico.

—Y viento en popa.

—Pero cuidado que este vizconde es terrible. Yo no puedo amar á esa señora.

—Pues lo parece al menos.

—Cuidado con la baronesa, amigo mío, porque es capaz de hacer volver loco al hombre más sereno del mundo.

Al día siguiente, como había dicho Ricardo, llevó á su amigo Juan Antonio á la reunión de la marquesa de la Estrella.

La casualidad hizo que también asistiese la hija de los condes de Meneses.

Iba acompañando á Herminia y al encontrarse de repente con Ricardo y Juan Antonio, no fué dueña de dominar su turbación.

—Baronesa,—dijo Ricardo,—permítame usted que la presente á mi querido amigo, mi hermano mejor dicho, el artista Juan Antonio Rodríguez, uno de cuyos cuadros mereció de usted un juicio sobradamente desfavorable en la última exposición.

—Es verdad,—contestó Herminia sin desconcertarse en lo más mínimo.—Los buenos cuadros son como los grandes artistas, que á veces no basta una sola audición para juzgarles; por eso cuando volví á ver el cuadro por segunda vez, rectifiqué mi juicio, y no vacilé en confesar el error en que había incurrido.

—Mil gracias, señora, por esa rectificación.

—Ahora, querido Juan Antonio, voy á permitirme

presentarte á esta señorita que es la hija de los condes de Meneses.

Y señalando á su amigo, prosiguió:

—Juan Antonio Rodríguez.

—Ya tenía la honra de conocer á esta señorita,—repuso el pintor.

—Pues entonces,—dijo el vizconde,—queda explicado el extraño parecido del cuadro en cuestión. Y qué callado se lo tenía usted, Inesita.

—¿Yo?—contestó la joven alzando vivamente la cabeza,—¿qué quiere usted decir, vizconde? No recuerdo haber conocido á este caballero hasta ahora.

Juan Antonio palideció.

—Sin duda te habrá confundido con otra,—dijo Herminia.—A veces hay parecidos tan extraños.

—Sin embargo,—repuso Ricardo,—el rostro de la condesa no es de aquellos que fácilmente se confunda.

—Pues indudablemente este caballero ha padecido un error,—contestó secamente la joven.

—Usted dispense,—repuso Juan Antonio,—creía haber visto en usted á una señorita á quien conocí en Granada, y que me honró con su amistad; pero ahora que voy haciéndome cargo, comprendo que efectivamente debo haberme equivocado, puesto que aquélla no tenía título alguno, mientras que usted ostenta uno muy digno de respeto. Y cuanto más voy reparando acabo de afirmarme más en que la distancia que media entre usted y aquélla, es más grande todavía que la que existe entre el sueño y la realidad. Usted dispense vuelvo á repetirla.

Y Juan Antonio hizo una ligera inclinación de cabeza y se alejó del grupo.

—Pero ¿qué diablo tiene ese muchacho?—dijo el vizconde con su impertinencia habitual.

—Nada,—contestó Ricardo;—él mismo lo ha dicho, ha soñado y la realidad le ha hecho comprender toda la locura de su sueño.

CAPITULO CIX

La cacería

JUAN Antonio abandonó inmediatamente la casa de la marquesa.

Aquella era la segunda vez que Inés renegaba de él, y el golpe había sido tan rudo, que no se encontraba con fuerzas para resistirlo.

Ricardo, comprendió perfectamente el dolor de su amigo, y no pudo menos de decir á la baronesa:

—¡Qué felices son en este mundo las personas que no tienen corazón!

—Eso es decir que usted deplora el tenerle;—le dijo Herminia con una sonrisa encantadora.

—Hay momentos en que lo deploro,—repuso el andaluz con intencionado acento.

—Pero, no más que momentos.

Y la mirada con que acompañó estas palabras fué tan

expresiva, que en un momento disipó las nubes que oscurecían la mente de Ricardo.

—¿Quiere usted hacerme la merced,—la dijo,—de bailar conmigo estos lanceros?

—¡Ay! amigo mío,—contestó Herminia con un acento de cómica desolación,—que tarde ha llegado usted esta noche; no hace diez minutos que se los ofrecí al secretario de la embajada francesa.

—Pues, déjele usted,—contestó bruscamente Ricardo,—un olvido puede tenerle cualquiera.

—¡Oh! no por cierto; se trata de un extranjero y podría suscitarse una cuestión internacional.

—Yo acepto las consecuencias.

—Y yo no puedo consentirlo. Mírelo usted, allí viene.

—¿Y para después?

—Después hay un vals que lo tengo comprometido con el barón del Monte.

—Es decir, ¿que no me había usted reservado nada?

—Pero, amigo mío, si no estaba usted aquí.

—Es decir, que no se acuerda usted de mí, más que cuando me tiene en su presencia. Gracias, Herminia.

La baronesa hizo un mohín encantador, encogiéndose de hombros, y se apoyó en el brazo del secretario de la embajada que se presentó á reclamar su promesa.

El vizconde á su vez ofreció su brazo á Inés, y Ricardo, lleno de ira y de despecho, se dirigió á uno de los balcones que daban á los jardines, desde donde pudo contemplar á su amada, cuyas coqueterías parecían tener embelesado al francés.

Dos señoras fueron á colocarse delante del balcón, en cuya parte más oscura estaba Ricardo.

Esta circunstancia impidió que le vieran, y fijando sus ojos en las parejas que bailaban, dijo una de ellas:

—¿Has visto á Herminia?

—Sí, allá va con el secretario de la embajada de Francia.

—Parece que el andaluz ahora está de baja.

—Como lo estará dentro de poco el secretario. Si Herminia no hace más que divertirse con todos ellos.

—¡Qué carácter!

—Lo que no comprendo es, como no ha encontrado todavía alguno de esos amantes engañados que le haya dicho cuatro verdades.

—¿Y crees tú que le importaría mucho?..Si Herminia tiene un carácter especial.

—Lo que es cuando estaba criticando al de la *Tierra de María Zantízima* como ella decía, estaba graciosísima.

—Es el demonio, esa chica.

—No, yo te aseguro que al que se enamore de ella, ya le ha caído que hacer.

—Hasta que le toque á ella también el enamorarse algún día.

—Por supuesto que si te he de ser franca, la verdad es que la baronesa va adquiriendo una fama deplorabilísima.

—Como que no está bien tanta coquetería. Ella se cree que por ser viuda, tiene ya carta blanca para hacer cuanto le plazca, y está en un error.

—Mira, mira cuanta monada va haciendo con el de la embajada.

Puede comprenderse fácilmente cómo estaría escuchando Ricardo todo este diálogo.

Fortuna fué para él hallarse oculto en la penumbra del balcón, porque indudablemente su presencia hubiera puesto en un grave compromiso á las señoras que con tanta espontaneidad estaban hablando.

Estas, después de haber permanecido un rato ocupándose de Herminia, prosiguieron su conversación criticando á otras diferentes personas, hasta que se alejaron de allí.

Entonces Ricardo abandonó aquel balcón, donde había estado sufriendo de un modo indecible.

La palidez del joven, era extraordinaria.

Precisamente cuando él salía, la baronesa pasó á poca distancia dando el brazo á otra amiga suya.

—Ricardo,—dijo llamando al andaluz,—sabe usted que he podido hacer una pequeña trampa, y que tengo libre el vals inmediato.

—Muy mal hecho, señora,—contestó el joven con una severidad que contrastaba con la jovialidad de su carácter;—siempre una trampa, sea la que quiera la causa y realícese por éste ó el otro individuo, es una acción muy fea y no puedo yo consentir que incurra usted en ella.

—¡Oh! la falta es tan venial... vamos deme usted su brazo.

—Lo siento, Herminia, pero he resuelto no bailar más y no quiero que se prive usted de ese placer. Estoy á los piés de usted.

Y el joven se inclinó ante la baronesa, que estrujó llena de ira el finísimo pañuelo que llevaba en la mano, y salió poco después de casa de la marquesa de la Estrella.

Herminia tenía demasiado mundo para dejar que nadie se apercibiera del desaire que acababa de recibir.

Así fué, que sonriéndose, aun cuando en su corazón había sentido clavarse el acerado dardo del dolor y del despecho, dijo:

—¡Qué cosas tiene Ricardo! Me guarda rencor porque antes no quise bailar con él.

—Pero ese rencor se le desvanecerá bien pronto,—contestó su amiga,—porque lo que es usted hay que convenir, querida baronesa, que sabe tratar á los hombres..

—Como se merecen, hija mía, como se merecen y nada más.

Por más esfuerzos que estuvo haciendo la baronesa durante toda la noche para dominar su inquietud y su disgusto, la verdad era que no lo pudo conseguir porque tanto Inés como el vizconde y algunos otros amigos, advirtieron que algo extraño la acontecía.

Recordaba que Ricardo algunas veces la había dicho con aquel gracioso ceceo que le era peculiar:

—Lo que es si de mí tratara de burlarse alguna mujer, no habiendo yo dado motivo para ello, me parece que no la habían de quedar ganas de volver hacer lo mismo con otro. Soy *má* bueno que el pan, pero no dejo que nadie se quiera *quedar* conmigo.

Y como que esto lo había oído más de una vez, tenía sobrado buen criterio para comprender toda la entereza de carácter de Ricardo, al ver que había desaparecido de la reunión después del desaire que la había hecho.

Pocos días después comenzaron á circular las invitaciones para la cacería con que el rico banquero don Tomás Urquiola quería obsequiar á sus amigos en su magnífica posesión de los montes de Toledo.

Toda la *creme* de la sociedad madrileña fué invitada para aquella fiesta.

El banquero no daba más que una cada año, pero realmente era suntuosa.

Precisamente en casa de Urquiola era donde Ricardo tenía sus fondos, y excusado es decir que no habían de faltarles invitaciones.

La noche anterior en el casino, el duque del Solar preguntó á Ricardo:

—¿Conque mañana vendrá usted con nosotros?

—No, pienso quedarme en Madrid; me duele mucho la cabeza y creo que haría un triste papel en aquella fiesta.

—¿Y Juan Antonio tampoco vendrá?

—Creo que sí, porque he oído que Federico le había dicho que irían juntos.

—¡Oh! va á ser una fiesta deliciosa.

—Como todas las de Urquiola.

—Entre las invitadas, tengo entendido que está la duquesa del Valle, lady Spinger, la Marietta Chiarini, es decir, las mujeres más hermosas que hay en Madrid.

—Pero me parece que la Chiarini no irá, porque precisamente mañana canta *Los Hugonotes.*

—No, si creo que lo ha arreglado Urquiola con la empresa. Cantará la obra el segundo cuarteto. Vamos, hombre, ¡anímese usted!

—No puede ser, querido duque. No me siento bien; en términos que voy á retirarme pronto.

—Pues lo siento mucho.

Efectivamente, Ricardo se retiró aquella noche más temprano, y al día siguiente, cuando Juan Antonio le dijo si no se levantaba para marchar, el joven le contestó que no estaba en disposición de hacerlo.

Quiso el pintor quedarse en Madrid, puesto que su

amigo no se encontraba bien, pero éste no quiso consentirlo, máxime cuando su indisposición no revestía carácter de gravedad.

La posesión de Urquiola estaba á corta distancia de Toledo, y por lo tanto, el viaje se verificaba por la vía férrea que desde Madrid conduce á la imperial ciudad.

El banquero había puesto trenes especiales á disposición de los invitados, y una vez reunidos todos en la hermosa posesión, comenzaron á hacerse los preparativos para la batida que debía tener lugar al siguiente día.

Según habían dicho los ojeadores, habían descubierto dos jabalíes, tres ó cuatro venados y algunos corzos, con otras piezas menores.

Por lo tanto, la cacería prometía ser magnífica.

Juan Antonio se estremeció al ver que entre los concurrentes estaba Inés.

Había ido acompañando á la baronesa.

Esta, tan luego vió á Juan Antonio, se apresuró á preguntarle por Ricardo.

—Se encontraba indispuesto y no ha podido venir, —contestó lacónicamente el pintor.

—¿Y desde cuando data esa indisposición?—preguntó Herminia,—porque hace ya unos días que no se le ha visto ni en el teatro ni...

—No ha ido á ninguna parte.

La baronesa no quiso continuar aquellas preguntas, porque comprendía que Juan Antonio no quería decir nada más.

Dió comienzo la cacería.

Durante el primer día de caza, casi los honores de ella los obtuvo nuestro pintor.

Buen tirador y acostumbrado á esta clase de ejercicios, sus tiros, perfectamente dirigidos, siempre daban por resultado la muerte de alguna pieza.

Reunidos por la noche en la quinta del banquero, se le dirigieron los más cumplidos elogios, que nuestro amigo escuchó modestamente, rehusándolos con una gracia encantadora, en tales términos, que la baronesa no pudo menos de inclinarse al oído de Inés, y decirla:

—¿Sabes que no me va desagradando tu pintor?

—¡Cómo, baronesa!—exclamó el vizconde de San Juan, que, como de costumbre, se hallaba al lado de la condesita,—¿iría usted á enamorarse de él?

—¡Jesús, vizconde!—exclamó vivamente Herminia; —¡Dios me libre de semejantes disparates! ¿y de quién, de un pintor? ¡ja, ja! ¡sería una cosa chistosa!

Y Herminia se sonrió, pero de una manera en la cual un observador no hubiera podido menos de comprender que existía mucho de forzado.

Inés al escuchar las primeras palabras de su amiga, se inmutó, sin saber por qué, mas trató de reponerse inmediatamente, tanto al observar la burla que respiraban las palabras del vizconde, como el sarcasmo en que iban envueltas las de Herminia.

Al segundo día de caza, terminaban apenas de almorzar en casa del banquero, cuando nuestros cazadores habíanse lanzado ya hacia los bosques.

Algunos de éstos, entre los que se hallaban el duque del Solar, la baronesa, Inés, el vizconde de San Juan y Juan Antonio, formaban un grupo aparte.

Por el camino una de las jóvenes, que no había sido de las que menos admiraban la gallardía del pintor, le

dirigió algunos galantes cumplidos, á los que éste contestó con su natural modestia y cortesanía.

—Veremos, Juan Antonio, si corresponde usted hoy á las esperanzas que su destreza de ayer hizo concebir á Clarita,—exclamó de pronto Herminia.

—Y de lo que no dudo hoy,—contestó aquella sonriendo graciosamente al joven,—y le confieso á usted que deseo vivamente poder admirarle mejor.

—La puntería de un buen cazador, cuanto más se ejercita más se aumenta,—contestó el duque del Solar, que tenía una especial predilección por Juan Antonio.

—Sin embargo,—añadió el vizconde que, como siempre, trataba de rebajar el mérito de nuestro amigo,—hay cazadores que cuanto más se esmeran peor lo hacen; por lo tanto, me atrevo á aconsejarle que, como ayer, no fíe usted más que en su buena estrella.

—Cualquiera diría que habla usted por experiencia,—dijo Herminia con un acento lleno de punzante ironía.

—No tengo más que un poco de práctica,— repuso Juan Antonio;—práctica adquirida en mi país, y además confío en mi escopeta que jamás me ha faltado.

—En efecto, es un arma preciosa,—dijo Julián examinándola.

—Es legado del hombre que me sirvió de padre,—contestó el artista con ternura,—lo mismo que el molde para las balas, que es bastante extraño por cierto.

—Efectivamente,—repuso el duque,—ayer observé que todas tenían una cruz.

—Fué un capricho de mi protector.

—Si que es una rareza.

En aquel momento penetraban en lo más espeso del

bosque, y necesario se hacía llevar á los caballos con alguna precaución.

A lo lejos se percibían los gritos de los ojeadores y las ladridos de la jauría.

—Vamos, señores,—dijo el duque del Solar,—dirijámonos hacia nuestro puesto, porque me parece que se ha levantado ya la caza, y debemos esperarla en el lugar que nos corresponde.

—Es verdad, — repuso Juan Antonio, — me parece que, aunque muy lejano, percibo el rumor de los matorrales que se tronchan para dar paso á una fiera, ó tal vez á los ojeadores que van estrechando su círculo.

—Buen oído tiene usted,—dijo el vizconde.

—Es condición necesaria en un cazador.

Y hablando y andando á la par nuestros jinetes y las señoras á quienes acompañaban, llegaron á una plazoleta que servía de línea divisoria á dos bosques que se unían formando un semicírculo alrededor de ella.

Los ladridos de los perros y el rumor de la maleza junto con los gritos y los sonidos de las trompetas de caza se iban escuchando más próximos.

—Cada uno á su puesto, y no disparar hasta que no se esté seguro del tiro,—dijo Federico, que en aquel momento acababa de reunirse con sus amigos.

Los caballeros se extendieron por la plazoleta, y momentos después no se escuchaba otro rumor que la respiración más ó menos agitada de los cazadores, que con la vista fija en el ramaje y el dedo puesto en el gatillo de las escopetas, esperaban la aparición de las piezas.

Las señoras colocadas detrás de los caballeros, experimentaban esa especie de agitación, producida por la espectativa de un acontecimiento, al cual no se está acostumbrado.

Inés fijaba de cuando en cuando sus miradas en Juan Antonio, que impávido y sereno escuchaba con atención.

De pronto los ladridos de los perros resonaron más cerca.

La maleza se abrió bruscamente por distintos puntos y algunos corzos y otras piezas menores saltaron la plazoleta.

—¡Al jabalí! ¡al jabalí!—gritaban los ojeadores, aproximándose.

—¡Todo el mundo prevenido!—dijo el duque del Solar.

Apenas acabaron de pronunciar estas palabras, repasóse con violencia el ramaje, y un jabalí enorme con la respiración anhelante, los ojos encendidos y la lengua ardiente y espumosa, saltó al centro de la plazoleta.

Tras él media docena de perros aparecieron también ladrando furiosamente.

La fiera revolvió sus irritados ojos á todas partes y viendo que se encontraba acorralada, lanzó algunos sordos gruñidos, eligiendo entre cuantos le rodeaban cuál había de ser la primera víctima.

En aquel instante, un incidente inesperado vino á cambiar la situación por completo.

El caballo que montaba Inés, fogoso y atrevido, asombrado primero por la gritería y los ladridos y viendo, por otra parte la flojedad con que la joven tenía las

bridas, lanzó un prolongado relincho, tras el cual dió un bote y fué á plantarse delante del jabalí.

Un grito de terror se exhaló de los labios de todos los espectadores.

Inés palideció de una manera intensa.

La fiera contempló breves segundos al caballo y desasiéndose por medio de una violenta sacudida de los perros que le habían cogido, fué á arrojarse sobre aquella presa.

Entonces dos disparos resonaron casi á la par.

El uno fué hecho por Juan Antonio y el otro por el vizconde de San Juan.

Inmediatamente se vió al jabalí retroceder, exhalando un rugido de dolor y desaparecer entre el ramaje, dejando un largo reguero de sangre.

—¡Buena puntería he tenido!—gritó el vizconde.

—Dispense usted, yo apunté á la cabeza,—dijo Juan Antonio.

Iba á replicar el vizconde cuando el caballo de Inés dió una media vuelta y se lanzó á escape por el bosque, dejando manchada de sangre la senda que cruzaba.

—Esa ha sido su bala, señor vizconde,—dijo Juan Antonio, á la par que lanzaba su caballo tras el de la condesita.

—¡Socorro!—gritaba ésta con desesperado acento.

—No tenga usted miedo,—gritó Juan Antonio.

Durante algunos segundos los dos caballos á riesgo de estrellarse contra los árboles que se cruzaban en su camino, corrieron de una manera desesperada; pero muy pronto el de Inés amenguó su carrera, pudiendo aproximarse Juan Antonio á tiempo de recoger en sus

brazos á la joven, que estaba á punto de sucumbir bajo el peso de tantas emociones.

Apeóse inmediatamente el pintor y llevó á la desvanecida condesa hasta un claro que formaba el bosque, donde la depositó sobre el tronco de un árbol.

Una vez allí, poco á poco fué recobrándose Inés, y sus ojos se fijaron con una expresión indescribible en su salvador.

—¡Juan Antonio!...—murmuró débilmente.

El pintor sin saber lo qué hacía cogió una mano que Inés no pensó en retirar, y con acento trémulo por la emoción que sentía, la dije:

—¡Oh, cuán hermosa está usted así! ¡Dios mío! este momento me compensa todos los dolores que he sufrido.

De pronto verificóse una transformación extraña en el semblante de la joven.

Enrojeciéronse sus mejillas y con voz severa que contrastaba admirablemente con lo que antes hablara, dijo:

—¡Caballero!... ¡creí que jamás olvidaría usted la distancia que nos separaba!

Pintar la sorpresa y el dolor de Juan Antonio, sería completamente imposible.

Alzóse del suelo, soltó aquella mano que momentos antes estrechara con tanto ardor; y al volver su vista hacia el lado opuesto, tropezó con las miradas burlonas y las sonrisas envenenadas de Herminia y el vizconde y varios caballeros que allí estaban.

Estos los habían visto á alguna distancia y se aproximaron silenciosamente, habiendo sido vistos por Inés, que estaba frente á ellos, poniéndola en el caso de pronunciar aquellas frases.

Juan Antonio no pudo comprender esto; sólo sí el ridículo que sobre él recaía, y sin atreverse á mirar á ninguna de aquellas personas, llevando la vergüenza en la frente y la muerte en el pecho, lanzóse al bosque, cogió su caballo, cabalgó en él, y dirigióse precipitadamente á Madrid.

CAPITULO CX

La resolución de Ricardo

El efecto que produjo en Ricardo el relato que Juan Antonio le hizo de lo ocurrido en la cacería, fué extraordinario.

—¡Oh!—exclamó con violencia;—yo te aseguro que tanto están haciendo, que por fin van á conseguir que dé rienda suelta á mi genio. Esa gente no sabe, sin duda, con quién trata, y será preciso enseñárselo.

Y Juan Antonio, que conocía muy bien el carácter de su amigo y sabía que cuando se proponía una cosa, la realizaba, trató de calmarle, diciendo:

—No te preocupes por lo pasado. Son dos lecciones que hemos recibido y de las cuales nos hemos de aprovechar.

—Sí, pero arrojando al rostro de esa gente nuestra cólera y nuestro desprecio. Es menester que pidan su-

plicantes la gracia que no han querido tener con nosotros.

—¿Y qué adelantaremos con eso?

—Demostrarles que no se juega impunemente con dos hombres de corazón.

Y en vano fué que Juan Antonio tratara de disuadir á su amigo.

Dos días habían transcurrido de los sucesos anteriores cuando Andrés regresó de Avila.

El rostro del médico, grave y severo generalmente, desde su regreso del Solar, estaba mucho más sombrío.

Al verle su hermano, le dijo con acento contrariado:

—Me parece que bien podías haberme dicho que ibas al Solar.

—No tuve tiempo. Recibí un telegrama del Dr. Castro para que saliese inmediatamente para Avila á fin de celebrar una consulta, y una vez allí, pasé al Solar á saludar á Emilia, á quien me encontré con unos ataques nerviosos que por de pronto me pusieron en cuidado.

—Sí, ya me dijo Federico algo.

—Tu amigo debía hallarse muy bien enterado de ello.

Y el acento de Andrés vibró con tanta intención, que no pasó desapercibida para su hermano.

Pero no se dió por entendido, y dijo:

—Emilia creo que está mejor.

—Sí, y deseando que vayas.

—Bien, bien; ya veremos.

Y el duque se separó de su hermano.

Este vió por la noche en el casino á Ricardo y á Juan Antonio.

Y al dar la mano al primero, no pudo menos de advertir que había en ella más calor que el ordinario.

—¿Qué es eso, amigo mío?—le dijo.—¿Qué tiene usted?

—Nada,—contestó el andaluz.—Una incomodidad que tuve hace dos días.

—Pero...

—Cuestiones de corazón,—querido doctor;—en este mundo, mejor dicho, en la sociedad de esta corte, es una fatalidad el tener corazón.

—Cuénteme usted lo que le sucede. Ya sabe que yo soy un buen amigo, y á los buenos amigos nada se les oculta.

Ricardo se excusó al principio, pero por fin concluyó por referir á Andrés lo que le había pasado con la baronesa y lo sucedido á Juan Antonio con Inés.

El médico trató de calmar á su amigo, añadiendo:

—Es necesario para vivir en nuestra sociedad, dada su manera de ser, revestir el corazón con una coraza que impida lleguen hasta él los golpes que se le dirigen. Sobre todo hay que evitar las impresiones.

—Yo le prometo que se han de acordar de mí.

Y el acento de Ricardo demostraba que no amenazaba en balde.

Cinco días después de la cacería de los montes de Toledo, la baronesa dió una reunión para solemnizar su cumpleaños.

—Yo no iré,—dijo Juan Antonio.

—Pues yo sí,—replicó Ricardo.

—¿Usted piensa asistir?—le preguntó Andrés.

—Sí, señor.

—Pero ¿qué va usted á hacer? Cuidado, Ricardo, amigo mío, cuidado; que el navegar por el revuelto mar de los salones requiere un tacto muy especial.

—Yo no tengo más que audacia y resolución. Iré.

Andrés prometió también asistir.

Y llegó la noche de la reunión.

Herminia, rodeada de su cohorte de adoradores, estaba aquella noche más hermosa que nunca.

El duque del Solar, Federico, Andrés, el vizconde del Monte y algunos otros distinguidos caballeros, entre los cuales estaba Monte-Sagrado, la rodeaban.

Y las incidencias de la conversación hicieron nombrar á Ricardo.

—Aquí viene precisamente,—dijo el vizconde señalando hacia la puerta del salón, donde acababa de aparecer el andaluz.

—Se conoce que se ha resuelto á abandonar su retraimiento,—dijo Federico.

—Según he oído decir, estaba enfermo,—repuso el duque.

—Hay que fiarse tan poco de esa clase de enfermedades...

Herminia, sin saber por qué, se estremeció al ver á Ricardo.

—Adiós, amigo mío,—dijo el vizconde extendiendo su mano al andaluz.

—Adiós, baronesa,—repuso éste dirigiéndose á Herminia sin hacer caso de aquél.

—Ya creí que no vendría usted esta noche.

—He estado enfermo, y creo que esto lo sabía usted ya.

—Sí, me lo dijeron; mas por lo visto se encuentra mejor, de lo que me alegro infinito.

—Gracias, ya sé que se toma un gran interés por mí.

—Desde luego.

—Esta baronesa aprecia á sus amigos de un modo, que...

Y Ricardo al pronunciar estas palabras, se dirigió á las personas que le rodeaban como pidiéndoles su aprobación.

—Es muy amable,—dijo uno.

—Herminia ès muy consecuente, — añadió otro al instante.

—Repito lo que dije al entrar, señores, tiene el rostro tan encantador como encantadora es su alma.

—Lisonjero viene usted esta noche, Ricardo,—repuso Herminia que advertía en su contertulio algo que llamaba su atención.

—Si á la verdad llama usted lisonja, tiene razón.

Desde el momento en que Ricardo penetrara en la estancia, los ojos del conde se fijaron en él con extraordinaria insistencia.

Parecía querer leer hasta lo más recóndito de su pensamiento.

Monte-Sagrado no era un observador vulgar.

Uno de éstos no habría podido adivinar que bajo aquella expresión de tan franca y cordial alegría, se ocultaba un dolor profundo y un desprecio inmenso hacia la sociedad allí reunida.

El conde vió todo esto y más aún.

En la ligera arruga que cruzaba la frente del joven vió un pensamiento fijo y dominante, y en la acentuada

expresión de su boca, comprendió que había resolución de llevarla á cabo sin reparar en los medios.

El timbre de aquella voz, el brillo de aquella mirada, el ligero temblor que agitaba los nervios del andaluz fueron otros tantos detalles que no se escaparon á la penetrante perspicacia de aquel hombre.

Así era que seguía con suma atención todos los movimientos y todos los accidentes de aquella conversación.

—Y ¿no tendremos el gusto de ver á su amigo esta noche?—preguntó el vizconde con impertinencia.

La mirada que el andaluz le dirigió hubiera mostrado á cualquier otro menos superficial que él, todo el huracán que rugía dentro de su corazón.

Ricardo le contempló con severidad, y después dijo:

—¿Siente usted que no venga, por no tener una persona con quien divertirse?... Puede usted perder las esperanzas, Juan Antonio no vendrá.

—Ignoro por qué diga usted eso.

—Cualquiera de estas señoras se lo podrá explicar, —contestó Ricardo señalando á Herminia é Inés, que habían palidecido al escuchar el acento del joven.

—No... sé...

—¿Conque se divertieron ustedes mucho en la cacería?—preguntó Ricardo cambiando súbitamente la inflexión de su voz, dirigiéndose á la dueña de la casa.

—Sí.

—Ya nos acordamos de usted.

—¿De veras, baronesa? siento que mi importuna memoria se le ocurriera en aquellos momentos.

—¿Por qué?

—Porque siendo usted tan buena amiga mía, como dice, al ocurrírsele en medio de un instante de placer, pensar que yo estaba enfermo, había de entristecerla, siquiera fuese por un breve espacio.

Fué tal la expresión que Ricardo dió á estas palabras, que Herminia no pudo menos de morderse los labios llena de cólera.

El conde se sonrió con satisfacción, y su mirada más benévola, más amistosa, continuó fija en nuestro amigo.

—Si te parece, podríamos dar una vuelta por el salón, dijo Inés á Herminia.

—Como gustes,—contestó ésta.

—¿Acaso se siente usted mal?—preguntó Ricardo á la condesa de Meneses.

—Sin duda la atmósfera que aquí se aspira...

—Es más compacta y está más cargada que la del campo; ¿es verdad? Aquella impunemente pueda aspirarse; esta es más difícil.

—Con su permiso, señores,—dijo Herminia.

Y cogiendo el brazo de su amiga, salió del aposento acompañada del vizconde.

—¿Qué le parece el andaluz?—la preguntó éste apenas se encontraron en los salones.

—Muy insolente,—contestó la baronesa.

—Esa insolencia se doma con facilidad,—repuso el caballero atusándose el bigote con afectación.

—¡Qué rato me ha hecho pasar!—dijo Inés.

—Necesita una lección, y...

—Se la daremos, baronesa, se la daremos.

Entretanto casi todas las personas que había en el gabinete fueron saliendo de él, hasta que solo quedaron Ricardo, el conde y la duquesa.

El andaluz, apoyado en una de las jambas de la puerta, contemplaba á los que se alejaban.

De pronto sintió que le tocaban en el hombro.

Volvióse y se encontró con Monte-Sagrado, que le dijo:

—Es usted valiente, amigo mío, pero no conoce la sociedad en que habita.

—¡Señor conde!...

—Sí, amigo, y permítame usted que le dé este nombre aunque hace poco tiempo que le conozco. Pero le he estado observando y he visto que sus palabras tienen un objeto y que sus tiros llevaban un blanco marcado.

—Mas...

—He leído su corazón, y adivino todo lo de noble que hay en él.

—Tanta bondad...

—No es bondad,—repuso secamente el conde,—yo no soy de los que adulan; en usted hay energía, hay atrevimiento, usted ha recibido una herida de esa sociedad, y trata de herirla con las armas de un hombre honrado; pero no conseguirá su objeto.

—¡Una herida!... Dos he recibido, pero me he propuesto vengarme y me vengaré.

—Sucumbirá usted en esa lucha.

—Aunque sucumba, diré la verdad.

—Como usted quiera; pero he visto que usted estaba solo aquí, solo como está siempre el hombre de corazón en medio de un mundo que no le tiene; pues bien, cuente usted conmigo; quizá esta noche si está usted decidido, le haga falta mi ayuda.

—¡Oh! gracias.

—Borremos esta palabra en nuestro diccionario: hasta después.

Y el conde, al pronunciar estas palabras, estrechó la mano de Ricardo y se dirigió á la duquesa diciéndola con un acento tierno é insinuante:

—¿Me hace usted la honra de aceptar mi brazo?

La duquesa se estremeció, no contestó una palabra, pero abandonó su asiento, apoyándose en el brazo que se le ofrecía y pocos momentos después no quedaba en el gabinete nadie más que Ricardo, que contemplaba de una manera vaga y distraída, la multitud que se apiñaba ante sus ojos.

El brazo de la duquesa temblaba en el del conde.

Durante algunos segundos anduvieron silenciosos, y ambos casi pudiera decirse que estaban turbados.

Los observadores de oficio y los comentadores de salón, tuvieron ancho campo para cebar sus murmuraciones en aquella unión de dos personajes de quienes anteriormente se habían ocupado.

—María... ¡con cuánta injusticia, he sido juzgado!

—Lady Spinger habrá sido más benévola tal vez,— contestó la duquesa con ironía.

—¡Lady Spinger!... ¡Oh! no me hables de esa mujer.

—¿Acaso ha correspondido mal á su amor?

—María, suplico á usted, puesto que se empeña en que hablemos así, que no me nombre esa mujer hasta el momento en que me conceda justificarme.

—¡Justificarse! ¿Quién le exige nada de eso?

—Mi decoro, mi honra, mi cariño.

—Octavio, no hablemos de un decoro que no vaciló en rebajarse hasta escarnecer á una dama; de una hon-

ra que se perdió combatiendo con armas de mala ley, y de un amor que no vaciló en dejar expuesta á la persona querida á los insultos de una turba de jóvenes audaces y embriagados por los vapores de la orgía.

—¡Duquesa!...

—Ya que yo no puedo olvidar el pasado, suplico á usted, conde, que me lo recuerde.

—Dispénseme usted, duquesa. La justicia humana concede siempre al reo un defensor; ya que yo no puedo tenerlo, permítame usted que lo sea yo mismo.

Era tan sentido el acento de Eugenio, y nosotros le llamaremos así á pesar de haberle oído nombrar de distinta manera, porque bajo éste se presentaba en Madrid, que María no pudo menos de conmoverse de un modo extraordinario.

El conde era de esos hombres privilegiados que ponen en la voz un encanto particular que subyuga, atrae, fascina y persuade, cuando quieren hacerlo así.

María trataba de resistirse á aquella fascinación, y no encontrándose con fuerzas para hacerlo, permaneció callada durante un breve espacio.

Monte-Sagrado, viendo que nada le contestaba, insistió diciendo:

—¿Me ha comprendido usted, duquesa? Antes que perder su estimación, prefiero ser perjuro; hasta mucho tiempo después no supe todo cuánto había pasado aquella noche terrible; entonces traté de averiguar dónde estaba, pero usted abandonó Londres con demasiada precipitación y nadie pudo indicarme su paradero. Quiero hablarla, lo necesito; ya que no la pido cariño, concédame usted, al menos, la justificación para obtener su... su amistad.

A estas palabras ya no tuvo más remedio que contestar la duquesa:

Le era imposible resistirse á aquel acento, y así fué que le dijo:

—Pues bien, conde, le concedo esta justificación.

—¡Oh! ¡gracias, gracias! ¿Y dónde?

—En mi casa.

—Corriente; allí iré, y quiera el cielo que pueda salir de ella un poco más satisfecho.

CAPITULO CXI

El reto

La mayor parte de este diálogo había tenido lugar en uno de los salones que comunicaban con el principal.

Los balcones de él daban al jardín, y el conde había llevado á la duquesa á uno de ellos.

Embebidos en su conversación, no repararon en un personaje que los observaba con atención y que percibió las últimas palabras del conde.

Este se dirigió nuevamente hacia los salones, sin que su rostro revelase en nada la conversación que acababa de sostener.

Ricardo continuaba aun en el mismo sitio.

La baronesa, Inés y algunas otras señoras, de lo más elevado de la sociedad, penetraron en aquel gabinete donde ya las hemos visto varias veces.

Una porción de caballeros fueron siguiéndolas, y poco después el conde y la duquesa llegaron á la puerta de él.

—Entremos aquí,—dijo el conde,—porque preveo que algo va á suceder en este baile y quiero estar al lado de ese joven.

—¿Cómo?

—Es quizá el único corazón sano que aquí se encuentra y le he ofrecido mi ayuda.

—Entremos.

Y ambos franquearon la puerta y se confundieron con las personas allí reunidas.

En aquel instante un joven, dirigiéndose al vizconde del Monte, le preguntó con petulancia:

—Dime, vizconde, ¿qué fué lo que sucedió en la cacería, con ese pintor que ganó el primer premio en la Exposición?

Al escuchar estas palabras, Ricardo palideció de una manera intensa y la condesa de Meneses se estremeció de un modo bastante perceptible.

—¡Por Dios! haz que cambien de conversación,—dijo en voz baja á su amiga.

—¡Oh! no fué nada,—contestó Herminia.

—Una imprudencia hija de una falta de educación,—contestó el vizconde.

Volvióse Ricardo vivamente al escuchar estas palabras, y haciendo un esfuerzo para dominarse, preguntó al vizconde:

—¿Y en quién estuvo la falta de educación, vizconde?...

—¿Conque mañana canta al fin la Chiarini en la embajada de Francia?—preguntó la baronesa sin dar lugar á que el vizconde contestase.

—Así se dice,—contestó Andrés, que con su hermano había asistido á la reunión.

—Irá acompañada, como siempre, por esa especie de ogro que no la deja un momento.

—Eso es de rigor.

—Pero ¿qué lazo misterioso podrá existir entre esa mujer y semejante hombre?

—Ya se lo preguntaré cuando la vea, baronesa,—repuso el duque del Solar.

—¡Julián! ¿Esas tenemos?

—¿Qué? ¿Supone usted?...

—Que la Chiarini es muy linda y usted tiene fama de...

—La fama se equivoca casi siempre, baronesa.

—Vamos, duque; antes de ayer bien iba usted al estribo de su carruaje.

—Sí; me presentaron días pasados, y...

Y el duque se detuvo y acompañó su reticencia con una de esas sonrisas que parecen no decir nada y que sin embargo comprometen casi siempre la honra de una mujer.

—Este Julián, es el mortal más afortunado...

—¡Pero, señores, por Dios!

—¿Conque la Chiarini...?

—Mas...

—Dejaría de ser actriz,—contestó con cierto desdén insultante la baronesa.

—La Chiarini, señores,—dijo Andrés adelantándose hacia el grupo que se ocupaba con tanto encarnizamiento de la cantante;—es una señora muy digna de respeto y consideración. Fuí presentado á ella en San Petersburgo, la ví posteriormente en Viena, la encontró más tarde en Río Janeiro y los mismos soberanos la han

apreciado porque en su reputación de mujer no existe la más mínima mancha. Sin duda la baronesa no la conoce, y por eso...

—No; tiene usted razón, doctor, no la he tratado ni en nada he podido fijarme.

—Estos caballeros, por lo visto, tampoco deben conocerla.

—Y sin embargo, la juzgan.

Al pronunciar Ricardo estas últimas palabras, ni la baronesa fué dueña de ocultar un movimiento de cólera, ni el vizconde ni el conde de volverse hacia el andaluz.

—Por eso he hablado, porque me parecía que estos señores no la conocían,—contestó Andrés dirigiéndose á Ricardo.

Este incidente enfrió en tales términos la conversación, que durante algunos segundos no se percibió en la estancia el más leve rumor.

Una de las señoras allí reunidas, dijo dirigiéndose al vizconde:

—Pero todavía no nos ha dicho usted qué fué lo que sucedió en la cacería con el pintor.

—Tiene usted razón, marquesa,—se interpuso la baronesa con su pregunta,—y...

—Vamos, vizconde, cuenta, cuenta,—dijeron varios caballeros.

—¡Oh! fué una de esas cosas que no deben sorprender nunca entre personas de cierta clase.

—Conque se propasó el joven por lo visto, ¿eh?

—Señores,—dijo Ricardo que á duras penas podía contenerse;—está tratándose de un amigo mío, de un hermano casi, á quien yo he presentado en este círculo

donde con tanto encarnizamiento se le trata, y justo me parece que sea yo quien tome su defensa.

—Mala causa trata usted de defender,—dijo la baronesa con punzante expresión.

—Si la causa de la justicia y de la razón es mala, quiero ser malo también defendiéndola.

—Pero sepamos, ¿qué fué lo que pasó?

—¡Psh! que el pintor se creyó haber hecho suficientes méritos respecto á una de las damas allí reunidas y aprovechando un momento que se hallaban solos, trató de...

—¡Qué escándalo! ¡Qué atrevimiento!... Merecía...

—Quien merecía todo el desprecio, fueron los que se atrevieron á suponer un pensamiento ruín y mezquino en un corazón tan noble y tan pundonoroso como el de mi amigo.

—¡Ricardo!—exclamó la baronesa,—¿Qué es eso?

—Que me es imposible callar por más tiempo, señora; cuando no se tiene presente para nada que Juan Antonio es mi único, mi mejor amigo, es necesario que yo lo recuerde; esa dama de quien el vizconde acaba de hablar, conoció á mi amigo en otro tiempo en su país; posteriormente le ha visto en Madrid y le ha desconocido porque su posición era distinta; mi pobre amigo con un corazón noble y bueno ha querido penetrar en una sociedad donde no ha recibido más que humillaciones é insultos, sí, señores, insultos; ayer mismo en esa cacería, este caballero se atrevió á mofarse de él y á reirse de verle avergonzado, porque esa dama acababa de arrojarle al rostro, como si fuera un padrón de infamia, lo humilde de su posición. ¿Quién, señores, es el que merece castigo?... Yo he venido aquí únicamente para defenderle. Yo que me creo en la misma posición

que todos ustedes, he venido á recoger el insulto hecho á un hombre que vale más que muchos de los que le motejan.

—¡Caballero!...

—¡Esas palabras!...

—¡Me dará usted una satisfacción!

—¡Ricardo!...

Todas estas exclamaciones salieron casi á la par de los labios de los caballeros allí reunidos, y de Herminia que estaba llena de cólera.

Ricardo, sin hacer caso de unos ni de otras, continuó con voz vibrante y sonora:

—Sí, señores; acepto cuantas invitaciones ustedes me hagan, porque he venido dispuesto á admitirlas.

—¡Salga usted de mi casa!—dijo Herminia con más cólera que prudencia.

—Ya lo sé, señora; ya sabía, cuando vine, que pisaba por última vez una casa donde á mí, más que á nadie, se ha insultado; pero antes de salir he querido y quiero que la honra de mi amigo quede en el lugar que debe.

—Me parece, Ricardo,—dijo Andrés aproximándose al andaluz y estrechándole la mano;—que esta conversación no debe ya continuarse aquí.

—Tiene usted razón.

—Puede usted elegir entre todos,—dijo el vizconde,—el que más sea de su agrado.

—No admito elecciones; todos si quieren; cuando el insulto es general, también debe ser general la reparación.

—Yo también estoy al lado de Ricardo, señores,—dijo Andrés;—Juan Antonio es amigo mío también.

—¡Caballero!—dijo el conde de Monte-Sagrado apro-

ximándose á Ricardo,—como es noble y generosa la causa que sustenta, yo me asocio á ella de buen grado; cuente usted conmigo.

Estas palabras causaron una impresión extraordinaria en cuantos las oyeron.

Inés, durante toda aquella escena, había creído cien veces que iba á desfallecer.

Demasiado comprendía que á ella iban dirigidas las palabras de Ricardo, pero no podía justificarse porque comprendía que había una razón grande y poderosa en ellas.

El andaluz estrechó la mano del conde y de Andrés y les dijo:

—Gracias, señores, gracias, acepto sus ofertas.

—¿No ha oído usted lo que he dicho?—preguntó Herminia.

—Demasiado, señora, demasiado; y la prometo que no tendrá necesidad de repetirlo otra vez. Ahora me marcho.

—Acompañaré á usted, caballero,—añadió Monte-Sagrado.

—Y yo también,—dijo Andrés.

—A los piés de usted, baronesa. Adiós, señores.

—Adiós, baronesa,—dijo Monte-Sagrado;— caballeros, mañana nos entenderemos mejor.

—Adiós, Herminia,—añadió el médico.

Y al pronunciar estas palabras pasó su brazo por el de Ricardo, y los tres atravesaron los salones como si nada hubiese acontecido.

La acción del conde había llamado mucho la atención.

Se habló de aquel incidente durante algún tiempo,

pero pronto los acordes de la orquesta trataron de atenuar aquella impresión.

Inés se vió obligada á retirarse porque su emoción la ahogaba y apenas podía sostenerse.

Cuando Ricardo llegó á su casa, Juan Antonio, que no sabía dónde se hallaba su amigo, estaba en su cuarto pensativo y triste.

Al ver entrar al andaluz, alzó la cabeza y le dijo:

—¿De dónde vienes?

—De representarte.

—¿Cómo?

—Vengo de desafiar en tu nombre y en el mío á los que ayer te insultaron.

—¡Ricardo!

—No te dé pena, mañana mataremos á algunos de ellos, y desengáñate, que habremos hecho un bien á la sociedad.

—¿Pero exponerte por mí?...

—¡Bah! ¡bah!... la cuestión no es más que de dar ó recibir una buena estocada, ya verás cómo les enseñamos á que nos respeten; te aseguro que te han de ver tan alto que ellos han de creerse muy pequeños.

Al día siguiente, el conde, Andrés, Ricardo y Juan Antonio nombraron sus padrinos, pues Monte-Sagrado y el médico,como ya hemos visto,habían formado causa común con su amigo.

Dos días después, cuatro carruajes, por distintos sitios, se dirigían hacia Carabanchel, en cuyo punto poseía una quinta el vizconde del Monte.

El cuádruple desafío se verificó, quedando bastante mal herido Juan Antonio, igualmente que el vizconde del Monte y otro de sus amigos.

Ricardo, el conde y Andrés, resultaron con ligeros rasguños.

Durante algunos días no se habló en los altos círculos más que de aquel duelo tan singular; pero después, como todo en el mundo, se fué olvidando para dar lugar á nuevas murmuraciones.

CAPITULO CXII

Amor

Como hemos hablado varias veces de la cantante que tanto llamaba la atención en Madrid, nuestros lectores nos permitirán que nos dirijamos á su casa, pocos días después de verificado el desafío que tanto había dado que hablar.

Quien hubiese conocido á Marieta durante los primeros días de su llegada á la corte, y la hubiera visto después del día en que en la Fuente Castellana vió al conde de Monte-Sagrado, no habría podido menos de extrañarse del cambio verificado en ella.

Una nube de tristeza se esparció por su semblante, nube que, empalideciendo sus mejillas y afectando á sus ojos, la daba un aspecto doblemente interesante.

Si estaba en escena cuando Monte-Sagrado penetraba

en su palco, coloreábase su rostro y parecía que la sangre circulaba por sus venas con mayor rapidez.

Las notas que entonces se escapaban de su garganta eran más sentidas, más arrebatadoras sus armonías, y el público repetía una y otra vez: «¡Qué admirablemente canta esta mujer!»

Pero cuando el conde no estaba en el teatro, entonces su voz no era la misma; la expresión de su rostro se tornaba triste y apesarada, y Marieta cantaba bien porque siempre lo hacía, pero no era la misma de otras veces.

El buen Stefano contemplaba á su hija, como él la llamaba, con dolor, y algunas veces una lágrima vióse temblar entre sus párpados.

Así pasaban los días, y el músico más de una vez preguntó á la joven:

—¿Quieres que vaya á buscar al conde?

Pero Marieta sonreía con tristeza, y contestaba:

—No; cuando él no viene por su gusto, no hay que buscarle.

Hallábase en este estado, cuando sintió que un carruaje se detenía á la puerta de su casa.

Marieta estaba estudiando una partitura al piano.

Sin poderse dar cuenta de lo que sentía, suspendió su canto, y dijo á Stefano que estaba á su lado:

—Ahí está el conde.

—¿Cómo lo sabes?—le preguntó el jorobado.

—Acaba de decírmelo mi corazón.

En aquel instante, para corroborar las palabras de la joven, sonó la campanilla de la puerta.

—¿No te lo decía?—exclamó Marieta.

Levantóse Stefano, y cuando se dirigía hacia la

puerta de la estancia, un criado apareció en ella, diciendo:

—El señor conde de Monte-Sagrado solicita el honor de ser recibido por la señora.

Stefano miró á la cantante, y contestó:

—Que pase.

Marieta nada podía decir.

Sus mejillas se habían encendido, y la emoción ahogaba las palabras en su garganta.

Stefano corrió á ella, y dijo con rapidez:

—¡Por Dios, *figlia* mía, no estés así!

La joven sonrió con delicia, y murmuró:

—¡Si le amo tanto!...

Entonces el *portier* que cubría la puerta de la habitación alzóse, y apareció el conde en el umbral de la puerta.

Monte-Sagrado era todo lo que se llama un buen mozo.

Su bella figura se destacaba del fondo oscuro de la puerta, igualmente que de su rostro ligeramente moreno se destacaban aquellos ojos negros, rasgados y arrebatadores.

Marieta, al sentir el fuego de aquella mirada, alzó la cabeza, y sus pupilas fueron á fijarse con una expresión sedienta y anhelante en aquel hombre.

Stefano contemplaba á la joven y al conde, y una expresión indefinible brillaba en sus facciones.

Monte-Sagrado adelantó por la habitación.

Cuando su mano estrechó la de la Marieta, estaba ésta calenturienta y temblorosa.

Eugenio se volvió hasta Stefano, y le dijo en el más puro toscano:

—¿No quiere ya el señor Stefano dar su mano al *suo-figlio?*

El jorobado vaciló durante algunos segundos, y después dijo:

—Stefano ha visto las lágrimas en los ojos de su *poverina figlia*, y estas lágrimas las vertía por el falso Angelo.

—Marieta perdona á Angelo, ¿no es cierto?—preguntó el conde dirigiéndose á la joven.

La mirada que ésta le dirigió, era la más elocuente que cuantas palabras hubiese pronunciado.

Ni á Eugenio ni al jorobado pudo quedarles duda alguna.

Stefano se aproximó silenciosamente al conde y le tendió su mano, diciéndole:

—Si Angelo ha de hacerla feliz, siempre será el *figlio* de Stefano.

Después miró con una ternura infinita á la joven; contempló al conde profundamente, y abandonó la estancia.

Algunos momentos de silencio se siguieron á su salida.

Al cabo de ellos, el conde acercándose á Marieta y cogiéndola una mano que ésta no trató de retirar, la dijo:

—Alma de mi alma, ¿no te has olvidado de mí?

Al escuchar esta voz que sin duda debía resonar llena de encantos en su pecho, la cantante, llevándose la otra mano al pecho como si quisiera ahogar los latidos de su corazón, contestó con un acento dulcísimo:

—Si estaba tu imagen grabada aquí, ¿cómo era posible que pudiera olvidarla?

—Tú no me habrás creído culpable, ¿es verdad?

—No; pero, ¿cómo has tardado tanto en venir?

—¡Si supieras cuánto sufro!

—Yo creía que te habías olvidado completamente de tu *povera Nina,* arrullado por el amor de esa duquesa de la Vega ó de esa orgullosa lady.

—El amor que hay en mi alma, no puede borrarlo ni esa infame lady, ni esa hermosa española.

—¡Oh! pero te aman las dos.

—Ya lo sé; pero entre las dos me han hecho desgraciado.

—¡Qué injustos sois los hombres!

—¿Por qué, vida mía?

—Porque os ama una mujer á quien no amáis, y si esta mujer trata de una manera ó de otra de obtener vuestro cariño, decís que os persigue, que os hace desgraciados, y no la amáis.

—¿Hubieras sido tú capaz de hacer con lady Spinger lo que ella hizo contigo?

—Ya lo has visto; yo he sufrido, pero he callado.

—¡Eres un ángel, *Nina* mía!

—Yo no hago más que amarte con toda la fuerza de mi alma; sólo he conocido dos amores en el mundo; uno ha sido el de ese pobre maestro que sufre si yo sufro, y goza cuando me ve alegre; otro el tuyo, grande como tú eres, noble y generoso como tu corazón que lo inspira é imperecedero como el recuerdo que dejas por donde quiera que pasas. Mira, Angelo, ¿quieres que te diga una cosa? yo tenía la convicción de que volverías á mí.

—¿Y por qué?

—Primero, porque así me lo decía mi corazón, y después, por... porque me lo habían anunciado.

—Te lo habían anunciado,—dijo el conde con sorpresa,—¿y quién?

—Perdóname,—contestó Marieta ruborizándose,—perdóname, porque fuí á dar crédito á una cosa que á tí no te gustaba; pero sufría tanto y te amo con tal delirio...

—¿Qué hiciste?

—Un día, estaba en Viena; hacía un año que no te veía por más que mi corazón no te perdiera de vista un solo momento, desfallecía de amor. ¡Oh! ¡es tan triste encontrarse en medio de las tinieblas cuando se ha vivido durante mucho tiempo en medio de la luz!... Había salido á dar un paseo con Stefano; el *Prater*, estaba solo; aun no era la hora en que la aristocracia alemana iba á pasear; yo no me atrevía á levantar los ojos del suelo: como no te había de ver, y pensaba tanto en tí, de aquel modo tenía la seguridad de que mi pensamiento no se distraería un solo instante. De pronto, una mujer con un niño en los brazos se detuvo delante de nosotros: iba yo tan distraída, que quizás hubiese tropezado con ella á no detenerme Stefano. Alcé la cabeza entonces, y ví á la zingarella (1) que me contemplaba fijamente.

—¿Y la interrogaste?

—Ya verás; busqué mi porta-monedas para darla una limosna, cuando me dijo ella: «*¡Póvera signorina!* sufre y sus penas tendrán sin embargo consuelo algún día.» Ya puedes imaginarte el efecto que me haría escuchar á aquella mujer que me hablaba en mi idioma, y que semejante esperanza me daba. Saqué un *thaler* y se lo puse en la mano, diciéndola:—Si es verdad que los *zingaros* poseéis esa ciencia que se supone, decidme

(1) Gitana.

por qué sufro y si tendrán consuelo mis pesares algún día.

—¿Y qué te dijo la zingarella?

—Qué mi corazón amaba; que el hombre que quería, tornaría á mis brazos alguna vez para no separarse de ellos jamás. ¿Ves si hice bien en creer?

—¡Pobre ángel mío!

—Y sin embargo has tardado tanto, que á veces creía que la zingara se había equivocado, que no volverías, que los amores de esas mujeres te retenían prisionero y... ¡qué sé yo! pero he tenido momentos que hubiera deseado morir.

—¡Morir tú!...

—Sí; una noche cantaba la *Traviata;* tú entraste en el palco al terminar el segundo acto; yo adiviné que habías entrado del mismo modo que al escuchar el carruaje hace poco adiviné que eras tú; mis ojos te buscaron y te vieron; pero tus gemelos estaban fijos en otro palco: allí estaba la duquesa. Cuando se alzó el telón para el acto tercero todavía la mirabas. ¡Oh! ¡con cuánto placer habría querido que aquella muerte que yo estaba fingiendo hubiese sido real!...

—Y sin embargo, mi pobre *Nina*, yo te veía, yo pensaba en tí solamente.

El acento del conde era armoniosa y acariciador como el murmullo de las brisas del Brenta.

Marieta le escuchaba embebecida, y toda su existencia parecía haberla concentrado en sus ojos para mirar al conde.

Este continuó:

—Hace algún tiempo tuve noticias de que lady Spinger, creyendo que yo te amaba, tramaba un complot

inícuo para que fueras silbada al salir á la escena; entonces decidí dirigir mis miradas á la duquesa para que ella las desviase de tí; y lo conseguí en efecto, pero ¡ay Marieta! ¡si supieras cuán caro me ha costado ésto!

—¿Qué te ha sucedido, Angelo?—preguntó vivamente la joven sorprendida por el acento de Monte-Sagrado.

—Tú sabes, porque nada te oculté un día, que tenía un hijo á quien adoraba con idolatría.

—¿Y qué? acaba.

—Mi hijo está horriblemente perseguido por esa mujer, obligándome á adoptar toda clase de precauciones para guardarle.

—¡Pobre Angelo!

Y en el acento de la cantante vibraba el dolor que le producía el del conde.

—Alma mía,—exclamó éste,—¡qué corazón tan noble tienes!

—Si está formado por tí, ¿no ha de serlo?

El conde contempló con delicia á aquella mujer.

Había tanto amor en su mirada, emanaba de toda ella tanto cariño, que el conde, ávido de él, con el corazón destrozado por el pesar que sentía, se dejaba adormecer, si esta frase se nos permite, en los halagos de aquella pasión.

Embebidos ambos en ella, dejaron trascurrir las horas.

Marieta se había transfigurado.

La palidez de sus mejillas había desaparecido.

Su belleza, bajo el poderoso calor de la mirada de su amante, había adquirido todos sus encantos.

Eugenio la contemplaba con admiración, y más de una vez la dijo:

—¡Oh! ¡qué hermosa estás! ¡jamás te he visto así!

A lo cual ella contestaba con dulcísimo acento:

—Es que tu amor es necesario para mi existencia, y que te amo como es imposible que mujer alguna pueda amar en el mundo.

Largo tiempo llevaban juntos nuestros amantes, cuando alzándose el *portier*, penetró Stefano en el aposento.

Al verle Marieta, corrió hacia él palmoteando, y abrazándole con efusión, le dijo:

—¡Si vieras qué feliz soy maestro!... Eugenio me ama.

El jorobado la contempló con delicia, y después dirigiéndose al conde, le dijo con efusión:

—¡Bendito sea el hombre que hace la felicidad de una mujer como Marieta!

Obligados ya nuestros amantes á hablar delante de una persona, extraña hasta cierto punto, necesariamente la conversación había de languidecer.

Nosotros somos de opinión que en los duos de amor una tercera persona siempre estorba.

Marieta y el conde debían ser de nuestra opinión, toda vez que, si bien sus miradas eran más largas, más intensas y más persistentes, sus palabras, en cambio, eran mucho más escasas.

Necesariamente, habiendo decaído la conversación, la entrevista no podía ya prolongarse mucho.

Así fué, que el conde se levantó de su asiento; despidióse cariñosamente de Marieta, á la que quedó en ver en el teatro Real; estrechó la mano de Stefano y salió de la casa.

Una vez en la calle, una vez fuera de la atmósfera que la seductora cantante describía en torno suyo, la

razón de Eugenio pudo ocupar su lugar, y una nube de profunda tristeza se esparció por su rostro.

Penetró en su carruaje, y al dejarse caer sobre los mullidos almohadones, murmuró con un acento indefinible:

—¿Qué es lo que he hecho? he dado nuevas esperanzas á un cariño que no causará más que la desgracia de esa pobre criatura, y, sin embargo, yo la amo; pero acaso, ¿no amo también á María?

Y el conde inclinó la cabeza sobre el pecho, sumergiéndose en profundas meditaciones.

CAPITULO CXIII

Monte-Sagrado

El conde de Monte-Sagrado, era un misterio que pocos, muy pocos podían penetrar.

Andrés, que le conocía bastante, decía que era un verdadero pozo de ciencia.

La medicina, la legislación, las ciencias exactas no tenían secretos para él y lo mismo entendía de Bellas Artes que de literatura y de ciencias físicas y naturales.

El conde había viajado por Asia y por Europa, por Africa y por América y parecía que todos los lugares de que hablaba le eran completamente favorables.

Creía en el magnetismo y Andrés decía que le había visto hacer experimentos hipnóticos, que le habían asombrado á él, que pasaba por ser una notabilidad también.

El médico sabía también mucho de lo que á su vida privada se refería,pero jamás habló de ello.

Cuando llegó á Madrid Monte-Sagrado, al montar su casa puso gran cuidado en las personas á quienes elegía.

El, por sí mismo, se enteraba de su procedencia, de su familia, etc., así fué que cuando le dijo uno de ellos que tenía una parienta que si quería podía ocuparse en el arreglo de la ropa blanca, etc., le preguntó:

—¿Es casada?

—No, señor, viuda y la pobre quedó con una hija que es un modelo de cariño y de bondad. Las dos cosen para fuera y así van viviendo.

—Está bien; que venga la madre y yo hablaré con ella.

Y efectivamente el criado avisó á su parienta y Monte-Sagrado conoció por ella á su hija y sin duda encontró en ella lo que buscaba, porque dijo un día á la madre:

—Mire usted, Andrea, su hija de usted tiene condiciones tan especiales para prestar grandes servicios á una ciencia de la cual dudan muchos, que si usted quiere, yo la prometo que puede mejorar mucho su estado.

La pobre mujer no sabía lo que su señor quería decirle, pero cuando éste la aseguró que nada malo la podría suceder, que los experimentos que él iba á practicar en nada podían perjudicar á su salud y que á él mismo podía prestarle un gran servicio, accedió.

Monte-Sagrado había descubierto en Rosa, que así se llamaba la joven, grandes condiciones para el hipnotismo y se convenció de ello desde el momento en que la sujetó á la primera prueba.

Merced á ella, conoció antes de que llegase, la escena en casa de la baronesa del Lago, los antecedentes de Ricardo y de Juan Antonio, y de aquí la simpatía que le unió con ellos.

El conde exigió á la madre de Rosa el mayor sigilo, y como á la pobre mujer le había resultado un gran mejoramiento en su situación, y por otra parte siempre que el conde iba á ver á su hija estaba presente, callaba y admiraba el saber de su señor.

Cuando el conde salió de casa de la Chiarini despidió el carruaje al poco tiempo, y se dirigió á pié hacia la casa de Rosa.

Precisamente en aquel momento la joven llegaba también á ella.

Al ver al conde vaciló un momento, porque precisamente se encontraba sola.

Pero el conde la dijo:

—Entra, Rosa, que necesito hablar contigo.

La joven obedeció, penetró en su casa é inmediatamente comenzó á sentir la influencia magnética de su señor.

Quedó inmóvil en medio de la estancia.

Durante algunos segundos estuvo luchando contra aquella especie de somnolencia que la embargaba, hasta que por fin quedó vencida.

—¿Ves?—la preguntó el conde después de algunos momentos.

—Sí,—contestó la joven con voz débil.

—¿Cómo te encuentras?

—Mal,—contestó la joven con voz ahogada.

—Tiene demasiado flúido,—murmuró el conde de Monte-Sagrado.

Y al par que decía estas palabras, desahogó, por decirlo así, la atmósfera magnética en que envolvía á la costurera, preguntándola poco después:

—¿Y ahora cómo estás?

—Me encuentro un poco mejor,—articuló Rosa respirando con satisfacción.

—¿De dónde venías cuando te he encontrado?—preguntó el conde.

Rosa exhaló un gemido por toda contestación.

—¿No has oído lo que te he dicho?—volvió á preguntar Monte-Sagrado con mayor imperio.

—Venía de hablar en favor de Raimundo.

—¿Quién es Raimundo?

—El estudiante que vivía en el cuarto principal de esta casa.

—¿Es tu amante?

Rosa no contestó.

Coloreáronse sus mejillas ligeramente, sin que sus labios articularan un sola palabra.

—Te he preguntado si era tu amante ese Raimundo.

—Sí, señor;—contestó Rosa con voz débil.

—¿Y qué le sucede?

—Que está preso.

—¡Preso! y ¿por qué?

—Por política.

—Yo le sacaré de la cárcel. Tranquilízate.

—No puedo, no puedo,—murmuró la joven agitándose en medio de la atmósfera, cuya densidad aumentó el conde al decirla aquellas palabras.

—¡Sufro mucho!—dijo Rosa.

—Es cierto,—añadió el conde,—esta pobre criatura debe estar cansada.

Y aflojó algún tanto la presión magnética, á fin de que la joven pudiera respirar con mayor libertad.

Rosa reflejó en su semblante el placer que experimentaba con aquel cambio, y durante un cuarto de hora reinó en la estancia un silencio no interrumpido por ninguna palabra.

El conde se hallaba sin duda muy abstraído en sus pensamientos, toda vez que no reparaba en la presencia de Rosa.

Esta, por su parte, con los ojos cerrados, sentada y sin movimiento alguno, á no ser por la respiración, hubiera pasado por un cadáver á quien el capricho del embalsamador diera aquella postura.

De repente el conde alzó la cabeza y dijo:

—Vamos á saber noticias.

Y sus ojos se posaron sobre Rosa que, como un caballo al sentir el acicate de su jinete, se enderezó violentamente, y entreabriendo sus párpados, fijó sus pupilas en las del magnetizador.

—¿Has descansado ya?—la preguntó éste.

—Sí.

—¿Ves bien?

—Sí.

—Quiero que vayas á la calle de Alcalá, número 50, cuarto principal.

—Ya voy,—contestó Rosa con ese acento monótono y acentuado que caracteriza á los sonámbulos.

—¿Estás ya?—preguntó Eugenio tras de una breve pausa.

—Sí.

—Ve recorriendo habitaciones hasta llegar á las de la dueña de la casa.



— ¿Que dice esa carta? Lée

—Ya he llegado.

—¿Quién hay en ellas?

—Está sola la señora.

—¿La ves bien? ¿Qué señas tiene?

—Es rubia, blanca, hermosa como una estatua; la mirada de esa mujer hiela, pero su côrazón abrasa.

—¡Es ella!—murmuró el conde con acento de amargura.—¿Qué hace?

—Está sentada y tiene una carta en la mano.

—¡Una carta! Busca el sobre y ve lo que dice.

—Ya lo veo: «A lady Mary Spinger.»

—¡Si será la mía! ¿Qué dice esa carta? Léela.

—Voy.—«Señora, vuestra permanencia en el mismo lugar que yo habito, me anuncia una serie de desgracias que quisiera evitar á las personas que sabéis; si me dais vuestro permiso, pasaré á visitaros á la hora que os sirváis indicarme. Os besa los piés,—*El Conde de Monte-Sagrado.*

—Es mi carta, ¿qué hace milady?

—Ha puesto la carta sobre una mesita que hay en la habitación y entre otra porción de papeles.

—¿Y qué más?—preguntó anhelante el conde.

—Se ha quedado pensativa.

—¿Qué dicen los papeles que hay sobre la mesa? ¿Puedes leerlos?

—Sí.

—Lee.

—Son notas referentes á distintas personas, ó mejor, cartas de varios puntos.

—¿Qué dicen?

—Hay una fechada en Londres, en ella se habla de una cantante...

—¿Que se llama Marieta Chiarini?—preguntó vivamente el conde.

—Sí; y también habla del conde de Monte-Sagrado.

—¿Qué dice?

—Las veces que entraba en su casa y...

—Y los demás papeles, ¿de qué tratan?

—Hay otra carta fechada en Río Janeiro.

—¿Se refiere á la duquesa de la Vega?

—Sí.

—¡Oh! ¡Qué bien montada tiene esa mujer su policía respecto á mí!

—Ahora acaba de levantarse de su asiento,—dijo Rosa de pronto.

—¿Sí?... Pues sigue, sigue, y no pierdas uno solo de sus movimientos.

—Ha llamado y un criado acaba de aparecer en la habitación.

—¿Escuchas lo que le ha dicho?

—Sí, que llame á Sir Roberto.

—¡Ya le conozco!—murmuró con amargura,—ese miserable que está vendido á ella en cuerpo y alma. ¿Ha entrado ya?

—No; pero la señora se ha puesto á escribir.

—Mira lo que escribe y dímelo.

Hubo otra breve pausa al cabo de la cual, prosiguió Rosa:

—La carta va dirigida al conde de Monte-Sagrado.

—¿Y qué dice?

—Que mañana puede pasar á verla.

—Bien ¿y Roberto?

—Acaba de penetrar en el aposento.

—Oyelos con atención; lo quiero, no pierdas una sola de sus palabras.

—Toda su conversación ha sido referente á esas dos mujeres de quienes hablan las notas que hay encima la mesa,—dijo Rosa después de haber transcurrido algún tiempo.

—Dime lo que han dicho.

—En primer lugar se trata de promover un escándalo en el teatro Real, á fin de que la Chiarini sea silbada, y se hará circular una historieta que le ocurrió allá muy lejos, en San Petersburgo.

—¡Qué infamia!...

—Después, en cuanto á la duquesa quieren que en medio de una reunión se la presente su hijo llamándola y...

—¿Su hijo has dicho?—gritó el conde de Monte-Sagrado con el semblante desencajado y tembloroso el acento.

—Sí.

—Pero si ese niño... ¡Oh!... Voy corriendo á buscarlo; si no puede ser; ¿cómo ha de estar en sus manos?

Y el conde de Monte-Sagrado, al pronunciar estas palabras, se levantó, desahogó la atmósfera magnética, y aprovechándose del decaimiento y de la postración en que quedó Rosa, ganó la escalera y salió á la calle corriendo como un desesperado.

Parecía mentira que un semblante tan impasible como el del conde, pudiera alterarse de la manera que lo estaba.

Atravesó una porción de calles sin apercibirse siquiera de lo que hacía, y de pronto se detuvo, murmurando:

—¿Dónde estoy? Yo debo ir donde está mi hijo, sí, me lo traeré á mi casa y evitaré el que esa vengativa mujer se apodere de él.

Y de conformidad sin duda con este pensamiento, llegó á su casa, mandó preparar su carruaje y dió al cochero la orden de que le condujese á Fuencarral.

CAPITULO CXIV

El hijo del conde

A la entrada del pueblo existía una casita de pobre apariencia, pero agradable en el exterior y limpia y bien cuidada en el interior.

Meses antes de que diera principio nuestro relato, había ido á establecerse en ella una familia de labradores de las provincias vascongadas, compuesta de marido, mujer y un hijo que escasamente podría contar seis años.

Estudiando bien á aquellas tres personas, se comprendía que había una gran diferencia entre su verdadera posición y la que aparentaban.

Las manos del marido no eran curtidas y callosas como las de la mayor parte de los labriegos, ni su rostro estaba tostado por el sol como les sucede generalmente.

Advertíase en él algo de fino y de atento que cuadraba muy mal con la rusticidez que afectaba.

Ella tampoco era la campesina zafia, de robustos miembros y de groseras formas; era una mujer que podría contar unos veinticinco años, bella y simpática, expresándose con harta finura y cortesanía para una mujer que vestía saya de percal y pañuelo de seda en la cabeza.

En cuanto al niño, era el tipo que más se destacaba de los habitantes de la casa.

Jamás un rostro de ángel ha estado mejor colocado en una cabeza de querubín.

Rubio, con el cabello ensortijado, cayendo sobre sus hombros admirablemente modelados, azules los ojos, con ese azul limpio y despejado del cielo, ligeramente sonrosadas las mejillas, disminuyendo su tinte hasta perderse en una blancura diáfana y transparente surcada en distintas direcciones, por unas venas finas y azuladas: frente despejada é inteligente, nariz recta y boca de dientes blancos, diminutos é iguales y labios ligeramente gruesos, tal era aquel niño, que en nada se parecía á sus padres.

Estos tres personajes fueron durante los primeros días de su instalación en el lugar, objeto de las hablillas y murmuraciones de los fuencarraleros, mas después nadie volvió á ocuparse de ellos.

El padre á quien llamaremos Gervasio, porque bajo tal nombre se presentó en el pueblo, dijo que había vendido las tierras que poseía en las provincias para comprar otras en Castilla, cuyo clima se avenía mucho mejor con la salud de su hijo; y efectivamente viósele comprar algunas fanegas de tierra, en cuya labranza

tenía ocupados dos mozos del lugar los que decían que eran unos amos buenos y condescendientes como pocos.

En el momento en que nosotros penetramos en la casa, encontraremos á Gervasio, sentado delante del hogar, dando lección de aritmética á su hijo, á quien llamaremos Eugenio.

La madre sentada á pocos pasos de su esposo, comparte sus miradas entre uno y otro al par que se ocupa de sus labores.

—Vamos, Eugenio,—decía Gervasio,—tampoco hoy sabes la lección y ya llevamos dos días lo mismo; después cuando el señor conde me pregunte si adelantas mucho, tendré que decirle que no.

El niño hizo un gesto que demostraba con harta evidencia lo poco satisfactorio que le era aquello, y su padre continuó:

—Después querrás ir á Madrid y te disgustarás si no te llevo. ¿Qué méritos haces para que yo te complazca?

—Pero si esas cuentas son muy difíciles,—dijo el niño.

—Más difíciles que estas las has sacado; dí más bien que ayer te has estado jugando y hoy no has querido estudiar.

—Yo no he jugado.

—¿Pues que has hecho entonces?

—Estuve sacando algunas de aquellas figuras que hay en el libro que me regaló el otro día el señor conde.

—Pues, como si tú hubieras de ser pintor,—dijo Gervasio de mal talante.

—¿Y quién ha dicho que no?—preguntó el niño con una altivez y una resolución superior á sus años,—yo seré pintor y seré como Rafael de Urbino, ¿lo oyes, papá?

—Vamos, vamos, sabe Dios lo que tú serás todavía; ahora lo que debes aprender antes de todo, es lo que ha de saber todo niño antes de emprender carrera alguna.

—Pero si yo lo sé; me has enseñado á leer, se escribir, no tan bien como tú, pero me dejo entender: me estás enseñando francés y ya lo hablo; pero tú te has empeñado en meterme en la cabeza estas cuentas de quebrados y no puedo aprenderlas; en cambio dame un lápiz y verás como hago tu retrato.

—¡Eh, quita de ahí! algún mamarracho será lo que tú podrás hacer.

—¡Mamarracho!... ¡Oyes mamá!—exclamó Eugenio dirigiéndose á su madre y ofendido en su dignidad de artista;—dí al papá si el otro día cuando hice tu retrato era un mamarracho.

—Tiene razón Eugenio,—dijo la madre,—mi retrato estaba muy bien hecho.

—¿Oyes papá?—preguntó el niño, visiblemente satisfecho.

Pero su padre no le contestó una sola palabra.

Acababa de percibir el rumor de un coche en el camino y escuchaba con atención.

De pronto se levantó de su asiento, diciendo:

—Me parece que el señor conde acaba de llegar.

Y al par que esto decía, lanzóse hacia la puerta de la casa; pero se encontró con que ya el conde acababa de penetrar en ella.

Apenas Monte-Sagrado vió á Gervasio, le preguntó con voz anhelante:

—¿Y Eugenio?

—Dentro está, señor conde,—contestó el labriego.

Precipitóse Monte-Sagrado en la cocina, y al ver al niño, una alegría extraordinaria se retrató en su rostro.

—Adiós, Eugenio,—dijo al niño que corrió á abrazarle apenas le vió;—adiós, Andrea,—prosiguió dirigiéndose á la mujer, que se levantó de su asiento al verle entrar.

—Buenos días, señor conde.

—¿Qué tal se porta este caballerito?

—Bien, aunque no le gusta mucho aprender la aritmética,—contestó Gervasio.

—No es eso, papá,—contestó el niño,—mire usted señor conde, yo no puedo con los quebrados.

—Ahora se le ha puesto en la cabeza ser pintor.

—Sí, señor; quiero ser como Rafael de Urbino.

—Bien, hijo mío, bien; ya veremos.

Y el conde contempló con delicia la bella cabeza del niño, depositando un beso demasiado ardiente sobre aquella frente pura y despejada.

Después se volvió hacia Gervasio y le dijo:

—Ven, que tenemos que hablar.

El labriego y el conde pasaron á otra habitación y una vez en ella Monte-Sagrado, dijo:

—¿Sabes que lady Spinger se ha puesto sobre las huellas de Eugenio?

—¿Qué dice usted, señor conde?—exclamó Gervasio.

—Sí, acabo de saberlo ahora; trata de apoderarse de él para arrojar al rostro de la duquesa la prueba viviente de su deshonra.

—¡Oh! Yo le juro que no me arrebatarán á Eugenio mientras tenga una gota de sangre para defenderle.

—Yo había pensado que se viniese á Madrid conmigo.

—Como usted quiera.

—Sí; es lo mejor, disponeos para venir á casa; yo me llevo á Eugenio ahora y esta noche podéis ir vosotros.

—Está bien.

—Anda, avisa á mi hijo.

Gervasio salió de la estancia y poco tiempo después el niño entraba en el coche del conde, mientras éste decía á Gervasio:

—Esta noche os espero sin falta.

—Descuide usted, señor conde.

Ni Monte-Sagrado ni Gervasio, fijaron su atención en un jinete que pocos momentos antes llegó al pueblo y que al ver el carruaje del conde parado delante de aquella casa, hizo un movimiento de sorpresa deteniéndose en una taberna que había enfrente, murmurando al ver que Monte-Sagrado subía al coche con su hijo:

—¡Se lo lleva!... Hé aquí mil duros perdidos; sin embargo, no hay que desesperar.

Y apenas el carruaje estuvo á alguna distancia del pueblo, tomó otra vez su caballo, cabalgó en él y se puso en su seguimiento.

Tan luego como el conde estuvo en su casa sin separarse de su hijo, cogió la pluma, escribió algunas líneas sobre una hoja de papel, la encerró bajo un sobre y llamó á un criado, diciéndole:

—Inmediatamente lleva esta carta al doctor D. Andrés del Cerro. Te encargo que se la entregues en propia mano.

—Ya sabe el señor conde que no acostumbro á omitir ningún detalle para cumplir con mi obligación.

—Por eso á tí es á quien confío esos encargos. Anda, Rosendo, vete al momento.

Salió el criado y entretanto el conde estuvo hablando con su hijo encantado de oirle.

Después que el niño hubo satisfecho la curiosidad de su padre, le dijo éste:

—Ahora, hijo mío, va á venir un caballero de quien, no sé si te acordarás, pero que te quiere mucho y en quien tu padre tiene una gran confianza.

—¿Quién es ese caballero?

—El doctor D. Andrés del Cerro. ¿No te acuerdas en Londres un médico que te curó cuando estuviste enfermo?

El niño hizo un esfuerzo, pero á su edad, se borran con tánta facilidad las impresiones, que concluyó por decir:

—No me acuerdo, señor conde.

—Mira, hijo mío, ya es necesario que vayas perdiendo la costumbre de decirme señor conde.

—¿Pues cómo he de decirle?—preguntó el niño abriendo los ojos extraordinariamente y mirando á su interlocutor.

—Llámame como quieras, pero no me estés dando el título á cada momento.

—Como papá habla con usted de ese modo...

—Bien, bien, tu padre es una cosa y tú eres otra. Quiero que me hables de tú y que me llames tu padre también, ¿lo entiendes?

—¿Que yo le llame?... pero señor con... ya se me iba á escapar. Yo no puedo llamar padre más que al mío.

—¿Y acaso yo no hice por tí tanto como pudiera haber hecho tu padre? ¿no te he cuidado y no te quiero como si fueras mi hijo?

—Sí, señor, y yo también le quiero á usted mucho, pero...

—Pero bien, ¿qué?

—Que... que no me atrevo.

—Mira, con una vez que lo digas, ya lo dirás siempre. Vamos á ver, contesta á mi pregunta, ¿me quieres mucho? Contéstame lo mismo que le contestarías á tu padre.

—Pero...

—Vamos, hombre.

—Sí... papá.

—¿Lo ves? así es como has de contestarme siempre.

Y el conde abrazó al niño, besándole con efusión.

Durante un buen espacio lleváronse hablando el conde de Monte-Sagrado y su hijo, hasta que de pronto entró Rosendo en la habitación.

—¿Le has visto?—dijo vivamente el conde dirigiéndose al criado.

—Sí, señor; no estaba en su casa y he tenido que ir á la de su hermano, que me han dicho que allí estaba.

—¿En casa del duque del Solar?

—Sí, señor.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que venía en seguida.

—Escucha bien lo que te digo, Rosendo,—dijo el conde al cabo de algunos momentos;—mientras yo esté hablando con el doctor, no te separes del niño, ¿comprendes lo que te quiero decir?

—Sí, señor.

—No le dejes salir á la calle, no te muevas de su lado y da orden absoluta de que no estoy para nadie más que para el doctor.

—Puede el señor conde quedar tranquilo.

Rosendo salió para dar las órdenes de su señor y poco después volvía á entrar en el aposento, diciendo:

—El doctor ha llegado.

—¿Dónde está?

—En el saloncito azul.

—Pues aquí te quedas con mi Eugenio.

Y el conde salió del aposento.

CAPITULO CXV

El encargo

Como había dicho muy bien Rosendo, Andrés estaba en el salón esperando á su amigo.

El rostro del doctor expresaba en aquellos momentos, más que la sorpresa que debiera haberle causado el llamamiento del conde, el disgusto de alguna grave contrariedad.

El conde era demasiado buen observador para que dejara de comprenderlo.

Y así fué que al penetrar en la estancia y mirarle, le dijo:

—¿Qué es eso, doctor? ¿qué tiene usted?

—Nada,—repuso Andrés.

—Ya sabe usted que entre nosotros no valen fingimientos. Uno y otro tenemos demasiada experiencia y no podemos engañarnos. Mi rostro está diciéndole á

usted que estoy bajo la presión de un grave disgusto, y el de usted está indicándome también que algo grave le sucede; por lo tanto, ya que yo le llamo para confiarle mis dolores, justo es que usted me revele los suyos.

—Pues bien, empiece usted, y hablaré después. Su carta me ha demostrado que algo grave le ocurría, invoca usted en ella mi auxilio, y aquí me tiene.

—Tiene usted razón; estoy bajo la impresión de un peligro. Lady Spinger se ha puesto sobre las huellas de mi hijo.

—Ya la he visto en Madrid, y no he podido menos de estremecerme al pensar las consecuencias que podrían resultar de encontrarse aquí reunidas las tres Marías, como ha dado en llamarlas todo el mundo.

—Ya ve usted si ha sido fatalidad.

—Pero la duquesa...

—La duquesa no espera más sino que la devuelva á su hijo, pero lady Spinger quiere apoderarse de él para arrojarlo de repente de su presencia en un momento determinado, y provocar un conflicto.

—Eso es terrible.

—Por esa razón es por lo que he llamado á usted.

—Ya sabe que puede disponer de mí. Por más, amigo mío, que, como siempre le había dicho, ese triple amor con el cual usted ha querido jugar, á la corta ó á la larga tenía que producirle un conflicto.

—Tiene usted razón; pero ya está hecho, y lo único que podemos hacer es buscar el medio más á propósito para conjurar ese mal.

—¿Y ha encontrado usted el medio?

—He de prevenir primero á la duquesa, y como que desde el momento en que he sabido el proyecto de lady

Spinger, no he hecho otra cosa que recoger á mi hijo, es preciso que yo le deposite, mientras dispongo ó se me ocurre algún medio para salvar esta situación, en casa de toda confianza, y en la cual no pueda sospechar por ningún estilo esa mujer que se encuentre.

—Empiezo á comprender. Usted quiere que me lo lleve conmigo.

—¡Oh! sí, porque tengo la seguridad de que usted no se lo dejará arrebatar.

—Pero ya sabe usted bien, conde, que yo no estoy siempre en casa, que á lo mejor vienen á buscarme para visitar algún enfermo y no tengo más remedio que salir.

—Y aun cuando salga usted, ¿cómo se le va á ocurrir á esa mujer que mi hijo está en su casa?

—No es lo más probable; pero del mismo modo que ha descubierto que estaba con Gervasio, también podría suceder lo propio conmigo.

—No es tan fácil, porque con haberme seguido un día cuando iba á Fuencarral, no había nada más fácil que averiguar el paradero de Eugenio. Pero como yo no he de ir á casa de usted, por ahora al menos, ya no es tan fácil.

—Le digo á usted todo eso, para que comprenda que me hago cargo de la importancia que tiene la misión que usted me confía.

—¿No tiene usted á Marcelo?

—¡Ya lo creo!

—Pues Marcelo, cuando usted le diga...

—Es que no le diré nada, conde.

—¿Por qué?

—A los criados no les diga usted jamás que guarden

un secreto. Deles usted una orden, pero no les haga usted una confidencia. Yo sé lo qué he de decir á Marcelo; pero me guardaré muy bien de explicarle la importancia que tiene la existencia de ese niño en mi casa.

—Bueno, obre usted como su prudencia le dicte; la cuestión es que mi pobre Eugenio pueda estar en seguridad.

—Pero ¿cómo ha sabido usted que lady Spinger conocía la existencia de Eugenio?

—Por nuestra ciencia, amigo mío, por nuestra ciencia que tantos la niegan y que sin embargo para nosotros es una verdad.

—¡Cómo! ¿Ha encontrado usted una *vidente*?

—Sí, señor; tan de casualidad que más no pudo ser. Hasta ahora cuantas experiencias he practicado todas han respondido perfectamente.

—Y por ella supo...

—Que lady Spinger pretendía apoderarse de mi hijo.

—Pero ¿qué más?

—¡Oh! No tuve paciencia para saber más. No veía el momento de llegar á Fuencarral y traérmele conmigo.

—Pues nada, nada, ¿cuándo quiere usted que me lo lleve?

—En seguida, aquí está y únicamente aguardo conocer el dolor que le tortura para si me es posible aliviarle también.

—El mío, querido conde, es un poco más difícil que el de usted, porque no nace de una cosa que tenga remedio, por difícil que sea.

—Ya me indicó usted alguna cosa respecto á su hermano.

—Pues ahora la complicación se ha hecho más terrible. Ese amigo suyo, ese Federico Montesinos que yo creo que al fin ha de llegar á ser la perdición de Julián, se ha cruzado en mi camino y me parece que no voy á tener otro remedio que chocar de un modo violento con él.

—Pero bien, explíquese usted, porque según me ha dicho, ya conoce á ese Montesinos, y sabe muy bien de todo lo que es capaz, y cuando se conoce á una persona se tiene mucho adelantado.

—Con ese hombre no hay adelanto posible, porque como de quien se trata, que es mi hermano, tiene el carácter tan débil, y Montesinos halaga todas sus debilidades, ejerce sobre él mucha más influencia de la que yo tengo.

—Pero eso no me explica el disgusto de que le encuentro poseído.

—Ya sabe usted que le conté cómo había conocido á la que hoy es mi cuñada, lo que por ella sentí, y las circunstancias especialísimas en que volví á encontrarla, cuando me resolví por volverla á ver.

—Lo recuerdo y ya sabe usted que le dije que había hecho muy mal en sentir aquellos escrúpulos, puesto que si la amaba, lo natural era que la hubiese declarado su amor, máxime cuando en ella había advertido cierta simpatía.

—Tiene usted razón, y yo mismo no he podido menos de deplorar lo hecho, pero como ya no tiene remedio, no hemos de hablar de eso. Conseguí que se casara mi hermano con ella, que la rehabilitase y aun cuando la condición impuesta para el casamiento era un poco dura, creí de mi deber aconsejar á Emilia que aceptase,

y se resignó á vivir en la posesión del «Solar,» mientras su marido vive en Madrid y tiene todas las distracciones que su amigo le proporciona.

—Y las que él mismo se busque; que según he podido saber, parece que anda muy enamorado de Marieta.

—Sí, señor; pero de ese amor esté usted seguro que desistirá bien pronto, que no es mi hermano de aquellos que ponen gran empeño en vencer obstáculos.

—Si puede salvarlos por reprobados medios, según le sugiere su *Mefistófeles*, lo hace; pero si no, se retira para dirigirse á otra parte.

—¿Y su mujer sabe eso?

—Lo ignoraba, pero el buen amigo de su marido se lo ha ido á decir.

—¡Cómo!

—Sí, querido conde, Federico Montesinos, á mi juicio tiene también sus pretensiones respecto á Emilia y contándole las debilidades del marido, espera sin duda conseguir á la mujer. Yo supe que Federico había marchado á Avila, y como le conozco tanto, sospeché que su viaje llevaba alguna intención, y que éste se relacionaba con Emilia. Revelar á mi hermano mi pensamiento, hubiera sido una imprudencia. Obligarle á que marchase á Avila, era imposible, porque tiene la terquedad de los caracteres débiles, que es la peor de todas las terquedades, y en su consecuencia, decidí obrar por mí solo.

—Me parece que empiezo á comprender lo que ha sucedido. Usted se marchó al lado de su cuñada, ¿no es así?

—Sí, señor.

—Y allí tropezaría usted con Federico y...

—No por cierto, esa fué la desgracia ó la fortuna, porque puede usted creerme que si me lo encuentro después de la escena que supe que había mediado entre él y Emilia, no sé si me habría podido contener.

—Luego él la vió.

—Pues ya lo creo, y le habló de su marido en el peor sentido, y como si esto no fuera suficiente, la fatalidad quiso que inadvertidamente, la madre de Emilia la dijera cómo y en qué circunstancias se había verificado su conocimiento con ellas.

—¡Toma! ¿y por qué considera usted como una fatalidad el que una persona agradecida confesara todo lo de que le era deudora?

—¿No ve usted que yo le había ocultado eso á mi hermano, á fin de que no pudiera creer nunca que en mí había interés de ninguna especie para su casamiento?

—¡Ya! ahora lo entiendo; ese miserable le habrá dicho á su hermano de usted...

—Lo que ha querido; el caso es que hoy he tenido con Julián un disgusto, porque me ha hecho cargos, así por haberme marchado á ver á su mujer, sin decirle una palabra, como porque le había ocultado la antigüedad de mi conocimiento con aquella familia. Precisamente inicié yo la cuestión aconsejándole que fuese al lado de su mujer, que no estaba bien que la dejara sola tanto tiempo, máxime cuando está en vísperas de salir de su estado. Ya comprenderá usted el efecto que ha de haberme producido todo eso. Porque el acento de Julián vibraba de una manera desagradable. No era el cariño resentido el que hablaba en él, sino el en-

cono de la persona ofendida; y esto, como usted comprenderá, ha debido de producirme un efecto deplorabilísimo.

—Lo comprendo.

—Se conoce que el tal Federico ha trabajado de tal modo á mi hermano, que si no voy con mucho cuidado, es muy fácil que lo que hoy no ha pasado de un pequeño disgusto, se convierta mañana en algo más grave.

—¡Por Dios, Andrés! ¿qué quiere usted decir?

—Sí, amigo mío, conozco á Julián muchísimo; y crea usted que cuando hablo, es con fundamento.

—Pero... ¿positivamente cree usted que á tal extremo puede haber llegado Montesinos en perversidad?

—Sí, señor; le creo capaz de todo, y de aquí mi preocupación, y de aquí el decirle á usted que no tendría nada de particular, que lo que hoy puede decirse que no ha sido nada, si Montesinos llega á estar allí, pudiera haber sido mucho.

—Pues yo le encargo á usted, querido Andrés, por más que mis consejos no los necesita, mucha calma, y sobre todo procurar con destreza evitar que ese individuo siga ejerciendo tanto ascendiente sobre su hermano.

—Eso es sumamente difícil,—repuso Andrés con voz sombría.—Crea usted que con ese hombre no hay más que un medio, y ese es el que yo voy á emplear.

—¡Calle usted por Dios! ¿No comprende que quien se rebajaría sería usted poniéndose al nivel de un miserable semejante?

—Todo cuanto usted me diga lo comprendo; pero á veces llegan también las cosas á un extremo, que no tiene uno más remedio que cortar por lo sano, como vulgarmente se dice.

—Vaya, vaya, no piense usted en eso, y cuando yo hable con Julián...

—Haga usted el favor de no decirle una palabra respecto á este particular.

Y tan resuelto fué el acento con que Andrés pronunció las anteriores frases, que el conde no quiso insistir más.

Volvió la conversación á recaer en su hijo, y Andrés entró en la habitación donde el niño se hallaba con Rosendo.

—Hijo mío,—le dijo el conde,—¿te acuerdas de este caballero?

El niño fijó sus ojos en Andrés, y al cabo de algunos momentos contestó:

—Sí, este señor fué el médico que tuve en Londres.

—De quien yo te hablaba antes. Ahora vas á irte con él.

—¡Yo!

—Sí; á su casa irá Gervasio cuando venga.

El niño estaba acostumbrado á obedecer ciegamente cuanto el conde le decía, y poco después salía acompañado de Andrés.

Apenas había dado algunos pasos alejándose de la casa del conde, un individuo que parecía sostener animada conversación con la portera de una casa inmediata, se despidió de ella, y se fué siguiendo al doctor.

CAPITULO CXVI

Lady Spinger

HORA es ya de que nuestros lectores hagan un conocimiento más íntimo con una de las tres Marías, destinada á jugar un papel muy importante en la existencia de Andrés.

Lady Spinger, que es la dama á quien nos referimos, había llegado á Madrid, según dijimos en otro lugar, llamando la atención con su espléndida hermosura, con sus trenes y con la riqueza de que hacía ostentoso alarde.

El nombre de su esposo muerto en la India, según decían, sus relaciones con la embajada inglesa sirviéronle de mucho para que ante ella se abrieran todos los salones, instaló su casa bajo un pié que no pudo menos de llamar la atención, y ya sabemos que tanto ella como María del Valle y Marieta Chiarini, ocuparon la pública atención durante un buen espacio.

La circunstancia de haber oído al conde de Monte-Sagrado hablar de lady Spinger considerándola como un enemigo formidable, en tales términos, que para salvar á su hijo se vió obligado á dar el paso que ya conocemos, nos exige penetrar en su casa, precisamente la misma noche en que Andrés se había llevado consigo al pequeño Eugenio.

Crucemos aquellos salones adornados con un lujo sorprendente, y llegaremos á un gabinete donde, sentada en una butaca tapizada de raso blanco, encontraremos á lady Spinger apoyando sus menudos piés en los morillos de la chimenea, cuyo fuego agita con las largas tenazas de metal dorado.

No llevaba, desde que nosotros penetramos en la estancia, mucho tiempo ocupada en semejante tarea, cuando la puerta del aposento se abrió dando paso á un nuevo personaje.

Si fijamos nuestras curiosas miradas en él, las separaremos muy pronto llenos de disgusto.

Todo en el recién llegado es repulsivo.

Tiene estrecha la frente, encrespado el cabello, pequeños, redondos y brillantes los ojos como los del buitre, encorvada y larga la nariz, hundida la boca con los labios fruncidos y delgados, saliente la barba y el cutis blanco como el mármol y frío como él.

Semejante personaje viste con elegancia, y sus movimientos tienen la precisión estudiada de los de un autómata.

Este hombre se llama sir Roberto y pasa por un primo lejano del difunto lord Spinger.

Mary deja las tenazas en el gancho de la chimenea, y dirige sus miradas al recién llegado. Este permanece

impasible y serio delante de ella como si fuera una estatua.

—Conque, según me has dicho, del desafío que resultó del baile de la baronesa, ha salido ileso el conde, —preguntó lady Spinger en el más puro inglés.

—Sí, señora,—la contestó su interlocutor en el mismo idioma.

—¿Y crees que Charles no vendrá?

—Es indudable.

—La excusa que me da para no venir, es muy vaga.

—¡Ah!... ¿conque ha escrito?

—¿Qué te sorprende? ¿No sabías que debía venir hoy?

—A mí no me sorprende nada,—contestó Roberto con su calma glacial y acentuando fuertemente cada una de sus palabras.

—¿Sabes para lo que te he llamado?—preguntó lady Spinger de pronto.

—No tengo el dón de adivinar las cosas.

—Pues siéntate y copia ese borrador que tienes ahí sobre la mesa.

Roberto dirigióse á una mesita de caoba con tablero de mármol que había al lado opuesto de la chimenea, se sentó en una silla, sacó un pliego de papel perfumado de una papelera que se veía sobre la mesa, cogió una cuartilla escrita, y se dispuso á copiarla.

Todos estos movimientos los hizo con una precisión tan extraña, que á cualquier observador no le habría dejado de sorprender.

Sin duda lady Spinger debería estar muy acostumbrada ya á tan pasiva obediencia, porque en su rostro no expresó la más mínima admiración.

—Ya está,—dijo Roberto apenas terminó su trabajo.

—¿Está la letra perfectamente igual á la del conde?

—Miradla, y juzgad.

Y Roberto cogió la carta que acababa de escribir y la que el conde dirigiera á lady Spinger, excusándose por no poder pasar á verla, y se las presentó á la dama.

Esta las observó minuciosamente, y devolviéndoselas, le dijo:

—Está bien; la duquesa creerá esa carta escrita por Charles.

—Tened presente que el conde debía ir á verla hoy.

—Es que esta carta no se ha de llevar hasta que no venga el criado del conde que te encargué compraras.

—Eso es otra cosa.

—Ahora manda disponer mi coche de camino.

—Al momento.

Y Roberto, después de haber cerrado la carta poniéndola el sobre para la duquesa del Valle, disponíase á abandonar el aposento, cuando María le detuvo, diciéndole:

—Espérate, quiero que me acompañes tú.

—¡Yo!...

—Sí; no sabes de lo que se trata y quiero que lo sepas.

—Os escucho.

—He resuelto que el escándalo del teatro Real se detenga por algún tiempo; ahora me parece que la Chiarini no es la más temible.

Mary se detuvo como esperando una contestación de Roberto, pero éste permaneció silencioso.

Lady Spinger, continuó:

—A quien hay que poner fuera de combate es á la duquesa.

—¿De qué modo?—preguntó Roberto.

—Según me has dicho, su hijo está en casa del conde, ¿no es así?

—Y guardado por el mismo con extraordinaria solicitud.

—Pues bien, hay que robar ese niño.

—Ya me lo dijo usted antes.

—Es que ha de ser muy pronto.

—Lo será.

—Al mismo tiempo hay que engañar á la duquesa, fingiendo una carta interceptada del conde, en la cual hable á su amigo de París respecto á su hijo, que debemos suponer existe en la *Maison des enfants trouveés*, y le manda una autorización para que le saque. La duquesa creerá esa carta porque se la llevará el espía que ella tiene en casa del conde y partirá á París, pero antes he de verla yo.

—Se escribirá esa carta y se pondrá la autorización.

—Después al conde se le dirá que la duquesa tiene á su hijo, que ella se lo ha robado; él volará tras ella, y en el camino...

—Caerá en nuestro poder.

—Sí; veo que vas comprendiendo. Pero ante todo lo primero que hay que hacer es evitar que la duquesa vea al conde después de hoy; yo supongo que son reales sus ocupaciones, y por lo tanto no podrá ir á su casa.

—Ya sabemos lo que hay.

En este momento dos golpes diestramente dados sonaron en la puerta, y un criado apareció en ella previo el permiso dado por su señora.

—¿Qué ocurre?—le preguntó María.

—Raff solicita ver á sir Roberto.

—Con su permiso, señora,—dijo el automático personaje, dirigiéndose hacia la puerta.

—Quedo esperando,—repuso María, cambiando súbitamente de maneras para con Roberto delante del criado.

Cuando lady Spinger quedó sola, tornó á caer en su anterior meditación, murmurando de una manera ininteligible:

—Sí; ya es tiempo de terminar este estado. Dueña yo de su hijo, le obligaré por fuerza á que admita un enlace que me corresponde de derecho; ¿por quién sino por él he sacrificado yo todo cuanto en el mundo puede sacrificarse?... He llegado hasta el crimen una vez, y no retrocederé jamás si puedo conseguir mi objeto.

El semblante de la inglesa se había transfigurado, por decirlo así, al pronunciar las últimas palabras.

El brillo de sus ojos fué tal, que causaba espanto, porque se comprendía que la cólera y el odio de aquella mujer podían, en momentos dados, tomar tales proporciones, que realmente fueran mortales para las personas objeto de ellas.

La aparición de Roberto puso término, así al monólogo de la inglesa, como á la sombría expresión de su semblante.

El automático personaje se aproximó á la dama y le dijo, á la par que le entregaba una carta que llevaba en la mano:

—A la vez que ha llegado Raff, ha venido también el criado que tenemos en casa del conde.

—¿Y qué?

—Esta carta está encargado de llevarla á la duquesa.

—Venga esa carta.

Y la cogió Mary, y sin miramiento de ningún género, rompió el sello que cerraba el sobre y abrió la carta.

Después que la hubo leído, murmuró:

—Bueno, otra carta en que se excusa de ir á ver á la duquesa, lo mismo que ha hecho conmigo; ya me conviene que no la vea por ahora.

Y dirigiéndose á Roberto, continuó:

—¿Qué ha dicho Raff?

—Como usted sabe, estaba encargado de vigilar la casa del conde...

—Al grano, suprime detalles porque eso ya lo sé. Para que abandone el puesto de observación que tiene señalado, ha de existir alguna causa y esa es la que deseo conocer.

Roberto no demostró la impresión que le causaba el desdeñoso acento de su señora, más que por el ligero destello que se escapó de su mirada.

Fué cosa de un momento, pero bastaba para comprender que en el corazón de aquel hombre había algo no muy tranquilizador para su parienta, según el público la creía.

—Raff, ha venido para decir que el conde ha enviado á llamar al doctor Andrés del Cerro, y que éste se ha llevado el niño á su casa.

—¿Qué? ¡qué estás diciendo!

—Que el doctor Andrés del Cerro se ha llevado consigo al niño del señor conde,—volvió á decir con su frialdad glacial el interrogado.

—¿No es ese doctor el hermano del duque del Solar?

—Precisamente, señora.

—Está bien,—dijo Mary al cabo de algunos momen-

tos de reflexión,—envía la carta que has escrito á la duquesa, que Raff vuelva á su sitio, ó mejor dicho, que estacione á otro en casa del doctor y tú vuelve para que hablemos.

Momentos después salía Roberto de la estancia.

CAPITULO CXVII

Donde se ve que la policía de lady Spinger era admirable

PROFUNDAMENTE pensativa habíase quedado la inglesa después de la salida de su servidor.

Porque Roberto, á pesar del carácter con que se había dado á conocer en la sociedad madrileña, no era más ni menos que un criado de lady Spinger.

¿Por qué razón había merecido su confianza hasta el extremo de presentarse en sociedad con aquel carácter? ¿Qué misteriosos vínculos unían á aquellos dos personajes?

Esto es lo que veremos en el decurso de nuestra obra para que pueda comprenderse todo lo de asqueroso y repugnante que existía en aquella mujer que tan encarnizadamente perseguía á Monte-Sagrado y á cuantas personas por él se interesaran.

La frente de lady Spinger habíase plegado bajo la influencia de la idea que en ella suscitara la noticia que momentos antes había recibido.

—Mal hace ese médico,—murmuraba,—en ponerse en mi camino, así como mal hacen también todos cuantos se opongan á mis designios. Acostumbrada á arrollar toda clase de obstáculos, yo sabré pasar por encima de todos ellos.

La presencia de Roberto la hizo recobrar su impasibilidad acostumbrada.

—Señora,—dijo,—los dos encargos están cumplidos; Raff ha marchado y la carta ha sido conducida á su destino.

—Está bien; siéntate, porque hemos de hablar con detención.

Roberto obedeció.

—¿Conoces á ese doctor?

—Sí, señora. En Londres debe usted recordar que ya nos enteramos de su existencia.

—Es verdad.

—Posteriormente en Italia tuvimos ocasión de ampliar ese conocimiento.

—Tienes razón.

—Y desde que hemos llegado á Madrid he procurado adquirir noticias que quizás puedan utilizarse en beneficio de lo que pretende la señora.

—Es decir, que tú, por tu cuenta y sin decirme nada...

—Roberto se ha anticipado siempre á los deseos de su señora,—dijo con su habitual tranquilidad aquel hombre.

—Ya sé que tu abnegación por mí no tiene límites;

nada olvido, y tu recompensa tal vez esté más cercana de lo que crees.

Por los ojos de Roberto pasó algo como una especie de desvanecimiento, que desapareció en seguida.

—Dime esas noticias que has adquirido en Madrid.

—Se refieren á la vida del doctor.

—¿Se ha casado?

—No, señora.

—¿Pero tiene alguna mujer á quien ame?

—Es posible.

—¿Tiene algún enemigo?

—Sus propios actos.

—¡Cómo!

—Sí, señora; sus propios actos, porque con ellos se ha granjeado la enemistad de un íntimo amigo de su hermano el duque.

—Y ese amigo...

—La señora le conoce, porque se lo han presentado en alguna de las reuniones á que ha asistido. Se llama don Federico Montesinos, y según parece, á su padre le ha concedido el gobierno no hace mucho, el título de Marqués del Pino.

—¡Ya!

—Ese hombre es, sin que le ofendan en lo más mínimo nuestras palabras, capaz de todo.

—¿De todo?—preguntó Mary acentuando perfectamente sus palabras.

—Sí, señora.

—¿Y odia mucho á Andrés?

—Tanto, que se regocijaría si supiera que le había acontecido una gran desgracia.

—¿Y siendo tan malo y enemigo de su hermano, el duque le atiende y le considera tanto?

—Como que está apoderado por completo de su voluntad. No hace, ni ve, ni siente más que como quiere su amigo. Por supuesto que aquí hay un misterio que yo no he podido penetrar todavía, pero que lo penetraré, porque tal vez pueda convenir á la señora en alguna ocasión.

—¿Y qué misterio es ese?

—El duque tiene en una magnífica posesión que lleva la denominación de su título, una mujer que está próxima á ser madre.

—¡Qué dices! ¿Y tú has sabido eso y no has podido descubrir el resto del misterio?

—He sabido hasta donde ha podido decirme el criado, á quien he tenido que comprar.

—¿Es del duque, ese criado?

—Sí, señora.

—¿Y qué te ha dicho? veamos.

—En primer lugar, que Montesinos es amigo de su señor desde la niñez; que Montesinos es un calavera desenfrenado que ha llevado en Madrid una vida que yo he llegado á conocer en todos sus detalles, siguiendo la pista que el criado me dió. Según parece el duque tuvo amores con una joven, y para alcanzarla urdieron una trama en la cual intervino por cierto, este criado. Después el duque la abandonó, y sin duda para evitarse responsabilidades y compromisos, de la noche á la mañana se marchó de Madrid con su amigo Federico.

—¿Y esa joven?...

—Ya llegaremos á ella. Un día, cuando menos lo pensaba, presentáronse en Madrid el duque y su hermano.

—¿Pues y Montesinos?

—No se sabe lo qué sucedió respecto á él; el caso es que los dos hermanos iban juntos casi siempre, que el duque parecía contrariado, que su hermano estaba muy serio, y finalmente, que de la noche á la mañana volvieron á desaparecer, regresando á Madrid solamente el doctor.

—Pues ¿y su hermano?

—Parece que estuvo en París ó en no sé dónde por espacio de dos ó tres meses, hasta que al cabo de ellos regresó á la corte.

—¿Y Montesinos?

—Volvió sin duda á hacer las amistades con su amigo, y como inmediata consecuencia comenzó á caer el doctor.

—¿Y cómo has sabido eso de que el duque tenía una mujer en su posesión?

—Esto me lo contaba ayer precisamente el criado del duque. Según parece Montesinos se fué á su país, que está en el mismo punto donde radica la posesión del duque. A los pocos días desapareció también de Madrid el doctor, y cuando regresó Montesinos, pudo este criado oir que decía á su amigo, que su hermano estaba en el Solar.

—Pero la mujer...

—Y escuchó también que se hablaba de Emilia que estaba allí y á quien Montesinos había visto. Como consecuencia de esto, parece que entre los dos hermanos ha habido una pequeña escisión y nuestro agente ha tenido ocasión de escuchar más de una vez las palabras de Federico respecto á Andrés, que son las que prueban la ojeriza que éste le tiene.

—Veo, Roberto, que sin presumirlo tú mismo me has prestado un gran servicio.

—Más vale así; que la señora reconozca todo el interés que por ella me tomo.

—¿Y acaso lo he negado alguna vez?

—Pero lo ha concedido muy pocas.

—Está bien; dejemos ahora esa cuestión, porque hay asuntos más graves que me preocupan. ¿Dices que conoces detalladamente la historia de este Montesinos?

—Sí, señora.

—¿Y hay puntos en ella que podamos utilizar?

—¡Ya lo creo!

—¿Qué clase de hombre es ese Montesinos?

—Todo el cieno que puede recogerse en el más inmundo de los lodazales, reunido en un cuerpo humano. Tiene además el duque otro sobrino, que me parece por lo poco que yo he visto, que también es una hermosa presa para el verdugo.

—Está bien; todos esos elementos pueden ser una gran cosa si sabemos explotarlos con destreza. Por de pronto, cuéntame con algunos detalles todo lo que has averiguado respecto á ese Montesinos, que, según mi pobre opinión, puede ser el que más nos sirva de todos esos elementos de que me has hablado.

Roberto refirió á lady Spinger, aun cuando en breves palabras, toda la historia de Federico, demostrando en aquel relato sus raras cualidades de astucia, de habilidad y de perseverancia para poder haber adquirido tan minuciosos detalles.

Mucho dinero había costado á Roberto obtener aquellas noticias, pero la verdad era que hasta la prisión, que como recordaremos, había sufrido el joven en

compañía de Carlos, cuando aquél estaba de huésped en casa de la abuela de éste, la conocía Roberto.

Cuando hubo concluido lady Spinger, exclamó:

—Es necesario que enviéis á buscar á ese Montesinos.

—¿Cuándo quiere verle la señora?

—A la mayor brevedad. Es el arma de quien voy á valerme para destruir los planes del conde.

—Entonces, si le parece á la señora le citaré para mañana.

—No, para hoy.

—Está muy bien.

—Vuelvo á repetirte que tus noticias han sido inapreciables, querido Roberto.

—Mucho me place haber conseguido satisfacerla de esa manera.

—Lo que te digo; envíame á buscar á ese hombre ó haz de manera que nos veamos hoy.

—Así lo haré.

Y efectivamente; Roberto se dió tan buena maña, que Federico fué aquella misma noche á ver á la inglesa.

Lo que sucedió en aquella entrevista no tenemos necesidad de explicarlo, puesto que lo más esencial fué la inteligencia en que quedaron aquellos dos personajes.

Al día siguiente, Federico fué á ver á Andrés, en ocasión que éste había salido á hacer sus visitas.

El niño había quedado á cargo de Marcelo.

El criado sabía la gran amistad que mediaba entre Montesinos y el duque, y aun cuando le constaba que su amo no gustaba mucho de la ingerencia que Fede-

rico tomaba en todos los asuntos de su casa, no por esto dejaba de profesarle un gran respeto.

Federico pretextó que esperaría á su amigo.

Y se puso á jugar con aquel niño.

De pronto llamaron á la puerta de la casa del médico.

Montesinos que se había levantado ya para marcharse, viendo que tardaba Andrés, salió con Marcelo á la puerta, llevando al niño de la mano como si lo hiciera sin intención.

—¿Es aquí donde vive el señor doctor don Andrés del Cerro?—preguntó la persona que acababa de llamar á la puerta.

—Sí, señor,—contestó Marcelo.

—Traigo esta tarjeta del señor conde de Monte-Sagrado.

—No está el señor en casa.

—¡Caramba! si que lo siento, el señor conde está esperando abajo en el carruaje.

—¡Oh! Yo quiero verle,—dijo Eugenio.

—A ver que dice la tarjeta,—dijo Federico.

Y se puso á leer la tarjeta que decía así:

«Suplico al amigo Andrés, que entregue el niño que tiene en su poder, á mi criado, dador de esta. Estoy en el coche esperándole.»

Y la tarjeta llevaba las armas del conde, de modo que no había lugar á duda alguna.

Marcelo se quedó mirando á Federico, el cual dijo:

—La orden es bien terminante.

—Yo quiero ver al señor conde,—exclamó Eugenio.

—El caso es que yo no sé qué hacer,—dijo Marcelo, —porque á mí el señor me ha encargado que no deje salir á este niño.

—Sí, pero este caso no estaba previsto,—repuso Federico,—y de todos modos usted con entregar esa tarjeta me parece que está á cubierto.

—Pero y si se incomoda.

—Haga usted lo que quiera, yo por mi parte creo que no se incomodará.

—Usted puede decirle lo que ha pasado.

—Pero no vamos á ver al señor conde,—volvió á decir Eugenio,—puede que esté con él mi papá.

—Ya lo oye usted, volvió á decir Federico al criado.

Este no sabía qué hacer, pero Eugenio puso término á sus vacilaciones, diciendo:

—Sí, sí, déjeme usted ir; el señor conde es muy amigo del doctor y de mi papá; yo quiero ir á verle.

Y agarrándose de la mano del criado que estaba en la parte exterior de la puerta, dijo:

—Vamos.

El criado obedeció y Federico á la par que descendía también por la escalera, dijo á Marcelo:

—Ya lo ha visto usted, el niño también se ha querido ir, dígaselo á Andrés conforme ha pasado y yo mismo se lo corroboraré cuando le vea.

CAPITULO CXVIII

Dos mujeres

María del Valle habitaba uno de esos deliciosos palacios improvisados hace pocos años en el paseo de Recoletos.

Cuando llegó á Madrid su propietario trataba de venderlo, y el administrador de la duquesa lo compró sin regatear su precio.

Cerca de las once de la mañana sus doncellas penetraron en su gabinete y apenas la hicieron su *toillete* de mañana, la dejaron sola según fué su deseo.

Si encantadora estaba María con su rico y espléndido traje de baile, doblemente lo estaba con su sencilla bata de seda y ligeramente peinados sus negrísimos cabellos.

Cuando concluyó de almorzar, dió orden á sus criados de que no recibía á nadie más que al conde de Monte-Sagrado, que la había escrito anunciándola su visita, y de nuevo pasó á sus habitaciones, mirando más de una

vez el reloj con esa impaciencia que demuestra de una manera evidente el anhelo con que se espera un acontecimiento.

Sentóse en una butaca, apoyó el brazo en un lindo velador maqueado, dejó caer la frente sobre su mano, y de este modo permaneció algún tiempo escuchando con atención cuando oía el rumor de un carruaje que se aproximaba, daguerreotipándose en su rostro el disgusto y la contrariedad cuando advertía que se alejaba.

Algunas horas pasaron de este modo, hasta que, alzándose el *portier* que cubría la puerta de la habitación, dió paso á un criado que llevaba una carta.

—¿Qué es eso?—preguntó la duquesa.

—Esta carta que acaban de traer para V. E.

—¿De quién?

—Del señor conde de Monte-Sagrado.

—¡Del conde!... Venga.

Y María cogió la carta, despidió al criado con un signo imperativo, y rompiendo el sobre, se puso á leer con avidez.

La carta decía así:

«María: he reflexionado mucho acerca de la entrevista que debíamos celebrar.

»Para justificarme á sus ojos necesita una prueba sola, pero grande, de esas pruebas que no dejan lugar á duda alguna.

»¿Le bastará á usted ver á su hijo?

»Si la cree suficiente, la espero al anochecer en Leganés, á la entrada del pueblo, la segunda casa á mano derecha donde vive Tomás Sánchez, que es quien hace mucho tiempo viene cuidando de él.

»No he ido á verla porque prefiero que sea el mejor abogado de mi causa mi propio hijo.

»El la hablará por mí, y de este modo podrá quedar justificado completamente á sus ojos.

»*El conde de Monte-Sagrado.*»

Esta carta, escrita con extraordinaria habilidad por Roberto, engañó por completo á la duquesa.

Creyóla de buena fe del conde, y cuando terminó su lectura, una lágrima brilló en sus ojos.

—¡Dios mío!—murmuró con un acento de ternura infinita,—¡voy á ver á mi hijo!... ¡Oh! sí, tiene razón; esa es la única, la sola prueba que puede justificarle ante mí. ¡Cuán largo se me ha de hacer el tiempo hasta la noche!—prosiguió volviendo á repasar la carta;—¡y cuál me late el corazón al pensar que voy á volverle á ver amante y enamorado como yo le deseaba!

Y aquella mujer, embargada por la felicidad de ver á su hijo, y de recobrar el cariño del hombre á quien amaba, vió transcurrir con harta lentitud para su impaciencia, las horas de aquella tarde.

Cuando principiaba á mediar ésta, llamó á su mayordomo y se informó de la distancia que separaba á Madrid de Leganés.

Una vez conocida ésta, mandó que un carruaje estuviese dispuesto para una hora antes de anochecer.

Cuando estuvo, vistióse apresuradamente, y momentos después daba al cochero las señas que el conde la indicaba en su carta.

Presa de una impaciencia inmensa, cruzaba el camino que separaba la corte del pueblo, excitando sin cesar al cochero para que aguijoneara á los caballos.

Por fin el carruaje penetró en el pueblo.

El cochero, en virtud de las órdenes de su señora, preguntó en la primera casa por la de Tomás Sánchez, y María bajó del coche delante de ella.

Su exterior nada de notable ofrecía.

Era una casa de pueblo con sus paredes agrietadas y ennegrecidas, su tejado puntiagudo, y su ancho portalón que servía de paso para la cocina y de sala de recibo.

La duquesa se detuvo en el umbral de aquella puerta.

Un hombre mitad campesino, mitad artesano, apareció en la sala.

—¿Qué se ofrece?—preguntó.

—¿Es esta la casa de Tomás Sánchez?—dijo María.

—Para servirla. ¿Es usted la señora duquesa de la Vega?

—Sí.

—Puede V. S. pasar sin reparo: todos los que estamos aquí dentro nos hallamos á su disposición.

A no estar tan preocupada la duquesa en aquellos instantes, no habría dejado de observar que las maneras y la figura de aquel hombre no estaban en armonía con la rusticidad que aparentaba.

Pero nada de esto advirtió, y siguiendo á su guía entró en la casa, atravesó el zaguán, franqueó la cocina, subió una desvencijada escalera y llegó á una habitación que había en el primer piso.

Una vez allí, el hombre la dijo:

—Puede V. S. esperar algunos instantes, que no tardará en salir la persona á quien aguarda.

María se dejó caer sobre una silla.

Apenas habrían pasado cinco minutos, cuando separándose bruscamente las cortinas de indiana que cubrían la puerta que daba paso á la alcoba, dejaron al descubierto la figura esbelta y graciosa de lady Spinger

La inglesa, sonriéndose de una manera cruel é intencionada, adelantóse hacia la duquesa, que pálida y aterrada la contemplaba.

—Sorprende á usted encontrarme aquí, ¿no es cierto? —la dijo con acento incisivo.

María no pudo contestar en los primeros momentos. Era demasiado inesperado aquel incidente para que no la sorprendiese.

Lady Spinger continuó:

—El conde, mi buen amigo, me ha enterado de todo, y me ha permitido que venga á ocupar su puesto cerca de usted.

—¡Oh! ¡qué infamia!—articuló débilmente la duquesa.

—Será cuanto usted quiera; mas también ha sido mucha candidez en usted creer que el conde fuera á entregarle su hijo.

—¿Y por qué no?—preguntó la duquesa.

—Porque usted ha ofendido al conde de una manera que los hombres, y los hombres como él, no perdonan jamás.

Estas palabras causaron una reacción extraña en la duquesa.

Irguióse con altivez; sus pálidas mejillas se colorearon de indignación, y con acento vibrante y sonoro que contrastaba con su debilidad anterior, dijo:

—¿Y es usted quien se atreve á decirme eso?

—¿Qué tiene de particular? ¿Acaso no estoy en mi derecho para decirle aquello para lo cual me ha autorizado el mismo conde? ¿Qué es lo que encuentra usted de extraño?

—Mucho, señora: usted pudiera responder al conde,

quién fué la verdadera causa de aquel lance provocado solamente por usted?

—Como usted comprenderá muy bien, me he guardado mucho de decirle semejante cosa; por el contrario, aumento su prevención contra usted, y puedo asegurarla que por hoy será inútil cuanto haga usted por aproximarse á él.

—Ya sé, por desgracia, de todo cuanto usted es capaz.

—Yo amo, y...

—No profane usted esa palabra, señora; entre el amor que siente y el mío, existe una diferencia inmensa; el suyo mata; el mío, por el contrario, vivifica.

—Veo que es usted muy modesta,—dijo con un acento ligeramente irónico lady Spinger.

—Usted sólo ha tratado con todo ese amor, de hacer infeliz al conde y de causar mi eterna desgracia.

—Calle usted, duquesa,—exclamó milady cambiando súbitamente la vibración de su acento;—usted no comprende mi manera de amar.

—Ni quisiera amar así.

—¡Qué sabe usted!

—Prefiero el cariño dulce, apasionado y tierno, á la pasión punzante, exigente y criminal.

—¿Qué quiere usted decir?—preguntó Mary dando un paso amenazador hacia la duquesa.

—Nada,—contestó ésta con resolución;—puesto que todo esto no ha sido más que un engaño, creo que nuestra entrevista debe terminar.

—¿No tiene usted deseos de ver á su hijo?

—Calle usted, y no haga vibrar en mi corazón una fibra que jamás existirá en el de usted.

—No tengo necesidad de contestarla.

—Sí, me parece que será lo mejor.

—Como usted debe comprender muy bien, al hacerla que viniese aquí, debo haberme llevado algun objeto.

El acento con que lady Spinger pronunció estas palabras fué tan acerado, si podemos valernos de esta frase, que la duquesa no pudo menos de estremecerse al escucharlo.

Fijó su vista en la inglesa, como si tratara de leer hasta lo más recóndito de su pensamiento, y la dijo, después de breves segundos:

—Al verla, he comprendido desde luego que alguna desgracia me amenazaba, y he tratado de estar prevenida contra ella. Puede usted hablar.

—Yo, por más que usted diga, amo al conde de un modo que usted no puede comprender; le amo como usted nunca podrá amarle.

—¿Dónde va usted á parar?

—Por obtener su amor, en otro tiempo, no vacilé ante el crimen.

—Lo sé.

—Por poseerlo hoy, puede usted estar segura que no retrocedería ante nada.

—¿Eso quiere decir que usted me amenaza?

—Justo; y cuando yo amenazo, es porque me hallo dispuesta á realizar mi amenaza.

—¿Y si yo quisiera, á pesar de todo, seguir sosteniendo la lucha que hay entablada entre las dos hace mucho tiempo?

—Usted sucumbiría.

—No lo sabemos.

—Vuelvo á repetirla que caería bajo mi planta.

—Ya sabe usted que soy resuelta.

—Y yo, además de la resolución, tengo también la astucia.

—Ya estoy prevenida contra ella.

—¡Imposible!

—Veremos quien vence.

—El conde me ama.

—Porque no la conoce.

—Me teme.

—Yo le infundiré valor.

—Usted callará,—dijo lady Spinger con un acento indescribible.

—Yo hablaré.

—Entonces el hijo pagará las culpas de la madre.

—¿Qué quiere usted decir?—exclamó la duquesa aterrada por aquellas palabras.

—Que su hijo está en mi poder.

—¡Mentira!—gritó María sintiendo que su corazón se desgarraba.

—Le repito que su hijo está bajo mi custodia, y él me responde de cuanto usted haga.

—Pero eso no es verdad, eso no puede ser; el conde no habrá sido tan infame.

—El conde me ama y nada sabe negarme. Ya le he dicho antes que tenía atrevimiento y astucia; sé demasiado que es usted una enemiga harto terrible, y he tratado, no de luchar franca y lealmente, sino con la astutucia y la doblez; usted se convencerá de que no es muy fácil vencerme.

La duquesa quedó anonadada al escuchar las palabras de la inglesa.

Su corazón de madre recibió un golpe terrible al saber que su hijo se encontraba en poder de aquella mujer, que la aborrecía con toda la fuerza de su corazón.

Sin embargo, pasado el primer momento, volvió á alzarse con altivez, y dijo:

—Pues bien; á pesar de todo lucharé.

—Vuelvo á encargarla que tenga mucho cuidado, porque estoy dispuesta á todo.

—Y yo también.

—Si da usted el paso más insignificante para aproximarse al conde, su hijo pagará....

—¡Basta!—exclamó la duquesa, cuyo corazón se desgarraba cada vez que aquella mujer hablaba de su hijo.

—Debo advertirla, que no ignoro ninguno de sus movimientos, que mi policía me sirve mejor que la del gobierno, y que la tengo mejor organizada. Ahora puede usted obrar según se le antoje.

—Está bien, señora; adivinaba hacía mucho tiempo, que era usted muy mala, pero hoy he adquirido la evidencia de su infamia.

—Pues, sin embargo, el conde no opina lo mismo.

—El conde, es tan... miserable como usted,—repuso la duquesa con indignación.

—Vamos, duquesa, no lo tome usted con tanto calor, —dijo Mary con un acento en que vibraba un terrible sarcasmo.

María la contempló de una manera indescribible.

Sentía que las lágrimas se agolpaban á sus ojos, su corazón se había hecho pedazos ante aquella nueva infamia del hombre á quien tanto amaba, pero su orgullo

la impedía que las lágrimas saliesen de sus ojos, y que sus labios exhalasen una queja.

Delante de aquella otra mujer, de aquella rival tan orgullosa, quería aparecer vencida, pero no humillada.

Y vencida de un modo que su derrota la elevase en vez de rebajarla.

Así fué que, haciendo un esfuerzo supremo, la dijo:

—Nada en usted debería extrañarme, señora; al verla aquí, debí adivinarlo todo, pero mi corazón rechaza todas las vilezas, y dudaba.

—Ahora tendrá usted la evidencia y se convencerá de que toda lucha conmigo es imposible.

—Al contrario, quiero luchar con usted, y tarde ó temprano, abrigo la convicción de vencerla.

—Mis armas son mejores que las suyas.

—Yo tengo la razón y la justicia.

—Yo tengo la astucia.

—El arma de los miserables.

—Pero que los hace muy fuertes; no lo olvide usted.

—Estoy dispuesta á todo, no lo olvide usted tampoco.

Y después de pronunciar estas palabras, altiva, severa y desdeñosa, arrojó una mirada de supremo desdén sobre lady Spinger, y abandonó la estancia llevando la muerte en el corazón.

Lady Spinger se quedó mirando la puerta por donde la duquesa acababa de desaparecer.

La verdad era, que la actitud en que ésta se había colocado, la humillaba.

Su triunfo en aquellos momentos era muy parecido á una derrota.

—¡Oh!—murmuró,—yo te juro que he de dominar tu altivez.

Después llamó á Roberto que estaba en la estancia inmediata, y le dijo:

—Vamos á Madrid.

CAPITULO CXIX

Mary recibe una visita inesperada

En el momento que volvemos á presentar á nuestros lectores á la terrible enemiga del conde de Monte-Sagrado, la encontramos en su casa precisamente al día siguiente de su entrevista con la duquesa y dos después de aquel en que por mediación de Federico le había sido arrebatado á Andrés el hijo del conde, que éste había confiado á su custodia.

Todos cuantos pasos había dado el médico, todos fueron inútiles y su desesperación no conocía límites, viendo la inutilidad de todos sus esfuerzos.

Marcelo, que veía el disgusto de su señor, apenas sí se atrevía á decirle una palabra.

Por más que las apariencias quitaran toda clase de culpabilidad á Federico, Andrés se empeñaba en encontrarla.

Y lo que le desesperaba realmente era que no tenía nada en que apoyarse.

Su corazón le decía que aquello no había sido hijo de la casualidad, pero sin embargo, carecía de un dato en que apoyarse.

Hemos dicho que lady Spinger estaba en su casa en el momento en que volvemos á verla, y réstanos añadir que se encontraba en una de sus habitaciones particulares reclinada con indolencia en una butaca y á juzgar por su actitud, hondamente preocupada.

Su inmovilidad era tal, que á no percibir los latidos de su agitado seno, hubiérasela creído presa de algún accidente.

El motivo de su preocupación era, sin duda, la presencia de un niño, á quien ya conocen nuestros lectores, por ser el mismo á quien Monte-Sagrado fué á ver á Fuencarral en otra ocasión, y que posteriormente hemos sabido era su hijo.

Mary le contemplaba profundamente, mientras la pobre criatura, sobrecogida por la presencia de aquella mujer, no se atrevía á moverse ni á articular una palabra.

—Sí,—murmuraba Mary analizando con su fría mirada las facciones del niño.—No tiene duda, es su retrato; esa criatura es la causa de todas mis desgracias, y es necesario que me sirva de rehén para conseguir lo que quiero. Necesito que el conde sea mi esposo y lo será aunque para ello tuviera que quitar de en medio á todas esas mujeres que me lo vienen disputando.

Fué tan implacable la expresión que esta mujer dió á su rostro al pronunciar aquellas palabras, había en ella tanta maldad, por decirlo así, que el pobre niño no pudo

menos de retroceder algunos pasos mirando con sobresalto hacia la puerta.

Mary no perdió aquel movimiento, y tratando de devolver á su rostro la expresión benévola y apacible que tenía ordinariamente, dijo con acento dulce y acariciador:

—¿Te has asustado, niño? ¿qué tienes?

—Quisiera ver á mi papá,—contestó Eugenio con voz tímida.

—¿Y quién es tu papá?

—Gervasio.

—Ese hombre á quien no he podido coger entre mis manos,—murmuró Mary con acento concentrado.—Ya le verás,—continuó cambiando súbitamente de expresión.

—Ayer también me dijo usted lo mismo.

—Es que ayer no pudo ser.

—¿Y hoy le veré?

—Quizás sí. Dime,—prosiguió Mary.—¿Conoces tú al conde de Monte-Sagrado?

—Un señor muy guapo que me llevaba juguetes muy bonitos y á quien mi papá me hacía que respetase y que le quisiera; ¡ya lo creo!

—¿Y le quieres?

—Mucho, señora.

—¿Y á mí?

—A usted...

Y Eugenio se quedó cortado y confuso, porque no sabía qué contestar.

—Sí, á mí.

—Pues bien,—contestó el niño con resolución,—mi papá me ha dicho que no mienta nunca, y que á las per-

sonas no se las puede querer más que tratándolas. Yo no había conocido á usted hasta ahora.

—Y no me quieres por eso, ¿eh?

—Ya querré á usted cuando me deje ver á mi papá.

—Ya le verás,—contestó Mary con acento indefinible.

En aquel momento se presentó uno de los criados favoritos de la inglesa en el aposento, y dirigiéndose á ésta la dijo en voz baja algunas palabras que debieron ser muy importantes para ella, toda vez que palideció de emoción y se apresuró á decir en inglés:

—Llévate á ese niño y ocúltale con sumo cuidado en lo más retirado de casa. Después que lo hayas hecho, díle al conde que pase.

Y dirigiéndose al niño, prosiguió:

—Hijo mío, vete con Tom y á la tarde verás á tu papá.

—¿De veras, señora?—exclamó Eugenio con alegría.

—Sí; pero anda, anda.

El criado cogió al niño de la mano y momentos después Mary hallábase de nuevo sola en su estancia.

—¡Ese hombre aquí!—murmuró;—¿cuál será su objeto al venir á esta casa? ¿habrá sospechado que su hijo está en mi poder y vendrá á reclamarlo? ¡Oh! no abandono tan fácilmente la presa que al cabo de tantos años he podido coger. Ese hombre no me conoce y...

No pudo continuar. Alzóse el *portier* que abría la puerta de la habitación, y Monte-Sagrado, pálido, pero severo é impasible, apareció en la puerta.

Al verle, Mary no fué dueña de ocultar un movimiento de sorpresa, de alegría y de cólera al mismo tiempo, que por mucho que trató de reprimirle no pasó desapercibido para el recién llegado.

Adelantóse ceremoniosamente hacia ella, y estrechando entre las suyas la mano de la inglesa, la dijo:

—Señora, ya en otra ocasión tuve deseos de ver á usted, pero circunstancias imprevistas me lo impidieron. Hoy que éstas han desaparecido, tengo un placer en venir á ofrecerla mis respetos.

—Yo agradezco en lo que vale su recuerdo,—contestó con finura la inglesa,—y no pude menos de deplorar la causa que le impidió entonces venir á verme según me prometiera.

A una indicación de Mary, el conde tomó asiento en una butaca próxima al sofá donde ella estaba, y le dijo:

—Hacía tanto tiempo que no nos veíamos, que mi visita, señora, no me parece que será tan corta como una de etiqueta exige, y teniendo que hablar tanto, desearía que no fuésemos interrumpidos.

—Ya sabe usted, conde, que siempre han sido para mí sus deseos mandatos, que he tratado de cumplir.

Y diciendo estas palabras dirigióse á un timbre colocado sobre un precioso velador de Malequita.

Oprimió el botón, y al vibrante sonido que produjo, apareció un criado.

Mary le dió orden de que no recibía absolutamente á nadie, y cuando quedaron solos, dijo á Monte-Sagrado:

—Está usted complacido. Ya ve si siempre soy para usted la misma.

—La doy mil gracias por sus atenciones, y la suplico me preste alguna atención, pues voy á referirla una historia que, aun cuando usted conoce ya, por si acaso ha olvidado algún detalle, quiero que los recuerde con el objeto de que después me responda de una manera categórica acerca de sus intenciones.

—Verdaderamente que me pone usted en cuidado con semejante exordio.

—No tal, Mary. Sé demasiado que no es usted de las personas que fácilmente se asustan, y me parece que podemos hablar casi de igual á igual.

—Me confunde usted con esa opinión.

—Vamos, señora,—replicó el conde con alguna impaciencia,—dejemos el tono que hasta ahora hemos venido usando, y hablemos como dos adversarios que tratan de imponerse mútuamente condiciones.

—No he sido yo la que ha pronunciado semejante palabra; pero en fin, toda vez que usted cree que yo tengo que estipular alguna condición, como guste. Sepamos de qué se trata.

El conde se detuvo algunos segundos como si tratara de coordinar sus ideas, diciendo por fin:

—¿Recuerda usted cuando nos conocimos, señora?

—Si no me es infiel la memoria, hace veintiún año.

—Justamente; ¿y no ha olvidado usted las circunstancias en que lo hicimos?

—Ocurren en la vida tantas circunstancias, que con la mayor facilidad olvida una varias de ellas.

—Aun vivía el difunto lord Spinger. Estábamos á la falda del Etna, usted viajaba por capricho y yo principiaba entonces mis viajes. Usted, en la existencia tranquila, dulce y apacible que llevaba con su esposo, no había podido satisfacer la avidez de placeres y de emociones que sentía su corazón. Se trataba de una erupción que se presentaba en el Vesubio bajo proporciones verdaderamente temibles. Ustedes llevaban guías, yo iba solo. La noche anterior nos habíamos visto en la fonda, y nuestras miradas se encontraron casualmente. Usted

ha tenido siempre una gran habilidad para ocultar en su semblante los verdaderos sentimientos de su alma.

—Suplico á usted,—dijo Mary interrumpiendo al conde,—que suprima la apología que trata de hacer de mis sentimientos.

—Tiene usted razón. Usted no los ignora y yo los conozco; por lo tanto, inútil será que hablemos de ello. Iba diciendo que nos vimos, y que mi corazón, impresionable y muy joven entonces, no pudo ver sin cierta emoción á aquella joven lánguida, hermosa é incitante, apoyarse en el brazo de un hombre anciano ya, sin sentir una emoción desconocida. Usted afectó ruborizarse al ver la persistencia de mis miradas, y aún me pareció que á hurtadillas trataba de mirarme también. Subimos el Etna, y cuando aquella noche desde un lugar seguro contemplábamos la erupción, usted sobrecogida por semejante espectáculo, hubo de desvanecerse, y á no ser por mí, que me lancé desde una altura enorme y pudé cogerla á tiempo afortunadamente, se habría destrozado en el abismo que se abría á sus piés.

—Generosa acción que le proporcionó el aprecio de mi esposo y el mío también.

El conde fijó una mirada escrutadora en el apacible semblante de aquella mujer, continuando al cabo de un intervalo:

—Es verdad; y ¿recuerda usted cómo pagamos ambos la confianza que aquel noble anciano depositara en nosotros?

—¿A qué viene recordar ahora todo eso?—dijo Mary con un acento de disgusto bastante marcado.

—Ya lo sabrá usted luego, después. Yo tenía escrúpulos entonces, señora, usted no debe ignorarlo; duran-

te toda mi larga vida de aventuras, habré cometido faltas, pero no me remuerde la conciencia de haber abusado de la confianza depositada en mí, más que en aquella ocasión. Usted me impelió á ello; usted, que según me dijo, me amaba como jamás había amado. ¿Recuerda usted las noches que pasamos en medio de los canales de Venecia? Ambos mecidos dulcemente en el fondo de una góndola por las tranquilas aguas del Adriático, nos olvidábamos de todo, para entregarnos á un amor verdaderamente criminal. ¿Recuerda usted las consecuencias que tuvieron aquellas entrevistas?

CAPITULO CXX

Lady Spinger se niega á todo

Al escuchar esta pregunta, Mary tornó á palidecer.

El continuó:

—¿Qué hizo usted de aquella pobre niña fruto de un crimen?

—Ya he contestado á usted una porción de veces que aquella niña murió,—contestó Mary, con un acento que se esforzaba por aparecer tranquilo.

—Durante los últimos meses que estuvimos unidos, yo tuve ocasión, señora, de ir conociendo lo que era usted. Sorprendí las pasiones que rugían en el fondo de su pecho y temblé por la que yo le había inspirado. Su carácter dominante y altanero, el exclusivismo egoista que dominaba en todas sus acciones formaban un yugo, que á mí, que no podía soportar ninguno, se me hacía doblemente intolerable. Yo principiaba á vivir, y

anhelaba otra clase de amor muy distinto del que hallé en usted. Veía tan negro el fondo de su alma que me estremecía á la sola idea de que el hijo que llevaba usted en su seno pudiera parecerla algún día un padrón de infamia. Usted me exigía sin cesar cariño, y en mi corazón lo había usted muerto. Me ofreció que el único obstáculo que á nuestra unión se oponía le haría desaparecer su voluntad, y temblé cuando ví que admitía en su servicio á Roberto, en cuyo semblante estaba dibujado el crimen con los más enérgicos caracteres. Yo fuí muy débil entonces. Usted estaba poseída de no sé qué vértigo fatal, y no retrocedía ante nada, ni ante nadie. Por esa razón lord Spinger, falleció, sin que me fuera posible avisarle del peligro que corría. Supongo, señora, que no habrá usted olvidado la terrible escena que entonces ocurrió.

—Hay cosas que deben olvidarse siempre, y si continúa usted hablando de ese modo, me pondrá en la necesidad de que renuncie á una conversación que la creí un poco más agradable al principio.

—Usted permanecerá aquí y escuchará lo que yo quiera que escuche.

Había un acento tal de autoridad en las palabras que pronunció el conde, se revelaba tanta firmeza en él, que aquella mujer no pudo menos de sentirse dominada é inclinar la vista ante la poderosa irradiación de las pupilas de su interlocutor.

—Yo entré en casa de usted muy ajeno del espectáculo que se iba á ofrecer á mi vista. ¡Lord Spinger ha muerto! me dijo usted. Yo me quedé trémulo porque instantáneamente adiviné que aquella muerte era la consecuencia de un crimen. Usted misma se encargó de justificar mis sospechas. «Ya no hay obstáculo alguno

que se oponga á nuestra unión, ya ves si te amo.—No sé lo qué sentí al escuchar estas palabras. La corroboración de mis sospechas estaba allí, usted no había retrocedido ante nada. No pude contestarla, porque mi pensamiento estaba embotado por la impresión terrible que acababa de recibir. Durante los días que siguieron á aquella memorable noche reflexioné mucho, y el resultado de mis reflexiones fué: que pues involuntariamente había sido cómplice en semejante infamia, no debía prestarle mi asentimiento tácito uniéndome á la verdadera criminal.

Palideció de una manera intensa Mary al escuchar estas palabras.

El crimen arrojado á su rostro de una manera tan brusca, la repugnaba, la hacía daño, y su cólera era doblemente violenta por la impotencia en que se hallaba de hacérsela sentir á aquel hombre.

—Ocho días después,—continuó Eugenio,—era usted madre. Brevísimos fueron los instantes en que yo pude ver á mi hija; pero presintiendo lo que después sucedió, sin saber por qué, yo que poseía el secreto de ciertos ácidos y que estaba prevenido para aquel lance, tracé con una aguja candente sobre el tierno brazo de mi hija una fecha y un nombre. ¿Qué hizo usted de mi hija, señora?

—Murió,—contestó Mary,—como ya le dí á usted pruebas en otra ocasión.

—¿Pero cómo murió aquella desgraciada criatura? Privada de las caricias y del afecto, no de su madre, porque usted es incapaz de sentimiento alguno, pero sin las mías, porque usted quiso privarme hasta de ese consuelo. Desde entonces, señora; ¿por qué se lo he de negar si ya se lo he repetido varias veces? sentí hacia usted una

aversión tal que me fué imposible vivir más tiempo á su lado. Partí de Londres, juré no volver más á un país donde el crimen se me había presentado bajo la forma más hechicera, sin sospechar que usted no era persona que fácilmente abandonara la idea que se había propuesto. Crucé los mares, fuí errando de corte en corte, de nación en nación y por donde quiera que iba, mi talento era ensalzado, mis hechos llamaban la atención, se me acariciaba, se me festejaba, se me concedían hasta los regios favores, y sin embargo, yo lloraba mi corazón perdido, mis ilusiones marchitas, mis desvanecidos ensueños. Usted tuvo, señora, la habilidad cruel de recoger mi corazón virgen para devolvérmele completamente gastado. Llegó un día, sin embargo, que encontré una mujer en cuya mirada creí descubrir la felicidad. Había principiado por cometer una bajeza con ella, y concluí enamorándome como un loco. Quise hacerla mi esposa, pero su odio de usted que no me había olvidado ni un día, pudo descubrir dónde me hallaba; púsose sobre mis huellas y fué á herirme, en el mismo momento en que iba á respirar al cabo de mucho tiempo. Desbaratóse mi boda; la duquesa de la Vega se vió deshonrada por usted y mi hijo cayó en su poder, exigiéndome en cambio de su devolución mi mano de esposo. ¿Cuántos años duró aquella lucha de astucia contra astucia? Los medios que tuve que emplear para recobrar á mi hijo no lo sé ya, señora. Vivió conmigo mucho tiempo, es decir, estaba oculto á todas las miradas, porque las de usted hubiesen podido penetrar donde no llegaran las de la generalidad; pero á pesar de todas mis precauciones, pudo descubrirlo un día, y mi hijo está en su poder. Vengo á reclamarle.

A las últimas palabras del conde se siguieron algunos momentos de silencio.

Eugenio esperaba que milady le contestase, y ésta comprendiéndolo así, le dijo:

—¿Ha concluido usted ya?

—Sí, señora.

—Veo que no ha olvidado usted ningún detalle de nuestra común historia.

—No he olvidado ninguno, aunque aquí he omitido varios. No he querido hablarle de su ruín venganza con la pobre Chiarini en San Petersburgo, ni de todas las tramas que ha puesto en juego una vez y otra para causar la desgracia de las personas que me han amado.

—Pero y bien; ¿qué quiere usted por final de todo eso?

—¡Quiero á mi hijo, señora!

—¿Y qué me dará usted en cambio?

—Mi agradecimiento y mi olvido respecto al pasado.

Por un momento el semblante de aquella mujer expresó una emoción que difería en mucho de su expresión habitual.

Pero lady Spinger tenía una idea fija en su imaginación; á ésta había sacrificado todo y estaba dispuesta á sacrificarlo de la misma manera.

El conde estudiaba en su semblante lo que en su pecho pasaba, y al ver que sus facciones volvían á revestirse del glacial desdén que todo el mundo advertía en ella, no pudo menos de hacer un pequeño movimiento de despecho.

Nada podía sacar de lady Spinger.

—¿Me dará usted su nombre?—dijo ésta.

—¡Nunca!—contestó Eugenio con resolución.—En mi

mano no hay crimen, señora; la de usted me mancharía.

A este insulto palidecieron las mejillas de Mary, pero dominándose inmediatamente, repuso:

—Como usted quiera.

—¿Es decir que para usted nada significa mi dolor, que quiere usted continuar siendo una mujer sin corazón? ¿Y no teme usted, señora, que un día en mi indignación, denuncie á la justicia la mujer criminal que engaña al mundo con el falso oropel con que se encubre? ¿No teme usted que la justicia divina, más segura que la humana, se desplome sobre su cabeza, y la anonade con su tremendo castigo?

—¡Ja! ¡ja! ¡ja!...—exclamó Mary, riéndose de una manera nerviosa.—Vamos, conde, amenazarme á mí con la justicia humana, es confundirme con la vulgaridad de los criminales; que se busquen en el cadáver de mi esposo las huellas de una muerte violenta. No hace mucho tiempo le ví en Londres porque está perfectamente embalsamado y nadie diría sino que estaba durmiendo.

El cinismo de aquella mujer excitó la cólera del conde en términos que, levantándose de la butaca, repuso:

—Calle usted, señora, calle usted, porque siento horror y repugnancia al escucharla hablar de esa manera. Ya que ha cometido usted el crimen, no haga usted alarde de una manera tan cínica y tan descarada. ¿Conque es decir que no quiere usted entregarme á mi hijo?

—Mientras que no varíe usted de opinión...

—¡Jamás!

—Entonces, me parece que puede renunciar á verlo.

—Yo la devolvería, hasta mi afecto.

—¿Y de qué me sirve? ¿cree usted que yo me he encenegado en el crimen por su amistad acaso?—exclamó lady Spinger con exaltación, que á la par que hablaba iba en aumento.—Yo he amado á usted con un amor de Satanás, con un amor que me abrasaba el pecho, y que ofuscaba mi mente á cada paso. Sentía unos celos atroces, mi alma se retorcía entre desesperadas convulsiones. Y cien pensamientos, á cual más horribles se ofrecían á la imaginación cuando se me ocurría la más pequeña idea de que usted pudiera amar á otra mujer. Me casé con lord Spinger contra mi voluntad; yo no le amaba: no amé nunca hasta que no ví á usted. Entonces, sí; un volcán abrasaba mi pecho. Excitada por este amor, me hice criminal, y hubiera descendido sin vacilar el último escalón de la infamia si hubiera sabido que había de encontrar la posesión del objeto que ambicionaba tanto. ¡Hablarme á mí de amistad! ¿De qué me sirve ésta si yo necesito otra clase de cariño? Ya que yo no puedo ser feliz de la manera que quiero serlo, sufra usted también, que por mucho que padezca jamás podrá igualarse á lo que yo he padecido.

Era tan resuelto el acento de aquella mujer, que Monte-Sagrado comprendió que sería inutil cuanto la dijese.

Así fué que haciendo un movimiento para marcharse, la dijo:

—¿Conque es decir que usted se niega rotundamente á acceder á lo que deseo?

—¿Y pudo usted imaginárselo nunca? Me parece que ya debía comprender mi carácter y saber que jamás retrocedo. Usted me ha puesto en la pendiente, y, ó me salvo con usted, ó ambos nos hundimos en el abismo,

arrastrando en nuestra caída á todas las personas á quienes usted ame.

Al escuchar el conde estas palabras, no pudo menos de sentir el vago temor de un peligro próximo para María.

Recordó lo que Rosa en medio de su magnético sueño le dijo, y que le obligó á escribir á la inglesa la carta pidiéndola una cita á la cual no pudo asistir por la complicación de sucesos que hubo, sucesos conocidos ya de nuestros lectores.

Así fué que dijo:

—¿Es decir que usted me amenaza en las personas que me son queridas?

—Y me parece, conde, que harto sabe usted que yo no amenazo en balde jamás.

—Mal medio ha elegido usted para obtener mi amor.

—Sea lo que quiera. Estoy resuelta, ya que yo no puedo obtener su cariño, á que no lo obtenga ninguna otra mujer

—Señora...

—La duquesa ya está fuera de combate.

—¿Qué dice usted?—preguntó vivamente el conde.

—¿Cree usted acaso que yo me resignaría á hacerle feliz con otra mujer, y que ella me insultara con su satisfacción y su orgullo? ¡Qué necedad! He avanzado demasiado, y ó me salvo con usted ó con usted me condeno para siempre.

—Está usted encendiendo de tal modo mi indignación que no comprendo cómo tengo suficiente paciencia para escucharla.

—Me parece que yo no le he mandado llamar.

—¿Qué ha hecho usted con María?

—Pregúnteselo á ella, si es que está en Madrid.

—¿Qué ha hecho usted con María? Responda pronto...

—Lo que he querido. Era preciso que se alejara y creo haberlo conseguido. Mañana que mi despecho se excite contra esa Marieta, á quien ya en otro tiempo castigué, hallaré también un medio para ridiculizarla en términos que se haga imposible para usted; y si á pesar de todo nada obtengo, y usted persiste, y da su mano á cualquier mujer que sea, téngalo usted bien presente, puesta en el camino del crimen no retrocederé ante nada; mataré, y usted tendrá la culpa de todo.

Se había transfigurado de tal manera Mary al pronunciar estas palabras, brillaban sus ojos con un resplandor tan sombrío, era su acento tan ronco, que Monte-Sagrado, que nada de cobarde tenía, se sintió sobrecogido por una especie de terror inexplicable.

Durante algunos segundos reinó un silencio solemne en la habitación.

Al cabo de ellos, dijo Eugenio:

—Perfectamente, señora; si hubiese podido dudar alguna vez de su infamia, usted me la habría hecho comprender con su lenguaje. ¿Es decir que está resuelta á proceder tan villanamente como manifiesta?

—Sí, señor.

—¿No quiere usted devolverme mi hijo?

—Mientras no me conceda lo que deseo...

—¿Y puede usted pensarlo siquiera?

—Bien; continuaremos así, yo por mi parte me avengo muy bien con la situación. Ya se lo he dicho; ó ser feliz con usted ó vivir padeciendo á la par que usted sufra.

—Señora, no provoque usted mi cólera, porque...

—¿Todavía me amenaza usted con los tribunales?—repuso sonriéndose Mary.—¿Qué podrían hacer ellos? ¿Existe acaso alguna prueba justificativa de esas pequeñas conspiraciones femeninas que la sociedad sanciona y disculpa?

—Pero es que la sociedad, señora, no puede disculpar el que una mujer asesine á su esposo, y el que una madre abandone á su hija.

—¿Y qué pruebas tiene la sociedad de todo eso? ¿Quién me creería culpable?

—Tiene usted razón. He sido un necio al venir aquí creyendo que en el fondo de su pecho existiría un pequeñísimo átomo de sentimiento. Adiós, señora,—prosiguió el conde disponiéndose para partir,—veo que entre nosotros no puede existir más que la lucha, pero á muerte, sostenida, interminable; lucha en la cual todos los medios que se empleen son buenos, si llegamos á conseguir el fin.

—No le falta á usted razón.

—Pero tiemble usted el día de la expiación, porque será muy terrible para usted.

Y el conde, después de pronunciar estas palabras, pálido, sombrío y severo, abandonó aquella estancia, donde entró con alguna esperanza y de donde salía con el corazón lleno de luto y desconsuelo.

CAPITULO CXXI

Golpe tras golpe

El conde de Monte-Sagrado no sabía qué hacer.

Habíase dirigido á la autoridad y ésta puso inmediatamente en juego á sus delegados, cuyas diligencias en los primeros momentos no dieron resultado alguno.

Presentóse en casa de lady Spinger, y ya hemos visto la actitud en que aquella mujer se había colocado, actitud que le quitaba toda esperanza de llegar á la solución apetecida.

Sin saber qué hacer, dirigióse á la casa de Andrés con el propósito de pedir á su amigo algún consejo, dadas las dolorosísimas circunstancias en que se encontraba.

Pero otra nueva decepción le esperaba allí también.

Marcelo, el criado del médico, le dijo:

—¡Válgame Dios, señor conde! no puede usted imaginarse el disgusto tan grande que ha tenido mi señor, viéndose obligado á marchar de Madrid inmediatamente.

—¡Cómo! ¡Andrés ha salido de Madrid!

—Sí, señor; su primo, el marqués del Valle, se encuentra gravemente enfermo, y aun cuando la señora marquesa tiene una gran confianza en el médico de la casa, le ha puesto un telegrama para que partiese en seguida, y hace dos horas que marchó á Burgos. Creo que algo de esto le habrá dicho á usted, porque me ha encargado que llevase una carta á su casa, y allí la he dejado.

—Todo parece que se conjura contra mí,—murmuró el conde con indescribible acento.

Y salió de la casa del doctor dolorosamente afectado.

—¿Qué hacer?—murmuraba;—¿á quién dirigirme? porque realmente para la lucha que estoy sosteniendo, necesito auxiliares. Comprendo que mi cabeza empieza á vacilar.

Y el conde se dirigió á su casa, donde, efectivamente, encontró la carta de que Marcelo le hablara.

En ella le decía Andrés:

«Amigo mío: usted sabe, porque varias veces me lo ha oído, el profundo afecto que profeso á mis primos los marqueses del Valle, á quienes usted también conoció en París.

»Elena me ha puesto un telegrama diciéndome que le ha ocurrido á su marido una gran desgracia, y que necesita inmediatamente mis auxilios.

»Mal guardador de la joya que usted me había confiado, tampoco puedo servirle en estos momentos de su tribulación. Parto sin poderme despedir de usted, pues

apenas si tengo tiempo para poder alcanzar el tren que sale á la una.

»Creo que mi ausencia será breve.

»Nuestros amigos Ricardo y Juan Antonio, no vacilarán en ayudarle, si para algo necesita su apoyo.

»Desde Burgos escribiré á usted, y desearé también que á Burgos me dirija las noticias respecto á los resultados de los pasos que dé.»

—¡Oh!—exclamó el duque apenas hubo leído esta carta,—tiene razón, no me había yo acordado de Ricardo y del pintor. Sí, yo mismo comprendo que hoy hasta me sería imposible soportar la inmensidad de mi dolor. Esa mujer parece que ha adquirido mayores proporciones en el terreno del mal, de las que siempre había tenido. Y ahora que recuerdo, ha dicho que María... ¡Oh! que nueva infamia habrá cometido con ella. Insensato de mí que al salir de casa de Mary no he corrido en busca de ella.

Y el conde, como si tratara de enmendar el olvido que padeciera, pidió el carruaje y se dirigió inmediatamente á casa de la duquesa.

Y allí encontró confirmada la suposición de lady Spinger.

La duquesa, según dijeron sus criados, había marchado á Francia en el tren que había salido á la una.

—Pero ¡Dios mío!—exclamó el conde con desesperado acento;—¿será posible que el mal triunfe protegiendo á esa mujer del modo que lo hace? ¿Qué habrá pensado María al ver que ni fuí á su casa cuando la había ofrecido, ni la he llevado á su hijo? ¿Qué le habrá dicho esa mujer para obligarla á tomar una resolución semejante? ¡Oh! no vacilo más; es necesario que busque el apoyo de

mis amigos. Jamás había necesitado el auxilio de nadie para luchar contra la fatalidad, que parece personificada en esa mujer. Pero hoy, hoy me encuentro débil y abatido, y creo que mi cabeza ha perdido hasta la facultad de pensar.

Y dió orden al cochero para que le condujese á la casa de sus amigos.

Juan Antonio estaba trabajando en su taller, y Ricardo, medio tendido sobre un diván de terciopelo carmesí, fumaba en una pipa de largo tubo de ambar con abrazaderas de oro, cuando la puerta del taller se abrió, y el conde de Monte-Sagrado apareció en el estudio.

Al fijarse los ojos de nuestros amigos en el semblante del recién llegado, ambos por un movimiento simultáneo, se levantaron y corrieron hacia él, diciéndole:

—¿Qué ocurre, conde? ¿qué sucede?

Efectivamente que el estado en que estaba Eugenio, era á propósito para causar el sobresalto que experimentaron los dos jóvenes.

Aquel hombre tan fuerte y tan impasible en la apariencia, estaba completamente transformado.

Sus mejillas pálidas, sus ojos extraviados, su frente arrugada por el dolor, todo en él revelaba uno de los acontecimientos que hacen zozobrar todo el valor del hombre más fuerte.

Dejóse caer sobre el mismo diván en que se encontraba momentos antes Ricardo, y murmuró:

—¡Qué desgraciado soy!

Contempláronle nuestros amigos con asombro, y Ricardo preguntó:

—Pero ¿qué pasa?

—Vengo en busca de ustedes.

—¿De nosotros?—dijeron ambos á la par.

—Sí; necesito que los dos únicos amigos que tengo, me ayuden en estas circunstancias.

—Hable usted.

—¿Puedo contar con ustedes?—preguntó el conde fijando en ambos su escrutadora pupila.

—Todo mi capital está á su disposición,—contestó Ricardo.

—No se trata de dinero, amigos míos.

—Hable usted.

—Es preciso que se decidan á ayudarme; quizás en la empresa que vamos á acometer, nos encontraremos con peligros que no se pueden preveer, ni...

—Sepamos de lo qué se trata,—dijo Ricardo, cuya novelesca imaginación se exaltaba con el riesgo anunciado por el conde.

—Voy á revelar á ustedes un secreto que hace mucho tiempo guardo en mi corazón.

Ricardo y Juan Antonio se aproximaron al conde con un interés lleno de curiosidad, hasta cierto punto.

Era tan nueva la situación en que le veían, que deseaban á todo trance una explicación de ella.

—Hace algunos años, en otros países muy lejanos de Europa, tropecé con una mujer joven, hermosa y rica. La encontré donde nadie podía verme, fuí un infame, y aquella mujer me perteneció sin saberlo, porque estaba desmayada. Pocos días después nos encontramos en un baile; yo palidecí al verla, y sus ojos no pudiendo resistir la brillantez de mis pupilas, se inclinaron haciendo que se enrojeciera su rostro. No es para este momento el referir á ustedes todos los incidentes de aquel amor que se apoderó de todo mi sér, y que es el único que en

mi vida he sentido. Un día la revelé mi crimen, ella me perdonó y confió en la promesa que la dí de darla mi nombre; pero sobre mi vida pesa una especie de fatalidad que en el mundo se conoce con el nombre de lady Spinger.

—¡Lady Spinger!—exclamaron los dos jóvenes.

—¡Sí, lady Spinger!—contestó el conde con amargura, —esa mujer que ustedes han visto tan fría, tan severa, tan impasible, es mi ángel malo; la encontré en mi camino, no analicé su corazón, equivoqué aquella fase de mi vida, y cuando desperté, esa mujer me juró odio eterno si no aceptaba sus proposiciones, y por donde quiera que he ido la he encontrado siempre, y su presencia ha sido para mí la señal de alguna desgracia.

—Según eso ¿ahora?

—Ella, amigos míos, ella es la persona con quien vamos á luchar.

—¿Diga usted cómo?

—Déjenme ustedes que concluya. Lady Spinger apareció en Madrás á los pocos días de haber dado á luz María un niño. Cuando la ví temblé, y no fué sin fundamento, señores, pocos días después circularon unos anónimos, y en ellos se hablaba de mis citas nocturnas con María. Esta infamia explotada hábilmente, me arrebató el cariño de aquella mujer que de la noche á la mañana desapareció de Madrás llevándose á su hijo.

—¿Y usted qué hizo con lady Spinger?

—La ví y se burló de mi desesperación; la guerra entre ella y yo se hizo más encarnizada que nunca, y cuando al cabo de dos años encontré en Londres á la duquesa de la Vega, cuando estaba dando pasos para aproximarme á ella, esa mujer valiéndose de uno de sus agen-

tes, la misma noche en que yo había conseguido justificarme á sus ojos, le robó á su hijo haciendo recaer en mí toda la culpa de su villanía.

—¡Oh! esa mujer no merece piedad.

—No puede usted imaginarse nunca lo que me ha hecho sufrir.

—Y ahora ¿qué ha hecho?

—A fuerza de astucia y de perseverancia, pude conseguir al cabo de algún tiempo recuperar á mi hijo; entonces no sabía dónde estaba la duquesa, lo conservé conmigo durante mucho tiempo, y al venir á España, lo puse bajo la custodia de un hombre que me es leal como la pestaña lo es al ojo; pero al ver aquí á lady Spinger lo traje á mi casa recelando algo de ella, ví á María y traté de aproximarme á ella, pero ¡ay! amigos míos, la duquesa ha desaparecido y mi hijo también.

—Pero...

—Sí, mi hijo ha sido arrebatado de casa de Andrés donde lo había llevado.

—¿Y no sospecha usted que la duquesa?...

—Esta carta no me deja duda alguna.

Y el conde al pronunciar estas palabras, sacó del bolsillo una carta que entregó á Ricardo, y que había recibido á los pocos momentos de llegar á su casa.

Nuestro amigo desdoblóla apresuradamente, y leyó lo que sigue:

«Conde: tu hijo está en mi poder; la lucha sostenida hace tantos años declina la suerte en mi favor; para obtener á tu hijo necesitas dar tu nombre á Mary.»

—¿Y qué quiere esa mujer?—preguntaron á la par Ricardo y Juan Antonio.

—Ya lo ven ustedes, quiere ser mi esposa.

—¡Oh! ¿y nace de ahí esa persecución?

—Sí, ese es el sueño dorado de esa mujer.

—¿Y piensa hacerse amar valiéndose de semejantes medios; mal sistema ha empleado.

—Es que aun no lo saben ustedes todo.

—¡Cómo! ¿Pues hay más todavía?

—Existe aun un cieno más asqueroso en el corazón de esa mujer.—repuso Monte-Sagrado con un acento indescribible.

—¿De veras?

—Ha tenido valor para decirme que envenenó á su marido con el objeto de quedarse libre.

—¡Qué horror!

—Cuando tal confesión me hizo, temblé, señores, temblé, yo que en mi vida he temblado; la rechacé con indignación, y ella entonces me amenazó con la muerte de cuantos seres pudiera amar.

—¡Oh! pues es necesario á todo trance salvar á ese pobre niño.

—Sí, le salvaremos,—añadió Juan Antonio.

—Muy pronto lo han dicho ustedes,—repuso el conde,—para luchar con esa mujer es necesario mucha astucia.

—La tendremos.

—¡Gracias, amigos míos, gracias!—exclamó el conde estrechando con efusión entre las suyas las manos de sus amigos.—La única advertencia que debo hacerles, es que de lo que hemos hablado, á nadie, pero absolutamente á nadie, digan ustedes nada, porque esa mujer, quizás en estos momentos, ya sabrá que me encuentro aquí.

CAPITULO CXXII

Federico muestra lo que vale

Los dos amigos, no pudieron menos de mirarse al escuchar las últimas palabras pronunciadas por el conde.

Este, continuó al cabo de algunos momentos:

—Sí, amigos míos, esa mujer es más temible de lo que ustedes creen.

—Desde luego,—repuso Ricardo,—que juzgando por lo que usted nos ha dicho, ya comprendemos que tendremos que adoptar todo género de precauciones.

—Por supuesto, que á mí me agrada una cosa así, no precisamente por lo que á usted se refiere, querido conde,—prosiguió el joven,—porque puede estar seguro que lo deploro en gran manera, pero me gusta esa clase de luchas. Está en la masa de mi sangre. Llevaba mucho tiempo de inacción.

—Pues ya le aseguro á usted que una vez que se rompan las hostilidades con esa señora, tendrá usted donde ejercer su actividad.

—Supongo que Andrés será también de la partida,—dijo Juan Antonio.

—Desgraciadamente por el momento no puede serlo, vean ustedes la carta que me ha escrito.

Y mostró á sus amigos, la carta que ya conocen nuestros lectores.

El conde había sabido por Andrés que corrió inmediatamente á su casa, la desaparición de su hijo, en la cual Federico había intervenido si bien de un modo por el cual no se le podía hacer cargo directo.

Resultado de aquella noticia fué la visita del conde á lady Spinger como vimos en otro lugar, y después á casa de Andrés.

—Si que habrá tenido un disgusto,—dijo Ricardo, después que hubo leído la carta que le dió el conde,—en primer lugar, porque muchas veces le he oído hablar de esos parientes á quienes tanto quería, y en segundo, por el momento en que precisamente ha tenido que separarse de usted.

—Y si ustedes supieran todo lo que Andrés vale para mí...

—Lo mismo que vale para todos sus amigos, porque hay que convenir en que tiene condiciones especialísimas. ¡Qué diferente es de su hermano!

—Y mucho más todavía del íntimo amigo del duque, de ese Montesinos que no me ha gustado nunca.

—Ni á mí.

—Ni á ninguna persona que tenga sentimientos dignos y generosos,—añadió el conde,—porque crean ustedes que ese Montesinos es capaz de todo.

—Sí, hace tres ó cuatro días que le oí hablar de la Chiarini, y lo hacía en unos términos, que, francamente, me disgustaron tanto, que no pude menos que contestarle con bastante violencia.

—¿Y qué tenía él qué decir de ese ángel, que por su desgracia fué á cruzarse en mi camino?

—Luego, ¿es verdad lo que decían?—preguntó Ricardo vivamente.

—¿Y qué era lo que decían?

—Suponían, y eso lo afirmó Federico, que la Chiarini había tenido ó tenía relaciones con usted y que no era un ángel de castidad como otros querían suponer.

—¡Infame!—exclamó el conde lleno de indignación. —Conozco demasiado de donde ha partido el tiro, y si alguna vez hubiese dudado que Federico fuera cómplice de lady Spinger, eso que usted acaba de decir me lo corroboraría.

—¡Cómo!

Y los dos jóvenes miraron asombrados al conde.

—Amigos míos,—prosiguió éste,—por mi fe de hombre honrado, puedo asegurarles, que Marieta Chiarini, es tan pura y tan casta como un ángel del cielo. Es verdad, hubo un momento en que creí amarla; mi labio encendió en su corazón fuego abrasador que no se ha extinguido todavía, pero felizmente la embriaguez pasó en un momento, y el ángel pudo separarse de mí, sin que sus alas se hubieran manchado. Lady Spinger, la hizo pagar harto caro su amor, y la infeliz ha tenido que sufrir mucho por esa razón. Hoy no estoy para poderles referir cómo y en qué circunstancias conocí á Marieta, pero algún día podré decírselo, y ustedes comprenderán si yo le debo á esa pobre niña cariño y protección, cuando tanto ha tenido que sufrir por mi causa.

—¡Oh!—exclamó Ricardo, con un acento que no dejó de llamar la atención del conde,—entonces me alegro infinito de haber tomado su defensa.

—Protéjanla ustedes también, porque es digna de ello. ¡Ojalá que la pobre encontrara un corazón digno de ella!

—¿Pero usted no la ama?—dijo Ricardo.

—Yo no puedo amar más que á la madre de mi hijo. Por esto les ruego á ustedes que unamos nuestros esfuerzos y pensemos en los medios que vamos á emplear para conseguir el resultado apetecido.

—Desde luego lo primero que tenemos que hacer, es establecer un sistema de espionaje perfectamente organizado, respecto á esa mujer,—dijo Juan Antonio.

—No tan pronto,—repuso Ricardo,—eso es cuestión para más adelante, estoy esperando de Granada dos criados de mi casa que no tienen precio para eso, y en cuanto lleguen, ya verá usted si son buenos sabuesos. Hoy, por hoy, cuanto hiciéramos sería inútil.

—¡Inútil!—dijo el conde sorprendido.

—Sí, señor; comprenda usted que lady Spinger siendo tan astuta como es, ha de presumir que la estamos observando, y por lo tanto ni ella ni sus criados, darán paso alguno que les pueda comprometer.

—Es verdad,—repuso Monte-Sagrado.

—Cuando debemos empezar el espionaje, es de aquí á unos días, y hasta si quiere usted creerme, en el caso de usted, haría otra cosa.

—¿Qué?

—Ausentarme de Madrid algunos días, pero esto hacerlo ostensible, de un modo que no pudiera quedar duda alguna á esa señora de que realmente estuviera

usted fuera. Esto la haría disminuir precauciones, y como lo menos que se puede imaginar, es que nosotros estamos encargados de vigilarla, nos facilitaría mucho nuestra tarea.

—Tiene razón Juan Antonio,—dijo Ricardo.

El conde reflexionó unos momentos.

Después, dijo:

—Tienen ustedes razón. Precisamente el otro día, el marqués de La Unión me invitó á visitar sus dehesas de Extremadura y aprovecharé esa circunstancia.

—Al mismo tiempo como nosotros dentro de muy pocos días vamos á echar el periódico á la calle, nadie podrá sospechar que ocupados en las tareas que empresas de esa especie llevan consigo, podremos obrar con toda libertad.

—¿Es decir que está usted resuelto á publicar el periódico de que me habló?

—¡Ya lo creo! ¿cree usted que no he de vengar los desdenes y las burlas de toda esa gente? Mucho más con todo lo que he descubierto después del desafío. Yo le aseguro á usted que Herminia, el vizconde, el conde de Meneses y muchos otros que abundan en la sociedad, se han de acordar del provinciano y de su amigo, de quienes han estado burlándose sin piedad.

Todavía continuaron un buen espacio reunidos el conde de Monte-Sagrado y sus amigos, hasta que por fin éste se dirigió en busca de Rosa, la famosa *vidente*, que tanto le había servido para traerse á su hijo á Madrid.

Pero como ya hemos dicho, Monte-Sagrado estaba de desgracia aquel día.

Rosa, dolorosamente afectada por la prisión de su amante, había caído gravemente enferma.

Entretanto, lady Spinger una vez que el conde hubo salido de su casa, hizo llamar á Roberto.

Este se presentó ante ella tan impasible como de costumbre.

—¿Sabes á lo que ha venido el conde?—le preguntó vivamente la dama.

—Me lo figuro.

—Ha venido á pedirme á su hijo.

—Era lo que debía hacer. De nadie podía sospechar si no de usted.

—Y ya comprenderás que me habré opuesto á entregárselo.

—También lo creo.

—No faltaba más. ¿De qué me servirían entonces todos los trabajos que hemos hecho?

—Pero, si el conde hubiese accedido á lo que usted desea...

Lady Spinger fijó una mirada escrutadora en el semblante de Roberto, cual si tratara de leer en su pensamiento.

Pero el inglés permaneció impasible, y lady Spinger se apresuró á decirle:

—Si él accediera á lo que yo deseo, ya sabes lo que te tengo dicho, mi venganza sería terrible entonces. Es necesario que avises inmediatamente á Federico; ese niño debe salir de aquí cuanto antes, y puesto que nos ofreció un asilo seguro para él, es preciso que nos lo diga si lo ha encontrado.

—Está bien.

Y Roberto salió de la estancia.

Dos horas después, Federico llegaba á casa de lady Spinger.

—Cuando ha llegado su enviado de usted,—la dijo,—precisamente estaba disponiéndome para venir. Hoy mismo he llegado de Guadalajara.

—¿Se ha ocupado usted del encargo que le hice?

—Pues, ese objeto ha tenido mi viaje á Guadalajara. Usted me indicó que deseaba un sitio bastante retirado de Madrid y al cual se pudiera ir por ferrocarril.

—Justo, porque de ese modo puede burlarse mejor la vigilancia, si es que alguna se ejerce respecto á nosotros.

—¡Oh! esa seguridad ya puede usted tenerla, porque Andrés es muy tenaz, y no perdonará fácilmente el haber sido burlado.

—Lo sé. ¿Ya ha encontrado usted el sitio que buscaba?

—Sí, señora.

—¿Seguro?

—Tan seguro, como que se trata de una pobre gente que me debe algunos favores, y yo les he hecho creer que ese niño es hijo mío, á quien persigue sin piedad la familia de su madre.

—Es preciso que esa gente esté bien pagada.

—Desde luego.

—Roberto le entregará el dinero que sea necesario para ello.

CAPITULO CXXIII

Proyectos

Durante algunos segundos permanecieron silenciosos los dos personajes.

De pronto, dijo lady Spinger:

—¿Ha visto usted al conde en el cuarto de la Chiarini?

—Sí, señora.

—Esa necia seguirá todavía enamorada de él.

—Si por las apariencias hemos de juzgar, nada puede decirse respecto á ello.

—Pues, sin embargo, es preciso que se diga, ¿comprende usted?

—Siguiendo las indicaciones que usted me hizo, yo he procurado hacer circular algunos rumores.

—Que deben irse acentuando cada vez más.

—Como usted quiera.

—Mire usted, Federico; usted comprenderá que yo

tengo un interés especial contra el conde de Monte-Sagrado. Persigo respecto á él, un fin análogo al que usted persigue respecto á Andrés del Cerro, el hermano del duque del Solar. Uno y otro, es decir, usted y yo, presumo que tenemos muy poco que echarnos en cara respecto al empleo de los medios que puedan contribuir á nuestro objeto, por lo tanto, á usted le conviene mucho estar unido á mí.

—Lo mismo que á usted la conviene que yo la ayude.

—Justamente, no se lo niego; si mi objeto al decirle esto no es otro que asegurar más nuestra unión, teniendo en cuenta las ventajas que uno y otro podemos reportar de ella.

—Precisamente lo que yo necesitaba era un auxiliar como usted.

—Y yo otro que se encontrase en las mismas condiciones que usted se encuentra.

—En consecuencia, va usted á permitirme que yo dirija todo lo que á mi negocio se refiere, dejando á usted en cambio en completa libertad para que me diga cuanto le parezca oportuno respecto al suyo.

—Me parece que esto es lo más equitativo y que cada uno de nosotros respectivamente, pueda conocer y apreciar lo que se relacione con el fin que persigue.

—Así es. Por lo demás, me parece que siempre es conveniente que nos consultemos, porque á veces lo que á uno no se le ocurre puede ocurrírsele á otro, y sobre todo, tratándose de aliados de buena fe como nosotros somos, con mayor motivo.

—Pues nada, nada, disponga usted de mí en absoluto.

La inglesa reflexionó algunos momentos, y dijo después:

—¿Qué medios son los que piensa usted emplear para que saquemos á este niño de aquí?

—Me parece que metiéndole en un coche, nada hemos de temer; se le lleva á la estación y...

—No, por cierto, veo que no ha pensado usted bien lo que ha dicho. ¿Cree usted que el conde y su amigo no estarán con cien ojos?

—Lo que es su amigo, no por cierto; porque según he sabido ahora por casualidad, ha marchado á Burgos hoy mismo, llamado por un individuo de su familia que parece ha sufrido un accidente.

—Bueno, pero queda el conde.

—Es verdad. Entonces no tenemos más recurso que tener al niño en esta casa durante algunos días, hasta que el conde afloje su vigilancia, y entonces sacarle de aquí.

—No por cierto. Vamos á ver, ¿qué estaciones son las que hay en esa línea más inmediatas á Madrid?

—La primera Vallecas, y Vicálvaro la segunda.

—¿A qué hora sale el tren para Guadalajara?

—El tren-correo á las siete y media de la noche.

—Pues perfectamente; ¿cuánto cree usted que puede tardar mi coche con el tronco que llevo, de aquí á Vicálvaro?

—Una hora ú hora y media, sin necesidad de mortificar mucho el tronco.

—De modo, que saliendo de aquí á las seis, puedo estar muy bien en Vicálvaro para cuando llegue el tren.

—¡Ya lo creo! y todavía tendrá usted que esperar.

—Pues entonces no hay necesidad de guardar tantas precauciones, usted se marcha mañana á Guadalajara, yo salgo de aquí en mi carruaje con Roberto y el niño á

las seis, llegamos á Vicálvaro, entramos en el tren, y llegamos á Guadalajara, donde yo me voy á la fonda, mientras ustedes llevan el niño á la casa donde se ha de quedar.

—Pero ¿y si hay alguien observando la casa cuando usted salga?

—No tenga usted cuidado, que á nadie se le ocurrirá viéndome por la ventanilla, que en el otro lado va el niño. Por otra parte, mi cochero sabe perfectamente lo que debe hacer para despistar á cualquiera que tratara de seguirnos. Por aquí no hay ninguna parada de carruajes, y cuando el que estuviera observando me quisiera seguir, entre el laberinto de calles del Turco, de la Greda y del Florin, nos encontraríamos en el Prado sin que nadie se hubiese apercibido.

—No está mal pensado.

—¿Conque quedamos así?

—Desde luego.

—Véase usted con Roberto para la cuestión de dinero.

—No hay necesidad de ir tan deprisa.

—Sí, señor, en asuntos de esta especie, cuando uno quiere que le sirvan, es necesario pagar pronto y bien. Esas personas de quienes usted se ha valido, es preciso que vean que tienen una utilidad positiva permaneciéndonos fieles, y no dejando que nadie sospeche la existencia del niño en esa casa; si no les pagáramos bien, crea usted que omitirían precauciones, y pronto se sabría en el barrio que en la casa había un huésped, comenzarían los comentarios, tras los comentarios vendrían las preguntas, y como la curiosidad no quedaba satisfecha, aumentarían las habladurías, y ¡sabe Dios lo que podría

resultar de ello! por lo tanto, para evitar esa contingencia, pague usted bien, y bien servido estará.

—Como usted guste.

—Al mismo tiempo, no se olvide usted de lo conveniente que es ir calentando la atmósfera contra la Chiarini; puede convenir algún día alguna manifestación de desagrado, y es bueno que ya el público esté prevenido. En resumen, amigo mío, esa mujer me estorba en Madrid, y es necesario preparar el modo de echarla de aquí.

—Entendido, con eso solo me basta.

—Pues á obrar.

Federico abandonó la casa de lady Spinger, diciendo:

—Hé aquí una mujer á quien sirviéndola bien, la tendré dispuesta cuando me convenga para secundar mis planes. Digo, y lo que es la tal señora, es una pieza que se pierde de vista. El día en que yo la arroje en el camino de Emilia y de Andrés, ¡qué de cosas puede hacer!

Y á pesar de que como Ricardo había dicho muy bien al conde noches antes en el casino, había tenido que tomar la defensa de Marieta, aquella noche en otros círculos hizo algunas indicaciones respecto á ella, dando por resultado que las miradas comenzaran á fijarse tanto en el conde como en la cantante.

Al día siguiente Federico marchó á Guadalajara.

Lady Spinger dijo á Roberto por la tarde:

—Sales ahora de casa, tomas un coche después de haberte enterado de que nadie te espía y haces que te lleve á Vicálvaro, ¿comprendes?

—Sí, señora;—contestó lacónicamente el inglés.

—Una vez en Vicálvaro me esperas en la estación.

Puedes desde allí despedir el cochero, porque has de venir conmigo á Guadalajara.

—Es decir que nos llevamos al niño.

—Sí, Federico estará esperando en la estación de Guadalajara y cuando lleguemos nosotros, tú y él os dirigiréis á la casa donde ha de quedarse. Ralph y yo nos iremos á la fonda, donde luego vendrás á reunirte conmigo.

—¿Tiene usted algo más que ordenarme?—preguntó Roberto con su impasibilidad acostumbrada.

—No. Yo saldré de aquí á las seis, á fin de estar en Vicálvaro á la hora que llegue el tren.

Roberto inclinó la cabeza saludando á la viuda y salió de la estancia.

Poco después estaba en su cuarto, y únicamente entonces, arrojando, por decirlo así, la máscara con que se encubría, exclamó con un acento imposible de describir.

—¡Ay de tí el día en que se acabe mi sufrimiento! Has hecho de mí un demonio, y ya que me he condenado por tí, yo te aseguro que no has de burlarte de mí. El sufrimiento tiene sus límites, y no sé por qué se me figura que el mío está ya á punto de agotarse.

Poco después salía de su casa, y después de haberse asegurado de que nadie le observaba, tomó un carruaje é hizo lo que Mary le ordenara.

Esta á su vez llamó á Ralph, momentos antes de la hora en que debía salir, y le dijo:

—Dí que pongan el coche, y prepárate porque vas á acompañarme.

El criado acostumbrado ya á la pasiva obediencia, abandonó la habitación.

La dama, entonces, llamó al niño, le dijo que iba á

conducirle al lado de su padre, y poco después penetraba en el carruaje.

Este había entrado dentro del portal, de modo que nadie, aun cuando en la calle estuviera observando, podía hacerse cargo de las personas que iban en él.

Precisamente colocó al niño en el lado donde iba corrida la cortinilla, mientras que en el que ella ocupaba, bajó el cristal á fin de que se la pudiera ver perfectamente.

Ralph subió al pescante con el cochero. Después de haberle dado su señora las instruccioness necesarias.

Todo se hizo como Mary había dispuesto.

El hijo de Monte-Sagrado quedó aquella noche en Guadalajara en la casa que Federico había dispuesto.

CAPITULO CXXIV

Preparativos de ataque

TRANSCURRIERON algunos días.

El periódico de que Ricardo había hablado á su amigo, comenzó á circular.

Su aparición produjo un efecto extraordinario.

Jamás se había visto una oposición más enérgica al gobierno, ni una manera más clara de hacer alusión á determinadas inmoralidades que se estaban cometiendo.

Ricardo llevaba la dirección del periódico, Juan Antonio estaba á su lado.

Alrededor de ellos habíanse reunido algunos jóvenes entusiastas y de corazón, y desde los primeros artículos se comprendió que los que así escribían estaban dispuestos á sostener sus acusaciones.

El andaluz era implacable en sus odios.

Estaba irritado contra los que habían pretendido burlarse de él.

Quería humillarles, desenmascarándoles de tal manera, que no tuvieran más remedio que acudir á pedirle perdón.

Jugaba á la bolsa porque en ella sabía que jugaban dos de los que consideraba como sus enemigos capitales.

La baronesa del Lago no tenía grandes posesiones que la dieran la renta que necesitaba para sostener su tren.

El vizconde del Monte, metido constantemente en todos los ministerios, sabía todas las noticias que pudieran influir en los fondos públicos, y su agente avisado oportunamente compraba ó vendía según las circunstancias exigieran.

Herminia se había asociado al vizconde, y en algún tiempo realizaron un capital fabuloso.

Ricardo supo esto, y pensó atacarlos por dos partes á la vez; por su influencia en el gobierno y por su capital en la bolsa.

El conde de Meneses, padre de Inés, también entraba en el número de las personas á quienes debía herir la cólera del joven.

Ricardo necesitaba que Juan Antonio humillase también á la mujer que le desdeñara, y trataba de herir al conde, que ocupaba un lugar muy distinguido en uno de los partidos que se disputaban el poder.

Aquí tenemos ya explicada la clave del enigma que en vano buscaban todas las personas que conocían á nuestros amigos.

El conde no cesaba de decir á Ricardo:

—¿Pero cuándo vamos á ocuparnos de esa mujer?

—Ya sabe usted lo que le he dicho, hoy sería imprudente que lo hiciésemos todavía; el día en que usted se ausente, entonces comenzará el espionaje.

—Y no sería conveniente que en el periódico hiciésemos alguna alusión á la infamia de esa mujer?

—Por ningún estilo, ¿no comprende usted que sería llamar la atención y ponerla en guardia? En el momento en que viese que se hacía la menor indicación respecto á lo ocurrido, ya nos inutilizábamos para después. Nuestra fuerza estriba precisamente en que ella no abrigue desconfianza respecto á nosotros.

—Y de Andrés ¿no han sabido ustedes nada?

—Ayer tuve carta. Me dice que ya le ha escrito á usted también.

—Sí, por cierto que el pobre se ha encontrado allí con una catástrofe que no esperaba y que le retendrá una porción de tiempo.

—Me indica que no da de vida á su pariente más allá de un par de meses, y que su prima no quiere que se mueva de allí.

—Justamente, vea usted por dónde ahora que tan necesario nos era su concurso, nos vemos privados de él.

—No tenga usted cuidado, que ya procuraremos descubrir lo que nos conviene.

Aquel día, el conde recibió una carta de París.

Era de la duquesa.

Su lectura le produjo un dolor infinito.

La carta no podía ser más terrible.

Estaba concebida en estos términos:

«Señor conde de Monte-Sagrado.

»Muy señor mío: Había creído que después de su infame acción, por fin la Providencia le había tocado en el

pecho y comprendía que debía alguna compensación á la pobre madre á quien tanto daño había hecho.

»Por desgracia, he visto que me había engañado.

»El mismo día en que usted debía haberme visto, según me prometió, tuve una entrevista con esa infame mujer, digna de usted por todos conceptos, y en cuyo poder ha entregado usted á mi hijo.

»Esa es la más negra de las villanías que ha cometido usted.

»He abandonado á Madrid con el corazón destrozado, y si algo queda en él para el miserable que se ha burlado de mi amistad y de mi desesperación, es un aborrecimiento que nada podrá borrar.

»No trate usted de verme, no trate de hablarme, porque sería completamente inútil.

»*María de la Vega.*»

Eugenio quedó anonadado después que hubo leído aquella carta.

—¡Oh!—exclamó al cabo de algunos momentos,—cien vidas que tuviera esa mujer, no serían bastantes á comparar lo que me hace sufrir.

Y se puso al momento á escribir una larga carta á la duquesa refiriéndola cuanto había pasado, cuya carta envió á un amigo íntimo que tenía en la Embajada española en París, con encargo de que la hiciera llegar á poder de la duquesa.

Después escribió á Andrés otra larga carta, copiándole la que había recibido de María, y encargándole que viera de escribirla, para lo cual él le enviaría las señas tan luego su amigo de París le dijese donde vivía.

Al día siguiente recibió la invitación del marqués de La Unión, para ir á pasar unos días en sus dehesas de Extremadura.

Inmediatamente fué á ver á Ricardo.

—Ya puede usted decir en su periódico que mañana salgo para Extremadura,—le dijo.

—Perfectamente. Permanezca usted por allí hasta que yo le avise, porque calculo que durante su ausencia podremos conseguir algo. Mis dos criados conocen ya Madrid lo bastante para ponerse en campaña al momento, y no dudo que alcanzaremos el resultado apetecido.

—¡Dios lo quiera! Vea usted la carta que he recibido.

Y el conde mostró á su amigo la de la duquesa.

—¿Sabe usted,—le contestó el andaluz devolviéndosela,—que esa mujer es terrible?

—Ya se lo he dicho á usted. Se ha propuesto un fin, y si no lo consigue, es posible que en su despecho hasta sea capaz de dar muerte á mi hijo.

—¡Calle usted, por Dios!

—Lo que le digo.

—Indíqueme usted lo que quiera que haga durante su ausencia.

—No deje usted de velar por Marieta. He visto en algún periódico algo que parece indicar cierta prevención contra ella, y sin duda es obra de lady Spinger.

—¿No ha estado usted en el Real estas noches?

—No, francamente, no he tenido humor para nada.

—Pues parece que va tomando cuerpo la idea que le indiqué respecto á usted, y todavía, como que la maledicencia ante nada se detiene, llega hasta el extremo de aumentar el número de amantes y...

—¡Calumnia infame! querido Ricardo,—se apresuró á decir el conde;—los que así hablan no saben lo que dicen. Si tengo tiempo, esta noche enviaré á usted un ligero apunte por el cual podrá convencerse de lo

que ha sido esa pobre criatura, cómo la conocí y lo que ha sufrido.

—Me alegraré, porque de este modo podré defenderla mejor.

—Ya le dije que por mi fe de caballero le juraba que Marieta era un ángel, y hoy se lo vuelvo á ratificar. Defiéndala usted, amigo mío, y crea que hace con ello una obra digna y noble.

—Lo creo, conde, lo creo.

—La pobre no tiene otro defensor que usted. Yo, en uno ó en otro caso, ya sea que pueda presentarme á María llevando á mi hijo de la mano, ya que tenga que renunciar á ella por la infamia de esa mujer, no puedo ser para Marieta más que el amigo sincero, é inútil, porque mi corazón está muerto para su amor. Y sin embargo, crea usted que yo también he sido muy culpable para con esa pobre criatura. Yo he contribuido á fomentar su cariño, porque ha habido momentos en que realmente he creído amarla.

Ricardo nada contestó.

Hacía esfuerzos para escuchar tranquilo al conde, y sin embargo, á no estar éste tan preocupado con su misma situación, no habría podido menos de comprender que algo anormal le ocurría á su amigo.

Cuando salió el conde de su despacho, el andaluz no pudo menos de exclamar:

—¡Oh! sufro mucho. No sé cómo me he podido contener y evitar que Monte-Sagrado advierta lo que pasa en mí. ¿Será posible que yo ame á Marieta?

Y el joven permaneció largo tiempo con la cabeza apoyada entre sus manos.

Al día siguiente Eugenio se marchó con el marqués

y otros amigos, y la mayoría de los periódicos anunciaron su salida.

Al mismo tiempo Ricardo recibió una carta de su amigo, en que le decía:

«Querido Ricardo: Como ofrecí á usted, he pasado gran parte de la noche escribiendo esos breves apuntes respecto á ciertos sucesos de mi vida.

»Ni usted ni Juan Antonio conocen más que lo referente á lady Spinger.

»Hay, sin embargo, mucho más en mi existencia, especialmente lo que se relaciona con la duquesa y Marieta.

»En la vida de cada hombre hay escenas que la generalidad no conoce y que son precisamente las más importantes de ella.

»Son por lo general las que constituyen las épocas de su existencia, épocas que ejercen siempre una influencia ya bienhechora, ya desgraciada.

»En mi vida hay varias de estas épocas.

»Especialmente esas tres mujeres á quienes usted ya conoce, son los puntos determinantes de ellas.

»Comprendo su curiosidad después de lo que ha visto y de lo que ha oído, y quiero satisfacerla.

»Porque su curiosidad no es el vanal deseo de saber vidas ajenas, que preocupa á la multitud.

»Como en una simple conversación no podría usted abrazar todos los detalles de mi vida pasada, no he vacilado en confiarle la especie de diario que he trazado, y en él encontrará explicado lo que le había parecido algo confuso hasta ahora.

»Suplico á usted que lo lea con detención, y comprenderá que jamás ha sido capaz de cometer una infamia su amigo el conde de *Monte-Sagrado.*»

Por fin, la curiosidad de Ricardo iba á quedar satisfecha.

No se había atrevido á insistir, preguntándole varias veces respecto á aquel incidente, y deseaba con impaciencia apreciar debidamente el misterioso pasado de aquel hombre.

En su consecuencia, abrió agitadamente el diario y se puso á leerlo con avidez.

Hacemos gracia á nuestros lectores de varios incidentes que en él se encontraban por conocerlos ya, como era el de lady Spinger, y sólo tomaremos lo referente al conocimiento del conde con Marieta y con la duquesa de la Vega.

CAPITULO CXXV

Amores de dos mujeres

HÉ aquí lo que decían los apuntes del conde, desde el momento en que había tenido que conocer todo lo indigno del proceder de lady Spinger.

«La decepción que el conocimiento adquirido respecto al corazón de Mary, dió al mío,fué terrible.

Durante algún tiempo permanecí como aturdido.

El asqueroso criminalismo de aquella mujer, cuyo rostro en nada absolutamente delataba la infamia de su alma, me produjo un disgusto extraordinario.

Sentía ese asco, esa repugnancia que experimentamos hacia un manjar del cual, por el abuso que hicimos, nos produjo una enfermedad.

No hallándome bien, como no podía estarlo, en el

mismo punto en que ella residiera, decidí salir de Londres para siempre.

Pero recordaba las palabras últimas que Mary me había dicho.

«Donde quiera que vayas, sabrá encontrarte mi cariño y mi rencor.» Temía á aquella mujer como se teme á un reptil astuto y formidable.

Así fué que hice mis preparativos de marcha con un sigilo y de una manera que no fué fácil que nadie pudiera enterarse.

No contento con esto tomé pasaje para París, y al desembarcar en Calais, me reembarqué en el mismo puerto en un bergantín fletado á propósito, el cual me condujo á los Estados-Unidos.

Apenas tomé tierra en New-York, realicé algunas cantidades necesarias, dejé encomendados mis negocios al cónsul de Francia, persona que merecía toda mi confianza, y acompañado de mis tres fieles criados y dos negros del país, abandoné las poblaciones habitadas por los europeos y fuí á buscar las *pieles rojas*.

Durante dos años habité entre los salvajes y ví entre ellos rasgos, presencié escenas que no se podrían comprender nunca en nuestra culta Europa, y que sin embargo descubren y hablan muy alto en favor de los corazones vírgenes de aquellas gentes á quienes comparamos casi á las bestias y cuya profunda inteligencia desconocemos completamente.

He asistido con ellos á la caza del bisonte, he ido á sus pesquerías, he asistido á sus bodas, á sus entierros, á sus fiestas y á sus luchas, y en las cabañas de los salvajes americanos, en las tribus de un *Cheroko* después de haber fumado en una pipa, me he encontrado más se-

guro y más tranquilo que en el mejor palacio de nuestras ciudades civilizadas.

Abandoné la América por la India, y Madrás me vió pisar sus calles, donde todo lo admiraba con un asombro extraordinario.

Todos los establecimientos de la Compañía,me llamaron la atención y Bombay, Calcuta, Singapoore y todas aquellas ciudades donde al lado de la pagoda de alguna divinidad de la Cosmogonia indiana veía alzarse un palacio moderno; donde se confundían la primitiva cuna del mundo, con los últimos adelantos de la civilización y donde el *gentleman* más estirado y pulido que parecía abandonar á *Hyde-Park*, se codeaba con el labriego javanés ó con el cobrizo malayo de siniestra fisonomía y de intenciones más siniestras todavía.

Iba con una admiración siempre en aumento por aquel país y merced á las recomendaciones de los grandes empleados en el ejército y en la administración, crucé de una á otra parte, cazando el tigre en medio de sus magníficos bosques, viendo pescar las perlas y pulir los brillantes y observando un *taug* en cada mendigo de los que hallaba en mi camino, en cada portador de palanquín, ó en cada correo que pasaba por mi lado batiendo sus planchas de metal para espantar á las culebras y otros reptiles que á cada paso se encuentran en aquel país.

Merced á mi carácter aventurero asistí á algunas batallas de las que los soldados-cipayos daban á los *taugs*, fanáticos adoradores del dios Siba, dios de la sangre y del exterminio.

No olvidaré jamás el espectáculo de aquellas luchas que por lo regular tenían efecto en medio de espesos

bosques, donde los disparos estaban prohibidos, y donde sólo jugaba el arma blanca.

El *taug* se enlazaba al soldado indígena y le apretaba entre sus nervudos brazos estrangulándole, y si caía herido, en su última agonía mordía y arañaba los desnudos piés de su contrario hasta que le hacía caer al suelo, dándose por muy contento si al morir él, podía quitar la vida á algunos de sus enemigos, los europeos.

En una de estas excursiones tropecé con una mujer, que á mí, para quien estaban ya de más todas las mujeres del mundo; á mí que creía sufrir un desencanto respecto al amor y á todos sus placeres, me hizo palpitar el corazón como jamás lo había sentido, y cambió por completo mi existencia.

Eran las últimas horas de la tarde.

Regresaba yo á Madrás aspirando con delicia la perfumada brisa que brota de aquella tierra que encierra tantos perfumes, resonando agradablemente en mis oídos el canto del bengalí que despedía al sol desde su aéreo palacio, formado en las ramas de los árboles, y los lejanos rugidos de los tigres que abandonaban sus guaridas para añadir su horror á los horrores de las noches indianas.

Iba á caballo y de pronto éste se detuvo.

Iba tan embebido en la especie de éxtasis producido por la magnífica armonía que presentaba aquella naturaleza vigorosa y atrevida, que alcé la cabeza sobresaltado, llevando instintivamente la mano á mi revólver.

Pero no se trataba de un peligro á mi persona; no se trataba de un ataque á mano armada.

A mi derecha, reclinada sobre un lecho de hojas y de flores, dormía una mujer de belleza incomparable.

A pocos pasos de ella, un caballo pastaba en la pequeña pradera que se extendía á los bordes de un arroyuelo que por allí cruzaba.

Detúveme fascinado ante aquella mujer.

Su indolente actitud, su tranquilo sueño y su espléndida hermosura, encendieron mi sangre, y cometí una infamia.

Aquella mujer abrió los ojos, no me dijo una sola palabra, pero fué tal la expresión de su mirada, que avergonzado, confuso, tembloroso y lleno de remordimientos, me alejé de aquel lugar llevando el corazón herido y llena la mente con la imagen de aquella mujer.

Ocho días después, dábase un baile en casa del Altorney de Madrás.

Estaba invitado, y mi sorpresa no tuvo límites cuando en medio del baile ví aparecer la hermosura incomparable de mi desconocida.

Pregunté quién era, haciéndome el indiferente, y un capitán de cipayos me refirió que era hija de un opulento *nabab* de las cercanías de Madrás, que había enviudado la noche misma de sus bodas á consecuencia de un ataque que dieron los *taugs* á la quinta de su padre, á quien aborrecían porque era amigo de los europeos, y que su esposo, que era un noble español que se titulaba el duque de la Vega, había perecido defendiéndola.

Mucho tiempo, mucha constancia, muchos esfuerzos y mucho amor, me fué necesario para obtener de aquella mujer una palabra de perdón.

La consecuencia de mi falta fué, que la joven, que se llamaba María, pues su madre era francesa, diera á luz un niño casi en los días en que, obtenido ya su consentimiento, iba á unirme para siempre á ella.

Pero mi destino lo había dispuesto de otro modo.

Mary Spinger supo por fin donde estaba, y se lanzó sobre mis huellas hasta que me encontró.

La consecuencia de su inesperada aparición en Madrás, fué la de descubrir mi aventura misteriosa con la duquesa, arrojarla á la faz del público de una manera indigna, arrebatarme mi hijo, y obligarme á abandonar un país del que desapareció también, sin que supiéra donde había ido la única mujer á quien había amado.

Desesperado entonces y huyendo de aquella mujer, fuí á Singapoore con ánimo de embarcarme para Europa.

Entonces, y por casualidad, tropecé en el puerto con el mismo capitán en cuyo buque fuí desde Calais á New-York.

Aquel hombre á quien yo la primera vez me presenté como un reo político á fin de quitar todas las huellas á Mary, me reconoció inmediatamente, y me dijo que dentro de dos días iba á darse á la vela para el Havre.

Le ofrecí marchar con él, y ambos nos separamos.

Juan Romero, que así se llamaba el marino, era todo lo que se llama un hombre honrado.

No tenía más que un defecto, mejor dicho, una debilidad.

Amaba con extraordinario cariño á su piloto, el cuál desde el primer momento que le ví me causó una repulsión invencible.

Cuando pasé á bordo, me encontré con dos pasajeros que, como yo, se dirigían á Francia.

Estos eran una cantante que durante el invierno anterior había estado formando las delicias de los *dilletanti* de Washingthon y que, acompañada de su maes-

tro y protector, se dirigía á Francia á cantar al teatro Italiano de París.

Ella se llamaba Marieta Chiarini, y era casi una niña.

El, Stéfano.

Desde que entré en el buque, observé que las miradas del piloto se fijaban con una insistencia extraña en la joven.

Sin saber por qué, intereseme por Marieta.

Observé al piloto, y no me satisfacía la confianza y el cariño que el capitán le profesaba, aventurándome á dirigirle algunas palabras sobre esto.

El piloto, por su parte, tampoco simpatizó conmigo.

Tuvimos algunas cuestiones en los primeros días de la travesía, y una tarde observé que hablaba misteriosamente con algunos marineros que estaban en la proa, y que sus miradas se dirigían con alguna frecuencia hacia la popa, donde nosotros estábamos.

Ignoro el por qué, más una sospecha cruzó por mi mente.

En el barco iban valores de suma consideración confiados á la proverbial honradez del capitán, y me pareció que en aquella conversación se ocultaba algún proyecto en contra de aquellos valores, proyecto en el cual debía tener una parte muy activa mi hermosa compañera.

Por lo que pudiera suceder, me decidí por estar muy sobre aviso.

A la noche siguiente oí murmullos de voces sobre cubierta á hora muy avanzada ya.

Abandoné mi camarote, me deslicé con suma precaución, y aunque no pude distinguir las personas, oí las siguientes palabras, pronunciadas con voz recatada por el piloto:

—A bordo van en valores cerca de cuatro millones de pesos, sin contar los equipajes de los viajeros; los repartiremos y andando.

—Pero ¿y si nos vencen los demás?—preguntó un marinero, sin duda.

—Somos ocho,—contestó el piloto,—y quizá mañana podremos contar con el cocinero y el grumete; quedan cinco marineros, el capitán y los pasajeros; se los coge durante el sueño, y... no hay miedo. En fin, mañana á la noche hablaremos; lo que yo quiero más es la viajera.

Después ya no pude percibir una sola palabra.

Me retiré antes de ser descubierto, plenamente convencido de que se habían realizado mis sospechas.

Al día siguiente indiqué algo al capitán, el cual, de muy mal talante me dijo que yo lo que tenía era una prevención extraordinaria hacia aquel pobre muchacho, prevención nacida tal vez de los celos por lo mucho que miraba á la joven.

Indigneme con esta suposición, y me decidí por observar y morir en caso necesario, antes que aquel miserable realizase sus perversos designios.

El capitán fué un poco débil, dijo al piloto algo, y éste á su vez trató de ponerme mal con el capitán.

Aquella noche dije á Stéfano que durmiese poco y vigilase, pues había conspiración en el buque.

Encargué á mis criados que estuviesen muy alerta y siempre cerca de mí; tomé bien la topografía del buque, y velando sin cesar, estaba dispuesto para cuanto pudiera sobrevenir.

Una noche, veníamos corriendo un temporal deshecho.

A última hora no quedaban ya más que las olas un poco fuertes, pero el huracán había cesado.

Retiróse á descansar el capitán y algunos marineros, mientras el resto con el piloto, permanecieron sobre cubierta.

Temí aquella noche algún percance, y á pesar de que durante el temporal había estado trabajando como el primero, al retirarme á mi departamento no me dormí.

Largo tiempo llevaba con el oído vigilante, cuando me pareció que oía pisadas en la escalera que comunicaba el puente con el entre-puente.

Alcé la cabeza, tomé los dos rewólvers que traía siempre conmigo, y desperté á uno de mis criados.

Fueron acercándose los pasos hacia la cámara del capitán, y al mismo tiempo escuché una detonación, y el ruido de dos puertas que crugían.

Llamé á mis criados, y me lancé fuera del camarote.

Lo que había imaginado estaba sucediendo.

El piloto penetró en la cámara de Marieta, mientras los marineros se lanzaban á la del capitán.

Cuando llegué á este sitio, ví al piloto que luchaba desesperadamente con Stéfano, y que el capitán se defendía contra dos marineros.

Me arrojé sobre el piloto, y mi puñal malayo, que había comprado en Bombay, y que tanto me sirviera en mis refriegas contra los *taugs*, se hundió hasta la empuñadura en el pecho del piloto.

No olvidaré la exclamación que salió de los labios del capitán al ver caer muerto á su favorito, á quien entonces no creía culpable.

Acudieron algunos marineros fieles, y con ellos y mis criados pudimos sujetar á los traidores, no sin

haber salido yo con una herida, y el capitán también.

Entonces se descubrió toda la infamia del piloto, cuyo recuerdo no se borró jamás de la memoria del capitán.

En cambio, Marieta me profesó desde entonces una gratitud tal, que más tarde se convirtió en amor.

La ví posteriormente en París, y comprendí el estado de su alma.

Pero ¡ay! yo no podía amar.

Destilaban sangre todavía mis recientes heridas, y no era el amor de Marieta el que podía cicatrizarla.

Salí de París, y durante algún tiempo viajé por las costas del Norte de Europa.

Dos años después hallábame en San Petersburgo.

Marieta cantaba en el teatro Imperial.

La pobre niña estaba enferma de amor.

Me vió, y su enfermedad se agravó en términos que Stéfano, que adoraba á la joven con un delirante cariño, vino un día á buscarme, y me dijo:

—Señor conde, ame usted á mi Marieta, porque se muere.

Conmovióme el dolor de aquel hombre.

Ví á la joven, y la hablé de amor.

Resucitó, por decirlo así, bajo la influencia de una pasión que principié á fingirla, y que acabó por interesarme alguna cosa.

Pero me había olvidado de Mary.

Un día apareció de pronto en la corte de Rusia.

Temblé al verla, recelé un peligro, y pocos días después Marieta era silbada estrepitosamente en el teatro, se esparcieron calumnias ofensivas á su reputación, en las cuales jugaba mi nombre, y la pobre niña, herida

por aquel golpe, se vió en la precisión de romper su escritura y abandonar aquella ciudad, donde tan rudamente fué tratada.

—¡Oh!—exclamó Ricardo cuando llegó á este último episodio de los apuntes del conde,—esa mujer es infame, y merece un castigo tremendo. El conde está ya completamente justificado para mí.

Y continuó leyendo aquel manuscrito, de cuya lectura hacemos gracia á nuestros lectores, toda vez que la mayor parte la conocen, por estar sumamente enlazada con los sucesos que hemos venido refiriendo.

CAPITULO CXXVI

El periódico de Ricardo

Los apuntes del conde, leídos por Ricardo y parafraseados después por Juan Antonio, produjeron un gran efecto en ambos jóvenes.

—Amigo mío,—dijo Ricardo á Juan Antonio,—es necesario ya romper las hostilidades en absoluto; lady Spinger es preciso que á pesar de su astucia quede vencida, y que nosotros encontremos al hijo de Eugenio. Así es como yo concibo la amistad.

—Y yo también. Que se pongan inmediatamente José y Tomás en acecho, ya que desde el primer momento tuviste la buena idea de que no viniesen á esta casa para que nadie pudiera sospechar de ellos.

—Encárgate tú de darles las instrucciones necesarias.

—Así lo haré.

Y efectivamente, desde aquel momento Roberto y Ralph, tuvieron dos vigilantes tan constantes, que Ricardo sabía diariamente donde habían ido uno y otro.

Sin embargo, transcurrieron algunos días y no supieron nada de nuevo.

No obstante, recogieron un dato muy interesante.

Un día, en la nota diaria que daban los criados á su señor, decía:

«Hoy han estado á visitar á la consabida, dos caballeros.

»Iban juntos en el mismo carruaje, y según se ha podido averiguar, el uno es el duque del Solar y el otro un amigo suyo llamado Federico Montesinos.»

Al llegar á esta parte de la nota, exclamó Ricardo:

—Aquí encontramos ya justificada la presunción de Andrés; Montesinos no es ajeno á la desaparición del niño, es más, le juzgo cómplice de lady Spinger.

—Siendo así, había también que encargarle á José que le observe.

—Eso tiene un mal, que si les distraemos demasiado no van á poder atender á todo.

—Es verdad.

—Por ahora lo esencial es que no dejen de observar á lady Spinger y á su gente. Federico cuando nos convenga, ya sabremos algo. Yo esta noche le veré en el Real, probablemente en el cuarto de Marieta. Allí van casi todas las noches él y el duque, y te aseguro que el uno y el otro, me van cargando demasiado.

—¡Qué distinto es Julián de Andrés!

—¡Ya lo creo! hay tanta diferencia entre ellos, como de la noche al día.

—¿Sabes que anoche había en el casino una polvare-

da de mil demonios contra el artículo de nuestro periódico?

—¡Ya lo creo! como que el vizconde y el conde de Meneses se han puesto en evidencia de un modo terrible. Te lo había dicho, es preciso quitar máscaras si queremos conseguir algo, y yo te aseguro que las voy á arrancar cueste lo que cueste.

—El vizconde, que según me han dicho, hace cinco ó seis días que ha salido á la calle, debe haberse puesto furioso.

—Me tiene sin cuidado.

—¡Oh! y á mí también; eso si que me importa tres caracoles, porque si se muestra ofendido, peor para él. Precisamente le tengo unas ganas, que él no lo sabe bien.

—Pues que se aguarde, que el artículo de mañana, aún será peor, porque anoche supe cosas, que te aseguro que han de llamar la atención.

Efectivamente, el periódico de Ricardo, no solo había conseguido hacerse importante en brevísimo espacio, sino que sus dardos lanzados con tanta habilidad como energía, daban de lleno en el blanco, y aun cuando todo el mundo podía señalar con el dedo á las personas á quienes iban dirigidos, la verdad era, que nadie podía quejarse.

Herminia y el vizconde, habían recibido un quebranto considerable en sus intereses.

Porque descubierto el negocio que hacían, se les habían cerrado las puertas; y dos ó tres jugadas que intentaron, seducidos por algunas noticias que habilidosamente hizo circular Ricardo, les hicieron perder cantidades considerables.

En cuanto á los ataques contra el conde de Meneses, ya eran de otro género.

Había manchas en su vida política, y Ricardo fué inexorable con ellas.

Al mismo tiempo el periódico se mostraba tan enérgico y tan duro contra el gobierno, que las denuncias llovian sobre él, sin que á pesar de esto, se consiguiera hacerle cejar en su campaña.

Como había supuesto muy bien Juan Antonio, el artículo de que había hablado á su amigo, excitó en alto grado la bilis del vizconde.

Y como si esto no fuera suficiente, Herminia acabó de irritarle diciéndole:

—Aseguro á usted que están portándose esos señores de un modo...

—Se portan como quien son; provincianos infatuados y como infatuados insolentes.

—No por cierto, vizconde, se portan como personas que ven que no hay quien las responda. La procacidad, el descaro, la audacia parece que han tomado carta de naturaleza en nuestro país. Esto lo han comprendido ellos perfectamente y hacen del descaro y del atrevimiento un arma para dominar é imponerse. Yo le aseguro á usted que si fuera hombre no obraría esa gente del modo que está obrando.

—Pues me parece que con personas que presumen de mucho valor se están metiendo y sin embargo nada les dicen.

—Y con eso ¿qué me indica usted?

—Contesto á lo que usted dice.

—Yo le aseguro á usted que si esos hombres tropezaran con otro de verdadero genio, ya se achicarían. Pero

me ven que soy una señora y sola, por añadidura, y así proceden ellos.

—Pues con eso se llevan un solemne chasco, porque han olvidado sin duda que yo ya estoy bueno.

—¡Por Dios, vizconde! no haga usted ninguna tontería.

—¿Tontería le llama usted á contestar como se merece la provocación de esos hombres?

—Siento ya haber dicho...

—Pues no lo sienta usted, porque precisamente lo mismo á usted que á mí nos afecta todo lo que dice ese papelucho.

—Mire usted que al conde de Meneses también lo pone...

—Es lo que no comprendo, como el conde ya no ha ido á abofetear á esa gente.

—Desengáñese usted, que el conde ya tiene edad.

—Sí, pero también ha de tener usted en cuenta que las ofensas son terribles, y para cierta clase de ofensas no hay edades.

—Es verdad. Por supuesto que lo más villano que hay en todo esto es el que esta gente lo que está haciendo no es más que realizar una venganza indigna. Porque todo ello no es hijo más ni menos que de lo que Inés, con mucha razón, hizo con ese pintorzuelo.

—Desde luego.

—La verdad es que esa gente necesita un escarmiento.

—Y lo tendrán, baronesa, lo tendrán, porque yo le aseguro que á nosotros no nos ponen ellos ni nadie en ridículo.

—Y sobre todo lo que nos han hecho perder.

—No me hable usted de eso, porque para pagar las diferencias de estos últimos días me he visto bastante apurado.

—¡Y una fortuna tan bonita como habíamos hecho!

—¿Todavía dice usted que tenga consideración y que no haga tonterías? pues si quisiera tener la fuerza de un gigante para aplastarlos á todos.

Puede comprenderse por esta actitud en que se encontraba el vizconde lo que había de resultar en el momento en que se encontraran con Ricardo.

Pero no fué con éste con quien tropezó.

Aquella noche en el Suizo estaba el vizconde hablando contra el periódico y sus redactores, en ocasión que entró Juan Antonio.

Los amigos del vizconde callaron y trataron de indicar á éste que tuviese prudencia.

Pero como lo que precisamente buscaba era el escándalo, continuó adelante resultando de ello lo que lógicamente había de resultar.

Un duelo que se verificó dos días después, á pistola, del cual resultó herido ligeramente en el brazo izquierdo el pintor.

El mismo día el conde de Meneses enviaba sus padrinos á Ricardo.

Al saberlo Juan Antonio murmuró con dolorido acento:

—Ahora sí que la pierdo para siempre.

Su amigo estuvo contemplándole algunos instantes y después salió del aposento, murmurando:

—Ese amor es incurable y yo no tengo derecho para hacer desgraciado al que quiero como un hermano.

El desafío de Ricardo con el conde era á pistola,

y como que éste era el ofendido debía disparar primero.

Arregladas las condiciones del duelo, Juan Antonio recibió una carta de Inés, en la que le decía:

«Caballero: sin derecho alguno para dirigirme á usted, tengo que hacerlo, sin embargo, porque se trata de mi padre.

»Comprendo que le he ofendido y quiere usted tomar la revancha en el periódico de que forma parte.

»Si se tratara de mí, solamente, me resignaría con mi suerte, toda vez que yo misma, quizás inconscientemente, la había provocado.

»Pero no es justo que usted haga pagar á los padres las faltas de los hijos.

»Arrepentida, humillada, con el dolor en el alma y la vergüenza en la frente, acudo á usted para que impida el duelo próximo á efectuarse entre su amigo y mi padre.

»Si conserva usted algún recuerdo de la época en que nos conocimos, si mi culpable silencio después no ha sido suficiente á borrar aquel recuerdo, yo le suplico que evite el que se abra un abismo de sangre entre los dos.

»Suplico á usted que esta carta la rompa porque no quisiera que mi padre supiese nunca el paso que acabo de dar en su favor.

»Ha sido más desgraciado que culpable.

»Compromisos de esos que existen en política le han obligado á realizar actos que su conciencia rechazaba.

»Suplico á usted que no desatienda el ruego de una mujer que deplora todo cuanto ha pasado, mucho más porque fué un instrumento inconsciente de otras intrigas.

»Olvídeme usted y salve la vida de mi padre. Es el único deseo de

»*Inés de Meneses.*»

El joven volvió á leer la carta y dijo después:

—¡Es imposible! yo no puedo decirle á Ricardo que renuncie á ese duelo, yo no puedo pedir á mi amigo, al que tanto ha hecho por mí, que mancille su reputación. Ha sido una fatalidad lo que ha pasado, pero de esa fatalidad no soy yo el responsable.

El joven cogió la pluma y se puso á escribir una carta.

CAPITULO CXXVII

Tras de la tempestad la calma

JUAN Antonio rompió la carta que había escrito, murmurando al mismo tiempo:

—¡Pero Dios mío! ¿cómo puedo yo decirle á esta mujer que todo es imposible, que yo no puedo hacer nada por ella y que su padre está condenado indefectiblemente á morir? A morir, sí, porque si no tiene acierto en su primer disparo, Ricardo le mata. Si al menos hubiera sido conmigo el duelo, por evitarla una lágrima hubiera sido capaz de todo, hasta de perder la vida. Pero ahora es imposible, yo no puedo hacer nada, y para tenérselo que decir, vale más, pero mucho más que no la escriba.

Y Juan Antonio guardó la carta sin decir una palabra respecto á ello á su amigo.

El duelo se llevó á efecto al siguiente día.

Juan Antonio era uno de los padrinos de Ricardo.

El conde se mostró sereno y tranquilo en aquel trance supremo.

Hombre de verdadero valor, pero ligado por graves compromisos políticos, sintió cubrirse su rostro con el rubor de la vergüenza, cuando en el periódico del andaluz se sacaron á plaza actos que hasta entonces permanecieron envueltos en el misterio.

Con una sola palabra hubiera podido vindicarse de aquellas acusaciones.

Pero el conde no podía hacerlo.

No le quedó otro recurso que el de todo hombre digno que se encuentra en un caso semejante.

Envió sus padrinos al director del periódico que había sacado á relucir hechos que no podía desmentir.

El duelo se verificaba á pistola, como ya hemos dicho, y puestos frente á frente los dos adversarios, disparó primero el conde.

Fama de buen tirador tenía y su bala pasó rozando por la cabeza de Ricardo de tal modo, que tocó en sus cabellos.

Al ver que el joven tendía el arma, el conde de Meneses no pudo menos de sentir un ligero estremecimiento que dominó por medio de un poderoso esfuerzo de su voluntad.

El andaluz hizo la puntería y volviéndose hacia los padrinos del conde, les dijo:

—Un momento, señores. Ustedes han visto que he permanecido tranquilo ante la pistola de mi adversario. En este momento tengo su vida en mis manos. Yo le suplico al señor conde que acepte mis excusas y crea que es una verdadera prueba de afecto la que le doy.

Y al decir estas palabras alzó la pistola y disparó,

cortando una rama de un árbol que precisamente correspondía al sitio en que se hallaba el conde.

—Ya ven ustedes,—prosiguió el joven,—que quien ha cortado esa rama tan delgada podría haber segado la existencia de una persona, cuya dignidad me complazco en reconocer. No se achacará á falta de valor lo que hago, pero cumple á mi conciencia obrar de este modo.

Juan Antonio no pudo menos de arrojarse en los brazos de su amigo, diciéndole en voz baja:

—¡Oh! gracias.

El conde quedó á su vez profundamente admirado de aquella inesperada acción y de aquel rasgo de generosidad.

Sin embargo, no se mostraba dispuesto á aceptar lo hecho por Ricardo, habiendo sido necesario que sus padrinos le hicieran comprender que no tenía derecho alguno para oponerse.

El rasgo de Ricardo fué altamente encomiado.

Había afrontado sin pestañear el disparo del conde que pasaba de ser uno de los tiradores más diestros de Madrid, y cuando le había llegado su vez, él, que también había demostrado ser no menos diestro en el manejo de las armas, había hecho un blanco diferente renunciando al derecho que tenía sobre la vida de su ofensor.

Inés había esperado en vano una carta de Juan Antonio.

Y cuando vió que no llegaba y que su padre salía de su casa para dirigirse donde le llevaba su honor ultrajado, murmuró:

—¡No ha querido tener piedad de mí! se ha mostrado implacable y tiene razón, porque yo también lo fuí con

él. Aquí la única culpable, la causa de todo soy yo; yo que he despertado el rencor y la cólera de Juan Antonio y de su amigo, y ahora estoy pagando las consecuencias. Si mi padre tiene la desgracia de... ¡Oh! ¡qué horror! No quiero pensarlo siquiera. ¡Madre mía! ¡madre mía!—prosiguió la joven con desolado acento alzando sus ojos al cielo,—acude en mi ayuda, porque si tú no me amparas, no sé qué va á ser de mí. ¡Salva la vida de mi padre y toma en cambio la mía!

Y cayó de rodillas, permaneciendo así durante largo espacio.

Llena de afanosa inquietud, estaba espiando cuanto pasaba en su casa.

La voz más insignificante, el más leve rumor llamaba su atención y deseaba averiguar que le producía, y vacilaba en hacerlo ante el miedo de tropezar con la catástrofe que presentía.

Así se pasaron algunas horas.

Por fin percibió el rumor de un carruaje que se detenía á la puerta de su casa.

Quiso salir á la puerta y parecía que sus piés habían echado raíces en el suelo, porque no acertaba á moverse de allí.

Llamaron á la puerta de su habitación.

Y cuando escuchó la voz de su padre, entonces, loca, desolada, corrió á su encuentro y se arrojó en sus brazos, exclamando:

—¡Oh! ¡padre mío, padre de mi alma! ¡Bendito sea Dios que te trae de nuevo á los brazos de tu hija!

El conde correspondió á las caricias de su hija, diciéndola después con acento de cariñosa reconvención:

—¿Olvidas, hija mía, que en un duelo son dos las per-

sonas que juegan su vida y que la persona ilesa implica desde luego la herida ó la muerte de la otra?

—Luego tu adversario...

—No,—contestó el conde,—mi adversario he tenido que reconocer que tiene un gran corazón y que es uno de los hombres más generosos que he conocido.

—¡Cómo!—exclamó Inés mirando atentamente á su padre.

—Sí, hija mía. Si puedes abrazar á tu padre en este momento, se lo debes al director de ese periódico que tanto me ha maltratado.

—¡Oh! ¡gracias, Juan Antonio!—exclamó Inés sin poderse contener.

—¡Qué! ¿qué has dicho?—dijo el conde mirando sorprendido á su hija.

Esta inclino la cabeza con aspecto confuso.

—Habla, Inés; ¿qué has querido decir con esa exclamación?

—Perdóname, padre mío, perdóname, porque yo he sido la causante de todo.

—¡De todo! No te comprendo.

—Explícame primero lo que ha pasado y después, á mi vez, te diré lo que tú ignoras.

Profundamente instigado el conde por las extrañas palabras de su hija, sentóse junto á ella y la explicó lo que había pasado en el duelo.

Atentamente le escuchó Inés.

Y recordando la carta que ella había escrito á Juan Antonio, supuso que el acto de Ricardo había sido hijo, sin duda, de las súplicas que aquél le dirigiría para que se mostrase generoso con el conde.

Este, á su vez, exigió de su hija la explicación de las

frases que había pronunciado y que tanto llamaron su atención.

Inés no le ocultó nada.

Comenzó por decirle cómo había conocido en su país á Juan Antonio, mientras ella pasaba la temporada de verano en un cortijo inmediato á otro donde él habitaba.

Que allí habían cambiado sus primeros juramentos de amor y que mientras el joven había permanecido fiel á su promesa, ella al cabo de algún tiempo de estar en Madrid y mucho más desde que había intimado sus relaciones con Herminia había ido, si no olvidándole, avergonzándose cuando menos del plebeyo amor del pobre pintor.

Que más tarde le criticó en la Exposición, que le desconoció en el baile, y finalmente, todo lo que ya conocen nuestros lectores.

Más de una vez durante su relato, el conde había fruncido el entrecejo.

Y cuando terminó no pudo menos de decirla:

—¡Válgame Dios, hija mía! y que funesta influencia ha ejercido en nosotros la amistad de la baronesa y tu ridículo temor á la crítica de cuatro necios. Mira las consecuencias que ha tenido. Esos de quien vosotras os habéis burlado se han burlado á su vez de nosotros y nos han puesto en el caso de que tengamos que agradecerles una generosidad que en verdad no hemos merecido.

Y el conde sumamente preocupado pasó todo aquel día.

La rectitud de su carácter se sublevaba contra el proceder de su hija.

Al día siguiente, después de haber formulado sin duda una resolución, dijo al salir de su casa:

—Hoy veré á Juan Antonio, y puesto que es necesario darle una satisfacción, yo se la daré tan cumplida como merece.

Precisamente en los momentos en que el conde pronunciaba estas palabras, Ricardo y Juan Antonio estaban hablando sobre el suceso del día anterior.

—Ya tú ves,—decía Ricardo,—como yo adiviné lo que pasaba en tí y obré de modo que el abismo de sangre á que esta carta alude, no existiera entre vosotros.

—Yo no quise enseñártela, porque conocía tu corazón y sabía que serías capaz de dejarte herir por no causarme ese disgusto.

—En fin, todo ha pasado ya y no debemos hablar más de ese asunto.

En aquel momento, un golpe dado discretamente á la puerta de la habitación, hizo decir á Ricardo:

—¡Adelante!

Abrióse la puerta y José, uno de los criados de Ricardo, que como sabemos, estaba espiando á lady Spinger, apareció en el aposento.

Al verle su amo, le dijo lleno de sorpresa:

—¡Tú por aquí, José! ¿pues qué novedad ocurre?

—Pues la más gorda que podía ocurrir. Que ya sabemos dónde está el pájaro.

—¿De veras?—exclamaron los dos amigos llenos de alegría.

—¡Pues ya lo creo! Poquito que nos ha costado.

—¿Dónde está?

—En Guadalajara.

—¡En Guadalajara!

—Sí, señor.

—¿Pues cómo es eso?

—Pues ahí verá usted, porque sin duda esa gente ha creído que allí sería más difícil que se les pudiera pescar.

—Explícate, José, explícate y cuéntanos cómo lo habéis descubierto.

—Mire usted, señorito, la verdad, si no se le ocurre á Tomás, lo que es ese maldito inglés nos la sigue dando hasta el día del Juicio. Porque ya se ve, el muy tunante se disfrazaba tan bien, que yo no sé dónde se metía las patillas, pero el caso era que pasaba por nuestra *vera* y maldito si le podíamos conocer.

—Y eso que estabais viéndole todos los días.

—Pues ahí verá usted. Hace tres días me dijo Tomás: «¡Hombre! no has *reparao* que cada cuatro días sale de esa casa ese individuo á quien no vemos entrar en ella.» —Pues tienes mucha razón, le dije yo, y me eché tras de él, que vaya ¡si iba bien disfrazado!

—¿Y qué? ¿qué?—dijo Juan Antonio lleno de impaciencia.

—Pues nada, que llegó mi hombre á la estación del Mediodía, se acercó á la ventanilla y pidió un billete de primera para Guadalajara. Oirlo yo y pedir otro para Alcalá, fué todo una cosa.

—¿Y por qué lo pediste para Alcalá?

—Para que no se fijase en mí, porque en Alcalá pára el tren lo bastante para poder tomar otro billete, y así lo hice y los dos llegamos á Guadalajara al mismo tiempo. Yo conociéndole á él y él no pudiendo sospechar de mí.

—Y una vez en Guadalajara...

—Pues anda, que ya tuvimos que correr bastante, porque la casa en cuestión está en el otro extremo de la ciudad.

—¿Y tú pudiste enterarte?

—De todo, pues si en cuanto uno tropieza una mujer y sabe hacerla mover la *muy* ¡válgame María Santísima! y como charlan las pobrecitas. Yo me tropecé con una que tenía una taberna enfrente de la casa donde entró mi hombre, que si no me contó hasta los garbanzos que echaban en la olla las gentes que habitaban en aquella casa, fué porque yo no quise saberlo.

—Pero vamos á ver, abrevía José.

—Pues abreviando, señorito. El caso es que en aquella casa vive un matrimonio que no tiene hijos y que desde hace un mes y medio ó cosa así les ha caído un sobrinito, según dicen ellos, que se lo llevaron dos caballeros de los cuales uno va cada tres ó cuatro días á ver como sigue el muchacho; y que la cosa debe dar mucha *guita*, porque aquellos *desventuraos* no tenían donde caerse muertos y desde entonces les luce el pelo que es un contento.

—¿Y tú sabes cómo se llaman los dueños de esa casa?

—Aquí en este papel están los nombres, la calle, el número de la casa y todo lo que pueda interesarles.

—¿Y el nombre del niño también?

—Sí, señor; Eugenio como ustedes me dijeron.

—Es el mismo,—exclamó Juan Antonio con alegría.

—¡Oh! sí, sí. Voy á ver si el conde ha venido ó si saben alguna noticia en su casa. Tú, José, vuelve á tu puesto y no dejes de observar.

Después Ricardo y el criado abandonaban la casa.

Juan Antonio se quedó solo y al cabo de un rato entró un criado diciéndole que el conde de Meneses deseaba verle.

CAPITULO CXXVIII

Solución inesperada

AL ver al conde en su casa, el pintor no pudo menos de quedarse sorprendido.

Sin embargo, pasados los primeros momentos, adivinó la causa que pudo llevarle á ella, y saludándole con suma finura, le dijo:

—Siento en el alma haberle hecho esperar tanto.

—Estuve aquí esta mañana y no tuve el gusto de verle,—repuso el conde.

—He estado sumamente ocupado todo el día.

—Así me han dicho.

—Sírvase usted tomar asiento.

Y Juan Antonio indicó al conde una silla, no aproximándosela él, por la herida que tenía en el brazo, herida que le obligaba á llevarle en cabestrillo.

Sin embargo, al ligero movimiento que hizo, el dolor

le obligó á palidecer, palidez que advirtió el conde diciéndole:

—¡Cuánto siento haber sido causa de semejante percance!

Juan Antonio se ruborizó por haber dejado escapar delante de un enemigo, pues así creía al padre de Inés, semejante muestra de debilidad, y repuso al instante:

—No, si esto no es nada.

—Su excesiva urbanidad trata todavía de disculpar una acción, que yo, después de cuanto he sabido, encuentro altamente vituperable.

—¿Qué está usted diciendo, conde?—preguntó nuestro amigo cada vez más admirado.

—Dispense usted si le molesto, aunque será por muy breves momentos. Tenemos que hablar de un asunto muy delicado, y le rogaré que me conteste con franqueza.

—No comprendo.

—Supongo que habrá usted visto el suelto que hoy nos dedica el periódico «El Estado,» y hago este plural, porque tanto usted como yo apareceremos puestos en berlina.

—Y tiene usted razón.

—Ahora bien; lo que yo deseo de usted es que me hable con franqueza y me diga si es cierto lo que en esa gacetilla se refiere.

—Dispénseme usted, señor conde, que me reserve el contestarle sobre el particular á que usted se refiere.

—Comprendo los motivos de delicadeza que le impiden contestar á mi pregunta; mas cuando las circunstancias se agravan de la manera que están hoy, me parece que sobre la delicadeza está el deber.

—Mire usted, señor conde, si usted se encontrara en mi caso y fuese yo á preguntarle lo que usted me pregunta, ¿qué me contestaría?

El padre de Inés quedó sorprendido por el ejemplo que el pintor le ponía, sin saber qué contestar durante breves segundos.

Desde luego que sin vacilar le había dicho que preferiría negar á confesar un secreto confiado á su delicadeza.

Pero en aquellas circunstancias variaba mucho la cuestión.

Así fué que le dijo:

—Ante un desenlace tan imprevisto como el que ha tenido este incidente, no vacilaría en revelar al padre de la mujer ofendida, lo que pudo mediar á fin de esclarecer la verdadera causa de la ofensa.

—Me habla usted de una manera completamente distinta de lo que piensa, señor conde.

—¡Oh! no tal.

—Un caballero no falta nunca á la confianza en él depositada.

—Vamos á ver, amigo mío, hablemos con franqueza, toda vez que con usted veo que no hay más remedio que hacerlo así. Mi hija me ha referido lo que ha mediado entre ustedes; he visto las cartas que entre ustedes se han cambiado, y en la revelación que después me hizo de ciertos hechos, he hallado la explicación de su conducta.

A estas palabras, subió de punto la sorpresa de Juan Antonio.

Quedóse mirando al conde de una manera atónita, y su rostro se encendió con un rubor extraordinario.

Su secreto dejaba de serlo.

Su amor hacia Inés era conocido de su padre.

Ese amor que él había ocultado en el fondo de su alma como si fuera un crimen, iba á servir de pábulo, tal vez á nuevos sarcasmos y á nueva mofa por aquella misma sociedad que ya en otra ocasión se había divertido á su costa.

Pero si Inés había sido débil, él por ningún estilo podía serlo.

Así fué que dijo:

—Le suplico á usted, señor conde, que omitamos el hablar de un asunto que á usted no podrá menos de disgustarle y que á mí me excita recuerdos que me son harto penosos.

—Disgustarme, le diré á usted; me disgusta hoy por el extremo á que nos ha conducido; en cuanto á lo demás, por mucho que yo mire las preocupaciones sociales, si mi hija le hubiese amado, no habría vacilado jamás en asentir á unos amores que pudieran haberla hecho feliz.

—Mas como por desgracia nada de eso existe, y lo que es más, nunca podrá existir, es mejor que no hablemos de una cosa irrealizable.

—Mucho asegurar es, que jamás pueda existir.

—Me lo figuro así, y creo que tengo suficientes razones para ello. En cuanto al director de ese periódico que de semejante manera ha faltado al decoro que la prensa se debe á sí misma, yo, director también, aunque accidental, de otro diario, le he castigado ya como merecía.

—¿Qué ha hecho usted?

—Pasado mañana es muy posible que me bata con él.

Estas palabras pronunciadas con extraordinaria sen-

cillez por Juan Antonio, impresionaron vivamente al conde, que no pudo menos de decirle:

—¿Pero está usted en su juicio? Batirse en el estado en que usted se encuentra...

—Es mi deber hacerlo así. Jamás he vacilado cuando he creído haberle contraído.

—¿Pero cómo ha pasado eso? ¿qué ha ocurrido?

—¡Oh! lo más sencillo del mundo.

Y Juan Antonio, sin omitir detalle alguno, refirió al conde que había enviado sus padrinos al director de «El Estado» y que estaba concertado el duelo pasados dos días después.

Cuando concluyó, el padre de Inés que, á pesar de todas las preocupaciones de su raza no carecía de un fondo de buen sentido admirable, le dijo, tendiéndole su mano:

—Bien, amigo mío, ha procedido usted con tanta nobleza como generosidad. Creo que no hubiera yo hecho más. Ahora tengo que pedirle un favor.

—¿Un favor á mí, señor conde? Es extraño que me hable usted de favores, cuando según las ideas de su clase, nosotros, los plebeyos, no tenemos más que deberes respecto á ustedes.

—Desearé que no me confunda á mí con los que creen en esa clase de deberes,—repuso el conde con alguna severidad.—Yo podré tener muchas preocupaciones, más tal vez de las que tengan otros de mi clase, pero ni usted se puede comparar con la vulgaridad de esa sociedad que nosotros no podremos admitir nunca, ni yo soy de los que, teniendo en cuenta preocupaciones absurdas, rechazan á las personas de mérito igualándolas con las que no lo tienen. Vuelvo á repetirle que deseo me conceda un favor.

—Usted dirá.

—Que me permita usted batirme con ese caballero en su lugar.

—Dispense usted, señor conde, yo le he retado y yo solamente debo cargar con las consecuencias.

—Pero si usted no puede batirse.

—Está usted en un error. Nada importa que esté ligeramente herido en el brazo izquierdo, para que pueda manejar una pistola ó un florete con el derecho.

—Sin embargo, á nadie más que á mí correspondía...

—En caso de que yo saliera herido en esa lucha, expedito tiene usted el campo para provocarle de nuevo.

—¿Es decir, que nada quiere aceptar de mí?

—Nada, señor conde, más que su amistad. Si aceptase algo de usted, aparecería como que me había vendido, y mientras ocupe la posición en que por mi bien ó por mi mal me he colocado, es completamente imposible toda avenencia entre nosotros.

—Y si mi hija se hubiese equivocado al creer que le desdeñaba y en vez de desdén le profesara cariño, ¿qué diría usted?

Al escuchar esta pregunta, no fué Juan Antonio dueño de ocultar la emoción que le causó.

El amor de Inés había sido su sueño.

Todo lo hubiera sacrificado por ella, y, casualmente en el momento en que se lo venían á proponer, era el más imposible para poder aceptarlo.

Vaciló algunos segundos.

Cerró los ojos como si tratara de resistir á la fantástica y dulcísima visión que se le ofreció, y contestó por fin con resuelta voz:

—¡Imposible, señor conde! Su hija me ha despreciado de una manera harto ostensible; han sido muy públicos sus desdenes, y hoy nos hemos puesto en evidencia desgraciadamente uno y otro para que retrocedamos tan de repente. Yo tal vez no creería en el arrepentimiento de Inés, y su hija es muy posible que no viera en mí más que al hombre que se había vendido ante la posición que ella disfruta.

—Veo que es usted excesivamente delicado, y con esa delicadeza nos haremos tal vez desgraciados todos.

—No será mía la culpa.

—Lo comprendo. ¿Es decir que todo lo rechaza usted?

—Quisiera, señor conde, que usted se pusiese en mi lugar, y con franqueza, me parece que obraría lo mismo.

El conde de Meneses no se atrevió á contestar, porque le repugnaba mentir, y desde luego habría respondido lo mismo si le hubiesen hecho las proposiciones que á Juan Antonio.

Así fué que se retiró de aquella casa disgustado por no haber podido conseguir lo que se propusiera, pero formando al mismo tiempo una alta idea de aquel hombre que tan digno se le mostrara en la única ocasión que le había tratado.

CAPITULO CXXIX

Juan Antonio se ve obligado á vencer su repugnancia

Cuando el conde salió de la casa del joven, no pudo menos de decir con tristeza:

—Hé aquí una situación completamente nueva y que no he podido aprovechar. ¡Cómo ha de ser! El conde ha venido á ofrecerme lo que más me podía halagar y por desgracia mía no he podido aceptarlo. Ahora sí que debo perder toda esperanza. Inés no olvidará que he rechazado su amor, así como el conde que se ha humillado hasta mí tampoco me podrá perdonar esa humillación.

Y profundamente pensativo y disgustado consigo mismo pasó un buen rato hasta que llegó su amigo Ricardo.

—¿Has sabido algo del conde?—le preguntó Juan Antonio al verle.

—Según me han dicho los criados le están esperando de un momento á otro.

—Mejor, con eso se encontrará á su llegada lo que no se puede esperar.

—En cambio tengo una buena noticia que darte. Es decir, buena noticia en lo que se refiere al asunto que estamos ventilando.

—Venga la noticia.

—Que Andrés ha llegado.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Carlos, á quien me he encontrado precisamente cuando salía de casa del conde, y también me ha dicho que Federico está en Toledo con unos amigos suyos.

—¿Y de qué puede servirnos Andrés en este asunto?

—¡Toma! de muchísimo.

—No lo sé ver. Si sabemos ya dónde está el niño, tenemos más que presentarnos allí y...

—Y nos echan á puntapiés y nos cierran la puerta.

—¿Pues para que está la autoridad?

—¡Justo! y mientras tú vas á buscar la autoridad, el chiquillo ha desaparecido y lo que es entonces échale un galgo.

—Pero hombre, con avisar á la autoridad primero.

—Tú has olvidado sin duda, que al gobernador de Guadalajara le estamos poniendo como ropa de Pascua en el periódico.

—Calla, pues es verdad.

—Por eso te he dicho que Andrés ha venido tan perfectamente como anillo al dedo. Andrés es íntimo amigo del ministro de la Gobernación, y una orden de él para el gobernador de Guadalajara nos facilita lo que necesitamos.

—¡Tienes razón, hombre, tienes razón! ¿Y tú has visto ya á Andrés?

—No, porque no estaba en su casa; pero iremos á verle á la noche ó sino mañana por la mañana.

—Pues yo también he tenido una visita.

—¿Quién?

—No te lo puedes imaginar.

—Algún enviado de Herminia.

—¡Quita de ahí!

—Acaso nos ha enviado sus padrinos el director de Contribuciones por los artículos de ayer.

—No, esos no lo toman tan fuerte.

—¿Pues quién entonces?

—El conde de Meneses.

—¡Demonio!

—Lo que oyes. El mismo ha estado aquí no hace mucho.

—¿Ha venido á ofrecerte la mano de su hija?

—Poco menos.

—Y tú le habrás contestado...

—Que no podía aceptarla.

—¿Eso has dicho?

—Sí.

—¡Oh, virtuosísimo Catón! Será necesario erigirte una estatua, querido Juan Antonio.

—Siempre has de tener ganas de broma.

—Pero hombre, si es verdad. Estar uno queriendo á una mujer como á las niñas de sus ojos, consideralo imposible y sin embargo venir el padre, el mismísimo padre á ofrecerla y rechazar la oferta, desengáñate chico que eso no lo hace nadie.

—Pues ya tú ves, yo lo he hecho.

—¿Por qué?

—Porque no era posible aceptar, porque después de lo que ha ocurrido, tú comprenderás que decentemente no puedo aceptar una oferta semejante. Vamos á ver, ¿tú que tanto te burlas, si hoy viniese Herminia á ofrecerte su amor?...

—¡Oh! yo estoy en un caso muy distinto.

—¿Por qué?

—Sencillamente, porque no amo á Herminia.

—¿De veras?

—Y tan de veras. Hay algo en mi corazón que rechaza ese ídolo de barro que consiguió fascinarme por algunos momentos.

—¡Ah! vamos. Marieta va entrando dentro de tu pecho más de lo que yo podía imaginarme.

—¡Calla, Juan Antonio!—repuso Ricardo tornándose de súbito serio y hasta disgustado.

—¿Por qué he de callar?

—Porque no quisiera ni aun escuchar ese nombre, tratándose de mí.

—Pero si el conde no la ama.

—No importa. En fin, dejemos esa cuestión y ocupémonos de tí.

—¡Oh! de mí es muy poco lo que hemos de hablar. Ya lo sabes todo. El conde se ha mostrado sumamente cortés, muy digno, y...

—Y tú muy tonto no aceptando sus ofertas.

—He creído obrar bien.

—No te lo discutiré; pero estate seguro que en tu caso no lo habría hecho nadie.

—Lo que hagan los demás no puede servirme de norma de conducta para mí.

—Tienes razón.

Los dos amigos pusiéronse después de estas palabras á ocuparse del periódico y una vez que llegó la noche y hubieron comido, dijo Ricardo:

—¿Dónde vas esta noche?

—Chico, no lo sé; creo que á ninguna parte.

—¿Piensas estarte en casa?

—Puede que sí. Quisiera ver si trabajaba un poco en ese cuadro.

—¿De noche?

—No haré más que el fondo.

—En fin, haz lo que quieras. Yo voy un rato al casino, después iré al Real y me vendré á casa temprano. Puede que en el Real encuentre á Andrés.

—Sino, es cuestión de que mañana vayamos á su casa.

—Desde luego.

Juan Antonio se quedó solo en su casa, pero no para pintar, sino para pensar en el acto que había realizado rechazando la proposición del conde de Meneses.

Este una vez de regreso en su casa llamó á su hija y la dijo el paso que había dado y la contestación que había obtenido.

La joven no pudo menos de inmutarse al escuchar la contestación de Juan Antonio.

Y cuando más tarde estuvo sola en su estancia, dijo:

—¡Oh! yo le haré que comprenda que no es él quien se humilla, sino yo la que quiere elevarse hasta él.

Llamando á su doncella la hizo que se vistiera y que se dispusiera á acompañarla.

Cubierto el rostro con el velo salió de su casa y se dirigió á la de Juan Antonio.

La sorpresa del pintor al ver á Inés en su aposento, fué extraordinaria.

Al verse los dos jóvenes se detuvieron indecisos.

Por fin Juan Antonio se repuso y se aproximó á ella, diciéndola:

—Señorita, permítame usted que la salude, y que me ponga á sus órdenes ya que ha tenido la bondad de venir á honrar esta casa.

—El objeto de mi visita,—repuso la joven con voz conmovida,—ha sido para darle gracias...

—¿De qué?—preguntó nuestro amigo.

—Por la acción que ha hecho con mi papá.

—Me lo suplicaba usted en su carta y, á pesar de todo, he querido complacerla.

—Tiene usted razón; he procedido con usted de una manera...

—Que he olvidado ya y que suplico á usted no recuerde nunca.

—No fué mía la culpa,—repuso Inés con alguna precipitación.

—Ya me lo había figurado también.

—Lo que yo deseo es, que me perdone todo cuanto le he ofendido.

—Vuelvo á repetirla que lo he olvidado. Fuí un loco algunos momentos, y usted estuvo muy oportuna al hacerme volver á la razón.

—Yo era la que estaba loca, no comprendiendo todo lo que usted valía.

—¡Inés! ¿qué dice usted?...—exclamó precipitadamente Juan Antonio dando un paso hacia la joven.

Esta comprendió que había ido demasiado lejos.

Su corazón habló más que sus labios, y compren-

diendo la difícil situación en que acababa de colocarse, inclinó la vista ruborizada y sin atreverse á pronunciar una sola palabra.

Por otra parte, la exclamación de Juan Antonio la reveló el estado de su corazón.

Este continuó:

—¡Inés! ¡por Dios! dígame si es verdad que su corazón se arrepiente de lo que hizo en otro tiempo; eso me probaría que correspondía al mío.

—¡Basta, Juan Antonio! si alguien le oyese...

—¿Otra vez teme usted que la escuchen? otra vez me sacrificaría si alguno se presentase,—dijo el pintor con acento de infinita amargura.

—¡No, no, Juan Antonio!—exclamó Inés vivamente, —el tiempo de las vacilaciones pasó ya; si alguien nos sorprendiera yo confesaría sin vacilar que siento hacia usted...

Y la condesita detuvo en sus labios las palabras que de ellos iban á brotar.

Arrebatada por su entusiasmo, iba á revelar su secreto.

El pintor la escuchaba anhelante.

Hubiérase dicho que aspiraba sus palabras.

Al verla detenerse, exclamó:

—¡Continúe usted, Inés, continúe usted por piedad!

—¿Qué he de decirle después de cuanto le ha dicho mi papá?

—¡Oh! ¿conque es cierto? ¿conque usted me ama?

—¿Y no lo había usted comprendido aun?—repuso Inés con un acento de ternura infinita.

Juan Antonio no supo qué contestar.

Era tanta la alegría que inundaba su corazón, que no encontraba frases para expresarla.

—¡Oh! ¡Inés!—exclamó por fin,—¡cuánto ha tardado usted en comprender la inmensidad del dolor que me torturaba!

—Pero al fin lo he comprendido y he abandonado á los que me habían hecho perder el sendero que había de conducirme á la suprema dicha. Juan Antonio, cuando mi padre ha ido á casa y me ha dicho lo que ha pasado entre ustedes, he sentido algo en mi corazón que me atraía hacia esta casa con irresistible violencia. No he pensado el paso que daba ni lo que de mí podía pensarse ni lo que usted mismo podría creer. No he visto más sino que había un corazón enfermo que prefería morir engrandeciéndose por medio de su renuncia á la ventura, y he venido á curarle suplicándole que me eleve hasta sí.

—¡Por piedad, Inés, por piedad no diga usted eso! El que se eleva, el que se enorgullece en estos momentos soy yo, por haber encontrado por fin el ángel que había soñado.

—Luego ya no me desprecia usted.

—¿Cómo he de despreciarla, si su amor de usted ha sido la única inspiración que he tenido para mis cuadros?

—Ahora ya estoy satisfecha,—dijo Inés separando su mano de entre las de Juan Antonio.—Dentro de ocho días saldré con mi padre para Granada. Allí espero á usted.

Y tras estas palabras, la joven abandonó la casa de Juan Antonio.

CAPITULO CXXX

Julián marcha á su posesión del Solar

MIENTRAS iban desarrollándose los acontecimientos referentes al conde de Monte-Sagrado y á todas las demás personas más ó menos íntimamente enlazadas con él, Julián recibió un día un telegrama de Emilia participándole que, según el dictamen facultativo, se hallaba próximo su alumbramiento.

Precisamente en el momento de recibir el telegrama estaba Andrés en su casa.

Era al día siguiente de haber llegado de Burgos.

Después de hablar de la causa que obligó al médico á salir de Madrid, la conversación recayó sobre la desaparición del hijo del conde, en la cual había tenido Federico participación tan directa.

—Te aseguro,—decía Andrés,—que Federico parece

que en todo aquello que se roza con nosotros no ha de traernos más que la desgracia.

—¡Hombre! tú también tomas las cosas de una manera...

—No, Julián; desengáñate que no tiene disculpa nada de cuanto ha hecho Federico.

—Que yo sepa, no creo que te haya causado más perjuicio que el de ahora y eso, á ser como tú dices, ya comprenderás que cualquiera habría hecho lo que él. Yo mismo, si en tu casa hubiera estado, habría creído que en nada te perjudicaba.

—Desengáñate, Julián, que tú no lo hubieras hecho. Y tú ménos que nadie conociéndome como me conoces y sabiendo que cuando yo tomo una determinación no lo hago á tontas y á locas.

—Pero bien, eso no puedes exigírselo á Federico.

—Pues por esa misma razón no debía haberse metido donde no le llamaban. Por supuesto que á mí no me extraña en él nada, porque todo lo que sea proteger y fomentar malas causas, lo sabe hacer perfectamente.

—Mira que estás prevenido contra él.

—Si no me hubiera dado motivo, puedes estar seguro que no lo estaría.

—Siempre lo mismo.

—Tu cariño, si no me lo ha quitado en absoluto, no ha sido porque no haya hecho todos los esfuerzos posibles.

—Pero hombre, siempre estás quejándote de falta de cariño en mí, cuando me parece que no te doy motivo para ello.

—Sin embargo, si pudiéramos ver el corazón, querido Julián, estoy seguro que en el mío encontrarías el verdadero afecto.

—Eso es y en el mío afecto fingido.

—¡No, hombre, no tanto! pero desde luego que el afecto tuyo respecto á mí no está en las mismas condiciones.

—Como quieras.

—¿Después te parece digno todo lo que hizo con esa pobre Emilia?

La frente del duque se nubló al evocar su hermano aquel recuerdo.

Las infames insinuaciones de Federico habían producido su efecto.

—No hablemos de eso,—dijo.

—¡Hombre! me parece que no he dicho ningún disparate, cuando tú mismo has reconocido conmigo todo lo mal que se portó en esa circunstancia.

—Bien, sí; pero después...

—Después... mira Julián, créeme, cree alguna vez á tu hermano que no quiere más que tu bien; desconfía mucho de Federico, es un mal amigo tuyo y mío y esos amigos suelen traer muy desagradables consecuencias en las familias.

—¡Qué tonterías dices! ¿no sé qué daño puede producirnos Federico? Dí más bien que tú le has tomado antipatía por lo que quiera que sea, y nada más.

—Estás muy ciego y es inútil que yo te diga nada; tal vez algún día tengamos todos que llorar esa ceguedad que tienes respecto á ese hombre.

—Lo que yo quisiera sería que no me hablases tanto de él, porque te aseguro que me enoja oir expresarte de ese modo cuando hasta ahora él nada me ha dicho referente á tí.

—¿Y qué podría decir el miserable?

—Mira, Andrés, que ese lenguaje también...

—Esa es la calificación que merece; créeme y con arreglo á ella obra, porque es el único modo de que puedas vivir tranquilo.

—Pero si yo vivo muy bien, si tú eres quien te preocupas sin razón alguna; te lo aseguro.

—¿A que si él sabe lo del telegrama que acabas de recibir, te disuade de que vayas donde tu deber te llama? ¿Te ha dicho alguna vez que debes estar al lado de tu mujer, que no hay razón alguna para que vivais de ese modo, que un hombre casado ya no debe entregarse á cierta clase de devaneos? ¿te lo ha dicho?

—No, ni debía decírmelo tampoco desde el momento en que conoce mi carácter y sabe que no modifico mis resoluciones con tanta facilidad.

—¿Y acaso presumes, querido Julián, de tener el carácter firme y resuelto? Vamos, no te lo creas porque no es así.

—¿Qué quieres decir?— exclamó el duque, un tanto ofendido por las palabras de su hermano.

—Que tu carácter es demasiado bondadoso, y débil por añadidura. Vas por donde quieren llevarte.

—Gracias por el concepto en que me tienes.

—Es el verdadero, por tu desgracia.

—No sé en qué te fundas para decir eso.

—En todo. Si no lo creyese así, entonces tendría necesidad de creer otra cosa que no es. Te conozco como te he dicho muchas veces, perfectamente, y sé todo lo que de tí me puedo prometer.

—Vaya, vaya, que no seas así; yo tengo el carácter firme cuando creo que debo tenerlo.

—Pues entonces he de creer que tienes mal cora-

zón, y yo sé muy bien que eso no es verdad. Si tuvieras mal corazón, no habrías hecho cosas que yo te he conocido. Rasgos de esos que no dejan lugar á duda alguna

—Pero hombre, ¿es posible que siempre que nos hemos de ver ha de ser para reprenderme?

—Porque te quiero.

—Justo, y por eso me has de obligar á pasar un mal rato.

—Tú haz la prueba con lo que te he dicho, has recibido ese telegrama, y de tí mismo ha nacido la idea de que debes marchar al lado de tu esposa en estos momentos.

—¿Acaso tú no lo apruebas?

—¡Ya lo creo! como que ese es tu deber, como que no debías por ningún concepto haberte separado de tu mujer.

—Justo; iré siempre pegado á ella.

—No exageremos; entre lo uno y lo otro, desengáñate, que existe un término medio que es precisamente en el que debemos fijarnos. Ya te he dicho que yo no solamente apruebo tu idea, sino que la encuentro muy justa, pero cuando le digas lo mismo que yo te acabo de decir á Federico, tú verás lo que te contesta.

—¿Qué me importa lo que diga? ¿crees acaso que yo cambiaré de idea?

—Sí.

—¡Andrés!

—Te digo que cambiarás de idea en cuanto empiece á ridiculizarte ese propósito tan natural.

—Y yo no le haré caso. Yo podré ser aturdido, podré tener todos los defectos que tú quieras, pero tengo la conciencia de mi deber, y de ese cumplimiento no ha de separarme nadie.

—¡Quiéralo Dios! Y ahora, hablando respecto á tu estancia en el Solar, ¿vas decidido á prolongarla, ó regresarás á Madrid inmediatamente que Emilia haya salido de ese paso?

—No he pensado todavía en eso.

—Me parece que tú mismo me ofreciste que cesarías en esa existencia que estás llevando, una vez terminado el embarazo de tu mujer. Creo que has tenido ocasión de convencerte de su paciencia.

—Me parece que nada le ha faltado en ese tiempo.

—Le ha faltado todo.

—No sé.

—Le ha faltado tu presencia, que es lo principal.

—Pero en cambio ha tenido la tuya.

Y el acento de Julián vibró de una manera, que no pudo menos de llamar la atención de Andrés.

—Es verdad,—dijo éste,—la casualidad me llevó allí, y por cierto que debemos bendecir á esa casualidad, que sin ella, es muy posible que tu pobre mujer hubiese muerto.

—No por cierto, tu ciencia es bastante grande para detener á la muerte en medio de su camino.

—La ciencia del hombre es muy limitada, y yo no he presumido jamás de poseerla con poder tan sobrenatural. Vuelvo á decirte lo que tantas y tantas veces te he dicho. Te quiero mucho, y por lo mismo que te quiero me duele lo que estás haciendo. He tenido ocasión de apreciar á Emilia, y sé que es digna de tí y no merece por ningún estilo el alejamiento en que la has dejado.

—Pero hombre, si allí está perfectamente; ¿no tiene la consideración y respeto de cuantos la rodean?

—Pero ya te he dicho que le falta tu cariño, le falta tu presencia. ¿Acaso le has dado tu nombre como la limosna que se le da á un mendigo, de la cual no vuelve uno á acordarse después que la ha hecho? Eso no puede ser. Tu nombre es muy noble, y no se puede dar de esa manera.

—Que sepa ella conservarle.

—Si tú no la ayudas.

—¿Qué quieres decir? ¿de tan frágil condición la crees que si no me tiene á su lado supones que me pueda faltar?

—¡Hombre! no; la tengo como la he tenido desde el primer día, por una mujer honrada; pero en el mero hecho de serlo, tiene su dignidad, y desengáñate, que se la estás pisoteando con tu proceder.

—Todo son culpas para mí; no sabes encontrarme más que defectos, mientras que en ella no encuentras más que buenas cualidades.

—Lo que yo encuentro, como te he dicho, es mal hecho lo que hasta ahora estuviste haciendo, y lo encontraré más censurable si persistes en esa misma actitud en lo sucesivo. Para prueba basta ya lo pasado, porque no puedes decir que te haya dirigido ni una sola queja por tu alejamiento, y ten muy presente que no ha faltado algún amigo interesado que le haya dicho los devaneos á que te entregabas en Madrid.

—¿Y quién ha sido ese amigo?

—Yo no delato, cito hechos y nada más.

—Mucha confianza ha tenido Emilia contigo para referirte esa circunstancia.

—Puede que no me la haya dicho ella, porque es sobradamente digna para ir á dar queja de ninguna especie al hermano de su marido.

—En fin,—repuso Julián frunciendo el entrecejo,—yo iré al Solar y allí veré lo que he de hacer.

Andrés no quiso insistir más.

Siguió hablando de cosas indiferentes hasta que abandonó la casa de su hermano, despidiéndose definitivamente, puesto que éste le dijo que aquella misma noche marchaba á Avila.

CAPITULO CXXXI

Los amigos del conde

UNA vez solo Julián, su semblante tomó una expresión de cólera y dijo:

—Este se cree que tiene derecho para decirme cuanto le plazca, y para censurar todos mis actos y hay momentos en que no sé cómo puedo contenerme para no acusarle de la doblez que usó conmigo. El conocía á Emilia, y sin embargo me lo había ocultado. No sé verdaderamente por qué ha de hablarme tan mal de Federico, cuando éste es el mejor amigo que tengo. Digo, si es que amistad hay en el mundo, por qué según voy viendo no puede uno fiarse ni aún de la camisa que lleva puesta.

Y el duque comenzó á pasearse por el aposento, diciendo al cabo de un instante:

—Por supuesto que en medio de todo no le falta razón á Andrés para decir que Federico tratará de disuadirme de mi marcha al Solar. Yo creo que debo valer

mucho cuando uno y otro están sosteniendo ese pujilato para ganarse exclusivamente mi afecto. Porque la verdad es que los dos se tienen envidia reciprocamente y si yo no llevara el tacto que llevo, me parece que habrían llegado á las manos más de una vez. Y necesario es convenir en que Andrés tiene razón algunas veces. Emilia no es digna de que yo la tenga abandonada así. Por más que diga Federico mi puesto es al lado de mi mujer. Para eso me he casado. Sí, pero me he casado porque quiso Andés que me casara, él estaba interesado en esa unión y... vamos, vamos, Julián, que desbarras y tendríamos que darle la razón á Andrés, cuando dice que yo me dejo llevar de los demás. Nada, nada, no quiero ver á Federico ni quiero ver á nadie. He resuelto marcharme esta noche á Avila, y me marcho.

Y llamando á uno de sus criados le hizo que apresuradamente recogiera algunos efectos de viaje, y poco después metido en un coche de punto que el mismo criado fué á buscar, se hizo conducir á la estación del Norte.

Mucho faltaba todavia para la hora en que había de salir el tren, pero el duque se fué á una fonda inmediata y allí entretuvo el tiempo hasta la hora de salida.

Cuando Carlos y Federico supieron por medio de un telegrama que desde Avila les envió, que se había marchado, no fueron dueños de disimular su cólera.

—Está visto,—dijo Carlos,—que después de tantos trabajos nos vamos á quedar sin la breba. Si este hombre se aficiona á su mujer, pobres de nosotros.

—¡Calla, qué sabes lo que dices! crees que yo me resignaría con esto. ¡Válgame Dios y que de pocos recursos me crees capaz. Te he dicho que la herencia del duque ha de ser nuestra y lo será. Todo es cuestión de

calma. Andrés nos ha ganado ya varias partidas, pero una sola que nosotros ganemos compensará cumplidamente todas las derrotas anteriores.

—¿Y cuándo ganaremos esa partida?

—El día en que inutilicemos á Emilia, á su hijo y á Andrés.

—Tan lejos puede estar ese día.

—Nunca es tarde si la dicha es buena, querido Carlos, ten fe en el refrán.

—¡Ay! que la voy perdiendo en cuanto veo que se aleja el duque de Madrid.

—El día que á mí me convenga, ten por cierto que vuelve.

—Y á propósito de Andrés, ¿no os habéis vuelto á ver después de eso del chiquillo del conde?

—No, supe lo irritado que estaba conmigo por lo que me dijo Julián.

—En que nos vimos de poderle contener, porque hasta llegó á acusarte de si estarías ó no de acuerdo con los enemigos de Monte-Sagrado.

—Es muy necio ese hombre, y si busca un lance conmigo, me parece que va á tropezar con la horma de su zapato.

—Sin embargo, yo creo que tú debes evitar que llegue ese caso.

—Tal vez fuera el modo más expeditivo de quitarle de en medio.

—Sí, pero entonces tendríamos otro mal.

—Ya sé lo que me vas á decir, que Julián no me lo perdonaría nunca.

—¡Oh! eso desde luego.

—Pues ahí tienes, lo que me ha detenido para no

romper de esa manera. Precisamente para lances de ese género tengo dos ó tres recursos que aprendí en Italia de un gran tirador de armas, y ya sea sable, ya sea espada, tengo seguridad completa de librarme de mi adversario si es que me convenga hacerlo así.

—¡Hombre! pues ya me lo enseñarás, porque eso es siempre útil, mucho más entre personas que se encuentran en nuestras condiciones. Lo malo que hay es si te se presenta un duelo á pistola.

—El día que quieras te demostraré como de doce tiros se pueden hacer once blancos.

—Entonces veo que estás bien prevenido.

—De todo.

Y los dos amigos estuvieron hablando durante un buen espacio.

Algunas horas después de esta entrevista, Andrés estuvo en casa de su hermano y Carlos le enseñó el telegrama que había enviado Julián.

El médico no pudo ocultar su satisfacción, diciendo:

—Me alegro que Julián haya comprendido al fin que su verdadero lugar está al lado de su mujer.

—Usted le había dicho algo ¿eh?

—Yo le he aconsejado siempre del modo que he creído que convenía á sus intereses.

—Aquí Federico es quién únicamente le distrae.

—Cosas de jóvenes,—contestó Andrés, que aun cuando sin comprender el lazo que se le tendía no era persona que se dejase caer fácilmente.

—Es un demonio,—prosiguió Carlos,—el tal Federico, porque le aseguro á usted que siempre está hablándole en un lenguaje y diciéndole unas cosas que á mí me desesperan.

—Pero Julián sabe ya lo que es y aprecia en su verdadero valor lo que dice.

—¡Oh! es que le habla mal de todos nosotros.

—Por mi parte me tiene sin cuidado.

—Cómo que usted está seguro del afecto que su hermano le profesa...

—Eso sí.

—Pero á veces crea usted que tanto va el cántaro á la fuente que al fin se rompe.

—Mi hermano tiene ya razón suficiente para conocer á las personas que le quieren bien.

—Ríase usted de todo eso, señor don Andrés, que llega un día en que empieza á sospecharse si realmente sería verdad ó no lo que dicen.

—Y al pensar en ello, la misma reflexión hace que uno se convenza de la verdad.

Y Andrés con suma destreza iba eludiendo dar contestación alguna á Carlos, de la cual, éste pudiera después sacar partido.

Porque como ya hemos indicado otras veces, Carlos no era como vulgarmente se dice, santo de la devoción del médico.

Y cuando salió de casa de su hermano murmuró:

—Cada vez me gusta menos este muchacho. No sé por qué me figuro que al fin va á darle algún disgusto á mi hermano.

Y se dirigió hacia su casa.

Una sorpresa le esperaba en ella.

Allí estaban Ricardo y Juan Antonio aguardándole.

—¡Amigos míos!—exclamó Andrés al verles;—¡cómo había yo de imaginarme que les iba á encontrar aquí!

—¡Oh! pues todavía se va usted á sorprender más, cuando sepa á lo que hemos venido.

—¿De veras?

—¡Ya lo creo!—repuso Juan Antonio.

—¿Es bueno?

—Sí por cierto,—contestó Ricardo.

—¿Acaso la de Meneses se ha humanizado del todo? —preguntó el médico dirigiéndose al pintor.

—Todavía no,—dijo Ricardo,—pero se humanizará; esté usted seguro.

—¿Entonces?...

—Se trata de Monte-Sagrado.

—¡Cómo!

—Sí, querido Andrés, de él se trata; pero lo ignora.

—Señores, que no les entiendo si no me hacen el obsequio de explicarse mejor.

—Usted sabe muy bien que el conde vino á buscar nuestra ayuda para encontrar á su hijo, al ver que usted no estaba en Madrid.

—Y yo sentí mucho tener que marcharme en aquellos momentos, máxime cuando yo me lo había dejado arrebatar miserablemente. Pueden ustedes creer que hice cuanto estaba de mi parte para descubrir el lugar donde esa mujer había llevado el niño.

—¿Y nada pudo descubrir?

—Nada. Es verdad que me fuí tan pronto.....

—Pues bien, amigo mío, nosotros hemos conseguido algo.

—¿De veras?

Y Andrés fijó una mirada anhelante en el semblante de los dos jóvenes.

—Sí, señor; el niño está lejos de aquí; pero sin embargo, hemos descubierto el lugar donde se retiran.

—¡Oh! pues vamos, vamos al momento á buscarle.

Y Andrés, en su afán por enmendar, si era posible, la falta cometida, se levantó de su asiento disponiéndose á salir á la calle.

—Un poco de calma, amigo mío,—dijo Ricardo,—que no podemos ir tan deprisa.

—¿Entonces?...

—Necesitamos de la ayuda de usted en un sentido diferente del que supone.

—Pues hablen de una vez y díganme lo que he de hacer.

—El niño está en Guadalajara en casa de una pobre gente que cree hacer un bien ocultándole á todas las miradas y negando que se encuentre allí.

—¿Pero á ustedes les consta positivamente que está allí?

—¡Ya lo creo! como que hemos ido los dos á comprobarlo.

—¿Y qué es lo que pretenden de mí? ¿qué debo yo hacer cuando ya lo han hecho ustedes todo?

—Precisamente aquello que á nosotros no es imposible, dadas nuestras condiciones actuales.

—¿Pero qué es?

—Que al gobernador de Guadalajara le hemos atacado tan duramente en el periódico, como al de Madrid y no podemos pedirle su ayuda para entrar en esa casa.

—Es que yo tampoco le conozco.

—Sí; pero es usted íntimo amigo del ministro de la Gobernación.

—Es verdad.

—Y aquí tiene usted explicado el por qué de nuestra visita.

—De modo que una vez obtenida la orden del ministro ya podremos...

—Apoderarnos del niño y yo le aseguro que ha de ser muy poderoso quien nos le arrebate ahora.

—Si yo hubiese estado en mi casa cuando fueron á buscarle, ya les aseguro que tampoco se le hubieran llevado.

—¡Oh! eso ya lo sabemos también.

—Pues vamos al punto, vamos,—dijo Andrés.

Y los tres caballeros salieron á la calle.

CAPITULO CXXXII

El despecho de lady Spinger

ANDRÉS tenía, efectivamente, relaciones tan íntimas con el ministro de la Gobernación, que inmediatamente alcanzó lo que necesitaba.

Al salir de su casa despidió á sus amigos quedando citados en la estación para la hora en que salía el tren de Guadalajara.

Para ir al Ministerio, no se había dirigido de primera intención á él.

Conocía el terreno que pisaba y temía ser espiado.

En su consecuencia, principió por tomar un carruaje y atentamente estuvo preocupándose de si le seguía algún otro.

Y efectivamente, presto se hubo de convencer de que así era.

Un coche de alquiler iba deteniéndose, á corta distan-

cia del suyo, en los puntos donde el del doctor se detenía.

En una de aquellas detenciones, Andrés le dijo al cochero:

—Ahora mientras yo estoy haciendo esta visita, procura enterarte del número que tiene aquel coche que parece que nos viene siguiendo.

—Pues es verdad, señorito,—dijo el cochero,—usted me hace reparar en ello. Ya hace rato que nos viene siguiendo.

—Por eso que quiero conocer el número.

—Pues lo sabrá usted.

Y efectivamente, el cochero dejó el pescante con el pretexto de arreglar el caballo, después comenzó á hacer un cigarro y poco á poco se aproximó al carruaje en cuestión.

Una mirada que dirigió al interior del coche, le permitió ver dentro de él á un individuo vestido más que modestamente, pero cuya fisonomía revelaba astucia é inteligencia.

Esto último no pudo apreciarlo el cochero, pero lo primero fué ya suficiente para que le hiciese murmurar:

—Vaya que lo que es éste no tiene trazas de ser persona muy distinguida.

Y asegurado del número afectando la mayor indiferencia se volvió hacia su carruaje.

Momentos después, Andrés salía de la casa donde entrara y el cochero le decía rápidamente:

—Señorito, es el 901, y le ocupa un hombre de malas trazas.

—Está bien.

Entró en el carruaje y llamando por el vidrio delantero, dió dos duros al cochero, diciéndole:

—Ahora vas al pasaje de la calle de la Montera, te detienes allí y después que haga un rato que haya bajado, entonces te diriges á tu parada hasta que yo te vuelva á buscar.

—Entendido, señorito.

Y el auriga fustigó al jamelgo y poco después se detenía delante del pasaje.

Andrés salió por la calle de las Tres Cruces, llegó á la de Jacometrezo, tomó el primer coche desalquilado que encontró al paso y se hizo conducir al Ministerio de la Gobernación.

Realizó el objeto que se proponía, el ministro le dió cuantas autorizaciones necesitaba para su objeto, y desde el mismo Ministerio envió un portero con una tarjeta á la redacción de Ricardo, á fin de que inmediatamente fuesen á reunirse con él en la estación del Mediodía.

No se hicieron esperar los dos jóvenes.

Uno y otro aun cuando sorprendidos por la llamada de Andrés, máxime después de haber quedado en que se verían á la salida del tren de Guadalajara, marcharon, sin embargo, entrando en el despacho del jefe de la estación, según el médico les indicara.

Andrés, aun cuando en el despacho del jefe, estuvo observando la llegada de sus amigos y pudo convencerse de que también otro carruaje iba siguiendo al de éstos.

Cuando todos se reunieron dijo Andrés:

—Dentro de una hora vamos á marchar á Guadalajara, he dicho que preparen un tren especial y de este modo no tendremos que esperar tanto.

—Es decir que ha conseguido usted...

—Sí, amigos míos; aquí tengo todos los documentos que nos han de facilitar el logro de nuestra empresa.

—¿Y dónde vamos á matar esta hora?—dijo Ricardo.

—Ustedes en quitarse de encima un tábano que no tiene necesidad de enterarse de lo que vamos á hacer. Yo me he quitado también el que me espiaba.

—Pues sin embargo, nosotros hemos dado una porción de vueltas para desorientar al que nos persigue.

—Y no lo han conseguido, porque precisamente he estado viendo el coche que venía detrás del de ustedes, y es muy posible que en estos momentos haya marchado ya algún individuo á avisar á Mary del lugar en que se encuentran.

—Pero ¡hombre!

—Ustedes no conocen todavía á esa mujer, es tan tenaz en sus empeños que difícilmente conseguiremos escapar á su vigilancia.

—¿Y qué vamos á hacer?

—Por de pronto vuelven ustedes á tomar el carruaje, ó mejor dicho, toman ustedes, cada uno va por un lado distinto, y por ejemplo, Ricardo se detiene en la calle del Príncipe, en el teatro de la Comedia, sale por la de la Cruz y puede tomar un carruaje en la plaza del Angel y venir aquí, y usted, Juan Antonio, se detiene en el Ministerio de la Guerra en la calle del Barquillo y sale por la de Alcalá. Comprenden ustedes la idea.

—Comprendido.

—Pero antes paguen ustedes á los cocheros á fin de que permanezcan un buen rato parados en sus lugares respectivos como si estuvieran aguardándoles.

—No está mal pensado.

—Así es como yo me he librado de mi perseguidor.

Los dos jóvenes hicieron lo que Andrés les decía.

Llegaron al carruaje, observaron como Andrés les había dicho que estaba parado el otro coche á no muy larga distancia, hicieron como que se despedían y Juan Antonio buscó otro coche en el cual se hizo conducir al sitio que se le había designado.

La operación dió el resultado previsto por Andrés.

Al cabo de una hora los tres jóvenes estaban reunidos en la estación.

El golpe había estado tan habilmente dispuesto que nadie sospechó el verdadero objetivo de todos aquellos viajes.

Una vez en Guadalajara, Andrés fué á ver al gobernador con los antecedentes que ya le habían dado sus amigos, entregó la carta del ministro y fácilmente se comprende que serían atendidos perfectamente sus deseos.

Poco después y provistos á su vez de un auto del juez presentáronse en la casa donde, según Ricardo y Juan Antonio estaba el hijo de Monte-Sagrado.

Ante la intimación de la autoridad, el matrimonio en cuyo poder estaba, no tuvo otro remedio que entregarle.

El niño, apenas vió á Andrés, le reconoció.

Juan Antonio y Ricardo habían descubierto su existencia siguiendo diestramente al secretario y confidente de lady Spinger.

Roberto, del mismo modo que los jóvenes, estaba espiado por estos.

Y de tal manera habían tomado sus medidas, que constantemente ó Ricardo ó Juan Antonio adoptando todo género de disfraces se encontraban acompañados

de otros dos criados para que les secundasen en caso necesario, observando la casa de lady Spinger para cuyo efecto habían alquilado una habitación frente á la suya.

Al mismo tiempo y á peso de oro, habían comprado á uno de los criados de la inglesa, y merced á esto supieron oportunamente que Roberto iba un día á Guadalajara á ver al niño, según conversación que él había podido sorprender.

De este modo preparados, Ricardo se dirigió á la estación acompañado de uno de sus dependientes, tomó un billete en el mismo tren en que iba Roberto, llegó á Guadalajara, enteróse de la casa donde había entrado y cuando le vió salir y dirigirse á la estación sin llevarse al niño, exclamó:

—O muy torpe he de ser, ó yo he de averiguar si realmente la criatura está aquí.

Y procuró enterarse de cómo se llamaban las gentes de aquella casa, en qué se ocupaba el marido, el carácter que tenían y la familia que habitaba la casa.

Todos estos datos sirvieron á las mil maravillas al joven á fin de formar el pretexto bajo el cual había de entrar en la casa.

Y entró, efectivamente, pero no pudo ver al niño hasta que un día la casualidad le hizo escuchar una voz infantil en el interior, que le hizo dirigirse á la dueña de la casa, diciéndole:

—¡Caramba! pues no me habían dicho que no tenían hijos.

—Como que es verdad, señor,—contestó la mujer inmutándose.

—Como me ha parecido oir la voz de un niño.

—Sí, es el hijo de una vecina, que entra por allí, por el corral.

—Eso es otra cosa.

Pero precisamente otro día, en ocasión en que se encontraba allí Juan Antonio á quien Ricardo había presentado como un hermano suyo y por indicación del cual se hacían las indagaciones que habían servido de pretexto á Ricardo para entablar relaciones con aquella familia, oyó tambien hablar al niño.

Ya entonces no les quedó duda, y acordaron dirigirse á Andrés para que les ayudase, según ya hemos tenido ocasión de ver.

Satisfechos con el buen éxito de su empresa, los tres amigos, apenas llegaron á Madrid, se dirigieron inmediatamente á casa de Eugenio, que precisamente la noche anterior había llegado de Extremadura.

La alegría de éste no conoció límites al estrechar á su hijo entre sus brazos.

—Amigos míos,—dijo Eugenio á sus compañeros,—no pueden ustedes imaginarse todo el inmenso favor que me han hecho. Merced á esto seré el más feliz de los hombres. María está desolada creyendo todas las infamias que esa mujer le ha querido contar y precisamente el único recurso que podía emplear para demostrarla mi inocencia, es la presencia de mi hijo.

—Ahora lo que tiene usted que hacer,—dijo Ricardo,—es procurar que no vuelva á arrebatárselo otra vez.

—¡Oh! de eso ya me encargo yo,—repuso Andrés con una expresión indefinible.

—¿Qué piensa usted hacer?—le dijo el conde.

—Eso es un secreto mío, ya veremos los medios que empleo, pero crea usted que no ha de mortificarle más.

Largo rato lleváronse hablando los cuatro amigos.

Una vez que se separaron, el conde escribió una

carta que él mismo, acompañado de su hijo y en su propio carruaje, llevó al correo.

Merced á las activas gestiones practicadas por el amigo del conde, que estaba en París, y por Andrés mientras había estado en Burgos, Eugenio había podido saber el paradero de la duquesa y escribirle una larga carta explicándole todo lo ocurrido.

La duquesa nada quería creer mientras no la presentasen á su hijo.

En la carta que el conde la escribió la participaba que ya tenía al niño en su poder y le daba las instrucciones necesarias para que ateniéndose á ellas, saliera de París inmediatamente y se dirigiera á Burgos á la casa de su amiga la duquesa del Valle, donde él iría también á reunirse con ella.

Hecho esto, envió un recado á Andrés para que fuese á verle aquella misma noche.

El médico no se hizo esperar.

Larga fué la conferencia que los dos amigos celebraron, quedando conformes en la marcha que para lo sucesivo debían seguir.

A la mañana del día siguiente Monte-Sagrado, su hijo y sus criados salían de Madrid, dirigiéndose á Burgos.

Andrés, Ricardo y Juan Antonio estuvieron á despedirle.

—Sobre todo, amigo,—dijo el conde dirigiéndose á Andrés,—procure usted tenerme al corriente de todos los pasos que dé lady Spinger.

—Hoy mismo voy á verla,—dijo Andrés.

—¡Usted! ¿y con qué objeto?

—Ese es mi secreto, que no lo será tampoco para Ricardo, puesto que él me ha de acompañar.

—¿Y yo no?—dijo Juan Antonio.

—No hay necesidad de que esa mujer nos aborrezca á los tres. Usted se casará pronto, y el odio de lady Spinger podría herirle en la persona de la mujer que ama. Ricardo y yo que por desgracia ó por fortuna, estamos libres de amores, ya podemos afrontar impunemente sus iras.

—Sobre todo, Andrés, lo que he dicho á usted respecto á Marieta.

—No tenga usted cuidado; también la veré hoy, y precisamente esa entrevista es la que más me preocupa.

—¡Pobre criatura!—dijo Ricardo, que también se hallaba enterado de la historia del conde, como ya saben nuestros lectores.

—Fué una desgracia para ella cruzarse en mi camino, cuando precisamente ya no me pertenecía mi corazón.

—Todos los encargos de usted serán religiosamente cumplidos por nosotros, y lo único que deseamos, es que desde el punto en que fije su residencia, se apresure á escribirnos.

—¡Oh! mi residencia ya pueden ustedes imaginarse que será en alguna de las comarcas más ignoradas de España, donde podamos vivir tranquilamente mi esposa y yo.

—¡Dichoso usted, conde, que al fin está en camino de alcanzar la felicidad que tanto apetecía!

—También usted la encontrará, Andrés.

—¡Jamás!—contestó el médico con un acento que no pudo menos de llamar la atención de sus compañeros.

—No sea usted tan pesimista,—le dijo Ricardo.

—No soy pesimista; pero me conozco, y sé que para mí esa felicidad no existe.

El conde continuó haciendo encargos á sus amigos hasta que partió el tren.

—Conque, va usted á acompañarme á casa de lady Spinger,—dijo Andrés á Ricardo al salir de la estación.

—Sí, señor, ya se lo he dicho.

—Le advierto á usted que vamos á concitarnos el odio de esa mujer, que es terrible por cierto.

—Sí, ya lo tenía pensado,—contestó Ricardo sonriéndose;—no puede odiarme más de lo que me odiaba.

—Sin embargo, crea usted que todavía no ha experimentado los efectos de su odio, y quizás después de esto los experimente.

CAPITULO CXXXIII

Continuación del mismo asunto

LA familia en cuyo poder se hallaba el hijo del conde había hecho conocimiento con Roberto, por medio de Federico.

Este los había conocido en Guadalajara durante su estancia con el duque del Solar.

Así era que ellos no sabían nada respecto á lady Spinger.

En su consecuencia, la persona á quien se dirigieron para decirle lo que les había pasado, fué Federico.

Pero éste, precisamente cuando llegó el cartero con la carta en la que se le daba la noticia, no se hallaba en su casa, ni estuvo tampoco en todo el día.

Resultado, que al retirarse á su casa á las altas horas de la noche, se encontró con ella.

Al día siguiente, ó sea el mismo en que Monte-Sagrado y su hijo salían de Madrid, Federico se dirigió á casa de lady Spinger para decirle lo que pasaba.

Las circunstancias en que ésta se encontraba en el momento en que Federico iba á darle aquella noticia, no podían ser más desagradables.

Roberto, el misterioso personaje á quien hemos visto desempeñar cerca de ella ante el público el papel de pariente, y en su casa el de secretario y confidente de sus maldades, se hallaba en el gabinete de la dama, y á juzgar por la expresión que en el rostro de ésta se advertía, la conversación revestía cierto carácter.

Fría, altanera, dura en lo general la expresión que se veía en el semblante de Mary, en aquellos momentos estaba acentuada de tal modo que parecía la impasibilidad de la estatua.

Frente á ella y de pié estaba Roberto.

—Ya te he dicho,—exclamó la dama,—que puedes hablar cuanto quieras, en la inteligencia que como yo tengo formada mi resolución de antemano y de ella no he de apartarme, juzgo inútil que te quejes.

—No me parece que debieras juzgarlo así, Mary,—dijo Roberto, cuyos ojos reflejaban cierta expresión de amenaza que no podía escaparse á la perspicacia de la dama.

—Pues ya ves que lo juzgo.

—Te he pedido que me escucharas porque ya mi paciencia estaba á punto de agotarse y cuando esto te he dicho has debido comprender de lo que se trataba.

—Yo no comprendo nunca lo que no se me ha dicho.

—Es que si recuerdas el compromiso que conmigo

contragiste, debiera este haber servido para adivinar lo que te quiero decir.

—Jamás he presumido de adivina.

—Es decir, que has perdido la memoria.

—Por lo menos hasta el momento en que crea conveniente recobrarla.

—Pues bien, yo no quiero esperar tanto,—dijo con voz firme Roberto,—ya ha llegado el momento de que arrojemos la careta y es menester que tú seas para mí lo que me ofreciste el día que me entregué á tí en cuerpo y alma.

—¿Es decir, que exiges?

—Sí.

—Mal hecho, porque no conoces mi carácter.

—Demasiado, por desgracia mía.

—¡Hola! ¿consideras como desgracia el haberme servido?

—Sí; porque tú no buscaste en mí, sin duda, más que el brazo que ejecutara tus designios.

—Yo lo que hice fué hablarte con franqueza desde el principio; en mí no ha habido doblez ni podrás decir que te he engañado.

—¿Y te atreves todavía á sostener semejante impostura? ¡que no me has engañado dices! ¡que no te has gozado con mis sufrimientos y que no has sido implacable con quien no tuvo para tí más que cariño, abnegación y sacrificio!... Basta, Mary, basta ya de supercherías indignas. Yo era honrado y no había nacido para el mal, tú has hecho de mí un malvado y hoy reclamo el precio de mis crímenes.

—Mala ocasión has elegido para ello,—contesto Mary con frialdad.

—Siempre es buena la ocasión cuando se está resuelto á obtener lo que se desea y cuando se reclama con la justicia que yo lo hago.

—¡Justicia! si con justicia hubiera de tratarse á las personas, me parece que lo que es tú y yo no debíamos encontrarnos en este sitio.

—Por eso que el crimen nos ha unido, es necesario que tú me pertenezcas por completo. A ese precio te dí mi brazo, á ese precio le dí muerte á tu marido, á ese precio he seguido toda la venganza que has querido llevar á cabo contra ese conde de Monte-Sagrado, á quien aborrezco porque tú le amas.

—¡No, mientes!—gritó con acento iracundo lady Spinger, abandonando su actitud de estatua al escuchar la afirmación de su interlocutor.

—Si que le amas, ¿crees acaso engañarme con esos fingidos alardes de odio y de aborrecimiento? no, Mary, te conozco perfectamente y sé que eso no es más ni menos que un medio para engañarme, porque temes que un día, agotado mi sufrimiento, el mismo puñal que dió la muerte á tu marido porque te convenía librarte de él, se la dé al hombre á quien amas.

—Roberto,—dijo la dama, dominando por medio de un esfuerzo poderoso la tempestad que rugía en el fondo de su pecho,—has olvidado sin duda nuestros compromisos, la impaciencia te domina y la impaciencia á veces es una consejera muy mala. Créeme y espera, que nada pierdes con ello; necesito vengarme del conde, no porque le ame como tú crees, sino porque me ha ofendido, y tú sabes muy bien que yo no he consentido jamás y entiéndelo bien, que tampoco estoy dispuesta á consentirlo, que nadie me ofenda.

—Con todo eso nada me dices. Te conozco perfectamente, tu lengua es traidora y las traiciones ya no producen efecto en quien ha tenido ocasión de estudiarlas y apreciarlas como yo. No te vengarás del conde, porque éste á quien tú no has querido dar muerte, demostrando con esto que el amor que le profesas, es más fuerte que tú; porque mientras tú no has sabido crearte ni una amiga que te auxilie, ni un afecto verdaderamente sincero, el conde tiene amigos por donde quiera que va, al conde todo el mundo le atiende y le respeta y para vengarte como dices, de él, no tienes más que mi brazo, brazo que hoy se ha cansado de servirte y que no quiere más que recoger el salario prometido. Esta es tu situación, Mary, tú has hecho de mí un demonio y hoy el demonio te coge entre sus brazos porque ya cree haber hecho lo suficiente para conseguirte.

—¿Pero no me habías tú mismo aconsejado la venganza del conde? ¿no tienes tú resentimientos particulares que vengar de él? ¿no tienes en tu cuerpo las cicatrices de sus heridas? ¿no tienes tu rostro cruzado por su látigo? pues ¿por qué renuncias á aquella venganza que tanto apetecías?

—¡Porque vengarme de él sería querer seguir sirviéndote, Mary! ¿vas comprendiendo ahora? si lo que aquí sucede es que no te quiero servir, es que quiero cobrarme lo que es mío.

—Pues eso no lo conseguirás,—dijo friamente la inglesa.

Por los ojos de Roberto pasó algo tan terrible, que Mary á pesar de toda su audacia, no pudo menos de estremecerse.

Pero sin embargo, tenía sobrado dominio sobre sí

misma para venderse y Roberto no pudo advertir la impresión que en ella había causado.

—Por tu propio bien,—dijo,—te ruego que reflexiones.

—Si yo no tengo que reflexionar; si para decirte que no me conviene acceder todavía á lo que pretendes, no tengo necesidad de meditar.

Roberto miró fijamente á Mary.

Esta mirada en nada se parecía ya á la que ella tantas veces había visto.

Los ojos del inglés brillaban como el sombrío fuego de la pasión, y al mismo tiempo se advertía en ellos la seguridad de quien tiene la certeza de alcanzar lo que desea.

Había en aquellos ojos algo del amo que impone su voluntad.

La impasible expresión de aquel semblante, impasibilidad de que nos hemos hecho cargo algunas veces y que hacía que Roberto se asemejara á un autómata que se movía y obraba únicamente según el impulso que le daba su señora, había desaparecido.

La pasión durante mucho tiempo contenida, encerrada dentro de su pecho había brotado de repente, llevando sus expresivos efluvios hasta su semblante.

Lady Spinger tenía sobrado conocimiento del humano corazón para dejar de apreciar el cambio que se había verificado en su semblante.

Y este cambio no dejó de sorprenderla.

Porque comprendía que cuanto más comprimida había estado la expresión de aquel afecto, más violenta y mas avasalladora había de ser la explosión.

Sin embargo, acostumbrada como estaba, á no dejar

que en su semblante apareciese lo que en su corazón pasaba ó lo que cruzaba por su pensamiento, contempló con la mirada altanera á su interlocutor, procurando leer hasta el fondo de su pecho.

El secretario, como hemos dicho, permanecía silencioso.

Porque las palabras de lady Spinger le habían herido terriblemente y para no contestar á ellas con la violencia que su corazón le ordenaba, hacía esfuerzos para callar.

Pero Mary no se contentaba con aquello.

Era preciso que venciera, no sólo aquel conato de resistencia, sino que evitase para lo sucesivo nuevas rebeliones.

Así fué que dijo:

—Ya conoces mi voluntad, por lo tanto hasta que yo lo tenga por conveniente nada puedes esperar de mí. Yo concedo cuando debo ó quiero conceder, pero no cedo á las exigencias. Por lo tanto retírate y limítate al cumplimiento de tu deber.

Y la dama hizo con la mano un ademán.

Pero Roberto no se movió.

—¿Es esa tu última resolución?—dijo.

—Sí.

—Entonces yo también adoptaré la mía. Dentro de algunas horas el conde de Monte-Sagrado tendrá en su poder á su hijo.

El golpe fué tan bien dirigido, que dió de llano en el blanco.

—¿Qué has dicho?—exclamó vivamente la inglesa, levantándose de su asiento.

—Y esta misma noche la duquesa de la Vega se habrá unido para siempre á su hijo y á su esposo.

—Pero ¡desgraciado! ¿Estás en tí?—dijo Mary, sacudiendo con violencia el brazo de Roberto.

—Del mismo modo que lo estás tú,—contestó con frialdad.—Cada uno obramos según nos parece.

—Pero yo...

—Tú dices que concedes cuando quieres y yo á mi vez, concedo también aquello que me parece oportuno.

—Pero es que yo no he contraído compromiso alguno.

—Lo mismo me sucede. Trato convencional ha sido el nuestro; hoy se rompe y cada uno hacemos lo que mejor nos parece.

Mary se mordió los lábios llena de ira.

Lo que acababa de decirle Roberto la aterraba.

Destruía por completo todos sus planes y como que á ellos lo había sacrificado todo, no era posible que pudiera resignarse á dejar que se destruyese, lo mismo que tanto trabajo le costara, llevar á feliz término.

—¿Es decir que te declaras en abierta rebelión, que rompes el pacto que conmigo tenías celebrado?

—Sí.

—Y esto por tu propia voluntad y sin que te haya obligado causa alguna por mi parte.

—Basta, Mary,—repuso Roberto, con acento en que se advertía lo que estaba pasando en su corazón,—basta, porque no podría contenerme al escuchar el cinismo con que te atreves á proclamarte cumplidora de tus palabras. No quiero escuchar nada, mañana mismo se habrá hecho imposible para tí esa venganza, tras de la cual corriste tan locamente.

CAPITULO CXXXIV

Como puede interrumpirse una conversación interesante

Demasiado acostumbrada estaba lady Spinger á conocer lo que realmente valía una palabra de Roberto, para que dudase de lo que decía.

Aquella miserable mujer había jugado á su antojo con las pasiones de su cómplice.

Había comprendido hacía muchos años todo lo avasallador del cariño que éste la profesaba, y como que para sus planes la era necesario un hombre en quien poder fiar como de sí propia, se apoderó de él prometiéndole el único premio á que Roberto se hubiese podido vender.

Si lady Spinger le hubiese dicho: «Yo amo á un hombre, me estorba mi marido y es necesario que me libres de él,» Roberto se hubiera alejado de ella lleno de horror.

Si le hubiese ofrecido una cantidad por crecida que fuera, para que lo hiciese, también la hubiese despreciado.

Pero le había ofrecido su amor, le había dicho con aquella mirada que solamente ella poseía y que inundaba de delicias el corazón del honrado inglés, «Líbrame de mi marido, déjame que cumpla un deber contraído con el conde en cuyos brazos caí, más bien fascinada que amante, y después seré tuya para siempre.»

Y á este precio el inglés vendió su brazo y su adhesión á aquella mujer.

Cuando hubo muerto á su marido y cuando llegó el olvido de Monte-Sagrado, lady Spinger dijo á Roberto:

—Déjame que me vengue del conde, no le amo, le aborrezco, quiero recrearme en su sufrimiento, y cuando mi alma se haya saturado con el deleite de la venganza satisfecha, entonces podremos disfrutar tranquilos de nuestro amor.

Y Roberto ahogó su amor, sus deseos, su angustia, su desesperación, y esperó confiado en la palabra que se le diera.

No podía quejarse Mary de que no le hubiese servido con lealtad, con inteligencia y con abnegación.

En cambio ella había dejado pasar los días, los meses y los años, sin concederle el favor más insignificante.

Aquella venganza respecto al conde se prolongaba de un modo indefinido.

Y se prolongaba, porque Roberto había llegado á comprender, aun cuando tarde, que Mary amaba con todo su corazón al conde.

Que lo que por él sentía era el despecho, la ira, por no poder conseguir el amor que ambicionaba, no el encono y el aborrecimiento de que tanto alardeaba.

Si aborrecía á alguien era á las mujeres á quienes el conde amaba.

Y todo esto había ido hiriendo poco á poco su corazón, y la gota de amargura de hoy unida á la gota de amargura de mañana, el desprecio que respecto á sí mismo sentía por el miserable papel á que aquella mujer le había condenado, todo fué formando en su pecho la resolución de que acababa de hablar á la dama.

O se le pagaba el salario prometido, ó renunciaba á servirla más y destruía todos los propósitos por ella formados.

Mucho meditó antes de dar aquel paso, pero como que Roberto era tenaz en sus resoluciones, el día en que dijo «voy á hacerlo,» tenía la seguridad de que no había ya de retroceder.

Mary estaba acostumbrada á la obediencia pasiva de aquel hombre.

Había hecho de él un instrumento que manejaba á su antojo, que jamás la contradecía y que se limitaba á seguir las inspiraciones que ella le daba.

¿Cómo era posible que aquella mujer hubiera podido imaginarse que el esclavo pretendiera romper su cadena de un modo tan violento é inusitado?

Jamás; y precisamente por esta razón su sorpresa había sido mayor.

—Tú estás loco,—le dijo al cabo de algunos momentos.

—Por el contrario; creo que ahora es cuando comienzo á estar cuerdo, y precisamente por lo mismo que un destello de razón ha iluminado mi entendimiento, quiero aprovecharle para no volverle á perder.

—¿De modo que lo que has dicho estás resuelto á cumplirlo?

—¡Ya lo creo!

—¿Y es ese todo el afecto que me profesabas, ese el desinterés de que blasonabas tanto?

—Correspondo exactamente al cariño que tú me habías ofrecido.

Lady Spinger golpeó el suelo con impaciencia, estrujando entre sus manos los encajes de su vestido.

Le dolía tener que ceder, y sin embargo no podía consentir que se malograse el fruto de tantos afanes.

Había logrado tener en su poder al hijo del conde y de la duquesa, tenía en su mano el medio de amargar por completo la existencia del uno y del otro, de separarlos para siempre y de recrearse con su dolor, y no era posible por ningún estilo que se trocase en perpetua dicha lo que ella había soñado como perpetuo sufrimiento.

Por otra parte ella no amaba á Roberto.

Había sido una cuestión de conveniencia, lo que le había dicho.

Las promesas que le hiciera no fueron hechas con el propósito de cumplirlas.

¿Cómo había de dejarse caer en brazos de aquel hombre que no respondía ni á las aspiraciones de su alma ni á las ilusiones de su pensamiento?

Y sin embargo, aquel hombre era el árbitro de su suerte en aquellos momentos.

Le conocía demasiado para comprender que no desistiría.

Y no solo no desistiría, sino que ya no podía entretenerle con palabras.

Era un acreedor implacable que exigía el pago de su deuda dentro de un plazo improrogable.

Roberto permanecía inmóvil, contemplándola fijamente.

Hubiérase dicho que seguía atentamente el trabajo de su pensamiento y á quien no era posible engañar con sentimientos fingidos.

Lady Spinger se sentía humillada y confundida bajo el peso de aquella mirada cuyo calor parecía que llegaba hasta su rostro.

Pero como aquella situación no se podía prolongar, como que era necesario decir algo y romper en absoluto ó soldar, los eslabones de aquella criminal cadena de un modo definitivo, dijo por fin:

—Parece que has aguardado cuando no faltaba ya más que un solo momento para terminar la misión que me impuse, á exigir lo que yo pensaba concederte como te había ofrecido.

—No, Mary, tengo la seguridad de que no me lo concederías aun cuando llegara el caso á que aludes.

—Sí.

—No, si te conozco demasiado. Me ha costado mucho el adquirir ese conocimiento, pero hoy tengo la seguridad de tu proceder.

—Mucho presumes de inteligente.

—Porque me ha costado mucho el adquirir esa inteligencia.

—¿De modo que no quieres esperar?

—Si ya te lo he dicho. No es esto que yo quiera ligarte á que obres ni hagas nada contra tu voluntad. Vuelvo á repetirte que no hago más ni menos que romper la cadena que á tí me unía.

—Pero...

—Exijo el pago, no crees conveniente dármelo y aun

cuando tendría el derecho de vengarme de tí por haber amargado mi existencia, por haber cargado mi conciencia de remordimientos, por haber hecho de un hombre leal y honrado un sér abyecto y despreciable, te dejo, nada te digo y te abandono á tu suerte.

—¡Oh! esto es demasiado,—exclamó lady Spinger, con un arranque de cólera.

—Sí, comprendo que para tí es demasiado. Acostumbrada como estuviste siempre á mi pasiva obediencia, á mi resignación á todo y á no oponerme jamás á ninguno de tus caprichos, comprendo la impresión que te ha de causar ver al enano convertirse en gigante. Esto mismo debe hacerte comprender todo lo que me has hecho sufrir.

—Pero es que yo puedo compensarte ese sufrimiento.

—Sí, ¿cuándo?

Y los ojos de Ralph brillaron con el impuro fuego de la pasión, devorando por decirlo así, los exuberantes encantos de aquella mujer.

—Ya te lo he dicho, dentro de poco, mañana tal vez. Déjame recoger á ese niño, llevármelo conmigo lejos de aquí y hacerlo inútil á todas las pesquisas de su padre. Entonces seré tuya, exclusivamente tuya, ¿comprendes todo lo que esa palabra significa?

—Sí, lo comprendo,—repuso Roberto con frialdad,—pero no me conviene.

El miserable había encerrado por medio de un esfuerzo poderoso, la pasión que le consumía, en el fondo de su pecho.

Un instante había asomado á sus ojos, pero al momento volvió á ser dueño de sí mismo.

Mary había creído vencerle.

Pero al ver que se había equivocado y que volvía aquel hombre á ser la peña ante la cual se estrellaba su voluntad, no fué dueña de reprimir un movimiento de impaciencia, diciendo á su vez con acento desdeñoso:

—Está bien, véte.

Este insulto pareció colorear por un momento las pálidas mejillas de Roberto.

Pero se repuso en seguida y dijo:

—Me marcho, pero antes permíteme que te haga una advertencia.

—¿Alguna amenaza?—dijo con glacial desdén la dama.

—Una advertencia hija del resto de afecto que hacia tí me queda.

—¿Qué es?

—Que he resuelto darme la muerte, porque verdaderamente la vida después de lo que he hecho no tiene mucho de agradable, que digamos, y matándome yo, evito que algún día se descubran mis crímenes y vaya á servir en el patíbulo de distracción al populacho.

Lady Spinger se estremeció pero se dominó y dijo:

—Loable propósito el tuyo.

—Me alegro que merezca tu aprobación.

—¿Y era esa la advertencia que pensabas hacerme?

—No, la advertencia se contrae á que antes de morir he tenido el capricho de hacer una historia de mi vida.

—Con lo cual has querido darte humos de hombre grande; me parece bien.

—Es que además ha pasado por mi imaginación la humorada de enviar esa historia al presidente del Tribunal de Londres, y como pudiera suceder que tu nombre se me hubiese deslizado en aquellas páginas, sería lásti-

ma que sufrieras por ello algún percance. Ahora ya estás advertida y tú sabrás lo que debes hacer.

Y el inglés al decir estas palabras, saludó ceremoniosamente á la dama y dió algunos pasos hacia la puerta.

Este fué el golpe de gracia para la dama.

Hasta aquel momento había ésta sostenido su actitud.

Pero las últimas palabras de aquel hombre fueron realmente formidables.

Palideció intensamente y la impresión fué tal que hubo de llevar una mano á la silla más inmediata para sostenerse.

—Y esa historia,—dijo con voz ligeramente alterada, —¿la has enviado ya á su destino?

—No, la pondré en el correo momentos antes de quitarme la vida. Todo lo he calculado, y ya comprenderás que no habría sido tan necio que fuese yo mismo á facilitar á la justicia los medios, para aquello que yo pretendía evitar.

Durante algunos segundos Mary permaneció silenciosa.

Tremenda lucha estaba sosteniendo.

—Adiós, — dijo Roberto, prosiguiendo su marcha hacia la puerta.

—Espera,—le dijo Mary.

—¿Para qué?

—¿Dónde vas?—preguntó la joven, pasándose el pañuelo por la frente, que la tenía empapada de sudor.

—Ya te lo he dicho, precisamente no podrás quejarte de que no te he hablado con franqueza y que no te he revelado hasta el último de mis propósitos.

—Sí, es verdad.

Y la dama fijó una mirada distraída á su alrededor.

—¿Quieres algo?—volvió á decirla Roberto.

—Sí, no te vayas.

—¡Imposible! tengo tomada mi resolución.

—Pues bien, desecha esa resolución y sea lo que quieres.

Roberto se detuvo indeciso.

Después retrocedió, y cogiendo una mano de Mary, la dijo:

—Ve á lo que te comprometes.

—Ya está visto,—repuso la inglesa con voz sorda.

En aquel momento sonaron dos golpes dados discretamente á la puerta, y un momento después apareció en ella un criado anunciando á Federico.

CAPITULO CXXXV

Noticia desagradable

No pudo menos de producir un efecto diferente en las dos personas allí reunidas el anuncio de la visita de Federico.

Roberto no fué dueño de disimular su disgusto.

En cambio Mary respiró cual si se le hubiera quitado un enorme peso.

Porque para aquella mujer la cuestión era ganar tiempo.

Y precisamente la llegada de Federico la sugerió una idea que la conceptuó completamente salvadora.

Por Federico estaba el hijo del conde en Guadalajara.

Y la amenaza de Roberto habíase dirigido precisamente á sacar aquella criatura de su cautiverio, entregarla á sus padres y de este modo inutilizar todos los propósitos de Mary.

Presentándose Federico en aquellos momentos, ella podía decirle que recogiese al niño inmediatamente y de este modo destruía la base en que se apoyaba la fuerza de su secretario.

Esta idea que como hemos dicho se le ocurrió, tuvo el buen acierto de evitar que se transparentase en su rostro.

—¿Qué querrá ese necio ahora?—dijo Roberto.

—Hacer alguna visita de esas tan cargantes,—repuso Mary, disimulando su alegría.—Si los criados no le hubiesen dicho que estaba, no le recibiría.

—Pues no le recibas.

—¡Imposible!—ya comprenderás que á quien hasta ahora nos ha servido, no se le puede disgustar.

Realmente, el inglés comprendió que la dama tenía razón.

—¿Vas á salir á recibirle?—dijo.

—Sí.

—Entonces te esperaré aquí.

—Como quieras.

Y Mary disimulando á duras penas su cólera, salió de la estancia, murmurando:

—¡Si yo encontrara medio de deshacerme de este hombre!

Y salió al saloncito donde estaba esperándola Federico.

La inglesa compuso su rostro de modo que el amigo del duque del Solar no se apercibió del horrible combate que había tenido que sostener.

Cambiadas las primeras frases de cortesía, Federico entró de lleno en la cuestión.

—Sabe usted, milady,—dijo,—que soy portador de una mala noticia.

—¡Oh! pues entonces no la diga usted,—contestó sonriéndose la dama.

—Con harto dolor de mi corazón me veo obligado á desobedecerla.

—Luego se refiere á mí.

—Sí, señora.

—Y dice usted que es mala.

—Cuando menos es una contrariedad que estoy seguro la ha de mortificar tanto como á mí me ha disgustado.

—¿De manera que usted está interesado en esta noticia también?

—Sí, señora.

—Pues entonces más por lo que á usted se refiere que por lo que á mí puede afectarme,le ruego que hable.

—Se trata del niño que sacamos de casa de Andrés.

—¿Qué?

Y tan viva fué la impresión de lady Spinger, que por un momento olvidó aquella impasibilidad que constituía la base de su carácter.

—Sí, señora; nos le han robado.

—¡Pero que está usted diciendo!—exclamó la joven, cuya agitación iba en aumento.

—Sí, señora; nos le han quitado.

—¿Pero quién? ¿el conde?

—Yo no sé si ha sido el conde ó quién ha sido, pero el caso es que ha dejado de estar en nuestro poder.

—Si habrá sido Roberto,—murmuró Mary, recordando lo que éste la dijera antes.

—¿Quién,Roberto? dice usted,—exclamó Federico,que había escuchado las frases pronunciadas anteriormente por la inglesa.

—Sí, señor,—repuso ésta,—aceptando la situación por completo;—temo que haya sido Roberto.

—Me parece que no, por las noticias que yo tengo.

—Usted tiene noticias, y él, con quien acabo de hablar, no las tenía.

—Se comprende muy bien, porque como Roberto no había dicho dónde le habían de dirigir las cartas, sino que él mismo iba cada cuatro ó cinco días, no tiene nada de particular que se hayan dirigido á mí, puesto que la mía era la primera relación.

—Pues bien, ¿qué es lo que ha pasado?—preguntó la dama.

—No me dan detalle alguno; aquí no se me dice más sino que en virtud de un auto del juez ó de orden gubernativa, se ha practicado un registro en la casa y la autoridad ha recogido el niño, entregándolo á las personas que lo reclamaban.

—¿Y quién son esas personas?

—Eso es lo que no me dice la carta.

—Pues hombre, me parece que lo primero que ha debido hacer, máxime cuando usted estaba más interesado que nadie, ha sido enterarse detalladamente de lo que ha pasado.

—He querido venir, antes de todo, á notificárselo á usted.

—Efectivamente que ya dijo usted bien al principio, que era portador de una mala noticia.

—¿Usted no ha podido sospechar nada?

—¿De qué?

—De ese suceso.

—Pues si lo hubiera sospechado, ¿cree usted que no habría tomado otras providencias? Parece que está de

desgracia ese asunto, y mucho más creo que también es usted desgraciado en la elección de las personas que le han de servir.

—Contra eso, como usted comprenderá, no hay defensa posible; porque si ahora mismo, mañana la autoridad, á petición de una parte interesada, pretendiera entrar en esta casa y registrarla, ya comprenderá usted que entraría.

—Sí, pero si tenía algo que ocultar habría tomado ya mis precauciones.

—¿Y si no le daban á usted tiempo?

—De todos modos, créame usted que le han servido muy mal sus recomendados.

—Puede usted creer, señora, que yo soy el primero en deplorarlo y que procuraré por cuantos medios estén á mi alcance averiguar dónde se lo han llevado.

—Algo difícil veo que lo consiga.

—¿Por qué?

—¡Hombre! porque pecarían de muy imprevisores los que hayan recobrado al niño, si dejasen ver el lugar donde lo tienen.

—Ya comprenderá usted que el hermano del duque del Solar debe haber tenido parte en ello.

—¿Quién? ¿el doctor Andrés del Cerro?

—Sí, señor.

—Pues si ese ha tenido parte, esté usted seguro que no se venderá tan fácilmente.

—Ya vió usted cómo lo saqué de su casa.

—Sí, pero precisamente aquello le habrá servido de lección y hoy ya no lo conseguiría usted. Por más, que yo creo que no ha sido el doctor quien ha hecho eso.

—¿Pues quién, entonces? ¿No es el doctor tan íntimo amigo del conde?

—Es que también hay otros amigos.

—Ya sé; Ricardo y Juan Antonio.

—Justamente. Y esos son activos, valientes y resueltos, y si todos se han unido, ya comprenderá usted que no es tan fácil descubrir nada. Esto es lo que debió usted tener en cuenta para elegir la persona á quien daba el encargo de guardar el niño.

—Vamos á ver, milady. ¿Usted quiere á todo trance, y cueste lo que cueste, vencer al conde y á todos los que le ayudan?

—¡Buena pregunta!—contestó Mary.—Ya debe usted comprenderlo.

—Pues los venceremos; contando, por supuesto, con recursos para pagar á toda la gente que se necesita.

—Yo no he puesto jamás tasa al dinero y Roberto sabe que puede disponer de cuanto se necesite.

—Por supuesto que ya debe usted comprender que empresa como la que le propongo no se resuelve en uno ni en dos días.

—Demasiado lo sé; pero ¿qué quiere usted que le diga? soy sobradamente franca y no sé ocultar mis impresiones; pero desde el momento en que tan mal le ha ido en el pequeño negocio en que ha tenido usted intervención, casi, casi tengo ya miedo de emprender otros mayores.

Federico no pudo menos de morderse los labios.

La inglesa continuó:

—Porque hay que tener en cuenta también la clase de enemigos de quien se trata; que lo mismo el conde que el médico son dos adversarios de primera fuerza y

si después les ponemos como auxiliares á esos otros dos caballeros, ya comprenderá usted que es algo difícil derrotarles.

—Yo no puedo decirle á usted más que una cosa y es que para ganar una campaña no se necesita más que paciencia y dinero, y paciencia la he tenido y la tengo para sostener una lucha en la cual tengo la seguridad de salir vencedor, y tenga usted presente que en ella se trata también de vencer á un enemigo tan poderoso como el doctor.

—Ya hablaremos respecto á eso. Por ahora suplico á usted que me permita reflexionar, tanto sobre lo que me ha dicho, como sobre lo que ha pasado.

—Tenga usted presente que yo no tengo un interés determinado en obligarla á que se deje guiar por mis indicaciones.

—No, si ya lo creo. Soy yo la que quiero tomarme tiempo para reflexionar y aquilatar al mismo tiempo, si esta frase me puedo permitir, los móviles que á usted le impulsan á favorecerme.

—¡Cómo, señora! ¿qué móviles cree usted que á mí me puedan impulsar? Ya la he dicho que precisamente estoy sosteniendo una lucha de astucia y de paciencia con el doctor y con algún otro que es todavía más importante que él.

—Pues por esa misma razón no le sorprenda á usted que vacile antes de decidirme.

—Pues sí, señora, que sorprende. ¿Acaso porque yo tenga un trabajo especial, no puedo ocuparme de ningún otro?

—Seré á usted más franca; para cierta clase de empresas producen mejor resultado los brazos mercenarios

si hay una cabeza bien organizada que los dirija, que no las capacidades que obran por delegación, digámoslo así, y que tienen derecho para discutir, analizar, hasta modificar los planes que emanan de la cabeza primitiva.

Federico volvió á morderse los labios.

—Pues me parece que Roberto,—dijo,—también es una capacidad que piensa, que altera y que modifica...

—Nada absolutamente,—repuso con sequedad la inglesa,—Roberto á mi lado no ha sido más que el brazo dispuesto siempre á ejecutar. El día en que se hubiese atrevido á modificar ó á alterar en lo más mínimo una orden que le hubiese dado, le habría separado de mi lado.

—¿Es decir que usted quiere la dirección suprema?

—Sí, señor.

—Pero es que á veces esas direcciones...

—Se equivocan, sí, sé lo que me puede usted decir; pero también tienen una ventaja y es que no pueden achacar á nadie el fracaso que hayan experimentado como hoy me sucede respecto á usted.

—Sin embargo, puede usted abrigar la seguridad...

—Comprendo lo que me va usted á decir; que ha hecho todo lo posible y que no podía imaginarse lo que ha pasado, que contra la autoridad no era posible oponerse, todo eso está muy conforme, todo lo comprendo; mas á pesar de ello yo persisto en mi idea y creo que si no hubiese confiado á usted esa empresa no habría tenido semejante resultado.

Federico comprendió que estaba de más en aquella casa.

Este era un contratiempo cuando él creyó atraerse á aquella mujer y utilizarla como un arma nueva, que podría esgrimir contra Andrés cuando le conviniera.

De aquí su proposición para ayudarla á vengarse de las personas que le estorbaban.

—Siento mucho, — dijo, — que rechace usted mis ofertas...

—No, si yo no las rechazo, las aplazo y nada más; pero sin que por esto quede comprometida para nada, pues tal vez en mis planes ulteriores no tenga necesidad de servicios tan importantes.

—De todas maneras, si usted me necesita ahora para practicar algunas diligencias en Guadalajara y ver si unidos podemos encontrar las huellas de los raptores del niño...

—No, mil gracias; ya veré por mí misma todo eso.

Federico salió lleno de ira de casa de la inglesa.

CAPITULO CXXXVI

El drama

APENAS Mary se vió sola, aquella máscara de que se había servido durante su entrevista con Federico, desapareció.

La violencia de las pasiones en toda su feroz expresión, retratóse en aquel semblante que parecía tan bello generalmente, y con voz ronca murmuró:

—Conque quieren la guerra, conque me provocan y creen haberme vencido porque soy una mujer; yo les demostraré lo que valgo y de lo que soy capaz. Roberto me ha hecho traición, él ha sido indudablemente el autor del rapto de esa criatura; pero yo le juro que el halago que recibirá en mis brazos será el halago de la muerte.

Y aquella mujer, con el semblante descompuesto y

desgarrando con sus crispadas manos los encajes del vestido, torva la mirada y recorriendo con precipitados pasos el salón donde acababa de recibir á Federico; causaba espanto.

—¡Miserable!—murmuraba.—Todavía ese necio me ofrecía su ayuda, cuando precisamente acaba de darme una muestra tan patente de su ineptitud. Si Roberto, que no tiene inteligencia alguna, ha sabido burlarle, ¿qué no harían los demás? Es necesario que yo piense, porque la situación se ha hecho difícil para mí, y si de ella quiero salir, es preciso que mate para no ser muerta. Que Roberto se ha unido á las personas á quienes yo persigo, es indudable. Si cuanto más reflexiono sobre ello, más me convenzo de la verdad. Para mejor disimular su traición, me ha venido hoy con la necia pretensión de exigirme el pago de lo que le ofrecí. Efectivamente que debo pagarle, pero en moneda que él no espera sin duda.

Lady Spinger se dejó caer sobre una butaca y permaneció un buen espacio abstraída por completo en sus meditaciones.

Después se levantó, se dirigió á un espejo, y por medio de un esfuerzo, que demostraba todo lo enérgico de su voluntad, consiguió devolver á su semblante toda la frialdad de su expresión habitual.

—Ahora ya puedo hablar con ese miserable,—dijo.

Y se dirigió hacia el gabinete donde la esperaba Roberto.

Al ligero rumor que produjo, alzó éste la cabeza y dijo:

—¿Se ha marchado ya ese importuno?

—Sí,—contestó con indiferencia la dama.— Y por cierto que le has calificado bien.

—Sí, de veras; ¡te ha importunado?

—No; para tí es para quien ha estado importuno.

—¿Para mí?

—¡Ya lo creo! como que sin pretenderlo quizás, me ha revelado el verdadero secreto de la escena que has tenido conmigo.

—¡El secreto de mi escena! No sé á qué te puedas referir.

—Si recuerdas bien todos tus actos, comprenderás á qué puedo referirme.

Roberto trató de recordar, pero inútilmente.

—Explícate con claridad.

—Me parece que más claramente no se le puede decir á un hombre que ha engañado de un modo indigno á la que hasta ahora le había tratado con demasiada confianza.

—Pero oye, Mary,—exclamó Roberto levantándose de su asiento y aproximándose á la dama.—¿Eso que estás diciendo, se refiere á mí?

—¿Pues á quién puede referirse?

—¿Y tú crees que yo te he engañado?

—Sí.

—Vamos, bien se conoce en eso todo lo de farsa que existe en cuanto piensas y en cuanto haces.

—¿Eh? ¿qué quieres decir?—exclamó Mary, frunciendo el entrecejo.

—Antes, tal vez obligada por las circunstancias, hiciste una oferta que ahora no crees conveniente cumplir, y para eso recurres á todos estos subterfugios. Está bien; si ya te dije antes que yo no pensaba en violentarte.

—¿Pero es posible que tengas valor de hablar del

modo que lo estás haciendo, después de la vileza con que te has portado conmigo?

—¡Pero Mary! ¿qué es lo que estás diciendo?

—¿Sabes á lo qué ha venido Federico?

—¡Qué he de saberlo, ni qué me importa tampoco!

—Pues ha venido á decirme que el hijo del conde ha sido sustraído de la casa en que estaba, por tí.

—¡Por mí! ¿y ha tenido valor para decir semejante cosa?

—¡Pues no ha de tenerlo! ¿Acaso se necesita tan gran valor para decir la verdad? ¡Si tú mismo me la has confesado al exigirme lo que antes me exigiste! Acaso la actitud en que te has colocado ¿de qué ha nacido sino de tu infame unión con el conde?

—¡Pero qué estás diciendo, Mary!

—Mira, Roberto, al punto á que hemos llegado me parece que es completamente inútil que continuemos hablando más tiempo. Antes me dijiste que habías formado la resolución de darte la muerte y que habías tenido el extraño capricho de escribir una historia; ¿no fué esto lo que me dijiste?

—Sí.

—¡Pues mira tú por qué circunstancias, á mí también se me ha ocurrido hacer otro tanto!

—Permíteme que te diga que ese no es más que un plagio que no tiene mérito de ninguna especie.

—Tú crees que no lo tiene.

—Me parece que cuando yo mismo te he dado la idea...

—¡Oh! es que la mía ha sido inmejorable. Tú has hecho una historia, pues yo he tenido el capricho de ha-

cerla con documentos aclaratorios; tú pensabas enviarla á Londres momentos antes de darte la muerte y yo he pensado enviarla en el mismo momento en que la he escrito.

—¿A qué viene todo esto ahora, á qué hablarme de esa historia, ni qué tengo yo que ver con ella?

—Tienes que ver mucho, porque precisamente esa historia es la tuya.

—¿La mía?

—Sí, la de un traidor miserable que para justificar su traición exigía el pago adelantado de un servicio que no había prestado todavía. ¡Oh! en esa historia hay episodios que realmente merecen la pena y que han de producir más efecto que el que tú te prometías de la historia que habías escrito.

—Terminemos de una vez, Mary,—dijo Roberto, que no había podido dominar un estremecimiento de temor al escuchar las palabras de su interlocutora;—¿qué es lo que te propones con todo eso que estás diciendo?

—¿Yo? ya lo has oído.

—Saliste de aquí diciéndome que me esperase, porque ibas á cumplirme la palabra que me habías dado.

—Y vuelvo, y no solamente no te la cumplo, sino que te anuncio el castigo que mereces.

—Está bien,—repuso Roberto, dirigiéndose hacia la puerta de la estancia;—realizaré el primitivo plan.

—¿Dónde vas?—le preguntó Mary.

—Ya te lo dije.

—¿Y si yo no te dejara salir?

—¿Para caer en mis brazos?

—No; ¡si me inspiras repugnancia, si me avergüenzo hasta del momento de debilidad que tuve antes cuan-

do estuve á punto de ceder á tu exigencia. ¿Pudiste suponer jamás que cediera á tus brutales apetitos? No quiero que salgas, porque quiero que pagues el delito que has cometido.

Roberto se detuvo.

Fijó una mirada en el semblante de Mary, y por un momento resplandeció en ella el temor, el aborrecimiento, el deseo, la venganza, todas las malas pasiones reunidas en un solo reflejo tan siniestro como repugnante.

Después se apagó todo aquel fuego, y dijo con voz sorda:

—Siento que tomes las cosas de ese modo, porque vas á obligarme á que me separe de la línea de conducta que me había trazado.

—Sería curioso y me agradaría verlo.

—Créeme, Mary, y déjame que me aleje, ya que has mudado de opinión otra vez.

—Si es que no quiero dejarte, ya te lo he dicho; es que no saldrás de aquí, porque tengo necesidad de que el juez que ha de llegar, conozca cierta carta que desde Edimburgo me dirigiste á Londres al día siguiente de la muerte de lord Spinger. ¿No te he dicho que mi historia iba documentada?

Esta vez ya no pudo contenerse Roberto.

La amenaza había dado en el blanco.

Palideció intensamente, y el fuego que brilló en sus ojos ya no pudo apagarlo el esfuerzo de su voluntad.

—¿Eso harás?—dijo.

—¡Ya lo creo! ¿no comprendes que tengo necesidad, obligación, deber de castigar al miserable que me ha burlado? ¿no comprendes que al caer la venda de mis

ojos, al comprender que el hombre á quien yo había sacado de la nada y le había elevado hasta mí se unía á mis enemigos, les ayudaba y pretendía todavía engañarme, no podía permanecer tranquila? Basta ya de ficción te he dicho; la fuerza está de mi parte, y tu crimen no puede quedar impune. Soy la fiera cuya garra hace sangre; tú has querido que te arañe, y no debes quejarte de tu suerte. Has creído sin duda que yo iba á dar crédito á tus palabras, que adormecida ó humillada por haber cedido á tus inmundas caricias, olvidaría tu miserable proceder y de este modo te habrías congraciado con el conde y con la duquesa, y disfrutarías el amor que tanto te había enloquecido. ¡Error, Roberto, necio error que vas á pagarlo muy caro!

—Déjame salir de aquí y no provoques mi enojo, que colocado en la pendiente en que tú misma me has puesto, podríamos llegar al extremo que yo he querido evitar. Ni te he hecho traición, ni comprendo las palabras que me estás diciendo. Si de ellas te vales como pretexto para dejar de cumplir tu oferta, sea en buena hora, ya te lo dije antes: queda roto el vínculo que nos había unido. Déjame salir, y concluya todo entre nosotros.

—¿Es decir que te alejas de aquí para ir á recoger la paga del conde por el servicio que le has prestado? Si cuanto más estás diciendo es arrojar nuevo combustible en la hoguera en que me abraso. No, miserable,—prosiguió Mary, descompuesto el semblante, encendida la pupila y tembloroso el labio,—de aquí no saldrás hasta que no se cumpla tu destino.

—¡Ay de tí si ese destino se cumple!—dijo Roberto pasándose la mano por la frente, como si quisiera desechar la terrible idea que se le ocurría.

—¡Amenazas ya!

—¿Qué he de hacer, si tanto me provocas? y ten presente que mis amenazas no son en balde.

—Como las mías.

—Déjame salir.

—¡No saldrás!—gritó Mary poniéndose delante de la puerta y cogiendo de una pequeña panoplia que había en uno de los lados del gabinete, un afilado puñal.

—¡Mary!—exclamó Roberto cuyas manos temblaban,—¡mira lo qué haces, que la paciencia tiene sus límites y tú has abusado mucho de la mía!

—¡Si no saldrás de aquí mientras no llegue la persona á quien he enviado á buscar; si quiero verte humillado á mis piés, si es esa la única satisfacción que ya puedo disfrutar!

—¡Mary! ya que fuiste la serpiente que me hizo abandonar el camino del bien, por última vez te ruego que no seas la serpiente que envenene mis últimos instantes. ¡Apártate á un lado y déjame franca esa puerta!

—No, que la serpiente tiene aguijón que hiere.

—¿Y qué puede hacer ese aguijón en tus manos?

—Da un paso y lo verás.

—Te he dicho que me dejes salir; te lo he suplicado, no por lo que más puedas amar, porque tú no has amado á nadie ni sabes siquiera lo que es amor; te lo he suplicado por el recuerdo siquiera de lo que yo fuí antes de conocerte; pero una vez que me obligas, no tengo más remedio que emplear el solo recurso que me queda.

Y al decir estas palabras Roberto trató de coger por un brazo á la inglesa, separándola de la puerta.

Pero Mary no era mujer que se acobardase fácilmente.

Con el brazo que le quedaba libre pinchó en el brazo á Roberto que, al sentirse herido, lanzó un rugido de furor, y sintiendo su vista oscurecida por un velo de sangre, se arrojó sobre ella y la arrancó el puñal.

—Ahora,—exclamó con voz ronca,—apártate de esta puerta.

—¡No!—gritó la dama agarrándose con entrambas manos al marco de la puerta, al mismo tiempo que llamaba á los criados.

—¡Calla!—le dijo Roberto pretendiendo taparle la boca con la mano.

Pero la fiera se revolvió furiosa contra aquel obstáculo y mordió la mano que trataba de impedirla gritar.

Roberto separó entonces la mano herida, y Mary aprovechó aquel momento para pedir socorro.

—¡No, no llegará á tiempo!—gritó Roberto alzando el puñal y dejándolo caer sobre el seno de la inglesa.

Esta cayó desplomada lanzando un grito de dolor.

Los criados se aproximaban al aposento.

El asesino dirigió sus miradas á todos lados y después murmuró:

—Este era el destino. ¡Cúmplase de una vez!

Y dirigiendo el arma contra su pecho, fué á caer á corta distancia del cuerpo de aquella mujer que tan terrible influencia había ejercido en su existencia.

Cuando llegaron los criados, el espectáculo que se ofreció á su vista fué horrible.

El sangriento drama los dejó inmóviles y aterrados durante algunos segundos.

Después comenzaron á pedir auxilio y trataron de socorrer á sus señores.

Roberto había espirado.

Mary no había muerto todavía, pero cuando al cabo de algún tiempo llegaron las autoridades y los médicos que inmediatamente se enviaron á buscar, dijeron que todo era inútil.

Efectivamente; una hora después había dejado de existir, sin haber podido revelar las causas de aquella doble catástrofe.

CAPITULO CXXXVII

Federico encuentra lo que no espera

SEGÚN manifestamos ya, Federico había salido de casa de lady Spinger lleno de ira.

Había entrado allí creyendo encontrar auxiliares poderosos para su empresa, y, desgraciadamente, no había encontrado más que desdén y reconvención.

Conocido su carácter, fácilmente puede comprenderse el efecto que le habían producido las palabras de la inglesa.

—Merecía esta mujer,—iba pensando,—que me dirigiese yo mismo al conde y que le revelase lo que contra él meditará, sin duda, ahora. Yo sé que me llamará, y si no, yo la juro que descubriré sus proyectos y que los desbarataré.

Y así pensando, no reparó en Andrés, que precisa-

mente se dirigía hacia la casa de lady Spinger, acompañado de Ricardo, como ya dijimos en otro lugar.

El médico y su amigo le habían visto salir, y el primero dijo al segundo:

—¿Se convence usted ahora de que ese bribón fué quien me quitó al hijo del conde, de acuerdo, sin duda, con esa mujer?

—Confieso que todo lo hace creer; porque si no, ¿á qué esas relaciones con ella?

—Y va preocupado y pensativo,—dijo Andrés.

—Se comprende muy bien, si él la ha servido y han sabido ya que el niño se encuentra en poder de su padre.

—¡Hombre!—dijo Andrés;—se me presenta aquí una ocasión que estaba buscando hacía mucha tiempo.

—¿Para qué?

—Ahora lo verá usted.

Y apresurando el paso, llegó á tropezar con Federico.

—Adiós, amigo,—le dijo.

Alzó Federico la cabeza, y al ver á Andrés y á Ricardo, no fué dueño de contener cierto movimiento de sorpresa.

—Adiós, señores,—contestó, tratando de sonreir;—¿dónde se va por aquí?

—Precisamente íbamos á la casa de donde usted acaba de salir,—contestó Andrés.

—¡Yo!

—Sí, usted; sin duda, habrá ido á decir á lady Spinger que el hijo de Monte-Sagrado, el mismo que usted sacó de mi casa y que llevó á Guadalajara, ha vuelto otra vez al lado de su padre.

—¡Cuidado, Andrés,—dijo Federico, frunciendo el entrecejo;—que aun cuando no sé á qué se refieren esas palabras, encuentro en ellas algo que me ofende!

—Pues no debe usted ofenderse, porque sabe muy bien que son verdad.

—Vamos, sin duda tiene usted ganas de broma; porque, de otro modo no me explico...

—Lo que no podría explicarse sería que yo usase bromas de ningún género con usted.

—¡Andrés!

—Como no había tenido ocasión de verle después de aquella casual visita que me hizo, en ocasión que no estaba yo en casa, no había podido rogarle que no volviera á intervenir en asunto alguno en que yo tuviera parte.

—Pero ¿qué es lo que está usted diciendo?

—¡Parece mentira lo bien que sabe usted disimular! No hubiera creído que poseyera usted, entre las muchas excelentes cualidades que le adornan, la de pretender desentenderse de cargos tan justos como el que le hago.

—Pero vamos á ver, Andrés,—dijo Federico, mirando con insolencia á su interlocutor;—¿qué es lo que usted se ha propuesto?

—Extraña es la pregunta, cuando sabe usted, ó por lo menos debía presumir, que había de estar altamente ofendido con usted.

—¡Ofendido! Yo creo que, por el contrario, quien está ofendiéndome en este momento es usted.

—Vuelvo á repetirle que decir una verdad no es una ofensa; pero si lo toma usted en ese sentido, no tengo inconveniente alguno, y es más, hasta me permitiré au-

mentar esa misma ofensa, porque precisamente usted me ha dado tantas armas, que son muchas las que podré esgrimir en su contra.

—¡Caballero!

—En primer lugar, tengo para hacerle á usted cargos, su proceder para con mi hermano, á quien ha arrastrado usted á una vida que no es, por cierto, á la que él estaba llamado; pero, en fin, pase, porque si él quiere hacerlo, edad suficiente tiene para no necesitar tutor.

—Permítame usted que le diga que no estoy para escuchar reconvenciones, de una persona á quien no juzgo autorizada para ello.

—Es verdad, y por eso no insisto sobre ese punto. Pero como me atañe personalmente la ingerencia que se tomó usted en mi casa para hacer que mi criado entregase aquel niño á la persona que fué á buscarle y con la cual usted, sin duda, estaba de acuerdo ya...

—Suposición injuriosa que debo rechazar con toda la indignación de una persona...

—De una persona que no tiene derecho para indignarse; porque, como vuelvo á repetirle, lo que estoy diciendo, es verdad.

—¡Basta! A insultos como el de usted, yo no puedo contestar...

—Mas que del modo que yo deseo que me conteste usted; porque precisamente supe ayer que el niño lo llevó usted á Guadalajara, á la casa de una familia que le debía á usted atenciones. ¿Comprende usted ahora si hablaba ó no con verdad?

Federico se puso densamente pálido.

—Está bien,—dijo,—ya enviaré á usted las personas que se han de entender con las que usted elija.

—Perfectamente, eso es lo mismo que yo deseaba, por más que no me honra mucho batirme con una persona que obra del moda que usted lo ha hecho.

Federico al escuchar semejante insulto, quiso arrojarse sobre Andrés con el bastón levantado.

Pero Ricardo le detuvo, diciendo:

—Cuidado, que no es muy correcto semejante proceder, y no creo que usted piense ponerse al mismo nivel que ciertas gentes.

—Puede usted dejarle, Ricardo,—repuso Andrés,—este caballero está ya acostumbrado á escenas semejantes, y yo no soy de aquellos que se asustan por agresiones de ese género.

—Yo le aseguro que sus palabras han de costarle caras.

—A su disposición me tiene.

Y Andrés cogiendo por el brazo á Ricardo, volvió la espalda á Federico que permaneció algunos momentos inmóvil mirando á su adversario que se alejaba.

—¡Necio!—exclamó después,—no sabes que tú mismo me has proporcionado la ocasión que buscaba.

Y se alejó de allí para dirigirse en busca de los amigos á quienes iba á encargar el arreglo de las condiciones del duelo.

Entretanto Ricardo decía á su amigo:

—Vamos, Andrés, permítame usted que le diga que no apruebo lo que acaba de hacer.

—Pues precisamente era lo que yo estaba deseando hacía tiempo. Ese hombre, créalo usted Ricardo, será la perdición de mi hermano.

—¿Y por eso va usted á exponer su vida?

—Eso es poca cosa. La existencia tiene para mí muy poco de agradable.

—No diga usted semejante cosa. Su vida de usted tanto para la humanidad, en general, como para sus amigos, en particular, vale muchísimo.

—Ese hombre no es más que un miserable vestido de caballero. He sabido en poco tiempo tantas cosas de él, que estaba deseando encontrar una oportunidad como esta para ver si libro á la sociedad de un sér tan perjudicial.

—Y se expone usted para eso.

—Es necesario. Por más, que no crea usted, adversarios de esa especie no son temibles.

—Está usted en un error. Federico, según he oído decir á todos los que le conocen, es un adversario muy temible.

—Jamás me he fijado en eso cuando he pretendido castigar á un bribón.

—Pues no es factor despreciable para lances de esta especie la mayor ó menor destreza.

—No nos fijemos más en eso y dejemos esa conversación. Supongo que usted me hará la honra de apadrinarme en este caso.

—Francamente se lo digo, es uno de los favores que más á disgusto le voy á hacer. En todo y para todo me ha tenido usted á su disposición, pero tratándose de ese hombre, no lo puedo remediar, siento que sea usted quien tenga que intervenir con él.

—Ya no hay otro remedio. Prescindiendo de que, como le he dicho yo mismo, estaba deseando que llegase esta ocasión. Creo que Juan Antonio no nos negará tampoco su concurso.

—Ya sabe usted que no. Por supuesto, doctor, que una cosa le encargo.

—¿Qué?

—Que si llega usted á tocarle lo haga de modo que no vuelva á levantarse más, porque si llegara á ser así la situación para usted sería fatal, porque el miserable no perdonaría nunca que le hubiese usted herido.

—Tendríamos necesidad de volver á comenzar.

—No lo diga usted ni en broma.

—¡Ea! olvidemos ya todo eso y vamos á sostener nuestra batalla con lady Spinger que se va á poner buena cuando sepa que el conde es ya completamente dichoso.

—Esa es otra persona que tampoco, me parece, nos ha de perdonar la ingerencia que en sus asuntos hemos tomado.

—También me tiene sin cuidado.

Y los dos jóvenes fueron á entrar en casa de lady Spinger en el momento en que los criados aterrados por el espectáculo que á su vista se había ofrecido al entrar en la habitación de su señora, salían por todas partes pidiendo auxilio.

—¿Qué es eso? ¿qué sucede?—exclamaron Ricardo y Andrés al ver á los que salían despavoridos diciendo al portero que avisase á la autoridad.

—Una gran desgracia, caballero,—contestó uno de los criados.—La señora y el señor han sido asesinados.

—¿Qué?—exclamaron Andrés y Ricardo al mismo tiempo,—¿quién era la señora? ¿quién el señor?

—Lady Spinger y su pariente el señor Roberto.

—¡Oh!

Y Andrés se precipitó por la escalera adelante, seguido de Ricardo.

Ellos fueron los primeros que entraron en la habitación de lady Spinger y los primeros que pudieron prestar sus auxilios á la moribunda.

Pero desgraciadamente, como ya manifestamos en otro lugar, éstos fueron completamente inútiles.

Cuando llegó la autoridad, Andrés dijo:

—El estado de esta señora es completamente desesperado, no hay medio ninguno de poder obtener una sola palabra. La poca vitalidad que conserva se habrá extinguido de aquí media hora.

—Pero ¿cómo ha sido esto?—dijo el inspector de policía, primera persona que acudió, mientras llegaba el Juzgado.

—Yo no veo,—dijo Andrés,—más que un drama cuyos términos verdaderos hemos de buscarlos por presunciones. La herida de los dos está hecha con la misma arma, que es este puñal que todavía tiene Roberto entre su crispada mano, por lo cual debemos comprender que él fué quien hirió á la dama y aterrado sin duda por el crimen que acababa de cometer, se hirió con tal acierto que la muerte ha debido ser instantánea.

—¿Y cuando han entrado ustedes aquí, la habitación estaba?...

—Del mismo modo que se encuentra ahora. Nosotros, que precisamente veníamos á visitar á lady Spinger, hemos entrado en el portal en el momento en que los criados salían pidiendo auxilio; hemos venido, y yo no he procurado más que atender á las víctimas del terrible acontecimiento que aquí ha tenido lugar.

Poco después llegaba el juzgado, comenzaban á instruirse las diligencias respecto al suceso y Andrés y Ricardo se vieron obligados á permanecer allí más tiempo del que habían supuesto.

CAPITULO CXXXVIII

Acontecimientos de tres meses

PREOCUPÓ por espacio de algunos días la pública atención, el trágico suceso que había tenido lugar en casa de lady Spinger.

Pero después nadie volvió á acordarse de ello

La embajada inglesa se hizo cargo de todos los bienes de la difunta, se sobreseyeron las diligencias entabladas con aquel motivo, y como que el matrimonio de la hija del conde de Meneses con Juan Antonio, y la desaparición del conde de Monte-Sagrado y de la duquesa del Valle fueron sucesos ocurridos también por aquellos mismos días, contribuyeron en gran manera á que se diese más pronto al olvido lo que acabamos de indicar.

En cambio, nadie prestó atención á un suceso que, si bien debía ejercer gran influencia sobre algunos de los

personajes más importantes de nuestra obra, no podía llamar la atención en una sociedad que sólo se preocupa de los estruendosos acontecimientos que siempre tienen lugar en su seno.

Nos referimos al duelo entre Federico Montesinos y Andrés del Cerro.

En él llevó la peor parte quien más confianza tenía en el éxito.

Federico Montesinos quedó gravemente herido, y si bien la punta de su espada alcanzó á Andrés en el hombro, esto, más que herida fué un rasguño que al cabo de ocho ó diez días estaba completamente cicatrizado.

En cambio la herida de Federico le retuvo más de tres meses en el lecho.

Carlos había sido uno de sus testigos.

El sobrino del duque conocía la verdadera causa de aquel duelo y justificó su presencia en él para con Andrés, diciéndole:

—Montesinos ha venido á buscarme con este objeto y yo no he sabido qué hacer, porque ya comprenderá usted que para mí es muy violento apadrinar un duelo en el cual uno de los combatientes es la persona á quien yo más respeto y más estimo después de mi tío.

—Yo creo,—contestó Andrés con frialdad,—que debe usted acceder á los deseos de su amigo.

—Pero como mediador, para evitar que las cosas lleguen á este terreno,—dijo Carlos.

—No por cierto; este duelo se ha de verificar; de modo que cuantas gestiones intente usted para buscar términos acomodaticios serán inútiles.

—Pero ¡por Dios! ¿tan grave ha sido la ofensa?

—Muchísimo.

—Pero ¿qué va á decir el señor duque cuando de ello se entere? Precisamente se trata del único hermano que tiene y á quien tanto quiere, y de su mejor amigo á quien tanto estima.

—Mi hermano es muy dueño de conceder su afecto á quien tenga por más conveniente, pero yo no estoy en el mismo caso que él.

—Pero venga usted aquí, don Andrés, ¿qué necesidad hay de llevar las cosas á ese extremo, que siempre es deplorable, sea uno ú otro el que resulte herido?

—¿Qué quiere usted que le diga?

—Yo hablaré con sus padrinos de usted, y estoy seguro que ellos me ayudarán á evitar esto.

—Será inútil; mis amigos tienen ya mis instrucciones y se atendrán á ellas por completo.

—En ese caso, yo no debo asistir á ese duelo.

—¿Por qué no?

—Porque me faltarían el valor y la serenidad tan necesarios en un caso semejante.

—Yo creo, sin embargo, que usted mejor que otro debe asistir, puesto que así se evita mayor publicidad.

—Pero yo no puedo mirar con serenidad el peligro que va usted á correr.

—También lo corre mi adversario.

—Sí, pero su adversario de usted me inspira, como es consiguiente, mucho menos interés.

—¡Nada, nada! Carlos, esté usted al lado de Montesinos, y no se preocupe por nada más.

Cuando después habló el médico de esto con Ricardo, le dijo:

—Siempre había yo dicho que este muchacho me gustaba muy poco, y ahora me acabo de convencer de

la exactitud de mi presentimiento. No sé por qué veo á mi hermano dentro de un círculo del cual no sé cómo ha de salir. Ni Carlos, ni Montesinos, me han gustado nunca, y ahora mucho menos.

—Sin embargo, Carlos no parece tan malo como el otro.

—¡Quién sabe! Para mí, si he de creer mis presentimientos, me parece que es peor todavía, y tenga usted presente, querido Ricardo, que Montesinos es muy malo; ustedes no le conocen, pero algún día me dará usted la razón.

—¡No, no! Si yo no le niego á usted, querido doctor, un conocimiento, respecto á las personas, muy superior al que yo puedo tener; pero, quizás, también usted le juzga un poco apasionadamente.

—No; ¡bien sabe Dios que hasta ahora no creo haber tenido apasionamiento con ninguna de las personas á quienes he tratado! He creído juzgarlas con entera imparcialidad, y mi juicio respecto á Federico ha sido siempre muy desfavorable. Tal vez á consecuencia de este desafío se enfríen algo las relaciones de mi hermano con Montesinos, de lo cual me alegraría mucho, y aun cuando no fuera más que por eso, daría por muy bien empleado el peligro que voy á correr.

Y el duelo se verificó, según dejamos dicho.

Carlos, en los primeros momentos, quiso escribir al duque noticiándole lo que ocurría; pero Andrés, á quien consultó sobre ello, se opuso, diciéndole:

—Créame usted; vale mucho más dejar á mi hermano que lo ignore todo. Felizmente, mi herida no ha sido nada, y la de Montesinos se reducirá á un sufrimiento de tres ó cuatro meses, al cabo de los cuales estará en disposición de volver á su antigua vida.

—Pero vamos, doctor,—dijo Carlos sonriéndose,— ¡que también tiene usted pesada la mano!

—No tan pesada, cuando no ha sabido servir, como quería la voluntad.

—¿Tanto aborrece usted á Montesinos?

—No es que le aborrezca; pero óigame usted, Carlos: si tropieza usted en medio de la calle con un reptil venenoso que sabe usted que puede producir la desgracia de una ó varias personas, siquiera sean éstas desconocidas para usted, ¿dejará con vida al perjudicial reptil, ó se apresurará usted á darle muerte?

—¡Hombre! Por humanidad, al menos, es conveniente aplastarle.

—Pues precisamente eso es lo que sucede con Montesinos. Yo le he conocido mejor tal vez que todos los amigos que le rodean, y como él sabe que le he conocido, me odia.

—¡Por Dios, doctor, no diga usted eso!

—Sí, señor, sí; lo digo y lo repito: me odia, y si no me ha dado muerte en este duelo ha sido porque no ha podido; créalo usted.

—Conque quedamos en que á mi tío...

—No hay necesidad de decirle nada.

Carlos no pudo consultar con Federico, por el estado en que éste se hallaba; pero también creyó, como Andrés, que no había necesidad de participar al duque lo que ocurría, máxime cuando en aquellos momentos debía encontrarse sumamente satisfecho por el nacimiento de su hija, que había participado tanto á Andrés como á su sobrino.

Como hemos dicho, el desafío no había producido efecto alguno en la alta sociedad madrileña; pero, en

cambio, le produjo una noticia que comenzó á circular sordamente al principio, pero con marcado carácter después.

Marieta Chiarini, la cantante que tanto furor había causado en Madrid, estaba haciendo gestiones para romper su escritura.

Esto llenó de consternación al mundo *dilettanti.*

No se concebía que una artista tuviera la genialidad de separarse bruscamente de un público de quien no había recibido hasta entonces sino ovaciones y aplausos.

Pero para aumentar más la extrañeza de la multitud, comenzó á decirse que Marieta abandonaba el teatro para meterse en un convento.

¿Qué causa había para semejante resolución?

Esto era lo que se preguntaba todo el mundo, y á lo que nadie encontraba contestación.

El pobre Stephano estaba inconsolable.

A cuantos le preguntaban, contestaba invariablemente:

—Este disgusto me matará. Yo había soñado para ella el primer puesto en el mundo del arte; en eso había cifrado toda mi gloria, y el día en que la hubiese visto á esa altura habría expirado contento y satisfecho, creyendo ya haber terminado mi misión. Desgraciadamente ella no quiere y yo no podré vivir más.

Y nadie podía saber la causa de aquella determinación tomada por Marieta.

Sin embargo, una persona hubo que la supo.

Esta fué Ricardo.

Pocos días después de haberse marchado el conde de Monte-Sagrado, recibió carta suya participándole su linda residencia en la Vega de Granada, que ha-

bía verificado su unión con la duquesa del Valle y reconocido á su hijo, y que se consideraba el más feliz de los hombres.

Le invitaba á que fuese á pasar alguna temporada en su compañía, y al mismo tiempo le indicaba también que visitase en su nombre á Marieta y que se enterase del efecto que su carta le había producido.

También Andrés recibió otra carta, pero en ella era más explícito.

Después de decirle lo mismo que á Ricardo respecto á su matrimonio y sobre la ventura que disfrutaba, le decía:

«Por los periódicos he visto la horrible catástrofe que ha quitado la vida á lady Spinger y á su digno cómplice Roberto. Era el final que lógicamente debían tener aquellos dos personajes.

»A pesar de todo el daño que me han hecho, les perdono y deploro su muerte. Hablemos de otra cosa.

»Hoy escribo también á Marieta; comprendo, y usted también, amigo mío, que la conoce y sabe la ternura de su corazón y el inmenso cariño que me ha profesado, comprenderá también, todo el dolor que habrá sufrido teniendo que renunciar á una esperanza que aun cuando remota, quizás conservaba en el fondo de su pecho.

»Yo había procurado las últimas veces que la ví, ir haciendo nacer en su corazón un afecto nuevo hacia uno de nuestros amigos, que estoy seguro que es digno de ella.

»Me refiero á Ricardo. Usted lo mismo que yo, ha comprendido que Ricardo la amaba. ¿Por qué no hemos de procurar que sean felices dos personas que reunen tantas condiciones para ello?

»Usted conoce la pureza de mi afecto respecto á Marieta y que puede dar su mano á Ricardo sin que su frente se enrojezca con el color de la vergüenza. En este sentido la escribo; á Ricardo le digo también que vaya á verla; una usted sus ruegos á los míos, y usted con su buen talento, tal vez consiga hacer dichoso al uno y atenuar en parte el dolor de la otra.

»Es un proyecto que ya lo concebí estando en Madrid, cuando me apercibí del cariño de Ricardo.

»Creo que usted lo aprobará y le prestará su eficaz cooperación.»

El conde se extendía después en otras consideraciones, y Andrés tan luego hubo leído la carta de su amigo, le dijo:

—Tal vez el proyecto de Eugenio llegue á realizarse algún día, pero por el momento, lo veo algo difícil. Marieta es un ángel, y si el conde la ordenara que diese su mano á Ricardo, lo haría sin vacilar, aun que supiera que con ello firmaba su sentencia de muerte; pero ni el conde lo hará ni yo tampoco se lo aconsejaría. Simpatía hacia Ricardo, sí que tengo la seguridad de que existe en ella, pero creo que esta simpatía no es más que un reflejo del mismo amor que ella sentía hacia el conde al ver el que Ricardo también le tiene. De todos modos me alegraría por el uno y por el otro, y lo único que siento es, que mi estado no me permita salir todavía para ir á su casa.

Cuando Ricardo fué aquel día á ver á su amigo, le dijo éste:

—Ya sé que ha tenido usted carta de Eugenio.

—Sí por cierto, y en ella me habla de su felicidad, que bien cara la ha comprado, por cierto.

—Es verdad. ¿Y no le dice á usted nada más?

—Sí; que ha escrito á Marieta y que vaya yo á verla.

Y la voz de Ricardo temblaba ligeramente al hacer esta indicación.

Su amigo le miró atentamente y le dijo después:

—Pues no deje usted de ir, porque es conveniente que vaya. Pero conforme le digo á usted una cosa, debo decirle á usted otra. Deje usted para mañana esta visita.

Ricardo estaba muy acostumbrado á seguir las indicaciones del doctor, y no se atrevió á hacer objeción alguna.

CAPITULO CXXXIX

Continuación de los sucesos que pueden ocurrir en el espacio de tres meses

La observación del doctor á su amigo, era profundamente atinada, y demostraba el gran conocimiento que el joven tenía del humano corazón.

La herida que la cantante había recibido con la carta del conde, estaba destilando sangre todavía.

Si Ricardo aquella noche se hubiera presentado en el teatro, es muy posible que Marieta le hubiese recibido de un modo inconveniente, que hubiera hecho inútiles los esfuerzos de Eugenio.

Era necesario dar tiempo á la joven para que reflexionase.

Monte-Sagrado en la carta que le escribía la hablaba más bien como un padre que como un amante.

Marieta le había amado con su primero, con su único amor.

Para ella no había existido ni podía existir otro hombre en el mundo más que Eugenio.

Creía en él como en un Dios.

Sabía perfectamente todos los obstáculos que mediaban para que aquel hombre la hubiese podido pertenecer por completo, y sin embargo le amaba.

Le eran conocidas todas sus veleidades, todas sus aventuras, y á pesar de esto, aun cuando sufriendo, no había dejado de quererle un solo instante.

Había sufrido las consecuencias de los celos de lady Spinger y hasta la había dado gracias porque la hiciera sufrir á causa de él.

El amor que le profesaba no se había extinguido, pero si había ido perdiendo algo de su intensidad y de su arrebato primitivo, quedando como un sentimiento dulce, apacible, tranquilo, que constituía la única luz de su existencia.

Cuando vió á Ricardo le fué simpático desde el primer momento, mucho más cuando supo que era uno de los jóvenes á quienes el conde profesaba mayor afecto.

Pero no se la ocurrió por ningún estilo, ni que el joven la pudiera amar, ni que ella se viera obligada á aceptar su amor.

Consideróle como un amigo íntimo y nada más.

Había momentos en que el joven, con sus genialidades puramente andaluzas, sus delicados chistes y sus atrevimientos la distraía, la hacía reir y hasta llegó algún momento en que echó de menos su visita en el cuarto del teatro ó en el salón de su casa.

Sin embargo, llegó un día en que advirtió algo en la mirada y en el acento del joven, que llamó su atención.

Porque cuando se ama es difícil ocultar el cariño, y si la persona amada tiene la penetración, el talento y el conocimiento de mundo que Marieta había tenido forzosamente que adquirir durante su carrera artística, más pronto se advierte el cambio de sentimientos en la persona con quien se habla.

A partir de aquel momento mostróse la joven algo más reservada con él.

Ricardo advirtió algo, y también lo advirtió el conde, que había seguido atentamente desde el nacimiento de la simpatía entre los dos, hasta el nacimiento del amor en Ricardo.

Entonces comenzaron los trabajos de Eugenio.

Hizo algunas indicaciones á Marieta, elogió sin reserva alguna á Ricardo, haciendo resaltar sus buenas cualidades y no omitió ninguno de esos medios necesarios para despertar el interés en el corazón de una mujer respecto á un hombre.

Sin embargo, Marieta no concedió preferencia alguna á Ricardo ni dió muestra ostensible de que en ella hubiesen producido efecto alguno los elogios del conde.

Ricardo luchaba con aquel amor que poco á poco iba apoderándose de él y que se lo reprochaba como una falta á la amistad del conde.

Así era que ni decía nada, ni se le veía nada ostensible que justificara el amor de su pecho.

Pero en cambio, sus ojos hablaban con sobrada elocuencia.

Y en ellos leía el conde, del mismo modo que había leído también Andrés, lo que pasaba en su corazón.

Y en fuerza de hablar tanto á Marieta de Ricardo, de elogiar sus condiciones, de mostrarse agradecido al afecto que el joven le tenía, consiguió aumentar la simpatía que ya hemos dicho tenía la joven al andaluz.

La cantante no podía abrigar esperanza alguna respecto al conde.

Pero, sin embargo, cuando recibió la carta de Eugenio participándole su matrimonio, y por lo tanto destruyendo toda la esperanza, si es que alguna tenía, creyó morir de dolor.

Y no continuó la carta, porque un velo de lágrimas cubrió sus ojos.

Stefano procuro consolarla, pero la joven le dijo:

—¡Padre mío, déjame que llore, porque este llanto desahoga al menos mi corazón! ¡Déjame sola por piedad!

—Dejarte sola, abandonarte cuando estás sufriendo, *¡per Dio! ¡povera figlia!* ¿Cuándo lo ha hecho ¡tu buen Stefano? Si estuvieras alegre, si fueras feliz, te obedeciera en seguida.

—Sin embargo, cree que necesito estar sola para acostumbrarme siquiera á la profunda soledad en que queda mi alma.

—¡Oh! no digas eso; ¿acaso no soy yo nada para tí? ¿acaso mi cariño no es suficiente para llenar tu corazón con el inmenso afecto paternal que te profeso?

—Sí, pero comprende que hay una gran diferencia entre el cariño que me profesas y el que yo puedo sentir hacia otro hombre. Por eso te digo que me dejes sola; necesito llorar libremente y pensar también con entera libertad.

—¿Pero tanto te estorbo?

—¡No, por Dios! por el contrario, necesitaré tu ayuda, tu consuelo, tu cariño; pero después.

Stefano inclinó la cabeza tristemente y salió de la estancia.

Marieta sepultó la cabeza entre sus manos y así permaneció durante largo espacio.

Por entre sus dedos pasaban las lágrimas que brotaban de sus ojos, y largo tiempo se llevó llorando.

Hubiérase dicho que pretendía agotar las lágrimas de su corazón para regar con ellas la postrera esperanza que acababa de perder.

Después volvió á coger la carta del conde, y entonces leyó lo que no había podido leer al principio.

Decía así:

«Querida Marieta: Aun cuando mi acento debe haber perdido para tí toda su influencia desde el momento en que el destino pone entre los dos insuperable muro, queda todavía el ruego del amigo, que espero no desoirás.

»Sola como estás en el mundo, necesitas un amparo, una robusta encina en que puedas apoyarte, tu, débil yedra que crece precisamente en el seno de la más peligrosa de las sociedades.

»El pobre Stefano tiene ya muchos años y quizás sus días están contados.

»Si él te falta ¿qué va á ser de tí?

»Yo que siempre he velado por tu tranquilidad y por tu dicha, he buscado á tu alrededor quien pudiera servirte dignamente de apoyo y de sostén, cuya nobleza de sentimientos igualase á la tuya, y finalmente, quien fuera digno de tí por todos conceptos.

»Dos personas hay cerca de tí á quienes yo considero como hermanos, y efectivamente, lo son tanto en su modo de pensar como en su manera de sentir.

»Estos son Andrés y Ricardo.

»El primero tiene, desgraciadamente también, el corazón herido y no hay que pensar en que nada ni nadie sea suficiente para cicatrizar aquella llaga.

»Queda Ricardo, y Ricardo te ama.

»Tal vez tú no lo hayas conocido, porque ha tenido la delicadeza suficiente para encerrar su amor en el fondo de su pecho de tal manera, que difícilmente pudiera conocerlo nadie.

»Muchas veces te he hablado de él; muchas veces he rendido justicia á sus excelentes cualidades delante de tí.

»Es tu amigo. Mi único deseo es que sea algo más.

»Piensa bien sobre esto. Comprendo que tu corazón ha de estar herido mortalmente y no es que yo pretenda que el amor que has profesado á quien también te lo ha tenido, lo sustituyas inmediatamente con otro amor.

»Pero acostúmbrate á la idea del cariño de Ricardo; dále alguna esperanza y enseña tu corazón á que comience á comprenderle, para que concluya por amarle.

»Tu memoria no se borrará de mi pensamiento, así como estoy seguro que la mía tampoco ha de borrarse del tuyo, pero tienes sobrado talento para saber encerrar ese recuerdo de tal manera, que jamás tenga tu esposo por qué reprocharte.

»Este es mi deseo si es que tiene algún valor para tí y como que el único móvil que le ha inspirado ha sido tu bien y tu felicidad, creo que lo has de tener en cuenta para la resolución que adoptes.

»No te impongo mi voluntad; no hago más que hablar á tu misma simpatía á fin de encauzar el sentimiento por el camino que en mi concepto debe seguir.

»Es cuanto sobre este particular puedo y debo decirte.

»Ricardo irá á verte, estoy seguro de ello, y tú sabrás lo que debes hacer.»

Cuando llegó Marieta á esta última frase no pudo menos de exclamar:

—¡Dios mío y qué querrá que yo haga! ¡cómo es posible que mi corazón pueda tan pronto cambiar sus sentimientos!

Y terminó la carta y la besó cien veces y la humedeció con su llanto y únicamente cuando ya no tuvo lágrimas que llorar, fué cuando dijo:

—¿Para qué quiero ya la gloria? ¿para qué quiero todos esos laureles con que había soñado y todas esas distinciones de que he sido objeto por donde he ido? Por él únicamente cantaba; faltándome él no quiero continuar en el teatro.

Y cuando Stefano entró después á verla, le manifestó su resolución de abandonar la escena.

—¡Qué dices, hija mía!—exclamó el pobre jorobado no atreviéndose á dar crédito á lo que estaba oyendo.

—Que no quiero cantar más. El ruiseñor ha perdido la voz y no hay nada que se la pueda devolver.

—Pero hija, si precisamente la música, el canto, los aplausos de la multitud deben ser los únicos lenitivos que puede tener tu dolor; ¿por qué quieres renunciar á ellos? ¿quieres acaso morir?

—Esa fuera mi única alegría.

—¡Marieta, por Dios!—exclamó el anciano con los ojos llenos de lágrimas.—¿Es ese todo el cariño que me profesas? ¿es ese todo el pago que merece quien como yo ha concentrado en tí todos sus afectos, toda su ventura?

—Perdóname, padre, perdóname porque estoy loca, —exclamó la cantante abrazando cariñosamente al pobre maestro.

—Cálmate, hija mía, cálmate por piedad y ya que has sido mi vida no quieras ser la causa de mi muerte.

—De todos modos lo que queda de temporada, créeme, maestro, quisiera retirarme de la escena, no estoy para cantar.

—Pero...

—Te lo ruego.

Stefano estaba acostumbrado á obedecer como un niño las menores indicaciones de Marieta, y efectivamente, aquel mismo día anunció ya que la joven estaba enferma y que quizás se vería obligada á rescindir su contrata.

La noticia circuló aquella noche por el teatro, y excusado es decir el efecto que produjo en el público.

Al día siguiente los periódicos se hicieron eco de aquella noticia al mismo tiempo que una multitud de personas acudían á la casa de la hermosa diva á enterarse del estado de su salud. Pero Stefano les decía que no era posible recibir á nadie, y que todavía cantaría algunas funciones más hasta dejar terminado aquel abono.

Ricardo supo en el teatro Real lo que se decía y al día siguiente lo vió confirmado en los demás periódicos.

Marieta estaba enferma; la hermosa cantante había recibido un golpe terrible con la noticia del matrimonio de Eugenio y por lo tanto no había esperanza alguna para ella.

CAPITULO CXL

La resolución de Marieta

No había dejado de llamar la atención de Ricardo la advertencia de Andrés de que no fuese á ver á la cantante aquella noche y que lo dejase para el día siguiente.

Al mismo tiempo la indicación hecha por el conde en su carta de que fuese á verla, era también otra cosa que le preocupaba.

Las noticias que, como hemos dicho, habían llegado á sus oídos, acababan de aumentar sus inquietudes.

Como que, según los anuncios, la hermosa diva estaba enferma, y no había medio de verla en el teatro, Ricardo se dirigió á su casa, abrigando la seguridad de que la vería.

Había tenido ocasión de hablar con algunos amigos que se habían presentado en casa de la artista, y casi to-

dos le habían dicho que hablaron con Stefano, pero que con ella era imposible, porque según prescripción facultativa, no se la podía ver.

Sin embargo, como el conde le decía que la viera y Andrés, en quien tenía una gran confianza, también había aprobado aquella idea, si bien con la premisa de que fuese al día siguiente la visita, se dirigió á su casa, donde fué recibido por el jorobado, según había previsto.

—¡Oh, señor don Ricardo!—exclamó el pobre hombre;—¡qué desgracia tan grande!

—Pero vamos á ver, ¿qué es lo que sucede? ¿á qué desgracia se refiere usted? ¿por qué esa desesperación? ¿cómo está Marieta?

—¡Muy mal, amigo mío, muy mal! ¡la *poverina fanciula* no puede cantar!

—¿Pero tan de repente ha perdido la voz?

—¡Yo no lo sé; crea usted que estoy desolado; no puedo referir lo que me sucede!

—Vamos, vamos, calma, mi buen Stefano; eso será cosa de momento, que se desvanecerá.

—¡Oh! no lo crea usted. Cuando mi Marieta dice una cosa, ya no hay medio de hacerla desistir. Ha dicho que no canta, y esté usted seguro que no cantará.

—¡Oh, bien! pero los médicos...

—Para Marieta, amigo mío, la opinión facultativa tiene escasísima importancia.

—En ese caso, parece desprenderse que es una resolución tomada por ella.

—Justamente.

—Pero ¿qué causa puede haber para que haya adoptado semejante resolución?

—No lo sé,—contestó Stefano.

—Verdaderamente que es muy extraño lo que me dice usted.

—¡Si estoy, como le he dicho, que no sé ni lo qué me sucede, ni lo qué va á ser de mí, si persiste Marieta en su resolución!

—¿Quién sabe si los consejos de los amigos conseguirían modificar esa resolución?

—¡Algo difícil me parece!

—¿Pero está realmente enferma?

—Sí. señor.

—¿De modo, que será imposible el verla?

—Para usted me parece que estará visible. Precisamente es usted uno de los amigos á quienes más distingue, y juzgo que ha de levantar la prohibición que para la generalidad existe.

—Esa sería una distinción...

—Que usted merece.

Y Stefano entró en las habitaciones de la joven, volviendo á salir al poco rato.

—Pase usted, Ricardo. ¡Por Dios! haga usted lo posible por disuadirla de esa idea.

—¡Tengo tan escasa influencia con Marieta!—contestó el joven.

—No lo crea usted; ya le he dicho que si alguien puede influir en ella es usted.

Ricardo no contestó al pobre jorobado; contentóse con dirigirle una mirada llena de reproche, y penetró en las habitaciones de Marieta.

El pálido semblante de la artista, estaba revelando desde luego todo lo intenso de su dolor.

Sin embargo, á la desesperación del día anterior, ha-

bía sucedido esa dolorosa calma, si así nos podemos expresar, de la persona que ha adoptado una resolución y que no piensa separarse de ella.

Ricardo, no pudo menos de advertir el cambio que en la joven se había verificado.

—Adiós, amigo mío,—dijo Marieta tendiendo su mano al andaluz.

—¿Qué tiene usted?—la preguntó éste con verdadera ansiedad.—Stefano me ha dicho que estaba indispuesta, y anoche corrió con insistencia en el teatro Real, y hoy mismo también la prensa ha repetido, que abandonaba la escena.

—Y esa es la verdad.

—Pero permítame usted que, autorizado por la amistad con que usted misma me ha distinguido, la pregunte ¿qué causa existe para una resolución tan repentina.

—La necesidad.

—¡La necesidad!—exclamó Ricardo mirando atentamente á la joven.

—Sí, amigo mío; usted conoce perfectamente mi historia; usted, quizás mejor que otros, ha podido apreciar mis sentimientos, y por lo tanto, para usted ni puedo ni debo tener secreto de ninguna especie.

—¡Oh! Marieta, ¡cuánto me honra esa confianza que me dispensa!

Y Ricardo con el acento conmovido y brillante la mirada, expresó á la joven el profundo afecto que hacia ella sentía.

—He querido hablar con usted, y por esta razón he dicho á Stefano, que no quería recibir á nadie. ¿Qué puede decirme toda esa gente que constantemente viene á visitarme? que no abandone el teatro, que permanezca

en él, que siga siendo el astro de la escena, y todas esas vanalidades por el estilo.

—¿Pero de veras ha formado usted la resolución de retirarse?

—Sí.

—¿Qué causa motiva esa resolución? ¿acaso el público ha sido injusto con usted?

—¿Qué me importa el público, amigo mío? Yo cantaba porque tenía necesidad de dar una expansión á mi alma, porque parecía que mi voz no quedaba encerrada precisamente en los estrechos límites del teatro en que actuaba, creía que salvaba el espacio y que el viento la llevaba entre sus alas á otro sitio donde su eco resonaba con dulcísimas vibraciones. Hoy ya no puede ser así. El ave carece de aire, de sol y de espacio para cantar, y calla. Ahí tiene usted la razón del silencio á que me condeno.

—¡Ay, Marieta!—contestó Ricardo, que había comprendido el verdadero sentido de las palabras de la joven,—¡qué dolor tan grande me causan sus palabras!

—¿Qué quiere usted que le diga? yo no se disimular lo que siento. He recibido un golpe terrible, estoy profundamente quebrantada y necesito reponerme algún tanto de su violento choque.

—Sin embargo, ese golpe no debe cogerla de sorpresa.

—¡Ay! amigo mío, el dolor siempre nos sorprende. Comprendo lo que quiere usted decirme, y realmente prevenida debía estar como ha dicho usted muy bien. Pero á pesar de eso mi corazón no le ha podido soportar.

—¿Y no cree usted, Marieta, que ese dolor puede atenuarse con un nuevo afecto, con un... con una amistad

quería decir, tan profunda y tan verdadera como la que yo puedo ofrecerla?

—Dispénseme usted, Ricardo, dispénseme usted si no le contesto á esta oferta, porque como ya había aceptado la amistad que usted me había ofrecido, no puedo comprender que mayor cantidad de afecto pueda ofrecerme ahora.

—¿Qué no comprende usted que afecto es el que puede sustituir á la amistad que existe en un corazón respecto á usted?

—¡Por Dios! Ricardo; comprenda usted que ni es digno del uno ni del otro hablar en estos momentos de ese afecto que me indica.

—¡Cómo ha de ser!

El rostro del andaluz expresó de tal manera lo que sentía, que Marieta á pesar de su mismo dolor, compadeció el del joven, diciéndole:

—Otro día podremos hablar. La herida está muy reciente.

—Permítame usted que yo la cicatrice.

—No. ¿Por qué he de negárselo á usted? esa herida permanecerá fresca siempre.

—¡Oh! no hay esperanza para mí,—murmuró Ricardo con un acento indescribible.

—Permanecerá fresca siempre,—continuó Marieta con intencionado acento,—pero sabré ocultarla de tal manera á los ojos del... amigo íntimo de mi corazón, que jamás tendrá que reprocharme por habérsela mostrado.

—¡Marieta! ¿Qué dice usted? ¿quiere usted volverme á la vida?

—Quiero que no muera usted. Yo debía haber muer-

to también, y sin embargo, viviré. El único hombre que tenía derecho para mandar en mi existencia, me ordena que viva, él también me dice que guarde las cenizas de mi amor en el fondo de mi pecho, y las guardaré; él me dice también otras cosas de que no podemos hablar hoy, y también le obedeceré. No me pregunte usted nada más, porque puede usted creer que todavía ni mi corazón ni mi cabeza están para arrancar á ésta lo que siente aquél.

—Pero ¿se separa usted del teatro?

—Sí, esa es resolución irrevocable.

—¿Y va usted á permanecer en Madrid?—preguntó Ricardo con anhelante acento.

—No, señor.

—¡Oh!

—Necesito alejarme de aquí.

—¡Qué desierto va á quedar Madrid para mí con semejante ausencia! Después de haber vivido algún tiempo disfrutando de la luz, ¡es tan triste cegar de repente!

—También después se saborea con mayor delicia volver á recobrar la vista.

—Pero ¿la recobraré?

Marieta tardó algún tiempo en contestar.

Después tendió su mano á Ricardo, diciéndole con tembloroso acento:

—Sí, señor.

Durante algunos segundos, el joven permaneció sin poder decir una palabra.

Era tan grande la dicha de que disfrutaba, que no encontró palabras para expresarla.

Unicamente sus ojos fueron los que hablaron.

Pero con un lenguaje tan elocuente, que Marieta no pudo menos de decirle:

—No seamos niños, Ricardo.

—¡Oh! ¡sí, yo quiero serlo siempre, porque no es posible que usted pueda imaginarse todo lo inmenso del sentimiento que usted me ha inspirado! ¡He callado tantiempo, que...!

—Y yo le suplico que continúe callando todavía.

—Pero...

—He formado el propósito de retirarme á un convento, donde en medio de la soledad y del aislamiento pueda mi corazón fundirse, por decirlo así, para el nuevo sentimiento que en él debe germinar en lo sucesivo. Soy una mujer honrada, Ricardo, y quiero el día en que ofrezca á mi esposo la mano, hacerlo sin que en mi frente pueda encontrarse la más leve huella de un pasado que ayer ha muerto.

—Es usted un ángel.

—No; soy una pobre mujer que ha sufrido mucho, y sufre en estos momentos también y que quiere ser completamente digna de los dos hombres que han causado sus sufrimientos.

CAPITULO CXLI

El regreso de Julián

RICARDO no pudo conseguir que Marieta modificase sus propósitos.

Pocos días después, verificóse la retirada definitiva de la escena, de la aplaudida cantante, y salió de Madrid acompañada de Stefano, que no podía consolarse de que su hija, como él decía, renunciara al brillante porvenir que la esperaba.

La cantante dijo á Ricardo, que fué á despedirla á la estación:

—Me voy al convento de Carmelitas, de Palermo; allí permaneceré tres meses; después iré á establecerme en la quinta que poseo en el lago de Como. Dentro de seis meses le espero á usted allí.

—Pero ¿voy á estar durante todo este tiempo sin saber noticias de usted?

—No; soy su prometida, y tengo derecho para saber todo lo que usted hace y todo lo que usted piensa, del mismo modo que también usted lo tiene respecto á mí.

—¡Oh! gracias,—exclamó el joven con efusión.

Cuando aquella noche Ricardo fué á ver á Andrés, le dijo:

—Soy feliz, amigo mío. Dentro de seis meses Marieta será mi esposa.

—¿Ve usted como yo le había dicho bien que no desconfiara del porvenir?

—Es verdad.

—Dentro de seis meses irá usted á reunirse con la mujer que ama y que le hará feliz; tengo la seguridad de ello. ¡Ay de otros que no pueden serlo jamás!

Y el acento de Andrés vibró con una melancolía tal, que su amigo no pudo menos de quedársele mirando, diciéndole:

—¿Es posible, amigo mío, que no haya usted tenido en mí confianza suficiente para revelarme la causa de su dolor?

—Tanto la he guardado en mi pecho, que he perdido la llave y ya no puede salir de él,—repuso Andrés con un acento que no pudo menos de impresionar dolorosamente á su amigo.

—¡Cómo ha de ser! veo que no he conseguido ser su verdadero amigo, por más esfuerzos que hice.

—¿Por qué?

—Porque no ha querido buscar esa llave á fin de abrir el lugar donde guarda ese secreto.

—Crea usted, amigo mío, que cuando no se lo digo es porque realmente yo mismo quisiera olvidarlo.

—Pues ya no le digo nada más. Comprendo que

muy grave ha de ser la causa que le obliga á guardar secreto y no debo insistir. De todos modos ya sabe lo que le he dicho siempre; cuando tenga usted necesidad de un amigo fiel, no vacile en ir á buscarme.

—Lo sé y puede tener la seguridad de que á nadie más que á usted me dirigiría.

Dos días después de esta escena Carlos fué á casa de Andrés.

—Sabe usted,—le dijo,—que viene mi tío.

—¡Hola! ¿se ha cansado ya de permanecer en el Solar?

—¡Caramba! ¿le parece á usted poco haber estado allí sobre tres meses y medio?

—Lo que es yo, crea usted que si tuviera una posesión como el Solar y una esposa como Emilia, viviría allí completamente feliz sin echar de menos para nada todas las diversiones y todos los encantos de Madrid.

—Yo creo que aquello debe ser muy bueno para una temporada.

—Para mí sería bueno toda la vida.

—¿Y no sabe usted la novedad que ha ocurrido?

—¿Dónde?

—En el Solar.

—¡Novedad! ¿sobre qué? ¿á quién se refiere?

—A la madre de Emilia.

—¿Pues qué ha sucedido? Mi señor hermano parece que se ha olvidado de mí, no me escribe hace una porción de tiempo, así es que no sé nada.

—Como sabía que estaba usted en Burgos...

—Sí, pero ya le escribí cuando regresé, participándole al mismo tiempo el fallecimiento del marqués.

—Quizás no haya recibido la carta.

—Esas son excusas que se ponen siempre cuando no se quiere contestar. Desengáñese usted, Carlos, cartas así, no se extravían jamás.

—¡Oh! pues á mí se me ha extraviado más de una.

—Sería porque sus amigos de usted querrían cohonestar de ese modo al no haberle escrito.

—Puede que así sea.

—¿Y qué es lo que le ha pasado á la suegra de mi hermano?

—Lo último que podía pasarle, que ha muerto.

—¡Jesús! ¡qué dice usted!

—Así me lo dice mi tío en la carta que me escribe hoy. Eso le ha hecho diferir algunos días el viaje.

—Eso quiere decir que se traerá consigo á Emilia.

—No, señor; según me indica, allí la deja porque el ama que tiene es muy buena, y no sería conveniente trasladar ahora la niña á Madrid.

—Pretextos; hoy se puede viajar con grandes comodidades y ni es tan largo el trayecto de Avila á Madrid, ni mi hermano carece de recursos para tomar un reservado y venir con toda comodidad.

—Pues eso es lo que me dice.

—Lo siento.

—¡Hombre! ahora no tiene usted que temer la influencia de Federico, porque en el estado que le puso usted...

—Pronto se curará, y si no es Federico será cualquier otro, porque mi hermano tiene el peor enemigo en la debilidad de su carácter.

—Buen remedio, únase usted á él tan estrechamente que no deje lugar á que nadie se interponga y de ese modo evitará lo que teme.

—No puedo, amigo Carlos, yo tengo mis enfermos,

tengo mis compromisos y no hay posibilidad de poder hacer lo que usted dice.

—Ya puede usted estar seguro que aun cuando ni me pedirá consejos, ni yo tampoco me atrevería á dárselos, en las conversaciones que tengamos no he de hablarle de nada que tienda á su perjuicio.

—Lo creo; pero sin embargo, cualquiera que le hable se le llevará tras de sí como el más inocente cordero.

—Me parece que tiene usted formada una opinión un tanto pesimista sobre mi tío.

—Lo que está pasando ahora me corrobora lo que acabo de indicar. Sin que yo pueda comprender la causa, veo que he perdido bastante en el cariño de mi hermano.

—¡Por Dios, don Andrés! no diga usted eso.

—Desde la carta que recibí hace ya cerca de tres meses, anunciándome el nacimiento de su hija, no me ha vuelto á escribir.

—Pero si sabe usted lo perezoso que es.

—Comprendería su pereza tratándose de escribir una carta cada semana, pero cuando es una carta cada mes, ¡hombre por Dios! por mucha pereza que se tenga, en treinta días bien podrá encontrarse un cuarto de hora para escribir.

—Sí, señor, nosotros lo vemos muy claro de este modo.

—Sí, pero él lo ve muy turbio sin duda, y yo lo veo mucho mejor que él. Julián ha cambiado mucho. Yo no achaco la culpa de ello á este ni al otro, pero que desde su regreso á Madrid después de casado, hasta ahora hay una gran diferencia, desengáñese usted que es verdad.

Carlos no quiso insistir más.

Comprendía perfectamente la causa de aquel enfriamiento, por decirlo así, en las relaciones que existían entre los dos hermanos, pero como se comprende perfectamente, no se lo había de decir á Andrés.

Como había anunciado Carlos, Julián había dejado á su mujer en el Solar y regresaba á Madrid ansioso de encontrar los placeres de que había carecido en aquella hermosísima posesión.

Emilia había quedado muy quebrantada con la muerte de su madre, y hubiera sido muy conveniente habérsela llevado consigo á Madrid.

Pero el duque no opinaba del mismo modo, y como la joven estaba acostumbrada á obedecer ciegamente la voluntad de su esposo, resignóse á aquella separación con la promesa de que el duque regresaría dentro de pocos días.

Emilia estaba otra vez en cinta, y esto no dejaba de contribuir á que se hubiese resignado á quedarse en el Solar.

Julián había recibido una carta de Carlos, en la cual le decía éste lo del desafío de Andrés con Federico y la gravedad de la herida de éste.

—Pues señor, mi hermano,—exclamó el duque al leer la carta,—se ha propuesto dar muerte á todas las personas que me quieran. Está bien, ¡vaya unos celos fraternales ridículos! Casi, casi, no quisiera que me amase tanto y que en cambio respetara á mis amigos.

Y llegó el día de emprender la marcha, y escribió á Carlos, para que fuese uno de sus carruajes á la estación á esperarle y que todo lo tuviera preparado ya para su llegada.

Y llegó efectivamente; y Carlos le esperaba en la estación.

Con toda intención no había escrito nada á su hermano, para ver si éste salía á esperarle.

Y como no le vió, dijo á su sobrino:

—¿No has visto á mi hermano?

—Sí, señor; cuando recibí su carta me fuí á verle.

—¿Y le dijiste que llegaba?

—Pues no que no.

—Extraño es, entonces, que no haya venido.

—Me pareció muy resentido.

—¿Por qué? Más me parece que debía yo estarlo, que al fin se ha salido con la suya de batirse con Federico.

—Como que él creía y sigue todavía en la convicción de que Federico le aconseja á usted en sentido de separarle del cumplimiento de sus deberes y de que le habla á usted mal de él.

—Ese siempre ha sido el capricho de Andrés. No creí que fuese tan envidioso.

—No creo que sea envidia; quizás exceso de cariño; porque eso sí, no se le puede negar que tanto á usted como á mi tía, y á ésta muy particularmente, les quiere mucho.

Y Carlos acentuó de un modo muy marcado las palabras referentes á Emilia.

El duque se mordió los labios y dijo:

—¡Ah, sí! ¿hablaba de Emilia?

—¡Como que yo tengo vivísimos deseos de conocerla por los elogios que me está haciendo! El mismo día que fuí á decirle que regresaba usted, me manifestó que no sabía cómo quería venir usted á Madrid, porque lo

que es él, con una esposa como mi tía y con una posesión como el Solar, se creería en la gloria.

—¡Ah, sí! ¿conque te dijo eso?—repuso Julián, sonriéndose con violencia.

—¡Oh! ¡pues si siempre me habla de lo mismo!

El duque cortó bruscamente la conversación de su sobrino y comenzó á hablar de otro asunto.

—¿Cómo está Federico?—dijo.

—Ya se encuentra mucho mejor. Hace unos cuantos días que ya se incorpora en la cama.

—¿De modo que no se levanta?

—¡Ca! ¡ni por pienso! Ya tiene para días... y gracias.

—De modo que la herida...

—Fué una señora herida; una herida como de cirujano, que ya sabe dónde puede hacer daño.

—¡Válgame Dios! ¡Pues dí que estoy bien si á este muchacho se le antoja obrar del mismo modo con todas las personas que me quieran bien!

—El siempre ha tenido mucha tema con Federico.

—¡Dímelo á mí! En fin, así que descanse iré un rato á ver á ese pobre, que bien merece que le consagre algunas horas.

CAPITULO CXLII

Los dos hermanos

Como se comprende perfectamente, Federico estaba deseando que llegase Julián, para decirle su manera de apreciar la conducta que había observado su hermano.

Si antes Montesinos se mostraba tan predispuesto en contra de Andrés, excusado es decir que después del duelo y cuando pudo ya formular opinión y darse cuenta de su estado, aquel aborrecimiento adquirió mayores proporciones.

Al ver á Julián, exclamó:

—¡Gracias á Dios que has llegado! Puedes creer, chico, que hubiera tenido un sentimiento en morirme sin haberte visto.

—Pero como felizmente no te has encontrado en ese caso...

—¡Pues no será porque tu señor hermano no haya procurado quitarme de en medio!

—¡Hombre! no has de achacar á Andrés semejante idea, pues las armas no siempre se detienen cuando uno quiere.

—En fin, el caso es que, por ahora, me parece que lo podremos contar; después, ya veremos.

—Pero vamos á ver, ¿por qué ha sido eso?—repuso; —Carlos me dijo que era por la cuestión aquella del hijo de Monte-Sagrado.

—Este fué el pretexto aparente; pero para mí ha sido otra la causa.

—¿Cuál?

—¡Hombre! ya sabes que tu hermano no me ha querido nunca.

—¿Y crees que haya llevado su rencor hasta ese extremo?

—Me parece que las pruebas.

—No seas así; Andrés no es vengativo; podrá haber estado obcecado imaginándose, qué sé yo qué cosas, pero la verdad es que con una idea preconcebida, como tú supones, no ha obrado.

—Podrá ser. Y vamos á ver, ¿qué tal te ha ido en el Solar?

—Bien.

—¿Y tu hija?

—Muy hermosa.

—¿Y tu mujer?

—Bien.

—¿Te la has dejado allí? por supuesto.

—¿Para qué la había de traer? Allí está mejor al lado de su hija.

—Tampoco ella habrá querido venir, por supuesto, porque á ella le agrada la soledad, y cuando se recibe alguna visita se aprecia mucho más.

—Lo que es las visitas que ella tiene... El cura de Arévalo, el alcalde, el médico y dos ó tres ricachones de aquellos contornos. Ella ya hubiera querido venir.

—Pero tú no has querido y has hecho muy bien. Cuando se hacen casamientos como el tuyo, las mujeres deben darse todavía con un canto en el pecho estando como está Emilia. Supongo que tu hermano ya te habrá dicho que has hecho muy mal y que tu puesto era al lado de tu esposa, y en fin, habrá demostrado de una manera palpable el interés que por ella se toma.

—Desgraciado estás en tus suposiciones.

—¿Por qué?

—Porque no he visto á mi hermano, y por lo tanto nada me ha podido decir.

—Eso es otra cosa. Pero de fijo que cuando te vea, eso será lo que te dirá.

—Que diga lo que quiera, yo he de hacer mi gusto y nada más.

Y el duque, visiblemente contrariado, cambió de conversación.

Dos días después, supo Andrés por Ricardo que su hermano estaba en Madrid.

Al día siguiente se fué á verle.

El médico había encontrado una nueva corroboración de la opinión que tenía formada respecto al cambio operado en Julián, en vista de que éste no sólo no le había escrito su llegada, sino que llevaba tres días en Madrid y nada le había dicho.

Cuando entró en las habitaciones del duque, éste se

apresuró á salir á su encuentro, pero sin embargo había algo de forzado en su movimiento y una frialdad extraordinaria se advertía en él.

—Querido Julián,—le dijo Andrés,—no creí que llegara el caso de tener que saber que estabas en Madrid por personas extrañas.

—Me parece que Carlos te había dicho que llegaba.

—Sí, pero Carlos es tu sobrino y yo soy tu hermano, y más lógico era que me hubieses escrito para que yo le avisase, que no escribirle á él para que me lo dijese. Por otra parte, si te parece que en cerca de cuatro meses no te haya merecido más que una carta, creo que comprenderás que debo estar algo resentido.

—Mira, Andrés, tú siempre lo estás conmigo y mucho más desde hace algún tiempo, y yo creo que ni te he dado motivos para ello ni tienes razón alguna para quejarte.

—Esa es cuestión de afecto y como el tuyo ha sufrido respecto á mí una variación muy notable, no puedes realmente apreciar lo que pasa en mi corazón y lo que yo siento al ver tu frialdad y tu desvío. En fin, ya te he visto, ya te he dado la bienvenida y comprendo que te estoy molestando.

Y Andrés que no se había sentado siquiera, dió algunos pasos para retirarse.

Julián comprendió que efectivamente su hermano tenía razón porque la acogida no había podido ser más glacial.

Así fué que al verle dispuesto para marcharse, le dijo:

—¿Dónde vas?

—A la calle. Ya sabes que yo he tenido por máxima

siempre, no estorbar, y como juzgo que aquí estorbo, me marcho á otro sitio donde tengo la seguridad de que he de ser bien recibido siempre.

—¿Pero es posible, Andrés, que en todo lo que yo hago hayas de encontrar siempre motivo de censura? ¿No he hecho cuanto has querido, no he escuchado tus consejos, pues, qué más quieres?

—Cariño, Julián; aquel cariño que nos inculcó nuestra buena madre y que yo creía de buena fe que no bastarían á extinguir en tu corazón los consejos ó las insinuaciones de amigos tan pérfidos como algunos que tú conoces y yo también.

—Vaya, vaya, no volvamos al tema de siempre. Ven aquí, siéntate y sé lo que debes ser para tu hermano.

—Yo siempre soy el mismo,—contestó Andrés abandonando la puerta del aposento y yendo á sentarse cerca de su hermano.—Tú eres el que has variado mucho.

—¡Dale con la variación; mira que estás pesado con esa música!

—Tú no lo advertirás, es natural; pero yo sí y conmigo todas las demás personas que nos conocen.

—Pero hombre, si es una tontería el que digas todo eso, tú le has tenido manía siempre al pobre Federico, y él en su vida me ha hablado de tí. Y á propósito de Federico, según me ha dicho, Monte-Sagrado recobró á su hijo.

—¡Ya lo creo! amigos verdaderamente leales consiguieron apoderarse de la criatura en la misma casa donde ese Federico á quien tú defiendes tanto, le había llevado cuando le sacó de la mía. Ya tú ves si podré yo tener gran estimación á quien de tal modo se porta conmigo.

—¿Que estás diciendo?

—Lo que oyes; Federico fué á mi casa, ya con la idea determinada de encontrarse allí cuando fueran á buscar el niño, para hacer el papel que hizo; y después él le llevó á una casa que conocisteis durante vuestra estancia en Guadalajara. Creo que era la de la lavandera que se ocupaba de vuestra ropa.

—Ya sé quién es.

—Y querías que después de eso le mirara con buenos ojos, ¡imposible! Lo único que siento, y esto te lo digo con toda sinceridad, es no haberle herido de tal manera que no se hubiera podido levantar más.

—¡Chico, chico!

—Es la verdad, y tengo la seguridad que si le hubiese muerto habría hecho un gran favor á la sociedad y nos lo habríamos hecho nosotros también.

—¡Nosotros!

—Sí. Acuérdate bien el día en que te lo digo. Ese hombre ha de ser causa quizás, de nuestra desunión.

—Vaya, tú siempre pecando de exagerado.

—No, de justo. Veo por desgracia las cosas que tú no ves, ó no quieres ver.

—Pero el caso es que todavía no me has preguntado por Emilia.

Y el duque al decir estas palabras miró fijamente á su hermano.

—Es verdad. Supongo que estará inconsolable con la muerte de su madre.

—Sí por cierto; pero es lo que yo la he dicho; á la edad que tenía ¿qué podía esperar sino una cosa así?

—Bien; pero ese razonamiento no se lo pueden hacer los hijos. Todavía me parece que fué ayer cuando se

murió nuestra buena madre. No sé por qué no te has traído contigo á Emilia.

—Si hubiese sabido que con ello te complacía...

—¡Cuidado, Julián! que á mí no tenías que complacerme con eso; pero me parece que era lo que le habías ofrecido, y como te he dicho siempre, por nada de este mundo quisiera que faltases á tu palabra.

—Allí se está con su hija y está bien.

—Estará resignada.

—A mí me dá lo mismo.

—Eso es, porque de ese modo tienes más libertad y puedes divertirte mejor. ¡Pobre Emilia! hé ahí una mujer casada que ha disfrutado bien poco del esposo que la suerte le ha proporcionado.

—Y eso que tiene un abogado tan elocuente como tú.

—De bien poco le sirve esa elocuencia. Te he dicho en todos los tonos posibles que el hombre que se casa con una mujer, viene obligado á darla el cariño y la consideración que la prometió al casarse.

—¿Y acaso no le doy yo ese cariño y esa consideración?

—¡Hombre, por Dios! ¿cómo se lo das? como se da una limosna.

—Pero no deja de ser duquesa del Solar y estar respetada por todos los que la conocen. Ella es feliz así, y lo demás importa muy poco.

—Lo que te he dicho muchas veces; se conforma porque no tiene otro remedio. Por otra parte, Julián, eres padre ya, y ciertas locuras y ciertas calaveradas no te están bien.

—Lo que no está bien son tus sermones.

—Para que tú no hagas caso de ellos...

—Pues si lo sabes, podías suprimirlos. Conque hablando de otra cosa, parece que por aquí han ocurrido grandes novedades durante mi ausencia.

—Sí por cierto. Ya ves si Monte-Sagrado está acostumbrado á divertirse, pues á pesar de eso ha recobrado á su hijo, se ha casado, y renunciando á amigos, á diversiones y á todo, se ha ido á Granada y vive feliz, tranquilo y contento en la posesión que tiene allí.

—Hasta que se aburra y la abandone.

—Pero la abandonará con su mujer.

—También Juan Antonio me han dicho que se ha marchado á Sevilla.

—Donde ya se habrá casado ó estará para casarse con la de Meneses, que también ha abandonado á Madrid con su padre.

—Y la Chiarini se ha metido en un convento, según me ha dicho Carlos.

—Sí, pero quizás salga dentro de poco.

—¿Para volver al teatro?

—O para casarse.

—¡Chico! hé ahí un detalle que yo no sabía; ¿y quién va á ser el afortunado que se lleve semejante tesoro?

—Un conocido tuyo y un íntimo amigo mío.

—¿Quién?

—Ricardo.

—¡Cómo! ¿el amigo de Juan Antonio? ¿el periodista ese?

—El mismo, el mismo.

—Pues hijo, dí que han ocurrido una serie de acontecimientos á cual más importantes.

CAPITULO CXLIII

Las sospechas

PASARON algunos meses.

Federico recobró la salud y con ella su ascendiente sobre el duque del Solar.

Andrés, cada día más abstraído con el cuidado de sus enfermos y los estudios de las ciencias, pasábase semanas enteras sin ver á su hermano.

El conde de Monte-Sagrado le escribía con frecuencia; había ido á Madrid alguna vez, y tanto él como Ricardo, eran los únicos que conseguían penetrar en la intimidad de Andrés.

Juan Antonio se había casado con Inés, y á la sazón estaba en Roma, desde donde escribía á sus amigos cartas que estaban revelando la dicha de que disfrutaba.

Un día recibió Andrés un telegrama de Avila.

Era de Emilia y decía así:

«Mi hija está enferma. Reclamo tus auxilios. Telegrafío á Julián diciéndoselo. Ven al momento.

»*Emilia.*»

El médico no vaciló.

Vistióse apresuradamente y se dirigió á la casa de su hermano, á quien hacía más de quince días que no había visto.

Pero el duque no estaba en Madrid.

Hacía ocho días que se había marchado á París con una bailarina que había hecho las delicias de los madrileños durante algún tiempo.

Su amigo Montesinos también se había marchado con él.

El ayuda de cámara del duque dijo á Andrés si quería que se avisase á Carlos, que era el único que estaba allí.

Pero Andrés no quiso, y tomando nota del hotel donde paraba Julián en París, le puso un telegrama diciéndole lo que ocurría.

Aquella misma noche salió para Avila.

Cuando entró en la quinta, no pudo menos de advertir la nube de sombría tristeza que reinaba en aquella soberbia mansión.

—¡Andrés!—exclamó Emilia al verle, corriendo hacia él y estrechándole las manos;—¡mi hija se muere!

—Cálmate, Emilia,—contestó el médico con pausado acento;—tranquilízate, y ya veremos si la ciencia tiene algún medio para evitar esa desgracia.

Y efectivamente, se dirigió á la habitación donde estaba la pequeña enferma, cuyo estado, si bien grave, no era desesperado.

Felizmente, había medio de atacar el mal, y Andrés le atacó vigorosamente.

Cumplido con aquel deber, el médico pudo fijar su atención en su cuñada.

Un cambio extraordinario se había operado en ella.

La muerte de su madre y el abandono de su esposo la habían dejado en una soledad completa.

Estaba muy adelantada de su embarazo, y su marido apenas si se tomaba interés alguno por ella.

Andrés no pudo contemplar, sin sentirse dolorosamente impresionado, el estado de la joven.

Y su impresión se transparentó de tal modo en su semblante, que Emilia hubo de comprenderlo, porque le dijo sonriendo dolorosamente:

—¿Te sorprendes de verme así? Razón tienes, porque sufro mucho.

—Pero ese sufrimiento puede tener algún término, y como no debes perder la esperanza, es necesario que te sobrepongas á él y que le domines.

—¡Esperanza tuve hasta el nacimiento de mi hija, pero después de éste, ya no tengo ninguna.

—¿Por qué?

—Porque Julián no será jamás para mí lo que me había prometido, lo que yo tenía derecho á esperar. ¡Cúmplase la voluntad de Dios, que castiga con sobrada dureza la única falta que he cometido!

—Julián,—dijo Andrés,—es joven todavía y tal vez no sea el mal tan irreparable como supone.

Y el médico se detuvo, porque realmente no sabía qué decir.

—Lo único que yo deploro,—prosiguió al cabo de algunos momentos, y como respondiendo más bien á su propio sentimiento,—es el haber sido yo el causante de esta situación.

—¡Es verdad!—contestó en voz baja Emilia.—¡Hay momentos,—continuó la joven alzando más la voz y dejando revelar en sus palabras toda la inmensa amargura que le consumía,—que me pregunto si no hubiera sido mucho mejor aceptar la deshonra con que me había manchado el duque del Solar, que no la concesión irrisoria que me ha hecho de un título y de un nombre que para nada me sirven!

—¡Y yo, yo solo he tenido la culpa!

—Sí, Andrés; ¡en qué mal hora te encontró mi madre!...

El médico miró á su cuñada con una expresión tal, que ésta, después de haberle estado contemplando breves segundos, vióse obligada á inclinar la vista, pálido el rostro y presa de extraordinaria agitación.

Habíasele revelado en la muda expresión de aquella mirada, algo de lo que pasaba en el corazón de su cuñado.

Y retrocedió instintivamente, separándose de Andrés, cual si presintiera el peligro que corría, murmurando:

—¡Qué desgracia, Dios mío, qué desgracia!

Después con esa superioridad que la mujer demuestra siempre respecto al hombre, aún en las situaciones más difíciles, se volvió hacia su cuñado, y le dijo:

—Vamos á ver que efecto le ha hecho á Emilia la medicina que le has dado.

Andrés se apresuró á aceptar aquella solución.

Y durante todo aquel día, uno y otro procuraron mantenerse á respetuosa distancia, digámoslo así, para evitarse cierta clase de confidencias peligrosas.

Pero esto no siempre podía ser.

Y necesariamente tuvo que llegar un momento en

que la conversación volvió á recaer sobre lo mismo.

Y Andrés vió que Emilia no ignoraba la conducta que seguía su esposo.

Habíase valido para ello de una antigua amiga á quien había escrito en distintas ocasiones, y merced á esto, se hallaba enterada de todo.

—Ya ves,—dijo á Andrés,—que satisfecha podré estar de la situación en que me hallo. Y cuando pienso,—prosiguió la joven con desesperado acento,—que todo esto ha tenido lugar por una obcecación necia, por un impulso de la fatalidad, tal vez por...

Y se detuvo porque vió la expresión de angustia retratada en el semblante de Andrés.

Este, dominado por la misma fuerza de la situación, repuso:

—Acaba, Emilia, acaba de decir que por mi timidez absurda, por mis delicadezas ridículas, ha tenido lugar todo. Esa es la verdad; si algún culpable existe aquí, si tú puedes reprochar á alguien tu desgracia, es á mí.

—¡A tí!

—Sí, á mí; ya que ha llegado este momento, ya que hemos de hablar de este asunto por última vez, quiero que lo sepas todo. Yo te amaba, Emilia, tú habías sido mi primero y único amor.

—¡Oh! ¡calla, calla, Andrés! calla, porque es horrible esa conversación.

Y la joven se cubrió el rostro con las manos, derramando un torrente de lágrimas.

—No, si es que necesito, no justificarme, porque no tiene justificación lo sucedido, pero aumentar la amargura en que uno y otro tenemos que vivir constantemente envueltos, ya que este caso ha llegado.

—Sea,—exclamó Emilia con desesperado acento,—habla, y yo á mi vez te hablaré también.

—Te amé desde el momento en que te ví, pero el pequeño servicio que había prestado á tu madre fué causa bastante para que sellara mis labios, y tras de la enfermedad que la excitación de mi espíritu me produjo, preferí ausentarme de Madrid, como lo hice, á que pudieseis creer que lo que exigía de tí era la recompensa de aquel servicio.

—¡Oh! ¡qué modo de juzgar el corazón de la mujer tienen algunos hombres!

—Luché con aquel amor, pero más poderoso al fin que mi misma voluntad, regresé resuelto á todo, cuando supe lo que había ocurrido. Eras madre, y lo primero que había que procurar, era dar un nombre al sér que llevabas en el seno, y esto fué lo que hice.

—Y labraste mi desgracia, creyendo hacer mi felicidad. Yo también sentía en mi corazón, respecto á tí, algo que no era el sentimiento de la gratitud, por lo que con mi madre habías hecho. En fin, como has dicho antes, no debemos ya volver sobre el pasado, por más que es tal nuestro presente, que á pesar nuestro, la mirada se dirige hacia aquel tiempo para deplorar lo que hoy acontece. Uno y otro somos desgraciados, pero uno y otro debemos ser dignos, Andrés.

—Y lo seremos,—repuso el médico con entereza.—El afecto que por tí siento y he sentido, siempre ha estado exento de toda mancha, y así ha de continuar toda la vida.

—Que no será larga, por cierto,—murmuró con tristeza Emilia.

—¡Oh! no digas eso; semejante pensamiento es in-

digno de una mujer y de una madre. Hay seres en el mundo que necesitan tú amparo, que á él tienen derecho y que tú no se los puedes privar. La vida no es más que una serie de pruebas á que está sujeta la humana naturaleza; soportarlas con resignación y con entereza y triunfar de ellas, es lo que constituye el verdadero orgullo de la persona. Pertenezcamos nosotros al número de los que saben resistir.

Después de esta conversación, Andrés comprendió que su estancia en el Solar no era conveniente.

Su cariño hacia Emilia había adquirido mayores proporciones desde el momento en que comprendió toda la desgracia que sobre ella pesaba.

A partir de aquel momento, sus relaciones con Emilia debían circunscribirse á lo más indispensable.

Era preciso evitar todas las ocasiones de encontrarse á solas con ella.

Una palabra imprudente, la ligereza más pequeña, podían arrojar sobre uno y otro la mancha que él tanto quería evitar.

En su consecuencia, tan luego como estuviera asegurada la curación de la niña, Andrés abandonaría el Solar.

Y le abandonaría para no volver, procurando hacer que Julián se uniera con su esposa, constituyendo, por decirlo así, una barrera infranqueable para él.

Emilia á su vez reflexionaba también acerca de las diferencias que existían entre aquellos dos hermanos.

Porque el destino había hecho que Andrés callara, movido por un sentimiento de delicadeza y que Julián avanzase tanto en el terreno de la seducción.

Mucho aborrecía Emilia á Federico, pero en aquel momento le aborreció con mayor violencia.

Porque él había sido el verdadero causante de todo.

El la hizo imposible para Andrés y había cerrado para ella las puertas de la felicidad.

Ocho días más tarde abandonaba Andrés el Solar, dirigiéndose á Madrid.

CAPITULO CXLIV

Continuación del mismo asunto

HABÍA el duque recibido en París el telegrama que su esposa le había enviado y el que su hermano le puso, diciéndole lo que ocurría.

Por un momento se sintió afectado y dijo á Federico:

—Es necesario á todo trance que yo me marche al Solar. Busca un medio para disculparme con Irma que yo abandono esta tarde á París.

—¿Qué necesidad tienes de ir con esa premura? ¿No está allí tu hermano? pues su ciencia que es tan omnipotente ya encontrará medio de curar á tu hija. Mira tú como Emilia se apresuró á enviarle á llamar.

Julián frunció el entrecejo.

—¡Siempre maldiciente!—murmuró.

—¿No he de serlo, si jamás estuve conforme con todo lo que has hecho?

—Pero si ya no tiene remedio.

—¡Justo! y porque no tiene remedio debes ceñirte á los caprichos de tu mujer, á las genialidades de tu hermano y quién sabe al extremo á que puede conducirte.

—Ya te he dicho que no quiero que toquemos esa cuestión.

—Y yo he de volver sobre ella siempre que la ocasión se presente, como ahora; porque ellos podrán ser muy buenos, no te lo niego, pero francamente, no lo parecen.

—¡Federico!

—La franqueza ha sido siempre mi norte y pésele á quien le pese he de decir lo que siento.

—Tú lo que debes decir es que profesas á Andrés un rencor que con nada ni por nada puedes dominar, y esto que hasta cierto punto está justificado con mayor motivo después de lo que entre vosotros ha pasado, no te autoriza para estarme siempre calentando la cabeza con todas estas tonterías.

—Pero vamos á ver, si tú mismo no estuvieras convencido de lo que te digo, ¿seguirías la conducta que estás siguiendo? Desengáñate, Julián, que tú has cometido una falta muy grave aceptando por mujer la que tu hermano te impuso, y ya te he dicho la doblez que contigo se usó para hacerte morder el anzuelo.

—¡Qué calles, te he dicho, si no quieres que tengamos un disgusto!

—No tengas cuidado, que no te volveré á hablar de ese asunto; has de ser tú mismo quien has de hablarme de él.

El duque nada contestó, pero como fácilmente puede comprenderse, las palabras de su amigo tenían que producirle su efecto.

Por de pronto no se movió de París por no aparecer ridículo á los ojos de Irma, que así se llamaba la bailarina á la cual diestramente Federico había sabido interesar en su juego.

Puso otro telegrama diciendo que estaba enfermo, pero que sabiendo que estaba allí Andrés se encontraba más tranquilo. Que le telegrafiaran diariamente el estado de su hija y si la necesidad lo exigía, él iría inmediatamente.

Pero la necesidad no lo exigió, y por el contrario las noticias que se recibían del Solar eran satisfactorias.

¿Pero estaba satisfecho Julián?

Por ningún estilo.

Su cuerpo estaba en París, pero su pensamiento volaba hacia el Solar.

No precisamente porque amase á Emilia, sino por el temor del ridículo que sobre él podía caer, á ser ciertas las infames insinuaciones de su amigo.

Y llegó el momento en que los encantos de Irma no tuvieron fuerza bastante para sujetarle.

Había recibido un telegrama del Solar diciendo que Andrés regresaba á Madrid en vista del estado satisfactorio de su sobrina.

Y sintió deseos de saber si era cierta aquella noticia.

Porque Federico le dijo al recibirse el telègrama:

—Esto te lo dicen para cubrir el expediente. Lo mismo irá él á Madrid que yo á Rusia.

El duque no contestó; pero seis días más tarde y sin dar cuenta de lo que iba á hacer, escribió una carta á Irma rompiendo sus compromisos y enviándola un soberbio regalo para que la ruptura le fuera menos sensi-

ble, y otra á Federico diciéndole la resolución que había tomado de marchar á Madrid donde le esperaban.

Las dos cartas fueron enviadas á su destino cuando él ponía el pié en el tren que había de conducirle á la capital española.

Y llegó, é inmediatamente se dirigió á la casa de su hermano.

Al verle, Marcelo se quedó sorprendido diciendo:

—¡Cómo, señor duque, en Madrid y nada sabía mi señor!

—He llegado hace un momento. Andrés no estará aquí.

—En casa no, señor, hace un momento que se ha marchado á ver á un enfermo.

—Es decir que está en Madrid.

—¡Ya lo creo!

—Pero habrá llegado ayer.

—No, señor, hace seis ó siete días.

—Pues cuando venga, díle que vaya á verme.

Y Julián, satisfecho por saber que su hermano estaba en Madrid y que las indicaciones de Federico eran tan calumniosas como aventuradas, se dirigió á su casa.

—Pero tío, ¿qué es esto?—dijo Carlos al verle.—¿Se ha hecho ya de moda por lo visto que se marche usted y que regrese sin dar aviso de ningún género?

—Ya sabes que yo soy amigo de las sorpresas.

—¡Ya, ya lo veo!

—¿Y qué tal durante mi ausencia?

—No ha sucedido nada de particular. Aquí hemos continuado del mismo modo.

—¿Y mi hermano?

—Aquí estuvo cuando se recibió el telegrama del So-

lar que yo le abrí, en virtud de la autorización que usted me había dado, y vino en ocasión que yo había ido á trasmitírselo á usted á París, y como él no quiso esperarme porque sin duda tenía mucha prisa para marchar á la posesión de Avila, no he vuelto á saber nada de él.

—Es decir, ¿qué no ha venido á su regreso de Avila?

—Ni sé si ha regresado siquiera. No lo creo, porque á él le gusta mucho todo aquello y habrá aprovechado la ocasión para permanecer allí unos cuantos días.

—Pues estás en un error, porque Andrés vino hace seis ó siete días.

—Eso es otra cosa.

Y el duque, disgustado, sin poder explicarse la razón, se dirigió á sus habitaciones, donde al poco tiempo llegó Andrés.

Los dos hermanos saludáronse con alguna frialdad.

Se comprendía perfectamente que uno y otro estaban violentos.

Era necesario terminar cuanto antes aquella entrevista que á uno y otro les mortificaba.

—¿Cómo está Emilia?—dijo el duque.

—Perfectamente me la dejé, y según carta que he tenido, su estado no puede ser más satisfactorio.

—¡Ah! ¿te ha escrito su madre?

—No,—contestó severamente Andrés,—me ha escrito el médico.

—Creí que mi mujer te hubiese participado el estado de su hija.

—Tu mujer no hace más que llorar, y creo que tiene razón para ello.

—Pero tú la habrás sabido inspirar resignación.

—Yo no puedo ni tengo influencia para eso. Si algo

pudiera decir sería para censurar tu proceder; pero como á tí mis censuras te importan muy poco mientras tengas la aprobación de tus amigos, me abstengo tanto de consolar á los que tú haces sufrir, como aconsejar á los que no necesitan mis consejos.

El duque se mordió los labios, y repuso con forzado acento:

—Conque Emilia está llorando, ¿eh?

—Emilia sabe tu conducta, Emilia ve que le has dado un nombre como quien le da una limosna á un mendigo, se ve esposa sin marido y que sus hijas ni aun tienen padre siquiera, porque éste nó cumple con sus deberes, y natural es que sufra y llore y pierda la vida, porque eso será lo que sucederá cuando el sufrimiento haya minado aquella naturaleza.

—¡Oh! precisamente esa es la ley de la humanidad, morir más tarde ó más temprano.

Andrés miró á su hermano y no dijo una sola palabra.

Aquellas horribles frases le produjeron una penosísima impresión.

—Ya sabes todo lo que ocurre en tu casa, por lo tanto he satisfecho tu deseo y me retiro.

—Sabes, chico,—dijo Julián con irónico acento,—que cualquiera creería que te tomabas un interés demasiado grande por mi mujer.

Al escuchar esta grosería, Andrés no se pudo contener.

Alzó vivamente la cabeza lleno de indignación y dijo:

—Al que tal pensara, no más que por pensarlo solamente, te aseguro que le costaría la vida. Yo me tomo in-

terés por la razón, por la justicia y si de algo estoy arrepentido en el mundo, es de haber dado el paso que dí para que tú cubrieras la honra de una pobre mujer que no cometió más delito que el de creer que trataba con hombres de delicadeza.

—¡Andrés!—gritó el duque tembloroso de cólera, levantándose de su asiento.

—Vuelvo á repetírtelo, Julián, y te lo repito porque tú me has puesto en este caso. Los hombres que por medio de una supercherría tan indigna como la que cometisteis tú y Federico atraen á una pobre mujer á una emboscada tan pérfidamente calculada, no tienen nada absolutamente que decir para abonar su conducta. Si tu noble padre hubiera vivido, ¡qué no te hubiera dicho al saberlo! Vuelvo á repetir lo que antes dije. Si yo hubiese podido presumir que habías de obrar con Emilia del modo que lo estás haciendo, no hubiese ido á buscarte para que cumplieras como debías. Y no hablemos más sobre este particular porque ese es el único remordimiento que tengo sobre mi conciencia. Te he hablado con cariño, he querido cumplir en todo y por todo el juramento que hice á nuestra honrada madre; pero todo se ha estrellado ante la frivolidad y la debilidad de tu carácter y las influencias de tu amigo. Haces bien y sigue en todo sus consejos y la línea de conducta que él te trace, que algún día puede que te convenzas de que esos mismos consejos que Federico te dá y te ha dado, no han sido ni son, tan desinteresados como parecen.

Y Andrés se dirigió precipitadamente hacia la puerta del aposento.

—¡Andrés, escucha!—dijo el duque pretendiendo detenerle.

Pero el médico siguió adelante su camino, diciendo desde la puerta:

—El día en que me necesites envíame á buscar. Yo acudiré siempre á cumplir con mi deber.

Y salió del aposento sin añadir más palabra.

CAPITULO CXLV

La fatalidad

JULIÁN se quedó inmóvil en medio de la estancia dominado á pesar suyo por las frases de su hermano.

Así permaneció algunos segundos.

Después exclamó lleno de cólera:

—Pero ¿por qué ha de pretender Andrés que yo siga sus consejos y me deje dominar por sus caprichos? Esta misma defensa que está haciendo de Emilia justifica las apreciaciones de Federico. Pero ¿á mí qué me importa que él se incomode ó deje de incomodarse? soy mayor de edad y puedo hacer lo que me dé la gana.

Puede comprenderse perfectamente por todo lo expuesto que la situación de los dos hermanos llegó á ser bastante violenta.

Carlos y Federico, cada uno por su parte, y como obedeciendo á una consigna especial que no les hacía

dar ningún paso en vago, excitaban diestramente los celos de Julián, que, aun cuando en apariencia, no hacía caso alguno de las reticencias del uno ó de las frases del otro, la verdad era que nada descuidaba y que cuando sabía que su hermano había salido de Madrid procuraba de uno ó de otro modo averiguar dónde había ido.

Así transcurrieron algunos meses.

Los dos hermanos se habían visto muy de tarde en tarde y siempre Andrés, consecuente con su modo de pensar, había aconsejado á Julián que regresase al Solar al lado de su esposa ó bien que se la llevase consigo á Madrid.

Julián le contestaba de mal talante y seguía entregándose á las locuras á que le impulsaba Federico.

Este había vuelto á Avila y se había presentado en el Solar.

Julián le había autorizado para que hiciese una visita á su mujer.

Pero esta no quiso recibirle.

Cuando regresó á Madrid, precisamente Andrés había ido á Valencia á practicar una operación muy difícil.

Según su costumbre, no había dicho á nadie donde iba.

Federico que como hacía siempre á su regreso de cualquier viaje veía antes de todo á Carlos para que le dijese lo que durante su ausencia había ocurrido, le dijo que Andrés no estaba en Madrid y que según había sabido por el cartero á quien tenía comprado, había recibido de Avila una carta, pocos días antes.

Esto sirvió de pié á Federico para formar un plan de resultados admirables, según creía.

Antes de salir de Avila había dejado escrita una carta

con encargo de que Juan la llevara al Solar al día siguiente de haber salido él de la ciudad.

Aquella carta realmente era terrible.

En ella le decía á Emilia lo siguiente:

«Amiga mía:

»Veo que usted se ha empeñado en que tengamos un disgusto grave y lo vamos á tener.

»Pero la culpa no ha sido mía, ha sido de usted.

»Ha rechazado usted mi amor y ha hecho muy mal.

»Y no solamente ha hecho usted esto sino que muestra una marcada simpatía hacia el hermano del duque, simpatía que constituye un recelo, que en mis manos puede dar mucho de sí.

»Me tiene completamente sin cuidado que esta carta se la envíe usted á su esposo, porque si tal hiciese usted puede contar que antes que él intentara cualquier cosa respecto á mí, habría pagado con la vida su propósito. He sabido hacerme con relaciones muy seguras en su casa y no dará el duque un paso que yo no lo sepa.

»Precisamente la persona de su familia en quien más confianza tiene, porque ya le he hecho perder la que tenía en su hermano, es mía en todo y por todo, de manera que su carta sería conocida por mí inmediatamente.

»Es decir, la tengo á usted encerrada en un círculo tal, que ni el duque irá á esa si yo no quiero, ni usted podría venir á Madrid para verle, sin consentimiento mío.

»Juzgue usted por esto todo el mal que ha hecho rechazando mi amor.

»Finalmente ha colmado usted la medida, negándose á recibirme, á pesar de que su esposo de usted me había facultado para que la viese en su nombre.

»Me he propuesto que sea usted mía y no tendrá otro remedio que sucumbir.

»De mí depende que su esposo de usted haga público su matrimonio y por consiguiente de mí depende también el porvenir de sus hijos; ¿comprende usted bien?

»Conocida por su esposo de usted la ficción de que se valieron usted y Andrés para verificar su matrimonio y que éste ya la había conocido antes y aun tal vez que se había hecho amar por usted, puede comprender todo el partido que yo, instigado por mis celos, podré sacar de una situación semejante y de unas noticias como estas.

»De modo, querida Emilia, que por más esfuerzos que haga, por más odio que me tenga y por más severidad de que usted quiera revestirse, si no hoy, mañana, no le queda otro partido que pedirme gracia.

»Y ésta yo se la otorgaré á cambio de su amor.

»¿Va usted comprendiendo ahora todo el mal que ha hecho rechazándome?

»Creo que la dije á usted un día, antes de que usted se casara con el duque, que como amigo valía mucho, pero como enemigo valía mucho más.

»Usted lo ha olvidado sin duda y hoy llora las consecuencias; y más ha de llorarlas todavía si no me engañan mis esperanzas.

»Ahora ya sabe usted la situación.

»Si envía usted la carta á su marido, éste muere inmediatamente; si no se la envía usted, ya sabe lo qué hacer la toca para ganar el cariño de su esposo y ser ante al mundo la duquesa del Solar.

»Elija usted de las dos soluciones, la que más le agrade, en la inteligencia que, pues usted ha querido la

guerra, la guerra, y muy implacable, ha de encontrar usted también.

»Esperando su resolución, la saluda afectuosamente

»*Federico.*»

Esta carta era una imprudencia colosal en una persona tan previsora como Montesinos.

Era un golpe de audacia extraordinario; era jugar el todo por el todo con esperanzas de ganar.

Federico sabía que efectivamente cualquier carta que llegara para el duque, éste había dado orden á Carlos para que se enterase de ellas y las contestase, no queriendo él ocuparse de asunto alguno.

Y como tenía la seguridad de que Carlos no podía hacerle traición, estaba convencido, como hemos dicho, de que Emilia no podría hacer nada que él no lo supiera.

Juan había recibido el encargo de no perder de vista ni un solo momento la casa del duque del Solar, enterándose de quién entraba y de quién salía, escribiendo diariamente á su señor, cuanto de particular advirtiera en la casa.

En el caso de que Emilia tomara la resolución de ir á Madrid á ver á su esposo, Juan debía poner un telegrama á Federico avisándoselo.

Es decir, que de tal manera tenía tomadas sus medidas, que como decía perfectamente en la carta, tenía que tropezar con él por cualquier parte que intentara dirigirse.

El efecto que aquella carta produjo en Emilia, fué horrible.

No tanto por lo que á ella se refería como por la suposición hecha respecto á Andrés.

Aquel descubrimiento hecho por Federico la aterró,

porque realmente comprendió todo el partido que un hombre tan perverso, podía sacar de su situación.

Hubo momentos que á pesar de lo que le decía Federico en su carta, quiso escribir á su marido.

Pero desistió, temerosa de las amenazas que allí se le hacían.

Porque creyó á Federico capaz de realizar las amenazas de su carta.

Lo único que hizo fué escribir á Julián, hablándole de lo adelantado que estaba su embarazo, de la necesidad que tenía de verle.

Invocaba en ella sus derechos de esposa y de madre, creyendo que el duque se conmovería y acudiría á su lado.

Antes de que esta carta llegara á su destino, ya Federico había preparado perfectamente el terreno.

Al preguntarle el duque si había visto á su mujer, le contestó:

—¡Chico, me ha sido imposible!

—¡Cómo! ¿tan ocupado estabas, que no pudiste consagrar un día á ir al Solar?

—Te diré, no era yo el que estaba ocupado; quien presumo que debía estarlo y mucho, era tu mujer.

—¿Mi mujer?

—No quiso recibirme.

—¿Por qué?

—¡Qué sé yo! Presumo que tu hermano debía estar allí.

—¡Mi hermano!—exclamó Julián frunciendo el entrecejo.—¿Y qué tenía que hacer mi hermano en mi casa?

—Como tú comprenderás, no era cosa que yo lo averiguara ni mucho menos.

—Pero si Andrés estaba aquí hace tres ó cuatro días.

—Pues ahora no está, y el día antes de salir de Madrid, sé que recibió una carta de Avila.

—¿Que lo sabes? ¿y por dónde? ¿quién te lo ha dicho?

—Como se saben esas cosas siempre, por la casualidad, el mismo cartero me lo dijo; es precisamente el de mi distrito.

—¿Y dices que mi mujer no quiso recibirte?

—No.

—¿Le manifestaste que ibas de mi parte?

—Desde luego.

—Es muy extraño esto,—murmuró Julián.

—En fin, chico, por esto no hay nada perdido, ni nos hemos de apurar por eso. ¿Cómo vas de conquistas?

—Déjame ahora, que estoy de mal humor.

—Razón de más para que hablemos de esas cosas, con eso te lo quitarás.

El duque se pasó la mano por la frente, como si tratara de desechar la importuna idea que le dominaba, y dijo:

—También tienes razón.

Y se marchó con su amigo y pasaron algunos días hasta que recibió la carta de Emilia que hemos mencionado en otro lugar.

Cuando Carlos se la enseñó, le contestó:

—Mira, escríbele tú lo que quieras, diciéndole que no puedo ir ahora y que no me mortifique con más tonterías porque todo será inútil.

—Pero tío,—dijo el joven,—mire usted que esa contestación... Al fin y al cabo es su esposa de usted y madre de su hija.

—¿Y por eso tiene derecho para estar lloriqueando siempre? Si yo le escribiera sería peor, conque así créeme, escríbele tú y saldrá mejor librada.

—Pero usted firmará la carta.

—Vaya, pase por lo de la firma; pero ya sabes lo que te he dicho, no quiero compromisos de ningún género.

—Pero ya ve usted lo que dice de lo adelantado que está su embarazo.

—¿Y qué?

—Que me parece que debía usted ir para un acto semejante.

—Vaya sobrino, déjame en paz y no quieras tú gobernarme también. Por ahora no pienso moverme de Madrid.

Carlos hizo un gesto de resignación y contestó á Emilia una carta que forzosamente había de herirla de un modo extraordinario.

El duque ni se tomó el trabajo de leerla.

La firmó y la carta fué enviada á su destino.

CAPITULO CXLVI

Continuación del mismo asunto

Volvió Emilia á escribir á su marido diferentes cartas, cuyas contestaciones fueron todas por el mismo estilo.

Por fin, un día exasperada, le dijo, que si él no iba á reunirse con ella, estaba resuelta á ir á Madrid.

Esta carta, de la cual precisamente Carlos tuvo buen cuidado de dar cuenta á su tío en ocasión que Federico estaba allí, hizo exclamar á éste:

—¡Anda, anda! y como se explica tu mujer. Pues en cuanto venga te arma un escándalo. Eso es que ha sabido lo que estás haciendo con la valenciana, y como la tropiece, la va á poner como hoja de perejil.

—No tengas cuidado, que no vendrá.

—Como á ella se le antoje, mira tú si se lo podrás impedir. ¡Ahí tienes las consecuencias del favor que te hizo tu hermanito!

—¡Si las cosas se hicieran dos veces!...

—Ahí tiênes tú, por lo que yo no te hubiera aconsejado nunca semejante cosa.

—En fin, lo hecho ya no tiene remedio; pero sí lo tiene el que esa mujer trate de imponerme su voluntad.

—Eso es lo que debes hacer.

—Anda, anda, Carlos, ponle una carta diciendo que la prohibo que se mueva del Solar sin orden mía y que si así no lo hace, que se atenga á las consecuencias.

Pocos días después de esto, Federico pretextó un viaje y estuvo fuera de Madrid diez ó doce días.

Cuando regresó, dijo á Carlos:

—El acta del matrimonio, ya está arrancada del libro. Lo que es ahora, veremos de qué manera justifica su matrimonio.

—Sí, pero quedan los hijos,—repuso Carlos.

—Esas partidas quedarán inutilizadas también en el momento en que á mí me convenga.

Cuando llegó el término del embarazo, Emilia hizo que pusieran un telegrama á su marido, anunciándole que había llegado el instante del alumbramiento.

Pero precisamente cuando llegó el despacho, Julián estaba en una comida con varios amigos, y no quiso tomarse la molestia de leer el telegrama.

Al día siguiente se recibió otro, diciéndole que su esposa había dado á luz una niña.

El duque contestó que se le bautizara sin su presencia, porque le era imposible dejar á Madrid en aquellos momentos.

Andrés había recibido también otro telegrama é inmediatamente contestó con otro diciendo, que si era ne-

cesaria su presencia, se pondría en camino inmediatamente.

Cuando Emilia estuvo en disposición de escribir, escribió á Andrés una larga carta haciéndole presentes sus dolores, lamentándose de la conducta de su marido, achacándolo á los malos consejos y á las pérfidas sugestiones de algún amigo interesado en la desunión de aquel matrimonio.

Estas eran las palabras con que la infortunada esposa aludía á la ingerencia que Federico tomaba en los asuntos de su esposo.

Andrés escribió á Emilia algunas frases de consuelo y exhortándola á que tuviera resignación haciéndola el encargo de que sacara dos copias de la fe de bautismo, de las cuales una se quedara ella y otra se la enviase á él.

Andrés vió á su hermano y apenas si cambió con él algunas frases referentes á aquel acontecimiento.

—Supongo,—le dijo el duque,—que ya sabrás la novedad.

—Sí, sé que tienes otra hija porque Emilia me lo anunció.

—Y yo también. Al menos le dije á Carlos que te lo dijera.

—Pues sin duda se le olvidó, ó lo que es más fácil, tú pensarías decírselo y no se lo dijiste, porque á no haber sido por el aviso de mi cuñada, estaría ignorando todavía que tenía una nueva sobrina.

—De todos modos, el caso es que lo sabes, y mira tú por donde resulta que es mucho mejor estar bien con las cuñadas que con los hermanos.

—Lo que es en este caso desde luego, porque al menos Emilia ha cumplido algo mejor que tú.

—Ya se ve, como que ella tiene que agradecerte...

—A mí no tiene que agradecerme nada,—repuso severamente Andrés,—creí cumplir con mi deber haciendo que tú cumplieras con el tuyo; y como esto tengo la seguridad de que tu mismo padre te lo habría aconsejado también, no he creído jamás que lo que hice mereciera agradecimiento por parte de nadie.

—¡Chico, vas tomando un aire!...

—El que siempre he tenido cuando me ha parecido percibir alguna frase que pudiera herirme.

—Pues no te has vuelto poco susceptible.

—Poco me has conocido entonces, si ahora es cuando reconoces mi susceptibilidad.

Este era el tono de las raras entrevistas que tenían los dos hermanos.

La tirantez iba acentuándose cada vez más, contribuyendo á ello de un modo extraordinario, lo mismo Federico que Carlos.

En este estado, un día Andrés recibió un telegrama de Emilia.

La enfermedad que ya en otra ocasión había padecido su hija y que hizo necesaria su asistencia, había vuelto á reaparecer.

La madre invocaba el auxilio del médico.

No escribió á su marido, ni le avisó siquiera.

¿Para qué? Estaba en la firme inteligencia de que ni iría ni se tomaría interés por ella.

En cambio Federico recibió de Juan una carta en que le participaba lo que sucedía.

Este fué un aviso que puso en guardia al pérfido amigo del duque.

—Ya ha llegado el momento,—dijo á Carlos,—de pegar fuego á la mina, y que acabemos de una vez.

—¿Qué quieres decir?—le preguntó éste.

—Que si Andrés marcha á Avila, vamos á concluir la obra empezada hace tanto tiempo.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. Si viene alguna carta de Emilia, detenla.

—Pero ¿cuál es tu proyecto, qué es lo que intentas?

—Ya lo verás, tú haz lo que te digo, y lo demás déjalo á mi cargo.

Efectivamente, Andrés inmediatamente se dirigió á Avila.

No permaneció en Madrid, más que el tiempo necesario para dejar al suplente que tenía, las instrucciones necesarias para el tratamiento de los enfermos.

Cuando esto se supo, Federico se apresuró á escribir á Juan, á fin de que le tuviese al corriente del estado de la enferma.

— Mientras el peligro exista, — pensó el bribón, — Andrés no se moverá de allí. Es necesario aprovechar el momento en que la mejoría se inicie. Entonces la madre aflojará un poco la vigilancia respecto á la hija, será fácil que los dos cuñados se reunan y hablen, y quién sabe... á qué extremo podrían llegar las cosas.

Y el miserable permaneció sin decir nada al duque esperando la oportuna ocasión.

Por fin, recibió un día carta de Juan, diciéndole que la niña seguía mejor; pero que según sus informes el cuñado de la duquesa pensaba permanecer una larga temporada en el Solar.

Aquel día, Federico, afectando cierto aire de solemnidad desacostumbrada en él, entró en las habitaciones de Julián.

Al verle éste, le dijo:

—¿Qué es eso, chico, qué tienes?

—Tenemos que hablar con alguna detención sobre un asunto de gran importancia,—repuso gravemente Federico.

El duque no pudo menos de echarse á reir.

La seriedad de su amigo tenía algo de cómico, que excitaba su hilaridad.

Montesinos le contemplaba, sin tomar parte en su acceso.

—Pero ¿qué quiere decir ese aspecto?—preguntó el duque.—¿Es que te ha ocurrido alguna desgracia? ¿es que tienes algún lance ó qué demonios te ocurre?

—El asunto de que hemos de hablar no se refiere á mí.

—Pues ¿á quién, entonces?

—A tí.

—¿Y por eso vienes con ese aire tan grave? Vamos, hombre, no tomes las cosas tan en serio. Ya me figuro de lo que se trata.

—¿Qué te lo figuras?

—Sí. El alemán con quien tuve anoche aquellas palabras respecto á Matilde, se habrá atufado, y...

—Pues no es eso.

—Entonces no sé qué pueda ser. Por supuesto que sea lo que quiera, te anticipo que me tiene sin cuidado.

—No digas eso.

—¡Vaya, vaya! Pues lo que sea, ya lo estás diciendo en seguida, porque no me gusta verte así.

—Tú conoces mi carácter y debes comprender que cuando de este modo me presento es porque realmente

el asunto de que hemos de tratar, reviste alguna importancia.

—Pues eso es lo que deseo saber.

—Por más que me repugne, por más que me cueste, creo de mi deber dar este paso.

—Al grano Federico, al grano, porque ya te vas haciendo pesado.

—Lo siento, chico, pero me cuesta trabajo lo que voy á decir.

—Entonces, no lo digas. Por mi parte, maldito el interés que tengo en ello.

—No puedo prescindir de decírtelo.

—¡Pues acaba de una vez! Si la cosa es mala, vale mucho más que acabes pronto.

—Tienes razón. ¿Hace mucho que no has tenido noticias del Solar?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Su razón de ser tiene mi pregunta; contesta.

—Eso pregúntaselo á Carlos. El sabe mejor que yo todas esas cosas y podrá decírtelo si tanto te preocupa.

—Con Carlos no debo hablar de esto.

—Pero acabemos. ¿A qué viene esa pregunta y porque ese aire tan grave y solemne?

—Tu hermano no está en Madrid.

—Bien ¿y qué? ¿Acaso tiene obligación de permanecer en la corte para darte gusto?

—No; pero tampoco debe estar en el Solar, sin que tú tengas noticias de ello. Esta es la razón de mi gravedad.

—¿Qué quieres decir?—exclamó el duque con voz alterada.

—Sí, querido Julián. Yo he estado callando porque no quería mezclarme en este asunto. Pero tu hermano apenas si deja la ida por la venida á tu posesión y precisamente desde que él hace tantos viajes has dejado de recibir cartas de tu mujer lamentándose de tu ausencia.

—Ten cuidado con lo que dices.

—No retiro ni una palabra.

—¡Federico! ¿Qué es lo que te atreves á suponer? —preguntó Julián, pálido el semblante y tembloroso el labio.

—Yo no supongo ya. Casi te diría que acusaba.

—¡Acusar á Andrés!

—A Andrés y á tu mujer.

—¡Federico!

—¿Qué calificación puedes dar al hecho de que tu hija caiga enferma y tú no sepas nada, y en cambio se le ponga á Andrés un telegrama para que vaya en seguida?

—¿Cuándo ha sucedido eso?

—Hace diez días. Y tu hija sigue mejor, y Andrés continúa allí, y ha anunciado que piensa quedarse una larga temporada en el Solar.

—¿Eso ha dicho?

—Sí, Julián, sí. Te digo que yo no he querido hablarte mientras que no he tenido casi la seguridad de que eras engañado miserablemente.

—¡Oh! Si tal supiera...

—De eso se trata. Es necesario que averigües, que veas y que castigues.

—Y castigaré. Yo te lo juro.

Aquella misma tarde, el duque partió para el Solar.

Federico dijo á Carlos cuando supo que Julián había marchado:

—Si de esta hecha no salimos bien, dificilmente se nos presentará otra. Cuidado que yo juego tal vez la vida en este asunto, pero confío en que no la perderé.

CAPITULO CXLVII

El fratricidio

Fué terrible el golpe que había recibido el duque.

A pesar del abandono en que había dejado á su mujer y á pesar de la vida que él llevaba y con la cual daba pié á la esposa abandonada á que cometiera cualquier imprudencia, al adquirir la casi certidumbre de que era engañado, el duque habíase mostrado resuelto á no consentir una mancha en su honor.

De este modo es como comprenden la honra muchos hombres.

El estaba faltando á su esposa; creía que cuanto estaba haciendo no significaba nada; pero en el momento en que se le dijo que su esposa le faltaba, ya se creyó en el caso de acudir á lavar el ultraje inferido.

Federico le había querido acompañar.

Pero se opuso resueltamente.

Para vengar su honra, no necesitaba testigos.

Lo que más le indignaba, era que precisamente fuese su hermano quien le engañaba.

Había estado recordando todas las frases, todos los hechos de Andrés, y como que todos ellos habían sido glosados á su manera si así podemos expresarnos, por Federico, resultaba que los actos y las palabras más insignificantes, ahora se le mostraban de relieve desde el momento en que la ceguedad de la pasión lo abultaba todo, y todo lo hacía destacar.

—¡Oh!—murmuraba más de una vez.—Si lo que sospecha Federico es cierto; ¡con qué placer voy á vengarme de esos miserables! Yo les juro que no he de tener compasión de ellos.

Y llegó á Avila y esperó á que fuese hora oportuna para llegar al Solar.

Y no se presentó en su casa de un modo ostensible.

Adoptó un disfraz y no se dió á conocer sino al jardinero.

Este quedó sorprendido al ver á su señor.

—Es necesario que llames inmediatamente á José.

Este era el criado que desempeñaba las funciones de mayordomo en casa del duque.

Acudió José al llamamiento que se le hacía, aun cuando no sabía que era de su señor de quien se trataba, y su sorpresa no conoció límites al encontrarse con él.

—¡Válgame Dios!—exclamó el criado,—¡y que contenta va á estar la señorita cuando sepa que ha llegado el señor!

—Pues precisamente eso es lo que yo no quiero.

El criado miró sorprendido á su amo.

—No me mires con esa sorpresa,—le dijo éste;—tengo mis razones para desear que no sepa la señora que estoy aquí, es una sorpresa que quiero darle, ¿lo comprendes?

—Sí, señor;—repuso el criado, que la verdad era que maldito si entendía una palabra.

—Necesito saber qué vida es la que se hace en mi casa desde que falto de aquí.

—La vida es la misma que se hacía antes,—repuso el criado.—La señora no recibe á nadie sino á los médicos, al señor cura, al alcalde y al señor juez de Arévalo. Todos los sábados vienen algunos pobres á quienes yo estoy encargado de darles la limosna que la señora me ordena, y los demás días va la misma señora, bien acompañada por mí ó por una de sus doncellas, á llevar esas mismas limosnas á las casas donde son más necesarias.

—¿Cómo está mi hija?

—Mucho mejor, gracias á Dios. Tuvimos un susto... ya le digo á usted, señor, que no sé cómo pudo la señora duquesa sobrellevar los días que han transcurrido desde aquel suceso.

—De modo que el ataque...

—Fué terrible; la señora duquesa no quiso que se avisara al señor para no causarle disgusto, y se ha pasado muchas noches á la cabecera de la cama de la niña, á pesar de estarle todos rogando que se acostara.

—¿Y mi hermano?

—¡Oh! el señor doctor vale mucho. Desde que llegó parece que todos tuvimos ya esperanza respecto á la enfermedad de la niña. Si la señora duquesa viviera,

¡qué orgullosa estaria con el profundo saber de su hijo!

El duque no pudo dominar un estremecimiento de ira.

—¿Y no se ha marchado todavía mi hermano?—preguntó.

—No, señor. La señora no quiere que salga del Solar mientras que no esté definitivamente resuelta la enfermedad.

—Pero ¿no dices que está mejor?

—Sí, señor; pero falta todavía el total restablecimiento.

—¡Oh! pero eso será muy largo.

—Mucho, porque la niña estaba muy postradita, esa es la verdad.

—¿Qué habitaciones ocupa mi hermano?

—Las del segundo piso, de la parte del jardín.

—¡Ya! las de mi madre.

—Sí, señor.

—Y la señora seguirá en el primer piso, como siempre.

—De allí no se ha movido desde que llegó al Solar.

El duque comenzó á pasearse por la habitación del jardinero, visiblemente preocupado.

La verdad era que en todo cuanto acababa de decirle el mayordomo no encontraba nada censurable.

Pero acaso si eran culpables ¿habían tenido el poco talento de dejarlo traslucir á los criados?

—¿A qué hora os recogéis por la noche?—dijo el duque deteniéndose en medio de sus paseos y mirando al criado.

—Muy temprano, señor. Y si ahora lo hacemos un poco más tarde, es porque el señor doctor permanece

en las habitaciones de la señora hasta las diez ó diez y media.

El duque palideció.

—Sin duda,—dijo,—se quedará ese tiempo para dar las últimas instrucciones á la doncella encargada de velar á la niña.

—No, señor, no se queda doncella alguna. Unicamente la señora es quien vela. No ha consentido, como he tenido la honra de decir al señor, que vele nadie á su hija. Allí cerca duermen dos de las criadas y cuando ha ocurrido alguna cosa, las ha llamado la señora.

—Está bien. ¿A qué hora coméis?

—A las siete tiene dada orden la señora de que se sirva la comida.

—¿De modo que ahora iréis á comer?

—Sí, señor.

—Pues bien, vete y cuidado como digas á nadie una palabra que pueda revelar mi existencia en esta casa.

El mayordomo se volvió hacia el interior de la casa, mientras el duque continuaba en la habitación del jardinero.

Andrés y Emilia cenaron como todas las noches, hablando de cosas indiferentes en presencia de los criados, y esperando uno y otro con impaciencia la terminación de la comida para poderse quedar solos.

Ni el uno ni la otra habían vuelto á hablar de su amor.

La joven había comprendido la gran diferencia que existía entre Andrés y Julián, y lo noble de la acción que aquel realizara sacrificándose por su ventura.

A su vez Andrés, comprendió también que su secreto había dejado de serlo para su cuñada, mas á pesar de

esto, ni una sola frase había pronunciado por la cual pudiera dejar traslucir su angustia.

Parecía que mostraban empeño en querer permanecer dignos uno de otro.

Empero, los dos experimentaban una imperiosa necesidad de estar solos, de hallarse sin testigos, de retroceder á algunos años antes, hablando del momento en que se habían conocido y de las diversas peripecias por que habían pasado.

La conversación era peligrosísima como fácilmente puede comprenderse.

Pero uno y otra sabían aludir admirablemente al peligro, y la verdad era que hasta el momento en que hablamos, ni el uno ni la otra habían pronunciado ninguna frase inconveniente.

El día á que nos referimos, Emilia se encontraba inquieta y preocupada, sin que ella misma pudiera darse cuenta ni de su preocupación ni de su inquietud.

Andrés, había advertido lo anormal de aquella situación y cuando se quedaron solos, dijo á su cuñada:

—¿Qué es eso, Emilia? ¿qué tienes? advierto en tí algo que no he advertido ninguno de estos días.

—Es que ni yo misma sé lo qué tengo. Estoy inquieta é ignoro el motivo; todo me sobresalta y si fuera de las que creen en presentimientos, casi te diría que estoy como aquellas personas á quienes amenaza algún peligro.

—¿Algún peligro?—preguntó el médico sorprendido. —Y á tí ¿por qué?

—¡Qué sé yo! siempre estoy recelando de Federico...

—Mi hermano, en medio de todo, no creo que le preste gran atención.

—¡Ay, Andrés! no pretendas disculparle, porque verdaderamente la conducta que está siguiendo conmigo, no puede tener disculpa de ningún género.

—Julián no es más que un niño.

—Pero es un niño que me ha hecho muy desgraciada. Por supuesto,—prosiguió Emilia como diciendo á su propio pensamiento,—que el verdadero culpable no ha sido él.

Andrés creyó ver en aquellas palabras una alusión á la participación que él tuvo en su matrimonio, y se contentó con inclinar la cabeza, sin decir una palabra.

Así permanecieron silenciosos un breve espacio.

Quizás uno y otro habían dejado que su pensamiento siguiera un rumbo en armonía con el recuerdo evocado por Emilia, y este rumbo en aquellos momentos, podía encerrar para ellos un verdadero peligro.

CAPITULO CXLVIII

Desenlace fatal

NINGUNO de los dos cuñados veía el peligro.

Emilia se pasó la mano por la frente como si tratara de alejar importunas ideas, y dirigiéndose á Andrés, le preguntó:

—¿Acaso te han mortificado mis palabras, Andrés?

—Al contrario,—exclamó el médico con un acento indefinible.—¿Crees, acaso, que cualquier cosa que proceda de tí me pueda mortificar?

—Y sin embargo,—dijo la joven en voz baja y más bien como respondiendo á su propio pensamiento que á las palabras de su cuñado;—esta situación tú mismo la has creado.

Andrés no pudo menos que palidecer.

Aquellas palabras, imprudentemente pronunciadas

por la joven, llevaron, tras de sí, otras que, sin duda alguna, estaban destinadas á producir un gran efecto.

—Yo creí,—contestó Andrés,—asegurar de este modo tu felicidad.

—¡Ah!... ¡mi felicidad!...—murmuró Emilia con un acento indefinible.—¡Quién sabe dónde estaba la felicidad!

—Y sin embargo,—dijo Andrés;—al obrar del modo que obraba puedes creer que yo también sufría.

—Poco se conoció por cierto,—repuso Emilia.—Porque si tú hubieses sufrido, de otra manera me parece que obraras. Comprendo muy bièn el móvil que te guiara, pero tú no sabes, Andrés, todo lo de horrible que hay en una situación como la mía.

—¿Qué no lo sé, dices?

—No, no es posible por ningún estilo que te lo puedas imaginar.

—¿Pues acaso es tan envidiable mi situación?—contestó el médico.—Tú, que tanto deploras la tuya, á encontrarte en la mía, es muy posible que hubieses tomado ya una resolución desesperada, que quién sabe todos los inconvenientes que hubiera podido tener.

—¿Y acaso no me encontraba yo y me estoy encontrando cada día que pasa en esa misma situación? Escucha, Andrés; ya que ha llegado este caso, ya que sin pretenderlo el uno y el otro hemos tenido que descender á este terreno de las confidencias, déjame que de una vez te diga el prolongado sufrimiento á que vengo condenada hace ya más de tres años. No había salido todavía de mis labios esta confesión y ésta será la primera y la última vez que hablaré de ello.

—No lo hagas, Emilia; cada uno de nuestros corazo-

nes tiene sus dolores y mientras han permanecido ocultos hemos podido soportar las rudas pruebas á que la misma situación nos sujetaba. Si les damos rienda suelta, si les abrimos las puertas del pecho para que lleguen hasta los labios, ¿podremos seguir obrando del mismo modo?

—Sí,— repuso con entereza la esposa de Julián.— Tengo la completa conciencia de mis deberes y una vez colocada en el terreno del sacrificio, continuaré adelante con la seguridad de que unicamente la muerte puede poner término á mi situación.

—¡Morir tú!—exclamó Andrés con un arranque que no fué dueño de reprimir;—¿pues de qué serviría mi ciencia si no pudiera detener la muerte antes de que te llegara á herir?

Y al decir estas palabras Andrés habíase levantado de la silla en que estaba, se aproximó á su cuñada y la cogió una mano que ésta no tuvo fuerza de retirar.

—¡Ay, Andrés!—exclamó Emilia con un acento indefinible,—¡qué desgraciados nos hemos hecho!

—No,—exclamó el médico alzando vivamente la cabeza,—la desgracia existe cuando no pudiéndose soportar el dolor, se llega hasta el crimen, y nosotros no descenderemos á ese terreno jamás.

—Tienes razón,—repuso la joven pasándose las manos por la frente.

—Cuéntame ahora tus sufrimientos, que yo he interrumpido esa confidencia que pretendías hacerme.

—¿Para qué, si ya la has adivinado?

—¡Oh! sí. En mi necedad y mi locura, porque no sé qué otra calificación poderle dar, temiendo que creyeras que ponía un precio demasiado subido á las visitas que hice á tu madre, me alejé de tí.

—Y dejaste el campo libre para que la inexperiencia, el despecho, la necesidad de amar que el corazón de la mujer siente en determinada época de su vida, me hicieran caer indefensa en los brazos de tu hermano.

—No me recuerdes ese momento. Y cuando pienso que yo mismo he sido quien ha remachado los eslabones de esa cadena... ¡Oh! ¡esto es horrible! ¡muy horrible!

Y después de estas palabras Andrés cayó de rodillas ante su cuñada diciéndole con un acento en que vibraba la angustia y el dolor:

—Perdóname, perdóname todo el daño que te haya hecho, en gracia al menos de que todavía más que tú, estoy sufriendo.

—¡Andrés! ¿Qué haces?—exclamó Emilia rechazando al médico.

—¡Oh! déjale así para que reciba el castigo que merece,—dijo en este momento un acento que heló de espanto á la duquesa y al médico.

Al mismo tiempo, y antes de que éste pudiese levantarse, sintió penetrar por su espalda la aguda hoja de un puñal, al mismo tiempo que Emilia exhalaba un grito de desesperación.

—¡Toma, traidor! ese es el castigo que mereces,—gritó el duque, pues él era el que había penetrado en el aposento en el instante que su hermano se arrodillaba ante su mujer.

—¡Julián!—gritó ésta con acento indescribible,—¿qué has hecho?

Y quiso precipitarse sobre el cuerpo de Andrés que había quedado tendido sobre el pavimento, pero cayó desvanecida á corta distancia de él.

El duque se quedó inmóvil.

Con extraviados ojos miraba el cuerpo de Andrés, cuya sangre corría por el suelo, y el de su esposa, y al cabo de algunos segundos, como horrorizado por el crimen que había cometido, se lanzó fuera de la estancia.

Y llegó á la habitación del jardinero.

—Abre la puerta,—le dijo con voz ronca.

—¿Se marcha el señor?...—dijo aquél sorprendido.

—Sí; pero despacha pronto.

—¿Volverá el señor duque?—volvió á decir el jardinero.

—No. Ya recibirá José noticias mías.

Y cuando el criado abrió la verja, se lanzó al campo cual si fuera perseguido por invisible fantasma.

—¡Fratricida!—murmuró con voz ronca.

Y corría, sin cuidarse de los peligros que ofrecían á semejantes horas aquellos campos desiertos.

Media hora después se dejaba caer al suelo rendido de fatiga.

Entonces pudo reflexionar

Lo que había hecho era horrible.

La única prueba de culpabilidad que había visto era que su hermano estaba arrodillado ante su mujer.

¿Y era esta bastante razón para obrar del modo que lo había hecho?

Aquel grito de Emilia no había sido el de la esposa sorprendida en flagrante delito de infidelidad, sino más bien el de la mujer aterrorizada por una acción brutal é injusta.

¿Y qué iba á suceder? ¿Qué podría contestar á los jueces cuando le preguntaran por qué había cometido aquel asesinato?

Era necesario ponerse en salvo inmediatamente.

Pero ¿cómo? En aquel desorden, con el traje manchado de sangre, sin sombrero, demostrando claramente el crimen que había cometido, ¿cómo se había de presentar en Arévalo?

Felizmente para él, recordó que cerca de allí vivía uno de sus arrendadores, el más antiguo de todos, que le había conocido niño y que le profesaba un cariño extraordinario.

A su casa se dirigió al momento.

Lo intempestivo de la hora llamó la atención del colono, que apenas reconoció á su señor se apresuró á abrir la puerta.

El desorden que advirtió en el duque y la sangre que manchaba sus manos, le hicieron decir:

—¿Qué es eso, señorito? ¿Está usted herido? ¿Qué le ha pasado?

—Nada, Blas, nada; no me preguntes nada. Déjame que me lave, dame un sombrero y acompáñame á Arévalo.

—Pero...

—A nadie digas cómo me has visto, si en algo me estimas. Tiempo tendrás de saberlo todo.

Y sacando el reloj, dijo mirando la hora:

—Dentro de dos horas pasa el tren y necesito alcanzarle.

El colono hizo lo que su señor le decía, vivamente intrigado por saber lo que causaba aquel estado en que le veia, pero sin atreverse á preguntarle nada más después de lo que le había dicho.

Presa de febril agitación, el duque se lavó, reparó la descompostura de su traje y se puso el sombrero que el colono le facilitó.

Después le dijo:

—¿Estás dispuesto ya?

—Sí, señor, y he preparado el carro, porque de aquí á Arévalo tenemos una hora de viaje y no está muy bueno el camino, que digamos.

—Como quieras; pero vamos pronto, porque la impaciencia me mata.

—Cuando quiera el señor.

—Al momento.

Y el duque se apresuró á salir de la casa, á cuya puerta estaba ya el carro dispuesto, como había dicho el colono.

Hora y media después, estaban en Arévalc.

Cuando pasó el tren que iba á Madrid, el duque tomó billete y dijo á Blas:

—Dí á José que desde Madrid le diré lo que ha de hacer.

FIN DEL TOMO PRIMERO

ÍNDICE

DE

LAS HIJAS SIN MADRE

TOMO PRIMERO

PÁGINAS

Libro primero.—Las huérfanas

Libro segundo.—El crimen

PLANTILLA

PARA LA COLOCACIÓN DE LAMINAS

TOMO PRIMERO